JOSEPH HELLER

Algo ha pasado

Prólogo de Rodrigo Fresán



Joseph Heller, abrumado por la expectativa que había generado *Trampa 22*, su primera novela, publicada en 1961, tardó trece años en escribir *Algo ha pasado*. Confiaba tanto en la historia que iba escondiendo borradores por todo Manhattan para que el manuscrito estuviera a salvo si algún día se incendiaba su apartamento. Sus paranoias no fueron en vano: décadas después de su publicación, sigue resonando como «la Gran Novela Americana de la Familia y la Oficina», tal y como la define Rodrigo Fresán en el extraordinario prólogo de esta nueva edición.

Esta novela relata la historia de Bob Slocum, un hombre de mediana edad con una vida aparentemente envidiable. Tiene una bonita casa en Connecticut, una esposa atractiva y tres hijos, además de un importante cargo en una empresa y un harén de amantes por toda Manhattan. Pero pese a encarnar la idea misma del ejecutivo exitoso, todo le genera angustia: la amenaza de ser degradado de su empleo, el odio por recibir órdenes o el desmoronamiento de su familia son temores que le empujan a una espiral de desasosiego que solo terminará cuando afronte una verdad ineludible, algo que no quiere saber pero que le acecha desde hace tiempo.

En esta espiral de locura de un antihéroe que lucha por escapar de sí mismo, Heller compone un desgarrado solo de voz que se ha convertido con el tiempo en una obra maestra de la literatura.

Joseph Heller

Algo ha pasado

ePub r1.1
Titivillus 11.11.2023

Título original: *Something Happened*
Joseph Heller, 1974
Traducción: Lucrecia Moreno de Sáenz
Prólogo: Rodrigo Fresán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



AMERICAN MAD MAN PSYCHO

por Rodrigo Fresán

UNO Alguna vez, demasiadas veces, le preguntaron a Joseph Heller (Nueva York, 1923-1999) qué se sentía al no haber escrito nunca nada que superase a su primer libro. Y varias veces también —con soberbia modestia— Heller respondía: «¿Acaso alguien lo ha superado?».

Para entonces —luego de un debut inicialmente «de culto» y un lento pero ininterrumpido boca a boca— *Trampa 22*, la novela en cuestión, ya era un clásico moderno además de best seller multimillonario. Y su título había ingresado al diccionario (al igual que «quijote» y «bovarismo» y «lolita») como expresión sinónimo de inescapable trampa burocrática-castrense pero, también, *loop* aplicable a toda situación donde absurdo y desespero comulgan en un mismo irresoluble y enloquecido y enloquecedor dilema como aquel de ese huevo y esa gallina.

Pero Heller *también* podría haber respondido al impertinente de turno con algo quizá menos ingenioso pero más verdadero e irrebatible: «No sé de qué me habla; porque con *Algo ha pasado* yo superé con creces a *Trampa 22*».

Y punto.

DOS Y seguido. Y los fastos en el 2011 conmemorando el medio siglo de expansión del estallido de 10.000 000 de ejemplares vendidos y unos 100 000 sumándose anualmente de *Trampa 22* (incluyendo edición especial, buena biografía del sujeto firmada por Tracy Daugherty y una tan afectuosa como despiadada *memoir* de la hija Erica Heller) no hicieron más que fortalecer, en perspectiva, la posibilidad (para mí indiscutible) de que la segunda en llegar haya sido y siga siendo mucho mejor que la primera en haber llegado. Porque si bien *Trampa 22* arribó algo tarde como Gran Novela Americana de la Segunda Guerra Mundial (muchos años después de los despachos de los también soldados veteranos Norman Mailer & Irwin Shaw & James Jones & Herman Wouk entre tantos otros), sí se permitió anticipar modales y taras y delirios de lo que sería Vietnam. En cambio, *Algo ha pasado* (opus 2, recién trece años después, en 1974, Heller era un escritor lento) se adelantó en lo que hace al hacer

volar por los aires y reconstruir entre las ruinas a la Gran Novela Americana de la Familia y la Oficina.

Digámoslo así: en *Trampa 22*, el antihéroe John Yossarian, en el centro de una Guerra Mundial, está seguro de que todos ahí afuera quieren matarlo; en cambio, en *Algo ha pasado*, en los bordes de la supuesta paz de lo que en verdad es su guerrilla particular, el anti-antihéroe Bob Slocum está matándose a sí mismo en cámara lenta y en asfixiantes interiores. Yossarian esquiva, movedizo sin cesar, las balas de su presente; mientras que Slocum es atravesado por las muy envenenadas flechas de su pasado haciendo blanco perfecto en el más petrificado aquí y ahora. *Trampa 22* es coral en tercera persona y a su manera eufórico; mientras que *Algo ha pasado* es un desgarrado solo de voz y acto de inmolación *stand-up* de primerísima persona en las últimas. Y, sí, Yossarian y Slocum (y muchos de los personajes de las siguientes novelas de Joseph Heller, incluyendo al mismísimo Rey David) están, a su manera, locos por culpa del enloquecedor paisaje que habitan. Y es esta mirada demente (y de mente) a todo lo irracional que les rodea lo que, paradoja, los vuelve clínica e hipersensiblemente cuerdos. Pero la permanente y sólida locura de Slocum hace parecer a la de Yossarian, comparativamente, como casi un berrinche pasajero que ya pronto pasará.

Digámoslo aún mejor: John Yossarian es un guerrero en libertad peleando no sólo contra los alemanes sino también contra la estupidez de sus compatriotas, mientras que Bob Slocum es un prisionero de guerra de sí mismo luchando contra la idea del The End.

Interrogado alguna vez por su amigo, el escritor político-satírico Christopher Buckley, sobre a quién de sus dos personajes y a cuál de sus dos novelas prefería, Joseph Heller sonrió, se encogió de hombros, y le respondió: «¿Quién podría elegir a uno entre estos dos?».

TRES Así, Slocum nos llama desde el Guantánamo de su descontento que es una casa perfecta en Connecticut. Una casa con jardín. Y en ese jardín, *Algo ha pasado* como novela del género Cuidado-Con-El-Perro. Un mastín que ladra y muerde cuya portada original norteamericana estaba diseñada con ominosas letras color rojo mala sangre y negro humor sobre un fondo amarillo bilis.

Dentro, al otro lado de la verja y aullando a la luna y al sol y tensando su cadena, la regocijada amargura de un tal Bob Slocum a quien, inevitablemente, yo no puedo sino superponerle el rostro de Bill Murray. Alguien quien se nos presenta como una primera versión del *american psycho* Patrick Bateman de Bret Easton Ellis[1]. De acuerdo: Slocum —recordador absoluto y olvidador selectivo— es menos violento que Bateman pero violenta aún más al lector. Slocum

no decapita pero sí va por ahí cortando cabezas (la suya incluida) más preocupado por el crack y grietas en las paredes de su estudio que por el Crack en Wall Street. Y Slocum es un tipo cuya biografía y currículum profesional en empresa sin marca y vínculos familiares sin nombres propios[2] a excepción del pequeño disfuncional de la casa tiene más de un punto en común con la de Heller[3] y señora y descendencia.

Y, sí, la novela es *la voz* de esta novela.

Una voz —en primerísima persona— que combina los colmillos del lobo feroz y el desamparo del cordero listo para ser sacrificado una y otra vez, de 9 a 5, para después regresar al infernal purgatorio del hogar, agrio hogar.

Comparado con Bob Slocum, el Don Draper y sus colegas en *Mad Men* son un ejemplo de conducta profesional y un modelo de estabilidad emocional. Don Draper también fue a la guerra y se hizo con el botín de una nueva personalidad y dispara propaganda desde Madison Avenue tan satisfecho de sí mismo y de la fachada que montó para sus seres más o menos queridos y clientes adorados. Slocum es el mal soldado y peor producto que alguna vez bombardeó Europa y que ahora —tan pero tan satisfactoriamente insatisfecho— acribilla a todo lo que se le pone a tiro y mirada en ese frente de batalla doméstico donde el paradisíaco Sueño Americano suele despertarse como infernal Pesadilla Americana. Para Bob Slocum —a diferencia de Don Draper— la guerra no ha terminado, apenas ha cambiado el dramático y tragicómico teatro de operaciones.

En confrontación con *Algo ha pasado*, antecedentes belicosos-miserabilistas como *El hombre del traje gris* de Sloan Wilson, *Revolutionary Road* de Richard Yates, el *Herzog* de Saul Bellow o la saga ya iniciada del Harry «Conejo» Angstrom de John Updike (también testigo de algo que pasa en su primer libro) son, en comparación, casi fábulas para niños inocentes[4]. Y, sí, Bob Slocum va aún (mucho) más lejos que los atribulados neuróticos de los cómics de Jules Feiffer o que el Stern y el Harry Towns de Bruce Jay Friedman o que el Nathan Zuckerman o el David Kepesh o el Mickey Sabbath de Philip Roth o que el John Self y el Samson Young y el Richard Tull de Martin Amis. Imposible pensar en la ya mencionada *American Psycho* de Bret Easton Ellis, en *El club* de Leonard Michaels, en *Jernigan* de David Gates, en *La tormenta de hielo* y *América ocaso* de Rick Moody, en *Las correcciones* de Jonathan Franzen, en *Entonces llegamos al final* de Joshua Ferris, en *Un trastorno propio de este país* de Ken Kalfus, en *Entre los muertos* de Michael Tolkin, en *El rey pálido* de David Foster Wallace o en *The Land of Steady Habits* de Ted Thompson

o en el ciclo novelesco y relatos protagonizados por el Frank Bascombe (en especial *El Día de la Independencia*) de Richard Ford sin que antes haya pasado esta novela de Joseph Heller[5]. Lo mismo es aplicable a películas como *Magnolia* de Paul Thomas Anderson o *American Beauty* de Sam Mendes o *The Weather Man* de Gore Verbinski o la trilogía *Hannah and Her Sisters-Husbands and Wives-Crimes and Misdemeanors* de Woody Allen o a buena parte del cine de Noah Baumbach. O a series de televisión como *Seinfeld* o *Curb Your Enthusiam* de Jerry Seinfeld y Larry David o *The Office* de Ricky Gervais o *Chappelle's Show* de Dave Chappelle o *Louie* de Louis CK o *The Sopranos* de David Chase o *Mad Men* de Matthew Weiner o *Breaking Bad* de Vince Gilligan (pero sin anestesia ni redención alguna). Todos y todas no habrían pasado —o serían diferentes de lo que hoy son— de no haberse acercado antes a este muy influyente[6] monstruo Made in USA. Y —desobedientes e irresponsables desobedeciendo a la advertencia del cartel en la verja— acariciar a través de los barrotes la cabeza de esta sonriente bestia peluda y con dientes afilados.

CUATRO Y la textura y el genio de Joseph Heller —confeso discípulo de Louis-Ferdinand Céline y admirador de J. P. Donleavy, maestros del canallismo literario— pasa y se queda para siempre por lo que dice Slocum y como lo dice en *Algo ha pasado*. Lo dice (nos lo dice) en el monólogo obsesivo —microscópico a la vez que telescópico— de quien ha caído en el trance de la sinceridad absoluta. Desde ese perfecto inicio con «Siento escalofríos cuando veo puertas cerradas» y, enseguida, un «Hoy existen muchas cosas que *no* quiero descubrir»; pasando por el muy citado «En la oficina donde trabajo hay cinco personas a quienes temo. Cada una de ellas teme a cuatro (excluyendo las superposiciones), lo cual hace un total de veinte, y cada una de esas veinte teme a seis, lo cual alcanza un total de ciento veinte personas temidas por una persona por lo menos. Cada una de estas ciento veinte personas teme a las otras ciento diecinueve, y todas estas ciento cuarenta y cinco personas temen a los doce ejecutivos superiores que contribuyeron a fundar y desarrollar la compañía, y actualmente la poseen y la dirigen»; siguiendo con «Mi mujer no es feliz» y «Ninguno de nuestros dos hijos es feliz, cada uno de ellos a su manera, y supongo que la culpa también es mía (aunque no estoy seguro de saber cómo o por qué)», arrastrándose hasta ese tremendo «No se lo digan a mi mujer» luego de que haya pasado lo que pasó, hasta cerrar con el lapidario «Todos parecen estar satisfechos por la forma en que he tomado el mando».

Pero no.

Porque *Algo ha pasado* es un canto agudo a la deserción total.

Y su «recluta» civil, avanzando en constante retirada, acaba constituyéndose en el ser más cobardemente osado de una de las más profundas a la vez que divertidas (y ya se sabe que «divertido», al igual que «interesante», es un término muy ambiguo y polimorfo y perverso[7]) obras maestras de la literatura norteamericana. Una de esas criaturas a las que, de tanto en tanto, se las etiqueta como Great American Novel para luego ser olvidadas y poder, como aquí y ahora —con la perspectiva que dan los años y tantas Great American Novels que en verdad no lo eran—, ser recordadas como corresponde.

Digámoslo así: Bob Slocum es un Ahab sin la coartada de una ballena blanca que justifique su delirio porque, ay, Bob Slocum es su propia ballena blanca.

CINCO Y —suele ocurrir con las obras maestras indiscutibles que parecen haberse anticipado a su tiempo— su génesis no fue sencilla. Muchas cosas pasaron con *Algo ha pasado*, y hay copioso testimonio de ello y del constante recordar en que siempre se la ha tenido (un poco/mucho injustamente olvidada) para, con el tiempo, acabar siendo considerada como la mejor obra de Joseph Heller[8].

Heller —como con *Trampa 22* lo primero que supo sin dudas fue su título y «más o menos lo que quería decir»— trabajó en ella durante trece años, calibrando palabra por palabra, en sesiones que empezaron siendo de dos horas para llegar a alcanzar las diez, anotando frases sueltas en fichas con potencia de slogans existenciales a insertar después en páginas escritas a mano y luego enviadas a tipear, retrasando la entrega de la novela cuatro años más allá de lo que estipulaba el contrato, consciente de que era algo importante y de que en la mutación de piloto de combate a oficinista en pie de guerra se jugaba la batalla de su oficio y arte. Abundan los testimonios de familia y amigos y editor de cabecera[9] acerca de las crecientes y cada vez más *bobslocumianas* preocupaciones de Heller durante la escritura del libro[10]. Se sabe que Heller depositaba y renovaba —a medida que sumaba páginas— varias copias del libro en apartamentos de conocidos por toda Manhattan así como en el *locker* de su gimnasio temeroso de que el suyo se incendiase y se perdiera para siempre su magna obra *in progress*. Se sabe también que el día en que finalmente llevó la novela terminada primero a fotocopiar y enseguida a su agente obligó a su hija adolescente a que lo acompañase por temor a, de camino, sufrir un ataque cardíaco o ser atropellado por un autobús, y que así ella pudiese entregar el original[11].

SEIS Y a continuación algo de lo que pasó por la mente de Joseph Heller y salió de su boca en las diversas entrevistas que le hicieron

durante y después de la publicación de *Algo ha pasado* ensamblado aquí con modales de monólogo *à la* Bob Slocum[12]:

«La primera línea del libro me llegó estando yo sentado en una silla, en Fire Island. Estaba preocupado: *Trampa 22* seguía vendiendo bien, sí; pero a mí no se me ocurría nada. Y estaba cansado de enseñar en el City College de Nueva York. De golpe, me vino de la nada lo del miedo a las puertas cerradas y eso de la oficina y de las personas a las que se les tiene miedo. Y, después, lo que pensé que sería la última frase del libro y finalmente no lo fue: "Soy una vaca" [...]. Así, después, escribí este libro porque pensé que sería un buen libro. Y porque se me ocurrió la idea. Y yo no soy del tipo de escritor que tiene muchas. De ahí que cuando una aparece, allá voy y estoy seguro que pasaré mucho tiempo *pensando* esa idea... El libro es, se supone, realista; pero no es un realismo literal sino un realismo psicológico con mucho de surrealista en cuanto al modo en que Slocum recuerda cosas distantes o relata cosas recientes que, sabemos, no pueden haber sucedido tal como él las narra... Ninguno de mis libros tiene intención alguna de ser autobiográfico, pero sí están basados en mis experiencias y en lo que pienso acerca de las experiencias de otros. Lo más importante cuando se escribe ficción es que hay muchas opciones a disposición. Les dije a mi esposa e hijos que *Algo ha pasado* no es acerca de ellos. No me parecen tan interesantes. No hace mucho alguien me comentó que mi sobrino tiene ojos azules. Nunca me había fijado en ello. Y eso que él tiene veintiocho años... Tampoco tengo la experiencia de ser el padre de un niño "con problemas". Pero sí conozco las inseguridades y temores de un padre. Y sé lo que es abrazar aterrorizado y muy fuerte a tu hijo cuando acaba de pasarle algo malo o pudo pasarle algo aún peor... Mientras escribía el libro les dije a varias personas, un tanto preocupado por ser acusado de haber escrito un libro inmoral, que mi Bob Slocum probablemente fuese el personaje más despreciable en toda la historia de la literatura. Pero ya antes de terminarla empecé a sentir pena por él. Y muchos de los que la leyeron no sólo se han compadecido de él sino que, además, se han sentido muy identificados. Jamás lo hubiese esperado, pero los lectores tuvieron más simpatía por Bob que los críticos literarios cuando, pienso, debería haber sido a la inversa. Lo que me sorprendió pero supongo que no debe sorprenderme: Bob *es* alguien muy humano y, también, es alguien muy cercano a la locura y que ya ha perdido la habilidad para poder controlar en qué piensa; aunque la novela no está especialmente preocupada por seguir los parámetros de ninguna estructura psicológica preestablecida y catalogada. Me gustó mucho lo que ponía la reseña en *The New Republic*. Dijeron: "El libro de Heller

es sobre un hijo de puta llamado Bob Slocum". Y lo llamaron tres veces más "hijo de puta" y una vez "bastardo"; pero concluyeron con un "Slocum es todos nosotros". Pero lo cierto es que Bob es infeliz y yo no. Al menos no soy tan infeliz, o soy más feliz que Bob».

SIETE Y se sabe que los primeros lectores calificados del libro y reseñas adelantadas de *Algo ha pasado* no dudaron en invocar los nombres de Melville, Tolstói, Dickens, Faulkner, Joyce y Nabokov [13]. Pero se sabe también que, cuando el libro llegó a las librerías, fueron muchos los que reconsideraron su entusiasmo o la malentendieron como una suerte de relato de Donald Barthelme con demasiadas páginas, como un juguete roto posmodernista. *The New Yorker* la despreció aún más de lo que ya había despreciado a *Trampa 22*. Y se la acusó de ser —como la anterior— demasiado larga (ignorando el hecho obvio de que su longitud, su cadencia casi de trance hipnótico y digresiones tonales y circunvalaciones monocordes, son partes inseparables del carácter de su protagonista y, por lo tanto, de la trama del libro). Alguna aproximación feminista acusó de que todo no era más que la venganza de un misógino contra tanto libro reciente y contemporáneo con heroínas súbitamente liberadas y sin miedo a volar firmados y afirmados por mujeres. «Nada pasa en *Algo ha pasado*», tonteó alguien y —a pesar de entrar en la lista de best sellers y permanecer allí por medio año— la novela tampoco conectó con el público joven que había redescubierto a *Trampa 22* como irreverente y antisistema artefacto contracultural pacifista. Y buena parte de los lectores adultos, claro, prefirieron no leer algo que lucía como una suerte de radiografía propia desbordante de tumores malignos. *Algo ha pasado* era, sí, una novela vigorosamente extenuante para un país extenuado a secas y con un presidente, Richard Nixon, casi tan deshonesto consigo mismo y con todos como Bob Slocum.

Se sabe también que al comenzar a leerla, un John Cheever en horas bajas y oscuras la arrojó por la ventana porque, aclara su biógrafo Blake Bailey, «le gustaba demasiado» [14]. Se sabe que el igual de ácido que Joseph Heller pero tanto más piadoso Kurt Vonnegut la definió como «novela de suspenso» [15]. Y Vonnegut no se equivocaba. Pero lo era con una estranguladora vuelta de tuerca sobre el género. Porque para cuando en las últimas páginas —después de una tan genial como asfixiante administración del tempo dramático, luego de dar muchos giros y tomar tantos desvíos que conducen a donde nunca se quiere llegar para acabar llegando y descubrirse como uno de esos accidentes automovilísticos que no se quieren ver pero no se pueden dejar de mirar por los que allí pasan aminorando la marcha casi sin darse cuenta o siendo plenamente conscientes de ello— Heller

y Slocum nos revelan *qué* fue lo que en realidad *pasó* pasa, después, lo más tremendo. Entonces el espanto más grande de todos: el lector, aunque horrorizado, comprende que *ese* algo que pasó, si bien dramático y terrible, de algún modo no era ni es ni acabará siendo *tan* importante. Porque —a pesar y más allá de todo y de todos— Slocum seguirá siendo el mismo: él mismo, aunque durmiendo, como dice, ya no en posición fetal sino en posición de cadáver. Porque, antes de que ese algo pasara, al cretino de Slocum ya le habían pasado demasiadas cosas. Entre ellas y por encima de todas —sin que lo sepa, pero tal vez lo sospeche— el que, antes que nada, su pequeña y miserable existencia se ha convertido en una inmensa y magnífica vida de novela con final abierto como herida que no cicatriza.

Así que después, enseguida —abandonen toda esperanza los audaces quienes crucen su umbral— sepan que lo que aquí pasó y pasa y va a pasarles es una de las novelas de sus vidas (les gusten o no sus propias vidas y no la novela que, seguro, va a gustarles tanto como a John Cheever y, sí, mejor, por las dudas, mantengan las ventanas cerradas).

Algo pasó con *Algo ha pasado*.

Algo vuelve a pasar y seguirá pasando con *Algo ha pasado*.

Algo pasa con *Algo ha pasado* que no se puede ni se debe dejar pasar.

Pasemos.

ALGO HA PASADO

SIENTO ESCALOFRÍOS

Siento escalofríos cuando veo puertas cerradas. Aun en el trabajo, en el cual me va tan bien ahora, el solo hecho de ver una puerta cerrada basta, a menudo, para que sienta que pasa algo horrible detrás de ella, algo que me afectará de manera negativa. Si estoy cansado y abatido tras una noche de mentiras, de alcohol, de sexo o simplemente de nerviosismo e insomnio, casi huelo el desastre que se avecina, invisible, y comienza a desbordarse hacia mí a través de los vidrios esmerilados. Suelen transpirarme las manos y la voz se me vuelve extraña. Me pregunto por qué.

Algo me pasó en alguna ocasión.

Tal vez fue el día que volví a casa inesperadamente, con fiebre y dolor de garganta, y sorprendí a mi padre en la cama con mi madre, lo que me dejó este temor a las puertas, este temor a abrir puertas y esta suspicacia frente a una puerta cerrada. O bien pudo haber sido el descubrimiento de que éramos pobres, al que llegué muy tarde en mi infancia, lo que me hizo como soy. O quizá el día que murió mi padre y me dejó con esa sensación de culpa y de vergüenza, por suponer que era el único chico en el mundo que no tenía padre. O tal vez caer en la cuenta, muy precozmente, de que nunca tendría hombros anchos ni bíceps enormes, ni sería bastante alto, bastante fuerte o bastante valiente como para que me seleccionaran para el fútbol americano o como para ser campeón de boxeo. La triste y desalentadora convicción de que fuese lo que fuera lo que intentara hacer en la vida siempre habría alguien cerca capaz de hacerlo mejor. O tal vez fue el día que abrí otra puerta y vi a mi hermana mayor desnuda, secándose, de pie sobre el suelo de baldosas del cuarto de baño. Me ahuyentó a gritos, a pesar de saber muy bien que no había echado el cerrojo y que yo no sabía que estaba dentro. Me asusté.

También recuerdo, ahora con una sonrisa divertida pues ocurrió hace mucho tiempo, el caluroso día de verano en que entré por casualidad en la vieja carbonera detrás de nuestra casa de apartamentos de ladrillo rojo y descubrí a mi hermano mayor tendido en el suelo con la hermana menor de Billy Foster, aquella chica flaca que tenía mi edad y estaba en la misma clase que yo. Fui al cobertizo

para arreglar las ruedas y el eje de un viejo cochecito de bebé que había encontrado junto al cubo de la basura y que pensaba aprovechar para hacerme un carro con un cajón de melones vacío y un tablón. Oí un movimiento leve y frenético en el momento en que entré en el lugar oscuro y tuve la sensación de haber pisado algo vivo. Me sobresalté y noté olor a polvo. Sonreí de alivio al ver que era mi hermano tendido en el suelo sucio junto a alguien entre las sombras de un rincón. De nuevo me sentí seguro, y dije:

—Hola, Eddie. ¿Eres tú, Eddie? ¿Qué estás haciendo, Eddie?

—¡Vete de aquí ahora mismo, hijo de puta! —me gritó mi hermano al tiempo que me arrojaba un trozo de carbón.

Lo esquivé con un débil gemido, se me llenaron los ojos de lágrimas y salí de allí pitando. Corrí hasta que llegué a la acera frente a la casa, donde daba el sol y hacía mucho calor, y me puse a caminar de un lado a otro sin saber qué hacer, preguntándome qué había hecho para merecer que mi hermano se enojara tanto y me insultara y me arrojara ese gran trozo de carbón. Era incapaz de decidir si huir o bien esperar: me sentía demasiado culpable para huir y a la vez demasiado asustado para quedarme allí y recibir el castigo del que me sabía merecedor, aunque no supiese cuál era mi falta. Incapaz de decidir, me quedé temblando en la acera frente a mi casa, hasta que al fin la puerta de madera del viejo cobertizo se abrió con un chirrido y los dos aparecieron caminando lentamente desde la profunda negrura del interior. Mi hermano marchaba tras ella con una expresión satisfecha. Sonrió al verme, lo cual me hizo sentir mejor. Solo cuando lo vi sonreír advertí que la chica que iba delante de él era la hermana flaca y alta de Billy Foster, la chica con buena caligrafía, pero incapaz de sacar nunca más de un siete en ortografía, geografía o aritmética, y ello a pesar de que invariablemente trataba de copiar. Me sorprendió verlos juntos, pues nunca se me había ocurrido siquiera que mi hermano la conociera. La chica caminaba con la cabeza gacha y fingió no verme. Se acercaron poco a poco. Todo llevó mucho tiempo. Estaba enfadada y no dijo ni una palabra. Mi hermano me guiñó un ojo sobre la cabeza de ella y se levantó los pantalones tirando de la cintura con un gesto exagerado. Caminaba con un paso fanfarrón que nunca le había visto antes y que inmediatamente me desagradó. Me sentí incómodo al verlo tan diferente. A la vez estaba tan agradecido por el guiño que me había dirigido que empecé a moverme como un tonto, lleno de alegría y excitación, y luego me eché a reír sin poder contenerme. Estaba mareado de alivio, y, de pronto, hablé de manera atropellada.

—Hola, Eddie —dije—. ¿Qué ha pasado, Eddie? ¿Ha ocurrido

algo?

Y Eddie rio y repuso:

—Sí, te aseguro que ha ocurrido algo. ¿A que ha ocurrido algo, Geraldine?

Y con una sonrisa socarrona le golpeó repetidamente el brazo con un codo.

Geraldine se apartó de él con una leve sonrisa que no ocultó su enojo y contrariedad y pasó junto a nosotros sin levantar los ojos. Cuando se alejó, mi hermano me dijo:

—No se lo cuentes a mamá.

Sabía que no lo haría aunque no me lo hubiera pedido.

Más tarde, cuando comencé a visualizar el episodio y a cavilar sobre él (sigo fantaseando y pensando en él cada vez con mayor frecuencia), sobre las muchas cosas húmedas, ásperas, intensas e íntimas que probablemente *habían ocurrido* en el suelo de la carbonera aquel día, me sentí asombrado e incluso llegué a expresar mi maravilla en voz alta ante la idea de mi hermano mayor unido sexualmente con la flaca hermana pequeña de Billy Foster, que incluso era unos meses menor que yo, tenía dientes grandes y ni siquiera era bonita.

Había más cosas que quería saber sobre aquellos dos en el suelo del cobertizo, pero nunca tuve la osadía de preguntar nada, a pesar de que mi hermano, en general, es una persona tranquila y comedida, que mientras vivió siempre fue bondadosa conmigo.

Hoy existen muchas cosas que *no* quiero descubrir. Preferiría no saber, por ejemplo (a pesar de que con mi mujer nos sentimos obligados a averiguarlo), exactamente qué clase de juegos se practican en las fiestas a las que asiste mi hija adolescente, ni qué clase de cigarrillos fuman, ni de qué color son las píldoras o cápsulas que inhalan o ingieren. Cuando se reúnen varios coches de policía, no quiero saber por qué, aunque me alegre de su presencia y espero que hayan llegado a tiempo para desempeñar el cometido para el que los han llamado. Cuando llega una ambulancia, prefiero no saber quién es la persona que han ido a buscar. Y cuando los niños se ahogan, se asfixian, o bien los matan los automóviles o los trenes, no quiero saber quiénes son esos niños, porque siempre temo que puedan ser los míos.

Siento la misma aversión por los hospitales e igual aprensión y desagrado hacia la gente que enferma. Nunca visito a nadie en un hospital si puedo evitarlo, porque siempre existe el riesgo de que abra una puerta y me encuentre en presencia de algún espectáculo horroroso para el cual no esté preparado. (Nunca olvidaré la impresión que sufrí en una habitación de hospital la primera vez que

vi una cánula de goma que entraba en el cuerpo de alguien por una fosa nasal aún manchada de sangre. Ese tubo era amarillo y semitransparente). Cuando mis amigos, parientes o conocidos del trabajo sufren un ataque de corazón, nunca llamo por teléfono al hospital ni a la habitación, pues siempre existe el peligro de que me informen de que han muerto. Trato de no hablar con su mujer o sus hijos sin haber preguntado antes a otra persona que haya hablado con ellos y pueda asegurarme, para mi tranquilidad, que las cosas no han empeorado. A veces esto provoca cierta tensión en las relaciones (incluso con mi mujer, que siempre está preguntando a todo el mundo cómo está, o corriendo al hospital para visitar a gente ingresada allí), pero no me importa. Simplemente no quiero hablar con gente cuyo marido o padre o mujer o madre o hijo esté muriéndose, aun cuando el moribundo sea alguien a quien tengo mucho cariño. Nunca quiero saber que alguien a quien conozco ha muerto.

En una ocasión, sin embargo (¡ja, ja!), en que alguien a quien conocía acababa de morir, reuní fuerzas y me armé de valor, y fingiendo no estar enterado del deceso, llamé por teléfono al hospital el mismo día, para preguntar cómo se encontraba el paciente. Sentía curiosidad. Quería ver qué sensación experimentaría cuando el hospital me informara de que había muerto alguien a quien yo conocía. Me pregunté cómo se hacía; hasta me preocupaba y estimulaba este problema del procedimiento. ¿Decidirían que había muerto, pasado a mejor vida, sucumbido, fallecido o bien expirado? (¿Como la suscripción a una revista o una tarjeta de socio de la biblioteca?). La mujer que contestó el teléfono del hospital me sorprendió, pues dijo:

—Míster ______ ya no figura como paciente.

Me hizo falta valor para efectuar aquella llamada, me hizo falta *todo* mi valor. Y cuando colgué el auricular estaba temblando como una hoja. Es verdad que el corazón me saltaba dentro del pecho de júbilo y entusiasmo por haberme salvado por tan poco, ya que había imaginado, desde la primera sílaba que pronuncié, desde el primer número que marqué, que la mujer del hospital sabía exactamente lo que yo tramaba… que me veía a través de las líneas y que leía mi pensamiento y no dejaría de decírmelo. No me lo dijo. Simplemente dijo lo que le habían indicado que dijera y me dejó escapar impunemente. (¿Sería un mensaje grabado?). Además, nunca olvidaré esa respuesta tan llena de tacto:

—Míster ______ ya no figura como paciente.

Míster ______ estaba muerto. No estaba ya entre los vivos. Míster ______ no figuraba como paciente y yo debí asistir a su funeral tres

días más tarde.

Detesto los funerales. Los detesto con toda mi alma, porque siempre tienen algo de morboso y, por lo tanto, siempre hago todo lo posible por no asistir a ellos (especialmente al mío, ¡ja, ja!). Cuando debo ir a alguno, trato de no hablar con nadie. Simplemente estrecho manos y adopto una expresión lúgubre. De vez en cuando murmuro algo ininteligible y siempre bajo los ojos, como he visto hacer a la gente en las películas. No me siento capaz de hacer nada más. Puesto que no sé qué decir cuando muere alguien, temo que cualquier cosa que diga esté mal. La verdad es que he dejado de confiar en mí mismo o en cualquier situación difícil cuyo desenlace no pueda controlar o predecir, ni siquiera me hace gracia la idea de cambiar un fusible o una bombilla.

Algo me ocurrió en algún instante de mi vida que me robó la confianza y el valor y me dejó este temor a descubrir y a cambiar, además de un verdadero terror a lo desconocido que pueda sobrevenir. Me desagrada todo lo inesperado. Si cambian la disposición de los muebles, aun en forma casi imperceptible (y aunque sea en mi oficina), sin mi conocimiento previo, es como si recibiera un golpe en la cara o una puñalada por la espalda. Me desagrada lo inesperado. Me enfurecen y me ofenden las sorpresas de cualquier género. Hasta las que planean con el fin de causarme placer siempre terminan con un sabor amargo para mí, de pesar y autocompasión, con la sensación de que se han confabulado contra mí y me han explotado para complacer a otro, de que se han guardado un secreto, de que han logrado conspirar con éxito excluyéndome. (No es fácil vivir conmigo). Detesto el conflicto (con cualquiera, salvo con los miembros de mi familia). Hay infinidad de pequeños conflictos cotidianos que ya no soy capaz de manejar sin intenso sufrimiento y humillación: una discusión con un operario deshonesto que me engaña en el arreglo que me hace o en la pequeña suma que me cobra, o bien una conversación con esa gente anónima y evasiva que atiende las quejas de los clientes en las oficinas de las compañías telefónicas. (Antes me dejaría engañar). O la ocasión en que entraron ratones en mi apartamento, antes de convertirme en un ejecutivo menor en mi compañía y de empezar a ganar lo suficiente como para mudarme de la ciudad a una casa en Connecticut (que también detesto).

No supe qué hacer con aquellos ratones. Nunca los vi. Solo los vio la mujer de la limpieza, o al menos eso dijo, y una vez mi mujer creyó haberlos visto, y otra, mi suegra estaba casi segura de haberlos visto. Al cabo de un tiempo los ratones simplemente desaparecieron. Se fueron. Dejaron de salir. Ni siquiera estoy seguro de que existieran

realmente. Dejamos de hablar de ellos y, por lo que parece, se habían ido y fue como si nunca hubieran existido. Eran crías de ratones (según todas las versiones fidedignas), que tal vez se colaran por los cuadraditos de la rejilla que cubría el radiador. No me molestaban mientras no tuviera que verlos ni oírlos, si bien a menudo me descubría aguzando el oído y alguna vez creí oírlos. En cambio, a mi mujer le provocaban repugnancia y la mantenían en constante estado de alarma. Quería que yo hiciera algo.

Todas las noches colocaba trampas. Y todas las mañanas, mientras mi mujer y mis hijos observaban temerosos por encima de mi hombro, debía abrir cada uno de los armarios y alacenas, escudriñar detrás de cada uno de los sofás, camas y sillones, para ver qué sorpresa nueva y desagradable esperaba al acecho para ayudarme a iniciar aquel día en particular. Hasta la ausencia de sorpresa era una sorpresa chocante. Me molestaba tener a mi familia alrededor mirándome absorta y llena de suspense, porque dos de mis hijos ya son de por sí nerviosos e inseguros y estaban bastante atemorizados. Mi otro hijo sufre una lesión cerebral y no sabe nada. Por último, ni siquiera entonces estaba seguro de querer tanto a mi familia como grupo como para aceptar que se apiñaran a mi alrededor en una situación tan tensa y personal.

Nunca sabía lo que encontraría cuando abría puertas para inspeccionar mis trampas, ni cuando miraba detrás de los muebles, la cocina o el frigorífico. Tenía miedo de haber atrapado los ratones y hallarlos muertos en las trampas y tener que deshacerme de ellos. Tenía miedo de no capturarlos y de tener que pasar, una vez más, por el repelente ritual de colocar y revisar las trampas noche tras noche y mañana tras mañana, durante Dios sabe cuánto tiempo. Sin embargo, lo que temía más que nada era abrir un día una puerta de la cocina y sorprender a un ratón vivo agazapado en un rincón oscuro, un ratón que vacilara solo el tiempo suficiente para que yo lo viera, y luego pasara velozmente por debajo de la gruesa revista enrollada que yo siempre aferraba como un arma en mi puño sudoroso. Ay, Dios mío, si alguna vez llegaba a pasar aquello. Si alguna vez llegaba a pasar aquello, sabía que tendría que golpearlo lo más fuerte posible. Sabía que debería obligarme a agitar esa arma con todas mis fuerzas y tratar de matar al pobre animal de un solo golpe, pero estaba seguro de que fracasaría y solo lo lastimaría. Y entonces, mientras yacía allí, agitando aún las patas aplastadas y rotas, aunque yo no lo quisiera, sabía que tendría que esgrimir la pesada revista y golpearlo una vez, y otra, y otra, quizá, hasta matarlo.

La posibilidad de hallar un ratón vivo detrás de cualquier puerta que abría cada mañana me provocaba náuseas y me hacía temblar. No

era que temiese al ratón (no soy tan tonto), sino que, si llegaba a encontrar alguno, sabía que tendría que hacer algo.

LA OFICINA DONDE TRABAJO

En la oficina donde trabajo hay cinco personas a quienes temo. Cada una de ellas teme a cuatro (excluyendo las superposiciones), lo cual hace un total de veinte, y cada una de estas veinte teme a seis, lo cual alcanza un total de ciento veinte personas temidas por una persona por lo menos. Cada una de estas ciento veinte personas teme a las otras ciento diecinueve, y todas estas ciento cuarenta y cinco personas temen a los doce ejecutivos superiores que contribuyeron a fundar y desarrollar la compañía, y actualmente la poseen y la dirigen.

Estos doce hombres son ya mayores y están desprovistos de energía y ambición debido al paso del tiempo y al éxito. Muchos han pasado toda su vida aquí. Aparentan ser amigables, tranquilos y satisfechos cuando me cruzo con ellos en los pasillos (parecen muertos), y siempre se muestran corteses y mudos cuando van con otros en los ascensores principales. Ya no trabajan duro. Celebran reuniones, acuerdan ascensos y permiten que su nombre aparezca en anuncios preparados y divulgados por otros. Nadie está seguro ya de quién dirige realmente la compañía (ni siquiera las personas que se cree que están al mando), pero la compañía funciona. A veces, estos doce hombres en la cumbre trabajan para el gobierno durante breves períodos. No aparentan tener mayor interés en hacer mucho más. Dos de ellos saben lo que hago y me reconocen, porque los he ayudado en alguna ocasión, y han tenido la gentileza de recordarme, aunque no, y de esto estoy seguro, por mi nombre. Indefectiblemente sonríen cuando me ven y me dicen: «¿Cómo le va?». (Indefectiblemente yo hago un gesto y respondo: «Muy bien»). Como tengo poco contacto con estos doce hombres en la cumbre y rara vez los veo, en realidad no les temo. Pero sí les teme la mayoría de la gente a quien yo temo en la compañía.

Casi todo el mundo en la compañía teme a alguien, y a veces imagino que aún soy el muchacho amedrentado que era cuando trabajé en la compañía de seguros de automóviles clasificando y archivando informes sobre accidentes de automóvil, después de que pusieran a cargo del archivo a mistress Yerger, que siempre amenazaba con despedirnos. Mistress Yerger era una mujer alta,

dominante y segura de sí misma, de una amabilidad desagradable y que nunca dudó de la sabiduría de sus prejuicios. Una inteligente muchacha algo mayor que yo, llamada Virginia, trabajaba debajo del gran reloj Western Union de la oficina e intercambiaba chistes obscenos conmigo («Me llamo Virginia, Virgen para abreviar, aunque no lo seré por mucho tiempo, ¡ja, ja!»). Era vivaz y franca, reía y bromeaba siempre (por lo menos, conmigo) y yo era demasiado joven y tonto entonces para darme cuenta de que no bromeaba, ni mucho menos. (¡Cuando pienso que solía pedirme que alquiláramos un cuarto en alguna parte y que yo ni siquiera sabía cómo hacerlo! Era muy bonita, ahora me lo parece, aunque no estoy seguro de que lo pensara entonces, pero me gustaba y, además, me excitaba. Su padre se había suicidado pocos años antes). Además, en esa compañía pasaban muchas cosas que yo ignoraba. (La misma Virginia me contó que uno de los tasadores de siniestros, casado, la había llevado una noche a pasear en su automóvil y se había puesto muy insistente, amenazando con violarla o bien abandonarla cerca de un cementerio, hasta que ella fingió echarse a llorar). Recuerdo que en esa compañía también me daba miedo abrir puertas, incluso cuando alguno de los abogados o tasadores me enviaba a buscar un archivo importante o bien a comprar sándwiches. Nunca estaba seguro de si debía llamar a la puerta o entrar directamente, dar un toque con deferencia o bien un buen golpe para que me oyeran de inmediato y me ordenaran entrar. En cualquier caso, me encontraba a menudo frente a expresiones de fastidio o impaciencia (o por lo menos tenía esa sensación, la de haber llegado demasiado pronto o demasiado tarde).

Mistress Yerger nos intimidaba a todos. Al cabo de un tiempo casi todos los empleados del archivo se iban, algunos de los mayores para incorporarse al ejército o a la armada, y el resto por haber conseguido un empleo mejor. Yo me fui para aceptar un empleo mejor que resultó ser peor. Necesité mucho valor para avisar de que me iba, y siempre ha sido así. (Ensayé durante días el discurso de mi renuncia, reuniendo el coraje necesario para pronunciarlo, mientras elaboraba mentalmente respuestas serias e hipócritas a preguntas acusadoras sobre los motivos de mi partida, preguntas que ni mistress Yerger ni nadie se molestó en formular). Tengo esta actitud respecto a la autoridad, a enfrentarme directamente con ella y mirarla cara a cara, a dirigirme a ella con valentía y desafiarla, incluso cuando sé que tengo razón y estoy a salvo. (Nunca logro convencerme de que estoy *a salvo*). Sencillamente, no me fío de la autoridad.

Aquel fue mi primer empleo después de graduarme en (o de que me graduaran de) la escuela secundaria. Yo tenía entonces diecisiete

años —la chica «mayor» inteligente y coqueta, sentada bajo el reloj Western Union, Virginia, tenía solo veintiuno (demasiado joven, por uno o dos años, aun para mí)—, y en todos los empleos que he tenido desde entonces siempre he temido que me despidieran. La verdad es que nunca me despidieron de ningún empleo; al contrario, obtengo generosos aumentos y rápidas promociones, porque, por lo general, soy un hombre que está alerta (al principio) y capto las cosas con rapidez. A pesar de ello, esta sensación de fracaso, este deprimente sentido de inminente catástrofe y de bochorno público persisten aún ahora, aquí, donde realizo un buen trabajo constantemente y trato de no crearme enemigos. El problema es que me resulta imposible saber con exactitud qué pasa detrás de las puertas cerradas de todas las oficinas en todas las plantas, ocupadas por toda la gente de esta y de otras compañías en todo el mundo, que podrían decir o hacer algo, intencionada o circunstancialmente, capaz de llevarme a la ruina. A veces incluso me torturo pensando que la CIA, el FBI o la Agencia Tributaria me han estado investigando secretamente durante años y están a punto de rodearme y detenerme por la sola y simple razón de albergar ciertas inclinaciones liberales y de votar, por lo general, aunque en secreto, por los demócratas.

Tengo la sensación de que alguien cercano no tardará en descubrir algo acerca de mi persona que será mi fin, aunque no alcanzo a imaginar qué puede ser ese algo.

A lo largo de un día de trabajo normal, temo a Green y Green me teme a mí. Temo a Jack Green porque mi departamento forma parte del suyo y Jack Green es mi superior inmediato. Green me teme porque la mayor parte del trabajo dentro de mi departamento se realiza para el Departamento de Ventas, que es más importante que su propio departamento, y yo tengo una relación más estrecha con Andy Kagle y la otra gente del Departamento de Ventas que él.

Green desconfía de mí por períodos. Cada tanto me aclara que desea ver todo lo que sale de mi departamento antes de que lo vean los demás departamentos. Sé que en realidad no lo dice en serio: está demasiado ocupado con su propio trabajo como para prestar tanta atención al mío, y en la mayoría de nuestras tareas suelo sortearlo para no hacerle perder el tiempo y retardar las entregas a la gente que tiene (o cree tener) necesidad inmediata de ellas. La mayor parte del trabajo que hacemos en mi departamento resulta, a la larga, trivial. No obstante, Green siempre se alarma cuando alguien de otro departamento elogia algo que se ha originado en el mío. Se pone rojo de ira y de malestar cuando no lo ha visto o no ha oído mencionarlo. (No se indigna menos cuando lo ha visto pero no lo recuerda).

La gente del Departamento de Ventas me aprecia (o finge apreciarme). No aprecia a Green. Y él lo sabe. Suelen quejarse de él y hacer comentarios desfavorables, cosa que también sabe. Solo que finge ignorarlo. Finge indiferencia, puesto que en realidad no le gustan los hombres del Departamento de Ventas. En realidad, tampoco me gustan a mí (aunque finjo que me gustan). Generalmente, Green no hace un esfuerzo por llevarse bien con los hombres del Departamento de Ventas, sino que se muestra deliberadamente altivo y desdeñoso. Aun así le preocupa la animadversión que despierta. A Green le atormenta que algún día más pronto que tarde el Departamento de Operaciones Corporativas le quite mi departamento y se lo dé al Departamento de Ventas. Green se preocupa por esto desde hace dieciocho años.

En mi departamento hay seis personas que me temen y una pequeña secretaria que nos teme a todos. Hay una persona más que trabaja para mí y no teme a nadie, ni siquiera a mí, y no vacilaría en despedirlo inmediatamente, pero le tengo miedo.

A menudo me asalta el pensamiento de que deben de existir recepcionistas, oficinistas hombres y mujeres, mozos de almacén, mensajeros y ayudantes de todo tipo y edad que temen a *todos* en la compañía. Y hay, además, una dactilógrafa en nuestro departamento que está perdiendo poco a poco la razón, lo que hace que le tengamos miedo *todos*.

Se llama Martha. Nuestro mayor temor es que enloquezca del todo un día de trabajo, entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde. Tenemos la esperanza de que se vuelva loca durante un fin de semana, cuando no estamos con ella. Deberíamos sacarla de la compañía cuanto antes, mientras estemos a tiempo. Pero no lo haremos. Alguien tendría que despedirla, pero nadie lo hará. Hasta Green, a quien en realidad le encanta despedir al personal, rehuye la responsabilidad de tomar la decisión que podría desencadenar el derrumbamiento total de ella, a pesar de que no la soporta, detesta su aspecto y se enfurece cada vez que piensa que sigue en nuestro departamento. (Él fue quien la contrató después de una entrevista superficial, cuando una mujer del Departamento de Personal encargada de encontrar mecanógrafas y mandarlas a nuestra oficina se la recomendó insistentemente). Como el resto, intenta hacer como que no existe.

La observamos y aguardamos, y pasamos junto a ella de puntillas, preguntándonos cuánto tiempo pasará antes de que llegue, inevitablemente, a ese último y decisivo segundo en el que por fin perderá la razón y gritará o se quedará petrificada, arañará el aire o se mantendrá serena por comprender que se ha vuelto loca y por lo tanto

deben llevársela, o permanecerá aterrorizada, ignorante de su estado, y confusa.

Por una circunstancia extraña, su trabajo la hace más feliz que a los demás. Su mente se abstrae de la tarea hacia lugares más satisfactorios, y sonríe y murmura feliz, hablando consigo misma, mientras contempla el espacio por encima del rodillo de su máquina de escribir hacia la pared vacía que tiene delante de sus narices, sin saber quién es o dónde está, ni qué página debería estar copiando. Nos alejamos de ella cuando es posible, le volvemos la espalda y fingimos que no la vemos. Todos esperamos que otro haga o diga algo para que deje de sonreír y hablar sola cada vez que comienza a trabajar. Cuando por consideración no podemos postergar el hacerlo nosotros mismos, la traemos nuevamente a la realidad de la oficina y el trabajo con algún suave comentario que no encierre crítica ni reproche. Creemos que si advirtiera lo que hace se sorprendería e intranquilizaría, y también comprendería que está volviéndose loca. En otras ocasiones está muy nerviosa y resulta insoportable mirarla y estar a su lado. Todo el mundo muestra mucho tacto y consideración hacia ella. Green se ha quejado a menudo de ella ante el jefe de personal, quien no quiere que la despidan, pero se ha comunicado ya con su familia en Iowa. La madre se ha casado de nuevo y no quiere que Martha vuelva. Martha tiene un cutis feo. Todo el mundo la rechaza y querría que se fuera.

La compañía es benévola. La gente, en su mayor parte, es agradable, y el ambiente, en su mayor parte, cordial. La decoración de las oficinas, particularmente en las salas de recepción y las antesalas, es alegre y llena de colorido. Hay mucho naranja y mucho verde mar. Hay muchas fiestas de oficina. Tenemos libres todos los días de fiesta oficiales y podemos tomarnos otros cuando lo necesitamos sin que nos los descuenten del sueldo. Tenemos muchos fines de semana de tres y cuatro días. (Ahora me cuesta hacer frente a esos fines de semana prolongados y no sé cómo sobrevivo a ellos. Quizá deba aprender a esquiar).

Cada dos semanas nos pagan con cheques escritos a máquina en papel grueso (no lo bastante grueso como para que podamos llamarlos de cartón), que tienen un patrón preciso con agujeros rectangulares y palabras de advertencia formal y oficial impresas en letras pequeñas y negras indicando que los cheques no se deben arrugar, romper, ensuciar, doblar ni grapar de ninguna manera. (Solo deben cobrarse). Si no fuera por estas palabras, nunca se me ocurriría hacer ninguna otra cosa con mi cheque excepto ingresarlo. Ahora, en cambio, de vez en cuando siento cierta intriga. ¿Qué sucedería, me pregunto

melancólicamente más o menos cada dos semanas cuando abro el rígido sobre de papel amarillento y contemplo con desgana los agujeros, números y palabras de mi cheque perforado, como quien espera sin mucha esperanza descubrir algún error importante e incorregible a mi favor, si llegara a arrugarlo, romperlo, doblarlo, ensuciarlo o graparlo? (Es mi cheque, ¿sí o no?). ¿Qué sucedería si, deliberada y tranquilamente, con malicia preconcebida y con evidente premeditación, desobedeciera la advertencia?

Sé lo que sucedería: nada. No ocurriría nada. Y esta convicción me deprime. Alguna muchacha de abajo a quien nunca he visto (y tal vez también con un cutis feo) tocaría, simplemente, unos cuantos botones en alguna especie de tablero perforador y todo quedaría corregido, con lo cual sería como si nunca hubiera desobedecido. Mi acto de rebeldía sería absorbido nuevamente, como la lluvia por el océano, y no dejaría rastros. No provocaría ni el menor oleaje.

Supongo que a estas alturas para alguien como yo debe de ser casi imposible rebelarse y provocar efectos duraderos de ninguna clase. He perdido el poder de alterar las cosas que tenía cuando era niño; ya no puedo cambiar mi entorno, ni tan siquiera alterarlo seriamente. En cuanto lo intentara simplemente me despedirían y me olvidarían. Me archivarían. Es lo que le sucederá a Martha la mecanógrafa cuando por fin se vuelva loca. La despedirán y la olvidarán. Quedará archivada. Le darán la paga por enfermedad, por vacaciones, la indemnización por despido; le darán dinero del fondo de pensiones y del fondo de participación de beneficios, y, seguidamente, todo rastro de ella quedará oculto y a buen recaudo dentro de algún viejo archivo de metal verde, entre otros expedientes muertos, en otra habitación, en otro piso, o bien en algún almacén polvoriento en algún lugar que nadie visita más de una o dos veces al año y cuya existencia ignora la mayoría del personal de la compañía. Algo semejante a esos viejos armarios verdes de expedientes muertos con carpetas de accidentes que ocupaban el almacén del sótano de las oficinas principales de la compañía de seguros de automóviles en la cual trabajé cuando era apenas un muchacho. Cuando se vuelva loca, su caso quedará cerrado.

Nunca imaginé tal cantidad de expedientes muertos como la que vi en ese almacén (y había millares y millares de expedientes más muertos aún en el almacén al que solía entrar una o dos veces al año, cuando surgía alguna duda sobre un expediente cerrado desde hacía realmente mucho tiempo). Los recuerdo muy bien, recuerdo el aspecto llamativo de los datos consignados con tinta de un color azul grotesco sobre la tapa de cada carpeta. Un número, una dirección, una fecha, y una indicación abreviada sobre si el accidente implicaba daño a la

propiedad (DP) exclusivamente o bien daño a personas (PP, por perjuicios personales). Con frecuencia llevaba sándwiches de casa (de mortadela, de carne picada con mucho kétchup, o de atún o salmón con tomate) para comérmelos en el almacén del sótano durante mi hora libre para almorzar y, si estaba solo, solía leer el *Mirror* de Nueva York (periódico también muerto actualmente) y luego trataba de distraerme revisando algunos expedientes de viejos accidentes que escogía al azar de los archivos. Buscaba acción, tragedia, el intenso dramatismo de la acción policial y del suspense, pero era inútil. Estaban muertos. Ninguno de los nombres, tasaciones o informes médicos, investigaciones o declaraciones de testigos presenciales lograban revivir nada. (El *Mirror* era mejor, e incluso sus historias reales de desgracias familiares y nacionales se leían igual que las tiras cómicas). Lo que más me asombraba era la colosal inmensidad de todos esos expedientes muertos, la abundancia de todas esas carpetas monótonas y repletas de papeles que se elevaban como torres intemporales desde el suelo hasta el techo, esa vasta e interminable serie de accidentes automovilísticos desconectados entre sí, sufridos por personas y vehículos, mucho antes de que yo hubiera comenzado a trabajar allí, que seguían ocurriendo en aquel momento y que siguen sucediendo hoy.

En esa compañía había otra muchacha que perdió la razón mientras yo estaba trabajando allí. La archivaron. Y en la compañía donde trabajé antes que en la actual, hubo un hombre, un ejecutivo menor, que enloqueció, se arrojó por la ventana de un hotel y murió, pero dejó una nota en la que decía que lamentaba saltar de una ventana de hotel para matarse y que en lugar de ello se habría matado de un disparo, de haber tenido un revólver o sabido cómo obtenerlo. Lo recogieron del suelo (la policía, probablemente) y lo archivaron.

Creo que actualmente en todas las compañías hay por lo menos una persona que está perdiendo poco a poco la razón.

La compañía acaba de tener un año extraordinario. Sigue creciendo, y en muchos aspectos somos los líderes del sector. Según nuestro último informe anual, es más grande y mejor este año que el anterior.

Ahora tenemos veintinueve filiales, doce dentro del país, dos en Canadá, cuatro en Latinoamérica y once en ultramar. Había una en Cuba, pero la perdimos. Tenemos un promedio de tres suicidios por año. Dos hombres, generalmente ejecutivos de nivel medio superior, se matan cada doce meses, casi siempre de un disparo, y una muchacha, por lo general soltera, separada o divorciada, se suicida casi siempre con somníferos. Los salarios son altos y las vacaciones largas.

A la gente de la compañía le gusta vivir bien y es sumamente susceptible a las crisis nerviosas. Tiene buen gusto y disfruta de un alto nivel de vida. Todos hemos recibido una buena educación y en cuanto a aptitudes e inteligencia estamos por encima de la media. Todo el mundo gasta. Nadie ahorra. Las crisis nerviosas son más difíciles de advertir que los suicidios, porque no es tan fácil reconocerlas y sí más fácil ocultarlas. (Un suicidio es, después de todo, un suicidio, que en sí tiene algo definitivo. Es lo último que hace una persona. Pero ¿quién sabe con certeza cuándo una persona sufre una crisis nerviosa?). Aun así, las crisis se dan regularmente en todos los grupos de edad y profesionales, y entre toda clase de gente, ya sea delgada o gorda, baja o alta, buena o mala. En los pocos años que llevo a cargo de mi departamento, una chica y un hombre han estado ausentes con una baja prolongada por depresión. Ambos se han curado, actualmente están trabajando para mí, y pocas personas, fuera de mi departamento, saben por qué estuvieron de baja. (Me parece que uno de ellos, el hombre, no se recuperó del todo y probablemente recaerá muy pronto. Ha vuelto a convertirse en un problema, no solo para mí sino también para toda la gente con quien habla. Habla demasiado).

En un año como media cuatro personas que conozco en la compañía morirán por causas naturales y dos y media más (dos hombres un año, tres el siguiente) pedirán la baja por enfermedad, que resultará ser cáncer. Aproximadamente dos personas morirán de accidente cada año, una en un automóvil y otra en un incendio o bien ahogada. Nadie en la compañía ha muerto aún en una catástrofe aérea, lo cual para mí es un gran misterio, porque viajamos mucho en avión con el fin de visitar otras filiales, a clientes, a posibles clientes o a proveedores que residen en otras ciudades y países. Cuando el personal permanente y empleado a jornada completa coge la baja por enfermedad, generalmente recibe la totalidad del sueldo mientras dura (aunque dure el resto de su vida, ¡ja, ja!), ya que la compañía destaca en proporcionar prestaciones a sus empleados. Todo el mundo está divorciado (yo no). Todo el mundo bebe y se toma dos o más horas para almorzar. Todos los hombres flirtean. Todas las mujeres responden, salvo unas pocas, muy religiosas o muy tediosas, o unas pocas muy jóvenes, que acaban de salir al mundo y no comprenden cómo son las cosas.

A la mayoría de nosotros nos gusta trabajar aquí, a pesar de tener miedo, y no anhelamos marcharnos para buscar un empleo en otras compañías. Ganamos dinero y nos divertimos. Leemos libros y vamos al teatro. Y, de alguna manera, el tiempo pasa.

Este período fiscal estoy flirteando con Jane. Jane es nueva en el Departamento de Arte y no está segura de si voy en serio o no. Hace pocos años que dejó la universidad, donde estudió Bellas Artes, y las cosas en la ciudad aún le parecen atrevidas, sofisticadas e intelectuales. Va mucho al cine. Creo que todavía no se ha acostado con un hombre casado.

Jane es jefa adjunta del Departamento de Arte, que pertenece al de Green. Solo trabajan tres personas en él. Tiene, como el resto de nosotros, mucho tiempo libre para cavilar y fantasear y hacer llamadas personales y bromear con cualquiera de la compañía (yo) que esté dispuesto a ello. Tiene una figura esbelta y alta, bastante bonita, y un conducto lacrimal obstruido que le hace lagrimear de un ojo. Usa jerséis de lana holgados, pero que a la vez marcan a la perfección los pezones de sus senos menudos. (Con frecuencia mis dedos quieren acariciar y tirar con igual perfección de los pezones de esos senos menudos, pero sé por experiencia que mi deseo no se detendría mucho tiempo en ellos. No son más que un punto práctico por donde empezar). Su buena figura, sus pezones visibles y su conducto lacrimal obstruido me proporcionan buenas oportunidades para hacerle bromas provocativas del mismo tono que las que solía intercambiar con la chica mayor, Virginia, debajo de aquel gran reloj Western Union en la compañía de seguros de automóviles (la compañía continúa activa después de tantos años, en el mismo lugar, y probablemente el reloj sigue en el mismo sitio, siempre funcionando, a pesar de que el edificio está ahora destinado a ser demolido), salvo que ahora yo soy mayor, más experimentado (y también más hastiado), y soy capaz de manipular y dirigir las situaciones como me apetezca. Ahora tengo la sensación de poder hacer lo que quiera con Jane, especialmente los días en que toma dos vodka martinis para almorzar en lugar de uno solo (por mi parte, detesto esos cócteles y desconfío del carácter de quienes los beben), o bien tres *whisky sours* en lugar de dos. Si quisiera, después del trabajo podría llevarla a tomar tres vodka martinis y luego al apartamento de Red Parker, que queda cerca, y el resto, apuesto, sería coser y cantar (y probablemente no más emocionante). Hago reír a Jane cuando quiero, y esto, lo sé, puede significar la mitad de la partida ganada, si alguna vez decidiera en serio que quiero jugar, pero por ahora no estoy seguro.

Tal vez debería sentirme orgulloso, porque Jane no es más que una muchacha decente de veinticuatro años, muy atractiva, con quien puedo acostarme cuando se me antoje. (La tengo vagamente reservada para más adelante, quizá para las semanas anteriores a la convención, cuando deberé utilizar a todos y cada uno de los empleados del

Departamento de Arte). La verdad es que no sé qué debería sentir. Solo sé que las chicas de algo más de veinte años son fáciles y tiernas. (Las que se acercan a la treintena son fáciles pero melancólicas, y esto no resulta tan grato). Creo que son fáciles porque son tiernas, y también creo que son tiernas porque son tontas.

Los días que *soy yo el que me* tomo dos martinis para almorzar, los pechos y las piernas de Jane me vuelven loco al verla apoyar su torneado trasero contra la pared de uno de los angostos pasillos que conducen a las oficinas del Departamento de Arte, cuando me detengo a hacerle alguna broma. Jane sonríe mucho y es muy ingenua (cree, por ejemplo, que soy un hombre bueno), aunque no carece, desde luego, de cierta experiencia sexual, de la cual se jacta riéndose cuando la acuso de ser virgen, o bien niega riéndose cuando la acuso de ser una puta. Le dirijo bromas burlonas, un tanto maquinales e infantiles (todas ellas con alguna que otra variante, las he probado ya con otras chicas y mujeres), sobre su ojo, o su jersey, o la buena o mala vida que supongo que lleva, mientras me inclino, poco menos que babeando, sobre su falda (no sé cómo puede soportarme en estos momentos repugnantes, pero lo hace) y la miro lascivamente, recorriendo con los ojos los largos muslos, aun cuando sé que probablemente hallaría sus piernas algo delgadas una vez que la tuviera desnuda y es posible que la describiera más tarde como un poquito flaca si alguna vez hablara de ella con alguien.

Creo que Jane me gusta bastante. Es alegre, abierta, confiada, optimista… y ya casi nunca encuentro chicas así. Hasta ahora he decidido no tener nada que ver con ella, salvo seguir con las bromas lascivas que nos hacen cosquillear los sentidos y nos divierten y estimulan a los dos. Quizá su rostro y su figura sean demasiado bonitos. Antes me gustaban las muchachas altas y robustas, un poco toscas, y todavía me gustan, pero últimamente siempre tengo, en apariencia, relaciones con chicas esbeltas, bonitas y, en su mayoría, jóvenes. Mi mujer es alta y esbelta y de joven era muy bonita.

Los empleados de la compañía que más miedo tienen a la mayoría de la gente son los vendedores. Viven y trabajan bajo una extraordinaria presión. (Yo no lo aguantaría). Cuando las cosas marchan mal, resultan peor para los vendedores. Cuando van bien, no son mucho mejores para ellos.

Siempre se les está probando, siempre se encuentran a punto de fracasar, colectiva e individualmente. Hacen infinitos esfuerzos, incluso los más seguros y confiados, para dar una buena imagen sobre el papel, y la verdad es que hay mucho papel sobre el cual deben mostrar su buena imagen. Cada semana, por ejemplo, se elabora un

registro de los resultados de las ventas efectuadas para cada oficina de ventas y para el Departamento de Ventas en conjunto, y destinado a cada división de la compañía, y ese registro se compara con los resultados de las ventas efectuadas la misma semana del año anterior. Se fotocopian las cifras en las máquinas más modernas y luego se distribuyen en toda la compañía a todo el personal y a todos los departamentos cuyas tareas tienen relación con las ventas. Además, los totales de ventas para cada oficina de ventas por cada trimestre del año y por cada división de la compañía y por la compañía en su totalidad se tabulan y comparan con los totales de ventas del trimestre correspondiente del año anterior. Conjuntamente con esto, se llevan los totales acumulativos de ventas trimestrales, y también estos totales de ventas trimestrales se fotocopian y se distribuyen. Hecho esto, los totales acumulativos trimestrales se comparan con los totales acumulativos trimestrales (estimados) de otras compañías de la misma actividad, y también se distribuyen estas fotocopias. Las cifras se tabulan en columnas y series de líneas paralelas y nuevas columnas a fin de que cualquiera que ponga los ojos en ellas pueda efectuar comparaciones y juicios rápidos. El resultado de todas estas fotocopias y de su distribución es que en toda la compañía casi constantemente se somete al escrutinio y al debate público lo bien o lo mal que hacen su trabajo los vendedores en cada oficina de ventas y en cada división de la compañía en un momento determinado.

Cuando los vendedores trabajan bien, se ejerce presión sobre ellos para que trabajen mejor, por el temor de que empiecen a trabajar peor. Cuando no trabajan bien, se considera que lo hacen muy mal. Cuando un vendedor logra obtener un pedido importante o que se abra una cuenta considerable en la compañía, su júbilo es breve, puesto que existe el peligro de que pierda dicho pedido o dicha cuenta por culpa de otro vendedor mejor de una compañía rival (o bien de una división rival de esta misma compañía, lo cual demuestra lo compleja y metódica que esta se ha vuelto) en cualquier momento. Incluso puede suceder que se anule el pedido antes de ultimarlo, en cuyo caso nadie está seguro de si se ha perdido o se ha ganado nada. Hay, pues, crisis y a la vez alarma hasta en estos pequeños triunfos.

Con todo, los vendedores aman su trabajo y no elegirían otro. Son un grupo enérgico, amante de la diversión cuando no están sufriendo calambres abdominales o preocupándose melancólicamente por el futuro. Por otra parte, a menudo se ponen de mal humor y se quejan y discuten mucho. Unos se enfadan, otros intimidan; unos intimidan y luego se enfadan. Todos ellos beben mucho hasta que sufren hepatitis o ataques de corazón, o bien dejan el alcohol por algún otro motivo, y

todos ellos, tarde o temprano, terminan convencidos de que los persiguen o les atribuyen culpas inmerecidas. Cualquier vendedor puede nombrar al menos a un superior en la compañía que, según él, le tiene manía y por lo tanto está decidido a arruinarle la carrera.

Los vendedores trabajan duro y ganan sueldos elevados, y cuentan además con grandes sumas para gastos de representación que despilfarran generosamente con otras personas dentro y fuera de la compañía, incluido yo. Tienen buenas casas en buenos barrios residenciales y juegan buenas partidas de golf en buenos campos particulares. La compañía estimula todo esto. En realidad, les paga las cuotas de socios de los clubes de golf y todos los gastos en que incurren en ellos, siempre que el club del que se hagan socios sea un buen club. La compañía busca y recompensa a los vendedores que hacen un buen papel en los campos de golf.

Los solteros no son aceptados en el Departamento de Ventas, ni tampoco los viudos, porque la compañía sabe por experiencia que es difícil y peligroso para los vendedores solteros alternar socialmente con ejecutivos prominentes y sus mujeres, o bien participar con ellos en importantes actividades cívicas. (Son demasiadas las mujeres de estos hombres prominentes y exitosos que están tan poco satisfechas con su situación conyugal como sus maridos). Si la mujer de un vendedor muere y él no está dispuesto a casarse de nuevo, por lo general se lo traslada a una función administrativa al cabo de varios meses de duelo. Nunca se contratan solteros para el cuerpo de vendedores, y aquellos que se divorcian o cuyas mujeres mueren saben que deben volver a casarse o bien empezar a pensar en cambiar de trabajo.

(Red Parker es viudo desde hace demasiado tiempo y, por ello, así como por beber en exceso, tendrá problemas. Lo pasa demasiado bien).

Extrañamente, los vendedores, egoístas e individualistas por naturaleza, reaccionan bien frente a la presión constante y la supervisión rígida de que son objeto. Los estimula y los motiva la disciplina y tener una dirección. Actúan con éxito bajo la orientación explícita hacia objetivos claros. (Esta puede ser una de las razones por las que les gusta tanto el golf). En su mayoría son alegres, seguros y sociables, cuando no son irritables, nerviosos y depresivos. Debe de haber algo en la naturaleza de ciertos hombres que les permite no solo *ser* vendedores, sino además *desear* serlo. Los nuestros ciertamente *disfrutan vendiendo*, si bien muchos sufren, según creo, colitis, hernias, hemorroides y diarrea crónica (yo tengo una hemorroide que viene y se va a su antojo y que no me inquieta lo más mínimo, ahora que he

ido a ver al médico y me ha dicho que no es cáncer), por no mencionar las frecuentes crisis causadas por la tensión o el exceso de trabajo en el Departamento de Ventas y en otros, y los ocasionales suicidios, que se dan entre los vendedores más o menos una vez cada dos años.

Los vendedores se enorgullecen de su posición y del prestigio e importancia de que gozan dentro de la compañía, porque la función de mi departamento, y de la mayoría, es ayudar a los vendedores a vender. Esa es la razón por la que nos dieron el trabajo y por la que nos pagan.

La gente de la compañía con menos miedo pertenece a nuestro pequeño Departamento de Investigación de Mercados, que no cree en nada y se ocupa de reunir, ordenar, interpretar y reorganizar los datos estadísticos sobre el público, el mercado, el país y el mundo. En primer lugar, ganan poco y saben que no tendrán dificultades para conseguir el mismo empleo de poca monta en otras compañías si pierden el que tienen en la nuestra. Su presupuesto es además reducido, pues ya no se les permite emprender grandes proyectos.

La mayor parte de la información que obtenemos actualmente es proporcionada gratuitamente por asociaciones comerciales, como la Oficina del Censo de Estados Unidos, el Departamento de Comercio, la Cámara de Comercio Estadounidense, la Asociación Nacional de Fabricantes y el Pentágono, y ya no hay forma de averiguar si la información sobre la cual basamos nuestra propia información para la distribución es verdadera o falsa. Al parecer no importa. Lo único que importa es que la información proviene de fuentes autorizadas. A los empleados del Departamento de Investigación de Mercados nunca se les culpa cuando se descubren condiciones fuera de la compañía que nos colocan en una situación de competencia en desventaja. Lo que es, es, y no se les pide que cambien la realidad, sino que simplemente la descubran y, si es posible, propongan maneras ingeniosas de encubrirla. En un grado considerable, esta es la naturaleza de mi propio trabajo, y todos nosotros, bajo el mando de Green, trabajamos en estrecha colaboración con el Departamento de Ventas y con el Departamento de Relaciones Públicas en la tarea de transformar las verdades absolutas en verdades a medias y las verdades a medias en verdades absolutas.

Yo soy muy hábil en estas técnicas de engaño, aunque no siempre consigo engañarme a mí mismo (aunque si pudiera hacerlo, no lo sabría, ¿verdad? Ja, ja). De hecho, me sorprendo continuamente al ver a la gente de la compañía que cae víctima de su propia (nuestra propia) propaganda. Hay muchos, en realidad, que creen que lo que

hacen es muy importante. Tal es el caso no solo entre los vendedores, quienes repiten sus propios argumentos en voz alta con tanta frecuencia que terminan por adquirir la lógica y la autoridad de una superchería, sino también entre los ejecutivos perspicaces y competentes de las capas más altas, que tienen acceso a toda la información y deberían estar perfectamente enterados. Ocurre entre la gente de mi propio nivel y más abajo. Les sucede a casi todos los miembros de la compañía que se licenciaron en buenas facultades de dirección de empresas con notas altísimas. Estos son, uniformemente, los hombres más competentes y concienzudos de la compañía y, a la vez, los más crédulos e ingenuos. Cada vez que lanzamos una nueva campaña de publicidad, por ejemplo, son las personas que trabajan en la compañía las primeras en dejarse convencer. Cada vez que presentamos un nuevo producto, o un viejo producto con diferente envase, color y nombre para que aparezca como nuevo, la gente de la compañía es la primera en salir corriendo a comprarlo, aun cuando no sirva para nada.

Cuando los vendedores y los representantes de la compañía empiezan a creer en sus propias afirmaciones, el resultado no siempre es negativo, porque se desarrolla en ellos un espíritu de lealtad, diligencia y convicción que a menudo posee un gran poder de persuasión. Crea un tipo de dedicación y fanatismo que a su vez genera buenos ciudadanos y buenos empleados. Sin embargo, cuando eso le ocurre a alguien de mi propio departamento el resultado puede llegar a ser desastroso, porque el hombre comienza a depender demasiado de lo que ahora toma por la verdad y pierde su talento para urdir buenas mentiras. Deja de ser convincente. Es lo que le pasó a Holloway, ni más ni menos, el hombre de mi departamento que sufrió una crisis nerviosa (y que probablemente tendrá otra muy pronto).

—Pero es verdad, ¿no lo comprendes? —solía señalar en voz baja a los vendedores, a las secretarias y hasta a mí, con una sonrisa sabia e indulgente, como si lo que estaba diciendo tuviera que ser tan evidente para todos como lo era para él—. Somos los *mejores*.

(El punto que se le escapaba era que no importaba que fuera verdad o no. Lo importante era lo que la mayoría de la gente *creía* que era verdad).

Últimamente ha vuelto a sonreír y a discutir de la misma manera que antes y a pasar más tiempo hablando con nosotros del que estamos dispuestos a escucharlo. Cuando me acorrala a mí o a otra persona de mi departamento, solo deseo que tenga cuanto antes su crisis nerviosa, ya que la va a tener de todos modos, y que se quiten

de en medio tanto la crisis como él mismo. Es el único que conversa con Martha, la mecanógrafa que está enloqueciendo, y ella es la única que lo escucha sin inquietud ni irritación. Lo escucha con tantas ganas porque en realidad no le presta la más mínima atención.

Entonces todos se impacientaban con él. Y perdió la capacidad para entender (como la está perdiendo ahora) por qué los vendedores que acudían a él en busca de pruebas sólidas que apoyaran sus exageraciones e inexactitudes se volvieron escépticos, empezaron a evitarlo y se negaron por fin a contar con él e incluso a invitarlo a almorzar. El caso es que él esperaba que se las arreglaran exclusivamente con la «verdad».

Es sabio, pienso, quien reconoce que es estúpido, y honesto quien reconoce que es mentiroso. Y es estúpido, supongo, quien está convencido de ser sabio, concluyo para mis adentros (sabiamente), mientras los sabios adultos nos deslizamos de aquí para allá en la compañía, asustándonos mutuamente en nuestros escritorios, compartimentos y máquinas de agua fría, tratando de eludir a la gente a quien tememos. Venimos a trabajar, almorzamos y volvemos a casa. Entramos y salimos con paso de ganso, cambiamos de pareja y nos paseamos por todas partes, nos pavoneamos para que nos den una palmadita de aprobación y nos marchamos con desgana a casa hasta que caemos muertos. En realidad, de vez en cuando, según cómo van las cosas con Green en la oficina, o en casa con mi mujer, o con mi hijo retrasado, o con mi hija, o con la sirvienta negra, o con la enfermera de mi hijo retrasado, suelo preguntarme: ¿es esto *todo* lo que tengo que hacer en la vida? ¿Es esto realmente lo *máximo* que puedo obtener de los pocos años que me restan en esta vida mía?

Y la respuesta que obtengo, desde luego, siempre es… «¡Sí!».

Porque tengo un trabajo, recibo un sueldo, me río y parece que puedo conseguir que una u otra chica se acueste conmigo casi siempre que quiero; porque me envidian y los vecinos me respetan, así como *mis* colaboradores con sueldos menores, con menos personalidad, con mujeres menos atractivas, y porque verdaderamente aparento poseer todo lo que quiero a pesar de que a menudo me gustaría estar trabajando para alguien que no fuera Green, al que le caigo bien y quien aprueba mi trabajo, pero que no me permitió pronunciar un discurso en la convención de la compañía en Puerto Rico el año pasado, ni en la convención de la compañía en Florida el año anterior… y sabe que lo odio por ese motivo y probablemente nunca se lo perdonaré ni lo olvidaré.

(Tengo sueños, sueños desagradables, que se relacionan, según creo, con mi deseo de hablar en alguna convención de la compañía, y

siempre encierran una amarga frustración, humillación y una dificultad insuperable para trasladarme de un lugar a otro).

Green ahora cree que estoy conspirando para debilitarlo. Se equivoca. En primer lugar, carezco de la iniciativa necesaria; en segundo lugar, no me atrevo y, por último, creo que en el fondo aprecio y admiro realmente a Green en muchos aspectos (aun cuando a la vez lo detesto y le tengo rencor en otros), y sé que tal vez estoy más seguro trabajando para él que para ningún otro, incluido Andy Kagle del Departamento de Ventas, si llegaran a decidir trasladar mi departamento desde el de Green al de Kagle.

En muchos sentidos y en muchas ocasiones, Green y yo somos amigos y aliados e incluso hacemos cosas útiles y consideradas el uno por el otro. A menudo le protejo y defiendo cuando se retrasa o se olvida en sus propias tareas, y con frecuencia le concedo el mérito por un buen trabajo de mi departamento aun cuando no lo merezca. Pero nunca se lo digo de manera explícita, ni tampoco le comunico nunca que he oído algo elogioso acerca de él. Me gusta ver a Green aprensivo. Me gusta que desconfíe de mí (actitud que obra milagros sobre mi autoestima) y no hago más de lo estrictamente necesario para tranquilizarlo.

Y soy el mejor amigo que tiene aquí.

Así pues, asusto a Green, y Green asusta a White, y White asusta a Black, y Black asusta a Brown y a Green, y Brown me asusta a mí y a Green y a Andy Kagle, y todo esto es la pura verdad, ya que Horace White teme realmente conversar con Jack Green, y Johnny Brown, que avasalla a todo el mundo con sus espaldas anchas, su mentalidad práctica y su manera de hablar ruda y franca, teme a Lester Black, quien lo protege.

Sé que esto es verdad porque una tarde oscura y lluviosa representé todo este esquema de colores en uno de esos organigramas que siempre construyo cuando me aburro en mi trabajo. En este momento me dedico (como uno de mis proyectos particulares) a tratar de organizar una comunidad autosuficiente con la gente de la compañía cuyos nombres coinciden con oficios, ya que tenemos muchos Miller (molineros), Baker (panaderos), Taylor (sastres), Carpenter (carpinteros), Field (campesinos), Farmer (granjeros), Hammer (herreros), Nichols (nichos, pues en mi utopía están permitidos los juegos de palabras, ya que de lo contrario, ¿cómo podríamos salir del paso?) y Butcher (carniceros) en la guía telefónica interna de la compañía. Posiblemente seríamos una organización mucho mejor si todos estuviéramos realizando las tareas sugeridas por nuestros apellidos, aunque no estoy seguro de que yo encajara en este

esquema, porque mi nombre no significa nada, que yo sepa, y tampoco sé de dónde viene.

Sacar a la luz información valiosa sobre cosas sin importancia me distrae y me divierte. Hay once Green (incluyendo la versión «Greene»), ocho White, cuatro Brown y cuatro Black. Y un solo Slocum… yo. En un momento hubo dos Slocum: Mary Slocum en nuestra oficina de Chicago, una chica bajita y sexualmente atractiva, recién diplomada en la escuela de secretarias, con un trasero que contoneaba y un pecho bastante abundante, pero se fue para casarse y pronto se quedó embarazada y desapareció. Aquí y allá, dentro de la compañía, comienzan a aparecer hombres de color, negros, con camisas blancas o azules inmaculadas y corbatas firmemente anudadas. Ninguno de ellos es importante por ahora, pero nadie sabe a ciencia cierta por qué han venido ni qué quieren en realidad. Todos nosotros (casi todos nosotros) nos mostramos ostensiblemente corteses con ellos y fingimos no ver la diferencia. A solas, los vendedores hacen chistes sobre ellos.

(—¿Sabes qué dijeron sobre el primer astronauta negro?

—¿Qué?

—Que para subir a la nave espacial se las vio negras).

De un tiempo a esta parte a menudo me aburre mi trabajo. Todo lo rutinario se lo paso a otros. Y esto intensifica mi aburrimiento. Es un verdadero problema decidir si es más aburrido hacer algo aburrido que pasar a otros todo lo aburrido que llega a mi escritorio y quedarme entonces sin nada que hacer.

En el fondo me gusta mi trabajo cuando las tareas son importantes y urgentes y un tanto alarmantes y sé que atraerán la atención de muchos. Me asusto y no puedo dormir por la noche, pero suelo rendir al máximo bajo este estimulante tipo de presión y disfruto al máximo de mi trabajo. Me ocupo yo mismo de todos estos proyectos importantes y me regocijo con inmenso orgullo y vanidad ante los cumplidos que recibo cuando los hago bien (como siempre). Pero entre estos picos de desafío y exaltación no hay más que monotonía y desaliento. (Descubro, asimismo, que una vez que he impresionado a alguien, ya no me interesa mucho volver a impresionar a esa misma persona; experimento una gran decepción emocional después de sobrevivir a cada crisis, una especie de decepción vacía y trágica, y la amenaza, la oportunidad y la inspiración del año pasado se convierten en el tedio al que es imposible escapar este año. Con frecuencia siento que se aprovechan de mí por el mero hecho de pedirme que haga el trabajo por el que me pagan).

Los días que me encuentro especialmente melancólico me dedico a

trazar organigramas desde algún punto de vista malévolo, dividiendo, subdividiendo y clasificando a la gente de la compañía sobre la base de la envidia, la esperanza, el temor, la ambición, la frustración, la rivalidad, el odio o la desilusión. Llamo a estos diagramas mis Diagramas de la Felicidad. Estos ejercicios maliciosos nunca dejan de levantarme el ánimo… pero solo por poco tiempo. Alcanzo puntuaciones bastante altas cuando analizo la compañía de esta manera, porque no soy envidioso ni estoy desilusionado y porque no albergo grandes expectativas. En la cumbre, desde luego, se encuentran las personas, en su mayoría jóvenes y sin nadie que dependa de ellos, para quienes la compañía no es aún una institución con méritos sagrados (o ni siquiera una institución que valga la pena mantener) sino solo el lugar donde trabajan, y que consideran temporal la relación que mantienen con ella en el presente. Para ellos, es solo un trabajo, del presidente al portero, y prácticamente el mismo trabajo. Coloco a estas personas en la cumbre, porque si se les preguntara si querrían pasar el resto de su vida trabajando para esta compañía, todas responderían con un rotundo «¡No!», independientemente de los incentivos que se les ofrecieran. En una época yo ocupé esta posición encumbrada. Si hoy me formularan la misma pregunta, a mi vez respondería con un rotundo «¡No!», y agregaría: «Preferiría morirme ahora mismo». Pero de momento no planeo marcharme.

Actualmente tengo la sensación de que ya no me queda ningún lugar adonde ir.

Cerca de la base de mis Diagramas de la Felicidad coloco a la gente que está luchando encarnizadamente por llegar a la cumbre. Yo estoy en mejor situación que ellos (o bien creo estarlo) porque, primero, no tengo enemigos ni rivales (que yo sepa) y estoy casi convencido de que puedo conservar mi puesto aquí mientras lo desee, y segundo, porque no hay otro puesto al que aspire en la compañía que en verdad tenga esperanzas de obtener. Ni siquiera el de Green. Si lo tuviera no sabría desempeñarlo y si me lo ofrecieran tendría miedo de aceptarlo. Hay demasiado trabajo. Me alegro de que no piensen ofrecérmelo (estoy seguro de que no me lo ofrecerán).

Soy, pues, uno de los tantos directivos, en su mayoría mayores que yo, que ya no tienen ambiciones ni esperanzas, si bien quiero seguir recibiendo aumentos todos los años, así como la paga de Navidad, y también deseo muchísimo que me permitan ocupar un lugar en el estrado durante la próxima convención de la compañía en Puerto Rico (si vuelve a celebrarse este año en Puerto Rico), junto con el resto de los gerentes del departamento de Green, y presentar mi informe de

tres minutos de duración sobre el trabajo realizado en mi departamento y sobre los proyectos que estamos planeando para el próximo año.

Fue francamente humillante ser el único de los directivos de Green que se quedó fuera. La omisión fue muy visible y el desaire deliberadamente público. Y durante los cuatro días siguientes, mientras los otros se lo pasaban en grande jugando al golf y emborrachándose, yo era objeto de manifestaciones de lástima y de una conmiseración solemne y convencional por parte de mucha gente a quien odio y a quien desearía golpear y gritar. Fueron la envidia y el rencor puro y mezquino los que indujeron a Green a eliminarme bruscamente del programa cuando ya estábamos en Puerto Rico y la convención acababa de tener un prometedor comienzo, después de haber trabajado durante tanto tiempo y con tantos nervios (incluso ensayé en mi casa casi todas las noches, para perplejidad y consternación de mi familia) en mi exposición de tres minutos de duración, segmento del programa que tenía asignado y para el cual había preparado dieciocho excelentes diapositivas en color acompañadas de ingeniosos comentarios.

—Alegra esa cara —me ordenó Green secamente, con esa sonrisa despreocupada y satisfecha que suele adoptar cuando sabe que está hiriéndome profundamente—. De todos modos eres un pésimo orador, y tal vez estarás mucho más a gusto manejando los proyectores y velando por que las diapositivas de los otros no se mezclen.

—Quiero hacerlo, Jack —le espeté, tratando de mantener la voz firme y serena. (Lo que quería en realidad era echarme a llorar y temía que se me escaparan las lágrimas)—. Nunca he hablado en una convención.

—Tampoco lo harás en esta.

—Pues he preparado una buena exposición.

—Es tedioso y acartonado y no le interesa a nadie.

—Preparé unas diapositivas estupendas.

—No las usarás —me advirtió.

—Me hiciste lo mismo el año pasado en Florida.

—Y puede que vuelva a hacértelo el próximo año.

—No es justo.

—Probablemente no.

Esperé. Green no añadió nada. Sabe herir a las personas mucho mejor que yo. Me tocaba hablar, pero no me había dejado nada que decir.

—Bueno —dije quedamente, y desvié la mirada.

—No me importa si es justo o no —siguió diciendo entonces—.

Estamos hablando de una convención de empresa importante, no de una ceremonia de graduación universitaria. Tengo que aprovechar de la manera más eficaz posible el poco tiempo que nos dan en el programa.

—Serían solo tres minutos —supliqué.

—Puedo utilizar esos tres minutos mejor que tú. —De pronto lanzó una carcajada con un tono amistoso e inofensivo, como si lo ocurrido no tuviese ninguna importancia, y con ello me dio a entender, de aquel modo arrogantemente firme y rudo que tenía, que la discusión había terminado—. Debes comprender, Bob —siguió diciendo alegremente (y hasta pensé que me rodearía los hombros con un brazo. Nunca me toca)—, que esta ambición que tienes de pronunciar un breve discurso no es más que una simple vanidad superficial y burguesa. Yo soy tan superficial como tú y tan burgués como el que más. De manera, pues, que te quitaré esos tres minutos y te mencionaré a ti y a tu departamento en mi propia exposición.

«Hijo de puta», pensé.

—Eres el jefe —dije.

—Así es —replicó fríamente—. Lo soy. Y ya has recibido bastante atención por mi parte para ser empleado mío. Quiero dejar bien claro esto para que nadie en la compañía se piense que trabajas para Andy Kagle y no para mí. O que estás haciendo un trabajo mejor en tu puesto que yo en el mío. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Por supuesto que lo comprendí. Green estaba reafirmando su derecho de propiedad sobre mí públicamente, al demostrar su derecho a tratarme con desprecio. Y en su largo discurso (bastante acartonado y pedante) en la convención me «mencionó», a mí y a mi departamento, en un solo aparte:

—Y Bob Slocum y su gente prestarán ayuda, cuando ustedes realmente lo consideren necesario, siempre que lo que soliciten no sea irrazonable.

Eso fue todo, a pesar de que los dos proyectos que yo había preparado para el año siguiente eran los puntos medulares de la convención. Todo el mundo estaba entusiasmado con ellos, hasta los ejecutivos de otros departamentos de la compañía presentes allí en calidad de invitados y observadores. Varios quisieron conocerme y expresaron el deseo de realizar un trabajo de igual calidad y género en sus propias áreas de la compañía. Aquella semana podría haber vivido verdaderos momentos de gloria y de triunfo si Green (¿Green?) no me hubiera eliminado del programa. Los vendedores que tendrían que utilizar mis proyectos en su trabajo me felicitaron repetidamente y no paraban de palmearme la espalda, mientras bebían su *whisky* por la

noche y sus Bloody Marys en el desayuno (si bien algunos ya insinuaban que querrían discutir conmigo ciertas modificaciones para sus propios fines, una vez que terminara la convención y estuviéramos de regreso en Nueva York). Y hasta Arthur Baron, jefe de todos nosotros en esta división, se acercó a mí durante uno de los cócteles que se celebraban en la terraza del hotel por la tarde para decirme que mis dos proyectos eran los mejores en su género que había visto en su vida y que, con seguridad, serían de suma utilidad.

Arthur Baron, hombre lleno de tacto y suavidad, dirigió sus comentarios a Green, quien estaba de pie a mi lado en la terraza, porque no le gusta que lo vean solo. (Por el momento, yo era el agarradero de Green, mientras se orientaba, y sabía que me dejaría en cuanto tuviera la oportunidad de acercarse a alguien más importante. En las reuniones sociales o de negocios muy concurridas, Green nunca se separa de nadie a menos que pueda acercarse a otra persona). Green rio inmediatamente y me dio todo el crédito por el trabajo realizado. Después le restó importancia al declarar que no había visto nada de aquello hasta esa misma tarde (lo cual no era verdad, puesto que sus críticas y sugerencias durante las diez semanas anteriores me habían ayudado muchísimo, y nada se había incluido en los proyectos sin su estudio y aprobación). Green observó a continuación, con otra risa bonachona, que la excelente acogida a algo preparado por mí, sin su conocimiento ni su ayuda, no hacían más que probar que él mismo era un estupendo administrador. (Todo lo que pude transmitirle a Arthur Baron fue un murmullo:

—Gracias. Me alegro).

—El único objetivo legítimo de un buen administrador —siguió diciendo Green muy afable, dirigiendo su sonrisa solo a Arthur Baron y excluyéndome del todo de su atención— es volverse superfluo lo más pronto posible y con ello quedarse sin nada que hacer hasta que lo asciendan a vicepresidente o bien se jubile. ¿No está de acuerdo conmigo?

Arthur Baron rio suavemente por toda respuesta y no dijo nada. Se volvió de Green hacia mí, me apretó el hombro y se alejó. Green sonrió esperanzado al verlo alejarse, luego adoptó un gesto sombrío y comenzó a preocuparse (sospecho) por que su insinuación a Arthur Baron acerca de una vicepresidencia hubiese sido demasiado explícita. Ya estaba lamentando haberle dicho aquello. Green sabe que a menudo presiona demasiado —incluso en el momento preciso en que lo hace—, pero es sencillamente incapaz de controlarse. (Está fuera de su propio control).

(Yo estoy bajo su control). Dependo de Green. Fue él quien me

contrató y me ascendió, y es Green quien me recomienda todos los años para los generosos aumentos de sueldo y las buenas primas en efectivo que recibo anualmente.

—Eras un empleado de tercera categoría cuando empezaste a trabajar conmigo —me dice bromeando cuando nos llevamos bien—. Ahora te he convertido en un gerente de tercera categoría.

Le estoy agradecido por ascenderme, a pesar de que a menudo se burle de mí y hiera mis sentimientos.

Green es un hábil estratega con larga experiencia en la política de oficina. Es un hombre con talento, expansivo e inteligente de cincuenta y seis años, y hace más de treinta que está en la compañía. Era joven cuando entró. Pronto será viejo. Desde un principio anheló llegar a ser vicepresidente y ahora sabe que nunca llegará a serlo.

Sigue anhelándolo y sigue tramando y urdiendo, a veces con astucia y otras con desesperación abyecta, sin habilidad, porque no puede admitir, ni tampoco negarse a sí mismo durante mucho tiempo, el hecho de que ya ha fracasado. Green adula de forma compulsiva y se esfuerza torpemente por ganarse el favor de todas sus relaciones en los puestos superiores o próximas a los puestos superiores. Sabe que lo hace y luego se siente avergonzado y arrepentido por haberse rebajado en vano. Está dispuesto a rebajarse, pero no en vano. A menudo tiende a mostrarse desalmado y con toda deliberación llega a ofender a alguien importante con el fin de recobrar la dignidad y la autoestima que considera haber perdido como hombre. Es un niño.

Green es un hábil estratega en la política de oficina, pero su mayor error ha sido siempre sobrestimar el valor de la política de oficina para triunfar profesionalmente. Se ha negado a reconocer que el ascenso a un puesto alto en la empresa se ha basado invariablemente en ciertas habilidades y logros. Nunca ha comprendido realmente por qué tanta gente de menor inteligencia, gusto, conocimientos e imaginación ha llegado mucho más lejos que él e incluso ha llegado *a ser* vicepresidente. No ve que trabajan con ahínco y sin cesar y que creen en la compañía, que realizan bien y meticulosamente todo lo que se les pide que hagan, que hacen *todo* lo que se les pide que hagan y *solo* lo que se les pide que hagan, y que esto es lo que quiere la compañía. Green no reconoce que todas esas personas están muy bien cualificadas para ocupar los puestos superiores a los cuales les ascienden.

Periódicamente, se producen errores: las previsiones fallan y las personas fracasan; un hombre se cansa, su voluntad flaquea, o se doblega ante nuevas responsabilidades en la oficina o nuevos problemas en casa y deja de funcionar como estaba previsto, y

tenemos otro pequeño fallo en Personal. Tenemos otra crisis nerviosa u otro ejecutivo (envidia de rivales y subordinados) que renuncia (en medio de un oprobio silencioso) para ir a trabajar a otra empresa, o bien es apartado para permitir que otro avance, o bien se jubila anticipadamente, o bien se dispara un tiro en la cabeza. Periódicamente, imagino, tenemos casos aislados de cada uno de estos episodios: alguien se derrumba, es apartado, renuncia o se jubila, y luego se dispara un tiro en la cabeza, aunque no puedo pensar en nadie que haya pasado por todo este espectro de derrotas. La compañía sobrevive a todos los reveses.

Mientras otros hombres en puestos elevados trabajan mucho y creen en la compañía, Green se preocupa mucho y continúa intentando creer en sí mismo. Está medio enamorado de Mildred, una joven divorciada de su departamento que ayuda a coordinar la producción, y, con frecuencia, la sorprende en la oficina o en alguno de los ascensores principales besándola ruidosamente en la boca, pero siempre con algún comentario despreocupado en voz alta como para demostrar indiferencia y solo, sospecho yo, cuando hay alguien que pueda verlos. En otras ocasiones pasa junto a ella sin mirarla, o bien formula alguna crítica dura sobre su trabajo o el orden de su escritorio, humillándola e hiriéndola de manera cruel sin que ella lo haya provocado. Y ella, por supuesto, lo adora y lo teme. Esto es lo que Green pretende que sientan todos hacia él, adoración y temor.

Creo que es tan cobarde como yo; aun así, es la única persona de la compañía con valor suficiente como para comportarse mal. Lo envidio por esto. Yo soy cordial y considerado con mucha gente a quien detesto. (Soy cordial y considerado con casi *todos*, diría, salvo con mis exnovias y con los miembros de mi familia). Bromeo con varios vendedores que me irritan hasta morir y me hacen perder mucho tiempo con sus pedidos frenéticos y contradictorios. Me emborracho con otros que me aburren e irritan y participo con ellos en fiestas orgiásticas con secretarias, camareras, vendedoras, amas de casa, enfermeras, modelos de Oklahoma y azafatas de avión de Pennsylvania y de Texas. Tengo en mi departamento dos hombres y una mujer a quienes querría despedir. Hay días, en realidad, que quisiera despedirlos a todos, pero trato de no mostrar lo que siento, pues probablemente nunca haré nada contra ellos, salvo esperar hoscamente a que desaparezcan por sí solos. Me alegro de que Martha, nuestra mecanógrafa loca, no esté enloqueciendo en mi departamento, porque sé que me faltaría la osadía y la capacidad de hacer nada antes de que se venga abajo del todo. Hay otro ejecutivo de mi categoría, en el Departamento de Comercialización, con quien almuerzo una o dos

veces al mes y a quien le deseo sinceramente que se caiga muerto. (Una vez por año viene a comer a casa, siempre con muchas otras personas, y en primavera nos invita a almorzar a su maldito barco). Conozco a mucha gente con quienes quisiera mostrarme odioso, pero carezco del carácter para ello.

Green, en cambio, es conocido por ser franco o desagradable (se muestra franco, creo, *tan solo* para ser desagradable). Prefiere dar mala impresión que no darla de ninguna clase. Se esfuerza muchísimo por ser desconsiderado con la gente de su categoría o bien subordinada. Provoca tensión, terror y malestar dentro de una organización que aprecia la armonía, teme la disensión, oculta el fracaso y disimula el conflicto y los odios personales. Es agresivo y siempre está a la defensiva. Ataca a los demás y se compadece de sí mismo.

La gente de la compañía, por ejemplo, hace todo lo posible por reducir las fricciones (se nos anima a circular alrededor de los demás ocho horas al día como rodamientos lubricados, cuidando de no causarnos golpes ni rasguños) y por evitar reñir abiertamente. Se considera mucho más elegante que libremos nuestras batallas de forma solapada, a espaldas del otro, que enfrentarnos directamente con cualquier tipo de queja. (Se puede negar, disimular o restar importancia al ataque secreto, mientras que la disputa abierta tiene testigos y debe ser manejada por alguien que pueda hallar deplorable la situación). Todos congeniamos y nos llamamos mutuamente por el nombre de pila, especialmente cuando nos dirigimos a los que odiamos (cuanto más los odiamos, más amigables tratamos de ser), y nuestras mujeres y nuestros hijos son mencionados por los otros siempre por su nombre de pila, aun por aquellos que no los conocen o los han visto solo una vez. El derecho a esta pose de espontánea intimidad no se extiende hacia abajo para abarcar a las secretarias, las mecanógrafas o los mensajeros, ni tampoco más de dos niveles hacia arriba dentro de las jerarquías superiores. Puedo llamar Jack a Jack Green, y Andy a Andy Kagle, e incluso Art a Arthur Baron, pero nunca llamaría a nadie superior a Arthur Baron de otro modo que no fuera «señor». Sería no solo peligroso, sino además de mala educación, y siempre vacilo frente al riesgo de ser maleducado (con cualquiera que no sea miembro de mi familia) incluso cuando no es peligroso. Hasta Jane, del Departamento de Arte, sigue llamándome míster Slocum de manera respetuosa cada vez que nos encontramos (a veces mediante una cita telefónica, cuando me siento particularmente frívolo) y bromeamos un poco en alguno de los pasillos del fondo, y ello a pesar de que hemos llegado ya bastante lejos con Jane, en cuanto a

conversación se refiere. Antes instaba a las chicas con quienes más tarde habría de entablar una relación amorosa a que me llamaran por mi primer nombre, pero he aprendido por experiencia que siempre es mejor, más seguro y más eficaz conservar la distinción entre ejecutivo y subordinada, empleador y empleada, incluso en la cama (*especialmente* en ella).

En la compañía casi nunca despiden a nadie. Si un trabajador se vuelve ineficiente u obsoleto antes de lo esperado, se lo anima a que se jubile de forma anticipada, o bien se le traslada a un puesto hueco e insignificante, creado ex profeso, con funciones falsas y sin autoridad, donde permanece un tiempo avergonzado e infeliz. Casi siempre ocupa una oficina reducida e incómoda, a veces compartida con otra persona que ya estaba antes. O bien, si todavía es joven, se lo convence directamente (aunque con delicadeza) para que busque un puesto mejor en otra compañía y, cuando lo halle, se marche. Ni siquiera despidieron al gerente joven y despierto de una sucursal con un futuro brillante que una tarde de hace dos años, durante la convención de la compañía en Florida se embriagó y vomitó en la piscina del hotel, a pesar de que todos sabían que no le permitirían quedarse. Él también lo sabía. Probablemente nadie se lo dijo nunca. Pero él lo sabía. Cuatro semanas después de la convención consiguió un empleo mejor en otra compañía y se marchó.

En cambio, Green despide a gente, por lo menos dos o tres personas cada año, y no hace ningún secreto de ello. En realidad, se esmera para que lo sepa todo el mundo inmediatamente después de haber despedido a *cualquiera*. A menudo despide a alguien sin otro objeto que el de provocar controversia sobre él mismo, o para despabilarnos un poco. La mayoría de los que nunca llegaremos muy arriba, incluido Green, tendemos a hundirnos en el letargo y nos arrastramos con desgana, apoyándonos en la energía y las nuevas ideas que nos ayudaron a sobrevivir el año anterior. Es una de las razones por las que nunca llegaremos muy lejos. La mayoría de los hombres que llegan a la cima trabajan duro y sin descanso, aunque no hagan otra cosa (y con frecuencia no hacen otra cosa. Ja, ja).

A veces la gente a la que despide Green son individuos a quienes aprecia personalmente y cuyo trabajo es bastante bueno (de hecho, esa puede ser justamente la razón por la que los despide: que no tiene ninguna razón). Luego siente compasión y se preocupa de verdad por su situación futura (como si no fuera él mismo quien la hubiera provocado). Hace entonces verdaderos esfuerzos por buscarles otro puesto en otro sector de la compañía. En general no tiene éxito, porque su afán por sacar provecho de la situación rápidamente

reemplaza sus buenas intenciones iniciales (tan poco características) y su actitud se vuelve malintencionada y contraproducente.

—Sería perfecto para usted —es el comentario que suele hacer Green al recomendar a alguien de su departamento al jefe de otro—. La verdad es que para mí no es bastante bueno.

Una vez que ha expuesto este punto de vista en bastantes lugares, pronto se olvida de las personas a quienes ha despedido y estos se van.

Es encantador (ja, ja). Durante las importantes sesiones de planificación de la compañía, que se celebran cada tres meses en algún lujoso hotel o bien en un lujoso club provisto de un campo de golf famoso, los jefes de división y de departamento por lo general (me dicen) no discuten, ni se quejan, ni expresan su descontento en voz alta respecto al trabajo o al punto de vista de los demás. Green, sí. Green critica, ridiculiza y censura con impaciencia, y siempre protesta con vehemencia contra cualquier recorte en su propio presupuesto o cualquier reducción de sus actividades. Luego se arrepiente. Green remueve el avispero y luego teme las picaduras de las avispas. Es mucho más leído que la mayoría de los miembros de la compañía y suele adoptar una actitud de engolada superioridad intelectual que incomoda ligeramente incluso a Arthur Baron y provoca que Andy Kagle y el resto del Departamento de Ventas se sientan torpes y sin gracia. (Yo soy mucho más culto que Green y, creo, más inteligente, pero él tiene facilidad de palabra y bastante audacia, y yo no). Las noticias sobre las ocurrencias y el osado mal comportamiento de Green en estas sesiones de planificación (Green ni siquiera sabe jugar al golf) suelen llegar hasta nosotros (principalmente a través del mismo Green) y a menudo nos sentimos orgullosos de trabajar con él. Sé, sin embargo, que en cada ocasión se siente atormentado por el temor de haber ido demasiado lejos. A Green le preocupa no caer bien a ninguna de las personas verdaderamente importantes de la compañía, y tiene razón. Pero se equivoca cuando supone que ello se debe solo a que lo envidian (la verdad es que no es simpático). Y, por último, existen las otras muchas preocupaciones que atormentan a Green, porque la compañía es grande y mayoritariamente protestante.

Green, por ejemplo, teme a Phillip Reeves, un empleado joven, tímido y mal pagado que trabaja en su departamento, hecho que me divierte mucho, puesto que sé que Phillip Reeves, protestante, anglosajón y licenciado en Yale, teme a Green. Ambos acuden a mí para quejarse del otro. Reeves confía en mí porque me cree capaz, honesto y sin pretensiones. Sabe que bebo y miento y tengo líos de faldas, y por eso considera que puede confiar en mí.

—Me siento aterrorizado cada vez que tengo que entrar en su

despacho —se queja Reeves refiriéndose a Green—. En cuanto me ve hace algún comentario sarcástico y nunca se me ocurre ninguna respuesta rápida e ingeniosa. Me quedo paralizado y mudo. Lo único que atino a hacer es asentir o negar con la cabeza, murmurar respuestas a sus preguntas, y allí me quedo de pie, sin poder hablar, con una sonrisa idiota, mientras él sigue haciendo comentarios cáusticos. No diré que lo culpe. Después me odio a mí mismo por ser tan estúpido y haberme quedado callado.

—Me siento aterrorizado cada vez que tengo que hablar con él en mi oficina —se queja Green refiriéndose a Reeves—. Creo que por esos modales perfectos que tiene y esa buena educación tan vulgar. Soy capaz de soportar buenos modales y también buena educación, pero no buenos modales y buena educación a la vez. Me sacan de quicio y es como escuchar a un extraño, a un idiota total, hablando sin parar, mientras me oigo a mí mismo y por fin me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Cuando entra, le hago algún chiste inocente para que se sienta cómodo, pero él se detiene en seco y se queda mirándome a la cara con esa sonrisa glacial, llena de superioridad, clavada en el rostro. No consigo que me responda. Me pongo tan nervioso que empiezo a hacer un comentario tras otro, en un esfuerzo por mostrarme cordial, mientras él se queda allí con su desprecio y altivez y espera a que termine de hablar. Para entonces debe de despreciarme. No diré que lo culpe. Dios sabe que no hace nada para ponerme las cosas fáciles, eso te lo aseguro. Después me odio a mí mismo por haber sido tan estúpido y débil. Me pregunto por qué no lo despido. Seguramente porque eso sería admitir totalmente mi derrota, es por eso, a pesar de que su trabajo es *pésimo*.

No digo nada a ninguno de los dos acerca del otro (aunque trato de animar a Reeves). Ninguno de los dos me creería y sería inútil. Se tienen manía mutuamente, no hay duda, y no hay nada que pueda hacer desaparecer esta sensación que surge entre dos personas y que, casi siempre, dura toda la vida.

Green me tiene manía a mí.

—Creo que van a despedirme —me informa de pronto—. Es a Kagle a quien deberían echar, pero creo que él y Horace White por fin los han convencido. Me refiero a tu amigo. Tú te enteras de cosas. Ve a ver a Kagle o a Brown o a cualquier otro y averigua qué está pasando. Si no, te despediré.

No creo que Green tenga intenciones serias de despedirme (pero nunca puedo estar del todo seguro. Y menos los días que sé que está de mal humor y veo su puerta cerrada durante mucho rato). Sé que a Green le caigo bien, aunque no tenemos mucha intimidad, y que

confía en mí, y sé asimismo que le gusta cómo trabajo y cómo dirijo mi departamento. Sé además que Green teme a Andy Kagle, a quien también le caigo bien y quizá intentaría protegerme, y también a Arthur Baron, que a su vez me aprecia (creo que me aprecia. Arthur Baron siempre trata a todo el mundo como si le cayera bien, incluso a gente que sé que no puede soportar, de modo que ¿cómo puede uno estar seguro?) y podría impedirle a Green echarme. En realidad, Kagle ha jurado que me protegería si alguna vez Green llegara a decidir deshacerse de mí y que me tomaría inmediatamente en su propio departamento con un sueldo mucho mayor solo para fastidiar a Green, de manera, pues, que aparentemente estoy a salvo, hasta que voy a ver a Kagle para averiguar lo que pueda sobre Green y le oigo decir, nada más entrar en su despacho:

—¡Creo que finalmente han decidido despedirme!

¿Y dónde estaría yo si pasara eso?

Andy Kagle, como jefe de nuestro Departamento de Ventas, tiene una posición de gran poder en la compañía y ahora teme perderla.

Quizá tenga razón. Su nombre está mal. (O está medio mal, porque Andrew está bien, pero… ¿Kagle?). Tampoco viste bien. Tiene poco criterio para elegir colores y estilos, así como telas, y sus chaquetas, abrigos y camisas no le sientan bien. Se decide por los estampados de madrás o cachemir meses después de que los demás hayamos escogido el lino o la arpillera, o hayamos vuelto a la lana hilada o al tejido de sirsaca. Usa zapatos marrones horrorosos con agujeros en forma de flor de lis. Usa calcetines cortos (y me dan ganas de gritar o de darle un puntapié en la pantorrilla cuando se los veo). Kagle es un hombre rechoncho de talla algo inferior a la media y nació con una malformación en la cadera y en una pierna (lo cual tampoco contribuye mucho a mejorar su imagen) y camina con una leve cojera.

Kagle tiene capacidad y experiencia, pero esto ya no cuenta. Lo que sí cuenta es que no tiene distinción. Ni modales. Carece de ingenio (explica chistes malos y sus bromas son penosas) y nunca ha ido a la universidad, por lo cual no conversa con la espontaneidad necesaria con quienes sí han ido a la universidad. Sabe que es torpe. No es un extrovertido campechano, sino un extrovertido nervioso, del peor tipo (particularmente para otros extrovertidos nerviosos), de manera, pues, que quizá esté condenado.

Kagle es uno de esos pobres tipos que empezó desde abajo y ascendió gracias a su esfuerzo, y eso se nota. No puede ocultar que es un hombre hecho a sí mismo. Sabe que no encaja, pero no sabe cuándo no encaja ni por qué, tampoco cómo podría cambiar a fin de encajar. Lo que es en realidad es obtuso y él mismo sabe que es obtuso

(aunque es tan obtuso, que ni siquiera sabe el significado de la palabra «obtuso», pero Green sí y yo también). Tiene un buen historial como jefe de ventas, pero eso no importa mucho (nada importa mucho hoy en día). Él cree que importa. Realmente cree que lo que hace es más importante de lo que es, pero sé que se equivoca y que la hermosa condesa Consuelo Crespi (si acaso existe este personaje) siempre tendrá más importancia que Albert Einstein, madame Curie, Thomas Alva Edison, Andy Kagle y yo.

Kagle es un luterano practicante, con fuertes prejuicios contra los católicos, que me confiesa con una sonrisa y un tono amargado cuando estamos a solas. Empieza las reuniones en que están presentes vendedores católicos con alusiones jocosas al Papa, en un esfuerzo por mostrar una actitud de camaradería. Los chistes son malos y nadie se ríe. Le he aconsejado que no lo haga más. Dice que me hará caso. No lo hace. Parece algo compulsivo en él.

Kagle no se siente cómodo con la gente de su propio nivel o de un nivel superior. Tiende a sudarle la frente y la parte superior del labio y se le forman burbujas de saliva en las comisuras de la boca. Siente que no le corresponde estar con ellos. Tampoco *se* siente a gusto con la gente que trabaja para él. Trata de hacerse pasar por uno de ellos. Es un error garrafal (y obtuso), porque sus vendedores y directores de sucursal no quieren que se identifique con ellos. Para ellos, él es el gerente y saben que están casi enteramente a su merced, con la excepción de algunos vendedores también por debajo de él pero de buena familia muy por encima de él que se mezclan sin problemas con los altos cargos de la compañía que lo tienen a su merced a él, por lo que Kagle se siente atrapado y constreñido entre los dos grupos.

Kagle confía en Johnny Brown, a quien teme y de quien recela, para que mantenga a raya a los vendedores (para que haga el papel de malo en su lugar). Y Brown realiza este trabajo con eficacia y entusiasmo. (Brown es pariente de Black, a raíz de su matrimonio con la sobrina de este). El éxito de Brown a la hora de asustar a los vendedores no hace sino reforzar la inseguridad de Kagle y debilita su sensación de control. Kagle está convencido de que Brown anda detrás de su cargo, pero carece del valor necesario para enfrentarse con Brown, trasladarlo o despedirlo. Kagle (sabiamente) evita un enfrentamiento con Brown, que es brusco y agresivo con casi todo el mundo, especialmente por la tarde, cuando ha bebido demasiado durante el almuerzo. Kagle prefiere ausentarse de la ciudad en viaje de negocios a enfrentarse aquí con alguien por cualquier motivo y, por lo general, inventa excusas para viajar cada vez que sus problemas aquí, o bien en su casa con su mujer y sus hijos, pueden terminar en

crisis, esperando que otra gente se los solucione. Piensa que dicha crisis habrá pasado cuando él regrese y lo habitual es que así ocurra.

Con la excepción de Brown (a quien Kagle teme, odia y de quien desconfía, sin poder evitarlo), Kagle intenta que todos los que trabajan con él le caigan bien y a su vez caerles bien a todos. Se resiste a castigar o reprender a sus vendedores, aun cuando él (o Brown) los sorprende falseando sus cuentas de gastos, o mintiendo sobre sus llamadas de ventas o sus viajes de negocios. (Kagle miente respecto a sus propios viajes de negocios, y como el resto, seguramente falsea un poco sus cuentas de gastos). Nunca está dispuesto a despedir a nadie, ni siquiera a los que se vuelven alcohólicos, como Red Parker, o bien inútiles en otros aspectos. Esta es una de las críticas frecuentes que circulan sobre él (y que suelen formular los mismos a quienes otros quieren que despida). Se niega, por ejemplo, a jubilar a Ed Phelps, que quiere quedarse. («Pondría a la mitad de esos hijos de puta de patitas en la calle —se jacta a menudo Brown en mi presencia y la de Kagle al referirse al equipo de vendedores de este último, como desafiándolo a que lo haga—. Y a la otra mitad de esos cabrones perezosos los despediría notificándoselo»). Kagle quiere desesperadamente gozar de popularidad entre esos «hijos de puta» y esos «cabrones perezosos» que trabajan para él, incluidos los oficinistas, las recepcionistas y las mecanógrafas, y se esfuerza por entablar conversación con ellos; en consecuencia, le desprecian. Cuanto más lo desprecian, mejor trata de mostrarse con ellos; cuanto mejor se muestra con ellos, más lo desprecian. Hay días en que su desesperación es tan profunda que casi parece incapaz de salir de su oficina ni permitir que nadie entre a verle (salvo yo). Mantiene la puerta cerrada durante largos períodos, y prefiere dejar de almorzar para que su secretaria no entre a llevarle la comida, y hace todo lo que puede por teléfono.

Kagle se siente cómodo conmigo (aun en sus días malos) y yo con él. A veces me manda llamar simplemente para que confirme o niegue rumores que ha oído (o inventado) y le ayude a disipar su ansiedad y su vergüenza. No lo pongo a prueba, ni lo amenazo, ni le creo problemas. Por el contrario, sabe que lo ayudo (o bien trato de ayudarlo) a manejar los problemas que le causan los demás. Kagle confía en mí y sabe que conmigo está seguro. Kagle ya no me inspira temor. (La verdad es que creo que podría amedrentarlo cuando quisiera, que él es débil en comparación conmigo y que yo soy fuerte en comparación con él. De tanto en tanto, mientras me hace confidencias, tengo la horrible tentación de darle un golpe repentino y derribarlo para siempre mediante algún insulto brutal e inesperado, o de darle una patada en la pierna lisiada. Es una mezcla extraña de

rabia herida y de odio cruel que empieza a surgir en mi interior y que hay que reprimir, y no sé de dónde viene ni cuánto tiempo podré dominarla). Kagle ha perdido la fe en sí mismo, lo cual podría ser perjudicial, porque la gente aquí, como en todas partes, no tiene mucha compasión por los fracasados, y mucho menos afecto.

Me compadezco de Kagle (como si ya lo hubiera insultado o golpeado atrozmente en la pierna lisiada; sé que sucederá tarde o temprano, pues a veces el deseo es muy intenso), del mismo modo que me compadezco de mí mismo. Me da pena porque básicamente es una persona decente aunque no deslumbrante ni digna de admiración. Me preocupa y me da lástima porque siempre se ha portado bien conmigo, desde el día en que empecé a trabajar aquí para Green, y sigue portándose bien conmigo. Me facilita el trabajo. Confía en mi criterio, cree en mi palabra y me apoya en las disputas que pueda tener con sus vendedores. Muchos de sus vendedores, en especial los nuevos, me miran con gran respeto por intuir que actúo bajo su protección. (Algunos de los más antiguos, a quienes no les va tan bien, me culpan, estoy seguro, por haber contribuido a su fracaso actual). Sin excepción, en estas disputas con sus vendedores yo tengo la razón y ellos están equivocados. Soy paciente, práctico y racional, mientras que ellos son emocionales e insistentes. Es fácil para mí ser práctico y racional en estas situaciones porque los problemas que les amenazan a ellos a mí no me afectan.

A menudo Kagle le comenta en broma a Arthur Baron, así como a otros ejecutivos importantes, a veces incluso en mi presencia, que yo lo haría mucho mejor que Green si tuviera su puesto. Kagle hace estos comentarios con una expresión pícara cuando estoy presente, por lo que le he suplicado que se abstenga de hacerlos. No estoy seguro de que en el fondo Kagle crea que yo sería mejor que Green, o solo esté haciendo un gesto amable que supone que me halaga y que al llegar a oídos de Green lo irritará y preocupará. Debido a que Andy Kagle es bueno conmigo y ya no me inspira temor, lo desprecio también un poco.

Hago todo lo posible por disimularlo (aunque a menudo me sorprende descubrir en mis sarcasmos y consejos un tono mucho más duro del que quisiera. Hay algo podrido y aterrador en mí que ansía estallar y destruirlo, a pesar de que Kagle es cojo e imperfecto). Hago todo lo que está en mi mano por ayudarlo y protegerlo de todas las formas posibles. Me ofrezco con regularidad para transmitirle a Johnny Brown reprensiones e instrucciones que Kagle mismo no se atreve a dar, aunque no me arriesgo a meterme con Brown después del almuerzo si puedo evitarlo. Al igual que todos los que conocen a

Brown, me esfuerzo por apartarme de su camino después de almorzar (a menos que necesite que me apoye en una discusión con un tercero), cuando tiene los ojos inyectados, un estado de ánimo belicoso y se muestra irritable por la bebida. Brown, de mal humor y con el *whisky* actuando en su interior, da siempre la impresión inequívoca de estar deseando liarse a puñetazos con cualquiera. Y no hay duda de que con su pecho de toro, su espalda vigorosa y sus manos gruesas y fuertes sabe manejarse rápido. Y tampoco cabe duda de que Brown siempre tiene razón.

El actual (y recurrente) antagonismo entre Kagle y Brown vuelve a ser por los informes de llamadas. Los vendedores se resisten a llenar esos pequeños formularios impresos rosados, celestes o blancos (rosados para los clientes posibles, celestes para los activos y blancos para los antiguos activos, es decir, las cuentas que han caducado y, por lo tanto, pasan a ser nuevamente cuentas posibles, aunque no siempre sea así) en los que se describe, con cierto optimismo y detalle, las llamadas para futuras ventas que han efectuado (o dicen haber realizado). Los vendedores son reacios a enfrentarse a cualquier tipo de papeleo más elaborado que rellenar los formularios de pedidos. Detestan, en particular, rellenar sus informes de gastos y suelen retrasarse semanas y, a veces, meses. Los vendedores saben de antemano que la mayor parte de la información que deberán presentar en sus informes es falsa. Brown sostiene que estos informes sobre llamadas son una pérdida de tiempo para todos y le cuesta obligar a los vendedores a que los rellenen. Kagle teme a Brown y se resiste a obligarlo a que les ordene a los vendedores que los rellenen.

Pero Arthur Baron exige estos informes de llamadas. Baron no tiene otra forma de mantenerse al corriente de lo que hacen los vendedores (o dicen que hacen), ni tampoco otras fuentes más exactas sobre las que basar sus propias decisiones e informes, aunque sin duda es consciente de que la mayor parte de los datos sobre los que basa sus decisiones y prepara sus propios informes son solo mentiras.

Por mi parte, trato de mantenerme al margen y adoptar una expresión de inocencia y comprensión para todos los interesados. Preferiría quedarme aquí, en mi oficina, escribiendo, haciendo garabatos, flirteando por teléfono con Jane, conversando con una simpática chica llamada Penny, a quien conozco desde hace mucho, o bien clasificando a la gente de la compañía y trazando mis Diagramas de la Felicidad, antes que verme mezclado en este asunto. No me interesan los informes sobre llamadas ni tienen por qué interesarme. Se trata de una cuestión trivial. A pesar de ello, es una de esas cuestiones triviales capaces de destruir a más de una persona, y no veo

cómo puedo ganarme el favor de una de ellas en esta situación sin perder el de otra. Con mucha prudencia, pues, consigo mantenerme tan alejado como puedo, aunque de vez en cuando me las ingenio para mencionarle al vendedor con quien estoy en ese momento por algún otro asunto, que Kagle, Brown o Arthur Baron han estado preguntando por sus informes sobre llamadas y que es sumamente urgente entregarlos lo antes posible para su rápido estudio y evaluación. (No me las ingenio para mencionar, ni lo haría jamás, que los considero una pérdida de tiempo para todo el mundo salvo para mí).

En este y otros aspectos menores hago lo que puedo para ser útil a Kagle (y a Brown y a Arthur Baron). Le doy consejos y le cuento chismes y noticias y pronósticos de otros sectores de la compañía que considero de valor o interés para él.

—¿Qué has oído? —quiere saber.

—¿Sobre qué?

—Ya sabes.

—¿A qué te refieres?

—Dios mío —se queja—, antes eras franco conmigo. Ahora tampoco puedo confiar en ti.

—¿De qué estás hablando?

—He oído decir que yo estoy fuera y que Brown está dentro y que seguramente tú lo sabes todo. Me lo dijeron en Denver.

—Eres un mentiroso de mierda.

—Me encanta tu franqueza.

—Y a mí la tuya.

Kagle sonríe de forma maquinal y sardónica y se desplaza con su leve cojera por la alfombra de su oficina para cerrar la puerta. Yo le sonrío a mi vez y me arrellano cómodamente en su sillón de cuero marrón. Siempre me siento seguro y eficaz cuando estoy en una oficina ajena, con la puerta cerrada, mientras otros, tal vez Kagle, o Green, o Brown, se angustian fuera pensando en lo que estará sucediendo dentro. Kagle tiene un despacho grande y lujoso en una esquina en el cual parece fuera de lugar. Se le ve nervioso y trata de sonreír cuando vuelve a sentarse detrás de su escritorio.

—En serio, tú te enteras de todo —me dice—. ¿No has oído nada?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—No.

—Las malas lenguas dicen que estoy acabado. Piensan hacer caso a Green y a Horace White y despedirme. Brown se quedará con mi puesto.

—¿Quién te dijo eso?

—No puedo dar nombres. Me pasó el dato la gente de Denver en la más estricta confidencialidad. Es verdad. Te doy mi palabra.

—Eres un mentiroso de mierda.

—No, no lo soy.

—No hay nadie en nuestra oficina de Denver que pueda saber algo así y comunicártelo como si lo supiera.

—Bueno, lo de la gente de Denver, tal vez. Pero el resto es verdad.

—Dices unas mentiras tremendas —agrego—. Dices las mentiras más grandes de toda la compañía. No entiendo cómo has podido llegar a ser vendedor.

Kagle sonríe, como reconociendo mi humor, y seguidamente vuelve a ponerse melancólico.

—Brown te cuenta cosas —dice—. ¿No te insinuó nada?

—No —respondo negando con la cabeza.

(Todos creen que lo sé todo. «Tú lo sabes todo —me dijo Brown—. ¿Qué sucede?». «Ni siquiera sabía que estuviera sucediendo algo», repliqué. Jane me preguntó: «¿Qué sucede? ¿Es verdad que piensan suprimir todo el Departamento de Arte?». «Yo no permitiría que te despidan a ti, mi amor —contesté—. Ni aunque tuviera que pagarte el sueldo de mi propio bolsillo»).

Vuelvo a mover la cabeza.

—Probablemente no sea verdad. Nunca pondrían a Brown. Se pelea con todo el mundo.

—Entonces, *has* oído algo —exclama Kagle.

—No, nada.

—¿A quién pondrían?

—A nadie. Andy, ¿por qué no dejas de decir sandeces y te dedicas en serio al trabajo, ya que estás tan preocupado? ¿Por qué no empiezas a hacer las cosas que se espera que hagas?

—¿Qué se espera que haga?

—Las cosas que se supone que debes hacer. Deja de intentar ser un buen tipo para todos los que trabajan para ti. No estás teniendo éxito, y nadie quiere que lo tengas. Ahora eres un miembro de la dirección. Los de tu equipo de ventas son tus enemigos, no tus compinches, y lo que se espera es que seas su peor enemigo y los exprimas como a esclavos. Brown tiene razón.

—No me gusta Brown.

—Conoce su trabajo. Jubila a Ed Phelps.

—No.

—Es lo que Horace White quiere que hagas.

—Phelps ya es viejo. Quiere quedarse.

—Por eso debes jubilarlo.

—Su hijo se divorció el año pasado. Su nuera se fue, sin más, llevándose a la nieta de Phelps a Seattle. Puede que nunca vuelva a ver a la niña.

—Es todo muy triste.

—¿Cuánto le cuesta a la compañía mantenerlo en su puesto aunque no haga nada?

—Muy poco.

—¿Por qué, pues, habría de jubilarlo?

(Aquí Kagle tiene razón, y lo aprecio enormemente por su empeño en que Phelps se quede. Phelps es viejo y de todos modos morirá pronto, o bien estará demasiado enfermo para seguir trabajando).

—Porque ya ha pasado la edad de la jubilación oficial. Y Horace White quiere que lo hagas.

—No me gusta Horace White —dice Kagle en voz baja, sin venir al caso—. Y yo no le gusto a él.

—Sabe muy bien lo que hace.

—¿Cómo puedo decírselo a Ed Phelps? —quiere saber Kagle—. ¿Qué podría decirle? ¿Por qué no se lo dices tú? No es tan fácil, ¿no?

—Que se lo diga Brown —le propongo.

—No.

—Es parte de *tu* trabajo, no del mío.

—Pero no es tan fácil, ¿no?

—Para eso te pagan tan buen sueldo.

—No me pagan tanto —me dice automáticamente—, si piensas en los impuestos y demás.

—Sí que te pagan. Además, deja de viajar todo el tiempo. A nadie le gusta. ¿Qué demonios estuviste haciendo en Denver toda la semana, cuando no pasa nada allá y tendrías que haber estado aquí organizando la próxima convención y trabajando en tus pronósticos de ventas?

—Tengo a Ed Phelps trabajando para la convención.

—Seguro que hará un gran trabajo.

—Y mis pronósticos de ventas siempre están mal.

—¿Qué importa? Por lo menos quedan hechos.

—¿Qué más?

—Juega más al golf. Habla con Red Parker y cómprate un *blazer* azul. Cómprate mejores trajes. Usa chaqueta en la oficina y mantén el cuello de la camisa abotonado y la corbata bien ajustada al cuello, donde debe estar. Por Dios, si te vieras en este momento. Se supone que debes ser un distinguido ejecutivo, con el cuello bien planchado.

—No invoques en vano el nombre del Señor —dice, bromeando.

—Ni tú tampoco.

—Tengo un buen historial de ventas —arguye.

—Sí, pero ¿tienes una buena chaqueta informal? —insisto.

—Por Dios, ¿qué importa tener una buena chaqueta informal?

—Importa más que tu buen historial de ventas. Nadie usa chaquetas con coderas de cuero en esta oficina, a menos que sea durante el fin de semana. Cómprate zapatos negros para tus trajes azules y marrones. Y deja de venir a la ciudad en tu ranchera.

—Muy bien —accede con una sonrisa triste y humillada, y deja escapar un silbido largo y suave, de fingida sorpresa y resignación—. Tú ganas. —Se levanta con lentitud y se acerca al perchero en la esquina de la oficina para descolgar su chaqueta—. Te lo prometo. Me compraré un *blazer* azul.

Le quedará demasiado grande (como si lo estuviera viendo), le colgará de los hombros y del pecho de forma antiestética y con seguridad se comprará el *blazer* azul de lana hilada en el preciso momento en que el resto de nosotros hayamos pasado al *mohair o la seda cruda, o hayamos vuelto al madrás, los cuadros o la sirsaca*. Me parece que ya es demasiado tarde para él. Creo que ya no está ya en sus manos (si alguna vez lo estuvo) transformarse para satisfacción de todos. Por el momento, no obstante (mientras estoy con él), hace el esfuerzo. Se abotona el cuello de la camisa, se ajusta bien el nudo de la corbata y se pone la chaqueta. Una chaqueta horrible, de basta imitación de *tweed,* con parches ovalados de gamuza marrón en los codos.

—¿Así? —quiere saber.

—No estás mucho mejor.

—Tiraré a la basura estos zapatos marrones.

—Eso ayudará.

—¿Cómo te trata Green últimamente? —pregunta con tono despreocupado.

—Bastante bien —respondo—. ¿Por qué?

—Si estuvieras en mi departamento —declara con un aire más astuto y confiado, esbozando una sonrisita traviesa—, te dejaría dar tantos discursos como quisieras en la próxima convención. Los vendedores siempre están muy interesados en el trabajo que les pasas y en lo que tienes que decir.

—Hasta luego —digo por toda respuesta—. Nos vemos.

Nos reímos, porque cada uno sabe lo que quiere el otro y dónde están nuestros respectivos temores y puntos débiles. Kagle sabe que quiero conservar mi puesto y que me permitan dar un discurso en la próxima convención de la compañía. (¡Maldita sea! Sería un honor y un gesto de reconocimiento de mis méritos, aunque durase tres

minutos, además de que me lo he ganado y lo deseo, y ya está). Sé, además, que Kagle quiere mi ayuda para defenderse de Green (y de Brown y Black y White y también de Arthur Baron).

—Me lo dirás si te enteras de algo, ¿no? —me pregunta cuando voy hacia la puerta.

—Por supuesto —lo tranquilizo.

—Pero no preguntes nada —me advierte con una risita ahogada y la voz sombría—. Para no darles ninguna idea.

Nos echamos a reír.

Y estamos riendo aún cuando Kagle abre la puerta de su oficina y encontramos a mi secretaria conversando con su secretaria.

—Ah, míster Slocum —dice con una alegre voz cantarina, porque habla así y a mí me gustaría echarla—. Míster Baron quiere verlo de inmediato.

Kagle me lleva aparte.

—¿Qué quiere? —pregunta alarmado.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Ve a verlo.

—¿Qué crees que pensaba hacer?

—Y vuelve y dime si te dice algo de echarme.

—Muy bien.

—Vendrás, ¿no?

—Por supuesto. Por Dios, Andy, ¿no confías en mí?

—¿Adónde vas? —quiere saber Green cuando me cruzo con él en el pasillo, camino de la oficina de Arthur Baron.

—Arthur Baron quiere verme.

Green resbala hasta detenerse en seco con una mirada horrorizada. Apenas puedo reprimir la risa delante de sus narices.

—¿Por qué quiere verte? —pregunta Green.

—No tengo ni idea.

—Es mejor que vayas.

—Ya se me había ocurrido.

—No seas tan sarcástico, coño —replica Green enfadado, y yo bajo los ojos, lleno de vergüenza y humillación por su vehemencia—. No estoy muy seguro de que pueda confiar en ti tampoco.

—Perdona, Jack —murmuro—. No pretendía ser tan brusco.

—Ven a verme en cuanto termines de hablar con él —me ordena —. Quiero saber qué dice. Quiero saber si me echarán o no.

—¿Qué te ha dicho Kagle? —me pregunta Brown cuando me tropiezo con él.

—Quería saber en qué andabas cuando se marchó a Denver.

—Estuve corrigiendo sus errores y protegiendo su maldito puesto.

En eso andaba —replica Brown.

—Es exactamente lo que le he dicho.

—Eres un mentiroso —me dice Brown amablemente.

—Johnny, para eso me pagan.

—Pero todo el mundo lo sabe…

—¿Y?

—… de manera que seguramente no tiene importancia.

—Soy diplomático, Johnny, no mentiroso.

—Sí, diplomático —asiente Brown con un gruñido, seguido por una risotada—. Un mentiroso hijo de puta.

—Estaba a punto de ir a verle —dice Jane—. Quiero mostrarle este diseño.

Le miro las tetas descaradamente.

—Miraré tu diseño. —Empieza a reír y a ruborizarse de una manera deliciosa, y yo me pongo serio—. Pero ahora no, Jane. Tengo que ir a ver a Arthur Baron.

—Ah, hola, míster Slocum —me dice la secretaria de Arthur Baron —. ¿Cómo está?

—Hoy tienes muy buen aspecto —replico.

La puerta de la oficina de Arthur Baron está cerrada y no sé cómo encarar la situación, si girar el picaporte y entrar, o bien llamar con timidez y esperar hasta que me digan que entre. Pero la secretaria de Arthur Baron, de veintiocho años, que me aprecia y además tiene problemas con su marido (probablemente es marica), asiente animosamente y me hace un gesto para que entre sin llamar. Muevo el picaporte con cuidado y abro la puerta. Arthur Baron está sentado solo, detrás de su escritorio, y me recibe con una sonrisa. Se pone de pie y se acerca pausadamente para estrecharme la mano. Siempre es cordial conmigo (y con todos), además de cortés y considerado. A pesar de ello, siempre me da miedo. Supongo que me tiene manía (como casi todas las personas para las que he trabajado en mi vida), y creo que siempre me la tendrá.

—Hola, Bob —dice.

—Hola, Art.

—Entre.

Cierra la puerta sin hacer ruido.

—Claro.

—¿Cómo está, Bob?

—Muy bien, Art. ¿Y usted?

—Quiero que se prepare —me dice— para sustituir a Andy Kagle.

—¿Kagle? —repito.

—Sí.

—¿No se referirá a Green?

—No. —Arthur Baron sonríe, experto y tranquilizador—. No creemos que usted esté preparado por ahora para el puesto de Green.

Capto la cortés ironía, porque ambos sabemos que el puesto de Kagle es superior y más importante que el de Green y que Green sería el subordinado de Kagle, si este último tuviera un carácter más fuerte. La propuesta me deja aturdido y durante unos segundos de desconcierto no tengo la menor idea de lo que debo decir o hacer, ni qué cara poner. Arthur Baron me observa con atención y espera.

—Nunca he hecho ninguna venta de verdad —digo, por fin, con un tono muy apagado.

—No queremos que venda —responde—. Queremos que dirija. Usted es leal e inteligente, tiene buen carácter y buenos hábitos de trabajo. Aparentemente tiene un conocimiento adecuado de la política y la estrategia y se lleva bien con toda clase de gente. Es diplomático. Es perspicaz y sensible y parece ser, además, un buen administrador. ¿Es eso suficiente para animarlo a aceptar?

—Kagle es un buen hombre, Art —digo.

—Es muy buen vendedor, Bob —señala Arthur Baron, subrayando la diferencia—, y probablemente le permitiremos que lo conserve como vendedor si decidimos hacer este cambio y usted decide aceptar.

—Sin duda me gustaría.

—Probablemente le permitiremos que se quede con usted como asistente, o como consultor para proyectos especiales de gente con la que se lleve bien. Pero no ha sido un buen directivo, y no creemos que vaya a mejorar. Kagle no piensa como nosotros en muchas cuestiones, demasiadas, y esto es muy importante en su puesto. Miente mucho. Horace White quiere que lo despida simplemente porque siempre nos está mintiendo. Sigue viajando demasiado a pesar de que le he dicho que quiero que pase más tiempo aquí. Se viste muy mal. Todavía usa zapatos marrones. Sé que esto no debería contar, pero cuenta, y ya debería saberlo. No me manda los informes de llamadas.

—La mayor parte de lo que contienen esos informes no es verdad.

—Ya lo sé. De cualquier manera, los necesito para mi trabajo.

—Brown es el encargado de eso —no puedo menos que señalar.

—No controla a Brown.

—Eso no es fácil.

—Le tiene miedo.

—Yo también —admito.

—Y yo también —admite a su vez—. Pero yo lo controlaría, o lo despediría si trabajara para mí. ¿Y usted?

—Brown está casado con la sobrina de Black.

—No permitiría que eso contara. Nosotros no dejaríamos que Black interviniera si hubiera que hacer algo con respecto a Brown.

—¿Me permitiría despedirlo?

—Si usted decidiera que de verdad quiere despedirlo, sí, aunque preferiríamos trasladarlo. Kagle podría haber hecho que despidieran a Brown, pero en este momento Brown tiene mayor dominio de los detalles que él mismo. Kagle nunca quiere despedir a nadie, ni siquiera a los borrachos, deshonestos, o inútiles en otros aspectos. No quiere despedir a Parker ni jubilar a Phelps, y no colabora con Green. Y sigue favoreciendo a la gente que contrata, a pesar de que también se le han hecho numerosas advertencias al respecto.

—Es un trabajo complicado —comento.

—Creemos que usted podría llevarlo a cabo.

—¿Y si no?

—No pensemos en eso ahora.

—Tengo que pensarlo —digo sonriendo.

Arthur Baron sonríe a su vez con simpatía.

—Encontraríamos otro buen puesto para usted en otro sector de la compañía si decidiera que quiere quedarse con nosotros, a menos que hiciera algo bochornoso o deshonesto, aunque no creo que eso suceda, estoy seguro. No tiene que decidirlo ahora. Es solo una idea que se me ha ocurrido y dista mucho de ser definitiva, de modo que, por favor, manténgala en secreto. Ocurre que estamos tratando de mirar hacia delante y nos gustaría saber qué haremos para la convención. Le pido, pues, que lo piense seriamente, que me comunique si está dispuesto a aceptar en caso de que decidamos sacar a Kagle y darle el puesto a usted. No tiene obligación de aceptar si no lo desea, esté seguro de ello, tampoco se le sancionará si no acepta. —Vuelve a sonreír al ponerse de pie y prosigue con un tono menos grave—. Recibirá en todo caso su aumento este año y también una buena bonificación en efectivo. Quiero señalarle, a pesar de todo, que nosotros consideramos que debería aceptar. Y convendría que empezase a prepararse mientras toma una decisión.

—¿Qué debería hacer?

—Manténgase cerca de Kagle y los vendedores y trate de averiguar aún más sobre lo que está pasando. Decida cuáles serían los objetivos realistas que cabe fijar y qué cambios consideraría oportuno hacer para alcanzar tales objetivos, en caso de que lo ascendamos a ese puesto.

—Andy Kagle me cae bien.

—A mí también.

—Se ha portado muy bien conmigo.

—No es culpa suya. Lo trasladaríamos de todos modos. Probablemente estará más feliz trabajando bajo su dirección en proyectos especiales. ¿Lo pensará?

—Sí.

—Muy bien. Y guardará silencio, ¿no?

—Desde luego.

—Gracias, Bob.

—Gracias, Art.

—¿Qué quería Arthur Baron? —me pregunta Green tan pronto como salgo al pasillo.

—Nada —respondo.

—¿No te ha dicho nada?

—No.

—Quiero decir, nada sobre mí.

—No.

—Bueno, ¿qué ha dicho? Seguramente quería verte por algo.

—Quiere que le escriba unos chistes para un discurso que tiene que dar su hijo en la escuela.

—¿Eso es todo? —rezonga Green con tono despectivo pero satisfecho—. Yo sabría hacerlo —añade—. Mejor que tú.

Te jodes, pienso como respuesta, porque sé que si alguna vez me encuentro en el puesto de Kagle podría aplastarlo y hacer que se arrastrara como un gusano. Pero me ha creído, ¿no?

—¿Qué quería Arthur Baron? —me pregunta Johnny Brown.

—Quiere que le escriba unos chistes para un discurso que tiene que dar su hijo en la escuela.

—Sigues siendo un mentiroso.

—Un diplomático, Johnny.

—Lo averiguaré.

—¿Tengo que empezar a buscar otro empleo? —pregunta Jane.

—Tengo un trabajo para ti, aquí mismo.

—Es usted terrible, míster Slocum —ríe ella y se sonroja de vergüenza y placer. Es resplandeciente, tentadora—. Es peor que un niño.

—Soy mejor que un niño. Ven a mi oficina y te lo demostraré. ¿A qué niño conoces que tenga una oficina con un sofá como el mío y píldoras en el archivador?

—Me gustaría —dice (y por un segundo me aterra que lo haga)—. Pero míster Kagle está esperándolo allí.

—¿Qué quería Arthur Baron? —me pregunta Kagle tan pronto como entro en mi oficina, donde lo encuentro acechando ansiosamente en un rincón.

Cierro la puerta antes de volverme para mirarlo. Otra vez presenta un aspecto desaliñado, y me siento consternado y furioso. Tiene desabrochado el cuello de la camisa, y el nudo de la corbata está muy abajo. (En ese momento tengo ganas de asirle la camisa con las dos manos y sacudirlo hasta que tenga un poco de sentido común, y, exactamente al mismo tiempo, quiero darle una patada lo más fuerte posible en el tobillo o la pantorrilla de su pierna lisiada). Tiene la frente empapada de sudor y la boca reluciente de algo que puede ser saliva, y a la vez seca con una mancha blanca de polvos que pueden ser restos de su pastilla antiácido.

—Nada —le digo.

—¿No ha dicho nada?

—No. Nada importante.

—¿Y sobre mí?

—Ni una palabra.

—¿Lo dices en serio?

—Te lo juro.

—Bien, qué suerte —dice Kagle maravillado y aliviado—. ¿De qué habéis hablado? Dímelo. Si te ha llamado ha sido para hablar de algo.

—Quiere que le escriba unos chistes para un discurso que tiene que dar su hijo en la escuela.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y no ha dicho nada de mí, nada?

—No.

—¿Ni de los informes de llamadas, ni del viaje a Denver? ¡Ah! En ese caso, puede que esté salvado, ¿sabes? Hasta podría llegar a vicepresidente este año. ¿De qué ha hablado?

—Solo de su hijo. Y del discurso. Y de los chistes.

—Probablemente lo he imaginado todo —exclama eufórico—. Oye, quizá podría usar algunos de esos chistes, algún día, si uno de *mis* hijos tiene que dar un discurso en la escuela. —Frunce el ceño, mientras el rostro se le vuelve de repente sombrío por alguna pena lejana—. Mis dos hijos son unos inútiles —recuerda en voz alta con aire distraído—. Especialmente el chaval.

Kagle también me cree. Y no estoy seguro de que me guste.

—Andy —le digo de pronto—, ¿por qué no juegas a lo seguro? ¿Por qué no te comportas como debes? ¿Por qué no empiezas a hacer todo lo que la gente espera de ti?

Se sobresalta.

—¿Por qué? —exclama—. ¿Qué ocurre?

—Para conservar tu puesto, por eso, si no es ya demasiado tarde.

¿Por qué no tratas de seguir a los demás? Deja de decirle mentiras a Horace White. No viajes tanto. Traslada a Parker a otra oficina, si no consigues que deje de beber, y jubila a Ed Phelps.

—¿Alguien ha dicho algo?

—No.

—En ese caso, ¿cómo sabes todo eso? —pregunta perentoriamente—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Tú —respondo con un ladrido de exasperación y disgusto—. Durante meses has estado hablándome de todas esas cosas. Entonces ¿por qué no empiezas a hacer algo por solucionarlas, en lugar de preocuparte por ellas todo el tiempo y correr riesgos? Cálmate, ¿quieres? Controla a Brown y colabora con Green. ¿Y por qué no contratas a un negro y a un judío?

Kagle me mira, enfadado, y guarda un pesado silencio durante varios segundos. Espero, preguntándome cuánto ha asimilado.

—¿Qué haría yo con un negrata? —pregunta por fin, como si pensara en voz alta, su mente divagando.

—No sé.

—Me vendría bien un judío.

—No estés tan seguro.

—Les vendemos a los judíos.

—Puede que no les guste.

—Pero ¿qué podría hacer con un negrata?

—Podrías empezar —le aconsejo— por llamarles de otra manera.

—¿Como qué?

—Negro. Llámalo negro.

—Qué gracioso.

—Sí.

—Siempre los he llamado negratas —dice Kagle—. Me enseñaron desde chico a llamar negratas a los negros.

—A mí también.

—¿Qué debo hacer? —pregunta—. Dime qué debo hacer.

—Madurar, Andy —le digo con toda sinceridad, pues ahora trato con toda el alma de ayudarlo—. Eres un hombre de mediana edad, con dos hijos y un puesto importante en una gran compañía. Se espera mucho de ti. Es hora de madurar. Es hora de tomarse las cosas con seriedad y de empezar a hacer todo lo que debes. Ya sabes qué es. Siempre estás diciéndomelo.

Kagle asiente, pensativo. Frunce el entrecejo mientras piensa en mis consejos, sin atisbo de frivolidad. Creo que empieza a comprender. Lo miro con aire tenso mientras aguardo su respuesta. «Kagle, idiota —quiero gritarle, desesperado, mientras medita con

gran solemnidad—, estoy tratando de ayudarte. Di algo sensato. Por una vez en esa vida confusa que llevas, llega a una conclusión inteligente». Es casi como si me oyera, porque por fin se decide y el rostro se le ilumina. Me mira con una sonrisa leve y luego, mientras estoy pendiente de sus palabras lleno de esperanza, dice:

—Vamos a echar un polvo.

La compañía tiene una política sobre el asunto de echar un polvo. Está permitido.

Y todo el mundo lo sabe, aparentemente (a pesar de que no figura de manera explícita en ninguno de los manuales para el personal). Hablar de echar un polvo es todavía más aceptado que hacerlo, si bien hablar de acostarse con la propia mujer no está bien. (Imagínense: «¡Chico, menudo revolcón que me di anoche con la mujer!». Eso no sería aceptable, no con tantos caballeros con quienes uno se asocia en el trabajo que pueden conocerla). En cambio, acostarse con la mujer de otro está muy bien, como, asimismo, hablar de ello, siempre que el marido no trabaje en la compañía ni sea alguien conocido y apreciado. La compañía está a favor de echar un polvo siempre que se haga con brío, humor, vulgaridad y pericia, sin emoción, con chicas jóvenes y bonitas, o bien con mujeres mayores y extranjeras, o deslumbrantes en algún otro sentido, sin demasiado ruido y con, por lo menos, algún gesto simbólico en nombre de la discreción, sin escándalo, notoriedad, ni cualquiera de las demás complicaciones serias del amor. Enamorarse, por ejemplo, habitualmente no está aceptado, aunque casarse con alguien justo después de obtener el divorcio sí lo está, y tener «una aventura», por lo menos en el caso de los hombres.

Echar un polvo (o bien hablar de echar un polvo) es un componente importante en cada una de las convenciones de la compañía y un factor decisivo a considerar a la hora de elegir el lugar de la convención. Los vendedores que consiguen echar más pronto un polvo allí probablemente se conviertan en los héroes sociales de la convención, aunque no necesariamente despierten envidias. (Eso dependerá de la calidad de las personas con las que se acuesten). Echar un polvo en las convenciones suele hacerse en grupos de tres o cuatro (dos deciden salir e intentan llevarse a uno o dos más). Casi todos en la compañía se acuestan con alguien (o aparentan hacerlo), o por lo menos hablan como si lo hicieran (o lo hubieran hecho). De hecho, se ha convertido prácticamente en algo *comme il faut* en las convenciones de la empresa, hasta el punto de que incluso los hombres impotentes más importantes y de mayor edad de la empresa —de hecho, especialmente esos— aluden astutamente y con jactancia a su propia mala conducta sexual y a la de los demás en sus discursos

de bienvenida, de agradecimiento, y en las presentaciones y preámbulos informales a los discursos sobre temas más serios. Echar un polvo es objeto de chistes en todos los niveles de la compañía, aun entre gente como Green y Horace White. Pero no es un asunto para que Andy Kagle bromee ahora.

—Andy, hablo en serio —le digo.

—Yo también —me asegura.

Cierro la puerta de mi oficina cuando se va Kagle, refugiándome en su interior y dejando fuera a todos los demás, y trato de decidir qué hacer respecto a mi conversación con Arthur Baron. Cancelo mi cita para almorzar y pongo los pies sobre el escritorio.

Tengo los pies mal. Tengo una mandíbula que se está deteriorando y un día de estos tendrán que extraerme todos los dientes. Me dolerá. Tengo una mujer infeliz que mantener y dos hijos infelices a quienes cuidar. (Tengo este otro hijo con una lesión cerebral irreversible que no es ni feliz ni infeliz, y no sé qué será de él cuando nosotros hayamos muerto). Tengo ocho personas infelices que trabajan a mis órdenes, con sus propios problemas y con gente infeliz que depende de ellos. Tengo ansiedad, reprimo mi histeria. Vivo obsesionado por la política, así como por los disturbios raciales del verano, las drogas, la violencia y el sexo adolescente. En todas partes hay pervertidos y degenerados sexuales que podrían corromper o estrangular a cualquiera de mis hijos. Hay delincuencia por todas partes. Debo afrontar la vejez. Mi hijo, aunque solo tiene nueve años, se preocupa ya porque no sabe qué quiere ser cuando sea mayor. Mi hija dice mentiras. Tengo que cargar con la decadencia de la civilización norteamericana y la culpa y la ineptitud del gobierno de Estados Unidos sobre mis pobres espaldas.

Ahora descubro que me preparan para un puesto mejor.

Y descubro, Dios me perdone, que lo quiero.

MI MUJER NO ES FELIZ

Mi mujer no es feliz. Es una de esas mujeres casadas que están muy muy aburridas y solas, y no sé qué puedo hacer para remediarlo (salvo divorciarme y, con ello, hacerla menos feliz todavía. No hace mucho estuve con una mujer casada que me dijo que a veces se sentía tan sola que se volvía gélida como el hielo y temía, ni más ni menos, estar congelándose desde dentro; me parece que sé a lo que se refería).

Mi mujer, en realidad, es una buena persona, o por lo menos lo era, y a veces me da pena. Últimamente bebe durante el día y también flirtea, o trata de flirtear, en las fiestas a las que asistimos por la noche, aunque en verdad no sabe hacerlo. (Es muy mala en el flirteo, la pobre). No es una mujer alegre, salvo en ocasiones especiales y, por lo general, cuando está un poco animada tras tomar vino o *whisky*. (No nos llevamos bien). Cree que ha envejecido y que ahora está más gorda y es menos atractiva que antes (desde luego, tiene razón). Cree que a mí me importa, y en este aspecto se equivoca. No creo que me importe. (Si supiera que no me importa, probablemente se sentiría aún más desgraciada). Mi mujer no es fea. Es alta, viste bien y tiene buena figura, y cuando voy con ella me siento orgulloso. (Ella cree que no quiero ir con ella a ningún lado). Cree que ya no la quiero, y puede que tenga razón también en esto.

—Hoy has estado con Andy Kagle —dice.

—¿Cómo lo sabes?

—Cojeas.

Tengo la maldita costumbre de adquirir las características de otras personas. Y lo hago indiscriminadamente, hasta de personas que no me gustan. Si estoy con alguien que habla en voz alta, o atropelladamente, o de forma agresiva, empiezo a hablar del mismo modo que él (aunque no siempre de forma agresiva). Si estoy con alguien que arrastra las sílabas y proviene del sur o del oeste del país, también las arrastro yo y empiezo a hablar como si fuera del sur o del oeste y a emplear automáticamente auténticos modismos regionales, como si fueran parte de mi propia educación y no de la de la otra persona.

No lo hago de manera deliberada. Es una debilidad, lo sé, una falla

del carácter o de la moral, este instinto sutil, traicionero, casi esclavizador, de ser exactamente como cualquiera con el que me encuentro. Me sucede no solo en cuestiones de lenguaje, sino también en actos físicos, en la forma de caminar, sentarme, mover la cabeza, los brazos o las manos. (A menudo me asalta el temor de que la persona con la que estoy crea que lo imito a propósito para ridiculizarlo u ofenderlo. Hago todo lo posible por controlar esta tendencia). Actúa de forma inconsciente (¿subconsciente?), tanto si estoy sobrio como ebrio (en general, soy un borracho feliz y agradable), con una determinación propia, a pesar de mi vigilancia y aversión, y habitualmente no me doy cuenta de haberme metido en la personalidad de otro hasta que ya estoy dentro. (Según mi mujer, cuando veo películas, especialmente comedias, hago muecas y gesticulo a la par que los actores en la pantalla, y no puedo afirmar que se equivoque).

Si estoy almorzando o bebiendo después del trabajo con Johnny Brown (el hombre airado de Dios, por naturaleza y por coincidencia), maldigo y me quejo mucho y hablo y me siento duro y fuerte. Si estoy con Arthur Baron, hablo despacio y en voz baja, con inteligencia, y me siento bondadoso y astuto, digno y refinado, no solo mientras estoy con él, sino durante algún tiempo después. Su naturaleza será la mía hasta que me encuentre con la siguiente persona que tenga rasgos de personalidad más potentes que los míos, o bien que esté en una posición social o laboral más importante. (Cuando estoy con Green, en cambio, no me siento agraciado ni elocuente; me siento torpe e incompetente, hasta que me alejo de él y me pongo a buscar epigramas ingeniosos para utilizar en mis conversaciones con otras personas). A menudo me pregunto cuál es mi verdadera naturaleza.

¿Tengo alguna?

Siempre visto bien. Pero no importa lo que me ponga, siempre tengo la sensación inquietante de estar copiando a alguien, siempre puedo recordar a alguien que conozco y que viste más o menos igual. Así pues, con frecuencia siento que mi ropa no es mía. (De hecho, hay veces que abro la puerta de uno de mis armarios y me sorprendo con la ropa que veo colgada allí. Es toda mía, desde luego, pero por un instante es como si nunca hubiera visto muchas de las prendas). Y a veces siento que no perdería tanto tiempo, dinero ni energía persiguiendo a las chicas y mujeres si no estuviera tan a menudo en compañía de hombres que lo hacen, o bien hablan como si tuvieran ganas de hacerlo. Sigo sin estar seguro de que sea tan divertido (de lo que sí estoy seguro es de que es el origen de muchos problemas). Y si a estas alturas no estoy seguro de eso, sé que ya nunca lo estaré.

Si hablo con alguien que tartamudea mucho, me meto en una buena, porque a veces yo también tengo un ligero tartamudeo y la conversación pronto corre el riesgo de desintegrarse sin remedio en fragmentos de sílabas sin sentido. Siento un terror total a hablar con gente que tartamudea. Siento un terror mortal de empezar a tartamudear a mi vez y de echarme a perder de por vida si he de mirar la boca de alguien que tartamudea en una o dos oraciones. Cuando estoy con un tartamudo, puedo llegar a sentir, si me dejo llevar, un temblor delicioso, tentador, que toma forma en mis labios y lucha por liberarse y salirse definitivamente de control. No me siento cómodo en presencia de homosexuales, y sospecho que puede ser por la misma razón (podría sentirme tentado a actuar como ellos). Eludo la compañía de la gente con tics, estrabismo y muecas faciales. Se trata de otras características que tampoco quiero adquirir. El problema es que no sé quién o qué soy realmente.

Si estoy con gente obscena, soy obsceno.

¿Quién soy? (Veamos tres ejemplos).

Mi hija no es obscena, pero usa un vocabulario soez cuando habla con sus amigos, y cada vez más soez cuando habla con nosotros. (Mi vocabulario también es soez). Está tratando de adquirir una determinada posición en su relación con nosotros, o bien de provocar alguna reacción, pero mi mujer y yo no sabemos cuál, ni por qué. Ella también quiere formar parte de lo que ve como su entorno y me temo que ya está fundiéndose, disolviéndose en su entorno ante mis propios ojos. Quiere ser como los demás chicos y chicas de su edad. No puedo impedírselo. No puedo salvarla. Algo le ha ocurrido a ella también, aunque no sé qué fue ni cuándo ocurrió. No tiene aún dieciséis años y yo creo que ya está perdida. Su carácter único empieza a desvanecerse. Cuando era niña, nos parecía muy diferente a los demás niños. Ya no la vemos tan diferente.

¿Quién es ella?

El hecho de saber que tomo prestados los adjetivos, sustantivos, verbos y frases cortas de la gente con quien estoy, y de que con frecuencia me quedo atrapado en sus reducidos vocabularios como un hámster en su jaula, me hace gracia de un modo desalentador. Su lenguaje se convierte en mi propio lenguaje. Mi propio vocabulario me traiciona (en caso de que sea el mío) y me siento incapaz de encontrar los sinónimos más comunes. En lugar de buscar a tientas mis propias palabras, me aferro a las suyas y me llevo sus frases hechas para utilizarlas en mis próximas conversaciones (aunque el diálogo que robe no sea de primera calidad).

Si hablo con un negro (un «negrata», si antes he estado hablando

con un blanco que los llama negratas), es inevitable, si no estoy vigilante, que empiece a usar no solo su lenguaje típico (sea combativo o bien bucólico al estilo del tío Tom), sino también su pronunciación. Lo mismo hago con los taxistas puertorriqueños. Cuando hablo con los taxistas (trato de no hacerlo, porque no puedo soportar la malevolencia quejumbrosa de los taxistas neoyorquinos, salvo los puertorriqueños), lo hago en su nivel y no en el mío. (No sé cuál es mi nivel, ja, ja). Y lo mismo sucede cuando hablo con chicos y chicas de la escuela secundaria o la universidad. Salto la brecha generacional: los copio. Empleo su jerga y muestro una identificación con sus gustos y puntos de vista que no siempre siento. Antes pensaba que lo hacía para mostrarme simpático; ahora sé que no tengo opción. (La mayoría de los amigos de mi hija, pero especialmente sus amigas, me aprecian y me admiran. Mi hija no).

Si estoy con Andy Kagle, cojeo.

—Hoy has estado con Andy Kagle —dice mi mujer.

Estamos en la cocina.

Es verdad: he estado con Andy Kagle. Dejo de caminar con la cojera de Andy Kagle y reflexiono con prudencia si no habré estado hablando a mi mujer con acento hispano, además, porque las chicas con las que hemos estado esta vez Kagle y yo eran cubanas y feas. Eran prostitutas. A nadie le gusta ya llamar prostitutas a las prostitutas (y menos a mí. Ahora son acompañantes, trabajadoras sexuales, señoritas de compañía) pero esto es lo que estas eran. Prostitutas. Y me he hecho la edificante promesa (la hice mientras me abrochaba los pantalones y me ponía la camiseta, que ya olía en las axilas debido a la transpiración matinal) de que a partir de hoy, decididamente, *no* voy a volver a hacer el amor con chicas que no me gustan.

A Kagle y a mí nos ha ido mejor con nuestras putas de lo que nos ha ido esta tarde, y también nos ha ido peor. La mía era la más guapa de las dos (Kagle siempre insiste en que me quede con la más guapa), con el pelo teñido de un tono rojizo, pero con las raíces negras. No tenía una buena educación, pero sí buen cutis (sin granos, quistes ni irritaciones), y la ropa limpia. Era de buen carácter y de modales tiernos. Quería ahorrar dinero suficiente para abrir un salón de belleza. Era cordial y servicial (no siempre lo son) y deseaba complacerme.

—¿Te gusta que te exciten? —me ha preguntado en voz baja.

Cuando Kagle no puede escapar de casa y de la oficina saliendo de viaje de negocios (como el viaje a Denver del que acaba de regresar), le gusta escaparse con las prostitutas de Nueva York a algún hotel

lóbrego o a un apartamento sin ascensor con paredes finas. Me pide que lo acompañe. Siempre me niego.

—¡Vamos, acompáñame! —me dice.

Y siempre voy.

No disfruto nada. (Aunque, sin duda, disfruto de esas sesiones extraordinarias con señoritas de compañía de doscientos dólares que me envía como regalo, de vez en cuando, alguno de nuestros proveedores. Le hablo a Kagle de ellas, y no hace otra cosa que sonreír. No creo que quiera encontrarse con una chica bonita en un hermoso apartamento. Creo que lo que quiere es una puta). Me siento sucio. (Inevitablemente me repele el olor de mi camiseta interior cuando vuelvo a ponérmela, aunque es mi propio olor y suele ser leve. Los días que no uso camiseta, el olor está presente en mi camisa, tenue pero inconfundible, aunque haya usado desodorante. El olor es mío, ¿o yo?, y diría que no puedo alejarme de mí mismo por mucho tiempo). Sé que hay algo sacrílego, algo corrompido y definitivamente pasado de moda en el hecho de que hombres adultos, ejecutivos de éxito como Kagle y yo, acudan estando completamente sobrios a prostitutas comunes en nuestra propia ciudad natal. No son bonitas ni necesarias, ni tampoco divertidas. No creo que Kagle disfrute tampoco con ellas. Nunca hemos vuelto con las mismas mujeres (aunque sí a los mismos hoteles de mala muerte).

Kagle paga siempre los servicios y los carga como gasto de la empresa. (En realidad, una de las cosas que más me gusta es la idea de estar jodiendo a la compañía al mismo tiempo). A veces yo pago el taxi y compro la botella de *whisky* que siempre le gusta llevar. Una vez que estoy allí me siento bien (me adapto enseguida), pero cuando he terminado, quiero irme a casa. Generalmente estoy listo para irme antes que Kagle y me voy solo. Kagle odia tener que irse a casa (más aún que yo). Si las cosas le van bien (no siempre es así, debido a su pierna lisiada), lo dejo solo con su *whisky* y su puta. En el fondo nunca quiero acompañarlo. Me lo pide. Lo acompaño.

Comencé a morderme las uñas más o menos del mismo modo, porque alguien me lo propuso. (Dios sabe que no fue idea *mía*. Ni siquiera sabía que la gente hace esas cosas. Y tampoco creo que tuviese tanta inventiva como para que se me ocurriera el hábito a mí solo). Estaba en la segunda mitad del primer año de primaria, tenía siete años y ya era huérfano de padre. (No recuerdo mucho a mi padre. No lo lamenté cuando murió. Actué como si no hubiera desaparecido, lo cual significó que debí actuar como si no hubiera existido. No lo extrañé, ya que no lo recordaba y nunca he pensado mucho en él. Hasta momentos como este). Todos mis amigos de

primer grado (tenía muchos amigos en primer grado. Siempre me he esforzado por ser popular y siempre he tenido éxito) comenzaron a morderse las uñas la misma semana, sin otro objeto que el de irritar a la maestra (miss Lamb. En segundo grado fue mistress Wolf. Tengo una memoria sorprendente para los apellidos y los detalles triviales) y a los padres y a las hermanas mayores. (Empezó como una conspiración infantil).

—Vamos, muérdete las uñas —me decían.

Y lo hice. Empecé a morderme las uñas. Al cabo de poco tiempo, todos dejaron de hacerlo. Yo no. (Crecieron y se fueron, dejándome con el mal hábito). Ni siquiera lo intenté (ahora sé que no traté de dejarlo porque no quería y porque comprendí, aun entonces, que no sería capaz). Y desde entonces no he dejado de mordisquear y roer agresiva, ruidosa y vengativamente mis dedos, obteniendo una enorme satisfacción por estos pequeños ataques a mi persona. (No es tanto un hábito, desde luego, como una compulsión, viciosa, de mala educación, frecuentemente dolorosa, pero me gusta. Y no creo a estas alturas que quiera vivir sin ello. Nadie ha sabido explicarme por qué). Y ahora sé, en fin, que seguiré mordiéndome las uñas y la piel que las rodea hasta que me muera (o bien hasta que me arranquen todos los dientes y no pueda hacerlo más. ¡Ja, ja!).

¡Ni siquiera mi caligrafía es mía!

La tomé prestada (y nunca la devolví). Copié la letra que tengo ahora de un muchacho algo mayor que trabajaba conmigo en la oficina de archivos de la compañía de seguros de accidentes de automóviles y a quien le gustaba pasar el tiempo, entre los períodos de mayor actividad, inventando, perfeccionando y practicando una escritura nueva. (La de él no era del todo buena). Se llamaba Tom, o Tommy, según quien le hablaba o quien lo llamaba. Tenía veintiún años, era alto y de un espíritu maduro y complaciente. (Tenía bastantes motivos para sentirse complaciente y maduro, pues además de haber creado una nueva escritura, estaba acostándose con Marie Jencks, la rubia más exuberante que había en nuestra compañía). Estudiaba arte por la noche sin mucha aplicación y solía tomarse las cosas con calma durante el día, mientras esperaba a que el ejército lo reclutara para la Segunda Guerra Mundial. Entre las tareas y los recados y los cigarrillos fumados en el lavabo de hombres, Tom se sentaba en el escritorio que había al fondo de la sala de archivos (fuera de la vista para cualquiera que pasara, porque la sala de archivos era una especie de jaula hecha de malla ciclón que se elevaba del suelo al techo y sobresalía en el centro de la oficina, de manera que cualquiera que pasara podía vernos dentro trabajando) y se

dedicaba laboriosamente a su escritura. Yo me sentaba con él en el escritorio del fondo, escondido detrás de filas de archivadores de metal verde llenos de carpetas clasificadas según el nombre de los accidentes, para aprender, copiar y practicar su caligrafía con él.

No siempre era un trabajo fácil. Tom experimentaba sin cesar con los arcos, las inclinaciones y los bucles de la R o la Y o la H o la J mayúsculas, sin hablar mucho, hasta lograr precisamente el efecto buscado y solo entonces decía: «Creo que ya está». Y si no cambiaba de idea en uno o dos minutos, con un movimiento de cabeza grave, yo aproximaba el producto terminado y emprendía la tarea de aprender y practicar esa letra, mientras él seguía adelante con los fundamentos del diseño de una nueva letra del alfabeto. (A veces, con un aire abatido y desilusionado, cambiaba de parecer en cuanto a una letra determinada tras una semana o dos, la rechazaba y volvía a empezar desde cero). Algunas letras eran simples, pero otras resultaban ser sumamente difíciles y llevaban un tiempo considerable. Éramos un par de jóvenes calígrafos muy dedicados, él y yo (yo, desde luego, el aprendiz), cuando no estábamos maquinando en secreto y por separado para satisfacer las miserias de nuestra respectiva lujuria incipiente. Él, como yo (lo descubrí un día por pura casualidad), estaba enredado en una tórrida relación con una de las mujeres (¿chicas?) de la oficina (y en esto también me llevaba mucha ventaja. Tenía a la robusta y mandona mistress Marie Jencks, nada menos, de veintiocho años y casada, y le hacía el amor con regularidad, por sorprendente que sea, abajo, en el almacén. ¡Increíble! Qué locura de gente, pensé, cuando finalmente descubrí todo lo que pasaba allí, pero entonces no me di cuenta, como me doy cuenta ahora, de que el único especial era yo). Cuando trasladaron a la vieja mistress Yerger desde las oficinas de la compañía hasta la sala de archivos para que trabajáramos más o nos echaran (aunque no había mucho más trabajo que hacer. Fue Tom, en realidad, quien me enseñó que, si caminaba por la oficina con una hoja de papel en blanco en la mano, podía pasar todo el tiempo que quisiera sin hacer nada. Pasé gran parte del tiempo haciendo mucho, o bien intentándolo, en la esquina del escritorio, debajo del gran reloj Western Union, muy cerca de Virginia, la muchacha vivaz e inteligente de veintiún años que ya entonces no usaba sujetador pues sabía que sus senos redondeados le quedaban bien así, por ser bonitos, y era aficionada a arquear la espalda y desperezarse con un suspiro, con el solo objeto de mover los pechos de un lado a otro para mi placer, o bien erguirlos en mi dirección), yo ya tenía perfeccionada del todo la letra de Tom, y desde entonces es la que uso.

Descubrí lo de Tom y Marie Jencks por pura casualidad, unas cinco semanas antes de que Tom dejara la compañía para incorporarse al ejército. (Yo me fui el mismo día que él para aceptar un empleo que luego no me gustó, en un taller mecánico). Mistress Marie Jencks (ese era el nombre que figuraba en la placa de latón sobre su escritorio) trabajaba en el Departamento de Daños Personales a las órdenes del sumiso y bajito Len Lewis, director del Departamento de Daños Personales, quien estaba enamorado cortésmente, pero también de forma romántica, sexual e idealista, de mi incorregible Virginia. (Ella lo alentaba). Me causó asombro descubrir ciertas cosas acerca de todos nosotros, pero especialmente de Marie y Tom (más asombro aún que cuando sorprendí a mi hermano mayor en el suelo de aquella carbonera con la hermanita flaca de Billy Foster hacía tantos años, borrosos ya. Mistress Marie Jencks era una presa mucho más atractiva que la hermana de Billy Foster, con su flacura y sus dientes de potrillo). Marie Jencks era, como presa, una ballena enorme, y me quedé impresionado.

Para mí, cuando me enteré de ello, fue como si se cumpliera una fantasía (aunque de otro), una maravilla exuberante, enorme, vistosa, dominante. (Y no podía dejar de mirarla). Estaba casada. Era alta, rubia y pechugona. Tenía casi veintiocho años. Era atractiva y llamaba mucho la atención (aunque no era bonita. Virginia era más bonita). Y se tiraba al afortunado Tom Johnson, de veintiún años, siempre que ella quería. (Qué situación maravillosa para el afortunado Tom Johnson. Y le daba al pequeño Bobby Slocum de diecisiete años esperanzas para el futuro). Cuando Len Lewis no estaba en su escritorio, Marie era la jefa de todo el Departamento de Daños Personales. A veces estaba de buen humor; en ocasiones, se mostraba amable, y yo y la mayoría de los hombres y secretarias que debíamos tratar con ella le teníamos siempre un poco de miedo. Era mandona también con Tom. Cuando le entraban las ganas de hacerlo, lo mandaba al piso de abajo, al sofocante almacén, en busca de ficheros llenos de expedientes cerrados, y cuando habían terminado lo mandaba de vuelta al piso de arriba.

Fue debido a ese almacén iluminado por dos bombillas desnudas que colgaban de sendos cables gruesos y negros desde el techo cual escrutadoras arañas como descubrí lo de Tom y Marie. (Me había hecho con la llave, porque quería encontrarme allí con Virginia, y él necesitaba la llave para encontrarse con Marie). Lo hacían sobre el escritorio. Aquello me pareció poco menos que increíble, como también a Virginia (cuando se lo mencioné), aunque Tom me aseguró que lo hacía allí, y sabía que tenía que ser verdad. No había otro

lugar, salvo el suelo, que estaba siempre sucio. Aun así, no conseguía imaginar que todo ocurriera encima del escritorio. Evidentemente allí no había suficiente espacio para una mujer tan alta. (Desde entonces he descubierto que es suficiente un *dedal* cuando realmente se quiere hacerlo y que el planeta mismo puede resultar demasiado pequeño cuando no se tienen ganas de hacerlo).

La puerta del almacén tenía una sola llave (lo que lo convertía en un lugar ideal para hacer el tipo de cosa que tantos de nosotros, como me enteré finalmente, teníamos siempre en la cabeza en cualquier día normal de trabajo) y yo no quise dársela. Tenía mis propios planes para encontrarme con Virginia en otra de nuestras citas de dos o tres minutos para besarla y acariciarla (antes de que se pusiera tensa y furiosa de golpe con un terror desnudo y misterioso que siempre la asaltaba sin aviso y para el cual yo no estaba nunca preparado ni podía comprender. Palidecía, los ojos se le oscurecían y se agitaban ansiosamente de un lado a otro, como ratoncitos asustados, y se apartaba bruscamente de mí, dejando escapar gemidos en voz baja, alarmada e indignada, mientras corría presa del pánico al piso de arriba. Cuando yo la alcanzaba, ya estaba sentada en su escritorio debajo del gran reloj, como si nada hubiera sucedido, y me sonreía y guiñaba el ojo con aire lascivo como antes. Ahora sé que era mucho más apasionada de lo que yo había supuesto y también que estaba un poco loca. Supongo que entonces la amaba, pero era demasiado ingenuo para reconocerlo. Creía que las sensaciones del amor eran otra cosa).

—Vamos —me dijo Tom—. Dame la llave.

—No puedo —repuse.

—La necesito.

—Yo también.

—La necesito ahora —insistió.

—Yo también.

—Tengo que encontrarme con alguien allí.

—Yo también.

—Una chica —explicó.

—Yo también. —Me ruboricé de orgullo a la vez que le sonreía.

—¿Quién? —quiso saber, mientras retrocedía para mirarme.

—¿Debo decírtelo?

—¿Por qué no? ¿Soy tu instructor o no? ¿Virginia?

—¿Cómo lo sabes?

—No soy ciego. Ni tampoco sordo.

—¿Se me ve?

—Se te ve entre las piernas cada vez que te paras a hablar con ella.

Deberías sacarte la mano del bolsillo de vez en cuando para que todos veamos mejor. Me gustaría verlo. Deberías ponerte delante alguna carpeta de accidentes por si tienes un accidente. ¡Pum! Un caso de daño a la propiedad *clarísimo*. ¿Te acuestas ya con ella?

—Todavía no.

—¿Sabes cómo se hace?

—Estoy en ello.

—¡Ella puede enseñarte!

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, celoso.

—Se le nota. Hazlo, simplemente, pues es la mejor manera de aprender. No lo pienses. Hazlo sin más. Tendrías que acompañarme abajo ahora y ver cómo lo hago yo.

—¿Con quién?

—Saldrás gritando por toda la oficina si te lo digo.

—No, no diré nada.

—Dame la llave.

—Dime quién es.

—¿No se lo dirás a nadie?

—¿Es Virginia? —Sentí otro aguijonazo de celos.

—Marie.

—¿Jencks?

—Estás gritando.

—¿Te estás follando a Marie Jencks?

—Marie y yo follamos. ¡No te vuelvas! Está mirándonos, esperando que me des la llave, de manera que será mejor que me la des. Si no, te cortará la cabeza.

—¡Está casada! —le dije atónito.

—Por favor, ¿me das la llave?

Le entregué la llave sin chistar, en deferencia a sus logros superiores. Y tan pronto como él (y luego ella) se fueron, corrí presuroso hacia el viejo escritorio de madera debajo del viejo y gran reloj Western Union para postergar mi propia cita con Virginia y ponerla al corriente de lo que acababa de descubrir. (Era, en realidad, la mejor amiga que tenía en el trabajo y quizá en cualquier otra parte. Los días en que me sentía de manera inexplicable triste o no tenía dinero, Virginia lo advertía e inmediatamente trataba de alegrarme, o bien insistía en prestarme los tres o cuatro dólares que necesitaba hasta el fin de la quincena, aunque luego ella misma debiera pedirlos prestados a alguna de las otras chicas).

—¿Por qué? —quiso saber cuando le pedí que me esperara en la escalera en lugar de en el almacén.

—¿Sabes guardar un secreto?

—Claro —repuso de inmediato—. ¿Qué quieres hacerme?
—No, es sobre Tom. ¿Puedes creer que Tom Johnson y…?
—Pues claro —dijo.
—Con…
—Ya.
—¿*Ahora* mismo?
—Cuanto más a menudo, mejor, digo yo siempre.
—¿En el almacén?
—A veces lo hacen en un apartamento de la Segunda Avenida. Tiene una amiga divorciada que vive allí.
—¿Cómo lo sabes?
—Ella me lo cuenta.
Estaba mudo de asombro. Virginia tenía las mejillas sonrojadas de excitación y miraba mi rostro estupefacto con ojos risueños.
—¿Y cómo lo hacen? —quise saber.
—Pues ella tiene eso suyo y él tiene lo otro y él saca su…
—¡No, quiero decir allí abajo! ¿Dónde se acuestan?
—Sobre el escritorio —me dijo—. ¿Nunca lo has probado?
—Pienso probarlo tan pronto como ellos terminen.
—Conmigo no. Ni lo pienses. Yo necesito una habitación grande de un hotel. Me gusta moverme mucho.
—No pudiste moverte mucho en esa canoa, cuando estabas en la universidad —le recordé.
—Entonces era tonta —dijo riendo—. No sabía qué había que hacer. ¿Y *tú*, quieres saber un secreto? —Me hizo un gesto de que me acercara—. Ven a este lado para que pueda hablarte al oído y apretarte con la rodilla.
Con una hoja de papel en la mano me aproximé a su costado del escritorio y comencé a revolver entre las carpetas de una bandeja como si buscase una en particular. Tan pronto como estuve junto a ella, colocó las rodillas contra una de mis piernas y empezó a frotarme metódicamente con ellas, a la vez que me miraba atentamente, con una expresión experta y algo burlona.
—¿Cuál es el secreto? —pregunté.
—Sácate la mano del bolsillo.
—Vete a la mierda.
—Muy bien.
—¿Sobre el escritorio?
—Haz como si estuvieras trabajando.
—Estoy trabajando. ¿Cuál es el secreto?
Mistress Yerger estaba junto a la puerta de entrada del cuarto de los archivadores (mistress Yerger siempre estaba en la entrada de ese

cuarto), observándome con mirada torva.

Me saqué la mano del bolsillo, recogí una carpeta de daños a la propiedad y me la puse delante para ocultar mi erección. Virginia lo vio, naturalmente, y lanzó una carcajada, para luego mostrarme la puntita de la lengua brillante entre los labios rojos y los dientes blancos y húmedos. También tenía las mejillas sonrosadas —se había puesto colorete— y hoyuelos. Sentí una oleada de afecto hacia ella, pero todo era tan inapropiado; ella tenía veintiún años y yo diecisiete, y me encontré deseando tener la edad de Tom y una idea clara de lo que debía hacer con ella.

—Len Lewis y yo —me dijo— salimos a beber y comer algo los jueves por la noche después del trabajo. Quiere pedirle el divorcio a su mujer, pero no le dejaré. Dice que nadie en toda su vida lo ha besado como lo beso yo.

Una vez más me sorprendí, pero a la vez me excitó enterarme de eso. Siempre me fascinaban sus aventuras sexuales con otros hombres. (Era aficionada a las blusas transparentes y sedosas, y a menudo yo tenía ganas de ponerle las manos sobre los hombros cuando llevaba una y acariciarla suavemente. Cuando llevaba jersey, deseaba meterle una mano por el escote y apretar).

—¿Te acuestas con él? —(Siempre estaba hambriento de detalles).

—Tiene miedo. Ha estado casado toda la vida y nunca ha hecho nada con otra mujer. Me da pena. No sé qué le diré cuando por fin consiga que me lo pida. Me gusta, pero no sé si me apetece hacerlo con él.

A mí también me caía bien Len Lewis. No dudaba, además, de que nadie lo había besado nunca como Virginia, porque lo había visto en la fiesta de Navidad de la oficina con su mujer, bajita, sin formas, callada, tan vieja y sumisa como él, pero mucho más arrugada y gris. En cuanto a mí, nadie en toda *mi* vida me había besado como ella, ni tocado y acariciado como ella me tocaba y acariciaba una y otra vez en el almacén, o en la escalera entre los pisos. Quería más y más de ella y nunca obtenía todo lo que quería. No le gustaba que yo le hiciera cosas a ella, sino hacérmelas ella a mí. Nos encontrábamos en la escalera varias veces al día, y allí nos besábamos y acariciábamos y abrazábamos frenéticamente, durante unos segundos antes de que ella imaginara que oía venir a alguien y huyese. O bien nos encontrábamos abajo, en el almacén, durante tres, cuatro o cinco minutos, al cabo de los cuales de pronto palidecía y se apartaba de mí alarmada.

Nunca me enfadaba con ella cuando me dejaba, ni me sentía resentido o defraudado; siempre me consideraba afortunado por haber recibido algo de ella, por poco que fuera. (Y siempre me daba pena

verla tan asustada. Me habría gustado encontrar una manera de ayudarla). Me dijo una vez (más de una vez, porque yo siempre traía a colación el tema para que volviera a contármelo) que durante su primer año de estudiante en la Universidad de Duke (fue dos años, y después de que su padre se suicidara un verano nunca volvió) había follado en una canoa flotante con el jugador de retaguardia del equipo de fútbol americano. No la creí. (Me parece que a la sazón no podía creer que nadie follase realmente, que un chico como yo cogiese su cosa y la metiese en la cosa de ella y luego siguiese con todo lo demás, a pesar de haber visto dibujos y fotografías y oído tantas historias y chistes verdes). Constantemente Virginia me pedía que alquilásemos una habitación. No sabía cómo se hacía. Le pregunté a Tom cómo se cogía una habitación en un hotel, y me lo dijo, pero aun después de que me lo dijera, seguía viéndome incapaz de hacerlo. Me imaginaba que el recepcionista comenzaría a golpearme en el mismo vestíbulo del hotel si alguna vez osaba pedir una habitación para Virginia y para mí. Tampoco tenía el dinero necesario para hacerlo. No era más que un archivero. (¡Ni siquiera sabía cómo llevarla a cenar!).

Nunca llegué a hacerlo con ella (nunca me la tiré) y lo lamento. Después de que Tom y yo nos fuéramos de la compañía, nunca regresé, y nunca volví a verla ni a hablar con ella. Lo intenté. Y lo lamento mucho. La echo de menos. La amo. Quiero que vuelva. La recuerdo con claridad ahora, cada vez que trato de recordar todo lo importante que ha sucedido en mi vida. Pienso a menudo en ella cuando, sentado en la oficina, no tengo ganas de trabajar. También por las noches en casa con mi mujer, mis hijos, la sirvienta y la enfermera, cuando no tengo otra cosa mejor que hacer que morderme las uñas ansiosamente, como un jorobado hambriento, y me desplomo en un sillón de la sala o del estudio buscando pensar en algo que me mantenga despierto hasta la hora de acostarme. Me gustaba que fuera bajita y un poco entrada en carnes (y que dondequiera que posase las manos, hubiese algo que apretar y palpar). Recuerdo lo limpia y suave que era su piel. Cuando reía, sus hoyuelos se volvían más profundos. Reía y sonreía mucho. Extraño esa alegría. Ahora sí sabría qué hacer con ella. Quiero otra oportunidad. Y entonces recuerdo quién soy. Recuerdo que ella seguiría siendo cuatro años mayor que yo, y que además sería bajita, gorda y rechoncha, probablemente, y quizá parlanchina y fatigosa, con lo cual no sería la chica a quien añoro. (Esa persona ya no existe). Y por fin recuerdo que murió.

(También ella se suicidó, como su padre. Intenté llamarla por teléfono a la oficina cuando volví de la guerra. Intenté llamarla por teléfono otra vez, cuando hacía pocos años que estaba casado. Ya

entonces, hace tanto tiempo, la extrañaba. No trabajaba allí. Había alguien nuevo encargado del Departamento de Daños a la Propiedad. Hablé con un hombre lisiado, en Daños Personales, que se llamaba Ben Zack.

—¿Virginia Markowitz? —dijo—. No, no. Se suicidó hace un año y medio. Ya no trabaja aquí. ¿No lo sabía?).

Fue después de la guerra, creo, cuando realmente comenzó la lucha.

Así pues, allí era donde nos había llevado el Tin Lizzie, esa revolución industrial: a ser la tercera compañía de seguros de accidentes de coche más grande del mundo, con una rubia oxigenada casada, tosca y de voz dura en Daños Personales, y una muchacha coqueta de pelo negro, gafas gruesas y ojos miopes en Daños a la Propiedad, y todos nosotros friéndonos en nuestra propia lujuria, salvo el pobre míster Len Lewis, quien fue seducido y fortalecido con unas ideas juveniles del amor que no tenían ninguna posibilidad de convertirse en realidad. (En este momento seguramente debe de estar muerto. No le tocó nada en la vida, salvo esos besos de Virginia). La situación de aquella compañía de seguros de accidentes de automóviles estaba bastante enredada (y era cómica) (y triste) y no empecé a enterarme de lo que ocurría hasta poco antes de que apareciera en escena mistress Yerger, como una fuerza del destino disfrazada de nueva jefa de la sala de archivos, y me tuvo atemorizado hasta que me fui unas semanas más tarde. ¡Había tantos secretos impresionantes que todo el mundo, salvo yo, parecía conocer! Hoy no creo que haya nada que pueda descubrir sobre alguien en todo el mundo que pueda provocarme otra cosa que una leve sorpresa o una desilusión momentánea. La muerte repentina, por el contrario, siempre me conmociona, sobre todo cuando le llega a alguien que siempre gozó de una salud robusta (como mi hermano).

En cuanto descubrí lo de Tom y Marie Jencks, mis insinuaciones a Virginia se volvieron más insistentes; no conseguí nada. (No creo que entonces supiese siquiera lo que quería obligarla a hacer). Lo raro de esas dos mujeres (¿chicas?) (mujeres) (chicas) era que ninguna quería que nosotros tomásemos la iniciativa. Yo tenía mucha más libertad con Virginia de la que gozaba Tom con Marie Jencks (pero obtenía menos resultados). Podía acercarme a su escritorio debajo del gran reloj cuando me apetecía y decir todas las porquerías que quisiera, o citarla en la escalera o en el almacén. La mayoría de las veces accedía. Otras, con su sonrisa traviesa, era ella quien proponía que nos encontráramos. En cambio, nunca me habría permitido que la obligara a tenderse sobre el escritorio, a pesar de provocarme hasta el punto en que yo lo intentaba antes de que se apartara violentamente de mí y

escapara. (¿Por qué? ¿Qué tenía yo para que me temiera tanto y no temiera a los tantos muchachos mayores y hombres, a quienes, según ella, siempre les pedía y siempre le daban?). Creo que todo habría funcionado bien entre Virginia y yo si alguna vez hubiésemos podido estar juntos en un apartamento, o en una habitación de hotel con mucho tiempo por delante; todo habría funcionado a las mil maravillas. (¿Y qué?). Me habría enseñado a hacer las cosas con calma. Y al hacerlas con calma, ella no habría tenido tanto miedo, y si no hubiera tenido tanto miedo, me habría dejado hacérselo todo y me habría enseñado cómo hacerlo.

Pero ¿y qué?

Aquello habría pasado, tarde o temprano, así como ella ya pasó, como estoy pasando yo. (Que se joda, está muerta). Su expediente está cerrado. Si no se hubiese suicidado, sería más vieja que yo ahora, y probablemente un coñazo. Estaría gorda y arrugada, y sufriría estreñimiento, cálculos hepáticos, trastornos menopáusicos y tendría juanetes, y lo más probable es que yo no tuviera ganas de verla. Todo pasa. (Esto es lo que lo hace soportable).

Pero el recuerdo perdura (aunque no mucho tiempo. ¡Ja, ja!).

Su expediente puede estar muerto, pero no está enterrado. Recuerdo también cómo me insistía para que persiguiera a Marie Jencks, una vez que vio que estaba loco de deseo por ella. No conseguía dejar de imaginarme a Marie de ese modo desde que me enteré de lo que hacían ella y Tom sobre el escritorio del almacén. (Solía comerme el almuerzo en ese escritorio dos o tres veces por semana y leía la sección deportiva del *Daily News* y el *Mirror* de Nueva York). También la deseaba a ella. No sabía cómo conseguirla.

—Tíratela —me exhortaba Virginia—. Ve a por ella.

—¿Cómo?

—Tócale el trasero.

—Estás loca.

—Pellízcale un pezón.

—Estás como una cabra.

Todo lo que decidí hacer fue espiar a Tom y ver qué hacía para conseguirla. Y lo que hacía era nada. Practicaba su caligrafía. (Tenía bastante astucia como para esperar y no acercársele nunca). Se quedaba sentado, inmutable, días y días, practicando su caligrafía conmigo y esperando, con tacto y paciencia, hasta que ella lo llamaba a su oficina por el timbre interno o por teléfono, o bien ordenando a otro de los archiveros (por ejemplo yo) que fuera a buscar a Tom.

—¿Estás ocupado en este momento? —le preguntaba.

—No —respondía él.

—Coge la llave —le ordenaba ella.

Y allí bajaban los dos, al almacén (donde los expedientes y carpetas de gente que había sufrido accidentes se deterioraban por el paso del tiempo en los archivadores).

Virginia y yo seguíamos sus idas y venidas (y sus corridas, ¡ja, ja!). Marie era una presa estupenda para cualquier muchacho con suerte que la atrapara (o se dejase atrapar por ella), aunque me gustaba más Virginia (y, por cierto, a Tom también). Parecía el doble de grande que Virginia, su feminidad era cuatro u ocho veces mayor; era imponente, sarcástica, a menudo comprensiva, esa rubia oxigenada casada de veintiocho años que trabajaba en Daños Personales, que cuidaba solícitamente al pobre Len Lewis (quien padecía serios trastornos renales y otros males graves relacionados con ellos y quien, con toda seguridad, no pensaba en serio en divorciarse de su insignificante mujercita, con quien había estado casado toda la vida y a quien debía querer aún mucho) y hacía todo lo posible por facilitarle las tareas. Marie estaba casada con un contable que tenía el corazón débil (debilitado, seguramente, por ella), y sin la menor contemplación atrapaba a Tom cada vez que quería y lo ponía a trajinársela sobre el escritorio del almacén o en el apartamento de su amiga divorciada después de la jornada, de la misma forma autocrática que podría haber adoptado para llamarlo a su oficina y encomendarle algún trabajo de archivo.

(Tom nunca sabía, cuando ella enviaba a alguien a por él, qué tipo de tarea le ordenaría, pero estaba perfectamente dispuesto a aceptar tanto lo malo como lo bueno).

Lo máximo que hacía Tom para acercarse a ella era presentarse en la oficina mientras fingía andar a la caza de algún expediente. Marie sabía a ciencia cierta qué estaba persiguiendo. A veces fruncía el ceño y él se retiraba de inmediato, como si siguiera preocupado por localizar un expediente especial. Otras veces, ella reaccionaba como él había esperado, sonreía con aire cáustico, casi con una mueca, y le preguntaba perentoriamente:

—¿Buscas algo aquí?

—Sí.

—Coge la llave.

Y allí bajaban los dos otra vez al almacén.

—Ni siquiera estoy seguro de que me quiera —me confió Tom con aire indiferente una tarde en la sala de archivos, poniendo mucha más pasión en trazar las P y las Q que practicaba que en su comentario—. En cambio, estoy seguro de que le gusta hacerlo conmigo.

En ese momento no pude evitar preguntarme si a ella no le

gustaría hacerlo conmigo.

Así que intenté seducirla. (Y fracasé). Traté de robársela a Tom. En realidad no quería robársela del todo sino simplemente obtener, si podía, lo que en justicia me correspondía de esa vikinga en celo y perfumada, irresistible, inagotable, maravillosa y voluptuosa (esa rubia que, en realidad, no era más que una morena grandota y huesuda de poros abiertos y de sangre irlandesa-escocesa nacida en Buffalo). Y no llegué a ninguna parte. Virginia me azuzaba con entusiasmo, dándome consejos escandalosos.

—Échale un polvo rápido —me aconsejaba—. Ahora mismo se muere de ganas. Te lo dice una dama. Entra en su oficina y tíratela.

—¿Cómo?

—Te irá muy bien con ella.

—¿Cómo?

—Díselo.

—¿El qué?

—Lo que quieres. Ve al grano. Es la mejor manera.

—¡Ah, claro!

—Cógele un pezón. Métele una mano por debajo del vestido y…

—Me matará.

—No, no te matará. Mira… míster Lewis no está. Entra ahora mismo y dile que has decidido coger el toro por los cuernos.

—Me hará encerrar.

—Se enamorará de ti. Caerá a tus pies.

—Me romperá la cabeza. Y hará que me arresten.

—No podrá resistirse. Eres más apuesto que Tommy. Y más divertido, además. Tienes un pelo rizado muy bonito.

—Se lo dirá a Len Lewis, o a mistress Yerger, y me despedirán.

—Se levantará el vestido hasta aquí, abrirá los brazos y las piernas y cantará: «Aaaaah, vamos, chico. Házmelo como se lo hiciste a Marie, el sábado por la noche, el sáb…».

—Levántate el vestido y canta tú —la interrumpí— si me encuentras tan irresistible. También quiero hacerlo contigo.

—Alquila una habitación de hotel.

—Marie lo hace sobre el escritorio de abajo.

—Marie tiene un buen trasero.

—Tú también.

—Me gustas, querido —dijo inesperadamente, mirándome a los ojos. (Casi me desmayo de la sorpresa)—. De verdad, me gustas muchísimo. Aunque me veas sonreír mientras te lo digo… hablo en serio.

Estaba demasiado atónito para responder.

—¿De qué estás hablando? —susurré por fin intensamente.

—Quisiera que fuéramos mayores —siguió diciendo con un tono lastimero—. Eso es lo que quisiera. ¿Sabes lo que quiero? Que fueses lo bastante mayor para que me golpearas un poco.

Me sentí impresionado y aterrado, casi furioso con ella por mi confusión y vergüenza.

—¿Por qué dices esas cosas? —le pregunté indignado, temeroso de que algo fatal, algo que no comprendía y que no podía sobrellevar, estuviese ya sucediendo—. ¿Por qué me dices esas cosas ahora? ¿Aquí, en la oficina?

—Porque nadie que me oiga me creerá —dijo Virginia sin vacilar, ni bajar la voz, ni alterar su actitud de sonriente inocencia—. Ni tú, siquiera. Ninguna de las personas que nos rodean me tomaría en serio si levantara la voz más y más hasta casi gritar —su voz se elevó clara y deliberadamente hasta casi gritar, y todos los que estaban cerca nos miraron divertidos— y de pronto exclamara: «¡Te quiero, Bobby Slocum!».

(Y tuvo que ir y suicidarse. ¿Por qué? No estaba ya empleada en la compañía de seguros de accidentes de automóviles porque se había suicidado poco después de la guerra, ya no era posible emplearla).

—Qué graciosa —murmuré torpemente, con una sonrisa forzada.

—¿Lo ves? —continuó con voz normal, y todos volvieron a concentrarse en su trabajo—. Nadie me cree. Ni tú me crees, ¿verdad?

—¿Qué quieres? —le supliqué desesperado—. Dime qué puedo hacer. Oye, Virgen para abreviar, solo tengo diecisiete años. Y estoy aterrado. No sé qué va a pasarme.

—No tengas miedo —repuso ella, suavizando el tono. Ahora me miraba con solícito interés y cariño—. Pronto estaremos solos en una habitación de hotel y entonces te haré cosas que ninguna otra chica te ha hecho nunca. Te lo prometo. —(Nunca estuvimos solos en una habitación de hotel. Hace poco, en Nueva Orleans, una puta en un club nocturno me hizo la misma promesa, exactamente en los mismos términos, y cuando vino a mi cuarto no tenía nada distinto que ofrecer)—. Y ahora ve a por Marie.

—Mistress Yerger está mirando —advertí.

—No le caigo bien —dijo Virginia.

—Yo tampoco.

—No le caigo bien porque trato de divertirme con todo el mundo. Especialmente contigo.

—Es mejor que finja estar ocupado.

—Yo te daré en qué ocuparte… Ven. —Virginia escribió el número de un expediente en una hoja de papel—. Búscame este accidente —

me indicó—. Es un expediente muy grande de daño a la propiedad, con tres perjuicios personales. Probablemente podrá dártelo Marie Jencks —dijo maliciosamente.

—Bien, miss Markowitz —intervine con voz lo bastante alta como para que me oyera mistress Yerger, y me alejé rápidamente.

—¡Vuelve, Bob! Recuerda… —Virginia me indicó que me acercara al escritorio y me miró con un aire de importancia. En voz muy baja, murmuró—: Agárrala de un pezón.

De manera que, con el estímulo incesante de Virginia, me aboqué a la tarea de seducir a Marie Jencks. Lo intenté de la única manera que se me ocurrió: merodeando. Pasaba el mayor tiempo posible merodeando cerca de ella. Permanecía en su oficina dos y tres minutos cada vez que Len Lewis se alejaba de su escritorio y la veía sola allí dentro. La acechaba y rondaba alrededor de ella sin cesar, fingiendo buscar expedientes de accidentes, con la esperanza de que alguna vez me viera y de pronto reparara, en un instante de radiante revelación, en que tenía el pelo oscuro y ondulado y era más apuesto que Tom Johnson y, además, más divertido, y que entonces me dijese: «¿Estás ocupado en este momento? Coge la llave».

No llegué ni siquiera a acercarme a esa situación. Lo más que oí de ella fue:

—¿Piensas pasarte el resto de tu vida aquí?

O bien:

—¿Por qué me miras todo el rato con ojos de cordero degollado?

O, con gran perspicacia (sabía bien lo que yo quería, esa zorra astuta):

—¿Has venido a buscar alguna cosa?

Y, por último, lo más cruel de todo:

—Largo de aquí, y dile a Tom que venga.

Y Tom bajaba otra vez con ella al almacén, dejando su caligrafía en el fondo del archivo para que yo siguiera practicando solo, y es su letra la que sigo usando hasta el día de hoy. (Me pregunto quién estará usando a Marie). Tom contaba conmigo para que lo cubriese en caso de que lo llamase mistress Yerger u otra persona. Y lo hacía.

(—Tom.

Silencio.

—Tom.

Más silencio.

—Me pregunto dónde estará ese muchacho.

—Abajo en el almacén, mistress Yerger, follándose a Marie Jencks en el escritorio —me imaginaba contestando).

Era muy difícil, lo confieso, concentrarme en la escritura de Tom

cuando sabía que estaba en el almacén con ella. En general, mi imaginación volaba a su lado (y me apetecía más hacer dibujos obscenos de los dos). Aquel mausoleo del piso de abajo, lóbrego, silencioso, sucio, lleno de polvorientas carpetas de documentos obsoletos, se convirtió en un tórrido picadero. De vez en cuando, alguien de la compañía bajaba realmente a indagar sobre algún antiguo accidente y por muy poco no nos sorprendía a Tom o a mí enredados en uno nuevo. El almacén estaba solo un piso más abajo, pero descender los dos tramos de escalera para llegar al húmedo depósito era como escapar de toda vigilancia hacia un oscuro, fresco y nada desagradable submundo, a la soledad segura y balsámica de una bodega profunda o de una polvorienta carbonera de madera. Me gustaba ir allí a menudo, aunque fuera para comer mis sándwiches a solas y leer el *Mirror* y el *Daily News*, o bien para escaquearme, a media mañana o durante la tarde, a fumar y a pensar en los equipos universitarios de fútbol que jugarían el sábado siguiente, o a imaginar qué futuro nos esperaba a mi madre, mi hermano, mi hermana y a mí. (Mi hermano ya está muerto: sufrió un repentino ataque al corazón un día en la sala de espera de su oficina comercial y todo terminó para él en cuestión de segundos. Mi madre también ha muerto. Mi hermana vive lejos. A veces hablamos por teléfono). Imagino a la malhumorada mistress Yerger, que tomaba nota de todo, ventilando a fondo el almacén después de que Virginia, Tom, Marie y yo nos fuéramos para siempre.

Recuerdo también una violación que por poco tuvo lugar allí un día, a la hora del almuerzo, cuando Virginia se quedó atrapada allí conmigo y dos muchachos mayores y corpulentos que trabajaban también en el archivo. No la dejaban salir. Ella había ido demasiado lejos, había flirteado con ellos y alardeado en exceso, y ahora no la dejarían salir, dijeron, hasta que «nos atendiera» a los tres. Virginia no tardó en ponerse muy nerviosa. Todos hablábamos y hacíamos bromas de forma compulsiva, como si no ocurriera nada. Uno de los chicos le rodeaba los hombros desde detrás, como si la abrazara en broma, pero en realidad la tenía inmovilizada y a la vez intentaba tirarla al suelo. Muy pronto, el otro le metió las manos por debajo de la falda, tratando de desprenderle las ligas y bajarle las bragas. Yo observaba lleno de aprensión y, a la vez, de expectativa. Los tres respirábamos agitadamente (incluso yo, que solo observaba). Esbozábamos sonrisas forzadas, tensas, y lanzábamos carcajadas roncas entre cada comentario, con el fin de mantener el mayor tiempo posible la ilusión de que en realidad tan solo estábamos divirtiéndonos. Evidentemente no estábamos divirtiéndonos. Al cabo de unos segundos Virginia

estaba aterrorizada. Tenía las mejillas blancas como el papel y se estremecía mientras trataba de liberarse. (Nunca he podido soportar el espectáculo del terror, en nadie, en toda mi vida, ni siquiera en la gente a quien odio). Los ojos de Virginia se posaron en mí, con expresión de pánico y de súplica. Intervine y conseguí que la dejaran ir. También yo estaba aterrorizado cuando me enfrenté a esos dos muchachos mayores y más fuertes e insistí en que la soltaran.

—Soltadla —dije vacilante.

—Te quiere a ti —dijo uno de ellos.

—¡Soltadla! —grité, con los puños apretados.

Cuando Virginia huyó, los dos negaron con la cabeza en un gesto incrédulo y desdeñoso, y me dijeron que había sido un tonto al dejarla escapar en el momento en que estaba casi dispuesta a hacerlo con los tres.

¿Fui un tonto?

(Recuerdo que cuando llegamos arriba, Virginia volvía a estar serena y sonriente, y no tan agradecida conmigo como yo esperaba. Su actitud amistosa hacia los otros no había cambiado. Siguió bromeando y coqueteando con ellos, dando muestras de un lisonjero respeto, como si ahora tuviese mejor opinión de ellos. Yo no podía comprenderlo. Tampoco lo entiendo ahora. Me pregunto, sin embargo, qué habría sucedido entre ella y yo si hubiera callado y me hubiese unido a los otros hasta que nos «atendiera» a los tres. ¿Habría tenido también mejor opinión de mí? ¿Cómo podía ser? Pero ¿era posible? Solía decirme que en su tumba quería la siguiente inscripción: «Aquí yace Virginia Markowitz. Era buena en la cama, a pesar de ser judía».

Estoy seguro de que la inscripción no está).

Estoy seguro de que fui un tonto.

(Y sé que nunca me la tiré. Y debería haberlo hecho. Creo que lo deseaba. Me gustaría acostarme con ella ahora. Quisiera que no se hubiera suicidado y que estuviera cerca para poder llamarla, hacerle el amor, decirle que la quiero y lo mucho que ha significado siempre para mí. Me alegro de que no esté, porque estoy seguro de que ahora no la querría. No sé lo que quiero).

Sé, por otra parte, que me sentí mucho más animado respecto al futuro gracias a Virginia, Tom y Marie Jencks. Fue tranquilizador saber que tanta gente follaba, que en realidad el acto estaba tan extendido. Era un buen augurio. Tom, con veintiún años, tenía una rubia grande y casada de casi veintiocho que le permitía hacerle el amor. Daba por descontado, pues, que cuando yo tuviera veintiún años tendría una rubia grande y casada que también me dejaría hacerle el amor sobre el escritorio. Creía que estas mujeres aparecían

automáticamente.

Eso nunca ocurrió, desde luego.

No hubo una Marie Jencks para mí cuando cumplí veintiún años. Todo lo que obtuve a los veintiún años fue el derecho al voto. Y cuando por fin me llegó el momento de fornicar con una mujer de veintiocho años fue con la mía; yo tenía treinta y dos y ya estaba casado con ella y aquello no fue nada parecido a lo que había soñado.

Actualmente, cuando me lío con una mujer de veintiocho años, por lo general resulta ser no una mujer, sino una chica, y con frecuencia una niña; no se ha casado y es infeliz y se siente sola. No es lo mismo que habría sido tener a esa misma chica si yo siguiera siendo un muchacho de diecisiete años. A veces es agradable y a veces, triste. Nunca es agradable mucho tiempo sin volverse triste (e incómodo, por lo menos para mí. A menudo anhelan quererme más de lo que yo deseo que me quieran. Las relaciones demasiado estrechas me asfixian). Generalmente hay mucho alcohol por medio (por culpa mía, supongo, me gusta beber y hacerlas beber), algo triste y patológico (tal vez en los dos). Les gusta hablar mucho, y les gusta escuchar, que les hablen en serio. (Más que nada, pienso, ansían que les hablen). Conozco a una, dos o tres chicas cercanas a la treintena de quienes he llegado a hacerme muy buen amigo; no las veo muy a menudo porque nuestros encuentros no tienen interés (por lo menos para mí) y muy pronto me sumen en el tedio. Conozco a muchas otras chicas que me gustan muchísimo un tiempo y a quienes siento que podría querer fielmente el resto de mi vida si no supiera de antemano que pronto me cansaría de ellas. Esa chica cubana con quien he estado esta tarde tenía veintiséis o veintiocho años, y ahora que vuelvo a pensar en ella, no estaba tan mal. En realidad, no dejaba de tener su atractivo. Habría sido una mujer ideal de haber sido yo aún un chico de diecisiete años y de haber sabido que podía tenerla cuando quisiera sin pagar nada. Tenía un hijo de corta edad en algún lugar que estaba criando otra persona. Quería ganar dinero suficiente para recuperar a su hijo algún día y abrir su cadena de salones de belleza.

—¿Te gusta que te exciten? —me ha preguntado en voz baja. Y cuando le he dicho que sí, ha comentado—: ¿A quién no?

Ahora que lo pienso, no estaba nada mal.

Ignoro lo que fue de Tom (por lo que sé, o me importa, podrían haberlo matado). Me dejó su caligrafía y todavía me siento al escritorio, en mi oficina de la compañía o en mi estudio en casa, y la uso. Tampoco sé qué fue de Marie Jencks. No he logrado descubrir, siquiera, qué fue de mí.

Intuyo que mistress Yerger está todavía allí. (Con un nombre

diferente, pero el personaje es indestructible). Las mistress Yerger siempre sobreviven, ya que no las atrae la tontería, ni la indiscreción, y también sobreviven sus míster Yerger, si acaso existen (las mistress Yerger no los necesitan), quienes no se diferencian en nada de ellas, salvo en el género y la ropa. Las mistress Yerger se convierten no solo en jefas del archivo, sino también en alcaldesas, directoras de escuela, decanas de universidades, juezas, fiscales del Estado, coronelas, miembros de la junta de Servicios de Selección para las Fuerzas Armadas, funcionarias de la Legión Estadounidense, procuradoras generales, presidentas de los Estados Unidos de América, y gerentes de departamentos secundarios en compañías como la mía. Al igual que Green y Black y Horace White, a veces también yo he desempeñado el papel de tirano en la compañía con mis subordinados, y a menudo lo desempeño en casa con mi mujer y mi hija y mi hijo y, a veces, incluso, con mi hijo idiota, que no entiende nada de lo que ocurre.

(—¿Cómo puedes llamarlo así? —me increpa mi mujer con intensa emoción—. ¿Cómo puedes hablar así? ¡Es de tu propia sangre!

—Por definición —le informo fríamente—, un idiota es cualquier persona carente de la capacidad de desarrollarse más allá de una edad mental de tres o cuatro años, aun cuando *sea de mi propia sangre*).

Abandono, por el momento, la cojera de Kagle y camino detrás de ella observándola de cerca, por el rabillo del ojo, tratando de establecer si también ella ha estado observándome (con el rabillo de *su* ojo). No lleva faja (hecho que habitualmente es señal segura de que está de un humor cordial). La criada negra de espalda encorvada que tenemos ahora se oculta en la esquina más alejada de nuestra amplia cocina y trabaja en silencio, sobre una ensaladera de madera negra que compramos en Jamaica a otra negra de espalda encorvada durante unas vacaciones que pasamos allí. Me tiene miedo (creo, y yo le tengo miedo a ella). Mi mujer está junto a los fogones, vertiendo vino tinto dentro de una cacerola con una carne oscura que puede ser hígados de pollo, o bien carne de ternera a trozos. La botella está vacía hasta un poco más abajo de la mitad (o bien llena hasta menos de la mitad. Ja, ja). Me muevo con mucho cuidado por detrás de mi mujer en busca de un vaso y de cubitos de hielo (aunque tengo ganas de gritar «¡Olé!» al pensar en mi cubana) y hago todo lo posible por recordar en qué términos nos hemos despedido esta mañana, o nos dormimos anoche, con el fin de saber si sigue aún enfadada conmigo por algo que dije o hice o no dije o no hice y que ya no recuerdo.

¿Está enfadada o está contenta? No lo recuerdo. Y tampoco puedo dilucidarlo. Me quedo, pues, en guardia. Me inclino algo hacia ella con una galletita y una anchoa enrollada y de pronto percibo que no

está ni contenta *ni* enfadada. No supondrá la menor diferencia para ella que nos hayamos separado en buenos o malos términos, porque también lo ha olvidado.

Ha estado bebiendo otra vez, y noto, por su aire abatido de furtiva incertidumbre, que también ella está tratando de recordar si esta noche somos amigos o no. (¿Yo estoy enfadado o contento?). Espera una señal mía. (¿Estoy enfadado con ella por algo que ha dicho o ha hecho mal, o bien contento por algo que no ha hecho?). No sé por qué me tiene tanto miedo cuando yo le tengo tanto miedo a ella. Se muestra rígida y alerta, ya contrita (¿por qué? Solo Dios lo sabe), tensa como un arco, mientras remueve el contenido hirviente de su cacerola y espera que no esté enfadado con ella por algo que ha dicho o hecho o no ha dicho o hecho y que ella misma no puede recordar. Todo esto basta para hacerme reír.

—Tienes razón —le suelto, simplemente por decir algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre Kagle —digo, y doy un paso imitando la cojera de Kagle —. Hemos tomado unas copas.

—Me alegro de que te hayan puesto de buen humor.

La criada oye todo con aire lúgubre y los ojos bajos. Pasada mi aprensión, me acerco a mi mujer y la beso en la mejilla. Levanta el rostro con timidez, ya que no está completamente segura aún. Huele a vino y a perfume caro.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—La tendré pronto. Eso tiene buen aspecto.

—Esperemos.

La asistenta pasa silenciosamente junto a nosotros y lleva la ensaladera al comedor.

—¿Cómo van las cosas con esta? —pregunto.

—Bien —responde mi mujer—. He tomado un poco de vino —se apresura a añadir—. Lo he usado para preparar los hígados de pollo. Y he probado un poco para asegurarme de que era bueno.

—¿Es bueno?

—Bastante bueno —dice sonriendo—. ¿Quieres?

—Tomaré *bourbon*.

—Y yo un poco más de vino.

—¿Los chicos, bien?

—Bien.

Parece que he empezado con buen pie y puede que esta velada en casa resulte agradable. Mi mujer está un poco a la defensiva (lo cual facilitará mucho las cosas). Los chicos (gracias a Dios) no me han venido con sus quejas y exigencias. Mi hija está en su cuarto,

hablando por teléfono. Mi hijo en el suyo mirando la televisión. (El televisor está con el volumen al máximo, y lo oigo). A ninguno de ellos le ha afectado mucho el hecho de que esté aquí, de que haya llegado papá (y me siento vagamente herido por su desapego. Un perro me habría recibido con más cariño). La asistenta sigue aparentemente subyugada y no revela indicios de una incipiente revuelta negra. (Le pagamos bien y la tratamos con cortesía y probablemente esté más cómoda con nosotros que nosotros con ella. Tener criadas no me resulta del todo cómodo). Derek no está cerca, gritando, lloriqueando ni tratando de hablar, y la enfermera (o institutriz) que tenemos para él no anda merodeando y mirándonos como si tuviéramos la culpa, como si hubiéramos *querido* que naciera así. (En realidad, su función no es cuidar ni enseñar, sino mantenerse fuera de nuestra vista y mantenerlo a él fuera de nuestra vista todo lo posible, a pesar de que no es un chico de aspecto desagradable o a quien no sea posible tener cerca cuando juega en silencio con algún libro para colorear o un chisme infantil). Me dejan en paz. Tengo el *whisky*. Mi mujer tiene el vino.

—¿Qué has hecho hoy? —pregunto de forma rutinaria (antes de que ella me lo pregunte a mí).

—Nada —replica encogiéndose de hombros, confesión de fracaso, admisión culpable de que ha desperdiciado un día más—. Quedarme en casa. Hacer compras. Descansar. Dormir.

—¿Ha venido alguien?

—No.

Si dice la verdad, me alegro, porque significa que ha estado bebiendo solo vino, y probablemente no más de unos sorbos por vez, pues beber demasiado vino le sienta mal. Creo que *está* diciendo la verdad, porque no creo que mi mujer haya aprendido a mentirme todavía. (Mi mujer no sabe flirtear y tampoco mentirme). Cuando quiere ocultar algo, se lo calla, confiando en que no le haga preguntas. (Si le pregunto, siempre me lo dice. No le gusta mentir). Yo colaboro intentando no sonsacarle nada cuando tiene un secreto que no quiere revelar. Trato de mantenerme al margen de lo que sea que sospecho que quiere ocultar. Sospecho que ella hace lo mismo conmigo. (Creo que sabe mucho más de lo que deja entrever). La mayor parte de nuestras conversaciones, por lo tanto, no versan sobre nada en particular, y a menudo son forzadas.

—Te veré luego —le digo, y paso por detrás de ella con el *whisky en la mano*—. Voy a leer el correo.

Mi mujer asiente. Le doy una palmadita en el trasero al pasar. Se muestra contenta, agradecida, y aprieta el trasero sin faja contra mi

mano con una sonrisa algo lasciva y alcohólica.

—¿Más tarde? —me dice—. Espero que tengas ganas.

—Ya me conoces —le digo riendo.

Lamento verla en este estado. (Antes no era así). Quizá ya no la quiera, pero hace mucho que la conozco, y no me sale gritar «Olé». Siento que mi mujer beba durante la tarde y tal vez tome uno o dos tragos por la mañana. Trato de no decirle nada. Sería humillarla, y no quiero que piense que yo sería capaz de maltratarla también por esa causa. Por lo general, recurre a alguna forma despreocupada de informarme de que ha bebido alguna cosita esa tarde. Ha salido con su hermana, o con la mujer de alguien, a almorzar o a buscar una tela, y ha tomado un cóctel o un *whisky* doble antes de volver a casa, o bien, como ocurre ahora, ha cocinado algo con vino. A veces tiene intención de decírmelo, pero espera demasiado y no me lo dice, y me quedo con la sensación de que está temblando por dentro, preguntándose si me he dado cuenta y se lo reprocharé. (Mi mujer me tiene miedo; no deseo especialmente inspirarle eso, pero facilita las cosas). A veces me da pena.

Nunca se ha emborrachado durante el día (se emborracha, en cambio, en las fiestas y se divierte mucho, aunque nunca en las fiestas que damos nosotros. Mi mujer es un ama de casa extraordinaria) y nuestros hijos nunca han mencionado el hecho de que beba en casa durante el día, de manera que seguramente ella hace lo posible para que no lo noten. Recuerdo que antes no bebía nada. Recuerdo que nunca flirteaba. (Tampoco decía palabrotas). Y sigue siendo religiosa. Va a la iglesia casi todos los domingos e intenta que los demás la acompañemos. (Nosotros no queremos ir. De vez en cuando vamos, cuando decido que no nos cuesta nada y que le debemos muchos favores. El pastor que tenemos ahora no acaba de convencerle, tampoco a mí).

Mi mujer está aprendiendo a decir palabrotas (de la forma poco espontánea en que otras mujeres empiezan a pintar a una edad madura, o bien se inscriben en cursos para adultos de psicología, arte, historia o de Jean-Paul Sartre). No es que se le dé muy bien. Sus blasfemias resultan demasiado enfáticas, si bien sus «Qué mierda» suenan auténticos. En comparación con los hombres y mujeres de nuestro círculo social, la hastiada indiferencia que muestra ante la obscenidad no resulta convincente. Mi hija de quince años ya suelta tacos con más soltura que mi mujer. Mi hija usa con total libertad un lenguaje obsceno en nuestra presencia, a fin de impresionarnos con su inteligencia. A menudo lo dirige directamente a *nosotros* (en especial a mi mujer), para ver hasta dónde se le permitirá llegar. (Yo *no* le

permito ir muy lejos). Y noto que mi hijo está reuniendo valor para soltar en casa un par de tacos a ver qué pasa. (No está seguro de lo que significa «joder», aunque sabe que es una palabrota. Antes pensaba que servía solo para describir el acto sexual, hasta que le expliqué que habitualmente se usa en otros sentidos).

Me resulta doloroso recordar cómo era mi mujer, saber la clase de persona que era y que habría deseado seguir siendo y ver lo que está ocurriéndole ahora, así como me resulta doloroso presenciar el deterioro de cualquier ser humano al que he querido (o que haya estado próximo a mí), incluso de relaciones casuales o de completos extraños. (Una persona espástica me afecta profundamente y alguien que sufra algún tipo de parálisis facial, o de un miembro, puede llegar a inmovilizarme de repugnancia. Siento ganas de mirar hacia otro lado. Me molestan los ciegos cuando los veo por la calle, me enojo con ellos porque son ciegos y corren peligro allí solos y busco desesperadamente a alguien que se les acerque, antes de que yo tenga que ayudarlos a cruzar la calle o bien guiarlos para eludir el inesperado obstáculo en la acera capaz de provocarles de pronto una confusión lastimosa. Siempre intento evitar todas esas miserias humanas. Me niego a aceptar tales realidades. Las arrojo a lo más profundo de mi subconsciente y me siento encima de ellas con todas mis fuerzas. Que surja todo más tarde en mis pesadillas, si es necesario. En cualquier caso, las olvido tan pronto como me despierto). Martha la dactilógrafa, esa muchacha joven y fea de la oficina que tiene mal cutis y está perdiendo la razón, me es totalmente extraña y ya estaba bastante avanzado su proceso de demencia cuando nos la mandaron de la sección de Personal (para terminar de enloquecer con nosotros). No soy responsable. No la conozco. No conozco a su madre, que está en Iowa y que volvió a casarse y no quiere acogerla en su casa, ni a su padre (si acaso lo tiene) ni a nadie más entre las muchas personas de este mundo que tendrían que estar cerca de ella. Con todo, si me lo permitiera, podría destrozarme el corazón el pensar que está volviéndose loca. No le digo nada de lo que siento (o podría sentir). Pero siempre le hablo con amabilidad. Mi actitud es poco exigente. Procuro que no advierta que no me importa nada lo que le sucede (podría recurrir a mí para que la ayude, si supiera que sé algo) y me esfuerzo por no dejar que me importe. Trato de que no vea que lo sé. (Puede que ella misma no lo sepa aún). Seguramente sería muy alarmante para ella enterarse de que todo el mundo a su alrededor sabemos que está volviéndose loca.

Así pues, no le digo nada a Martha, y tampoco a mi mujer, por esa misma mezcla grosera de compasión y egoísmo, sobre su costumbre de

beber y flirtear y decir palabrotas, de la misma manera que no le dije nada a mi madre cuando sufrió su primer ataque cerebral y no les digo nada a todos los conocidos en quienes comienzo a percibir los primeros signos de decadencia física irreversible y de inminente enfermedad y muerte. (Borro rápidamente a toda esta gente. Se convierten en archivos muertos en mi sistema de ficheros, mucho antes de desaparecer, ante los primeros indicios de que comienzan a irse). No le digo nada a nadie sobre algo malo, una vez que veo que es ya demasiado tarde para actuar. No le dije nada a mi madre sobre su derrame, a pesar de estar con ella cuando ocurrió y de haber sido yo quien, finalmente, tuvo que llamar por teléfono al médico. No quería que se enterase de que sufría un derrame cerebral. Y cuando lo supo, no quise que se enterara de que yo lo sabía.

Fingí no notarlo cuando de pronto la lengua empezó a chascar contra el paladar durante una de mis visitas semanales al apartamento donde vivía sola. Siguió sonando la misma sílaba quebrada, el mismo tartamudeo gutural. Disimulé mi sorpresa y oculté mi preocupación. Mi madre se interrumpió, aquella primera vez, con una expresión perpleja, casi ambigua; sonrió levemente, como disculpándose, y de nuevo intentó acabar lo que había comenzado a decirme. Sucedió lo mismo. Sucedió la siguiente vez que lo intentó. Y la siguiente. Con el intento siguiente ya no se esforzó tanto. Parecía saber de antemano que era inútil, que era demasiado tarde. Aparte de eso no se encontraba mal. No obstante, asintió con la cabeza cuando le propuse llamar al médico. Y mientras yo hablaba, la pobre vieja se sentó y cedió a su debilidad con un encogimiento de hombros, lleno de perplejidad y mortificación, y con los ojos empañados de lágrimas. (Estaba asustada. Y, además, avergonzada).

Más tarde, el doctor explicó con gran paciencia que probablemente no se trataba de un trombo, sino de un espasmo («Los llamados ataques no existen —dijo—. Existen solamente las hemorragias, los trombos y los espasmos») en algún vaso cerebral muy pequeño. (De haber sido el vaso sanguíneo algo más grande, habría sufrido además hemiplejía y quizá pérdida de la memoria). Sea como fuere, mi madre nunca volvió a hablar, aunque se olvidaba y seguía intentándolo (por costumbre, supongo, más que porque tuviera esperanzas de lograrlo), hasta el segundo de su serie de espasmos (o ataques), y entonces dejó de intentarlo. La visitaba periódicamente en la residencia (donde no quería estar). Yo era el único que hablaba, mientras ella escuchaba y hacía gestos para pedir lo que necesitaba, o bien se levantaba de su silla o de la cama (hasta que ya no pudo levantarse) para buscarlas ella misma. A veces anotaba algo que necesitaba en un pedazo de

papel. Nunca le mencioné el ataque, ni aludí a ninguno de los crecientes achaques que la asediaban implacablemente (artritis, en particular, y una apatía física y mental generalizada) cuando me sentaba junto a su cama durante mis visitas y le hablaba de temas gratos, pero me quedaba pronto sin nada que contar sobre mi mujer, mis hijos o mi trabajo, temas que, según creía, podían resultarle gratos. Nunca se enteró de que Derek había nacido con un grave daño cerebral, aunque supo, en cambio, que había nacido. Siempre le dije que estaba muy bien. (Siempre le decía que todo el mundo estaba muy bien). Por nuestra parte, no nos enteramos de lo de Derek hasta que tuvo unos pocos años, y para entonces era demasiado tarde. Ya lo habíamos tenido. Él ya había sucedido. (Ahora quisiera haberme deshecho de él, aunque no me atrevo a decirlo. Sospecho que todos en la familia deseamos lo mismo. Salvo, posiblemente, mi otro hijo, quien debe de pensar que si nos deshacemos de Derek, también podríamos deshacernos de él, y ya está secretamente preocupado de que tengamos esas intenciones secretas. Mi hijo observa y absorbe todo lo que tiene que ver con nosotros y con Derek, como a la espera de ver cómo nos deshacemos por fin de él, algo que, como él intuye, tarde o temprano nos veremos obligados a hacer).

Las conversaciones con mi madre, como mis visitas, no le servían para nada. Al no mencionarlo, yo fingía, en consideración a mí mismo y a los demás (más a mí mismo que a los demás), que no estaba gravemente enferma en una residencia médica que detestaba, que no estaba inválida o que diariamente su estado no empeoraba. No quería que supiera, como sabía (y yo sabía que lo sabía), y lo sabía antes que yo, que estaba muriéndose lentamente, por etapas, sus órganos deteriorándose y sus facultades marchitándose una por una. Le llevaba comida (que al final, cuando su mente estaba ya completamente perdida y apenas recordaba quién era yo durante más de uno o dos minutos, asía con sus dedos huesudos y devoraba vorazmente en el papel de envolver mismo, como un animal hambriento, enjaulado, encogido y de cabello blanco… mi madre). Yo fingía que estaba perfectamente bien y no le decía nada de su estado, hasta que finalmente murió. No le servía para nada (salvo para llevarle comida), como tampoco le sirvo para nada ahora a nuestra dactilógrafa, que enloquece ante nuestros propios ojos, y como no le sirvo para nada a mi mujer, con su alcoholismo incipiente y sus flirteos y sus demás esfuerzos torpes por mostrarse llena de vitalidad y alegría. (Últimamente tengo visiones cuando estoy acostado solo en camas extrañas de hoteles o moteles, tratando de conciliar el sueño, de que me asaltan plagas de pulgas o chinches repugnantes que me pican y

contra las cuales soy totalmente impotente, porque me dan demasiado asco para soportarlas y a la vez no tengo otro lugar adonde ir). ¡*No quiero que mi mujer sepa nunca que bebe demasiado en las fiestas y a veces se porta muy mal con otra gente y da una impresión pésima cuando imagina, en cambio, que está dando una impresión excelente*! Si llegara a enterarse (si llegara a tener la menor sospecha de lo torpe y dominante que se vuelve a veces), este conocimiento la abrumaría (la destruiría) y ya está bastante hecha polvo.

En casa, durante el día, bebe solamente vino. Por la noche, antes o después de cenar, suele tomarse un *whisky* si yo lo tomo. Muchas noches no bebe nada. En realidad, no le gusta el sabor del *whisky* (aunque empieza a gustarle el sabor de los martinis y a disfrutar de su efecto rápido y benéfico, así como adormecedor y vivificante), y no sabe preparar cócteles. Actualmente, en las fiestas, bebe lo que le ofrecen en cuanto llegamos y trata de colocarse un poco lo más pronto posible. Luego sigue tomando la misma bebida el resto de la noche. Si las cosas han ido más o menos bien entre nosotros ese día y se siente protegida, se divierte de forma ruidosa, exuberante, comunicativa, conmigo y con todos, hasta que está borracha (si se emborracha), y a veces mareada y con ganas de vomitar, y en realidad no pasa nada, aunque recuerdo que antes era una muchacha tranquila, modesta, algo tímida, refinada, de una coquetería recatada, siempre prudente y bien educada.

Si las cosas no andan tan bien, si ese día no está contenta conmigo o con mi hija, o consigo misma, coquetea de forma agresiva. Generalmente ahuyenta al hombre (o a los hombres) con quien coquetea (casi nunca se quedan con ella el tiempo suficiente como para coquetear con ella a su vez) porque no sabe hacerlo. Su aproximación es amenazadora, su invitación a la seducción un ataque desafiante, y puede llegar a montar una escena si yo no intervengo a tiempo. Siempre tiende a acercarse a algún hombre con quien mi mujer se siente enteramente segura porque lo conoce bien (diría yo que en realidad flirtea sin ganas), y un hombre que parece estar divirtiéndose sin molestar a nadie. (Quizá parezca petulante). Me entristece mirarla; no quiero que le tomen manía otras personas.

Ella provoca al hombre de forma abierta, a veces en presencia de su mujer, con un comentario osado e insinuante, pasándole la mano pesadamente por la espalda, entre los omóplatos, si está de pie, o bien apretándole la parte interior del muslo si está sentado. Luego, como si él ya la hubiera rechazado, se vuelve impertinente, vengativa y desdeñosa, antes de que el hombre haya siquiera respondido. Con la mayor destreza y prontitud posible y antes de que las cosas empeoren,

acudo en su ayuda y la alejo de allí hábilmente con una ocurrencia y una sonrisa. Nunca la reprendo (aunque muchas veces me sienta furioso y avergonzado). Le sigo la corriente, la elogio, la halago. Quiero que esté satisfecha consigo misma. (No sé por qué).

—Estás celoso —me reprocha con aire desafiante, cuando la alejo.

—Exacto, muy celoso —le digo con una risa forzada y, a veces la toco con las manos de una forma íntima para persuadirla de que estoy celoso.

—Haces bien —me advierte con tono de triunfo.

Hemos tenido tiempos mejores, mi mujer y yo, que los de ahora, pero no creo que vuelvan.

La cena, dice mi mujer, estará lista muy pronto. Soy un hombre de natural expansivo (muchas veces, cuando estoy en casa con mi familia, querría estar en otra parte) y decido, magnánimamente, que esta noche (por lo menos) haré todo lo que pueda para que todos estén contentos.

—Hola —digo cuando aparecen mis hijos.

—¿Qué tal? —dice mi hija.

—¿Qué tal? —pregunta mi hijo.

—¿Qué pasa? —me dirijo a mi hija.

—Nada —dice ella.

—¿Por qué me miras?

—No te miro.

—Sí que me has mirado…

—Te he dicho hola, ¿no? —replica ella bajando la voz, maliciosa, y en un tono de despreocupada inocencia—. ¿Qué quieres que haga?

(Vaya mierda, me digo pesimista al notar que se me cae el alma a los pies, ¿qué mosca le ha picado ahora?).

—Si te pasa algo —insisto con tono paciente (sintiendo que me irrito)—, quisiera que me dijeras qué es.

Mi hija aprieta los dientes.

—No me pasa nada.

—Ya está la cena —dice mi mujer.

—No me gustará —anuncia mi hijo.

—¿Qué le pasa a esta chica? —pregunto a mi mujer en voz muy alta cuando pasamos juntos al comedor.

—Nada. No lo sé. Nunca lo sé. Sentémonos. Tratemos de no discutir esta noche. Veamos si somos capaces de terminar una comida sin que nadie grite ni discuta ni se enoje. No creo que sea tan difícil, ¿no?

—A mí me *encantaría* —dice mi hija, recalcando cada sílaba como para indicar que quizá no le encantaría a alguien (a mí). (Todavía no

me ha mirado directamente).

—Por mí no hay inconveniente —digo.

—No me gustará, te digo —insiste mi hijo.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Quiero dos salchichas.

—Al menos podrías probarlo —le dice mi mujer.

—¿Qué? —pregunta mi hija.

—No puedes seguir comiendo salchichas toda la vida.

—Si quieres salchichas, comerás salchichas —le prometo a mi hijo —. ¿Contento?

—Sí.

—¿Estamos de acuerdo? —pregunto a mi mujer—. ¿No vamos a discutir?

—Muy bien.

—Amén —añado con alivio.

—¿Qué quiere decir? —me pregunta mi hijo.

—Olé —respondo ambiguamente.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Vale. ¿Lo has entendido?

—¿Desde cuándo? —interviene mi hija.

—Olé —repite mi hijo.

—No, no quiere decir lo mismo —dice mi hija con su voz baja, hastiada, monótona, sin mirarme, empeñada (lo sé) en seguir discutiendo—. *Olé* no quiere decir «vale».

—Si estuvieras de mejor humor —le digo en tono de broma—, te amenazaría con retorcerte el cuello por decir eso.

—Estoy de muy buen humor —replica—. ¿Por qué no me amenazas con retorcerme el cuello de todos modos?

—Porque no comprenderías que hablo en broma y pensarías, seguramente, que de verdad pensaba hacerte daño.

—Ja, ja.

—¿No podemos comer por una vez en paz? —suplica mi mujer—. No puede ser tan difícil comer por una vez juntos y en paz. ¿O es imposible?

(*Yo* aprieto los dientes).

—Sería mucho más fácil —le digo amablemente—, si no dijeras eso tantas veces.

—Perdón —comenta mi mujer—, perdón por respirar.

—¡Me cago en Dios!

—Muy bien —dice mi mujer—. Ahora blasfema.

—No lo he dicho en ese sentido —le digo secamente (miento, desde luego, porque lo que quería era exactamente eso, blasfemar)—.

Te lo aseguro. Oye, hemos dicho que no discutiríamos esta noche, ¿no?

—Por lo menos yo sí lo he dicho —dice mi hija.

—Entonces no discutamos. ¿De acuerdo?

—Siempre que no grites —contesta mi hija.

—Olé —interviene mi hijo, y todos sonreímos.

(Por lo menos nos hemos puesto de acuerdo en algo). Ahora que estamos de acuerdo en calmarnos, todos estamos muy tensos. (Y ahora lamento estar aquí, aunque disfruto de estar con mi hijo. Pienso en tres chicas que me gustan mucho y a las que conozco desde hace tiempo, Penny, Jill y Rosemary, con las que preferiría estar, y en la otra chica joven de nuestro Departamento de Arte, Jane, quien, apuesto, aceptaría salir a cenar y a beber conmigo, de haberme tomado el trabajo de proponérselo). Nadie de los que estamos en este comedor parece estar dispuesto a arriesgar un comentario.

—¿Bendecimos la mesa? —digo jocosamente, en un esfuerzo por aliviar la tensión.

—Bendigo la mesa —dice mi hijo sin vacilar.

Este es un viejo chiste familiar que hace gracia solo a mi hijo. Los labios de mi hija se tuercen en una mueca de desdén. Mantiene la expresión el tiempo suficiente como para que yo la advierta. Finjo no haberme enterado. Trato de que no me afecte (sé que a menudo mi hija me encuentra infantil y eso *sí* me influye. Siento ahora un amargo impulso de hacerle recriminarla, de gritarle, de darle una bofetada, de propinarle un fuerte puntapié en la pantorrilla por debajo de la mesa. Con frecuencia tengo impulsos de golpear a los miembros de mi familia, incluso a mis hijos, cuando siento que me insultan o se aprovechan de mí. A veces, cuando veo a alguno haciendo algo que no debe hacer, o bien cometiendo un error por el cual estaría justificado culparlos, no intervengo para ayudarlos ni corregirlos, sino que me contengo, disfrutando de ello, para observar y esperar, como quien observa desde lejos una escena cruel que se desarrolla en algún sueño extraño, y aprovecho verdaderamente la oportunidad que veo llegar, que me permitirá criticarlos, reprenderlos y exigir explicaciones y disculpas. Es como mirarlos retroceder peligrosamente hacia una ventana abierta o hacia el borde de un precipicio sin gritarles una advertencia para que se salven de algún daño o de la muerte. Es una perversidad y trato de vencerla. Existe un animal rastrero en alguna parte dentro de mí que intento mantener oculto, pero lucha por salir, y no sé qué es, ni a quién quiere destruir. Sé que está cubierto de verrugas. Podría ser yo mismo. También podría querer destruirme a mí) y, sonriendo plácidamente para disimular mi enojo, digo:

—Pásame el pan, cariño, ¿quieres?

Mi hija me lo pasa.

Mi mujer se sienta frente a mí en la cabecera (o bien al pie) de la mesa, mi hijo a mi izquierda y mi hija a mi derecha. La sirvienta va de un lado a otro sin hablar, trayendo fuentes de comida de la cocina. *Mi* mujer sirve grandes raciones en cada plato y los pasa. Estamos callados. Ya no nos sentimos con libertad de conversar desinhibidos en presencia de nuestras criadas de color. (Ni siquiera sé cómo se llama esta. Últimamente no duran mucho en nuestra casa).

—Está muy buena la ensalada, Sarah —le dice mi mujer.

—La he hecho como usted me dijo.

No me siento cómodo cuando las sirvientas nos sirven en la mesa uno por uno (ni tampoco los chicos), y por ello no lo permito (aun cuando sospecho que mi mujer preferiría esta forma de servir, como se hacía en su familia cuando era pequeña y como siguen haciéndolo en las buenas familias de clase media en la televisión o las películas, y como ella supone que lo hacen en Buckingham Palace y en la Casa Blanca). No me siento cómodo cuando me sirven las criadas en *ninguna parte*, y menos aún en casa ajena (donde nunca sé cuánta comida debo ponerme en el plato, siempre tengo dificultad para manejar de lado las cucharas y los tenedores de servir y noto una ansiedad constante de que pueda golpear las fuentes de carne y legumbres con el hombro o con el codo y que caigan al suelo. Por supuesto, esto no ha sucedido nunca… hasta ahora). Sufro el mismo malestar cuando son blancos (los sirvientes, quiero decir, no los amigos. No tengo amigos negros, y probablemente nunca los tendré, aunque hoy veo cada día a más chicas negras bonitas que me abren el apetito. A estas alturas creo que están todas fuera de mi alcance, a menos que sean cubanas o puertorriqueñas).

—Creo que está bueno —dice mi mujer—. Espero que esté bueno.

—No me gustará —repite mi hijo.

—Basta —le digo.

—Vale.

Cede con rapidez. No puede soportar que me muestre descontento con él.

—¿Qué es? —pregunta mi hija.

—Hígados de pollo con fideos y esa salsa de vino que tanto os gusta con carne. Creo que te gustará.

—A mí no —murmura mi hijo.

—¿Quieres probarlo por lo menos?

—No me gusta el hígado.

—No es hígado. Es pollo.

—Es hígado de pollo.

—Pruébalo, por favor.

—Lo probaré —dice—, y después que me traigan mis salchichas.

—¿Me sirves a mí?

Mi mujer y yo observamos, conteniendo el aliento, mientras mi hija escarba solemne, casi lúgubremente, la comida con el tenedor y por fin se lleva un pequeño trozo a la boca.

—Está bueno —dice con desgana, y empieza a comer.

Mi mujer y yo respiramos aliviados.

(Mi hija es alta y tiene sobrepeso. Tendría que ponerse a dieta, pero ocurre que mi mujer, que se lo recuerda constantemente, prepara platos como los fideos y sirve raciones grandes y seguramente mi hija querrá repetir).

—Exquisito —comento.

—¿Puedo comer salchichas?

—Sarah, prepare dos salchichas.

—¿Me volvéis a pasar el pan?

Le paso el pan a mi hija.

—Tengo buenas noticias —empiezo a decir, y todos me miran. Sigo rebosante de entusiasmo (y orgullo) a raíz de la conversación con Arthur Baron. En una oleada súbita de afecto y generosidad hacia ellos, hacia los tres (*son* mi familia y *les tengo* cariño), decido compartir mis sentimientos de júbilo—. Sí, creo que tengo buenas noticias que daros.

Los tres están mirándome con una curiosidad tan intensa que me siento obligado a hacer una pausa.

—¿Qué es? —pregunta uno de ellos.

—Pensándolo bien —digo vacilando—, puede que no sea tan importante. La verdad es que, ahora que vuelvo a pensar en ello, no tiene ninguna importancia. Ni siquiera es interesante.

—Entonces ¿por qué lo has dicho? —quiere saber mi hija.

—Para mortificaros —le digo bromeando.

—¿Qué diablos quiere decir eso? —pregunta mi hijo.

—¿Tienes una noticia o no? —pregunta mi mujer.

—Pues… puede que sí —respondo jovial— y puede que no.

—Quiere *vacilarnos* —informa mi hija a mi hijo, con tono de burla y disgusto.

(Otra vez mi hija me hace sentir tonto. Y otra vez tengo ese impulso violento, fugaz, despechado, de herirla, de herirla profundamente con una réplica cortante, de inclinarme sobre la mesa del comedor y pegarle con fuerza en la cara o en el cuello, de darle una buena patada en el tobillo o en la pantorrilla por debajo de la

mesa. Sin embargo no puedo hacer nada, salvo ignorarla y tratar de mantener mi máscara de buen humor paternal).

—Entonces ¿por qué no nos das la noticia? —pregunta mi mujer—. Ya que es tan buena.

—Os la daré —le digo—. Todo lo que quería decir —anuncio con una expresión que se vuelve abiertamente maliciosa y seductora mientras me detengo para untar un trozo de pan y comérmelo— es que tal vez tenga que volver a jugar al golf.

Se produce un silencio reflexivo, perplejo, casi rebelde, pues cada uno trata de descubrir antes que los otros qué es lo que me resisto a comunicarles con esta actitud bromista, aunque tenga la intención de hacerlo pronto.

—¿Golf? —repite mi hijo de nueve años, que aún no está seguro de qué clase de deporte es el golf ni de si es bueno o malo.

—Sí.

—¿Por qué golf? —pregunta mi mujer, sorprendida. (Sabe que detesto el golf).

—Golf —repito.

—Ni siquiera te gusta el golf.

—Odio el golf. Pero puede que tenga que jugar al golf.

—¿Por qué?

—¡Apuesto a que van a ascenderte! —adivina mi hija. (En muchos sentidos, es la más inteligente y compleja de todos).

—¿Te van a ascender? —pregunta mi mujer.

—Quizá.

—¿En qué puesto te pondrán?

La reacción de mi mujer es suspicaz, casi pesarosa. Sé que hace años que supone secretamente que anhelo un trabajo diferente que me permita ausentarme de casa con más frecuencia.

—Ventas.

—¿Ventas de qué? —pregunta mi hijo.

—Ventas de ventas.

Por un instante mi hijo se muestra perplejo, casi atontado por el acertijo de mi respuesta. Luego comprende que ha sido un chiste y suelta una carcajada. Los ojos le brillan y el rostro se le ilumina de alegría. (Todo el mundo quiere a mi hijo).

—¿Lo dices en serio? —insiste mi mujer observándome. Todavía no sabe si alegrarse o no.

—Sí.

—¿Tendrás que viajar más de lo que viajas ahora?

—No. Probablemente menos.

—¿Ganarás más? —pregunta mi hija.

—Sí. Seguramente mucho más.
—¿Seremos ricos?
—No.
—¿Seremos ricos algún día?
—No.
—No quiero que tengas que viajar más —se queja mi hijo.
—No *voy* a viajar más —le repito con un deje de fastidio—. Viajaré *menos*.
(Empiezo a lamentar haber sacado el tema. Las preguntas son demasiado rápidas; noto esfumarse mi autosatisfacción y que un ejército de irritación se moviliza tan velozmente que no me da tiempo de seguirlo y controlarlo. Ya estoy respondiendo con mi ligero tartamudeo).
—¿Otra vez estás hablando solo? —Mi hijo no puede resistir la tentación de provocarme con aire travieso.
—No estoy hablando solo —declaro con firmeza.
—Sí, estabas hablando solo —murmura mi hija.
—Como el año pasado —insiste mi hijo.
—No estaba hablando solo —repito levantando la voz—. Estaba practicando un discurso.
—Lo practicabas hablando solo —señala mi hijo.
—¿Te dejarán pronunciar un discurso este año? —pregunta mi hija —. ¿En la convención de la compañía?
—Sin duda —contesto sonriendo.
—¿Un discurso largo?
—Sí, sí, sin duda. Yo diría que este año en la compañía me dejarán pronunciar un discurso tan largo como quiera.
—¿Vas a trabajar con Andy Kagle? —pregunta mi mujer.
Durante unos segundos no digo nada.
—Algo parecido —tartamudeo al fin evasivamente. (El juego de adivinanzas deja de divertirles y ahora lamento de veras haberlo iniciado). Me río, nervioso—. Todavía no hay nada concreto. Y falta mucho. Tal vez no tendría que haber dicho nada.
—Me alegro de que vayas a trabajar para Andy Kagle —afirma mi mujer—. No me gusta Green.
—No he dicho que trabajaría para Andy Kagle.
—No confío en Green.
—¿Me escuchas o qué?
—¿Por qué me hablas así?
—No quiero que seas vendedor —exclama de pronto mi hija con inesperada emoción, al borde de las lágrimas—. No quiero que tengas que visitar a los padres de otros chicos y rogarles que te compren

cosas.

—No voy a ser vendedor —le aclaro con impaciencia—. Vamos, ¿por qué no dejamos de hablar de esto? Todavía no tengo el puesto. Y ni siquiera estoy seguro de que me lo den. Y tampoco de si lo aceptaré.

—No tienes por qué gritarle —dice mi mujer.

—No estoy gritando.

—Sí, estás gritando —dice—. ¿No te oyes?

—Perdón por haber gritado.

—Y tampoco tienes por qué hablarnos mal.

—Os pido perdón por hablaros mal.

Mi mujer esta vez tiene razón. Sin darme cuenta he pasado del engreimiento optimista al mal humor, y sin ser consciente de ello, he elevado la voz y he vuelto a gritarles. Ahora todos nos hemos quedado callados. Los chicos miran al suelo. Aparentemente tienen miedo hasta de moverse. Yo me siento culpable. Me duele la frente (de tensión. Me amenaza otro dolor de cabeza). Me he quedado petrificado de la vergüenza. Me siento muy impotente e inseguro. Quisiera que alguien dijese algo que me diera la entrada, que me señalara qué camino seguir hacia una fácil disculpa. (Me siento perdido). Nadie dirá nada.

Se me ocurre una idea y me lanzo. Bruscamente, me vuelvo hacia mi hijo, agito el índice para señalarlo y le pregunto:

—¿Estás enfadado o contento?

—¡Contento! —exclama él riendo, encantado al ver que vuelvo a bromear y ya no estoy airado.

Miro a mi hija y la señalo con el índice.

—¿Enfadada o contenta? —le pregunto sonriendo.

—Por favor, papá —responde—. Cada vez que nos haces sufrir a uno u otro intentas salir del paso portándote como un crío.

—Mierda —digo en voz baja, resentido por su rechazo.

—¿Tienes que hablar así delante de los chicos? —pregunta mi mujer.

—Ellos hablan así delante de nosotros —señalo. Me dirijo a mi hija —: Di «mierda».

—Mierda —obedece.

—Di «mierda» —le pido a mi hijo, que está a punto de llorar.

(Extendería la mano instintivamente para consolarlo y tranquilizarlo y revolverle el pelo sedoso y rubio. Quiero muchísimo a mi hijo, en cambio no estoy seguro de lo que siento por mi hija).

—Perdóname —le digo rápidamente. (Tengo esta aprensión vergonzosa, chocante, de que si llegara a extender la mano para consolarlo, me esquivaría por acto reflejo, como si temiera que yo

fuera a golpearlo. Rechazo la idea, porque me duele). Me vuelvo hacia mi hija—. Perdóname —le digo gravemente—. Tienes razón y lo siento. Es verdad que me porto como un crío. —Y ahora soy yo quien tiene la vista baja—. Creo que me tomaré otro trago —les explico con tono de disculpa mientras me levanto—. No quiero comer más. Seguid comiendo. Os esperaré en la sala de estar. Lo siento mucho.

Siguen comiendo cuando yo me voy, hablando en voz baja.

Sé que les hago esas cosas, incluso cuando no tengo intención de hacerlas. Pero no puedo admitirlo ante mi mujer ni ante mis hijos. Mi mujer no lo comprendería. En realidad, no puedo decirle a mi mujer: «Lo siento». Creería que estoy disculpándome. Mi mujer y yo ya no podemos conversar de las mismas cosas. Pero a veces lo olvido, y lo intento. Ya no estamos tan unidos como para mantener un diálogo sincero (aunque sí estamos lo bastante unidos como para tener relaciones sexuales frecuentes). Seguramente respondería con alguna frase tan vacía, frustrante e irritante como «Deberías comportarte», o «No deberías hablarnos mal», o «No tienes que gritarme así». Como si el hablarle mal, o el que ella me hable mal a mí (también ella me habla mal), fuera el problema. Diría exactamente algo como esto. Y yo me quedaría paralizado otra vez, como si me hubieran dado una bofetada. Me quedaría atónito. Volvería a sentirme arrinconado y abandonado y me hundiría nuevamente en la seguridad de esa ola espesa y sombría de melancolía opaca. Me sentiría solo y una vez más me enfrentaría al hecho de que no tengo a nadie en el mundo en quien pueda confiar, ni a quien recurrir en busca de ayuda. Extrañaría a mi madre (¿o a mi padre?) y a mi hermano mayor muerto y volvería a soñar con un nuevo empleo en otra compañía que me alejase de mi casa más a menudo. Cualquier día nos bombardearán y yo gritaré: «¡El cielo cae sobre nuestras cabezas! ¡Están arrojando bombas! ¡Todo está ardiendo! ¡Es el fin del mundo!». Y mi mujer me dirá: «No tienes que levantarme la voz».

¿Qué nos ha pasado? Algo ha pasado. Alguna vez yo fui un muchacho y ella una muchacha; éramos dos seres nuevos. Ahora somos marido y mujer, y ya nada resulta nuevo; todo resulta viejo. Creo que antes nos gustábamos el uno al otro. Creo que nos divertíamos. Al menos lo veo así ahora, a pesar de que siempre estábamos luchando por una cosa u otra. Yo siempre estaba luchando por quitarle la ropa y ella por seguir con la ropa puesta. Recuerdo cosas como esa. Recuerdo las muchas veces que tuve que levantarle el vestido y bajarle las bragas porque no quería que hiciéramos el amor al descubierto, ni tampoco a cubierto, si sospechaba que podía haber alguien cerca, en la misma casa o apartamento, en el cuarto contiguo (¡hasta en los hoteles! Se quedaba

petrificada si oía moverse a alguien en el cuarto de al lado), en el apartamento contiguo, ¡en la casa contigua! Recuerdo cómo le quitaba la blusa en cualquier parte, para llegar al sujetador y a sus pechos. (Los sujetadores de color celeste pálido me excitan, incluso ahora, más que los negros. Son los que ella usaba). Ella siempre tenía miedo de que nos sorprendieran. No me importaba (aunque sí me habría importado si nos hubiera sorprendido alguien). Yo siempre le desabrochaba los pantalones o le arrancaba el traje de baño o los shorts de tenis y los arrojaba lejos a mis espaldas para lanzarme sobre ella con la mayor rapidez posible, cada vez que tenía la oportunidad. Entonces era un chico apasionado. No me importaba si ella disfrutaba o no, mientras yo disfrutara. No paraba de intentar tirármela. En aquella época pasábamos mucho tiempo con sus padres y su hermana menor, y tan pronto como salían, la agarraba y trataba de echar un polvo antes de que volvieran. En el campo o en la playa, durante el verano, cuando oscurecía la atraía fuera de la casa alquilada y se lo hacía en el porche, o en el suelo, o en la arena (aunque no me gustaba llenarme la ropa y el pelo de arena… y a ella no le gustaba el suelo, porque le dolía el trasero y le salían moretones). Siempre estaba desabrochándole los botones y la cremallera y aferrando y forzando los broches y los elásticos de su ropa interior. Estaba completamente loco por ella cuando ella era una chica y yo un chico, del todo trastornado por mi lujuria volcánica. Siempre estaba caliente y empalmado. Quería correrme, correrme, correrme. No la advertía, ni le daba tiempo para pensar, o conversar, o prepararse, o encontrar excusas para posponerlo, y a menudo no comprendía del todo lo que le estaba ocurriendo, hasta que yo la tenía medio desnuda y estaba sobre ella ardiendo, ciego y sordo a sus objeciones y temores y ya era demasiado tarde para detenerme. (A veces tramaba cómo la tomaría durante toda la cena familiar, planeando dónde y cómo saltaría sobre ella en el momento propicio y eligiendo la forma en que la poseería esa vez). Dondequiera que fuese, la acorralaba, la agarraba y por fin la subyugaba (cuando ocurría en cualquier lugar fuera de la puerta cerrada con llave de nuestro propio dormitorio; con frecuencia sucedía detrás mismo de la puerta cerrada de nuestro dormitorio), ella se tendía y palpitaba, sumisa debajo de mí, los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes de alarma, volviéndolos de un lado hacia otro, desesperada, para asegurarse de que nadie veía, escuchaba ni se acercaba. (Ahora creo que probablemente yo gozaba de su terror y de mi propia violencia). No me importaba que tuviese los ojos abiertos y mirara a todas partes ni que las emociones más intensas que sufría no fuesen las de la pasión ni las que le despertaba mi persona, siempre

que pudiera tenerla cuando lo deseaba y obtener lo que *yo* quería. De hecho, ese sentido picante, triunfal, de peligro frenético, esa capacidad de dominar en lugar de simplemente persuadir, puede haber añadido algo, y a menudo quisiera estar hoy impulsado por aquella misma mezcla desenfrenada de ardor ciego, prisa y tensión. (Estoy seguro de que debió de añadir mucho). Quizá sea esto lo que está ausente ahora. Actualmente me acuesto con muchachas tan jóvenes como era ella entonces, y mucho más ágiles, expertas y apasionadas, pero no hay esa riqueza de impulsividad y excitación, y por lo general no es, en definitiva, tan satisfactorio. (No hay resistencia). Ahora tengo más control y madurez y sé manipularlas y explotarlas con frialdad y destreza, pero no es, ni mucho menos, tan maravilloso como era con ella, y la extraño mucho y la quiero a ella y a mí con toda el alma cuando recuerdo cómo eran las cosas entonces. Ahora tengo dormitorios grandes con camas grandes y toda la intimidad y el tiempo que quiero. Las muchachas tienen sus propios apartamentos o yo cuento con el de Red Parker en esta ciudad, además de apartamentos y habitaciones en hoteles cuando voy de viaje de negocios a otras ciudades. Aun así, ahora todo es insulso, previsible y prosaico, incluso con las mujeres con quienes estoy por primera vez (y muchas veces me pregunto, aun en los momentos en que estoy haciéndolo, por qué me molesto. En cuanto entro empiezo a pensar en salir. Tan pronto como me corro quiero largarme).

—Vayamos al dormitorio —digo (o bien dicen ellas).

—Muy bien.

Pienso que era mucho mejor como lo hacíamos mi mujer y yo cuando éramos más jóvenes. «Date prisa, date prisa», me instaba, rogaba, gemía, jadeaba, imploraba, suplicaba frenéticamente mientras se agitaba en mis brazos, haciendo cuanto se le ocurría para ayudarme a llegar al final antes de que nos descubrieran. Y yo trabajaba laboriosamente sobre ella, sonriendo a veces cuando no podía verme, y me lo pasaba en grande.

Así nos divertíamos en esa época. Era divertido entonces (más para mí que para ella) y es divertido ahora cuando lo recordamos los dos y nos reímos al recordarlo (cuando nos reímos). A menudo recordamos con afecto los momentos y situaciones locas en que yo la ponía. A mi mujer le gusta volver la vista atrás más aún que a mí y tiene mejor memoria para las ocasiones concretas.

(—¿Recuerdas aquella vez en el cobertizo de las barcas cuando mi padre…?

—Y tu hermana había estado haciéndolo todo el verano…

—Parece que tengas envidia.

—Seguramente obtenía mucho más que yo.
—No tenías queja.
—Sí la tuve cuando descubrí lo de ella.
—¿La deseabas?
—Solo cuando me enteré.
—¿La deseas ahora?
—Estás loca. Ahora es una bruja reaccionaria.
—Nunca le dices nada sobre…
—Casi nunca hablo con ella.
—¿Recuerdas aquella vez en el lago dentro del bote?
—¡Claro!).

Recuerdo la vez que intenté hacérselo en el suelo de un bote de remos en medio del lago. (Recuerdo a la difunta Virginia, de mi antigua compañía de seguros contra accidentes de automóviles, y me digo que ahora también podría hacerlo en una canoa con una chica despreocupada como «Virgen para abreviar», pero no creo que hoy día tuviera ganas, con la edad que tengo, de hacerlo en una canoa). Le hice casi de todo aquel día, mientras ella se removía inquieta y me besaba y se resistía y me abrazaba y se preocupaba en el suelo de aquel bote, pero cuando llegó el momento de desnudarnos, de quitarle la ropa a ella y de bajarme los pantalones yo, estaba tan aterrorizada de que pudieran vernos desde las ventanas de las casas a lo largo de la costa que casi se puso a llorar y me obligó a detenerme. Entonces remé furiosamente hacia una pequeña isla un poco más lejos (creo que ese día debí de superar todos los récords de velocidad en remo) y me la tiré en el suelo justo donde empezaba el bosque. Movía la cabeza de un lado a otro, los ojos muy abiertos y brillantes de angustia y temor, a la vez que me imploraba con desesperación que me detuviera o que me apresurara para terminar antes de que se acercara alguien entre los árboles y nos sorprendiera. Entonces ya estábamos casados.

Era divertido, a pesar de que más de una vez discutíamos amargamente por ello. Mi mujer lloraba y yo me enfurecía cada vez que no conseguía imponerme en nuestra relación sexual, así como en todo lo demás. (Me ofendía fácilmente). Siempre tenía ganas de tirármela, en cualquier parte. Hoy los dos nos alegramos de que fuera así. En aquella época siempre estaba bajándole los tirantes de los vestidos o los jerséis o desabrochándole las blusas, buscando sus senos y sus labios como un hambriento, presa de aquella apetencia dolorosa, compulsiva, que me llenaba el corazón, la cabeza, la boca, la garganta y las palmas de las manos. (Qué loco era, aun entonces). «Ahora no», solía decirme ella, o «¿Me quieres?», y yo respondía cualquier cosa, o nada, y la achuchaba y la forzaba. Entonces hacía falta muy poco para

excitarme, por lo general nada más que verla o simplemente pensar, cuando no estaba con ella, que pronto la vería. (*Entonces* sí que sabía lo que significaba estar cachondo). Cuando estábamos a cubierto y a solas, y sabíamos que disponíamos de mucho tiempo, era capaz de actuar diferente y ella también. Pero había muchas veces en que no podíamos estar a solas. El problema en aquella época era también que a mi mujer no le gustaba hacer el amor al aire libre. No le gustaba fornicar en los parques, ni en la playa, ni detrás de los matorrales, ni de pie junto a las paredes, las puertas o los árboles (en cambio a mí sí). No quería fornicar en el asiento trasero del coche (ni en el delantero) y siempre tenía que forzarla. (A menudo no había ningún lugar mejor y, aunque lo hubiese, normalmente yo no quería esperar). Mi mujer era una dama entonces, y me gustaba por esta cualidad (más de lo que me gusta ahora cuando bebe y flirtea, o levanta la voz cuando se divierte en las fiestas y comidas). Pero a mí también me gustaba echar un polvo. Hubo un verano entero junto al lago en que ella no quiso hacer el amor en absoluto, porque compartíamos la casa con sus padres y su hermana y siempre había alguien cerca. Fue el verano, recuerdo, en que su hermana se quedó embarazada hacia el final y por poco no volvió locos a su madre y a su padre antes de acceder a abortar (no era que desease tener el bebé, sino que temía la intervención), aunque podría haberle sucedido lo mismo la primera semana de su regreso a la universidad. Mi mujer y yo ya estábamos casados y lo que resultaba evidente (por lo menos para mí) era que su hermanita menor se lo había pasado en grande todo el verano, mientras que yo había tenido muchas dificultades, lo cual me hizo preguntarme si no habría estado perdiendo el tiempo tratando de trajinarme a la hermana equivocada, mi mujer. En cuanto me enteré de lo de su hermana, tuve ganas de tirármela también a ella, a pesar de que no me gustaba.

Más tarde, cuando tuvimos nuestra propia casa, mi mujer nunca quería hacer el amor hasta asegurarse de que todos los chicos estaban profundamente dormidos, la puerta del dormitorio cerrada con llave y la puerta del apartamento cerrada con llave y cerrojo. (Dios sabe quién imaginaba que podría entrar sigilosamente y sorprendernos fornicando. ¿Ladrones?). Hubo un período muy largo, aun después de tener nuestra propia casa, durante el cual no quería hacerlo de día, incluso antes de que tuviéramos hijos, y aun cuando no hubiese nadie. (Ahora está dispuesta a hacerlo casi en cualquier lugar, a cualquier hora, especialmente cuando ha tomado uno o dos tragos). Necesitaba la oscuridad, incluso de noche. Quería estar oculta. Luces apagadas, persianas bajadas, puertas cerradas, incluso las de los armarios.

Prefería que no la mirase cuando se desnudaba y menos que la siguiese con los ojos cuando caminaba por el cuarto desnuda o estaba tendida en la cama. Muchas veces venía a acostarse con el camisón ya puesto, pues se había desvestido a solas en el cuarto de baño o en el vestidor, aun sabiendo que yo se lo quitaría de inmediato. Entonces, cuando las condiciones eran perfectas, una vez que se aseguraba de estar a salvo de cualquier interrupción y de que nadie podía espiarla, cuando todo estaba exactamente como a ella le gustaba, era capaz de ser una amante extraordinaria desde todo punto de vista, y más tarde se sentía orgullosa de los dos y seguía orgullosa hasta la siguiente ocasión. Y tampoco lo hacía mal en todas esas ocasiones en que yo tenía que forzarla e ir rápido (no tardó en aprender que cuanto más se esforzaba y colaboraba por darme lo que quería, más pronto terminaba todo), aunque nunca fue tan buena a los veintiocho años como la puta cubana de esta tarde. («¿Te gusta que te exciten?», susurró como una gata, y la imagino ronroneando otra vez. Desde luego que me gusta. Es posible que entonces nunca le diera a mi mujer tiempo suficiente para que me excitara, ni para que aprendiera a hacerlo).

Hoy mi mujer es mucho mejor. Hoy mi mujer es completamente distinta en esta cuestión del sexo, pero yo también lo soy. Se diría que hoy casi siempre está dispuesta y preparada para correr riesgos que incluso a mí me horrorizan. En general, adivino cuándo ha estado pensando en ello en el instante en que piso el umbral por la expresión osada, interrogante y decidida de sus ojos y por la sonrisa extraña, complacida, algo torcida. Sé que he acertado cuando compruebo que no lleva faja. (Esta noche no la lleva. Recuerdo cuando no la necesitaba y nunca la llevaba. Ahora rara vez sale a la calle sin ella, a pesar de que sigue sin necesitarla). Cuando tiene ganas, solo he de cogerla del codo o empujarla suavemente a un sofá o a una cama para tomarla cuando quiera y en cualquier lugar. O bien me persigue. Siempre tiene ganas cuando ha bebido (a menos que esté mareada), y actualmente bebe casi a diario. No tengo más que pasar cerca de ella en la cocina, cuando está guisando, o encontrármela por casualidad en uno de los pasillos de la casa, para que se apriete contra mí y esté lista para dejarse caer allí mismo (me ha obligado a hacérselo hasta en el suelo de la cocina), en la oscuridad o a plena luz del día. Ahora ella misma se levanta la falda y hurga con impaciencia en mis pantalones si no me apresuro a quitármelos. (No estoy seguro de que me guste hacerlo de ese modo, aunque sí me habría gustado antes, cuando éramos jóvenes, pero tampoco estoy tan seguro de esto. En realidad, no estoy seguro de querer que mi mujer sea tan lasciva y complaciente

como las prostitutas de Kagle o mis amigas, a la vez que sé que cuando no lo es estoy descontento con ella).

—¿De verdad tienes posibilidades de tener un puesto mejor? —me pregunta más tarde, cuando estamos arriba en el dormitorio.

—Eso creo.

—¿Mucho mejor?

—Muchísimo.

—¿Ganarás más?

—Muchísimo más.

—¡Estupendo! —comenta.

Y se arroja sobre mí sin poder contenerse, abriendo brazos y piernas y boca, y me aprisiona, con la puerta del dormitorio entornada y los chicos aún despiertos, naturalmente. Y soy yo quien logra apartarse y levantarse de la cama para echar la llave a la puerta y apagar la luz del techo.

—¡Qué mujer! —exclamo con admiración, después de un abrazo fuerte y prolongado durante el cual permanecemos prácticamente inmóviles.

—Fuiste tú —dice ella sin vacilar, con una risa jactanciosa y sentada a horcajadas sobre mí y meciéndose adelante y atrás—. Tú me volviste así.

Me cuesta creer que sea solo culpa mía.

MI HIJA NO ES FELIZ

Ninguno de nuestros dos hijos es feliz, cada uno de ellos a su manera, y supongo que la culpa también es mía (aunque no estoy seguro de saber cómo o por qué). No pienso ya en Derek como uno de mis hijos. Ni siquiera como mío. Trato de no pensar nunca en él. Esto resulta cada vez más fácil, aun en casa, cuando está con todos, haciendo ruido con algún juguete de bebé o emitiendo sonidos ininteligibles en su esfuerzo por hablar. Ahora no me gusta ya ni su nombre. Los chicos tampoco lo quieren. En realidad nadie lo quiere, ni las niñeras que contratamos y a quienes pagamos para que lo cuiden y para que finjan quererlo. Casi siempre son mujeres solteras, de cerca de cuarenta años o mayores. Son muy caras y en general fingen quererlo al principio. Durante las pocas semanas iniciales adoptan actitudes de adoración y de protección celosa, pero luego se vuelven negligentes, insolentes y nos lanzan miradas de reproche a todos. Nosotros nos volvemos desagradables con ellas. Se van. Se van por propia iniciativa, o bien las despedimos. Mi mujer y yo nos turnamos para decirles que se vayan. Yo comienzo a detestarlas tan pronto como las contratamos. Ellas no me quieren a mí. Odio y temo a la que tenemos actualmente, una mujer mayor que yo, supersticiosa, autoritaria y llena de prejuicios. Me recuerda a mistress Yerger. Me dan ganas de insultarla a gritos, para vengarme de las humillaciones que sufrí entonces de mistress Yerger. Cada mujer mayor a quien tengo miedo me recuerda a mistress Yerger. Cada mujer vieja y débil que veo me recuerda a mi madre. Cada muchacha que me hiere en mi orgullo me recuerda a mi hija. Nadie me recuerda a mi padre, lo cual me parece bien, ya que no me acuerdo de un padre a quien pueda recordarme otra persona. Salvo Arthur Baron. Diría que ante Arthur Baron me siento un poco como podría haberme sentido respecto a mi padre si este hubiera vivido más y hubiera sido más afectuoso conmigo. Espero que esta niñera se vaya pronto. Quiero librarme de ella. Si no se va pronto, mi mujer o yo tendremos que despedirla, lo cual nunca parece afectarles tanto como a nosotros, tanto como me afectaría si el despedido fuera yo. Al irse dejará tras de sí una situación temporal de melancolía y desorden. Saldré de viaje de negocios hasta que aparezca otra. Me

gusta siempre dejar que se ocupen de estas cosas mi mujer y su hermana. Su hermana maneja bien estas situaciones. Me gusta siempre estar fuera de la ciudad cuando tenemos que buscar a otra niñera, o bien mudarnos de casa. Me gusta siempre estar en otra parte cuando sucede algo desagradable. Estaremos contentos de habernos deshecho de ella cuando por fin se vaya. No obstante, hay que reemplazar a cada niñera que se va. Siempre tenemos que encontrar a otra. De lo contrario tendríamos que mandar a Derek a una institución para niños retrasados y nunca volveremos a verlo. Lo borraremos, lo tacharemos, lo archivaremos… aun cuando lo visitemos tres o cuatro veces el primer año, una o dos el segundo y, después, quizá nunca más. Nunca tendremos que volver a mirarlo. Lo alejaremos de nuestra vista, pensaremos menos y cada vez menos en él. Nos visitará, tal vez, pero solo en sueños.

«¿Cómo le irá a Derek?», tal vez se nos ocurra pensar de vez en cuando, siempre que nos atrevamos a afrontar las consecuencias de una respuesta.

Y más tarde: «¿Qué fue de él? Me refiero a ese hijo que tuvimos. Derek, creo que se llamaba. El que tenía algo mal. ¿Sabemos algo de él?».

Mi mujer y yo no podemos decidirnos a internarlo todavía. Es demasiado pequeño. No tiene cura. Da mucho trabajo. Nos ha defraudado. Necesita cuidados constantes y nadie quiere prestárselos, ni su padre, ni su madre, ni su hermana, ni su hermano. Ya ni siquiera queremos jugar con él. Aunque hagamos turnos para fingir que nos gusta.

Mi hija, que ha cumplido quince años, es una persona solitaria y descontenta. (Está mucho más que descontenta, lo sé. No es feliz, pero el descontento es la forma que tiende a tomar su infelicidad, y tal es el origen de las críticas y las quejas que tenemos que soportarle. No me importaría tanto, creo, si a pesar de no ser feliz siguiera siendo atenta. Como mi hijo. Me facilitaría mucho las cosas. Diré aquí, no obstante, que no le facilita las cosas a mi hijo). Está insatisfecha con nosotros e insatisfecha consigo misma. Es una chica inteligente, maliciosa, con mucha intuición y simpatía cuando no se muestra taciturna y maleducada. Con frecuencia es mala, y a menudo está deprimida. Mi mujer y yo la molestamos y con frecuencia nos dice que quisiera que uno de los dos o ambos desapareciéramos o nos muriéramos. (Nos lo dice exactamente en esos términos). Es una suerte que mi mujer y yo tengamos suficiente sentido común como para recordarnos mutuamente que no lo dice en serio. (A pesar de que estoy seguro de que muchas veces lo dice en serio y de que en lo más profundo de su

ser, en sus fantasías melodramáticas, probablemente desea estar ella misma muerta, con nosotros arrepentidos junto a su tumba). Por lo menos estoy seguro de que puede que lo diga en serio cuando lo dice y tal vez, subconscientemente, albergue hacia nosotros este deseo de muerte casi todo el tiempo. Tal vez desee de verdad que mi mujer y yo nos muramos pronto. No sería tan poco natural este deseo. Tampoco sería difícil para mí comprenderlo (¿acaso no tuve yo ese mismo deseo repugnante hacia mi madre después de que enfermara, y quizá antes aún, cuando empezó a envejecer, cuando dejé de necesitarla y ella empezó a necesitarme a mí? Estaba impaciente por que muriera. Y me decía que sería una liberación para ella). Cuando mi hija está serena, cuando tiene esa expresión despectiva y esa sonrisa apenas esbozada con los labios apretados de maldad calculada, cuando nos subraya a mi mujer y a mí que en realidad no cree que le importara mucho que mi mujer y/o yo enfermáramos y/o nos muriéramos, sé que no lo dice en serio. Simplemente está buscando, de forma inmadura y compulsiva, un enfrentamiento duro y doloroso con nosotros (entablando una charla familiar sádica, por así decirlo) y reabriendo una vieja herida que sabe intuitivamente que volverá a sangrar. (A mi hija le gusta herirnos. A veces manifiesta remordimientos, pero al mismo tiempo nos aclara que en el fondo no los siente). Si, por el contrario, sus afirmaciones brotan en un grito agudo o entrecortadamente en sollozos ahogados e histéricos, entonces no es posible ignorar la sinceridad de su odio apasionado y su pena insondable. No es, como dije, feliz. (En esos momentos es patética. Podría llegar a romperme el corazón, pero si fuera hija de otro).

Tiene una cara muy bonita, pero no se lo cree. (Tiene lo que según creo llaman una «baja o pobre *imagen de sí misma*»). Y nada de lo que hagamos mi mujer y yo puede ayudarla. Me doy cuenta ahora de que no siempre he respondido a sus preguntas ni tampoco he hecho los comentarios apropiados. Cuando me dice que querría estar muerta, le digo que lo estará, tarde o temprano. Cuando me dice que la vida es vacía y monótona y que aparentemente carece de sentido, le digo que todo el mundo tiene esos sentimientos alguna vez, sobre todo a su edad y que, probablemente, esté en lo cierto. Cuando me dijo con un tono solemne y trascendental que esperaba tener un amante antes de cumplir los dieciocho años y que quería vivir con él varios años, aun cuando no tiene intención de casarse nunca, asentí con aire de aprobación y le dije jocosamente que esperaba que lo encontrase… y entonces me quedé atónito al ver que palidecía y que estaba al borde de las lágrimas. Cuando me pregunta si alguna vez pensé en suicidarme cuando era joven, le contesto que sí. Cuando se me acercó

la primera vez y me dijo que no era feliz, le dije que yo tampoco lo era y que nadie debería esperar serlo. A estas alturas ya es capaz de prever muchas de mis respuestas sardónicas y hasta llega a adivinar mis palabras antes de que las pronuncie. A veces esto me fastidia, otras me divierte; no sé *a qué se debe que no reaccione siempre igual*. Mi error, creo, es hablarle siempre como si fuera un adulto y lo que debe querer, me imagino, es que le hable como a una niña.

En resumen, no consigo contenerme de decirle cosas que sé que no debería decirle. A veces las palabras se me escapan sin pensar, antes de advertir siquiera que han brotado de mi mente y que ya están siendo modeladas por la boca y la lengua para salir volando entre mis labios. Y oigo mis bruscos o cortantes comentarios con un sobresalto, como si provinieran de otra persona y se dirigieran, de forma agresiva, tanto a mí como a ella, como si se originaran en algún rincón oscuro y aterrador de mi alma con el cual no tengo comunicación. Es la misma parte de mí extraña, perversa y resentida que alberga ese otro impulso recurrente de darle una patada a la pierna lisiada de Kagle y propinarle una patada a mi hija por debajo de la mesa o golpearla (nunca tengo la tentación, en realidad, de pegar a mi mujer ni a mi hijo, ni la he tenido nunca. No creo que la tenga. Tampoco he golpeado nunca a mi hija. Ni le he dado un puntapié), eso que mantiene vivo y fresco el deseo palpitante de decir cosas crueles a la gente a quien aprecio cuando se encuentra en dificultades y confía en mí y me pide comprensión o ayuda. No puedo perdonarles su debilidad. No puedo perdonarles su estado de necesidad. Experimento una innegable alegría que disfruto ocultando. Me gusta constatar que estoy en mejor situación que otro. Hay cosas dentro de mí que no logro controlar y que no admiro, ni mucho menos.

Mi hija ya no se ríe mucho (se lo pasa bastante bien con mi hijo, pero a veces se mete con él con mala intención) y tiene pocos intereses y aficiones. (Lo mismo les ocurre a los chicos y chicas que siguen siendo amigos suyos. Les gusta la música, pero no mucho, no tanto como querrían que les gustara. No son chicos alegres. Normalmente se les ve melancólicos y taciturnos. Dan pena. Espero que se les pase al hacerse mayores. No sé cómo hablar con ellos). Mi hija se sienta en su cuarto durante horas, sin hacer absolutamente nada, salvo pensar. (Yo me quedo horas en mi estudio haciendo justo lo mismo). Y en lo que más le gusta pensar es en ella misma. Sobre lo que más cavila es sobre ella misma. Sobre lo que más le gusta hablar es sobre ella misma. Diría que no es muy diferente de mí. Creo, con todo, que fui más feliz que ella cuando era joven, y que todos los chicos y chicas con quienes crecí y fui a la escuela primaria y

secundaria eran también mucho más felices que ella y sus amigos. Prefiero pensar así. Por otra parte, no conocía a esos otros chicos y chicas tan bien como la conozco a ella. Y tal vez no eran tan felices como pienso. Y quizá tampoco lo era yo. Fuera del colegio no tenía demasiada relación con ellos. No sé cómo eran en casa ni cuando estaban solos. Ya no estoy tan convencido de que mis recuerdos de la infancia sean tan infalibles como siempre he creído. Creo, asimismo, que quizá haya sido aún menos feliz que mi hija cuando era joven y me haya sentido aún más atrapado que ella en mi propia sensación de callejón sin salida. Existen muchas lagunas en mi pasado que permanecen oscuras y no me dan ninguna pista. Hay rumores crípticos en su interior, pero no destellos de recuerdos. Son negros como el carbón y permanecen así, y todo lo que fui y todos los cambios y experiencias que tuve entonces se perderán para siempre, a menos que los encuentre. Nadie más lo hará. ¿Dónde están? ¿Dónde están esos trozos dispersos y desgarrados del niño fragmentado y del joven perplejo que se convirtió en mí? A veces siento que no he estado en ningún lugar durante largos períodos de mi vida. ¿Qué les pasó a esas partes de mi pasado realmente importantes que han dejado de existir en mi memoria y que todo el mundo ignora o ha olvidado? Nadie las recordará. Es demasiado tarde para recoger mis fragmentos y recomponerme. Mi vida, pues, no es del todo creíble. Me cuesta creerla. Puedo creer que fui yo (yo, «fui yo») el que iba con Virginia al almacén de la compañía de seguros y fui yo el que le hacía el amor a mi mujer durante nuestra luna de miel, y soy yo el que está aburrido, melancólico y pensativo en la oficina de la compañía ahora y más tarde, en el estudio de casa. Pero no puedo creer que fuera *realmente yo* (o sea yo. Aunque sepa que es verdad) quien cantó esas absurdas canciones militares cuando marchábamos con desgana, en formación y con uniforme, hace tanto tiempo; quien en una época clasificó informes sobre accidentes en una compañía de seguros, archivó expedientes, jugó a los dados y a las cartas apostando peniques, monedas de cinco y diez centavos; quien tenía sueños eróticos satisfactorios y daba gracias por ellos; se masturbaba, y daba gracias por poder hacerlo; leía las tiras cómicas del *Daily News* y del *Mirror* de Nueva York, este último, por desgracia, desaparecido (con lo que pronto no quedará ya nada); decía adiós a mi madre cinco mañanas a la semana si recordaba decirle algo al salir; llevaba a Manhattan una bolsa de papel con una manzana y dos sándwiches de mortadela, huevo duro o salmón en lata para el almuerzo; tenía pataletas de niño en las disputas frenéticas y violentas en casa con mi madre o mi hermana, y lloraba sin consuelo por cosas que no podía comprender ni

explicar; era un valiente y entusiasta jefe de la patrulla de los Castores en los boy scouts durante años y trabajé para ganarme insignias de mérito; me masturbé un poco más cuando fui boy scout, y luego iba y volvía de la compañía en un metro con mala ventilación, atestado de adultos hostiles, cansados y sucios, que miraban con enojo, suspiraban, roncaban y sudaban. Debió de ser otro, no yo. Insisto. ¡Existe en mi memoria, pero eso es todo! Como un cuento infantil. Está muy lejos de la experiencia concreta de la persona que soy ahora y que era entonces. Nunca ocurrió, insisto. Ocurrió, pero no a mí. De manera que debió de haber una segunda persona que creció a mi lado (o bien *dentro* de mí) y que tomaba a veces mi lugar para experimentar cosas en las que yo no quería participar. Y hubo una tercera persona de la cual tengo una conciencia actualmente solo vaga sobre la cual no sé casi nada, salvo que existe. Tengo conciencia, además, de otra persona más de la cual no tengo conciencia. Esta persona lo observa todo con perspicacia, incluso a mí, desde algún seguro escondite en mi mente en el cual se mantiene invisible y anónima y hace juicios severos, críticos, acerca de todo, hasta de mí. Casi nunca duerme. Yo carezco de un sentido del orden en todo, salvo en la sucesión de empleos, amoríos y fornicios, y ninguna de estas cosas tiene mayor importancia que la siguiente, salvo por proporcionarme cierto sentido de un pasado conectado.

¿A quién le importa que obtenga el puesto de Kagle o no? ¿O que conquiste a la joven Jane del Departamento de Arte antes de Navidad, o que nunca lograra tirarme a esa chica mayor, Virginia, encima del escritorio del almacén de una compañía de seguros de accidentes de automóviles, o en una habitación de hotel, a pesar de que muchas veces le había estrujado los pechos y le había palpado la cara interior de los muslos?

A mí me importa. Quiero el sueldazo. Quiero el prestigio. Quiero el aplauso, las felicitaciones. A Kagle también le importará. Y a Green le importará, y a Johnny Brown le importará tanto que quizá me dé un puñetazo en la mandíbula cuando se entere, y sé que tendré que pensar cómo me enfrento a él con tacto, o bien librarme de él, a pesar de que es competente. Pero ¿acaso importará algo, habrá alguna diferencia? No. ¿Lo quiero? Sí. (¿*Debería* quererlo? No. Pero lo quiero, lo quiero, maldita sea).

Y también hay que entender que mi hija anhela con toda su alma la mayor libertad de que gozan las chicas y chicos amigos suyos que *han* perdido al padre o a la madre en un accidente o por enfermedad, o cuyos padres están separados o divorciados. (A pesar de que no aparentan estar disfrutando mucho de la situación. Simplemente

parecen tener más libertad).

—¿Quién diablos os cuidaría si *estuviéramos* divorciados o si nos muriéramos en un accidente aéreo o de automóvil? —intento explicarle con gran tolerancia una noche, durante una de esas conversaciones «francas» (y, por lo general, hirientes) que insiste en iniciar con regularidad, casi siempre cuando me ve instalado en mi estudio para trabajar un poco o leer una revista—. No podrías vivir sola. Lo sabes muy bien. ¿Quién te alimentaría y te limpiaría el cuarto y te ayudaría a comprarte ropa y te recordaría que te cepilles los dientes y te vigilaría para que no engordaras? Tendrías que vivir con alguien, ¿sabes? Ya que es así, bien podemos ser nosotros. ¡Quiero recordarte que también recibes de nosotros unas cuantas cosas *buenas, joder*!

—Quisiera —dice mi mujer— que no dijeras tantas palabrotas cuando hablas con los chicos. Y que no tuvieras que gritar. ¿No ves que solo consigues asustarla?

—¿Quieres decirle que no se entrometa? —me dice mi hija con voz hosca, refiriéndose a mi mujer.

—Y *yo* quisiera… —replico a mi mujer…

—Siempre está inmiscuyéndose.

… con una voz áspera que cobra un volumen amenazador.

La verdad es que no sé qué quiero (salvo que sé perfectamente que querría estar en otra parte), de modo que aprieto la mandíbula bruscamente sin acabar la frase. (Mi voz tiende a elevarse cada vez que me siento irritado, frustrado o atacado. Además, cuando intento formular una oración muy larga y experimento una fuerte emoción tartamudeo intensamente).

Me gustaría saber qué quiero.

Me gustaría que mi hija dejara de quejarse y de compadecerse continuamente y comenzara a aceptar las cosas como son. No tiene una buena opinión de nosotros. Es nerviosa, resentida y rencorosa. Está a punto de cumplir los dulces dieciséis años, fuma y nos odia a los dos con intensidad… por lo menos la mayor parte del tiempo (cuando no todo el tiempo). No sé qué le hemos hecho o dejado de hacer que pueda explicarlo. No sé de qué nos culpa, pero nos culpa de algo. (Yo mismo me siento bastante resentido y amargado por no ser capaz de complacerla, por nuestro fracaso en hacerla feliz. Y a menudo le devuelvo el golpe de forma inteligente y maligna. Disfruto devolviéndole el golpe. La venganza es dulce, incluso contra ella. Y no tiene todavía dieciséis años. A veces desearía que se escapara de casa, solo para facilitarme las cosas). Sé que mi hija nos odia porque se empeña en decírnoslo. Puede odiarnos individualmente, o bien a los

dos juntos. Es versátil, mi querida niña, y, por lo menos en este aspecto, sumamente dotada. Sin hacer esfuerzos sobrehumanos, es capaz de odiarnos a los tres simultáneamente, incluido mi hijo, o bien puede empezar a odiarlo solo a él sin motivo aparente e ignorarnos a nosotros dos. O bien puede odiar a Derek, a su niñera, a nuestra casa y a la comunidad. Desde luego, también puede odiarse a sí misma. Con una riqueza de recursos poco común, hasta es capaz de *dejar* de odiarnos durante un rato, solo para que bajemos la guardia y caigamos en un desprotegido estado de bienestar que nos deje vulnerables para el asalto siguiente lleno de violencia. Es perversa y se enorgullece de serlo. Mi hija no puede (o no quiere) aprender química, gramática o geometría plana con facilidad. Aprendió, en cambio, y a una edad precoz, a fumar cigarrillos (y *se* jacta de haber fumado marihuana también; lo insinúa sin que nadie se lo pregunte) y a decir «hijo de puta» con tanta facilidad que parece que nos lo haya dicho toda su vida sin darse cuenta. Aprendió, asimismo, a odiarnos y a decir cosas crueles que hieren mis sentimientos y hacen llorar a mi mujer. Mi mujer y yo necesitamos diez o quince años de matrimonio a tiempo completo y una práctica dura y constante para aprender a odiarnos con sano vigor y entusiasmo (cuando nos odiamos, no nos odiamos todo el tiempo) pero mi precoz hija ya ha aprendido a hacerlo. Quizá se trate de un talento especial que tiene, de una aptitud (si es así, *es* la única que tiene. Con frecuencia estoy furioso con ella, pero no le doy la satisfacción de demostrárselo. Para vengarme, a menudo me muestro cruel y sarcástico). Odia mucho más a mi mujer, y la odia mucho más a menudo de lo que me odia a mí, lo cual es irónico e injusto, porque mi mujer la quiere y la cuida sin límites ni reservas y daría la vida por ella. (Yo no, en cambio). Pero yo también recibo mi dosis de odio. (Tiene odio suficiente para todos).

La verdad es que ya no me preocupa tanto que mi hija me odie. (No dejo que me preocupe). A estas alturas, lógicamente, estoy inmunizado y también dispuesto a aceptar su afirmación de que tiene un buen motivo para odiarme, pese a no saber bien cuál es ese buen motivo (salvo que estoy inmunizado contra su odio, lo cual ya es un buen motivo, supongo).

Habitualmente entra en mi estudio sin haber sido invitada y me interrumpe cuando estoy trabajando o leyendo una revista de actualidad (o bien fingiendo leer o trabajar) y me dice (con una voz tensa, suave, infantil, que trata, valerosamente, de conservar firme y segura) que ha arribado a la conclusión (nunca dice *llegado*, sino *arribado*) de que ya no siente absolutamente nada por mi mujer y por mí, que tiene una pobre opinión de su madre y también de mí y que

de hecho encuentra imposible respetarnos y que le desagradamos los dos mucho. Además, por terrible que esto suene, aun cuando reconoce que debería avergonzarse de estos sentimientos, pero no es así, está segura de que no lamentaría que mamá (mi mujer) muriera en un accidente de automóvil, como la madre de Alice Harmon —la verdad es que Alice Harmon tampoco ha conseguido que le afecte la muerte de su madre— o bien que yo enfermara y muriera de un tumor cerebral como el padre de Betsy Anderson. En realidad, quiere que sepa que no sentiría placer, y quiere que yo entienda que no desea que ocurra, y que si pasara podría lamentarlo un poquito, tal como lo sentiría si le pasara a cualquier otra persona que conoce, pero si yo sufriera un derrame cerebral o un tumor, no lo vería como la mayor tragedia de *su* vida, siempre que me muriera pronto y no necesitara a alguien para que me cuidase durante mucho tiempo, como muchas de esas personas que sufren derrames cerebrales o tumores y siguen viviendo como vegetales. Y no lo dice para discutir conmigo ni para que sufra, sino porque es, ni más ni menos, lo que siente, y está segura de que yo siempre quiero saber lo que siente —¿no?— porque soy su padre y ella es mi hija. Entonces, si le permito llegar hasta aquí (a veces me enfado, la interrumpo en cuanto empieza a hablar y la echo del estudio a patadas), me dice sin que yo se lo pregunte (otra vez), con el aire afectado de reflexión fría e imparcial (siempre esforzándose para que su vocecita no titubee y que sus dedos temblorosos no toqueteen los objetos), que si mi mujer y yo llegamos algún día a divorciarnos, como ella sabe que hemos pensado muchas veces, y más aún, piensa que *deberíamos* hacerlo, ya que de cualquier manera no somos felices juntos y no tenemos ninguna afinidad, ella no cree que quisiera vivir con ninguno de los dos, sino que preferiría ir a un internado, como Christine Murray, que es muy feliz ahora que ya no tiene que vivir con ninguno de sus padres, y hasta aceptaría que la mandáramos a un internado en Suiza, donde sabe que sería feliz. De hecho, últimamente ha arribado a la conclusión de que estaría mucho mejor viviendo lejos de nosotros, en cualquier circunstancia, aun cuando no nos divorciemos, y que probablemente nosotros también estaríamos mucho más felices sin ella, pues se da perfecta cuenta de que en realidad no la queremos en casa. ¿Es verdad o no?

A veces (para vengarme) la escucho imperturbable, dejándola hablar hasta que se canse, sin decir absolutamente nada y observándola todo el tiempo con una mirada opaca, sin ninguna señal de emoción, lo que la obliga a seguir y seguir con consternación y desconcierto crecientes (aunque la miro, sin duda debe de preguntarse si la estoy escuchando, si la oigo) y a medida que la satisfecha y

malévola serenidad inicial va desmoronándose hasta transformarse en un terrible recelo acaba quedándose allí de pie, muda y desconcertada, temblorosa y agotada, desprovista de su anterior confianza y determinación. (Siempre puedo ganarle la partida). Y entonces (cuando no le queda ya nada que decir y tengo la seguridad de haber ganado), si me mantengo en silencio y sigo dirigiéndole mi mirada opaca, dura e impasible, puede ponerse a tartamudear, en un intento final, desesperado, por mostrar una bravuconería que ya no siente:

—Solo intento ser franca contigo.

Y en este punto, con el triunfo ya al alcance de la mano, es posible que me decida a hablar, es posible que decida moverme hábilmente para lanzar un contraataque, simulando un aire de calma petulante que pretende parodiar el de ella.

—No —le digo, enigmático.

(Y esto la confunde).

—No… ¿qué? —pregunta.

—No lo intentas.

—No intento ¿qué? —se ve forzada a preguntar, tímida y recelosa —. ¿Qué quieres decir?

—No intentas ser franca conmigo. Intentas ser cualquier cosa menos franca, de manera que haz el favor de no usar eso como excusa para tu mal carácter.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es así o no?

—No sé. ¿Qué quieres decir?

—¿No sabes qué quiero decir? —le pregunto con un tono frío y vengativo. Ella niega con la cabeza—. Lo que quiero decir es que no intentas ser franca sino decir las cosas más chocantes y horribles que se te ocurren con el fin de herir profundamente mis sentimientos y hacer que me enfade contigo.

—¿Por qué haría eso?

—Para que me enfade contigo, te grite y te castigue.

—¿Por qué haría eso?

—Porque eres así.

—¿Por qué querría que me castigases?

—Porque eres así. ¿No lo comprendes? Es así como quieres que me sienta. ¿No lo ves? ¿Te crees que no lo veo?

—¿Qué quieres decir?

—Eso. Quiero decir eso.

—A mí me deja absolutamente indiferente cómo te sientas —replica en tono altivo.

—Entonces ¿por qué te molestas en señalármelo? —le digo imitando su tono altivo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si lo que siento te deja absolutamente indiferente, ¿por qué te molestas siquiera en hablar conmigo?

—¿Y qué quieres que haga?

—A menos que necesites algo.

—Y luego te preguntas por qué me muerdo las uñas o duermo poco y mal y como demasiado.

—Yo no tengo la culpa de que comas demasiado.

—¿Y del resto?

—Yo también como demasiado.

—No tienes buena opinión de mí —dice—, ¿verdad?

—En este momento, no. ¿Qué opinión tienes tú?

—Solo quería ser franca.

—Mentira.

—Quieres que sea sincera, ¿no?

—No.

—¿No quieres?

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de quererlo?

Las respuestas inesperadas como esta siempre la superan, la dejan sin habla por unos instantes, la hacen tartamudear y lamentar aún más haber irrumpido en mi estudio precipitadamente para pelearse conmigo. Si intenta seguir discutiendo, la voz se le transforma en un murmullo que casi no se oye (yo hago como que no oigo nada y la obligo a repetir cada comentario). Otras veces explota con violencia en un arrebato teatral, ininteligible, y, derrotada, sale ruidosamente golpeando algún mueble o bien dando un portazo. (Siempre me resulta fácil derrotarla). Pero parece que nunca aprende (o bien que ha aprendido pero se deja arrastrar una y otra vez de forma autodestructiva a estas tristes derrotas), de modo que sufrimos innumerables repeticiones de estas disputas irritantes, inútiles, traumáticas (se ríe de mí porque estoy engordando. Y quedándome calvo. Y yo le devuelvo los ataques mostrándome más ágil, agudo y mejor informado en mis réplicas), «francas» y «sinceras» (me las arreglo para ganarlas todas, aunque a veces me siento herido más tarde) que giran en torno al dinero, a fumar, al sexo, la marihuana, llegar tarde a casa, las palabrotas, los deberes escolares, las drogas, los negros, la libertad (la de ella), los gritos, el acoso y los insultos a mi mujer.

—¿Qué harías —me dice con aire provocativo— si viniera a casa con un novio negro?

Este golpe es inusitadamente ingenioso por su parte, en cuanto que requiere una destreza enorme y la rapidez de un rayo para hacerle frente y nunca deja de confundir y derrotar a mi mujer. No hay salida y me tienta responder a su desafío. Si le digo que no me gustaría, dice que soy racista. Si le digo que no me importaría, es que no la respeto. Mi mujer cae en la trampa al tomarla en serio. Yo sobrevivo bordeándola.

—*Seguiría* exigiéndote que ordenes tu cuarto —le digo con gran habilidad—. Y que dejes de leerme la correspondencia y de enseñarles mis extractos bancarios a tus amigas.

¡Claro que soy racista! Y ella también. ¿Quién diablos no lo es?

—No me estás contestando a la pregunta. —Es lo bastante inteligente como para enfurruñarse—. Y lo sabes muy bien.

—Trae a alguno y ya veremos —le digo riendo con malicia, porque sé que de momento no tiene intención de ponernos a prueba con esto.

Quiere que le prometa que le compraré un coche. A cambio se compromete a no fumar más. Antes le prohibía que fumara por el riesgo de cáncer, hasta que me cansé de reñir tanto con ella que dejó de importarme que fumara o no, a pesar del riesgo de cáncer. (Durante mucho tiempo he hecho todo lo que he podido por ser un padre responsable. No ha servido para nada). Así que ahora fuma con regularidad (dice) más de un paquete al día (dice) pero no la creo, porque bien puede mentir también sobre eso. (Miente por todo. También miente a sus profesores). No se le permite, por otra parte, fumar en casa, lo cual nos permite a mi mujer y a mí hacer como que no fuma nada. Y a lo mejor, no fuma. (En realidad, ¿a quién le importa? A mí no. Y no me gusta sentirme obligado a fingir que me importa. Si no nos lo dijera, no tendría que fingir nada).

—Fumo mucho —insiste—. Y me trago el humo. Ya es un vicio. No creo que pudiera dejar de fumar aunque quisiera.

—Es tu vida —respondo con placidez.

—Más de un paquete al día, a veces dos. Sé que no te gustaría que me callara algo así, ¿no?

—Sí.

—¿Qué?

—Me gustaría.

—¿Te gustaría?

—Desde luego.

—¿Que me lo callara?

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos se le ensombrecen de perplejidad y los labios empiezan a

temblarle. Acabo de ganarle otra vez la partida.

—Quiero que te lo calles —prosigo en tono superficial, y luego apunto directo al centro del blanco—. Esto y las palabrotas y frases groseras que te gusta usar tan abiertamente.

—Tú también las usas.

—Yo soy adulto. Y hombre.

—Mamá las usa.

—No las mismas que usas tú.

—Mamá es mojigata.

—Y tú una niñata.

—Tengo dieciséis años.

—Quince y medio.

—Estoy más cerca de los dieciséis.

—¿Y?

—¿No puedes decir algo más que eso?

—¿Como por ejemplo?

—Cuando discutimos siempre das respuestas cortas. Crees que te funcionan.

—Me funcionan.

—¡Eres tan sarcástico!

—Aprende a ser más pilla —le digo con sarcasmo—. Y ahora no estoy siendo sarcástico. Nos facilitaría mucho las cosas a todos. Te doy este consejo como un colega, como un padre que quiere realmente a su joven hija. Sal al porche o métete en el garaje a fumar cigarrillos o esa porquería de incienso, o a hacer alguna otra cosa de la que no quieres que nos enteremos. Y cierra la puerta de tu cuarto cuando estés hablando por teléfono, para que no tengamos que oírte quejándote de nosotros a todos tus amigos, ni ver esas novelas pornográficas baratas que lees, en lugar de lo que deberías estar leyendo para la escuela. Así podrás salirte con la tuya más a menudo. Siendo más pilla. No dejes que te descubra. Porque si lo hago, tendré que tomar medidas. Tendré que enfadarme, reñirte y castigarte, y otras cosas por el estilo, y los dos nos sentiremos muy desgraciados.

—¿Por qué te sentirás desgraciado tú? —quiere saber.

—Porque eres mi hija. Y no me gusta verte infeliz.

—¿De verdad?

—Sí.

—¡Ja!

—Y porque no me gusta perder tanto tiempo discutiendo contigo y gritándote, cuando preferiría estar haciendo otras cosas.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa.

—¿Qué?

—Trabajando. Leyendo una revista.

—¿Por qué tienes que decir esto? ¿Por qué siempre termina todo así?

(No lo sé).

—¿Cómo?

—Lo sabes bien.

—No lo sé.

(Sí lo sé).

—¿Por qué nunca puedes hacerme un cumplido sin retractarte a continuación?

—¿Un cumplido?

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no?

—No.

—¿Lo ves?

—No quiero decir ni una palabra más.

—Ahora estás intentando rematarlo todo con una broma, ¿no? —me reprende—. Siempre tienes que bromear sobre todo, ¿no?

(Estoy arrepentido. Y un poco avergonzado. Pero intento que no se me note).

—Déjame trabajar —le digo en voz baja.

—Quiero hablar.

—Por favor. Estaba trabajando cuando has entrado.

—Estabas leyendo una revista.

—Es parte de mi trabajo. Además, tengo que preparar un programa para la próxima convención de la compañía y escribir dos discursos.

—¿Dónde es? La convención.

—Otra vez en Puerto Rico.

—¿Puedo ayudarte con los discursos?

—No. No lo creo. Por ahora no.

—¿Son más importantes que yo?

—Es algo que quiero dejar terminado esta noche.

—Quiero que hablemos ahora.

—Ahora no.

—¿Por qué?

—No.

—¿Por qué no?

—No.

—Nunca quieres hablar conmigo.

—Por favor, vete ya.

(A estas alturas sé que no tengo mucho en común con los niños, ni siquiera con mis propios hijos, y que odio meterme en largas

conversaciones con ellos. La verdad es que no los disfruto más de unos minutos. Me resulta difícil mantenerme interesado en lo que dicen, e igualmente difícil pensar en cosas que decir que puedan interesarles a ellos. Así que ya ni lo intento). A veces, cuando mi hija está de buen humor (por algún motivo) y se siente excepcionalmente fuerte y segura de sí misma, entra de manera audaz en mi estudio sin pretexto o excusa algunos y, como si siempre estuviéramos en los términos más amistosos, se acomoda imperiosamente en mi sofá para sostener una charla prolongada y de alto nivel, y empieza a quejarse de mi mujer, calculando, de forma equivocada, mi reacción, asumiendo erróneamente, supongo, que porque mi mujer y yo discutimos tanto, recibiré con alegría su connivencia. (No le permito que hable sin respeto de mi mujer. Debería saberlo ya). Cuando mi hija era pequeña, y sonaba divertido y precoz, yo la alentaba a que criticase las faltas de mi mujer (a mi mujer también le encantaba, ya que mi hija era muy inteligente y divertida). Supongo que esta es una razón por la que ahora vuelve a hacerlo. Pero ahora ya no me gusta, y defiendo a mi mujer (incluso cuando las quejas y comentarios poco halagadores de mi hija son exactos y justificados). En otros casos la corto tan pronto como empieza y la echo con una severa advertencia. La impresión de mi hija sobre mí es correcta: hay veces en que simplemente no tengo ganas de hablar con ella. (En general es muy discutidora y deprimente. Mi hijo es mucho más fácil de soportar; todo el mundo lo dice. Es más directo y generoso y mucho más simpático. A diferencia de mi hija y de mí, nunca se alegra de las desgracias ajenas. Por el contrario, se pone serio y se preocupa ante cualquier hecho triste, intentando cerciorarse siempre de si alguno de los ingobernables torbellinos de acontecimientos que lo rodean supone un peligro para su propia existencia). Hay momentos en que estoy hasta la coronilla de ella, que no la aguanto más, que sencillamente no quiero oír a mi hija decirme otra vez que no soy un buen padre y que mi mujer tampoco es una buena madre, que nuestra casa no es un buen hogar y que mi familia no es una buena familia, y que Derek (nuestro hijo idiota, desde luego) y el resto estamos arruinándole la vida, aunque todo eso sea cierto.

¿Y qué? ¿Y qué importa que sea verdad? (Mi madre no fue mucho mejor. Y mi padre fue mucho peor, ja, ja. Casi nunca lo recordábamos después de que muriera. Ja, ja). Quizá sea culpa mía que le vaya tan mal en la escuela, que no tenga confianza en sí misma, que se muerda las uñas y que no duerma bien, y también que coma demasiado y sea gorda, y en consecuencia se aburra y lo pase mal. ¿Y qué? (Yo también tengo mis excusas preparadas). ¿De qué le sirve a nadie saber

eso? Aun cuando esté de acuerdo (y a menudo lo estoy solo para frustrarla y confundirla), eso no cambia las cosas, no las hace más fáciles para ella. Entonces ¿por qué tiene que insistir en ello? La situación se ha vuelto tan aburrida —nunca lleva a nada—, tan sumamente aburrida que llega a enloquecerme de irritación (que es, evidentemente, lo que ella persigue, todo lo que cree que *puede* obtener de la vida, aguijonearme de manera implacable hasta conducirme a estos estados de resentimiento furioso e intolerable en los cuales tartamudeo, escupo sin querer, vocifero y prorrumpo en acusaciones desmesuradas, que soy incapaz de concluir con cierta coherencia gramatical y que bastan para provocar ese brillo odioso, inconfundible, de maligna satisfacción en sus ojos astutos).

(¿Qué quiere de mí?).

—¿Sabes? —dice, por ejemplo, con engañosa serenidad—. Creo que no tengo ya nada en común con mamá. Y tú tampoco. No sé por qué sigues casado con ella. Yo sé que sois incompatibles.

(Ni siquiera sabe qué quiere decir «incompatibles»).

Si de inmediato (y para su sorpresa y disgusto) la interrumpo y la expulso de mi estudio, es bastante probable que corra hacia mi mujer (de pronto, son grandes amigas) y empiece a quejarse de *mí* a *ella*. (¡Y eso que mi hija siempre dice que no quiere ser acusica!). Entonces mi mujer, a quien mi hija manipula fácilmente, irrumpe en mi estudio para romper una lanza por ella, animada por sentimientos de compasión. Mi hija sonríe subrepticiamente y acecha entre bambalinas, esperando con fruición la disputa que sabe que estallará entre mi mujer y yo. (Mi hijo, por el contrario, se queda consternado cuando alguno de nosotros discute y siempre pone cara de desconcierto y asco). Creo que es la descarada mirada de mi hija regodeándose ante la expectativa lo que me llena de furia y me induce a tomar crueles represalias.

—Dice —interviene mi mujer— que la has echado del estudio. Afirma que ha venido aquí a hablar contigo y que no has querido escucharla. La has obligado a salir antes de que pudiera decirte nada.

Contengo la respiración unos segundos y finjo meditar.

—¿Ha dicho eso? —pregunto.

—Sí.

—¡Ajá!

—¿No la has echado?

—¡Sí que me ha echado!

—¡Ajá!

—¿Te ha echado?

—¿Por qué lo diría si no?

—¡Ajá!
—¿Y?
—¿Y?
—Sí.
—¿Qué?
—Acabas de oírla, ¿no? La has echado.
—¿Es verdad? —pregunto a mi hija con voz apagada y una mirada de desprecio glacial.
—¿No me has echado?
—¿Por casualidad —digo a mi mujer— te ha dicho de qué quería hablar conmigo?
—¡Eso no es justo! —dice mi hija impulsivamente y muy alarmada. Clava los ojos asustados en la puerta como si quisiera salir volando del estudio.
—No.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada, que se me ha ocurrido que tal vez ha olvidado decírtelo. Que no le importaría, por ejemplo, que enfermaras y te murieras. ¿No te lo ha dicho?
—¡No es verdad! —grita mi hija.
—Y que no le importaría mucho que tú o yo muriéramos atropellados por un automóvil o en un accidente de aviación, como la madre de Alice cómo diablos se apellide… Harmon, o que muriéramos de un ataque o de un tumor cerebral.
—¡No he dicho eso!
—Podrías.
—No lo he dicho.
—Lo has dicho.
—¡Pero no quería hablar de eso!
—Lo sé. Querías hablar de que tú y yo no tenemos nada en común y se pregunta por qué sigo soportándote en lugar de divorciarme. ¿Es eso?
—Solo he empezado por ahí.
—¿Ah, sí? Entonces, prosigamos. ¿De qué era, pues, de lo que querías hablarme?
—Ah, no tiene importancia —murmura mi hija confundida y avergonzada y baja los ojos.
—No, por favor —insisto—. Yo quiero hablar. Quiero darte esa oportunidad de hablar conmigo que dices que no te doy nunca.
—¿Y ahora por qué no la dejas en paz? —pregunta mi mujer.
—Está intentando separarnos, querida. ¿No lo ves?

—¿Por qué no podemos ser amables los unos con los otros? —se pregunta en voz alta mi mujer, implorándome desde la bondad innata de su corazón.

—¿Por qué tengo que oír frases así?

—¿Qué tienen de malo? —replica mi mujer indignada—. ¿Qué hay de malo en desear que todos tratemos de llevarnos bien de vez en cuando, en lugar de meternos con los demás constantemente?

—No lo hacemos constantemente —interviene mi hija con aire de condescendencia y un tono de desdén hosco (intentando volver a ponerse de mi lado y en contra de mi mujer).

Conozco bien esta táctica. Me mira esperanzada para ver si la dejaré salirse con la suya.

Finjo no darme cuenta de su intento de acercamiento.

(Eso es lo que gana mi mujer con su bondad innata).

—Estoy cansado —comento pausadamente y con un suspiro exagerado.

—Es porque bebes demasiado antes…

—Estoy cansado —interrumpo de manera resuelta elevando la voz para ahogar la de mi mujer— de oírte decir que bebo demasiado antes de venir a casa, de oírle decir a ella una y otra vez que tú y yo somos malos y que me odia con toda su alma. Tengo maneras mejores de pasar el tiempo. Que me odie. Ódiame si quieres, y si crees que con eso resolverás tus problemas. Te doy permiso. Me da igual que ella me odie. Pero sí me importa, maldita sea, que venga a decírmelo cada puta vez que me siento aquí a trabajar un poco.

—Estabas leyendo una revista.

—Es mi trabajo.

—¡No te odia! —declara mi mujer.

—¿Y a mí qué me importa? —replico—. Me es absolutamente indiferente que me odie o no.

—¡Y se supone que eres tan inteligente! —exclama mi mujer.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ella solo quiere que le prestes un poco de atención de vez en cuando. ¿No lo ves? Se supone que eres muy inteligente.

—¿Quieres dejar de decir eso?

—Te crees muy inteligente, ¿no?

—Cállate.

—Muy bien. Pero si te tomases el trabajo de mirarla de vez en cuando, de escucharla, verías que no te odia. Te quiere. Nunca te has dado por enterado.

—Muy bien.

—Haces que se sienta un incordio.

—Muy bien.

—No te odia.

—¡*Muy bien*!

—Muy bien.

Me vuelvo para observar a mi hija; mi expresión sigue siendo desdeñosa, dura, agresiva (mantengo en alto mis defensas hasta asegurarme de que las de ella se han derrumbado). Está del todo inmóvil, como si esperara, sumisa, un veredicto. Yo estoy esperando alguna señal de ella. Se la ve humilde y arrepentida. Está sola. Ha bajado los ojos, ahora serios y humedecidos, y aprieta tristemente los labios cenicientos, que tiemblan, como si, a pesar de toda la fuerza de voluntad que ha reunido para mantener su pobre ser intacto, fuera a derrumbarse y desparramarse ante nosotros y romper a llorar sin dignidad.

Está tensa. Mis sentimientos se suavizan con una sensación de pérdida irremediable (de algo precioso que se ha ido para siempre, de alguien querido que ha sido destruido) mientras escudriño esa cara pálida, triste, vulnerable. Yo también estoy tenso. No puedo hablar (quizá sí que la quiero), y durante un segundo me asalta la idea de que mi mujer tiene razón, de que tal vez mi hija no me odia, sino que me quiere, y quizá necesita que yo me entere (y necesita saber también que tengo buena opinión de ella). ¡Y empiezo a sentir que tal vez *me importe muchísimo que me odie* o *no*! (¡No quiero que me odie!). Debe de importarme, porque casi me invade la pena y la compasión al ver sus lágrimas amargas (y yo también quiero llorar), y quiero rodearle los hombros y estrecharla entre mis brazos suavemente y consolarla y confesarme y disculparme (aunque de pronto tengo un presentimiento de que todo es una estratagema típica, de que se apartará de mí con ademán desafiante, jubiloso, tan pronto como haga el gesto de reconfortarla, y me quedaré con una postura ridícula, las manos vacías y tendidas hacia delante, humillado y furioso). Decido arriesgarme, de todos modos… la veo muy patética y desamparada. Con una sonrisa cariñosa me acerco hacia ella con aire arrepentido, le tiendo los brazos para pedirle perdón y estrecharla tiernamente.

Se aparta con brusquedad y con un gesto de desprecio.

Y me quedo allí plantado estúpidamente, con las manos vacías, y me siento herido y tonto.

Y mi mujer elige ese preciso instante para exclamar:

—¡Es a mí a quien ella odia, no a ti! ¡Es a mí a quien no puede soportar!

Me vuelvo a mirarla sin dar crédito a mis oídos. (Había olvidado que estaba aquí).

—¿No la oyes? —prosigue mi mujer con voz estridente y corre hacia mi hija como si quisiera abofetearla. Mi hija se estremece pero no se mueve, y mira a mi mujer a los ojos, sin parpadear, con aire insultante y empecinado, retándola con una sonrisa leve y fría a que se atreva a pegarle—. ¿Qué te he hecho? —le grita mi mujer—. ¿Qué le he hecho para que me odie así? Mírala. ¿No ves cómo está mirándome en este instante?

—¡Por Dios, claro que te mira! —le grito a mi vez—. ¿De qué diablos crees que estaba hablando? ¿Por qué diablos crees que la he echado?

—Y tú no eres mucho mejor —me acusa mi mujer—. Tampoco a ti te importa, ¿verdad?

—¡Oh, Dios…! —me lamento.

—A nadie en esta casa le importo un bledo —se lamenta mi mujer —. Nadie me ha querido nunca. Nadie en toda mi vida. Ni siquiera mi propia madre. ¿Soy tan horrible? ¿Qué te he hecho a ti o a quien sea para que todos me odiéis tanto? ¿Qué tengo tan horrible para que todos creáis que podéis tratarme así? Quiero saberlo.

—¡Mierda! —exclamo disgustado.

—No me hables así.

—¿Es que debo pasarme el resto de la vida en conversaciones espantosas como esta?

—¿Qué tengo yo de espantoso?

—Nada.

—¿Qué hago que es tan horrible?

Una vez más, me encuentro preguntándome qué hace un ejecutivo menor como yo —capaz, culto, bastante inteligente, atractivo, exitoso, sano (aparte de la dentadura), ingenioso, todavía viril y todavía atractivo para muchas mujeres dispuestas de mi edad e incluso mucho más jóvenes—, enzarzado en una discusión tonta y sin objeto con estas dos personas (niñas), mi mujer superficial, melancólica, levemente ebria, llena de autocompasión (a menudo intento averiguar qué vi en ella hace tiempo como para suponer que la quería y que quería pasar el resto de mi vida con ella, salvo su buen y dispuesto culo, que sigue sin estar mal y aún más dispuesto si cabe. De hecho, creo que disfruto más follando con mi mujer que con las demás, aunque la mayoría de las mujeres con quienes he estado una segunda vez, o bien más veces, son bastante buenas también, y llenas de sorprendentes sorpresas, al menos durante un tiempo. Jane, del Departamento de Arte, intuyo que me dará muchos dolores de cabeza. Es crédula y poco sofisticada y le gusta hablar. Tiene una piel tan suave y perfecta que vibrará cuando la toque, pero aún es demasiado joven y agradable, o ingenua, como

para que me cause mucha impresión. Algunas muchachas se tronchan de risa con cualquier cosa divertida que digo, y me sacan de quicio cuando entre una erección y la siguiente advierto que no paran de reírse y hablan demasiado. Así será Jane, esta muchacha joven, dulce, agradable. Ya la conozco. Pero también sé que me abalanzaré sobre ella con intenciones lujuriosas en la próxima fiesta de la compañía, o quizá antes, y que después no querrá seguir trabajando conmigo; es un regalo que pienso hacerme este año para Navidad, o antes, y ya estoy envolviéndolo), y mi hija agotadora, egocéntrica, llena de autocompasión, cuando preferiría mucho más concentrarme en otras cosas, en esos dos discursos que debo empezar a escribir (me gusta emprender tareas importantes con mucha anticipación, en este caso un largo discurso para la convención, por si acaso me pasan al puesto de Kagle por entonces y quedo nominalmente a cargo de todo el asunto, además de mi acostumbrado discurso de tres minutos, trivial y sin nada novedoso, por si sigo trabajando con Green, quien tal vez tampoco me permita pronunciarlo esta vez. Odio a Green y nunca lo perdonaré por lo que me hizo en la convención al no permitirme hablar. En realidad, no deseo el puesto de Andy Kagle —nunca he querido hacer ese tipo de trabajo, ni estar por encima de tanta gente —, pero si al final no me lo dan sufriré un ataque. Me sentiré traicionado, desgraciado, y tendré deseos de arrastrarme a algún rincón oscuro y llorar y no salir jamás de él. Soy demasiado débil para rechazarlo, y demasiado vanidoso para ser indiferente al honor que representa. Ni siquiera necesito, en realidad, el dinero adicional) y en la lista de los cambios, en fin, que pienso sugerir cuando me asciendan al puesto de Kagle. (Querré demostrarles a Arthur Baron y a Horace White que estoy listo. Hay gente en casi todas nuestras oficinas que querré echar. Quisiera poder echar a Green ahora, aunque no sé quién podría reemplazarlo).

—Dime —repite mi mujer con voz aguda—. ¿Qué hago yo?

—Eres un auténtico coñazo. ¡*Las dos* sois un coñazo! —repito con énfasis y dirigiendo una mirada prolongada y amenazadora a mi hija para hacerle saber, inequívocamente, que esta vez la incluyo también a ella en mi ira, y para privarla de ese regocijo bilioso, retorcido, que muestra cuando me pongo grosero con mi mujer.

—No me grites —espeta mi mujer.

—No estaba gritando —aclaro—, sino hablando con énfasis.

—Yo también puedo gritar, ¿sabes?

—Ya lo veo.

—Y no me digas cosas como esa, al menos delante de los chicos. Nunca. No me importa cómo me hables cuando estamos solos.

—¿Qué he dicho?

—Lo que has dicho.

—Entonces deja de ser un coñazo.

—¡Como tú eres tan inteligente!

—Ya lo sé.

—No me extraña que digan tantas palabrotas cuando te oyen a ti. No me sorprende que me hablen como me hablan.

—Ya vale.

—No voy a permitirte que me faltes al respeto —prosigue mi mujer con vehemencia—. Ya no. Ni siquiera cuando estamos solos. No pienso soportarlo. ¿Me oyes?

—Idos a la mierda —les digo en voz baja—. Las dos.

Mi mujer acusa el golpe. Le brotan las lágrimas. (De inmediato me arrepiento. Me siento pequeño y avergonzado por haber dicho eso).

—Te mataría por lo que has dicho —dice ella en voz baja.

—Entonces mátame —la desafío.

—Ojalá tuviera a donde ir.

—Te buscaré un sitio.

—Quisiera tener mi propio dinero.

—Te lo daré.

—Así le habla un padre a una niña de quince años —comenta en voz baja y enfurruñada mi hija.

—Te vas a ir —empiezo a decirle (aquí me callo para disimular una sonrisa, ya que su comentario es humorístico y halagador y estoy tentado de reírme y felicitarla)— a un internado.

—Ojalá pudiera.

—Puedes.

—Me lo impides.

—Ya no. Y así habla una niña de quince años a su padre —exclamo.

—Yo no…

—Sí, tú…

—Solo he empezado a…

—… y lo sabes muy bien. Lo que saco… ¿Sabes una cosa, hija? Te apuesto que nunca adivinarás, ni en un millón de años, lo que saco yo de estas conversaciones francas y sinceras que insistes en sostener conmigo.

—Dolores de cabeza.

—¡Lo has adivinado! —declaro, con la esperanza de conseguir hacerla reír—. Unos dolores de cabeza espantosos —prosigo (con tono pomposo, al no conseguirlo, porque siento que me hincho de presunción y de enojo, con una sensación deliciosa de indignación.

Estoy eufórico de resentimiento y sigo adelante con entusiasmo, en una regocijada búsqueda de venganza)—. Sí, saco dolores de cabeza espantosos, por culpa de todos esos tumores y hemorragias cerebrales que siempre estás provocándome. Y punzadas en el pecho, por todos esos ataques cardíacos que siempre me dices que estarías encantada de que tuviera. ¡Yo no estaría tan encantado si sufriera uno! En realidad, empiezo a sentirme bastante desgraciado por tener que escucharos a las dos cuando me decís una y otra vez lo desgraciadas que *sois*. —Mi mujer y mi hija están ahora calladas y sumisas (y una ola de satisfacción y de autocomplacencia empieza a invadirme y a endulzar mi palpitante sentido de agravio. Siento tanta autocompasión que me resulta delicioso de un modo casi insoportable. También me siento poderoso. Me siento fuerte y elocuente, y una parte de mí desea que Green o alguien a quien quisiera impresionar, como Jane, u Horace White, o tal vez alguna belleza riquísima y famosa con unas tetas maravillosas y pelo brillante, pudiera verme tan locuaz y dominante)—. Estoy harto —digo con una inflexión engañosamente suave, como para desconcertarlas un poco más—. Sí, estoy harto y cansado ya de soportaros a las dos irrumpiendo en mi estudio cuando os da la gana, para decirme que creéis que soy un marido pésimo y un padre espantoso.

—Estabas leyendo una revista —comenta mi mujer.

—¿Tú también? —le pregunto con sorna.

—Nos vamos.

—Este *es* mi estudio —le recuerdo cáustica (y desesperadamente), alzando la voz al ver que se vuelve para irse—. ¿O no? Y ahora que lo pienso, ¿qué demonios estáis haciendo las dos aquí en este momento? ¿En mi estudio, cuando tengo que hacer tantas cosas importantes?

—¿Qué es más importante —comete el error de preguntar mi mujer—, tu propia mujer y *tu* hija o bien esas otras cosas importantes?

—Marchaos, por favor —respondo—. Ese es el tipo de pregunta que no quiero que volváis a hacerme nunca más en mi vida.

—Muy bien. Nos vamos.

—Marchaos, pues.

—Vamos.

—¡No, quedaos! —les grito de repente a las dos.

—Nos vamos.

—¡Os quedáis aquí! —les exijo.

—¿No estamos ya aquí?

(De pronto me parece de una importancia obsesiva, más importante que nada en el mundo, que se queden y sea *yo* a quien hagan salir. Que me hagan salir de *mi* estudio. Se me llenan los ojos de

lágrimas. No sé por qué. No son lágrimas de ira, sino de orgullo herido. Es una pataleta y me siento obligado a ceder a ella sin resistirme).

—¡Me iré yo! —grito, y las dos se quedan mirándome desconcertadas, al verme correr hacia la puerta haciéndome el mártir —. Y dejad de entrar esas sillas de extranjis —añado haciendo el ruido de sorberme la nariz.

—¿Qué?

—Ya sabéis a qué me refiero. Además, siempre me robáis los lápices y nunca me los devolvéis.

—¿De qué estás hablando?

—Cada vez que cambiáis la decoración. De esta maldita casa. Siempre dejáis las sillas aquí. Como si yo no fuera a notarlo.

Mi mujer está perpleja. Yo, en cambio, estoy contento. (Disfruto al máximo de mi rabieta. Sigo siendo un niño. Soy un niño abandonado a quien conozco, que nunca crecerá y nunca cambiará, que se va y luego vuelve. Es un chico herido y está muy solo. Es flaco. Siempre que lo recuerdo me entristezco. Aún sigue vivo, pero no lo controlo. Esto es todo lo que llegó a ser. Nunca va muy lejos y siempre vuelve. No puedo ayudarlo. Entre nosotros hay ahora un vacío insondable. Siempre está cerca). Y cuando doy media vuelta exultante para salir furioso dejando a mi mujer y a mi hija en mi estudio silenciosas y en grave desventaja moral, veo a mi hijo mirándonos desde la puerta. Y le doy un pisotón antes de poder evitarlo.

—¡Ay! —gime.

—¡Oh! —digo.

Ha estado esperando allí, escuchándolo todo furtivamente.

—¡No es nada! —me tranquiliza sin aliento.

Agarrándose el pie con las dos manos, saltando a la pata coja sobre el otro, retrocede hasta el marco de la puerta, como si lo hubiera pisado a propósito y tuviese la intención de volver a pisarlo.

—¿Te he hecho daño? —le pregunto.

—No es nada.

—Pero ¿te he hecho daño? Perdóname.

—No es nada. En serio. ¡No me duele!

—No tenía intención de pisarte. Pero ¿por qué te frotas el tobillo?

—Porque me has hecho un poco de daño. Antes. Pero ahora ya está bien. En serio. De verdad, no es nada. —(Me suplica con gran ansiedad que crea que no es nada, me ruega que pare de acribillarle con mi abrumadora solicitud. «¡Déjame en paz, por favor!», intuyo que debe estar gritándome para sus adentros, con furia, y me rompe el corazón reconocerlo. Retrocedo un paso)—. ¿Ves? —me dice

titubeando y me lo demuestra.

Pone el pie en el suelo y lo apoya con cuidado, mostrando así que es capaz de quedarse de pie sin ayuda. Veo un moretón diminuto en la piel, un rasguño blanquecino, insignificante, que le ha dejado el borde de mi zapato, una minúscula laceración del tejido dermatológico que cubre el tobillo, no una herida seria. (Él es probablemente la única persona en el mundo por quien yo haría cualquier cosa para protegerlo de todos los tormentos y los males. A pesar de ello, siempre fracaso. Aparentemente no puedo ayudarlo sino hacerle daño. Le pasan cosas sobre las cuales no tengo ningún poder y de las cuales a menudo no tengo ni conocimiento hasta que el episodio ha terminado y el daño ya está hecho. En mis sueños corre a veces un peligro mortal y nunca puedo moverme a la velocidad suficiente para salvarlo. Las piernas me pesan toneladas. Tengo los pies clavados en el suelo. Se muere, pero en mis sueños la tragedia es siempre mía. En la vida real, ya sufre torturas secretas que se resiste a divulgar, y muchas otras que no puede comprender ni describir. Tiene miedo a la guerra y al crimen. Le intimidan los uniformes. Tiene miedo al robo. Tiene miedo de robar cualquier cosa y de que le roben algo a él). Sin aliento y blanco como el papel del susto, se queda mirándome cómo lo miro (sus delicadas ojeras son de un azul patológico) y tiembla con una consternación tan violenta al pensar que voy a hacerle daño que se diría que no tardará en desintegrarse en mil añicos, a menos que yo me lance inmediatamente a mantenerlo de una pieza. (No me lanzo hacia él. Tengo ese sentimiento deprimente, intuitivo, una vez más, de que, si en efecto estiro una mano hacia él, supondrá que lo hago para pegarle y retrocederá amedrentado. No sé por qué teme siempre que vaya a castigarlo, cuando nunca le pego ni nunca le he pegado. No sé por qué tanto él como mi hija creen que yo solía pegarles mucho cuando eran pequeños, cuando en realidad no creo haberles pegado nunca a ninguno de los dos. Mi hijo es capaz de herirme de muchas maneras que él ni sospecha y contra las cuales no tengo fuerzas para defenderme. O tal vez lo sospecha. Y lo hace con un fin. Cuando pienso en él, pienso en mí). Y sé por qué está temblando en este momento, agitándose, inquieto y tirándose nerviosa e inadvertidamente del pequeño bulto del pene bajo los pantalones, como si estuviera deseando orinar. Sé que he debido parecerle enorme cuando he girado furiosamente sobre los talones para irme y lo he pisado a ciegas. He debido de parecerle inhumano, gigantesco, como ese monstruo oscuro, peludo, con pies de plantígrado (el gallo que vuela en otra lámina no es la única mancha peluda) en esa desagradable tarjeta paterna del test de Rorschach.

—Entonces ¿por qué tienes ese aspecto tan alicaído? —quiero saber tímidamente—. Si no te duele.

—Tus gritos.

—No estoy gritando.

—*Estabas* gritando antes.

—No estoy gritando ahora. Ni siquiera estaba gritándote *a ti* —arguyo con una seriedad cómica, tratando de apaciguarlo. Quiero que él también sonría. (No puedo soportar verlo triste, sobre todo cuando yo soy la causa. Contengo furiosos impulsos hostiles contra él cuando no me complace en mostrarse tan enteramente satisfecho con la vida y conmigo como desearía)—. ¿Te gritaba acaso?

—No —responde sin vacilar, y vuelve a retorcerse donde está (como si quisiera arrancar ambos pies del suelo y salir volando) y se golpea espasmódicamente las rodillas con las palmas inquietas—. Pero *estás* a punto de gritarme —señala con astucia, con un destello de intuición en los ojos—. ¿O no?

—No, no, no, no —le aseguro—. No voy a gritarte.

—Pero lo harás. Sé que lo harás.

—No. ¿Por qué habría de gritarte?

—¿Ves? Te lo he dicho.

—No estoy gritando.

—Estás gritando ya.

—¡No estoy gritando!

—¿No está gritando, mamá?

—No creo que sepa *lo que* hace.

—Gracias —digo mordazmente a mi mujer—. Con eso calmarás las cosas.

—¿Sabes que eres imposible? —responde ella—. Cuando te pones así.

—Soy posible.

—Papá es posible —recita mi hija en tono contrariado.

—¿Vas a gritarme ahora? —pregunta mi hijo.

—No voy a gritarte en absoluto —le digo—. He hablado en voz alta solo para enfatizar —le digo casi en un susurro, obligándome a sonreír e imponiendo a cada palabra una calma escrupulosa y conciliadora. Me pongo en cuclillas junto a él y pongo la cara casi al mismo nivel que la suya para mirarlo paternalmente a los ojos. Me deja que le coja las manos. Siento que los tejidos que hay en ellas laten y saltan como pececillos. (Todos en mi familia tiemblan en casa, salvo yo, a pesar de que no quiero que tiemblen. Cavilo y estoy de mal humor y me quejo mucho y deseo estar en otra parte. Tiemblo en otras partes. En la oficina. Cuando duermo. Cuando estoy solo en los

aeropuertos esperando aviones. En hoteles poco familiares en ciudades que no me gustan, a menos que me emborrache y consiga a una muchacha o a una mujer a la que pueda soportar y que pueda pasar la mayor parte de la noche conmigo. No me gusta estar solo de noche y siempre que estoy solo dejo una lucecita encendida. Estar exhausto no ayuda, al contrario, el agotamiento es peor, porque no duermo nada y me bajan las defensas. Me invaden sentimientos repugnantes, como ríos de piojos o de escarabajos que me muerden, y me cuesta mucho contenerlos y obligarlos a que vuelvan al lugar de donde han venido. A veces imagino un animal que se arrastra sobre sus patas silenciosas durante la noche, cuando tengo los ojos cerrados, y me come la cara… aunque esto es otra historia infantil. Mis sueños son desalentadores. No quiero contarlos. Tengo miedo a la castración, tengo sueños de castración. Una vez soñé que a mi madre le crecían mejillones en las piernas y ahora sé lo que significaba aquello)—. Por favor, no me tengas miedo —insisto tiernamente, casi se lo ruego—. No haré nada que pueda herirte o asustarte. Ni ahora ni nunca.

—No es nada —me dice, tratando de consolarme.

—Puedes confiar en mí. Ahora no estoy gritándote, ¿ves? Estoy hablando en voz baja, ¿verdad?

Asiente con la cabeza, receloso (y siento ganas de levantar la voz y empezar a gritarle otra vez para convencerle de que nunca le grito por nada. Pero no lo hago. No quiero volver a asustarlo. En realidad nunca quiero asustar a ninguno de los tres y cuando lo hago siempre me arrepiento y me disgusto conmigo mismo. *Casi* siempre. Pero solo cuando logro intimidarlos; si intento intimidarlos y no lo consigo, me desespero. Y me asusto. Ahora lamento haberlos intimidado a todos; y, al hablarle a mi hijo, también estoy tratando de disculparme ante mi mujer y mi hija. Quiero que vean que estoy arrepentido. Lo que no quiero es decirlo. Quiero que me perdonen).

—¿Por qué me miras así? —le pregunto con una voz preocupada, un poco acusadora (rogándole que se relaje y se sienta libre y seguro y feliz conmigo)—. ¿Por qué pareces preocupado?

—No es nada.

—Puedes confiar en mí —le aseguro.

—Solo lo parezco.

—Y antes tampoco te he gritado —continúo diciendo, sin poder controlarme—. A veces, cuando una persona levanta la voz y habla fuerte, no es porque quiera gritar ni esté enfadada, sino porque quiere que se crean lo que está diciendo. Lo hace para darle *énfasis*. Solo quiero ser… *enfático*. Eso es lo que quiere decir la palabra «*enfático*». —Me interrumpo, irritado al ver que mi hijo ha mirado de soslayo un

instante a mi hija, para luego levantar los ojos con un aire dramático de tedio (como suelen hacer ostensiblemente mis dos hijos cuando mi mujer o yo los sermoneamos largamente por haber hecho algo que consideramos arriesgado, o cuando los abrumamos con instrucciones innecesarias o con preguntas repetitivas. Prefiero que esté aburrido y se burle de mí a que esté aterrorizado. Prosigo, pues, apacible y persuasivamente, en lugar de reprenderlo con acritud, a pesar de que durante un segundo me he sentido ofendido en mi dignidad)—. Pues eso era lo que estaba haciendo cuando he levantado un poco la voz antes. —Y repito—: Solo me he mostrado… *enfático*. Me gustaría que te convencieras de que no pensaba gritarte y que tampoco estaba enfadado. Y ha sido exactamente lo mismo cuando estaba hablando con ellas —miento—. Tampoco les he gritado en ningún momento.

—Lo sé —dice mi hijo—. Ahora lo sé.

—Y no estoy gritándote ahora, ¿verdad?

—No.

—O sea que tenía razón, ¿no?

—Sí. No pasa nada.

—Bien. Me alegro de que me comprendas. Y es por eso por lo que… —digo irónicamente con una sonrisa, y de algún modo sé que mi hijo ha adivinado el final del chiste y que va a interrumpirme para decirlo él. Me detengo, para darle tiempo.

—¡… me has gritado! —exclama.

—¡Exacto! —respondo lanzando una carcajada.

(Tenemos mentes muy parecidas, mi hijo y yo, en cuanto al sentido del humor y a las premoniciones).

—Y *yo* —aventura con cierta osadía, aprovechando su momento de éxito, con una mirada de reojo a mi mujer que rebosa picardía—, ¿también soy un coñazo para ti?

—¡Y cómo! —exclamo. (Mi primer impulso es volver a reírme a carcajadas. El siguiente, protegerlo contra cualquier reproche hipócrita que pueda provenir de mi mujer por decir palabrotas. Rápidamente, haciendo el payaso, riendo, fingiendo alarma con grandes muecas y antes de que mi mujer pueda reaccionar, grito)—: ¡Y ahora te gritará *ella*!

—¡No!

—¿No?

—¿Vas a gritarme?

Mi mujer, sin embargo, está contenta (no enfadada) y se ríe alegremente, con alivio (porque ve que ahora yo también estoy contento y que he dejado de estar enfadado con ella y con mi hija).

—No, pero eres un demonio y un granuja —lo reprende

afectuosamente—. Porque *sabías* que no te gritaría esta vez aunque dijeras esa palabra.

—¿Qué palabra? —pregunta mi chico con una expresión de fingida inocencia—. ¿Coñazo?

—¡No vuelvas a decirla!

—¿Coño?

—No conseguirás que la diga *yo*.

—¿Qué? ¿Coño? —pregunta mi hija, incorporándose juguetonamente.

—Me doy por vencida. —Mi mujer levanta los brazos con un gesto de alegre exasperación—. ¿Qué voy a hacer con los tres?

—Di «coño» —le aconsejo.

—¡Coño! —exclama mi mujer comedidamente, estirando la cara como una trompa de elefante al decirlo en dirección a los chicos. Estos dan alaridos de risa—. ¡Coño! ¡Coño, coño, coño, coño, coño!

Todos se echan a reír histéricos.

Mi hija pierde el equilibrio debido a la tremenda excitación que la invade al verse liberada de forma tan súbita, y sin castigo, del conflicto hiriente que tenía concebido y en el cual se ha encontrado tan pronto en la condición de víctima torturada. Se cae encima de mi hijo con gesto alborozado; los dos se abrazan con intensa alegría y se desplazan tambaleantes por todo mi estudio, tropezando entre ellos y con nosotros y con las sillas de más que mi mujer invariablemente mete en mi estudio cada vez que no sabe dónde poner alguna. Mi hijo está infinitamente satisfecho consigo mismo, fuera de sí de alegría y extasiado de asombro por haber podido decir una palabrota de forma imaginativa y espontánea y haber salido impune y, en fin, por habernos transportado a todos a un espíritu de calidez y de buena voluntad generosa desde el rencor salvaje con el que habíamos estado golpeándonos mutuamente. Ahora sentimos cercanía, intimidad, respeto mutuo y espontaneidad. Los chicos chocan entre sí y se abrazan y siguen riendo a carcajadas. Yo los contemplo con afecto (sintiéndome satisfecho y a la vez benévolo). Me alegro de que sean míos.

—En realidad son unos chicos muy buenos —me murmura mi mujer en tono pensativo al oído, de manera que solo yo la oigo.

Hago un gesto de asentimiento y me siento nostálgico y contento (también conmigo mismo y con ella). Le paso un brazo por la cintura y la estrecho contra mí. Se acerca deseosa, el cuerpo arqueado, y se adapta al mío con flexibilidad. Tengo una erección. (Si estuviéramos solos me la follaría ahora mismo. Nos follaríamos el uno al otro). Le deslizo una mano por el culo y sigo la curva hacia abajo hasta llegar al

sexo. Ella se aparta.

—Más tarde —me advierte con cautela.

—No, ahora —le pido con insistencia.

—Estás loco.

—Puede que más tarde no pueda.

—Podrás. O de lo contrario… —dice riendo—. Me encargaré de que puedas.

Me echo a reír yo también.

Tal es el servicio indispensable que nos presta con regularidad e ingenuidad este angelical hijo mío («No es real —se queja mi hija con envidia—. Nunca es mezquino. Nunca se enfada»), que no está en mejor situación que el resto (que probablemente está mucho peor, en realidad, porque no tiene más que nueve años y ya se ha asustado de prácticamente *todo*: alturas, secuestros, tiburones, cangrejos, borrachos, adultos que lo miran fijamente, policías, obreros de aspecto descuidado, guerras, italianos, y de mí. No teme tanto a los monstruos ni a los fantasmas, porque los monstruos y los fantasmas son tontos. Teme a los seres humanos. Se aparta de los lisiados. Se alegra al ver a un poli, pues alberga la vaga esperanza de que lo protegerá del resto, incluso de mí), unirnos una y otra vez recordándonos quiénes somos y qué sabemos el uno del otro, deteniéndonos a los tres en el momento preciso y obligándonos a retroceder —al evocar y al recordarnos la gran capacidad de afecto que cada uno de nosotros oculta en lo más profundo de sí mismo, como una herida abierta, afecto hacia él, y afecto, tal vez, hacia los otros— e impedir que nos mutilemos deliberada, brutal, irreparablemente, con malicia y placer premeditados, eso en caso de que no nos hayamos mutilado mutuamente para siempre. Creo que nos une como familia y que nos mantiene juntos. (Con frecuencia pienso en largarme y siempre lo he pensado. Mi hija no ve la hora de largarse, o afirma que no puede irse). Creo que nos desintegraremos como familia cuando él sea mayor y se vaya. (Lo quiero tanto que estoy seguro de que se morirá).

—Lo quieres más que a mí —dice mi hija.

—No —respondo mintiendo, porque no siempre tengo ganas de ganarle la partida y porque a veces la veo tan sin esperanzas que me descubro sufriendo en silencio a su lado, como si estuviera junto a un ataúd abierto o una tumba en la cual su futuro ya está enterrado. (Todavía no ha llegado a los dulces dieciséis años, pero a veces los dos tenemos la sensación de que ya ha perdido todas las oportunidades de futuro. ¿Cuándo las perdió?)—. Pero debes admitir, querida, que él es mucho más agradable.

—Lo sé.

No nos resultan tan divertidas cuando están sucediendo, estas corrosivas disputas familiares que provoca mi hija con tanta malignidad y no siempre terminan en encuentros amorosos entre mi mujer y yo en el dormitorio o en estallidos de carcajadas estridentes para los chicos. Son atormentadoras, especialmente para ella. Quisiera que, en lugar de crear estas situaciones, escribiera comentarios sobre libros que ha leído, o bien hiciera rompecabezas complicados de mil piezas, cada vez que encuentra que le sobra el tiempo y que no tiene ninguna forma divertida de pasarlo. (Quisiera que se enamorase, o algo por el estilo).

Pero no puede dejar de hacerlo.

(Es una compulsión).

Tiene que seguir en la lucha, como un ser sombrío y traidor impulsado por la obsesión de socavar y de destruir. Yo, nosotros, no sabemos qué necesita y qué siente que podemos darle (quiere ser hermosa, esbelta, brillante, famosa, rica y con talento… ¿y quién se lo reprocha? También nosotros querríamos que fuera todo eso. Quizá lo sabe. Pero no insistimos), y ella no nos lo dice. No lo sabe. A veces confía en nosotros sin beligerancia ni malicia. Se confiesa. Se queda de pie junto a nosotros con aire apático, con la cabeza inclinada y abatida, y con palabras que parecen abrirse paso con mucho trabajo desde su alma y que fluyen de sus labios en un tono bajo, nostálgico, abyecto, nos dice:

—No tengo nada que hacer.

A mi mujer le rompe el corazón que mi hija no tenga nada que hacer.

No permitiré que me lo rompa a mí.

Mi hija se muerde las uñas, y supongo que también tengo la culpa de eso. (Por lo menos es algo que hacer. Mi hijo tiene mala postura, y yo también). Empezó a morderse las uñas a los cinco años, aproximadamente. Mi hijo tenía la costumbre de chuparse el dedo cuando dormía y se le formó un bulto blanco e hinchado (del color de un hongo o de la piel muerta que está a punto de desprenderse) en la articulación, que le impedía jugar bien y lo avergonzaba durante el día al recordarle el origen. No conseguíamos que dejara el hábito. Cuando se acostaba, le envolvíamos el dedo con vendas malolientes, pero se lo llevaba a la boca igual. Hasta probamos ese líquido de sabor horrible que habíamos usado sin resultado durante años para que nuestra hija dejase de morderse las uñas. Pero esto tampoco sirvió, de manera que sigue mordiéndoselas. No sé cómo dejó mi hijo de chuparse el pulgar. No sé cómo consiguió obligarse a dejar de hacer cosas mientras dormía. (Muchas veces logro detener sueños desagradables en su comienzo despertándome de golpe con los

primeros síntomas proféticos, como una respuesta a una señal de alarma atávica. Como un buen censor o director de películas soy capaz de gritar «¡Corten!» ante el primer espectro de algo torcido en los guiones de mis sueños, para que recomiencen en otra dirección. Las palabras concretas que me digo son: «¡No, no! ¡Por ahí no!». Mantengo, en fin, una guardia acechante sobre la inteligencia dormida, hasta que los sueños vuelven a reescribirse en imágenes y asuntos más de mi agrado. Entonces ya puedo relajarme y dormir tranquilo, dándoles rienda suelta. Consigo detener estos sueños indeseables solo si comienzan cuando estoy quedándome dormido poco a poco y todavía estoy en contacto conmigo mismo. Muchas veces no puedo. Me quedo entonces en las tinieblas, como un bebé sin miembros mientras los sueños siguen su curso inexorable a través de todo mi ser de forma desenfrenada, como si yo fuera una mente indefensa e incorpórea, o bien un bebé diminuto, sin brazos, sin piernas, prisionero e inmóvil en la cuna o en el claustro materno. No puedo soportarlos. Los olvido. Dejan rastros. Los tengo a menudo. Los tengo siempre que los deseo).

(Hay tantas cosas que temo descubrir).

Mi hija duerme mal, y a excepción de períodos breves e inmotivados de alegría eufórica y de elaboración de planes (que surgen con tanta rapidez y exuberancia que resultan casi febriles), prefiere aferrarse a la trágica visión que tiene acerca de sus propias posibilidades. Se asusta con facilidad y con frecuencia está nerviosa. Probablemente sea virgen. (Si no lo fuera, me lo diría. Cuando deje de serlo me lo dirá —cada vez más a menudo visualizo esta ocasión que se aproxima a mi pesar— y pienso con aprensión en el día o la noche en que entrará en mi estudio para burlarse de mí con *eso*. ¿Qué deberé decirle? Me reiré y le restaré importancia, desde luego, para no empujarla a la promiscuidad y la perversión, por un lado, y la frigidez y la abstinencia, por el otro. Qué dilema.

—Bueno, estoy seguro de que otras chicas de tu edad también lo hacen, cariño —me oigo decir con elegante displicencia, sacudiendo las cenizas blancas del puro que no fumo—. Me imagino que no eres la primera. ¿No es así?

¿Qué sentiré realmente?). Le falta confianza en sí misma y, como mi hijo (y como yo), desconfía de los desconocidos y se siente incómoda con gente a quien le acaban de presentar. (Yo, por otra parte, duermo bien a veces, aunque me gusta fingir lo contrario, especialmente cuando duermo en casa con mi mujer, si bien en general espero hasta que me muero de sueño antes de irme a dormir. Ja, ja. Cuando duermo fuera de casa con mi mujer, suelo tener una

pesadilla la primera o la segunda noche, generalmente la misma. Un extraño entra ilegalmente por la puerta que he cerrado y se acerca. Ladrón, violador, secuestrador o asesino. Parece ser un negro, pero cambia. Creo que tiene un cuchillo. Trato de gritar, pero no me sale ni un sonido. A menudo tengo esta misma pesadilla en casa, aun cuando siempre cierro todas las puertas con mucho cuidado antes de acostarme. Lo he tenido docenas y docenas de veces. Siempre lo he tenido. Debo de hacer algún ruido, no obstante, cuando lo tengo y estoy tratando en vano de gritar, porque mi mujer se despierta por el ruido de mis luchas, me despierta, me llama por mi nombre y me dice, como si yo no lo supiera, que estaba teniendo una pesadilla. A veces, aun cuando estoy profundamente preso en mi angustia y lo que sea que me amenaza está acercándose ya al lado de mi cama, una parte separada de mí está alerta omniscientemente a la naturaleza de la experiencia, sabe y me asegura que todo no es más que un sueño y observa desde fuera con complacencia y serenidad, esperando, en una actitud de anticipado placer, a que mi mujer se despierte por mis ruidos y movimientos y me llame por mi nombre y me sacuda por los hombros para decirme que acabo de tener una pesadilla. Pienso que la gente tiene más de un cerebro. Me gusta la idea de alarmar a mi mujer con mis pesadillas. A veces, cuando *ella* tiene una pesadilla, me vengo *no* despertándola y permito que la torture tanto como quiera, mientras yo observo desde fuera, pasivo, satisfecho, apoyado en un codo. Tengo también sueños absurdos, pero son cómicos. Yo los veo así. Cuando duermo lejos de casa sin mi mujer, a menudo me preocupa que pueda tener esta misma pesadilla o bien otra igualmente horripilante. ¿Quién me despertará? ¿Sobreviviré a esta si nadie me despierta? No tengo este sueño cuando estoy solo. ¿Me sentiré avergonzado y humillado con quienquiera que me despierte en la habitación de al lado o en la misma cama? Actualmente hay muchas noches en que se apodera de mí un insomnio salvaje en el instante en que toco la almohada con la cabeza y luego me atormenta con violencia toda la noche. El cuerpo, y en particular las piernas, los hombros y los codos, se me vuelven pesados y difíciles de mover. No tengo dónde apoyarlos. Siento el alma frágil. La mente es fina como el papel de seda y la atraviesan con facilidad las emociones y las imágenes. No puedo hacer nada. Se me llena la cabeza de pensamientos inconexos que corren por ella vertiginosamente. A estas alturas ya soy capaz de identificar este insomnio tumultuoso en un segundo o dos. Ya no trato de sobreponerme a él. Es inútil. Me rindo con la sensación de que me hundo. Me quedo quieto y espero con resignación, sometido, con los ojos cerrados, porque es más fácil y cuento con la mañana para que al

llegar me rescate, o bien con un sueño que me invada sin que me dé cuenta al cabo de varias horas y me arranque de esas cataratas arrolladoras de fantaseo, furia, reminiscencias, cavilaciones —todo ello incoherente—, que fluyen por mi cabeza en corrientes torrenciales. Pobre de mí. No estoy seguro de dormir tan bien, en definitiva, a pesar de que generalmente puedo dormitar con cierta facilidad después de almorzar o de tener relaciones sexuales. Me sorprende despertarme por la mañana, después de un ataque de insomnio, y comprobar que he estado dormido. Con frecuencia me siento consternado al despertarme de un sueño profundo y sin pesadillas y ver qué alejado he estado de la vida y qué indefenso mientras estaba lejos. Es casi como si realmente tuviera miedo de la oscuridad. Como mi hija. Y mi hijo.

Como me sucedía cuando yo era pequeño. Y más tarde. Podría no ser capaz de volver. No me gusta perder el contacto con la conciencia de forma total. Los sueños, aun los sueños desagradables y extraños, son mi único contacto con la realidad cuando duermo. Los necesito. Hasta llego a aceptar con placer las jaquecas nocturnas. Estoy fuera de la existencia. ¿Dónde estoy, entonces, cuando no estoy? ¿Archivado? En los últimos tiempos me preocupo por cosas como esta, como cuando era pequeño. Todas las cosas que me inquietan ahora me inquietaban aún más cuando era pequeño. Por esa razón me preocupa que alguna vez tengan que operarme; la idea de que me corten, me golpeen, me sierren y me suturen es abominable, pero la anestesia que adormece la mente de forma total resulta todavía más repelente. ¿Dónde estaré durante ese tiempo sin límite, inconmensurable, entre el momento en que me bajen la máscara sobre la nariz y la boca y me digan que respire hondo, como hicieron cuando era pequeño y me extirparon las amígdalas, y esa otra vez cuando, estando ya casado, me extrajeron dos muelas del juicio, y el momento en que el primer pensamiento vuelva a agitarse en mi mente, y yo, como Jesús en el sepulcro o Lázaro en la tumba, resucite milagrosamente? Creo que se produce un verdadero milagro en el universo cada vez que me despierto después de haber dormido. ¿Qué me ocurre cuando no tengo conciencia de mí mismo? ¿Adónde voy? ¿Dónde he estado? ¿Quién me vigila cuando me voy para asegurarse de que vuelva? Si muero bajo la anestesia, sin duda seré el último en enterarme de que me he ido. Suelo tomar los tranquilizantes de mi mujer cuando preveo que no voy a pegar ojo en toda la noche y pienso que me harán efecto. No quiero tomar somníferos. Traen a mi mente visiones y aromas de antiguos funerales, consultorios odontológicos, fruta de cera. Hace años, cuando mi hija era pequeña, solía aparecer en nuestro

dormitorio en plena noche, o en la puerta de la sala de estar cuando uno de nosotros se quedaba allí hasta tarde. De pronto *estaba* allí. Los ruidos leves, raros, susurrantes que hacía apenas se oían. Los *sentíamos*, en cierto modo, más que oírlos, hasta que nos obligaba a levantar los ojos y percatarnos de su presencia. No podía hablar. Parecía tener la boca paralizada. Respondía con palabras incoherentes a las preguntas secas que le hacíamos y no recordaba nada por la mañana, después de que la obligáramos a volver a su cuarto. O bien afirmaba que no recordaba nada. Tratamos, un poco a ciegas, de relacionar estos episodios con su operación de amígdalas. En realidad, habían empezado antes y no hubo complicaciones durante la operación, ni en el hospital ni en casa, ni antes ni después. Solo hubo desilusión. Ella había esperado algo diferente. Pronto pasó. Y pronto nosotros dejamos de pensar en ello, ya que a ella también se le había pasado. Cuando le extirparon las amígdalas a mi hijo tampoco quería dormir en su cuarto. No hubo complicaciones, según nos dijeron. A pesar de ello, durante cierto tiempo después de la operación, solía entrar sigilosamente en nuestro cuarto en plena noche y se acostaba acurrucado sobre la alfombra al pie de nuestra cama. No quería estar solo. Si llegaba demasiado pronto, cuando todavía estábamos despiertos, lo hacíamos volver a su cuarto y le decíamos que podía dejar una luz encendida. A veces le gritábamos. A pesar de ello, y por mucho que le gritáramos, siempre volvía, o bien intentaba volver una y otra vez a nuestro cuarto con el mayor sigilo y astucia, como un recién nacido anhelante, para acurrucarse en el suelo a un lado de nuestra cama. Allí lo encontrábamos al despertarnos, tendido sobre un costado como un feto muy bien formado, chupándose el dedo. Era una experiencia paralizante, dolorosa para nosotros, salir de nuestro sueño diariamente y recibir, como primer golpe de la mañana, la chocante sensación de que había otro ser vivo en el cuarto con nosotros. Cuando cerrábamos con llave la puerta de nuestro dormitorio para que no entrara, dormía acurrucado en el suelo delante del umbral. Si uno de nosotros tenía que salir por algo del dormitorio durante la noche, inesperadamente tropezábamos con su cuerpo al abrir la puerta y por poco no gritábamos del susto. Si nos levantábamos de la cama a oscuras, teníamos miedo de pisarlo. Podríamos haberle permitido acostarse con nosotros, sin duda, y estábamos dispuestos a ello, pero el médico dijo que no lo hiciéramos. No nos gustaba verlo en ese estado. No queríamos rechazarlo. Ahora me arrepiento. Creo que el doctor estaba equivocado. Tampoco sé qué otra cosa podríamos haber hecho). Mi hija es muy susceptible y está siempre a la defensiva, de modo que interpreta hasta las más leves sugerencias sobre su persona

como feroces ataques personales. Tiene tendencia a menospreciarse exageradamente, pero al mismo tiempo se irrita cuando la defendemos o la elogiamos. Algunas veces se echa a llorar, como si fuéramos *nosotros* quienes la menospreciamos. Tiene un don para ponerme en situaciones como esa. No es tan alta ni tan gorda como se ve, no tiene la piel tan grasienta como teme y, además, tiene una cara mucho mucho más bonita de lo que está dispuesta a asumir. En realidad, es sumamente atractiva. A pesar de ello, no puede creer en lo que ve, ni tampoco en nuestras afirmaciones.

Envidia a todas las chicas que conoce por una cualidad u otra (la figura de esta, el pelo de esta otra, el dinero de la de más allá, la inteligencia o el talento de aquella otra) y no sabe a cuál de ellas querría emular. (Ahora que es alta para su edad, se siente enorme y torpe. Cuando era más baja que la mayoría de sus amigas, estaba convencida de que solo las chicas muy altas pueden considerarse hermosas. Cuando era delgada, se sentía sin formas y sin sexo. Ahora que tiene exceso de peso y pechos grandes en pleno desarrollo, se siente poco atractiva, y cree que los chicos se enamoran solamente de las chicas que son esbeltas y tienen el vientre plano). Todo esto podría tener gracia si no fuera tan real para ella. No puede decidir, por ejemplo, si quiere que sus pechos (tetas) sean grandes o menudos. (También esto podría tener gracia si no fuera porque cavila largamente y con aire melancólico por este motivo durante períodos de mutismo en los cuales está ensimismada. A veces está sentada con nosotros, pero a varios mundos de distancia.

—Un penique por tus pensamientos —solía decirle yo.

Ahora solo responde a este envite con una mirada de desdén).

Considera que no tiene aptitudes para nada. La verdad es que no las tiene. Pero ¿a quién le importa? ¿A quién le importa que no tenga aptitudes especiales, habilidades, belleza o tacto social? A *ella* le importa. (Y tal vez a mí. Y a mi mujer. Y quizá le hayamos hecho saber que nos importa. *Si* le dijéramos que no nos importan cosas como esa, nos diría que no nos importa nada de ella. Conoce todos los trucos. ¿Cómo puedo decirle a mi hija que es la adolescente más extraordinaria y bonita del mundo cuando los dos sabemos que no es verdad? ¿Qué respuesta puedo darle cuando me pregunta cómo puede compararse con otras chicas que la superan en un aspecto o en otro?). Le importa mucho. (Y a mí tal vez también).

—¿Estás desilusionado conmigo? —me pregunta periódicamente.

—No, desde luego que no —respondo—. ¿Por qué habría de estarlo?

Conoce a mucha gente, pero se siente sola y casi nunca parece

divertirse. (Esto nos indigna, esta resistencia obstinada a ser feliz y a divertirse, a pesar de que tratamos de no interpretarlo de ese modo. Sé, sin embargo, que muchas veces me ha enfurecido tanto el hecho de que mi querida hijita no tenga nada que hacer que me han dado ganas de agarrarla de los hombros y sacudirla y golpearla frenéticamente en la cara y en los hombros con los dos puños y gritarle: «¡Sé feliz, maldita sea! ¡Mocosa egoísta! ¿No ves que nuestras vidas dependen de ello?».

Nunca lo he hecho, por supuesto, ni tan siquiera se lo he mencionado a mi mujer, a quien le repelería la brutal fealdad de ese impulso anormal y depravado, a pesar de que sé que ella experimenta los mismos impulsos brutales y anómalos. En cuanto a las interminables rencillas de mi mujer con mi hija, alguna vez he comentado:

—Espero que te des cuenta de que en realidad piensas en tu propia felicidad y no en la de ella.

—Eso no es verdad. —Mi mujer es inconmovible cuando replica—. ¿Tú no crees que yo *quiera* verla feliz? ¡Estoy pensando en ella!

—¡Y un cojón! —le dije, o tuve la tentación de decirlo.

Pues sé que fue mi mujer quien le provocó un acceso de llanto cuando le planteó, a propósito de cualquier tontería de la cual hablábamos, que diera una fiesta para sus dieciséis años, ya que es un secreto jamás mencionado que nunca conoce al mismo tiempo a una cantidad suficiente de chicos y chicas que le caigan bien, o a los que les caiga bien ella, como para organizar una fiesta más o menos exitosa, y este es uno de los puntos más neurálgicos de su infelicidad). Se considera poco popular. Hace amigos con facilidad y luego los desecha cruelmente. Todavía se muestra tímida con los chicos. (Ha tenido ya, sospecho, por lo menos una experiencia sexual ingrata de algún tipo y contempla con aprensión la posibilidad de tener otras). No se encuentra cómoda cuando hay chicos en casa y yo estoy presente. ¿Habrá sido mi mujer tan inocente como aparentaba al proponer la fiesta, o bien hizo la sugerencia con una crueldad astuta y quizá inconsciente? No lo sé. Probablemente lo hizo inocentemente, porque mi mujer tiende a mirar con nostalgia lo que recuerda como los momentos felices de su propia adolescencia. Mi mujer disfrutó como una princesa en el baile que ofreció su madre cuando cumplió dieciséis años, o por lo menos eso cree. (Quizá fue la última vez en su vida que le permitieron sentirse importante). Mi mujer es uno de esos seres humanos afectuosos y sentimentales que siempre ven algo bueno en todo el mundo (cuando le dejo) y que tienden a ver las experiencias del pasado de color de rosa, con el resultado de que los recuerdos que

tiene son a menudo inexactos. Le gusta creer que quería a su madre, pero sabe bien que la odiaba. Su adolescencia fue torturada, no feliz. Detesta a su hermana menor, y siempre la ha detestado. (Por lo menos yo no empecé a odiar a *mi* madre hasta que se convirtió en una carga para mí. Sigo teniendo sueños tristes y nostálgicos sobre mi madre en los cuales soy un niño y ella se va. Y cuando abro los ojos tengo restos de lágrimas).

A mi hija, en realidad, no le gustan mucho sus amigos (los toma y los deja una y otra vez de forma arbitraria), y tampoco me gustan a mí, con la excepción de una compañera de clase, seis meses mayor que ella, que es esbelta y bonita y misteriosa y quien, estoy casi convencido de ello, está coqueteando conmigo, provocándome. (Yo la estimulo). Ya no es, según me dice mi hija, virgen. Tiene un aire experimentado, inquisitivo, que la distingue de las otras. No aparta los ojos de mí cuando estoy cerca, ni yo los aparto de ella. No estoy seguro de quién empezó. Creo que fui yo. (A lo mejor reconocemos algo, la misma cosa, en el otro, y *ella* cree que yo flirteo con ella, lo cual puede ser verdad, pero si flirteo, lo hago solo en broma. *Espero* hacerlo solo en broma). Con dieciséis años sería *demasiado* joven incluso para mí. (¿O acaso no? *Alguien* tendrá que acostarse muy pronto con esa muchachita provocativa, bonita, ardiente, si no está haciéndolo ya, ¿y por qué no habría de ser yo, en lugar de algún tonto de dieciocho o veintiún años, cínico y arrogante, que no la disfrutará tanto como lo haría yo, ni la colmará e intoxicará con el encanto de la adulación y de las pequeñas atenciones que yo podría brindarle, ni saboreará la picante depravación del asunto tanto como yo estoy seguro de que lo haría? Aunque no estoy tan seguro de que estuviera dispuesto a hablarle a nadie de esta). No, dieciséis años es demasiado joven (lo suficiente como para ser mi hija, ja, ja!), y me pongo irritable cuando mi hija sale de su cuarto para charlar con nosotros solo con el camisón o la bata, que no siempre mantiene cerrados ni por arriba ni por abajo. (No sé hacia dónde mirar). O me alejo sin dar explicaciones (hirviendo de ira, pero sin decir nada), o bien le mando con una voz brusca e irascible que se tape o junte las piernas o se cierre la bata por el cuello y por debajo de las rodillas si quiere quedarse. Siempre se muestra perpleja ante mis explosiones. Abre los ojos de par en par. (Aparentemente no entiende por qué me comporto así. No puedo explicárselo. Tampoco puedo explicárselo a mi mujer. Me cuesta creer que mi hija sea realmente tan ingenua. Sin embargo, ¿qué otra explicación hay?). Más tarde me arrepiento de haber reaccionado con tanta violencia. (Aunque hay poco que pueda decir para disculparme. ¿Adónde debo mirar cuando mi hija alta y núbil

viene a hablarme casi sin ropa y se sienta descuidadamente con las piernas abiertas y la bata en desorden? ¿Cómo debo sentirme? Nadie me lo ha dicho nunca). Todos los muchachos y las muchachas de este sombrío círculo de adolescentes del cual forma parte mi hija son morbosamente iguales (ninguno es feliz), mucho más que las chicas, los chicos, los hombres y las mujeres con quienes trabajo en la compañía (aunque, a aquellos, *nosotros* también les pareceríamos iguales). Ninguno es un ser bien adaptado. (Yo estoy bien adaptado, lo cual no es exactamente algo que hable en favor de serlo, ¿no?). Manifiestan desafío, desagrado, apatía e indiferencia. Generalmente no tienen ganas de hacer nada. No quieren ser nada cuando sean mayores. No tienen ídolos. (Tampoco los tengo yo. Actualmente no querría ser ningún otro, salvo yo mismo, a pesar de que tampoco me gusto mucho, en realidad ni estoy seguro de saber quién soy). No se sienten cómodos con adultos (conmigo). Adoptan poses y actitudes cuando están con nosotros. Se esfuerzan por ser tan reticentes y solitarios como topos. No quieren que oigamos lo que dicen cuando conversan entre ellos. Yo creía antes que siempre fingían. Ahora creo realmente que son tan cínicos y están tan desanimados como creen que fingen estarlo. No quieren ser médicos, cuando sean mayores, ni aviadores, ni campeones mundiales de peso pesado. En el fondo tampoco quieren ser abogados. Ninguno de ellos quiere ser presidente de Estados Unidos, jefe del Estado Mayor, presidente de la Junta de Directores de E. J. du Pont de Nemours y Cía., ni yo. (¿Por qué habrían de quererlo? Hay ya bastantes personas para hacer ese tipo de trabajo. Yo, por ejemplo. Lo hago porque a estas alturas no hay nada más que *pueda* hacer). Tienen bastantes motivos para ser muy pesimistas, diría. La lástima es que lo hayan descubierto tan pronto.

Algunas muchachas y algunos muchachos siempre aparentan pasarlo mejor que los otros, pero solamente dura poco tiempo en cada caso, y hasta mi hija suele salir de vez en cuando a la superficie y vivir animadamente hasta que ocurre algo (a veces ese algo es tan escurridizo que ni siquiera es posible identificarlo. Es como si de pronto se le agotaran las reservas de alegría, de la misma forma en que a un automóvil se le termina el combustible) que quiebra su serenidad y disuelve su confianza, para volver a hundirla, de forma lenta pero segura, en su acostumbrado pantano de pesadumbre. Algunos de los chicos con quienes sale fanfarronean y se jactan más que los otros, pero el aplomo mundano que muestran es obviamente ficticio. De otro modo, si fueran tan duros y egoístas y dominantes e inmorales como pretenden, los encontraría repelentes e insufribles, ya que he visto a mi hija con estos chicos dentro de automóviles

abarrotados y no me ha gustado lo que he visto o he creído ver. (Aunque ¿qué diferencia hay?).

¿Qué diferencia hay, en realidad, entre lo que hace o deja de hacer con esos chicos que podrían desagradarme con tanta facilidad, y aun quizá con chicas (más o menos casi todas las jóvenes con quienes me acuesto últimamente se jactan de haberlo hecho, por lo menos una vez, con otras chicas), en esos automóviles abarrotados en los que va a las pizzerías donde suena música ensordecedora (la verdad es que no me gusta buena parte de esa música, aunque a veces finjo que me gusta para complacer a mi hija) o a fiestas con la misma música ensordecedora en las casas casi a oscuras de otra gente… siempre que no conduzcan como locos y se maten o se queden lisiados en un accidente?

(¿Qué más da ya quién se tire a quién?). Es demasiado tarde para eso. Es demasiado tarde, creo, para que yo se lo prohíba o la cambie y no sabría cómo intentarlo. Algo les ha pasado a mis dos hijos que no puedo explicar ni deshacer. Al parecer no sé ser bueno con ellos, aun cuando quiero serlo.

—Oíd —les digo a los dos con ansiedad, suplicándoles, de hecho, que me permitan ayudarlos—. ¿Qué queréis ser cuando seáis mayores? Decídmelo. ¿Qué queréis hacer?

—Yo no quiero casarme jamás —murmura mi hija con voz monótona—. Ni tener hijos.

—Yo trabajar en una estación de servicio —dice mi hijo.

—Bien, eso me gusta más —digo con tono de aprobación y una mirada de elogio. ¿Por qué no? ¿Ser dueño de su propio negocio? Tiene sentido. Una concesión rentable. ¿Exxon, Texaco, Sunoco, Shell, Gulf? Sin duda. Es algo. Un comienzo. Muy bien—. ¿Por qué?

—Me gusta el olor de la gasolina.

¡Dios!

—Jack, tú tienes hijos —apelo a Green en la oficina, ya al borde de la desesperación—, mayores que los míos. Tienes un hijo en la universidad, ¿no? ¿Qué quiere hacer cuando regrese?

—Suicidarse.

—Te lo pregunto en serio.

—¿Crees que bromeo? También tengo una hija en la universidad. Aborta. Tiene abortos entre tentativas de suicidio. Se acuesta con canallas. No quieren seguir estudiando. Cuentan con tres intentos entre los dos. Que yo sepa. Uno con cortes en las muñecas, dos con drogas. Te acuerdas de Paul Revere, ¿no? Los dos se drogan. Mi nueva mujer también está loca. Y su madre también. Y la mía. Así que ya no es asunto mío.

—Perdona. No lo sabía.

—Ponte a trabajar. Tampoco es asunto tuyo.

Ha borrado a sus hijos, los ha archivado, los ha clausurado como expedientes viejos que ya no son asunto suyo. Yo, en cambio, tengo todavía a mis niños y quiero rodearlos de cariño y protegerlos del más leve mal. (Quiero que crean que los quiero).

—Escuchadme —les digo, muy agitado—. No tenéis por qué hacer lo que hace todo el mundo. Podéis ser lo que queráis. Yo os ayudaré. No tenéis por qué uniros a los boy scouts, ni jugar al béisbol, ni ir a catequesis los domingos, ni siquiera a la universidad. ¿Qué queréis hacer?

—Yo, ser boy scout y jugar al béisbol —dice mi hijo.

—Yo, irme ya a mi cuarto y escuchar discos —afirma mi hija.

¡Por Dios! ¿Qué les ha pasado ya? Nada les importa. O no lo saben. ¿Cuándo ha pasado? ¿Dónde? ¿Dónde estaba yo cuando tomaron las decisiones que determinarían que ahora él quiera incorporarse a los boy scouts y jugar al béisbol y que todo lo que ella quiera hacer sea meterse en su cuarto para hablar por teléfono y escuchar discos? ¿Es realmente demasiado tarde?

Siento que es demasiado tarde para salvarla, e incluso para ayudarla, y, verdaderamente, no sé si sabría qué hacer ahora para intentarlo (salvo sentarme sumido en la apatía y contemplar cómo vive su vida infeliz). De nada me serviría hoy tratar de cambiarla como tampoco me sirvió en el pasado, cuando era más crédula e impresionable y tenía más deseos de complacerme. Lo he intentado. He provocado, razonado, gritado, lloriqueado, obligado, halagado y persuadido sin obtener nada, salvo, quizá, hacerle más daño aún, hasta que un día me dije que era no solo hipócrita por mi parte, sino además inútil y, por lo tanto, una tontería. Al llegar a ese punto desistí. (Ahora me limito a ciertos gestos de rutina. Debí reconocerme a mí mismo, además, que no me afectaban tanto sus defectos y sus errores, como tampoco las estructuras que la veo construir para sus futuros desastres. Todo lo que encontraba molesto en ella era su desobediencia y su resistencia a creer en mí. Todo lo que representa un peligro para mí, ahora, es su resistencia y su falta de respeto). ¿Qué objeto tenía seguir tratando de influenciarla (salvo poder afirmar algún día, como ahora, que lo intenté)? Sé que ya no tengo influencia sobre ella. (Si supiera que se ha enganchado a la heroína y se ha vuelto una vulgar prostituta, no sabría qué hacer para impedírselo. Me lamentaría y maldeciría *mi suerte*, pero nada de ello serviría para nada. Así pues, no intentaría nada). Todavía no sabe que carezco de poder sobre ella. Por esta razón finjo y por el momento

(aquí viene una redundancia) mantenemos un *modus vivendi*. (Lo único que me queda es el poder de paralizarla). ¿En qué residía la moralidad, el deber y el sentido común de tratar de convertirla en un tipo de persona que no me agrada y que, de cualquier manera, nunca podría haber llegado a ser? Sé dónde terminará (y no me gusta. No me gusta saberlo. Pero ¿qué puedo hacer? Nada. Eso también lo sé). Es ya lo que es, está ya en camino de ser lo que está destinada a ser, buena y/o mala, y no creo que haya ya absolutamente nada que yo, ni nadie, pueda hacer por el momento para ayudarla o cambiarla. Se convertirá en un ser humano del sexo femenino solitario, nervioso y contemporáneo. (Es demasiado inteligente para ser tonta). Es mucho más inteligente que mi mujer, lo cual significa, en primer lugar (al contrario de mi mujer, hasta ahora), que se acostará con los maridos de otras mujeres (y que no vivirá mucho tiempo excesivamente impresionada por su propio marido). No puedo impedirlo. No puedo luchar contra toda una cultura ni tampoco anularla, contra un ambiente, una época, un pasado (sobre todo cuando se trata de mi propio pasado y ambiente tanto como el de ella, y yo mismo formo una parte considerable del de ella), cuando yo he logrado mi propia adaptación a todo ello de forma tan despreciable. ¿Por qué habría de esperar (o aun desear) que sea diferente de otras chicas y mujeres que conozco y me agradan? (Salvo que no son felices. Pero ¿quién lo es?). Si en realidad no está fumando ya un paquete de cigarrillos al día fuera de casa este año, estará fumando un paquete de cigarrillos al día fuera de casa el año que viene. Y si no se tira ahora a uno o dos chicos que conoce, se los tirará más tarde, y realizará otras proezas sexuales comunes con ellos.

—Mira qué cosas dices de tu propia hija —comenta mi mujer con un gesto de disgusto.

—¿Aunque sean verdad?

—Sí.

(Aunque esto es lo que *ambos* diríamos de ella si no fuera nuestra propia hija, porque mi mujer y yo nos hemos dedicado a hacer estas mismas conjeturas despreciativas sobre la mayoría de las amigas de mi hija y sobre las hijas de otros de su misma edad o más pequeñas).

No es ya una cuestión de moral, ni de decisión. Es cuestión de tiempo. (Y mi mujer, que profesa una lealtad romántica respecto a la forma en que *deben* ser las cosas, no es consciente de su propio pasado. Prefiere olvidar que hasta *nosotros* lo hacíamos ya antes de estar casados).

¿Y qué utilidad tiene hacernos creer que no son así las cosas? Sé hacia dónde se dirige mi hija por las chicas que conozco que ya han

seguido ese camino. No irá a la iglesia como mi mujer. (Ahora va solo cada tres o cuatro domingos, solo para aplacar a mi mujer e imponerle una deuda emocional por la cual obtendrá más tarde una recompensa exorbitante. Se burla del servicio religioso cuando asiste a él y cambia miradas jocosas y furtivas con mi hijo, quien ya encuentra todo este ritual extraordinario un poco tonto). En lugar de ello tomará *whisky* un tiempo. Luego lo dejará. Luego volverá a beber cuando haga varios años que esté casada, y desde entonces beberá con regularidad, como mi mujer. Tendrá dos o tres hijos y se divorciará (no como mi mujer), y se casará por segunda vez si ella y sus hijos son lo bastante jóvenes cuando tenga lugar el primer divorcio. Fumará marihuana (¿quién no la fuma? Hasta los que han vuelto de las grandes universidades norteamericanas y son miembros de fraternidades estudiantiles famosas fuman maría en el nivel ejecutivo de la compañía, y también la fumo yo cuando me la ofrecen en cualquiera de las fiestas a las que asisto en la ciudad sin mi mujer), si no la fuma ya. Si no fuma marihuana o hachís por lo menos una vez en la escuela secundaria, la fumará cuando se vaya a la universidad y vea que toda la gente interesante que conoce fuma. Tendrá relaciones sexuales. (Simplemente no existe otra manera de enfrentarse a ese hecho. Lo mejor, pues, que puede uno desearle en este aspecto es que goce sanamente de ellas desde un principio. Me cuesta, no obstante, deseárselo. Espero, además, que nunca decida hacerme confidencias sobre el asunto). Perderá la cabeza un tiempo (creyendo ser libre), irá a fiestas y trasnochará, y participará en discusiones interminables con gente de su edad, se quejará de sus profesores y de las exigencias del programa de estudios, no tendrá ningún interés por ninguna de sus asignaturas, aunque las aprobará todas con la nota mínima y poco trabajo, siempre y cuando no abandone del todo los estudios por sentirse deprimida y abúlica (estados para los que hallará eufemismos hasta transformarlos en algo místico y exaltado, como una inteligencia superior). Experimentará con pastillas de anfetamina (para tener un subidón), con barbitúricos (para relajarse), con mescalina y LSD, siempre que sigan de moda. Tendrá experiencias sexuales en grupo (por lo menos una vez); homosexuales (por lo menos una vez, y por lo menos una vez más con un espectador y participante masculino); se hará amiga de excéntricos, poetas, esnobs, nihilistas y megalómanos; se vestirá como las otras chicas; abortará (por lo menos una vez, o de lo contrario mentirá y afirmará que lo ha hecho. Más o menos todas las jóvenes a quienes conozco actualmente han abortado, o afirman haberlo hecho, y se sienten impulsadas a jactarse de ello), y se acostará algún tiempo con negros, a pesar de que probablemente no

disfrutará *nada* de la experiencia. (Es una chica de mucho carácter, demasiado débil para resistirse a cualquier tendencia aceptada por la mayoría). Si no cultiva un tipo de autodegradación y autodestrucción durante un tiempo, sin duda cultivará otro. Surgirá, si tiene suerte, de esta etapa de libertinaje osado y de testaruda autoexpresión después de un período entre dos años y medio y cinco años de duración sintiéndose tensa, disminuida, gastada y arrepentida, tras haber buscado por todas partes sin hallar nada, despojada de su ego, y entonces aparecerá un hombre bueno, estable e interesante con el que casarse (como yo) y vivir feliz el resto de su vida. Deseará haber tenido hijos. (No encontrará ese hombre que busca, desde luego, porque ninguno de nosotros es tan bueno). Espero que se mantenga alejada de las drogas adictivas, a fin de que le sea posible salir del pozo cuando decida hacerlo. Espero que no se quede embarazada y tenga que sufrir ese aborto. Espero que no insista en contarme nada que esté relacionado con esto. (Espero que no caiga tan profundamente en dificultades que yo tenga que enterarme. Espero que no se mate en un accidente de automóvil).

Conozco demasiado bien este terreno desigual y sé que ella está ya recorriéndolo con los consabidos saltos y tropezones y, además, cuesta abajo, con una voluntad e impulso que no es posible detener y que no es enteramente fruto de su propia elección (por mucho que ella opte por creerlo). La suerte está echada (*iacta alea est*), si bien no sé cuándo tiraron sus dados ni quién los agitó en el cubilete. (Solo sé que no fui yo). Sé que debí hacerle cosas horriblemente traumatizantes cuando era muy niña, pero no puedo recordar qué, ni cuándo las hice. (Juro que no quise hacerlas. Hubo momentos en que tenía ganas de herir, lo reconozco, pero nunca seriamente, lo juro, ni tampoco de forma permanente). Mi hija está lanzándose ya cuesta abajo hacia su propio futuro enmarañado, golpeándose alocadamente contra un obstáculo tras otro, y no puedo detener su trayecto como tampoco podría detener una roca en una avalancha. (Yo también me destruiría, si lo intentara. Ella ya se ha puesto en marcha, ya no es mía). Está resbalando y cayendo, totalmente fuera de control, dirigiéndose resueltamente a épocas de árida e incomprensible confusión que no encierran atractivos ni ofrecen encanto, salvo el de tener algo más que hacer y liberarse de nosotros. («Piensa en positivo —le he dicho con aspereza—. ¿Qué quieres ser? ¿Qué quieres hacer?». Si me formularan estas preguntas, tampoco yo tendría una respuesta adecuada. ¿Suicidarme? ¿Por qué no? ¿Qué es mejor? ¿Una estación de servicio? No. Pero ¿qué prisa hay? Si no tuviera chicas para divertirme y problemas tan serios con los que enfrentarme en casa, creo, lo juro por

lo más sagrado, que perdería la razón por culpa del puto trabajo).

Tiendo, con todo, a sentir que en este punto los dos hemos llegado ya a un acuerdo tácito, nuestro *modus vivendi*, al entendimiento mutuo de que cada uno de nosotros se ha desvinculado del otro, de que ninguno de los dos pertenece de verdad al otro, y de que ambos estamos simplemente guardando las apariencias, cumpliendo formalismos de rutina (del mismo modo que borré a mi madre mucho tiempo antes de enterrarla y, según he llegado a pensar, ella hizo lo mismo conmigo. Me veía como si fuera transparente, a pesar de su confusión, su vejez, su mutismo, y me mimaba y complacía como es debido al permitirme que la mimase y complaciese mientras se apagaba gradualmente en aquella residencia, durante los meses finales de visitas incómodas durante las cuales yo no hacía nada más útil que llevarle comida muy condimentada y sentarme junto a su cama cerca de una hora, mirando de manera furtiva el reloj y hablando de sandeces fáciles y obvias que le interesaban muy poco. Aquello fue el único solaz que pude proporcionarnos a ambos en aquellos momentos finales que debimos pasar juntos hasta la eternidad. Qué oportunidad tuve, tuvimos, de haber dicho algo, pero no lo hice. Apuesto ahora que esas visitas incómodas y estériles que le hacía no eran más gratas para ella que para mí. Yo se las hacía porque era mi madre. Ella las soportaba, pienso, porque yo era su hijo. Siempre fue perspicaz y veía mi interior), esperando el momento, mi hija y yo, mientras pasamos por las formalidades de fingir que todavía somos familia. Ella vive aquí, sigue reglas no muy rígidas y come con nosotros. Yo hablo con ella, le compro cosas, y deberé seguir afirmando que me intereso por ella hasta que tenga edad suficiente como para irse a la universidad o bien se mude a vivir a otra parte, ya que nunca deja de subrayar con toda la intención que desea largarse.

—Un día de estos —dice—, tal vez este verano cuando termine la escuela, me gustaría vivir sola. En un apartamento o una habitación. En la ciudad. Sola o con una amiga. Después, el otoño que viene, creo que me haría ilusión ir a un internado. La verdad es que mis amigas de aquí no me gustan demasiado.

—Te ayudaré —le digo con tono neutral (e inmediatamente advierto que me he equivocado al decir eso. No tenía intención de ser desconsiderado. A pesar de ello, las palabras llevan el escozor del rechazo, lo que me hace arder de arrepentimiento)—. En serio. Te ayudaré a encontrar un lugar decente y seguro y te daré el dinero que necesites para pagarlo y vivir allí.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—Te estás burlando.

—Necesitarás mi ayuda. Necesitarás que yo firme el contrato. Eres demasiado joven.

—Quiero vivir mi vida.

—¿Quién te lo impide? —replico. (Y advierto que *volvemos a estar enzarzados* en una de esas corrosivas batallas de ingenio)—. Puedes vivir tu vida ahora que te ofrezco pagarte las cuentas y te he dicho que puedes irte.

La mayoría de las veces no me cuesta nada ganar a mi hija.

(Aun las veces en que no quiero ganarle. No soy capaz de callarme). No sé qué otra cosa puedo hacer cuando discutimos y trata de demostrarme que es tan hábil como yo. (No lo es. ¿Debería dejarle ganar?). Ella me hiere y yo *la* hiero. Ella me ataca y yo la ataco. Le gusta obligarnos a mi mujer y a mí a gastar sumas excesivas de dinero en cosas que no tienen tanto valor para ella una vez que las obtiene (es uno de los métodos que ha descubierto para ejercer su poder sobre nosotros); le permito ganar, sin resistencia, ni comentarios ni quejas (es el método que *yo* he descubierto para ganarle. Y a la larga es más fácil para mí desprenderme de estas sumas en realidad insignificantes, que seguir enzarzado en discusiones emocionalmente desgarradoras que de otro modo nunca habrían terminado. Obtengo victorias sobre ella, según he comprobado, cuando cedo ante casi todas las exigencias irritantes que me hace). Piensa que soy inmaduro. Me indigna oírle decir eso (incluso cuando lo afirma con tono de aprobación, cuando consigo hacerla reír, me molesta oírle decir que en realidad nunca he crecido del todo y que todavía soy, a su juicio, tan juguetón e infantil como un niño. Mi hijo se desespera y se ofende a menudo cuando intento hacerles reír a él y a mi hija en público cantando, caminando de forma grotesca, o bien haciendo comentarios inesperados y fuertes en ascensores, farmacias y supermercados), y no dejo de preguntarme (de desear) amargamente, después de estas dañinas sesiones con ella, mientras me quedo hirviendo de insatisfacción y de autocompasión, por qué no me da el gusto de huir de casa muy lejos, como tantas otras chicas desgraciadas de su edad (probablemente lamentaría que se fuera. No creo que la extrañara, puesto que, de hecho, no tenemos ya mucho que ver el uno con el otro, pero me vería haciendo complicados esfuerzos por encontrarla y entrando en muchas conversaciones molestas con otra gente para explicar su marcha de casa), y me hace la vida más fácil dejándome en paz. Y es mi mujer, nada menos, quien me detiene en estas ocasiones, quien me obliga a hacer una pausa y reflexionar cuando me siento tan asesino y amargado, cuando estoy loco de ira y hiervo de intensos deseos de

venganza, mi mujer, quien formula las palabras que arrojan alguna luz, y aun alguna esperanza, y me hacen recordar lo que nunca debería permitirme olvidar. Me llama estúpido. Me dice que soy un canalla, un egocéntrico, un loco. Que no sirvo para *nada* (y vuelvo a lamentar haberle dicho a mi mujer las palabras que creo que mi madre intentó decirme en la residencia la última vez que habló). Es mi mujer, sentimental, desanimada, insistente, a menudo idiota, quien —insultada por mi hija a la que ella agobia a su vez— me recrimina con pesar y compasión y hace la sorprendente observación que vuelve a colocar a mi hija, de pronto, en el foco más intenso. Deshecha en lágrimas, sollozando en voz baja (ya no tengo paciencia con las mujeres que lloran y como mi mujer lo sabe trata de no llorar), es mi mujer quien se enfrenta a mí para defender a mi hija:

—No es más que una niña.

Mi hija no es más que una niña y trato de ganarle todas las discusiones. (No puedo evitarlo, sencillamente). Le hablo como hablaría con un adulto, con Kagle, Green, Jane o mi mujer, con inteligencia, coherencia, fluidez, agudeza. Reacciono frente a sus estados de ánimo desagradables como reaccionaría frente a un adulto de mi misma edad o mayor que me insultara. Trato de ridiculizarla y vencerla con la palabra. Siempre quiero superarla cuando intercambiamos desafíos y sarcasmos y, en general, lo consigo. (Si no logro ser más cómico que ella, siempre puedo enojarme más y así obtener mi victoria). Me siento avergonzado. Me hace olvidar que no es más que una niña. Para mí es muy importante vencerla en todos nuestros combates. Cuando discutimos o reñimos por cualquier cosa, tengo que ser yo quien exprese las opiniones más inteligentes. (Compito con ella). Si mi hija me critica o se queja de mí o hace algún chiste despectivo (aunque sea humorístico y liviano), soy capaz de sentirme tan afrentado, herido y alterado como si Green me hubiera infligido alguna burla sangrienta. (Siempre oculto mis sentimientos frente a cualquiera de los dos, aunque sospecho que Green ve dentro de mi cerebro y sabe todo lo que ocurre allí. Incluso puedo tener ganas de llorar). Me enfurruño (es casi como si mi hija fuera la adulta y yo el niño). Nuestros papeles están invertidos, lo cual resulta espeluznante. (Dependo de ella. Querría que ella me diera seguridad. No la obtengo. En lugar de ello, me carga con sus problemas. Me hace perder el tiempo. Obtengo un poco de esta seguridad de mi hijo… hasta ahora. «¿Quién te gusta a ti?», le digo inopinadamente con una gran sonrisa. «¡Te quiero a ti, papá!», exclama con regocijo y se echa sobre mí para abrazarme con un entusiasmo que nos confunde a los dos. Pero mi hijo tiene miedo de las arañas y de las abejas, como yo, y

de romperse el tobillo, e intuyo grandes dificultades futuras para ambos. Nunca he sentido simplemente tristeza ante la muerte de un amigo o pariente o la partida a un lugar lejano de alguien que me gusta o a quien quiero. Siempre ha habido al mismo tiempo una corriente oculta de alivio, una liberación, un furtivo y triunfante suspiro de: «Bien, por lo menos eso terminó, ¿no?». Me pregunto cómo me sentiría frente a la muerte de un niño). Mi hija tiene aún el poder de herirme. Yo tengo el poder de herirla (de manera, pues, que quizá todavía no nos hayamos borrado mutuamente. Puede que sea por ello que lo deseamos, que somos mutuamente peligrosos. Mi mujer no puede herirme. Mi hija sí). No quiero herirla. No quiero que ella me hiera. Quiero que me quiera. (Quiero que Green me quiera y que todos a quienes conozco en el mundo me quieran, salvo la gente a quien ya he conocido, usado, menospreciado y olvidado). Quiero que me obedezca y me admire (y le devuelvo brutalmente los golpes cuando se muestra grosera o despreciativa). No puedo soportar que me desafíe ningún miembro de mi familia (ni los camareros ni otros servidores públicos que se supone que deben ser mis subordinados, si bien a menudo callo frente a estos otros y me lamo las heridas en secreto). Espero que mi hija me muestre respeto y amabilidad constantes. No los obtengo.

—No es que no te quiera —suele decirme mi mujer, cuando a veces recurro a ella en busca de ayuda y consejo—. Te adora. ¿No te das cuenta?

—Nunca lo dice.

—Tú tampoco.

—Yo no me adoro.

—Sabes a qué me refiero. ¿Por qué bromeas ahora si en realidad te importa?

—Siempre está enfadada —me quejo—. Aun cuando no esté realmente enfadada, viene y finge estarlo, y entonces se enfada. Lo hace también contigo.

—Es por eso por lo que es tan susceptible cuando te enfadas con ella o no le prestas atención, o estás demasiado ocupado para hablarle cuando entra en el estudio a hablar contigo.

—Nunca tiene nada, en realidad, de que hablar conmigo.

—No sabe qué decir.

—¿A mí?

—No sabe de qué hablar que pueda interesarte.

—En ese caso, ¿por qué lo intenta?

—Quiere darte buena impresión.

—No tiene por qué.

—Entonces ¿por qué lo intenta? Tienes la mente siempre en otra parte. Te comportas como si todos fuéramos intrusos y quisieras estar en otra parte. Conmigo también.

—Vale ya, ¿quieres? No estamos hablando de ti. De lo contrario querré estar en otra parte.

—Perdona. No pensaba decir eso ahora.

—Sí lo pensabas. De otro modo no lo habrías dicho.

—¿Quieres reñir conmigo?

—Solo me dice que no puede soportarme y viene a mi estudio para decirme que no puede soportarte a ti y provocar discusiones por una cosa u otra.

—No sabe qué otra cosa decirte.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Es tímida.

—¿Conmigo?

—Es por eso por lo que entra tan a menudo en tu estudio para interrumpirte. Quiere que le prestes un poco de atención y le digas que es guapa.

—No es tan guapa cuando dice esas cosas que dice.

—¿Acaso no la encuentras guapa?

—¿Y tú?

—Podría serlo. Creo que podría ser guapa si perdiera un poco de peso y se cuidara más el cutis y el pelo.

—¿Por qué preparas esas comidas que engordan y siempre hay pastel y caramelos y helados en casa?

—Tienes razón. No sé por qué. Me olvido.

—Ninguno de nosotros quiere comer todo eso, salvo tú. Y ella.

—No lo haré más.

—No sé qué decirle.

—Y ella no sabe qué decirte.

—No sé cómo hablar con ella cuando me dice que es gorda y fea o me pide que le diga con sinceridad si la encontraría guapa si no fuera mi hija. ¿Me gustaría? No es gorda y no es fea y lo sabe. ¿Qué quieres que le diga?

—No sabe de qué otra cosa hablarte. Tiene miedo de decir otra cosa. Tampoco yo sé qué decirte. También me cuesta hablar con ella.

—¿De qué estás hablando?

—Ninguno de nosotros sabemos qué decirte. Siempre estás irritable. Siempre te enfureces.

—Y qué más.

—Es verdad. Nos haces sentirnos estúpidas. Por lo menos haces todo lo posible.

—Tan malo no soy.

—Si vinieras a casa más temprano y no durmieras en la ciudad tan a menudo…

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? Trabajo hasta tarde.

—O si vinieras a casa menos a menudo. A veces nos llevamos mejor cuando no estás.

—Tal vez no debería venir a casa nunca más.

—No quería decir eso.

—¿Me estás pidiendo el divorcio?

—No. Lo sabes muy bien. ¿Por qué se te ocurre decirlo con tanta facilidad?

—¿De qué te quejas?

—No me quejo. Lamento haber dicho eso. No sé. No sé por qué. No pensaba decirlo.

—Sí que lo pensabas. De lo contrario no lo habrías dicho. La gente dice lo que quiere decir.

—Tú también. Cree que la odias.

—No la odio. A veces sí. Cuando me enfurece.

—Dice que nunca la miras.

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—Que nunca la miras a la cara cuando estás hablando con ella. Dice que siempre estás mirando a otro punto. Repara en cosas como esa. Cree que la desprecias tanto que ni siquiera puedes soportar mirarla.

—Está loca. No es verdad.

—¿Acaso la miras?

—Desde luego. No sé, en fin. Creo que la miro. ¿Por qué no habría de mirarla?

—Ella cree que no la quieres.

—No es verdad.

—¿La quieres?

—Desde luego que la quiero. ¿Y tú?

—Sabes muy bien que la quiero.

—Siempre estás criticándola. Mucho más que yo.

—Tiene miedo.

—¿De qué?

—De ti.

—Mentira.

—Nunca sabemos de qué humor estás.

—Así vivimos en esta casa.

—Nunca sabemos qué es seguro decir cuando estás presente.

—Yo tengo miedo.

—¿De qué?

—¿Quieres sorprenderte? De vosotros. De todos. Sois tan susceptibles y temerosos que yo siento como si pisara huevos. ¿Acaso crees que quiero que todos me teman? En esta casa nunca sé qué puedo decir sin herir los sentimientos de alguien. Es peor que estar con Green, con Arthur Baron o con Horace White. Estoy inhibido en mi propia casa. ¡No me extraña que grite tanto! ¿Crees que grito tanto, en realidad?

—Ahora gritas todo el tiempo.

—No siempre me doy cuenta.

—¡Siempre estás tan irritable!

—Ahora todo el tiempo estoy irritable. Siempre estoy cansado.

—Quizá estás trabajando demasiado.

—No trabajo tanto. En cambio, me preocupo mucho.

—Tal vez tendrías que buscar un trabajo menos complicado.

—¿Nunca me escuchas?

—Uno en el que no tuvieras que trabajar tanto.

—Te he dicho que no trabajo demasiado.

—Bueno, tal vez deberías intentar conseguir otro trabajo.

—Estoy tratando de conseguir otro puesto.

—¿Será más fácil o más difícil?

—Más fácil, creo. Más responsabilidad, pero mucha menos presión. Más dinero. Más preocupaciones. No sé.

—¿Podrás pronunciar discursos?

—¿De qué estás hablando?

—Sabes bien a qué me refiero. Discursos.

—Sí. Todos los que quiera.

—Odio a Jack Green —dice.

—¿Por qué? —replico con suspicacia.

—Es un cabrón asqueroso —dice ella con vehemencia—. Nunca lo perdonaré por lo que te hizo.

—¿Qué? —le pregunto, a la vez que siento que de pronto me arde la cara y que surge en mí una ira tensa y protectora.

—No haberte dejado pronunciar ese discurso en la convención del año pasado, como todo el mundo. Apuesto a que te tiene envidia y por eso no te dejó. Me sorprende que Arthur Baron le permitiera hacerte esto.

—No era tan importante.

—Sé cuánto trabajaste para prepararlo. Sé lo pequeño que debiste de sentirte.

—¿Estás hablando así a propósito?

—Insisto, ¿cómo te sentiste?

—No me siento menos pequeño cuando me lo recuerdas.

—¿Ves? —dice—. Eres demasiado sensible a cosas como esta. Tal vez no deberías aceptar este nuevo cargo si tienes que trabajar demasiado y preocuparte más.

—Puede que no lo acepte. Al diablo con el dinero y el prestigio y el éxito.

—Creo que no deberías seguir viajando.

—Pues yo creo que no eres capaz de mantener la atención ni un minuto en el mismo tema, ¿es así?

—Ese es exactamente el tipo de comentario que sueles hacerme. También es el que le harías a ella.

—Te lo he hecho a ti. No quiero que discutamos ahora. No he venido para discutir esta vez. Tú y yo podemos pelearnos más tarde.

—No quiero pelear.

—En tal caso, deja de aguijonearme haciéndote la zorra inocente. Ni pienses que soy tan tonto como para no saber lo que estás haciendo. ¿Por qué sacar ese maldito tema todo el tiempo si de verdad te da tanta rabia? Lo sacas solo para recordármelo.

—Pues yo no estoy ofendida por lo que acabas de decir sobre mi atención. Sé que me crees la mujer más tonta de la tierra. Tampoco intento provocarte. Pero ¿has oído lo que has dicho hace un instante? Es exactamente el tipo de cosas que le dirías a ella. Y sonarías exactamente igual. Trata de recordar, cuando hables con ella, que ni siquiera ha cumplido los dieciséis.

Mi mujer tiene razón.

No le hablo a mi hija como le hablaría a una niña, como le hablaría si fuera la hija de otro. No soy agradable con ella. Cuando mi hijo se porta mal, le dirijo una mirada de adoración y le trato como a un niño descuidado, travieso o demasiado cansado que necesita un beso, un abrazo y una leve reprimenda. Ha cometido un error normal, natural, simpático, y lo corrijo con tolerancia, con un tono casi deferente. Si mi hija adolescente hace algo mal, es algo realmente malo: es un ataque ofensivo, intencionado, inexcusable contra mí, que requiere un castigo rápido y severo. (No los trato de la misma manera). Me pregunto por qué. ¿Será porque es una chica? ¿O porque es la mayor, para quien tuve aspiraciones demasiado elevadas, y ahora me ha desilusionado? ¿O bien porque ella ya es adolescente, está creciendo y alejándose de mí, zafándose de mi autoridad, preparándose ya para vivir sin mí, para cuestionar de frente mi sabiduría, moralidad y capacidad, y amenazando con desplazarme, si puede, de mi frágil fortaleza de autoritaria autoestima? ¿Tendré que

soportar y sobrevivir a estos mismos ataques y rechazos por parte de mi hijo cuando crezca? Espero que no, porque no obtendría ninguna satisfacción (creo) en vencerlo. (Gracias a Dios que mi tercer hijo es idiota. No, en realidad no quise decir esto. Lo que quise decir es que, gracias a Dios, por lo menos me salvaré de una rebelión de su parte. Sé cómo me sentiré cuando muera Derek o cuando por fin se lo lleven. Aliviado, liberado, y soltaré mi aliento largamente contenido para decir, quizá en voz alta, a alguien en quien considere que puedo confiar: «Bien, al menos este asunto está zanjado, ¿no?»).

Trato de recordar cuándo empezó esta rivalidad con mi hija. No puedo. Se diría a veces que siempre hemos sido así el uno con el otro, que nunca nos hemos llevado mejor o de un modo diferente. Me gustaría no hacer tan desgraciada a mi hija si pudiera, ayudarla a que se sienta más feliz y más contenta consigo misma. No sé cómo lograrlo. (Me gusta pillarla en un descuido o mintiendo para obligarla a pedir perdón).

—Desea saber que la quieres —dice mi mujer—. No cree que la quieras.

—Pues la quiero. Ella lo sabe.

—¿Cómo?

—Creo que la quiero.

—¿Por tus actos? Nunca se lo dices.

—No es verdad.

—¿Cuándo?

—Es mi hija. No puedo estar diciéndole «Te quiero» a mi propia hija.

—¿Por qué no?

—Suena a incesto.

—Solo a ti. Ella cree que estás desilusionado con ella.

—*Tú* estás desilusionada. Y sin duda se lo haces saber siempre.

—Solo porque sé que puede ser mejor aún. En este momento podría ser buena bailarina, actriz o pianista si se hubiera aplicado a esos estudios cuando era más pequeña. Tiene mucho talento. Todavía podría estudiar baile o artes escénicas.

—Entonces no lo niegues. No me acuses también a mí de eso.

—Sé lo que me sucedió a mí. Quisiera haber perseverado en algo. Como quería mi madre. Quisiera que mi padre no hubiera intervenido y dejado que mi madre me obligara a estudiar más piano. Hoy sería alguien.

—Serías, tal vez, el rey de Francia.

—Soy tu mujer. Tampoco me dices «Te quiero».

—Tú eres mi mujer, no tengo que decírtelo.

—No me hace gracia.

—¿Volvemos a hablar de ti?

—No estoy hablando ahora de eso. No sé de qué hablar. No sé qué hacer con mi persona. No sé cómo matar el tiempo. ¿Qué quieres que haga con el tiempo cuando no sé cómo matarlo?

—Tómate otra copa.

—Muy bien. ¿Quieres traérmela?

—Sí. No sé qué hacer con mi hija.

—Yo tampoco —entona mi mujer con voz hueca y lejana—. Me destroza el corazón —añade preocupada—. ¡Sabe ser muy zorra cuando quiere herirme!

—Lo sé.

—Y tú también. Un cabrón. Puedes llegar a ser tan cabrón… Por lo menos podrías tratar de mostrarte amigable con ella cuando quiere conversar contigo. Aunque te duela.

—Ya lo hago. Y me duele.

—Por eso te hace daño. Es la única forma que conoce de lograr que te fijes en ella.

—¿Y tú?

—Puede que yo también. Ni siquiera cuento con ese recurso ya. No creo que ahora te importe si me muestro desagradable o no. Creo, simplemente, que no te importa.

(Tal vez esté en lo cierto).

Mi mujer puede llegar a torturarme la conciencia cierto tiempo (si decido permitírselo), pero ya no tiene el poder de herirme (razón por la cual creo que me siento seguro junto a ella y por la cual quizá decidí que estaría bien casarme con ella). Ella quisiera seguir teniendo ese poder. Querría pensar que significa más para mí de lo que cree, querría creer que la necesito. (No. No la necesito. No creo necesitarla. No le hago saber que la necesito). Quiere que le diga que la quiero, aunque ha dejado de pedírmelo (ahora le traigo siempre una caja de bombones el Día de los Enamorados, San Valentín, y le encanta recibirla, aunque los dos sabemos que no es más que una caja de bombones. Con todo, *es* una caja de bombones y a todos en la familia les gusta comer bombones, salvo a mí), ya que tiene demasiado amor propio (o sentido común) para ahondar en el tema de por qué duermo fuera de casa con tanta frecuencia o para insinuar que pueda estar durmiendo con otras mujeres (como lo supone de otros hombres casados que conocemos. Si alguna vez *eso saliera a la luz* entre nosotros, como aquel ratoncito al que tanto temía en nuestro apartamento de la ciudad hace años, *ella* tendría que hacer algo, tendría que actuar… y sé que no quiere. Sé que ella, como yo, prefiere

mantenernos juntos a todos hasta el fin de los tiempos o de la vida). Sé que no quiero que mi hija crezca para llegar a ser el tipo de chica que suelo frecuentar actualmente (ninguna de las cuales es, tampoco, capaz de herirme. Las elijo por eso, las rechazo, de hecho, con antelación, aun antes de entablar relación con ellas), pero no sé, por otra parte, qué clase de chica *quiero* que sea. (Tampoco ella será nunca el rey de Francia). Nunca bailará en el escenario de Radio City Music Hall. Será la novia de algún chico un tiempo, luego de otro, luego será una mujer casada y una madre infeliz que no se llevará mejor con sus hijos que yo con los míos, y no sé qué más puede llegar a ser, ni tampoco sé qué puedo hacer para ayudarla a ser algo *mejor*… como no sea nada. (Hay en realidad tan pocas cosas que *pueden* sucederle a la gente en esta vida que tenemos, tan pocas alternativas, tan poco que cualquiera de nosotros puede llegar a ser, aunque ni mi mujer ni mi hija han caído aún en la cuenta de ello).

—Nunca te gusta conversar conmigo, ¿verdad? —me dice mi hija en voz baja y seria, no hablando esta vez exclusivamente para obtener ciertos efectos.

—Sí, me gusta —replico, evitando su mirada con una sensación de culpa. (Es vulnerable en su franqueza. No me gusta herirla).

—Ni siquiera te gusta mirarme.

—Estoy mirándote ahora.

—Solo porque acabo de mencionarlo. Estabas mirando por encima de mi hombro, como siempre, hasta que yo te lo he dicho.

—Estaba mirando una mosca. Creí ver una mosca. Cuando te miro, quieres saber por qué te miro tan fijamente. Lo mismo haces con mamá. Y gritas.

—Si vengo aquí a conversar contigo, siempre te enfadas porque te interrumpo, aunque no estés haciendo nada, salvo leer una revista o escribir en un bloc.

—A veces me das las buenas noches durante una hora o dos y entras una y otra vez con nuevas cosas que quieres discutir conmigo. Cinco o seis veces. Siempre creo que te has ido a dormir y por fin puedo concentrarme, pero sigues entrando a interrumpirme. A veces creo que lo haces por despecho con el fin de interrumpirme.

—Se me van ocurriendo cosas nuevas que decir.

—No siempre siento que me interrumpes.

—Soy la única que entro aquí.

—¿Siempre actúo así?

—Todos los demás tienen miedo de entrar.

—Salvo la asistenta —digo intentando hacer un chiste malo.

—A ella no la cuento.

—La verdad es que vengo aquí para trabajar o para alejarme de todos vosotros y estar un poco en paz. No sé por qué todos aquí me tenéis tanto miedo, cuando nunca le hago nada a nadie, ni siquiera amenazar. Solo porque de vez en cuando me gusta estar solo. La verdad es que no me parece que la gente en esta casa tenga miedo de entrar o de interrumpirme cuando se le ocurre, ni tampoco de hacerme o decirme cualquier cosa, ya que hablamos de ello. Todo el mundo lo hace.

—Pasas aquí casi todo el tiempo que estás en casa. Tenemos que entrar aquí cuando queremos hablar contigo.

—Tengo mucho que hacer. Gano mucho dinero. Aunque no te parezca que es mucho. Hago un trabajo difícil.

—Siempre estás diciendo que es fácil.

—A veces es difícil. Sabes que hago buena parte de mi trabajo aquí. Muchas veces, cuando aparentemente estoy garabateando sobre un bloc o leyendo, estoy en realidad pensando o haciendo un trabajo que necesitaré en la oficina al día siguiente. No siempre es fácil hacerlo en la oficina.

—Si alguna vez dices que quieres hablar conmigo, no es más que para criticarme, hacerme advertencias o gritarme por algo que supones que he hecho.

—No es verdad.

—Es verdad.

—¿Es verdad?

—Nunca vienes a mi cuarto.

—¿Es verdad eso?

—¿Cuándo vienes a mi cuarto?

—Nos dijiste que no entráramos. No quieres que entre. Siempre tienes la puerta cerrada, y si llamo y entro me pides por favor que me vaya.

—Es porque nunca vienes.

—Eso no tiene mucho sentido, ¿no?

—Sí que tiene sentido. Mamá sabría muy bien qué quiero decir. Nunca quieres entrar.

—Creí que mamá no te gustaba.

—A veces me gusta. Ella sabe lo que quiero decir. Lo único que haces cuando entras en mi cuarto es decirme que abra la ventana o recoja la ropa del suelo.

—Alguien tiene que decírtelo.

—Mamá me lo dice.

—Pero siempre está en el suelo.

—Tarde o temprano se recoge. ¿O no? No creo que sea tan

importante. No creo que eso sea lo más importante que puedes decirme. ¿O sí?

—Trataré de no decírtelo nunca más. ¿Qué es importante?

—Tengo pósteres en las paredes y unas pantallas de lámpara divertidas que pinté yo misma y unos *collages* divertidos que hice con anuncios de revistas. Además, estoy leyendo un libro de D. H. Lawrence y me gusta mucho. Diría que es el mejor libro que he leído hasta ahora.

—Todo eso me interesa —le digo—. Me gustaría ver tus pósteres y tus pantallas y tus collages. ¿Y cuál es el libro de D. H. Lawrence?

—No te gusta D. H. Lawrence.

—No tengo buen gusto literario. Me gustaría ver cómo has arreglado tu cuarto.

—¿Ahora?

—Si me dejas.

Niega con la cabeza.

—No quieres. Solo fingirías interesarte durante un segundo y luego me dirías que recogiera la ropa del suelo.

—¿Está en el suelo?

—¿Ves? Solo te interesa bromear. En realidad, no te interesa nada de lo que hago. No te interesa nada más que tu propia persona. Yo no te intereso.

—Tú no te interesas por mí —le señalo con suavidad—. Cuando empiezo a preguntarte algo sobre ti, crees que estoy entrometiéndome en tus cosas o bien tratando de pescarte en una mentira o algo por el estilo.

—Es lo que haces casi siempre.

—No siempre. Y dices mentiras. Y hay cosas que tratas de ocultar.

—No me dejas ocultarlas. Quieres saberlo todo. Mamá también.

—A veces hay cosas que debemos saber.

—A veces no tienen nada que ver con vosotros.

—¿Cómo puedo saberlo si no me las dices?

—Podrías creerme.

—No puedo. Lo sabes muy bien.

—Qué halagador.

—La verdad es que mientes mucho.

—No te divierte hablar conmigo. Nunca quieres hablar de nada conmigo ni decirme nada. A menos que sea para obligarme a hacer los deberes. Mamá pasa más tiempo que tú hablando conmigo.

—Entonces ¿por qué no te gusta?

—No me gusta lo que dice.

—No eres justa. Cuando trato de contarte algo sobre la compañía o

sobre mi trabajo, te pones sarcástica y haces comentarios despectivos. No crees que el trabajo que hago sea importante.

—Tú tampoco lo consideras importante. Lo haces solo para ganar dinero.

—Pienso que ganar dinero para ti y el resto de la familia es importante. Y hacer mi trabajo lo bastante bien como para seguir respetándome a mí mismo es importante, aunque el trabajo no lo sea. ¿Sabes una cosa? No siempre me resulta grato que tú y tu hermano ridiculicéis el trabajo que hago en la compañía. Aun cuando habléis en broma, aunque no estoy tan seguro de que sea así. Piensa que paso buena parte de mi vida en él.

(¿*Por qué* tengo que ganar esta discusión? ¿Y por qué tengo que recurrir a estos argumentos quejumbrosos para ganarla? ¿Por qué tengo que lucirme delante de ella y de mí mismo y regocijarme de mi lógica sutil y de mi dominio más experto del idioma y los detalles en una batalla de ingenio con una muchacha de quince años, mi propia hija? De igual manera podría decir: «Tienes razón. Lo siento mucho. Te pido que me perdones». A pesar de tener razón y no sentirlo en absoluto. Podría decirlo de cualquier manera. Pero no puedo. Y estoy ganando, porque el aplomo de mi hija empieza a desvanecerse y sus titubeos aumentan, y ahora es su mirada la que se desvía y evita la mía. Me relajo, complacido, con un asomo momentáneo de desprecio hacia mi adversario inferior, mi hija adolescente. Soy un mierda. Pero al menos un mierda exitoso).

Mi hija replica disculpándose.

—Me interesa tu trabajo —trata de defenderse—. A veces te hago preguntas.

—Siempre te contesto.

—Con un chiste.

—Sé que no tardarás en ser sarcástica.

—Si no hicieras chistes, tal vez yo no me pondría sarcástica.

—Prometo no volver a hacer chistes —digo en broma.

—*Eso es* un chiste —me señala. (Es inteligente, y me encanta su agudeza).

—Lo que acabas de decir también —replico (antes de poder contenerme, porque pienso que debo demostrarle que soy, por lo menos, tan rápido como ella).

Mi hija no me devuelve la sonrisa.

—¿Ves? Ya estás riéndote —señala con un tono pausado y acusador—. Ya estás haciendo un chiste de todo. Ni ahora podemos hablar en serio.

Desvío los ojos de ella y miro, por encima de su hombro, la

biblioteca contra la pared.

—Perdona. Solo quería animarte un poco. Quería hacerte reír.

—No le encuentro la gracia.

—No, no la tiene. Lamento que lo hayas supuesto.

—Te encanta convertirlo todo en chistes.

—No. No te pases. O me obligarás a que haga más chistes.

—Empiezas por burlarte de mí. Nunca quieres hablar seriamente con ninguno de nosotros.

—No es verdad. Se trata de la tercera vez que me obligas a negarlo.

—Cada vez que hablamos de algo serio intentas reírte y escabullirte con chistes.

—Esa es la cuarta.

—O bien te enfadas y te pones mandón y empiezas a gritar, como ahora.

—Perdona —le digo y me detengo para bajar la voz—. Debe de ser mi personalidad. Y los nervios. En realidad, no me enorgullezco. Lo que debes recordar, cariño, aunque aparentemente todos lo olvidan, es que también yo tengo sentimientos, también tengo jaquecas, y tampoco puedo controlar siempre mis estados de ánimo, aunque parezca que soy quien manda aquí. Tampoco yo estoy siempre feliz. Te pido que sigas conversando conmigo.

—¿Por qué?

—¿No quieres?

—No te divierte hablar conmigo.

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí. Dime lo que quieras. Así es como lo sabré. Por favor. De lo contrario, siempre tengo que adivinarlo.

—¿Derek nació como es ahora?

—Sí. Claro. Eso creemos.

—¿O bien se volvió así por algo que hizo uno de nosotros?

—Nació así.

—¿Por qué?

—Nadie lo sabe. Todos creemos que fue así. Eso es parte del problema. Nadie sabe qué le sucedió.

—Puede que decida ser eso cuando vaya a la universidad. Antropóloga.

—Genetista.

—¿Tenías que decir eso en este momento?

—Quieres aprender, ¿no?

—No siempre.

—He pensado que te gustaría saber la diferencia cuando cometes un error.

—Ahora no. Sabías lo que quería decir. No tenías que interrumpirme solo para demostrarme que sabes más. ¿Sí o no?

—Tú eres muy inteligente. Sumamente rápida y despierta. Tal vez te convendría ser abogada. Es un elogio. No te hago elogios con mucha frecuencia.

—La verdad es que no.

—Te gusta acorralar a la gente. Yo soy igual.

—Yo creo que trato de ser como tú.

—Yo era más feliz.

—¿Estaba tu familia decepcionada contigo?

—No lo recuerdo. ¿Y la tuya?

—No lo sé.

—Creo que mi madre sí. Pero más tarde, no cuando era pequeño. Cuando fui mayor y me fui.

—Nunca me besas —dice mi hija—. Ni me abrazas. Ni bromeas conmigo. Como otros padres.

Tiene grandes ojeras oscuras que de pronto se ven hinchadas, brillantes, enrojecidas, y el aspecto más desgraciado que he visto en mucho tiempo. (Quiero desviar la mirada).

—Dejaste de querer que te besara —le explico en voz baja, tiernamente, pues siento enorme compasión por ella (y por mí mismo. Siempre que siento compasión por alguien también la siento por mí) —. Antes te besaba. Quería abrazarte y besarte. Entonces empezaste a rechazarme, o bien a apartar la cara con una expresión extraña y a hacer gestos de disgusto. Y a reírte. En broma al principio, creía yo. Pero más tarde se volvió un hábito, y siempre te apartabas de mí y ponías la misma cara y hacías ese ruido de disgusto cada vez que trataba de besarte.

—Y dejaste de intentarlo.

—No era agradable ver cómo me ofendías de ese modo.

—¿Te dolía? —Hay en su expresión ese destello de excesiva ansiedad—. ¿Te ponías triste?

—Sí. —Nuestro tono es monocorde. (No recuerdo cuándo empezó a dolerme tan profundamente que rechazara mis demostraciones de cariño con esos gestos de fingido asco. Tampoco recuerdo cuándo dejó de dolerme)—. Me dolía mucho. Herías mis sentimientos.

—Nunca lo dijiste.

—No iba a darte esa satisfacción.

—Entonces era pequeña.

—Por eso dolía más.

—Entonces era una niña. ¿No estabas dispuesto a renunciar a ese poquito de amor propio para satisfacerme, si eso es lo que yo quería?

—No, no estaba dispuesto.

—¿Estarías dispuesto ahora?

—No.

—¿No lo harás?

—No. No creo que nunca te permita obtener esa satisfacción de ese modo.

—Debes de estar muy decepcionado conmigo, ¿no?

—¿Por qué?

—Te apuesto a que sí. Tú y mamá, los dos.

—¿Por qué habríamos de estarlo?

—Sé que *ella* lo está. Porque no sirvo para nada.

—¿Como por ejemplo? Yo tampoco.

—Tengo el pelo y el cutis grasientos. Y granos. Y no soy guapa.

—Sí que lo eres.

—Soy demasiado alta y gorda.

—¿Para qué?

—Ni siquiera estoy segura de lo que quiero ser. No sé qué podría hacer, ni si sirvo para alguna cosa.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Arte. No sé pintar ni esculpir. No soy muy inteligente. No sirvo para la música. No estudio *ballet*.

—Yo tampoco.

—¡No es gracioso!

—No intento ser gracioso. —(*Sí* que lo intentaba)—. Tampoco nosotros servimos para esas cosas.

—Ni siquiera soy rica.

—Eso es culpa mía, no tuya.

—Por lo menos eso serviría para algo. Podría estar orgullosa de eso. ¿Alguna vez seremos ricos? Quiero decir, ricos de verdad, como el padre de Jean o el de Grace.

—No. A menos que ganes mucho dinero.

—No sé hacer nada. ¿Tendría que avergonzarme?

—¿De qué?

—De que seamos pobres.

—No somos pobres.

—De ti.

—Por lo menos, eres franca.

—¿Debo serlo?

—¿Qué pretendes que conteste?

—La verdad.

—¿De mí? Espero que no. Estar avergonzado es algo que ocurre o bien no ocurre, no algo que uno hace porque deba o no deba. Las cosas me van bastante bien. Jean está avergonzada de su padre porque es mezquino y tonto, y encuentra que yo soy mejor que él. ¿Es verdad o no? Grace piensa lo mismo. Creo que Grace me quiere mucho más a mí que a su padre.

—Nunca seré nada.

—Todo el mundo es algo.

—Sabes lo que quiero decir.

—¿Por ejemplo?

—Famosa.

—Pocos llegan a serlo.

—No te culpo. No te culpo porque estés decepcionado conmigo.

—No estamos decepcionados. ¿Crees que podríamos estarlo solamente porque no sobresales en algo?

—En tal caso nunca esperasteis nada de mí, ¿no? —me acusa, con una súbita ola de emoción que me toma por sorpresa.

—¡Ahora no estás siendo justa! —insisto.

—No es gracioso.

—Cariño, yo…

Pero ya se ha ido, ha desaparecido de forma intransigente y con una lúgubre expresión de odio mientras alargaba los brazos para consolarla (y otra vez me quedo solo en el estudio, con las manos vacías tendidas en el aire, tratando de alcanzar la nada que está allí).

Hay algo que le he hecho (o que estoy haciéndole en este momento) y que no me perdona, y no sé qué es ese algo (ni si se lo hago a ella. Sé que se enfada y se siente herida cuando estoy borracho o incluso un poco colocado. Tampoco le gusta que flirtee con sus amigas). Trato de recordar cuándo empezó esta pena profunda y paralizante en la que se refugia furtivamente con frecuencia. Sé que no ha sido por nada que haya ocurrido este año, pues no ha sido muy diferente del año pasado, y tampoco por nada que haya ocurrido el anterior, porque entonces ella no era muy diferente del año anterior. (No es muy diferente a los quince años de lo que era a los doce, ni a los doce de lo que era a los nueve). Por lo que puedo recordar siempre ha sido más o menos la persona que es hoy, salvo que más pequeña. A pesar de este hecho, tuvo que producirse una ruptura en algún momento, un final y un punto de partida, un intervalo crítico en su desarrollo de cierto alcance y duración que no puedo recordar ahora o que no noté entonces (así como sin duda hubo un comienzo semejante de metamorfosis en algún punto de mi pasado en el que no reparé entonces y que ahora no puedo recordar), porque fue una niña una

vez (ya lo creo que lo fue), un bebé juguetón, regordete, alegre, curioso, activo, feliz, afectuoso, fácil de complacer, entretener y distraer. (¿Qué le pasó, a ese bebé que era antes? ¿Adónde se fue? ¿Dónde está ahora? ¿Y cómo llegó hasta allí? Esos seres, esas cosas, no pasan un día para dejar de pasar al siguiente. ¿O sí? ¿Qué le ocurrió al precioso pequeño ser que fui yo una vez? Recuerdo ciertas cosas sobre él y sobre su manera de ser). ¿Qué fue de la primera infancia de mi hija, de ese espacio sin jalones entre la niñita que tuvimos y la hija que tenemos ahora, a la cual hemos seguido más o menos de cerca? (¿Dónde está? ¿Dónde ha estado? ¿Cuándo —ya que recuerdo perfectamente todo lo referente a su historia, y no lo sé— tuvo lugar. Esto en cambio sí lo sé: hubo una vez un bebé alegre, sentado en una trona en casa, una cría que comía y bebía con apetito y se reía mucho con un regocijo espontáneo. Ahora ya no está aquí ni hay rastros de ella en ninguna parte. También estoy seguro de lo siguiente: hubo una vez un niño que sorprendió a su hermano mayor con una chica en la carbonera y a quien le arrojaron un trozo de carbón, y que otra vez abrió una puerta y encontró a su padre y a su madre abrazados en la cama, o cree que los vio. El padre y la madre han muerto, y el niño ya no está. No sé de dónde vino. No sé adónde me fui. No sé cuántas cosas me han ocurrido desde entonces. Lo extraño. Me encantaría saber dónde ha estado). ¿Dónde en la vida de ella (y también en la mía, por supuesto) estuvo esa legendaria infancia feliz de la que tanto oía hablar (aquellos días despreocupados de alegría y sol, ja, ja, ese derecho inalienable) que como ser humano debería poder gozar incluso ahora (junto con esos chicos decadentes, taciturnos e incapacitados que tienen su misma edad y son sus amigos) y que más tarde debería tener la libertad de contemplar sin temor y con una satisfacción intensa y enriquecedora (como mi mujer, cuya infancia fue, en realidad, una especie de campo de cenizas sofocante, hasta que yo aparecí en escena y la saqué de su infelicidad para traerla a su vida actual de dicha ininterrumpida. Ja, ja) cuando la vida se vuelve vieja, ajada (los dientes se caen, los dedos de los pies se escorian, los arcos plantares empiezan a doler junto con la columna vertebral y el calzado ya no resulta confortable), árida y amarga? ¿Dónde está esa grata infancia que todo el mundo supone que tuvieron los demás? Sé que yo no la tuve (aunque podría haber pensado que la tuve y también que sabía por qué no la tuve en caso de pensar que no la tuve). Si fui desgraciado, siempre pude convencerme de que se debió a la muerte de mi padre. ¡Si mi hija es desgraciada, ella podría pensar que se debe a que su padre vive!

(Crea o no en Freud, nunca he podido explicarme qué sentimientos

tenía en realidad hacia mi madre, si me gustaba o no, o si tenía algún sentimiento positivo o negativo hacia ella. Creo que no sentía nada. Tenía el mismo sentimiento, o ausencia de sentimiento la mayor parte del tiempo, hacia los otros miembros de mi familia y hacia mi mejor amigo, de quien ya no soy amigo. Nos cansamos el uno del otro y siento alivio por ello. Necesitaba dinero y yo no pude dárselo con generosidad más de una vez. Nunca he estado seguro de si alguna vez he querido verdaderamente a alguien, excepto a mí mismo y a mi hijo. A pesar de ello, todavía tengo estos sueños cargados de pesar sobre mi madre. Hay una parte en mi ser que no encuentro, pero que sigue conectada a ella como por hilos eléctricos que transmiten latidos. Se niega a morir con ella y probablemente seguirá viviendo dentro de mí mientras yo viva. Y en el coma final, supongo, aunque llegue a vivir un millón de años, mi autocontrol se relajará y moriré gimiendo: «Mamá. Mamaíta. Mamaíta». Lo cual es más o menos como empecé. A veces me siento afortunado de no recordar a mi padre, de que muriera sin dejarme una impresión, pues de haberla dejado estaría además soñando con él. Esto si no he soñado ya con él. Podría haberme arruinado la vida mucho más con su sola presencia, de haber vivido, así como aparentemente yo estoy arruinando la vida de cuantos me rodean. Y lo hago sin querer. Juro que nunca lo he deseado conscientemente. Puede que esté teniendo pesadillas sobre mi padre, de todos modos, y no lo sepa. Muy poco después de mi muerte, nadie volverá a pensar en él. Y pronto, cuando mis hijos mueran, nadie pensará más en mí).

No tuve una infancia feliz, si mal no recuerdo, ni tampoco mi mujer (quien prefiere recordarla bien, o sea incorrectamente, cuando le dejo), y mi hijo de nueve años, a pesar de reír mucho y de gastar muchas bromas, está ya entrando en una zona tormentosa, a pesar de que hago todo lo posible para que las cosas le resulten más fáciles. (Con mi hija he dejado de intentarlo. Se diría que ya no hay forma de ganarse su buena voluntad, salvo dejar que siga obligándonos a comprarle cosas caras y concederle esos triunfos mezquinos y transitorios del ego, que se desvanecen al instante y la dejan caer en el pozo donde estaba, en ese dilema vacío y sombrío de no saber qué hará luego, el mismo de antes. Me es más fácil gastar en ella ocho u ochenta dólares, que explicarle por qué no quiero gastarlos). Me empeño en buscar en mi memoria cuándo fue mi hija diferente de ahora, y debo remontarme muy lejos para verla radiante en su trona (era una niña preciosa a quien todos querían y, cuando la recuerdo, sufro una oleada nostálgica de amor y pesar), en una fiesta de cumpleaños en su honor, cuando tenía dos o tres años. (¡Qué

diferencia hay entre un bebé y la persona en que llega a transformarse!). Es nuestra única hija. Los parientes de ambos lados de la familia están presentes. Mi mujer y yo somos más jóvenes. Mi madre aún vive. Nos hemos reunido muchos. El apartamento hierve de actividad. Estamos distraídos. Estamos absortos en los demás y mi hijita queda olvidada, hasta que de pronto golpea con fuerza la mesa de su trona con una cuchara de plástico rosado aferrada en un puño lleno de hoyuelos y emite un juicio claro, glorioso:

—¡Viva la abuelita!

Pasa un momento antes de que entendamos lo que dice, y cuando lo hacemos, todos a la vez, se diría, reímos a carcajadas y empezamos a aplaudir y a felicitar a esta niñita y a nosotros mismos eufóricos (y mi hija, al ver esta reacción de alegría explosiva que ha provocado, salta y se balancea con tanto entusiasmo en su trona que tememos que se caiga o que tire la silla), porque mi madre (no tenía aún el pelo blanco ni la cara reseca y llena de arrugas) solo se había llevado el vaso a los labios para beber un poco de refresco de frutas. Mi hija estaba observándola. Y cuando mi hija, a quien mi mujer y yo estábamos enseñando a beber de un vaso y siempre aplaudíamos y felicitábamos con gritos de «¡viva!» cuando lo hacía bien, vio a mi madre beber de un vaso, golpeó con sus manitas la mesita de la trona en señal de alegría y aprobación y exclamó:

—¡Viva la abuelita!

(No mucho tiempo después, mi madre ya no podía beber de un vaso, a menos que alguien se lo sostuviera).

Fue un simple episodio, un episodio con un mínimo de sorpresa, pero colmó el apartamento de grandes oleadas de placer y afecto. (Entonces éramos más felices y nos sentíamos más unidos de lo que nunca volveríamos a sentirnos después). Todos nos alegramos y nos pusimos a elogiar a mi hija e hicimos predicciones optimistas, y mi hija estaba tan contenta por el volumen e intensidad de nuestros sentimientos y júbilo que gritó «¡Viva la abuelita!» dos o tres veces más (no ya espontáneamente, sino con un cálculo inteligente), y siguió saltando y balanceándose en su alta trona, riendo con su risa exuberante, gozando de su triunfo y de las miradas y palabras de adoración que le dirigíamos. (Ella lo sabía. Yo estaba orgulloso de ella, recuerdo, orgullosísimo de lo que había dicho. Un padre devoto y protector). Y todos nos maravillamos sin cesar ante su alegre ingenio y su belleza (era nuestro milagro) y pronosticamos los radiantes éxitos que alcanzaría. Y hasta mi madre, que tendía a mostrarse cínica frente a todo lo que fuera superstición, estaba convencida, según declaró, de que mi hija había nacido con una estrella sumamente afortunada y

estaba llamada a un futuro brillante, feliz, sin fracasos. Mi hija era realmente una niña encantadora y todos la queríamos entonces, incluso yo.
Esa fue, diría, la última vez que vi tan feliz a mi hija. Esa fue también la última vez que vi feliz a mi madre. Fue muy poco más tarde cuando tomé la decisión de no invitar a mi madre a vivir con nosotros, lo cual significaba que debía vivir sola el resto de su vida. No fueron necesarias las palabras. La omisión en sí fue como una declaración imborrable. (Nunca me lo preguntó, nunca me obligó a decírselo. Me facilitó las cosas. Fue muy buena conmigo en esto). A pesar de que yo acostumbraba a comer con ella todas las semanas en su apartamento o en el nuestro y durante las correspondientes fiestas familiares. (Hasta la llevaba a su casa. Ninguno quería vivir con ella, ni mi mujer, ni mi hija, ni mi hermana, ni yo). Poco tiempo después sufrió el primero de sus atroces derrames cerebrales que al principio le quitaron el habla y, hacia el final, su capacidad de pensar o recordar. (Cuando mi madre empezó a esfumarse, muda, en una dirección, Derek surgió, mudo, de la otra). He aquí, pues, mi trágica crónica de la continuidad de la experiencia humana, de esta gran cadena del existir y del triste legado de dolor y repudio que una generación de los Slocum recibe y pasa a la siguiente, por lo menos en mi vida. (Recibí poco. Devolví menos aún). Tengo la imagen imborrable en la mente (una instantánea fotográfica, ja, ja), y nunca se alterará (así como tengo una nítida imagen de mi mano en el pecho lleno y apenas ceñido de Virginia, o de la sensación sorprendentemente sedosa de las prendas entre sus piernas la primera vez que me dejó que la acariciara allí), de este acontecimiento familiar festivo en honor de mi hijita, en el cual mi madre vieja y mi hija niña fueron felices juntas quizá por última vez. Y allí estoy yo entre ellas, fuerte, joven, próspero, viril (fosilizado e inmovilizado entre ellas, como entre dos sujetalibros, sin saber cómo llegué allí, sin saber cómo escaparé nunca), cargado ya con la pesada responsabilidad de hacerlas felices a ellas y también a otros, cuando apenas he podido desde un principio mantener la propia cabeza en alto para contemplar la existencia de frente sin hacer comentarios mordaces o sin llorar a gritos pidiendo ayuda. ¿Quién me puso aquí? ¿Cómo lograré escapar nunca? ¿Seré alguna vez un hombre con suerte? ¿Qué decidió que me ubicara precisamente en esta casilla? (¿Por qué alguien piensa que yo lo controlo todo, que puedo ser diferente de lo que soy? Ni siquiera soy capaz de controlar mis putas fantasías. La teta de Virginia aún significa tanto para mí como toda la vida y muerte de mi madre. Las dos han muerto. El resto estamos en camino. Casi me parece oír a mi mujer, o a mi segunda mujer, si llego

a tenerla, o a cualquier otra persona, diciendo: «Por favor, ¿quiere empujar la silla de ruedas de míster Slocum al sol? Creo que tiene un poco de frío».

Una aspiradora que funciona bien me parece más importante que la bomba atómica, y a nadie que conozco le supone la más mínima diferencia que la Tierra gire alrededor del Sol y no al revés, o que la Luna gire en torno a la Tierra, si bien el rítmico régimen de las mareas puede ofrecer algún interés a los marineros y a los pescadores de mejillones, pero ¿a quién le importan? Para mí, Green es más importante que Dios. También lo son, si lo pienso, Kagle y el hombre que se ocupa de la limpieza en seco de mis trajes y, para mí, un transistor que suena demasiado alto es una catástrofe mayor que el próximo terremoto en México. «Algún día —debió de pasarle por la mente a mi madre más de una vez tras mi traición y rechazo, puesto que ella también era humana— esto te ocurrirá a ti». Aunque era demasiado generosa conmigo como para decírmelo. Sé, no obstante, que debió pasarle por la mente).

—Cuando era pequeña —pregunta mi hija—, ¿jugabas conmigo?

—Por supuesto —replico—. ¿Qué crees?

Al oír su pregunta me sacude un estremecimiento premonitorio y se me pone la piel de gallina.

—¿Alguna vez me cogiste en alto y me lanzaste por los aires —pregunta—, o me llevaste a caballito, o me contaste cuentos antes de acostarme, o me acunaste en brazos hablando como un bebé y diciendo cosas graciosas?

—Todo el tiempo —le digo—. Por supuesto que hacía todo eso. —Su expresión de duda me descoloca—. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—Ahora no haces nada de eso.

—Eres una chica mayor. Siempre te saludo con un grito de alegría cuando llego, ¿no? Ni siquiera me contestas.

—Cuando era pequeña, ¿me organizabais fiestas? Quiero decir, ¿fiestas de cumpleaños?

—Claro. Unas fiestas preciosas. Mamá se tomaba mucho trabajo para que fueran muy divertidas.

—No las recuerdo.

—Sí que las recuerdas. Las mencionas.

—Quiero decir cuando era muy pequeña. ¿Y venían todos nuestros parientes y se ocupaban mucho de mí y me regalaban cosas caras?

—Sí. Yo jugaba mucho contigo. Lo primero que hacía al llegar todos los días del trabajo era entrar en tu cuarto a verte. Eras la primera a quien quería ver. Siempre jugaba contigo.

—Mamá me dijo que lo hacías. Pero no la creí.

—¿Qué clase de hombre piensas que soy?

—Nunca eres el mismo. Siempre estás cambiando. A veces te ríes de algo que hago. Otras te enojas y te molestas porque hago exactamente lo mismo y quieres que me vaya. No me gusta cuando bebes. Nunca sé qué esperar de ti.

—Tú también eres así.

—Tú eres padre.

—No es fácil.

—No sabes ser padre.

—Trato de serlo. Siempre he hecho lo posible. Y sigo tratando de serlo ahora. Todas las noches jugaba contigo cuando llegaba del trabajo —continúo rápidamente, y me brotan las palabras como un torbellino de virtuosas reminiscencias, al aprovechar la oportunidad para explicarme de una vez por todas y exonerarme para siempre de toda la culpa y el rechazo que carga sobre mis hombros—. Hasta jugaba al béisbol contigo con un bate y una bola de plástico, cuando eras pequeña y no sabías que era un juego de chicos, y también te enseñé a nadar. Fui yo quien te enseñé. Te dije que te pusieras boca abajo en el agua y flotaras y te prometí que no te pasaría nada malo si confiabas en mí y lo hiciste. Entonces me creíste y no tuviste miedo. Y así fue como te enseñé. Todos los días, apenas llegaba del trabajo cuando eras muy pequeña y todavía vivíamos en la ciudad, me quitaba el sombrero (entonces usaba sombrero, uno de esos de fieltro con alas que la gente usa todavía) y acercaba la cara y te dejaba que me tiraras del pelo. Te encantaba tirarme del pelo entonces. Quizá porque tenía mucho más pelo, ¡ja, ja! Entonces eras una cría muy pequeña y todavía no te tenías en pie ni caminabas. Besaba a mamá en la mejilla al llegar y enseguida iba a verte a ti, tan pronto como llegaba a casa del trabajo. Inclinaba la cabeza y me cogías del pelo con tus dos manitas gordas y tirabas y te reías y saltabas y movías las piernas con tanto entusiasmo que siempre teníamos miedo de que al saltar te cayeras de la cuna. ¡Ja, ja! Te reías como una loca. Y mamá nos miraba y también se reía. Hacíamos lo mismo todos los días tan pronto como yo llegaba del trabajo. Y más tarde, cuando eras un poco mayor —prosigo como un maniático en un recordar obsesivo—, después de que te operaran de las amígdalas y volvieras del hospital, tenía que contarte un cuento todas las noches antes de que te durmieras, pues de lo contrario no querías dormirte. Insistías en el cuento. Era *tu derecho*, ja, ja, que yo te contara el cuento. Todas las noches, y casi siempre tenía que ser el mismo. No te gustaban los cuentos nuevos. Primero fue la *Cenicienta* y luego *Peter Pan*, después

de que lo vieras por televisión. Tenía que representarte *Peter Pan*. Me obligabas a hacerlo. Por poco no me rompí una pierna alguna noche al saltar del sofá al suelo cuando fingía volar. ¡Ja, ja! Y luego vinieron *Pedro y el lobo* y *Sigfrido*. Una vez te leí toda la historia de *Sigfrido*, y eras tan sensible que te pusiste a llorar de lástima por el tonto de Sigfrido, de manera que no volví a leértelo, y ese otro cuento sobre el conejo y el niñito negro como el betún, y durante un tiempo traté de contarte *El pastor mentiroso*, pero ese no te gustó, porque al final se comían al chico, creo, de modo que volvimos a *Peter Pan* y la *Cenicienta*. Y en la *Cenicienta*, cada vez que llegaba a la parte donde el príncipe le pide que se case con él, me interrumpías para decir: «¡Claro que sí, príncipe!». ¿No lo recuerdas? Mamá lo recuerda. «¡Claro que sí, príncipe!», decías, ja, ja, y los dos nos reíamos. Y mamá se quedaba en la puerta escuchando y también se reía. Cuando estaba de viaje, buscaba un teléfono por la noche, antes de que te fueras a dormir, y te contaba un cuento a larga distancia. Y tenía que contarte esos cuentos exactamente con las mismas palabras cada vez. Me obligabas, ja, ja. Si me saltaba una línea o trataba de omitir algo para acelerar un poco las cosas, me corregías de inmediato y con gran severidad, y me obligabas a hacer exactamente lo que querías. Ah, eras muy exigente y decidida. Como una princesita autoritaria. ¡Ja, ja! Te sabías de memoria todos los cuentos y no me permitías cambiar ni una sola palabra. Todas las noches. ¡Ja, ja! ¿No lo recuerdas?

Pero ella no me cree.

Y a mí no me importa.

MI HIJO TIENE PROBLEMAS

Este año mi hijo está pasando por un período difícil en la escuela, en gimnasia, matemáticas y en las clases donde se enfatiza la importancia de hablar en público. Aparentemente también tiene problemas en todos los demás aspectos. (En casa, conmigo. Con mi mujer. Mi hija. Parece que mi hijo tiene dificultades en la escuela todos los años, cuando empieza cada curso, pero cada año se diría que las cosas empeoran. Está empezando, me temo, a «fallarme»).

Detesta la gimnasia y hablar en público. Antes le gustaba la gimnasia. (Nunca le ha gustado hablar en público). Ahora tiene terror a la gimnasia, con su régimen ininterrumpido de ejercicios que no puede realizar bien: las dominadas, las flexiones, trepar por la cuerda y dar volteretas. Detesta trepar por la cuerda, la barra y las flexiones, y se queda sin palabras (uno casi puede ver el bulto macizo que le atora la garganta) por su renuencia incluso a hablar de ello (como si tan solo mencionar su odio contra esas ridículas demostraciones gimnásticas significara violar algún tabú secreto que las envuelve y estar sentenciado a realizarlas con torpeza, sin fuerzas, con todos mirándolo, una vez más). Mi hijo odia a Forgione, el profesor de gimnasia, bajo, fornido, de aspecto simiesco, totalmente cubierto, salvo en la cabeza, de matas de vello negro y rizado que incluso asoman a través del tejido de su camiseta blanca, y que sería capaz de partirme por la mitad con las manos desnudas si alguna vez quisiera, y que trata de ayudar y animar a mi hijo con su manera brusca, dominante y primitiva, y solo consigue asustarlo más todavía.

—No tiene un buen espíritu competitivo —me manifiesta Forgione con un tono de queja—. Carece de una auténtica voluntad de ganar.

—Yo tampoco la tengo, míster Forgione —le digo humildemente, intentando apelar a sus buenos sentimientos—. Tal vez lo haya heredado de mí.

—Eso no puede ser verdad, míster Slocum —dice Forgione—. Todos tenemos espíritu competitivo.

—Entonces ¿por qué él no lo tiene?

—A eso me refiero —dice Forgione.

Algunas mañanas mi hijo se queda paralizado y se pone verde de

terror al saber que tendrá que ir a gimnasia más tarde, o bien presentar algún trabajo oral en clase, entonces nos revela que no se encuentra bien y que tal vez tiene ganas de vomitar. Siente el pecho vacío, dice, y a veces nota muertos los brazos y las piernas (si entiendo correctamente lo que quiere decir. Siente que podría caerse si tratara de ponerse de pie, simplemente caer como una bolsa vacía, doblarse hacia dentro y derramarse por el suelo como alguien desinflado y sin esqueleto). No le gusta tener que presentar trabajos orales en clase.

(«El ejercicio le servirá», dice la escuela. Por mi propia experiencia limitada en dirigirme oralmente a grupos de personas sé que no sirve para nada).

A veces nos da a entender que decide no realizar trabajos escritos tan bien como podría, para evitar que le llamen a leer en voz alta lo que ha escrito como ejemplo de excelencia ante los demás. (Carece de auténtica voluntad de ganar). No le gusta que le saquen a exponer en clase, a menos que esté seguro de que sabe contestar correctamente. (Casi nunca, nos dicen los maestros, levanta la mano para dar una respuesta). Es un estudiante dotado y trabajador; cohibido; intuitivo y rápido en el aprendizaje. Tiene miedo a equivocarse. Da la sensación de saber mucho más acerca de todo lo que está dispuesto a revelar. (Piensa mucho. No siempre logro entenderlo). Su proceso de razonamiento es privado, con el despejado rostro grave y distante. Se preocupa. (O parece preocuparse. A veces, cuando le pregunto por qué está tan preocupado, me mira con un destello de asombro y responde que no lo está. No sé si miente o no. A mí me preocupa mucho que él pueda estar preocupado).

Nos es ya imposible determinar si le gusta o no la escuela (antes le gustaba, o aparentaba gustarle) aunque, en general, se las arregla para adaptarse a las distintas personas y procedimientos al comenzar cada año escolar y entonces empieza a divertirse enormemente. Le lleva un tiempo, y él se prepara con empeño para realizar ese esfuerzo. Se muestra reservado con la gente que no le gusta. Entabla una estrecha amistad con rapidez con los compañeros que le gustan. (Al parecer es lo bastante astuto por instinto como para establecer términos de amistad respetuosa con los violentos y los bravucones). Hace muchos amigos. (Ha empezado a ocultarme cosas y no me gusta. Le hago preguntas. Trato de sonsacarle pormenores. Él se esfuerza por guardárselos. Yo no quiero que lo haga. Quiero que confíe en mí).

Una vez que hace amigos en la escuela y ve que se adapta bien a cualesquiera que sean los nuevos sistemas de autoridad o códigos sociales vigentes, todo tiende (o bien ha tendido hasta ahora…

toquemos madera. ¡Ja, ja!), tarde o temprano, a salirle bien. Le va bien. Sobrevive y celebra el milagro de haber sobrevivido con una actividad ruidosa y optimista, llena de industriosidad, a menos que algo, aunque sea *una* sola cosa que tenga algún significado para él, vaya muy mal (este año hasta ahora han sido la gimnasia y Forgione, con las flexiones, las volteretas y las dominadas, y la cuerda que cuelga del alto techo del gimnasio con el peligro teórico de que al subir uno se asuste, sufra un mareo y se caiga, o bien se quede paralizado de pánico a medio ascenso, o descenso, aunque nunca he oído que a nadie le haya ocurrido eso. Algunos niños de su edad, me dice, pueden subir hasta casi la mitad sin ayudarse con los pies. Como monos. Él, como yo, nunca conseguirá hacerlo —no es capaz de trepar más arriba de un tramo desde el nudo de apoyo en el extremo inferior de la cuerda gruesa y erizada—, pero yo no quiero volver nunca a trepar cuerdas, y él lo hace. Y habla en público. Este año, la escuela ha decidido hacer hincapié en las actividades de oratoria en los cursos inferiores. ¿Por qué? No dan explicaciones. ¿Hay alguna relación entre la oratoria y la agilidad física? Me hace pensar en esos densos y misteriosos sueños llenos de peligro que tengo —creo que todo el mundo los tiene— en los cuales no puedo moverme ni hablar, ni gritar, ni formular una sola palabra, «*Socorro*», no puedo emitir ningún sonido, salvo los que me suben por la garganta para despertar a mi mujer y que luego me inundan de una sensación deliciosa de alegría, cuando advierto que está llamándome por mi nombre y sacudiéndome de un hombro para despertarme. Creo que a veces la odio. A menudo finjo estar dormido unos pocos minutos después de darme cuenta de que no lo estoy y prosigo con mis gemidos ininteligibles, solo para que siga intentando despertarme. Me gusta oír la preocupación en su voz. Mi mujer se considera responsable de mis pesadillas. Me alegra que crea esto, no hago esfuerzo alguno por quitarle esta responsabilidad y siento que en realidad tiene la culpa cuando sueño. Utilizo mis sueños para castigarla. Sigo divagando sobre mi persona. Y desde mi persona. Quisiera que mi mujer tuviera las tetas más grandes. Quisiera que mi mujer tuviera las tetas más pequeñas. Creo que en realidad quiero a mi hijo, a pesar de todo, como debe querer un padre a un hijo. Por lo menos, creo que lo quiero), y entonces tiende casi siempre a desintegrarse, a derrumbarse como un montón frágil e inanimado de ropa de niño, o bien a desparramarse emocionalmente por todo el cuarto, como una bolsa de fragmentos rotos de algo, de patatas fritas, de fichas de póquer, de fichas de madera, llegando a un arrebato de angustia melancólica que es a la vez paralizante y abrumadora (para nosotros tanto como para él. Mi mujer y yo nos quedamos petrificados

de terror ante la menor posibilidad de que le ocurra algo a cualquiera de nuestros hijos. Gracias a Derek. Mi mujer no quiere que de mayor mi hijo se convierta en homosexual y se preocupa secretamente de que pueda llegar a serlo. Sé que esto le preocupa, porque también me preocupa a mí a menudo, pero no tanto como a ella. No quiero que mi hijo sea homosexual. No tengo motivos por ahora para pensar que lo será. Sencillamente, no quiero que lo sea).

Mi hijo no tiene más de nueve años y todavía no sabe encarar como un adulto ciertos tipos de frustraciones y obstáculos (y nosotros no sabemos todavía cuáles son. A menudo tenemos la impresión de que ni siquiera lo intenta; protegerse de las cosas es para él tan inútil y agotador que a veces ni siquiera le merece la pena intentarlo. Casi enseguida abandona, deja de luchar. Sería mucho más fácil y sensato —parece decirnos con su lamentable actitud de resignación fatigada— dejar de esforzarme totalmente, ceder y permitir que lo peor entre todas esas cosas que contempla lo alcance, lo ataque y lo destruya para sucumbir así de una vez por todas. Antes tenía miedo de que aparecieran cosas extrañas de debajo de su cama. Puede que ahora sienta que es mejor dejarlas aparecer que continuar esperando constantemente a que le suceda todo de cualquier modo, por muchas precauciones que tome, ya que tarde o temprano, de manera inevitable, tiene que suceder, y nunca puede sentirse lo bastante seguro durante mucho tiempo como para no oír el avance implacable de algún desastre fatal. Se acerca con pasos que alcanza a oír. Creo que tal vez tiene esa sensación sobre sí mismo porque también yo la tengo respecto a los dos).

(Sé cómo es la sensación de sentir esto).

(No es una sensación agradable).

Sé cómo es la sensación de tener malos presagios semanas antes de que acabe el verano y empiece el nuevo curso escolar sobre las innumerables pruebas que se acumulan delante de él. (Sé cómo es la sensación de que me notifiquen una próxima reunión en la oficina y no tener la menor idea de lo que se tratará en ella. Sé que desde ese instante empiezo a preocuparme seria y tristemente por si se me permitirá o no pronunciar mi discurso de tres minutos en la convención de la compañía en Puerto Rico este año, por no mencionar qué será de mí si para entonces he ocupado el puesto de Kagle y tengo que asumir la responsabilidad de todo el programa. ¿Lo haré bien? ¿Tan bien como estoy seguro de que lo habría hecho bien al pronunciar el discurso de tres minutos el año pasado, si Green me hubiera dejado? Creo odiar también a ese canalla de Green, pero prefiero no admitirlo delante de mi mujer. ¿Por qué habría de admitir

delante de nadie que odio y temo al hombre para el que trabajo y, a pesar de ello, sigo trabajando para él? ¿Por qué me permito sufrir estos tormentos por lo que, aun en el mejor de los casos, no habría sido más que un ingenioso discurso de tres minutos? El cielo se desploma encima de nuestra cabeza, y aquí estoy yo derramando lágrimas por un rasguño que no cicatriza sobre mi vanidad exagerada. Por lo menos los problemas de mi hijo son reales. Ocupan espacio. Cuelgan del techo de un gimnasio y lo acechan desde la cara atezada y maligna de un profesor de educación física). Para su mente joven y práctica, carece de sentido tener que pasar todos los años por un período escolar en el cual hay que hacer complicados ajustes para adaptarse a toda clase de gente, joven, vieja, buena, neutra y mala, solo para que esas relaciones concluyan al finalizar la primavera y empezar el verano (para él, y para mí también ahora, el año empieza en septiembre y termina en junio. El verano es un compás de espera. El verano sirve para hacer inventario, sumar balances del banco y perder el tiempo) y tener que pasar otra vez por el proceso demoledor, durante el otoño, de adaptarse a nuevas relaciones que sabe desde un principio que volverán a disolverse, como las anteriores, la primavera siguiente (tan metódica e insensiblemente como los cambios de las estaciones mismas, y sin fines más beneficiosos. Las estaciones no cambian porque nosotros queramos), dejándolo aislado una vez más fuera de algún entorno protector (el hogar, evidentemente, no ha sido lo bastante sólido), dentro del cual poder orientarse sin riesgo, con cierto convencimiento de que durará algún tiempo y conservará ciertos significados y directrices que no desaparecerán o cambiarán de pronto sin ninguna explicación. (¿Quién cuenta con un marco de referencia que se extienda al menos hasta el horizonte, solo a treinta kilómetros de distancia?). Mi hijo vive perplejo por problemas como este.

(—¿A qué distancia está el horizonte?

—A treinta kilómetros al nivel del mar —respondo sin vacilar—, o tal vez veinte, no lo recuerdo bien.

—¿Por qué al nivel del mar?

—No sé. Tal vez si te encuentras a mayor altura puedes ver más lejos).

Se queda perplejo con antelación por problemas como este (aunque no en estos términos, que son los míos. Solo tiene nueve años y carece de mi vocabulario. ¿Dónde estaba yo a los nueve años? Aislado entre amigos, en la escuela primaria, como él, donde debía ir al dentista dos veces al año para que me arreglaran los dientes y donde la enfermera escolar me examinaba la cabeza una o dos veces

al año en la misma clase, junto con todos los otros chicos, blancos, negros, judíos, italianos, para averiguar si teníamos liendres; nunca nos dijeron qué eran las liendres, aunque por la entonación con que se pronunciaba la palabra sabíamos que era algo malo. Aquella era una prueba que siempre aprobaba. No sé cómo habría sobrevivido de haber fracasado. Una vez una chica se hizo pipí en su asiento durante una prueba de geografía y todo el mundo se enteró. No creo que yo hubiera sobrevivido jamás de haberme meado en el asiento de la clase durante una prueba de geografía).

Cuando mi hijo se queda perplejo con antelación frente a ciertos problemas, tiende a preocuparse por cosas que lo confunden o atormentan. (Casi nunca ve nada bueno en el futuro. Tiene deseos, que nunca imagina como realizables, a pesar de saber que le doy más o menos cuanto pide y, además, todo cuanto creo que quiere y debería tener. Cuando por casualidad piensa en algo agradable que ha de sucederle, sus fantasías se vuelven negativas. Comienza, pues, a preocuparse porque no se realizarán. Pierde ese algo aun antes de haberlo obtenido. Es como nuestros vendedores y como yo, acostumbrados por experiencia a esperar y anhelar lo peor para terminar de una vez por todas). Las preocupaciones le estropean el verano. (La parte inicial de cada verano se le malogra por la necesidad de aclimatarse al ambiente de cualquier casa en la playa o en el campo que hayamos decidido alquilar ese año. No quiere ir a un campamento, ni tampoco mi hija volverá a ir nunca, a pesar de que ninguno disfruta de nuestra compañía. Nunca sabemos qué hacer con Derek. Siempre resulta muy embarazoso ocultarlo, e igualmente embarazoso mostrarlo. La última parte del verano se le arruina debido a la proximidad del otoño. A veces, para mi desaliento y también el suyo, las preocupaciones del principio y del fin del verano se solapan, de manera que si las primeras ceden durante un tiempo, las segundas ya están presentes para roerle la conciencia. A veces me irrita y, a la vez, comienzo a preocuparme por todo, incluso por los sentimientos de hostilidad que me corroen. Tengo miedo de empezar a cogerle antipatía).

Sé (y me molesta) que semanas antes de que acabe el verano empieza a hacerse mala sangre y a exasperarse por todas las pruebas que está seguro de que se encontrará: los estudios, los éxitos que se esperan de él en gimnasia (le gustan los juegos de correr y esquivar a sus compañeros, pues es veloz, ágil y escurridizo), los nuevos profesores, los viejos profesores, el director, el subdirector, el jefe de taller, el profesor de ciencias (siempre ha mostrado desconfianza por los profesores de taller y de ciencias. Tal vez porque son hombres), la

profesora de música (¿le exigirá también ella que se ponga de pie y cante unos acordes para determinar en qué sección del coro lo ubicará cuando haya que cantar en las asambleas semanales?), los monitores de los grados superiores al suyo (muchachos más grandes y más fuertes que él, con derecho a darle órdenes, y chicas más grandes y más altas con insignias y brazaletes que indican autoridad y con pechos embrionarios que comienzan a apuntar hacia él de forma misteriosa y amenazadora. Recuerdo cómo era cuando yo era pequeño), y los chicos y chicas a quienes conoce del año anterior que ya no estarán en su clase. Lamenta la pérdida de los alumnos que conoce, tanto los niños como las niñas, incluso la de aquellos que no le gustan y se mudan a otras ciudades o bien los llevan a escuelas privadas, caras y no muy buenas (cada vez somos más los que cambiamos a nuestros hijos a otras escuelas privadas, para después volver a cambiarlos a otras escuelas privadas que no son mucho mejores. No nos gustan los directores de estas escuelas privadas. Más y más cosas parecen disolverse, a tal punto que pronto no quedará nada. Ni diarios, ni revistas, ni grandes almacenes. Ni cines. Solamente tiendas de saldos y farmacias. Cada vez somos más, creo, no solo yo, los que no nos preocupamos de verdad por lo que les pasa a nuestros hijos, mientras no les suceda demasiado pronto), o uno o dos chicos que se ahogaron o fueron atropellados por automóviles durante el verano (el índice de los accidentes sufridos cada año por niños que conocemos coincide, con una exactitud profética, con el índice de los accidentes sufridos por adultos a quienes conozco en la compañía. Martha está volviéndose loca en nuestro departamento), y todos aquellos que, como consecuencia de procesos inexorables, insondables, que operan en las oficinas del piso de abajo (adultos que trabajan asiduamente en los registros de niños vivos que aparecen ya muertos en hojas y tarjetas dentro de carpetas y archivos), han sido separados de él (como las amígdalas y los dientes de leche) y repartidos en diferentes aulas. Detesta que cambien a los profesores que fueron buenos con él.

(—¿Qué te preocupa? —le pregunto, cuando no puedo soportar más en silencio la idea de que esté preocupándose solo.

—Nada —responde siempre.

Ojalá pudiera ayudarlo más. Ojalá me lo permitiese).

—¿Qué te preocupa? —vuelvo a preguntarle.

—Nada —responde, mirándome un instante con un destello fugaz de sorpresa.

—¿Por qué tienes ese aspecto tan triste?

—Estaba pensando.

—¿En qué estabas pensando —insisto con una sonrisa— que tenías un aspecto tan preocupado?

—No lo sé. Ya lo he olvidado.

—Tenías un aspecto muy melancólico.

—No sé qué quiere decir esa palabra.

—Triste.

—No estoy triste.

—¿Cansado?

—Quizá tenga sueño.

—¿Estás despierto hasta tarde?

—A veces no puedo dormirme enseguida.

A veces me pregunto si realmente se preocupa tanto como yo supongo. En ocasiones pienso que se preocupa más. Es un chico muy cauteloso (o lo aparenta. Sé que me preocupo por él y que temo que le ocurra lo peor. Mi mujer también. También me preocupaba por mi hija cuando era pequeña, pero ahora ha cumplido quince años y todavía no le ha pasado lo peor. ¿Qué es lo peor? No estoy seguro). Puede que lo peor haya pasado ya y que no nos diéramos cuenta porque mi hijo, ahora que miro al pasado, nunca ha vivido sin dificultades (y mi hija está pasándolo muy mal en este momento, a menos que esté haciendo comedia. ¿No sería cómico que los dos estuvieran fingiendo ser mucho más desgraciados de lo que son tan solo para burlarse de nosotros y molestarnos? Ja, ja. No me haría ninguna gracia. Incluso de pequeño, dentro de su parque, siempre parecía estar observando todo lo que le rodeaba con sus ojos grandes, misteriosos, inteligentes, y juzgándolo todo con cautela antes de decidirse y permitirse reaccionar —aun cuando reaccionaba espontáneamente, como cuando sonreía o se echaba a reír, siempre tuve la impresión de que había una postergación premeditada, una demora infinitesimal, pero demora al fin, antes de tomar la decisión—. Hasta cuando le ofrecían dinero, o un helado, dejaba pasar un instante de intensa reflexión antes de aceptarlo. A menudo pierdo la paciencia con él. A veces le grito y lo avergüenzo para luego negar que le he gritado y tratar de convencerle de que solo estaba siendo enfático. No es modo de ganar la confianza de nadie. Para compensar, trato de ser generoso y buen compañero.

—Di sí o no —le exijo como explicación—. ¿Qué diferencia habría si no tuvieras razón? ¿Qué perderías con cometer un error?

Está confundido.

Tiene miedo de cometer errores.

Debido a ello los comete conmigo al vacilar).

Sé que a estas alturas debe de preguntarse por qué su vida está

organizada de manera que sea tan difícil siempre (por qué le grito tanto, o bien aparento gritarle, porque, sin duda, levanto la voz), o si algún día le llegará la tranquilidad y la dicha, y no habrá más demonios nuevos e implacables al acecho, despertándose a tiempo al aproximarse el momento del contacto, preparados, prácticamente a la vista. (Sé que soy yo quien me preocupo por todo eso en su lugar. ¿Cuándo podrá serenarse y tomarse las cosas con calma para poder yo también serenarme y tomarme las cosas con calma?).

—Dime, ¿qué te gustaría hacer? —le pregunto a menudo con preocupación y desconsuelo—. ¿Qué quieres ser?

—Me gustaría aprender a conducir algún día.

—Todo el mundo aprende.

—Si puedo. ¿Crees que podré?

Le gusta el olor de la gasolina y tiene miedo a los incendios, las alturas y la velocidad (pero no a los aviones, cuando viaja en ellos).

Qué cansado (siento) que debe de estar ya del desafío y la adversidad, como un viejo gastado y abatido (*homunculus*), o una vieja resignada, moribunda, de pelo blanco, que abraza la muerte con alivio. A menudo, cuando algo especialmente doloroso parece atormentarle la mente, sobre sus rasgos frágiles y delicados cae una sombra de consternación desolada, y una expresión de asombro paralizador le nubla el semblante, como si le preocupase profundamente el hecho de estar preocupado.

Casi nunca parece sentirse cómodo en ninguna parte, salvo en casa, si bien siempre se ríe mucho cuando está con gente a quien conoce. Cuenta chistes. Tiene ingenio y el don de las respuestas rápidas y llenas de imaginación. Generalmente sus bromas son verbales, siempre inofensivas, siempre excelentes en uno u otro aspecto. Busca la seguridad y la invisibilidad en el humor. (Yo también. Lo encuentro en la sexualidad, que también es siempre cómica). Se esfuerza mucho para rodearse totalmente de una atmósfera como el seno materno, de compasión y buena voluntad, para sobrevivir en ella para siempre (como el yo que realmente creo ser, refugiado astutamente dentro de mi capullo, oculto secretamente en una guarida cuya existencia ignoran todos), representando, espiando con cuidado casi todo el tiempo (una parte de mí, por lo menos) para asegurarse (asegurarme) de que nuestro cascarón externo de protección esté aún allí, intacto (y que nosotros estamos también allí e intactos, además), retrayéndose velozmente (buscando, horrorizados, alguna puerta de escape sin obstáculos, estoy seguro, y buscando, horrorizados, en vano) cuando vislumbramos o creemos vislumbrar el menor asomo de riesgo de pinchazo, desinflamiento o

desintegración. (Odia el baloncesto, que no comprende). Su impulso es siempre el de hacerse querer. No quiere enemigos, le desagradan las desavenencias y no disfruta de la competencia. Se siente menos en peligro cuando todo el mundo a su alrededor está feliz y satisfecho (finge total indiferencia frente a Derek, cuando se lo permitimos y trata de fingir que puede ignorarlo). Se siente en máximo peligro cuando está junto a alguien hosco que expresa enojo, especialmente si soy yo. (Creo que a veces me tiene mucho miedo, como teme, asimismo, a cualquier desconocido a quien vea con cara de enfado en una cafetería, y como teme a Forgione, o al ayudante de Forgione, con sus exigencias de que trepe por la cuerda, se alce en la barra, dé una voltereta, haga flexiones o juegue en partidos de baloncesto en los que sabe que lo hará mal y los cuales no consigue entender). Es el único *miembro* de mi familia que vacila en entrar a mi estudio e interrumpirme. (Es demasiado tímido para entrar a decirme buenas noches antes de acostarse, a pesar de que me paso la vida pidiéndole que venga y asegurándole que no me molesta.

—Buenas noches —me grita desde el pasillo y se mantiene tan apartado que nunca llego a verlo si vuelvo la cabeza o levanto la vista, para retirarse luego rápidamente a su cuarto, a menos que lo llame.

—Buenas noches. Ven aquí un instante, ¿quieres?).

A menos que lo obligue. Una vez que lo obligo a entrar en el estudio para que hablemos, tenemos poco que decirnos. Trae consigo una barrera. O bien la tengo yo. La verdad es que quiero hablar con él. No tenemos nada de que hablar. Tengo que pensar en preguntas para hacérselas. No responde mucho. Me obliga a interrogarlo. Contesta con palabras sueltas. Creo que sabe que en realidad no me interesan las respuestas a las preguntas que le hago. Da la impresión de estar irritado y molesto conmigo por hacérselas.

Desconfía de hombres desconocidos con caras mezquinas, siniestras, y de los hombres y mujeres con ojos de loco que hablan solos de forma explosiva por las calles. (Siempre se mantiene alerta por si los ve. Muchos de ellos dicen palabrotas). Le aterra la conducta errática de cualquier clase (hasta la mía cuando estoy borracho y bromeo en público de cierta manera, o bien con sus amigos. Prefiere que mantenga mi dignidad en presencia de otras personas). Cuando pierdo los estribos con mi mujer o con mi hija, o si una de ellas empieza a gritarme, mi hijo suele seguir preocupado por nuestros actos bruscos y nuestras amenazas y recriminaciones crueles mucho después de haber terminado la discusión y de que todos volvamos a ser amigos. Mi mujer y yo nos esforzamos ahora por no reñir en presencia de los chicos, principalmente debido al mal efecto que le

ocasionan nuestras peleas (y el saludable efecto que tienen por lo general sobre mi hija. La alegran. Mi hija suele acercarse como un perro que husmea una presa cada vez que ve el inicio de una disputa conyugal, y muchas veces es capaz de aportar gratuitamente y con perspicacia el comentario indispensable para que explote, aunque otras palidece y huye despavorida cuando las explosiones que ha desencadenado con tanto entusiasmo con el fin de presenciarlas, y aun con la esperanza de participar en ellas, se vuelven más terribles y destructoras de lo que había previsto. Ha habido ocasiones en cafeterías grandes, ruidosas y concurridas o en restaurantes próximos a estadios deportivos, circos o centros comerciales, o bien en vestíbulos de hoteles o estaciones ferroviarias u otros recintos amplios y de gran resonancia en los que nos encontrábamos rodeados de extraños, en las que mi hijo ha sentido que alguien lo mira con ira o con un odio glacial mientras trama algo que lo herirá. Me lo decía, a veces individualizaba y señalaba a la persona en cuestión, siempre sin atreverse a volver el rostro para mirarlo otra vez. Cuando yo miraba rápidamente para ver al hombre a quien se refería, nunca estaba seguro de que mi hijo estuviera equivocado. A pesar de ello, siempre le decía que eran imaginaciones suyas. Lo decía para tranquilizarlo). Tiene la paciente costumbre de cavilar sobre ciertas cosas en secreto y largo tiempo, vagando mentalmente en busca de claves o dilemas misteriosos, y muchas veces no consigo determinar a ciencia cierta si está en realidad sumergido en algún problema que lo aprisiona y constriñe o bien, tan solo, descansando, y soy yo el que se imagina que lo pasa mal. (Soy yo quien lo ve enigmático. No quiero que mi hijo esté preocupado por cosas que no está dispuesto a compartir conmigo, aunque yo ocupe un lugar destacado entre las cosas que lo preocupan. No quiero que me oculte cosas. Me gustaría estar seguro de que confía en mí. Me gustaría estar seguro de que está ansioso por responder a todas mis preguntas de forma completa, aunque sus respuestas no tengan vuelo y no ofrezcan mayor interés para ninguno de los dos. ¿Cómo puedo saber que algo en lo que está pensando es aburrido, antes de saber de qué se trata? Me gustaría que tuviese ganas de contarme todo lo que piensa incluso antes de que yo piense en preguntárselo. Después de todo, es mi único hijo y creo que debería darse cuenta de que lo necesito mucho).

Es un hijo guapo, bueno y lleno de inquietudes, y gusta a todo el mundo (o al menos eso parece. Nunca se está seguro con la gente. Aunque él puede estar seguro. Por lo menos, yo lo estoy). Tiene el pelo sedoso y rubio, un sentido del humor pícaro e inteligente, y hombros blancos y delgados. No es fuerte. Es esbelto. Tiene buena

salud. (Estamos contentos con él. Ahora mi hija también está contenta con él, a pesar de haberle tenido envidia y haber sido desagradable con él antes, y a todos nos gusta hablar de él con otra gente). Es sumamente difícil, a veces, conseguir que se queje de algo. (Tendemos a verlo como un niño feliz y a diagnosticar sus actos aislados de desobediencia, resistencia o desaliento como síntomas de fatiga o de dolor de garganta y fiebre, o bien como desviaciones normales de una conducta infantil que podemos tolerar). Es un niño muy bueno y siempre lo ha sido. Es, como nos decimos a veces con orgullo mi mujer y yo, demasiado bueno para ser verdad (¡pero no lo es! Hay algo que anda mal y creo que siempre lo he sabido, aunque nunca he tenido el valor suficiente como para decirlo, ni para hacer frente a la idea sin apresurarme a quitármela de la cabeza. De lo único que se preocupa mi mujer es de si de mayor se volverá homosexual, a pesar de que no hay ningún motivo para creer que pueda serlo. Sobre esto me preocupo solo un poco.

—Se porta bien solo para molestarme —arguye impulsivamente mi hija delante de él, en alguna de esas disputas juguetonas o tempestuosas que provoca siempre el uno o el otro, en ocasiones con humor, en otras con virulencia—. Nadie puede portarse tan bien todo el tiempo.

—*Tortillera* —le replica él con picardía.

Y todos no podemos menos de reírnos de su salida, aunque mi mujer no cree que ese tipo de lenguaje que usan entre ellos sea muy apropiado en nuestra presencia, o sano y apropiado entre ellos, o si deberían conocerlo).

A pesar de todo, creo que algo anda mal, aunque siempre me guardo estos pensamientos tétricos (como si al no prestar atención a algo desagradable que comienza a surgir, pueda tal vez desaparecer. Hay gente que se cree capaz de curarse el cáncer así. Mi mujer. Algo malo le pasará a mi hijo, estoy seguro. Sé que le ocurrirá. Y algo malo me pasará a mí también, por ocurrirle a mi hijo. Puede que esté pasándole ya. Creo que sí. Comenzó hace mucho) y rezo, una oración tonta e inconexa (primordialmente en *mi propio* beneficio, no en el suyo), para que se cure bien, poco a poco, y me ahorre la angustia y la dificultad de tener que ocuparme, o por lo menos para que el mal permanezca latente y sin que nadie lo advierta hasta que yo haya completado mis quince lustros de felicidad, prosperidad y contento absoluto (ja, ja. Y muerto por causas naturales) y no me afecte ya nada la tragedia que pueda desencadenarse para hacerlo sufrir, dejarlo incapacitado (no soporto el dolor) o bien asestarle un golpe fatal. Soy pesimista en cuanto a las posibilidades que tengo, pues he notado que

la gente tiende a crecer siguiendo las características originales. Oculto, pues, en algún lugar de cada hombre y mujer exuberante u optimista que conozco está, creo, el niño o la niña completamente formado, pero a la vez incompleto, que existió una vez y que seguirá existiendo siempre tal como fue, suspendido en la soledad de su propio pasado, esperando con ilusión pero en vano; en fin, anhelando compañía insaciablemente, añorando desesperado que venga ese tiempo en que será seguro y sensato y posible lanzarse al exterior lleno de entusiasmo, abrir los brazos, llenarse los pulmones de aire reparador, sin miedo al fin, y gritar: «¡Oíd! Aquí estoy. ¿No me encontrabais? ¿No podemos estar juntos ahora?».

Y oculto en algún lugar dentro de mí, sé (lo siento dentro de mí. Lo siento sin duda) que hay un niño tímido exactamente como mi hijo que quiere ser su mejor amigo y que desea salir a jugar.

El lado bueno es que parece estar venciendo su temor a las abejas, las arañas, las orugas, los cangrejos y las medusas, según me dice, y yo deseo íntimamente creerle.

—Se me ha pasado —repite con insistencia—. La última vez que vi una abeja ni siquiera me moví.

—Pero ¿tuviste miedo? —quiero saber—. ¿Se te acercó la abeja?

—Estaba con otro chico —admite.

Las matemáticas se le dan muy bien y es bueno en ciencias, pero ya no quiere destacar en ninguna de estas materias (para gran disgusto de sus profesores, quienes afirman estar decepcionados. Él no entiende su desaprobación). Mezclado con toda su confusión, estoy seguro, hay un complejo de Edipo no resuelto de dimensiones pavorosas con los temores concomitantes y aterradores de castración (los míos, desde luego), pero todavía es demasiado joven, ja, ja, para que deba preocuparse de eso.

Él cree (yo creo) que es mucho más pequeño de lo que es en realidad. Creo que piensa que tiene un aspecto raro y decepcionante y que queremos abandonarlo, llevarlo muy lejos y dejarlo allí. Por qué razón habríamos de querer hacerlo, no lo sabe. Tampoco lo dice. Quizá crea que queremos abandonarlo porque lo vemos demasiado esmirriado. No es tan pequeño. Es de un tamaño medio, y aparenta ser más pequeño solo en comparación con otros niños de su misma edad que son más altos. Es un poco menudo, de manera que es inútil decirle que no lo es.

Antes, cuando lo llevábamos a algún lugar que no conocía, o incluso a ciertos lugares donde ya había estado, a casa de alguien o a algún lugar público vacío, o bien lleno de ruido y de gente (oscuro o iluminado, no importaba. No le gustaban las aglomeraciones. No le

agradaban los lugares vacíos. Ni que lo lleváramos a ellos. Ni que lo lleváramos a ninguna parte. Cuando íbamos, no estaba seguro de que íbamos a donde le habíamos dicho hasta estar allí, ni seguro, una vez que estábamos allí, de que lo traeríamos de vuelta), solía maniobrar astutamente para mantener el hombro o la mano junto a mi mujer o junto a mí, insistía en mantener el contacto físico con uno de los dos, por lo menos hasta haber examinado el lugar y a nosotros con entera satisfacción y haber decidido que todavía no había llegado el momento (de que no era aún la hora de su fin. Ya se había dictado sentencia. Solo seguía sin saberse el momento de la ejecución). Quiere aferrarse a lo que sabe que posee (si bien está lejos de estar contento con ello). No quiere perdernos. No quiere estar solo, ni siquiera cuando está en casa, y habitualmente deja abierta la puerta de su cuarto. No pasa mucho tiempo en él. (Le perturba hallar puertas de otros cuartos de la casa cerradas. La puerta del cuarto de mi hija está siempre cerrada, se diría que en un gesto arrogante de despecho. La de nuestro cuarto puede estar abierta o cerrada. Y por la noche o por la mañana, cuando mi mujer y yo hacemos el amor, o uno de nosotros cree que existe la posibilidad de que lo hagamos, está cerrada. No nos gusta que nos miren. El sexo en grupo no será nunca para nosotros). No quiere estar con gente en quien no confía. Además, no confía en gente a quien conoce desde hace poco tiempo. No siempre confía en nosotros (¿con quién más cuenta, pues?). Le gustaba tomarnos de las manos y no soltarnos. A menudo eso nos incomodaba. En esos casos lo obligábamos a que nos soltara.

—Suéltame —le instábamos—. Déjame la mano. Por favor, suéltame ya.

Entonces la sangre desaparecía de sus mejillas y sus labios (que se volvían azulados. Los labios se le ponían de un tono azulado cuando estaba muy tenso). Temblaba, tragaba saliva, tenía arcadas, especialmente si después de haberlo obligado a que nos soltase lo obligábamos asimismo a marcharse a jugar solo, o le decíamos que se quedará sentado en un lugar y nosotros nos íbamos a otro donde no nos veía. Invariablemente se quedaba inmóvil un instante, con una expresión alarmada, suplicante, cuando le decíamos que se fuera a otro lugar a jugar. Dejamos de decírselo. (No quería que nadie reparase en su dolorosa aprensión, a pesar de que nos la mostraba a nosotros. Hemos dejado de obligarlo a acompañarnos a lugares a los que no quiere ir. Tiene la opción de quedarse solo en casa. Mi hija está generalmente demasiado ocupada ahora para prestarle mucha atención). Siempre se queda triste y perplejo cuando se va una de nuestras asistentas negras o niñeras blancas (a pesar de que no

siempre le resulten simpáticas. En general no le gustan y nunca quiere tener nada que ver con ellas, salvo lo estrictamente necesario). Presiente que estamos planeando librarnos de él del mismo modo.

—¿Queréis libraros de Derek? —nos ha preguntado alguna vez.

—No —le he mentido.

—¿Queréis libraros de mí?

—No. ¿Por qué habríamos de querer eso?

—¿Queréis libraros de alguien?

—No.

—¿De gente que trabaja para ti, papá?

—No. Solo de una persona. ¿Por qué habríamos de querer librarnos de ti? ¡Eres muy buen chico!

—¿Y si no fuera bueno?

—Seguirías siendo muy bueno.

—A veces —confiesa con un tono melancólico, con una leve sonrisa (tal vez astuta)— sueño que estoy solo en un lugar y no sé adónde ir. Y lloro. Cuando me despierto, tengo los ojos húmedos. A veces —prosigue humildemente, ahora que ha decidido contarlo— ni siquiera estoy dormido cuando tengo ese sueño.

Tiene un aspecto triste cuando termina de hablar y se queda esperando mi respuesta en silencio, con un aire escrutador y sagaz.

(No sé ya si me dice estas cosas porque son verdad o porque observa hasta qué punto me afectan. La desconfianza y la acritud están comenzando a ensombrecer mis emociones para con él. Con más y más frecuencia me siento impulsado a reaccionar frente a él de forma contenciosa y competitiva, como con mi hija. Trato de no hacerlo.

—¿Estás enfadado? —suele preguntarme.

—No —miento).

O bien, como nos preguntó un día cuando le hicimos ponerse una camisa de vestir, corbata y chaqueta para llevarlo a lo que le dijimos que era el circo *(en verdad era* el circo aunque, aparentemente, él no lo creía y estaba tan adorable, sano y aseado, con la camisa de cuadritos rosados que le había comprado en la sección de niños de Brooks Brothers y el *blazer* en miniatura también comprado en Brooks Brothers, con el pelo brillante y sedoso —ese totalmente suyo, no de Brooks Brothers, ¡ja, ja!—, tan limpio y peinado con la raya al lado.

—¿Estoy limpio? —preguntó, volviéndose del espejo de cuerpo entero después de que lo frotaran, secaran y vistieran.

—Limpio como una patena —le aseguré.

—Limpísimo —añadió mi mujer:

—¿Pensáis meterme en un taxi y dejarme allí?

—¡No, por supuesto que no! —replico enfadado, atónito—. ¿Cómo piensas que podemos hacer una cosa así?

—No sé… —responde con un tímido encogimiento de hombros.

Pero aparentemente lo sabe.

—¿Me estás tomando el pelo? —quiero saber—. ¿O lo has dicho en serio? ¿Crees de verdad que te dejaríamos en un taxi? ¿Qué diría el conductor?

—¿Puedo preguntarte algo? —pide con humildad.

—¿Qué?

—Lo que quiera.

—No me enfadaré.

—Ya lo estás.

—No me enfadaré más.

—Pregunta —le dice mi mujer.

—Si quieres librarte de mí, ¿cómo lo harás?

—Con abrazos y besos —respondo exasperado—. Estás estropeando el día. No me digas que esta es conversación para tener con un chico guapo vestido con su camisa de cuadritos, su corbata y su *blazer*. Además, pensamos llevarte a almorzar a un buen restaurante.

—No quiero ir.

—Sí que quieres.

—Te divertirás.

—Ni siquiera quiero ir al circo.

—Sí que quieres.

—Te divertirás.

No me gusta el metro. (Alguna vez he tenido fantasías aterradoras con mi hijo en las que se pierde, o bien lo pierden, en el metro, aunque nunca he imaginado ni soñado que lo dejo en un lugar deliberadamente, ni lo he deseado. La puerta del vagón se cierra antes de que uno de los dos pueda subir o bajar del metro y reunirse con el otro. O bien estamos caminando juntos y yo desvío la cabeza un instante y, cuando la vuelvo hacia él, ha desaparecido. O bien lo olvido. Me olvido de él. Y recuerdo solo más tarde, cuando ya no está y ha desaparecido de mi sueño sin dejar rastro, que tendría que estar conmigo. No puedo adivinar adónde ha ido. Hay solo vacío. Entonces me siento solo y no estoy seguro de quién de los dos se ha perdido. Yo también me siento perdido).

Mi hijo retrocede ante los malos olores (quizá piensa en podredumbre, gases venenosos o asfixia. No quiere ir a la Luna nunca, ni yo tampoco), y le alarma cualquier ruido fuerte inesperado (o los ruidos espeluznantes, misteriosos, furtivos. A mí también, y lo mismo

les ocurre a los antílopes. Tiende a creer que es el único que reacciona a estas cosas, y el único que se siente muchas veces en peligro). No puede comprender por qué las guerras, los atracos, las abejas, las matemáticas, las arañas, el baloncesto, trepar cuerdas, las náuseas, los hombres feroces y amenazadores (reales o supuestos) y la oratoria tienen que estar siempre frente a él forzándolo a enfrentarse a ellos, acechándolo ostensiblemente, apestando, inevitables, inmóviles, implacables (y, para ser franco, tampoco yo lo comprendo, aunque aparentemente no hay mucho que ni yo ni nadie podamos hacer al respecto. Es la costumbre). ¿Por qué se espera de él que trabaje más en matemáticas y aprenda mucho más y le dé mucha más importancia, tan solo porque tiene aptitud para ellas, y por qué los profesores de su curso (en su mayor parte, mujeres), que antes estaban tan encantados con él por su precoz intuición para las cifras, están ahora desilusionados porque ha perdido el interés por las matemáticas, por la materia misma, y por qué le hacen saber que están descontentos? (Ellos sienten que los ha rechazado. Él los ha defraudado). ¿O por qué debe hacer mayores esfuerzos, tratar de destacar, empeñarse en ser mejor que todos los demás chicos en pushball, kickball, throwball, shoveball, dodgeball, béisbol y voleibol? (La verdad es que son demasiadas pelotas para que un hombrecito tan pequeño como él tenga que cargar con ellas, ¿no?). Detesta de forma particular el baloncesto. No sabe qué tiene que hacer (y no me deja que se lo explique. Hace una pregunta muy concreta y acepta solo la respuesta a esa pregunta y nada más. Me hace callar ásperamente si intento proseguir. Me rechaza). Nunca está seguro de cuándo debe intentar encestar o cuándo pasarla y tiene demasiado amor propio y vergüenza para confesar su dilema y preguntar. Nunca ha encestado. Tiene miedo de intentarlo. Nunca la lanza, a menos que la gente de su equipo le grite: «¡Tira! ¡Tira!». Entonces tira y falla. Aparentemente no es capaz de tener claro en la mente cuándo debe bloquear y obstruir al equipo contrario y cuándo tiene que coger la pelota, pasarla, colaborar, lanzar. Cuenta con su instinto, y su instinto no es de confiar. En una incomprensible desintegración de su buen criterio, tiende a olvidar cuáles de los otros chicos están en su equipo y cuáles en el contrario, mientras la rápida acción del juego se acelera y se desliza junto a él (como las patas largas y flexibles de una gran araña, diría yo. Nunca me lo ha dicho en estos términos). Suele pasarle la pelota a sus contrarios y comete otros errores de peso, por los que lo empujan y le gritan (y muchas veces no sabe por qué. No aprende, después de cometer errores, porque no comprende cuáles son esos errores. El peligro de que quizá los repita disminuye su capacidad de

pensar, aumentando así las probabilidades de que los repita). Forgione mueve la cabeza disgustado. Mi hijo advierte esto. (Por mi parte, también lo imagino todo y me da mucha pena). A mi hijo le gustaría anotar puntos y saber pasar y avanzar con la pelota en un estilo implacable. (No quiere tirar a la canasta porque sabe que errará). Tiene miedo de jugar al baloncesto y quisiera no tener que jugar.

En este momento no quiere ir a la escuela los días que tiene gimnasia. (O que hay debate. O sabe que tiene que presentar un trabajo oral, o bien leer uno que ha escrito). Tiene educación física tres veces a la semana. Se preocupa por ello tres de los cuatro días restantes. (Los sábados descansa. Los días de fiesta escolar no le ofrecen ningún alivio. A menos que caigan en un día en que tiene gimnasia. En ese caso está contentísimo). En este momento ya tiene miedo a Forgione y se siente despreciado y también teme al ayudante (cuyo nombre no sabe. Al parecer no lo sabe nadie. Tampoco me lo describe, de modo que no tengo la menor idea de su tamaño ni de su edad), el cual debe de representar otro peligro terrible que él ha de eludir. (¿Te gustaría ser un chaval de nueve años, inofensivo, un poco tímido y un poco más bajo y delgado de lo normal y encontrarte —tres veces a la semana, todos los lunes, miércoles y viernes, tan regular e inexorablemente como la puesta del sol y el cielo que oscurece y la tierra que ennegrece y se vuelve espeluznante, sin la garantía de que nadie volverá a despertarse en ninguna parte— bajo la custodia sombría, férrea, de alguien llamado Forgione, mayor, más ancho y mucho más grande que tú, un hombre terrible, poderoso, de anchas espaldas, que además es velludo, musculoso, fornido y usa camisetas inmaculadas azules o blancas, aparentemente tan firmes e inconmovibles como la figura de carne y hueso que cubren como un molde, con unos ojos oscuros y feroces que nunca has tenido el valor de mirar, y el nombre de cuyo ayudante no has preguntado, o bien no has podido retener y quien no te tiene simpatía ni aprueba tu conducta? Podría hacerte cualquier cosa. Podría hacerme a mí cualquier cosa).

—Nunca se esfuerza por ganar —declara Forgione al hacerme reproches sobre mi hijo cuando ya no puedo, en conciencia, postergar más la visita a la escuela con objeto de hablar con él sobre la situación de mi hijo.

(Mi mujer ha estado persiguiéndome para que hable con Forgione o para que me queje de él al director, cosa que vacilo en hacer porque no quiero ser un soplón y tal vez sea innecesario y podría tener repercusiones desastrosas.

—Es *tu* hijo, ¿no?

Es mi hijo y supongo que realmente no puedo ya, en conciencia, dejar que siga sufriendo esta pena que le da náuseas tres veces a la semana, tan sistemáticamente como un reloj, ¿no?, aunque al final resulte que no puedo hacer nada para aliviar la situación y quede como un histérico y un pesado y la verdad es que no lo soy. Tiene que haber algo que pueda hacer. Tengo una sensación que me avergüenza de que hay algo que otros padres harían).

—Estoy seguro de que hace todo lo que puede.

—No quiere ganarle a ningún compañero.

—Supongo que él es así —murmuro en son de disculpa.

—No es así, míster Slocum —insiste Forgione sentenciosamente—. No nació así.

—Pero es así ahora.

—No tiene ese auténtico espíritu competitivo. No intenta hacer lo máximo que pueda para ganar. Carece de la voluntad que se necesita para ganar.

—No conseguirá que la tenga metiéndose con él, míster Forgione —aventuro tímidamente, con un tono tan inofensivo como puedo adoptar.

—Yo no me meto con él, míster Slocum —me dice con gran sinceridad—. Solo trato de ayudarlo.

—Le tiene miedo, míster Forgione. Antes le gustaba hacer gimnasia y participar en los juegos. Ahora no le gusta. Ahora ya no quiere asistir a ninguna clase de educación física.

—Tiene que asistir. A menos que tenga un justificante médico.

—Tendré que conseguirle uno.

—¿No me culpará a mí por eso? —protesta a la defensiva.

—No trato de culpar a nadie. —Siento que ahora yo estoy en ventaja y continúo con mayor aplomo—. Estoy tratando de encontrar alguna manera de hacer que su situación en la escuela le resulte más llevadera.

—¿Cómo es en casa?

—Está siempre muy bien. Cuando no tiene que preocuparse por asistir a clases de gimnasia.

—No le irá bien que le faciliten demasiado las cosas.

—No quiero facilitarle demasiado las cosas.

—Tiene que aprender a encarar las situaciones.

—¿Qué situación? ¿Trepar por la cuerda?

—Aquí tiene que hacer eso. Tendrá que hacerlo en otros lugares.

—¿Dónde?

—En la escuela secundaria. En el ejército, quizá. Tiene que hacer muchísimas cosas que no le gustan, si quiere progresar en el mundo.

—No quiero discutir con usted.

—Yo tampoco.

—Quiero tratar de ayudarlo a que le vaya mejor.

—Yo lo ayudo —sostiene Forgione—. Siempre trato de animarlo, míster Slocum. Intento insuflarle la voluntad de ganar. No la tiene. Cuando va a la cabeza en una carrera de relevos, ¿sabe lo que hace? Empieza a reírse. Se ríe. Y entonces aminora la velocidad y espera a que los otros chicos lo alcancen. ¿Se da usted cuenta? A los otros chicos de su equipo no les gusta esto. Esa no es forma de correr una carrera, míster Slocum. ¿Diría usted que esa es forma de correr una carrera?

—No. —Muevo la cabeza y trato de disimular una sonrisa. (Muy bien, hijo, siento ganas de vitorearle. Aunque eso no es tan bueno para él)—. Diría que no.

Tengo que reírme por lo bajo (y Forgione sonríe y ríe luego también por lo bajo, agitando esa cabeza morena y esbelta, complacido, convencido erróneamente de que mi risa se debe a que comparto su incredulidad), al visualizar mentalmente a mi hijo, muy a la cabeza de todos en una de esas carreras de relevos, riendo con esa risa profunda, resonante, espontánea, que brota a veces de él, trastabillando de alegría mientras lucha por seguir y, a la vez, hace gestos expansivos a los otros chicos para que lo alcancen, a fin de poder reír todos juntos y correr juntos en la continuación de su juego (después de todo, no es más que un juego). Estoy halagado, estoy entusiasmado por esta imagen de mi hijo, pero sé que no debo revelárselo a Forgione (ni tampoco evidenciar burla ni superioridad), ya que él lo tiene completamente en su poder tres veces a la semana y puede vengarse de manera eficaz de mí haciéndole objeto de toda clase de amenazas y castigos (mientras yo estoy seguro, encerrado en la cápsula protectora de mi excelente puesto en la compañía, asfixiado por las horas que se suman, envejeciendo y sofocándome en un tedio paralizante, o bien temblando de un modo indecible de histeria reprimida, o bien ambiciosamente absorto en algo ocioso y sensual. ¿Quién es capaz de imaginar todos los crímenes crueles y los accidentes horripilantes que pueden sufrir mi mujer, o mi hija, o Derek, mientras yo estoy sentado en mi escritorio, mordiéndome las uñas, o bien meando en el baño de hombres o eludiendo reunirme con Green o tocándole las tetas a Betty, Laura o Mildred en el apartamento de Red Parker, o flirteando con Jane en el pasillo angosto fuera del Departamento de Arte? Puedo imaginarlos. Los imagino todos, y también elaboro infinidad de otros. Los desastres se atropellan en mi mente sin invitación ni previo aviso, como miembros independientes

de una sangrienta caravana del infierno o de otro lugar patológico y doloroso. Veo esqueletos envueltos en mortajas podridas mientras estudio los informes de la compañía, y no son esqueletos sonrientes. Huelo un polvo extraño. Me estremezco y me siento repelido. Con frecuencia me desprecio a mí mismo por imaginar las catástrofes que imagino. No son dignas de mí. A menudo me sorprendo reprendiéndome con desprecio y obligándome a concentrarme inmediatamente en alguna tarea, con el fin de suprimir la sensación de opresión del pecho y la red de escalofríos que se agita en mi interior, como un cesto lleno de lagartijas que luchan por escapar. O el torbellino de mariposas pálidas que agitan las alas. Otras veces llamo por teléfono a casa para verificar que todos estén bien, dentro de lo que puede informarme quienquiera que conteste el teléfono. Lo máximo que puedo averiguar, no obstante, es que no hay noticias de nada malo. Aun si hiciese a diario el esfuerzo fantástico de llamar, por turno, a cada miembro de mi familia en los diferentes lugares donde estén en ese momento, no tendría una seguridad duradera de que no ha caído la tragedia sobre el primero en cuanto he terminado de hablar con el último. Sin duda podría usar tres o cuatro teléfonos y hablar con todos a la vez. Al menos así estaría seguro hasta que colgara. Al menos no me contesta el teléfono un policía o un paramédico de la ambulancia cuando llamo a casa, lo cual agradezco mucho. En estas circunstancias, cabe decir que la ausencia de noticias es una buena noticia, como siempre digo. Hasta que llega la mala noticia. ¡Ja, ja! Apuesto a que nunca he dicho esto. Hasta ahora. ¡Ja, ja! Una vez más). En vista de todo esto, pues, no me arriesgo a ofender a Forgione ni a darle motivos para que me tome antipatía, por el bien de mi hijo (y por el mío propio. Lo que le preocupa a él me preocupa a mí). Me muestro, pues, sumiso, humilde, respetuoso.

—¿Es necesario que participe en las carreras? —pregunto. Me muestro deferente y simpático con Forgione. Controlo mi impulso de ser sarcástico. La verdad es que me siento superior a él, a la vez que le temo. Sé que soy mejor que él y, a la vez, más débil—. ¿No podrían hacer otra cosa? ¿O hacerla solo él?

—La vida es dura, míster Slocum —filosofa Forgione (y yo siento ganas de decirle que se meta su filosofía por el culo)—. Debe aprender que tiene que superar a su compañero más próximo. Esta es una de las lecciones que tratamos de inculcarle para prepararlo para el mañana.

—Me da lástima el compañero más próximo.

—Ja, ja.

—¿Quién es el compañero más próximo? ¡Pobre tío!

—Ja, ja.

—A lo mejor el próximo es él.

—Por eso intentamos entrenarlo. Usted no querría que le ocurriera eso, ¿no? Usted no querría que él fuese el compañero más próximo que siempre es peor que los demás, ¿no?

—No. Para mí él es el compañero que me interesa. Por eso he venido a la escuela a hablar con usted.

—Es posible que sea un poco severo con él. Pero lo hago solo por su bien. Es mejor ser severo en exceso que indulgente en exceso. A veces.

—Míster Forgione, usted tiene hijos, ¿no? —arguyo a mi vez con un tono razonable, pero levemente más firme (ya que de momento no me ha noqueado con ese martillo de mango corto que tiene, su propio puño, y se ha replegado a la posición de justificarse)—. Usted sabe bien que no puedo mirar para otro lado y permitir que un hijo mío venga aquí si la situación lo trastorna hasta este punto, o bien cree que usted se mete con él. ¿No haría usted lo mismo?

—Yo no me meto con él, míster Slocum —señala rápidamente Forgione, tragando saliva, molesto, con la nuez de Adán agitándose de la emoción—. ¿Le ha dicho a usted eso?

—No, pero sospecho que tiene esa sensación.

—Trato de ayudarlo. Nunca me meto con él. Son sus amigos. Son sus amigos los que se meten con él. Se enfadan y empiezan a gritarle cada vez que deja de correr y se ríe y no se esfuerza por ganar. O cuando pasa la pelota deliberadamente, lo hace con toda intención, míster Slocum, se lo juro. Como un chiste. Se la pasa a cualquier chico del equipo contrario, para darle la oportunidad de ganar unos puntos o para sorprender a los de su propio equipo. Como en broma. Qué divertido, ¿eh? Lanza lejos la pelota cuando alguien se le acerca. Se asusta. Son sus amigos quienes se enfadan y empiezan a gritarle, no yo. Simplemente trato de que haga las cosas bien para que ellos no se enfaden. Es entonces cuando se enfadan de veras y se vuelven contra él, hasta que se pone triste y parece que va a llorar y dice que se siente mal o le duele la garganta, o quiere que lo examine la enfermera y lo mande a casa. Se porta como un bebé. Se pone verde. No me gusta decirle esto, míster Slocum, pero a veces se porta como un bebé.

(Mataría a Forgione por decirlo. Lo mataría aquí mismo, ahora, porque lo que dice es verdad y yo no quería que nadie se diera cuenta).

—No *es* más que un niño, ¿sabe? —digo forzando una sonrisa indulgente.

—Tiene nueve años.

—¿Qué son nueve años?

—Es el momento de adquirir un poco de responsabilidad y disciplina.

—No quiero discutir con usted.

—Yo tampoco. Le diré esto, míster Slocum. Tiene que aprender a encarar las cosas.

—Está tratando de aprender. Está haciendo todo lo posible.

—Luego no lo quieren en el equipo. Vienen a decirme que no lo quieren en el equipo si no piensa hacer un esfuerzo. No es un secreto. Lo dicen delante de él. Ahora me dicen que no lo quieren en el equipo de baloncesto porque no sirve. Esto no es ninguna broma para un grupo de chicos que está haciendo lo máximo que puede a fin de ganar. ¿Qué quiere que haga *yo*? ¿De qué lado *debo* ponerme? ¿No puede *usted* hacer algo?

—Para eso he venido aquí. Para intentarlo.

—¿No puede *usted* hablar con él, míster Slocum? ¿Tratar de explicarle que debe hacer bien las cosas, con seriedad? Sería mejor que le hablara usted, no yo.

Sí que sería mejor. No tengo que esforzarme mucho para imaginar a mi hijo con cara asustada y verdosa frente a Forgione, pues a menudo lo he visto así en mi presencia, cuando estamos en un lugar poco conocido y cree que voy a dejarlo allí o que lo obligaré a saltar de un trampolín. ¿Cómo explicarle a Forgione que me gusta mi chico tal como es (¿sí? No estoy seguro), que no me importa que no sea competitivo, agresivo o sobresaliente, aunque debo reconocer que hay veces en que quisiera que lo fuese un poco más, cada vez que me irrito con él porque no lo es, y que probablemente estaría más orgulloso de él si lo fuese? Sospecho que él también debe saberlo.

Todavía no sabe que he venido a ver a Forgione para tratar de obtener ciertos favores especiales y no quiero que se entere. Creo que se sentiría muy mortificado, muy disminuido y que no se atrevería a enfrentarse más a Forgione. Sé asimismo que estaré enfadado con él cuando me vaya, por haber hecho que fuera necesaria esta entrevista con Forgione (y por malograr esta mañana y buena parte de mi paz mental anoche, después de tomar la decisión de ver a Forgione de una vez por todas y enseguida arrepentirme de la decisión), y que me gustaría darles patadas en el culo a todos esos otros mocosos gritones y violentos y golpearlos en la cabeza, esas cabezas malolientes, sucias, belicosas, por haberse metido con él. (Y por haber hecho necesario que yo haga algo. Mierda… a veces creo que estaría muy feliz solo, pero tampoco estoy tan seguro de ello).

—¿No puede dejarlo fuera de los equipos un tiempo, si él se lo

pide?

—¿Es eso lo que él quiere?

—Sí, creo que sí. Aunque no creo que se lo pida. Yo hablaré con él. Pero usted no le diga nada.

—Si eso es lo que quiere, por supuesto. Yo no me meto con él, míster Slocum.

—Puede que recobre algo de su confianza en sí mismo. Aunque sea unos pocos días.

—Trato de ayudarlo.

—Dígale que tiene aspecto cansado o algo por el estilo, por favor, míster Forgione.

—Que venga a verme con algún pretexto. Que venga cojeando un poco o traiga una nota de usted diciendo que no se encuentra bien. Así evitaremos que los otros chicos lo descubran y se burlen de él.

—No sería mentira. Los días que tiene educación física se siente enfermo de verdad y tiene ganas de vomitar. Nunca desayuna. Viene a la escuela sin haber comido nada.

—No sabía esto. ¿Dice algo de mí?

—Muy poco. Nada malo. Que tiene miedo de no saber hacer las cosas. No me pidió que viniese a verlo.

—Yo solo trato de ayudarlo cuando le insisto en que haga las cosas mejor y se esfuerce más. Solo trato de hacerle comprender que tiene buenas aptitudes que debe aprovechar y que haciendo todo lo posible se sentirá mejor. Debe decirle que he dicho esto.

—No quiero que se entere de que he venido a verlo. Que haga ejercicios de gimnasia unos cuantos días y veamos qué sucede cuando no sienta tanta presión sobre él. ¿De acuerdo?

—Tampoco hace bien las flexiones, ni los ejercicios de barra, ni sube bien la cuerda ni los saltos. La verdad es que no podría dar una buena nota a su hijo en nada, míster Slocum. Salvo en correr. Es muy veloz. Pero no siempre se esfuerza. Siempre está bromeando.

(Debo contener otra sonrisa).

—Tal vez lo haya heredado —digo—. Yo tampoco fui nunca muy bueno en nada.

—Ah, no, míster Slocum —me corrige míster Forgione con una sonrisa—. Cualquiera puede ser bueno en actividades físicas si trabaja con dedicación hasta desarrollar su cuerpo.

—Espero que sea así —le concedo, muy diplomático—. Recuerdo que pasaba bastantes horas en el gimnasio —miento—, pero nunca mejoré mucho.

—Usted tiene buen físico. Lo veo. Su hijo también podría ser un buen atleta, míster Slocum, si se empeñara un poco más. Corre como

una liebre y tiene buenos reflejos. Si viera cómo salta cuando cree que voy a gritarle, o cuando cree que le gritará uno de los chicos.

—Tal vez tenga miedo de pedirle nada. Aun cuando le traiga una nota.

—Sé qué debo hacer.

—Puede que sienta demasiada vergüenza. Y, por favor, no le diga que he hablado con usted. No quiero que lo sepa.

—Tranquilo. No le diré nada.

—Y no tomará represalias, ¿verdad? ¿No se vengará porque yo he venido a verlo?

—No, por supuesto que no —exclama Forgione indignado—. ¿Por qué habría de hacer semejante cosa? —(Porque eres humano, pienso) —. ¿Qué clase de hombre cree que soy?

—Un cromañón —digo secamente.

(Pero esto, naturalmente, me lo digo a mí mismo. Por fuera río en voz baja con fingida cordialidad. Me pregunto si llegará el día en que comenzaré, sin darme cuenta de que lo hago y sin haber advertido el cambio, a decir en voz alta las cosas que ahora solo me digo para mis adentros o verbalizo en un estado contemplativo y, como consecuencia del cambio, me volveré un psicópata o uno de esos hombres, aunque con mayor frecuencia son mujeres, que hablan en voz alta consigo mismos en las aceras y los autobuses. Si llega a ocurrir, mezclaré mi mundo interior con el mundo exterior y me encontraré desorientado en los dos. Seré un ser patético. En estos momentos ya me cuesta decidir cuál es cuál y cuál es el real. Me preocupo seriamente por todos estos lapsos de autocontrol. Siento que tal vez está ocurriendo ahora, que hablo solo y en voz alta. Mis hijos se burlan y dicen que hablaba en voz alta conmigo mismo cuando estaba ensayando el discurso que no me dejaron pronunciar en la convención del año pasado, y a veces cuando estoy borracho o bien profundamente enfrascado en el trabajo o ensimismado. Alguna vez me sorprendo vocalizando palabras que tengo intención de escribir cuando esté sentado en mi escritorio de la oficina o en el estudio de casa, o que pienso decir a quienquiera que voy a ver de inmediato. Por lo menos, creo que siempre me doy cuenta a tiempo. No estoy seguro. Puede haber ocasiones en que no lo logro. Sé que a veces gesticulo con las manos y la cabeza cuando me preparo para alguna conversación, pero esto tiene algo del carácter de un ensayo del cual tengo conciencia. Tengo tanto miedo de empezar a hablar solo algún día que creo estar haciéndolo ya. La gente se reirá de mí. O mirará para otro lado fingiendo no verme. Sufro frecuentes dolores en el pecho porque tengo mucho miedo de sufrirlos algún día y de morir de un ataque al

corazón. Mi hermano murió de un infarto mientras estaba esperando algo en la sala de espera de su oficina, y mi padre murió de alguna otra cosa cuando yo no era más que un niño, y mi madre, algo que no puedo olvidar, fue abatida en la ancianidad por una serie de episodios cardiovasculares, algunos de ellos demasiado sutiles y pequeños en sus efectos aislados como para contarlos, accidentes como los llaman eufemísticamente, aunque no eran tales «accidentes», ya que hacían que la lengua le chasqueara dentro de la boca cuando trataba de hablar y transformaron el resto de su persona, con el paso del tiempo, en una masa de pulpa sin irrigación sanguínea. ¡Dios mío, cuánto llegué a detestar verla! Y tenía ganas de llorar de amor, de lástima hacia ella y hacia mí mismo, pero no me permití nunca hacerlo. Me controlaba. Era fuerte. Soy capaz de ser fuerte y sin emociones cuando se trata de otros. Creo que puede que me preocupo tanto por el temor de hablar solo como por el de tartamudear. Creo que puede que algunos de mis sueños sean homosexuales. Creo que temo empezar a tartamudear de forma irremediable cuando llego a pensar, siquiera, que pueda ser homosexual. No sé por qué tengo esos pensamientos relacionados con esos sueños. También encuentro que muchos de mis otros sueños son probablemente heterosexuales, y sé la razón. En esos sueños estoy siempre persiguiendo chicas y follando con ellas y casi llego a completar el acto, pero nunca lo termino. Tampoco llego al orgasmo. Siempre se interrumpe antes de terminar. ¿Es mi madre? ¿Desnuda y solícita? Y también sé que buena parte de mis horas de vigilia están compuestas de defensas contra una conducta de la cual no tengo conciencia y que sería difícil justificar. ¿Por qué tengo ganas de llorar tan a menudo y por qué me resisto a hacerlo siempre? Hay veces, más tarde, cuando quisiera haber llorado y lamento no haberlo hecho. A menudo solía tener ganas de llorar después de discutir con mi hija. He dejado de sentirme orgulloso de mantenerme impasible. Espero con ansia que mi chico nunca descubra que soy homosexual, si acaso lo soy en realidad, aunque a cambio obtendría una satisfacción mezquina de que mi mujer comenzara a preocuparse por esa posibilidad. Espero no perder nunca el autocontrol en ninguna situación. Nunca lo he perdido, ni aun con una chica. Quisiera desear perderlo. Me alegro de no perderlo. Espero no tener nunca un derrame cerebral que me haga tartamudear o me vuelva paralítico y mudo. Espero no tener nunca un infarto. Espero no volverme nunca senil, ni orinarme en los pantalones, ni querer abusar de los niños. Me pregunto qué clase de persona resultaría ser si alguna vez suprimiera todas mis inhibiciones de golpe, qué clase de individuo está embotellado dentro de mí actualmente. ¿Me gustaría ese individuo?

Creo que no. Hay más de uno en mí, probablemente. Hay más de un id. Lo sé. ¿Podría vivir con mi id si lo viera en su totalidad, si pudiera acurrucarme junto a él e intercambiar chistes verdes? En lo más profundo de mi ser, soy quizá un gran tipo. En lo más profundo de mi ser, creo que no lo soy. Espero no ver nunca surgir de mí el verdadero yo. Podría decir y hacer cosas que me incomodarían y que lo meterían en un buen lío, de manera que espero estar muerto y enterrado cuando surja a la superficie. Ja, ja).

—Ja, ja, Forgione —es lo que digo en realidad, para indicarle a Forgione que no tenía intención de que tomara en serio mi pregunta —. Es verdad. La pura verdad, míster Forgione.

—¿Qué?

—Que se lo agradezco. Me alegro de que lo comprenda.

—No se preocupe, míster Slocum. Haría lo mismo para ayudar a cualquier otro chico.

—Gracias, míster Forgione. Me siento mucho más tranquilo.

Le tiendo una mano con fuerza para estrechar la suya, y descubro que me siento mucho menos tranquilo cuando lo dejo.

Fui allí preparado para la batalla, para hacer frente a quien fuera, si era necesario. Obtuve lo que quería con demasiada facilidad y me voy con la sensación de haber perdido. Estoy deprimido. ¡Dios mío!, me sorprendo preguntándome mientras vuelvo a la oficina en el tren. ¿Qué *le he hecho a mi pobre hijo*? Descubro que estoy furioso con mi mujer por haberme instado a que vaya allá. Supongamos que Forgione quiera vengarse. No me apetece ponerme a buscar una escuela privada para inscribir a mi hijo, de momento. A pesar de ello, Forgione puede forzarme. Estoy en su poder, pero él no está en el mío. El año pasado fue una antipática profesora de trabajos manuales (*su* mistress Yerger, y nuevamente la mía. Aparentemente se diría que cada curso tiene su mistress Yerger, que siempre hay una, como también siempre hay un Forgione) quien me hizo estar a punto de decidir sacarlo de la escuela pública (él me suplicó que le dejara quedarse) y meterlo en un caro colegio privado que podría haber resultado igualmente malo. Este año se trata de un Forgione vigoroso y moreno, con su maldita gimnasia y su cuerpo musculoso. (Nos mudamos a Connecticut para alejarnos de los negros. Ahora tenemos que preocuparnos por este forzudo levantador de pesas italiano). ¿Le molesta a Forgione, según creo ahora con absoluta certeza, que haya ido a la escuela a quejarme (¿le habré dado muy mala impresión a Forgione?) y a criticar y a entrometerme en su trabajo con respecto a mi hijo? ¿Se tomará represalias con la consiguiente satisfacción personal, persiguiendo y avergonzando a mi hijo más aún de lo que lo ha hecho ya? Sintonice

el próximo día para enterarse. Lleno de aprensión, pues, sintonizo durante todo el día siguiente para enterarme, llamando por teléfono a casa durante la hora del almuerzo (para preguntar si hay cartas importantes, pero en realidad para saber si mi hijo vive todavía, si no han llegado de la escuela noticias de su muerte), y vuelvo a llamar por la tarde.

—¡Adivina! —me dice alegremente mi hijo, quien ha contestado el teléfono (para mi gran alivio y sorpresa).

La verdad es que Forgione, que Dios bendiga su noble corazón, se porta muy bien. (Esa mañana durante el desayuno estoy más tenso por culpa de la gimnasia que mi hijo. El café tiene el sabor amargo de la hiel. Forgione es un verdugo, enmascarado de intenciones siniestras y enigmáticas, y en la oficina cavilo todo el día sobre los crímenes atroces que están cometiendo contra mi hijo detrás de las paredes de ladrillos, las puertas cerradas y las ventanas clausuradas de esa institución penitenciaria, la escuela. Estoy más tenso que mi hijo porque tengo la capacidad de objetivar ansiedades que él ni advierte aún. Tengo una imaginación infinitamente más sofisticada y tortuosa. Él aún no ha oído hablar de Leopold y Loeb, mientras que yo sí. No sabe nada de los perversos polimorfos, astutos, de mayor edad, obsesos y trastornados que maltratan y matan a chicos sin motivo. A mí también me dan muy mala espina esos hombres extraños, violentos, ceñudos que lo secuestran, le hacen daño, lo descuartizan, y hay días, o por lo menos tal era el caso cuando vivíamos en Nueva York y aun ahora que nos hemos replegado a un barrio residencial, en que miro con expresión acusadora, combativa, fanfarrona, desde luego, a cada extraño que veo en la vecindad, los operarios, los repartidores, los albañiles, los agentes de seguros, hasta los sacerdotes, como potenciales secuestradores, sádicos, canallas, degenerados o asesinos dementes que torturan y mutilan a sus víctimas incrédulas antes y después de matarlas, a pesar de que sé que eso es imposible. De todos modos, lo imagino. Y ahora está flotando entre ellos el rostro de Forgione, desalmado, simbólico, carnal, extraño. Estoy loco. No me extraña que mi hijo sea miedoso. Durante mucho tiempo en la ciudad tuve demasiado miedo de dejarlo ir solo a la escuela, a pesar de que el edificio estaba a pocas calles de casa y de que otros chicos de su misma edad lo hacían ya. Al mismo tiempo, le insistía siempre en que se atreviera a ir solo, señalando que ya era mayor y lo bastante inteligente, y que podía ir caminando solo algún día, y asegurándole que nada le ocurriría si esperaba siempre a que el semáforo cambiara a verde y miraba en todas direcciones antes de dejar la acera y cruzar la calle. Tenía miedo de que se perdiese. Tengo miedo de los

accidentes de tráfico. También temía a los borrachos, los drogadictos, los obreros frustrados, las explosiones, los escolares más fuertes y bravucones y los que faltan a la escuela secundaria para acechar a los más jóvenes de la primaria, en su mayoría negros, puertorriqueños o italianos, que pudiesen quitarle el dinero para comprar helados, destrozarle la ropa, ensangrentarle la cara o estirarle de las orejas. Hasta tenía miedo de que le cayera encima una cornisa y él creo que también. Solía llamar por teléfono a casa dos y tres veces al día desde la oficina para preguntar si había correspondencia importante, o si estaba ya la ropa de la tintorería, pero, en el fondo, era para asegurarme de que todos seguían vivos, gracias a la información que pudiera darme quien respondiera a la llamada. Si nadie respondía cuando se suponía que había alguien en casa, pensaba en llamar a la policía, al portero o a uno de los vecinos, para verificar si mi hijo había llegado sano y salvo de la escuela a comer —lo cual implicaba, por deducción, que había llegado *a* la escuela sano y salvo después del desayuno— y que, otra vez, había regresado a casa con éxito después de las clases, lo que significaba, una vez más, que ese día había llegado sano y salvo *a* la escuela después de comer.

—¿Quieres hablar con él? —preguntaba mi mujer.

—Solo si tiene ganas de decirme algo.

—Dice que no. ¿Tienes algo que decirle a papá?

—No.

—¿Quieres preguntarle algo?

—No.

—Dice que no. Suenas decepcionado.

Y *lo estaba*. Creía que él debía *querer* hablar conmigo, aunque no tuviera nada concreto que preguntar o decir. ¿Acaso yo no había estado preocupado por él?

También cavilaba sobre esto: su ingratitud. Después de todo, eran muchos los sentimientos que yo le dedicaba, ¿no?

Sus salidas de casa eran para mí aventuras hacia peligros desconocidos que se aproximaban más y más. Sentía por él lo que creo haber sentido en una época por mi mujer y mi hija, y como me siento cada vez que subo la escalera del avión cuando salgo de viaje de negocios. No estoy seguro de si volveré a bajar por mi propio pie. ¿No sería ridículo morir en un rutinario viaje de negocios? Cada día que él y yo y el resto de mi familia sobrevivimos es un nuevo milagro. ¿No es maravilloso que todavía estemos aquí y que no hayamos sucumbido a algún accidente o crimen? Siempre lo pienso. No confío en los automóviles. No confío en mi mujer al volante, especialmente ahora que sé que bebe durante el día, y tampoco me gusta pensar en mi hija

por la noche en un coche conducido por algún chico que puede también estar borracho o colocado por las drogas. En realidad, ya no me preocupo tanto como antes por mi mujer y mi hija, posiblemente porque sobrevivieron las dos a su primera infancia y ahora me parecen suficientemente mayores como para saber cuidarse, o posiblemente porque ya no las quiero tanto como antes, tanto como sé que quiero a mi hijo y a mí mismo. Reconozco que tengo puntos de vista morbosos sobre mí. No me gustan las puertas cerradas, los amigos enfermos, las malas noticias. Y mi hijo es todavía joven y vulnerable, creemos, al igual que lo cree él, y necesita de nuestro amor y protección. Y sé que lo quiero y me angustia pensar en el peligro en que lo he puesto ante Forgione, quien, Dios lo bendiga otra vez, resulta ser un hombre excelente). Forgione resulta ser, en realidad, un hombre de un sorprendente buen corazón, mucho más generoso y discreto con mi hijo de lo que lo habría imaginado capaz.

—Ya no tengo que hacer nada en gimnasia —sigue diciendo mi hijo, lleno de entusiasmo—. Ni siquiera tengo que jugar. Hasta que me apetezca.

Y desde ese día mi hijo se convierte en un principito arrogante. (Aunque desde luego esto no dura). Al principio agradece la tregua acordada (se cree muy listo); disfruta de su ocio, se lo pasa bien en la escuela y en casa. Junto con los chicos que tienen escayolada una mano, una pierna o un brazo y con los que sufren lesiones cardíacas y otras deformidades graves, está excusado de participar en partidos y carreras y se le permite pasar el tiempo en el gimnasio mirando y dándose aires, aunque se le exige que se presente y se quede allí durante toda la hora. (Hay un niño de su misma edad en la escuela que es totalmente ciego y que está eximido de hacer gimnasia. La escuela lo mantiene como un experimento). Mi hijo pasa la hora de gimnasio deambulando por la periferia de las actividades, me dice, y se siente superior. (Cree haber jugado bien sus cartas y quiere que los demás se enteren). Considera que deberían envidiarlo. (Nadie lo envidia. Es una novedad transitoria). En poco tiempo, en cambio, y de pronto, se produce una transformación y pierde la confianza, y es invadido por una triste indecisión. Advierte que no quiere ser diferente (quizá está alarmado por la amenaza de que lo que supone estar fingiendo terminará siendo realidad y se vea abocado al riesgo de que lo excluyan para siempre, como a esos otros chicos de su misma edad que tienen soplos cardíacos de origen patológico y a quienes no se les permite jugar y todos los otros que siempre vemos en silla de ruedas o bien cojeando porque son inválidos o deformes).

Quiere ser igual a los chicos sanos, formar parte del grupo normal

(antes de quedarse rezagado y descubrir que ya no puede alcanzar al resto), aunque no aprecie a esos chicos ni se divierta con lo que hacen. Le molesta que lo clasifiquen con los débiles y los lisiados (quienes tampoco tienen la capacidad de formar su propio grupo, porque cada uno tiene su desventaja individual) y lo excluyan y lo aíslen. Así que deja de fingir fatiga, de cojear y de tener dolor de garganta, y acude a Forgione para informarle de que cree que ya se encuentra bien.

Y una vez más, se lanza a los deportes y a las carreras (y a practicar la barra, subir por la cuerda, hacer volteretas y demás, todo lo cual sigue detestando, pero consiente en soportar, ya que no puede declararse apto para los deportes en grupo y las carreras y no apto para la gimnasia). Y ahora ruge como un león y lucha como un tigre. Corre como una liebre y grita «¡Bien, bien, bien!», obediente como un atleta entusiasta.

(—Ahora míster Forgione dice cosas buenas de mí —nos revela complacido un día.

—Hoy he anotado cuatro puntos —nos dice otro—. He sido el segundo mejor del equipo).

Aprende entonces que le resulta fácil ser bastante bueno en los deportes si tiene verdaderas ganas de vencer (y hasta en gimnasia, si se empeña un poco), así como le es muy fácil ser bastante bueno en matemáticas (aun sin empeñarse mucho). No es el mejor en nada, pero es lo bastante bueno (y muy divertido), y los mejores lo quieren y ahora piden tenerlo en sus equipos. (Son chicos más fuertes, más grandes y ahora él es uno de ellos). Lleva (mentalmente) tablas acumulativas (secretas) de los triunfos y derrotas propios y de los otros chicos en todos los juegos de pelota: pushball, punchball, kickball, throwball, béisbol (¡ahora juega con un par!, ja, ja), y siempre sabe cuál es su posición en relación con la de los otros. (Es como el personal de ventas de la compañía). En las carreras de relevos y en el baloncesto, siempre trata de colocarse junto a algún gordo del equipo contrario, a quien está seguro de aventajar. (Se siente culpable frente a ese gordo y le tiene lástima. Pero alguien ganará al gordo de todos modos, así que ¿por qué no él?). No se trata de querer parecer bueno, sino más bien de evitar parecer malo. En realidad, ya no me preocupa que mi hijo no quiera ser el mejor del equipo de baloncesto.

—Pero tal vez yo sí quiero —me dice, enigmático.

—En ese caso, ¿por qué no lo intentas?

—Tal vez porque sé que no lo conseguiré —replica con un esbozo de sonrisa misteriosa (y me resulta imposible determinar, al analizarlo detenidamente, si dice en serio lo que parece dar a entender por su comentario o si tan solo está poniendo astutamente en práctica un

juego indescifrable, complejo y desagradable que ha inventado para confundirme. ¿Tendrá inteligencia suficiente para eso?).

Por lo menos sabemos que es un engreído; los días que hace bien los ejercicios en la clase de gimnasia, cuando nadie se ríe de él ni lo critica, o cuando no le ocurre nada desagradable en la escuela (o en clase de oratoria), vuelve a casa lleno de aplomo, eufórico y, a la vez, sereno, con un aire jactancioso y una elevada opinión de sí mismo, de modo que no todo es tan malo. En cambio, los días que le ocurre algo desagradable vuelve malhumorado y angustiado y dice que odia a todo y a todos, en cuyo caso no todo es bueno tampoco. Se sienta, inmóvil, luego se levanta bruscamente para caminar lleno de furia y vergüenza que solo expresa en suspiros, anhelando (lo vemos) llorar, pero conteniéndose. Es doloroso verlo (mi mujer y yo querríamos llorar también) y también indignante. (Siento ganas de gritarle de desagrado, quizá de pegarle, por reaccionar de forma tan inconsolable). Se niega a hablar de hechos desagradables más allá de cierto límite. Sigue luego haciendo todo lo que puede para mejorar en los ejercicios de barra, en las flexiones, en subir la cuerda. Mejora, pero despacio (y probablemente esté previendo con angustia el día que vaya a la escuela secundaria y tenga que volver a los ejercicios de barra, las flexiones, subir la cuerda y nadar desnudo con otros chicos en la piscina clorada. Probablemente no querrá nadar desnudo. Recuerdo que yo no quería. Si es como la mayoría, pensará que tiene el pene muy pequeño y que puede perderlo. Tendré que decirle, si me lo permite, que se lo mire fijamente en un espejo si quiere que tenga un aspecto tan grande como el que le verán los demás. No entraré en el fenómeno del escorzo, a menos que me lo pregunte. No le gusta que le corten el pelo, aun cuando se lo dejamos largo, y tiene miedo de que le extraigan dientes y de que le inyecten novocaína en las encías. Si hubiera que extirparle las amígdalas ahora, probablemente se negaría a colaborar y habría que llevarlo a rastras y por la fuerza al hospital. Se las extirparon en el momento oportuno. No le gustan las inyecciones de ninguna clase, salvo las que le ponen en las nalgas cuando tiene de verdad la garganta inflamada y está tan aturdido por la fiebre que se olvida del miedo). Y Forgione está contento con sus gritos de «¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!», porque mi hijo, bajo la tutela de Forgione, se esfuerza mucho ahora, compite con entusiasmo y ha adquirido (o, por lo menos, finge tenerlo delante de Forgione, del ayudante y de otros en el gimnasio) ese buen espíritu competitivo.

—No me contaste —me dice mi hijo con tono acusador— que lo fuiste a ver.

—¿Cómo te has enterado?

—Me he enterado.
—¿Quién te lo ha contado?
—Yo mismo. Tú. En este momento. Al contestarme. Lo he adivinado. Fuiste, ¿no?
—Deberías ser abogado.
—Lo he descubierto.
—Querías que hiciera algo, ¿no? Sé que querías esto.
—No me dijiste nada —responde malhumorado—. Así lo sabría.
—Según tú, ¿qué otra cosa podía hacer?
Se encoge de hombros.
—Ahora no estás siendo justo conmigo. A menos que me digas qué crees que podría haber hecho.
—No sé.
—Estás contento de que fuera. ¿Sí o no?
Y pronto, casi imperceptiblemente, porque las cosas le han ido muy bien, vuelve a preocuparse por su asistencia a la escuela los días que tiene gimnasia (y oratoria), a preocuparse de que no lo haga bien y su equipo tal vez no gane por su culpa. Como ha mostrado un buen espíritu competitivo y una auténtica voluntad de ganar, ahora tiene miedo de perder. No quiere cargar con la culpa. Tiene miedo de cometer faltas en baloncesto, errores en béisbol, de tropezar o de que se le caiga la bolsita en las carreras de relevos, o de subir solo una parte de la cuerda y no poder bajar sin caerse. Y pronto, los días de gimnasia, durante el desayuno se le ve deprimido y pálido, tiene náuseas y la garganta inflamada. Le duele el estómago y no quiere comer, así que vuelvo a estar en el punto de partida. (Siento náuseas al verlo así y tampoco tengo ganas de comer).
—¿Quieres que vuelva a hablar con Forgione?
—No. Me las arreglaré.
—Hablaré con él, si quieres.
—No quiero.
—O con otra persona. Puedo hablar con el director.
—No, no lo hagas. Me las arreglaré.
—Qué tío —respondo riendo, tratando de animarlo—. Ni siquiera sabes qué significa la palabra «arreglárselas».
—No. Pero me las arreglaré igual.
—Muy bien.
Y se las arregla. Hasta ahora.
(Mientras yo estoy a la expectativa).
(Y espero).
Él también espera.
(¿Qué? No lo sabe. No tengo que preguntarle).

La pena es que (en lugar de esperar) probablemente podría estar divirtiéndose si solo dejara de esperar y le permitieran hacer las cosas y desenvolverse a su manera. Nunca se lo han permitido (tampoco me lo permitieron a mí ni se me ocurre nadie a quien se lo hayan permitido). No se lo permiten, ni se lo permitirán nunca, ni mi mujer, ni él mismo, ni los demás. (Me pregunto cómo seríamos todos si nunca nos mandara nadie. Monos, tal vez. En lugar de ser bebés). Los «otros» son casi superfluos ahora, incluso Forgione. La propia familia basta para maniatar, torcer y subyugar a mi hijo (y para volverlo a él y al resto de nosotros tanto más susceptibles a «otros» circunstanciales y antagónicos, como Forgione y como Horace White, con quien tengo en realidad poco contacto y a quien sé que temería, aun sabiendo que no tengo por qué. Me ha echado el mal de ojo. Nos colocaron en esa relación desde el principio, antes de conocernos personalmente. A pesar de que es un bobalicón. Horace White es un bobalicón y, pese a ello, yo estaba dispuesto a caer de rodillas ante él aun antes de saber que existía. ¿Qué nos ha ocurrido a mi hijo y a mí para volvernos tan serviles?). Solo mi hija no ha intentado nunca mejorarlo, perjudicarlo, educarlo o entrenarlo (solo dominarlo y manipularlo) una vez que consiguió superar ese período turbulento de furia atónita y amarga que ardió en su interior como una hoguera por el hecho de que lo hubiesen llevado a su hogar y su familia (a pesar de que durante meses se le enseñó y se le prometió que pronto llegaría a casa un nuevo hermanito o hermanita, ¿no se sentía feliz y afortunada por ello? Lo irónico es que se habría sentido igualmente frustrada de haber seguido siendo hija única. Tampoco quiso a Derek y a veces se culpa por su condición, porque lo maldijo para sus adentros antes de que naciera y le deseó mala suerte). Solía intentar pegar a mi hijo cuando era un bebé y estaba en la cuna tendido boca arriba o boca abajo y aún no podía caminar o gatear a un lugar seguro, sobre nuestra cama o sobre la alfombra en el suelo, o bien sentado en su carrito, o en su trona, o en su parque infantil. (Trataba de empujarlo y él no entendía lo que sucedía). Cuando estaba aprendiendo a caminar le hacía caer si nosotros no nos apresurábamos a impedírselo. Trataba de meterle el dedo en los ojos. Ahora no lo hace. Ahora se llevan bien, sienten afecto mutuo (salvo cuando ella está con amigas y no lo quiere cerca) y casi nunca tienen desavenencias graves. (Él cede con facilidad). A ella no le gusta que grite a mi hijo. No puede soportar que yo pierda los estribos y le grite y muchas veces huye con la cabeza baja, o bien se vuelve contra mí en un ataque de histeria y me arenga (para luego huir antes de que yo pueda replicar y defenderme. Esta es otra de sus tácticas que a menudo me cogen desprevenido y hacen que

me encuentre insultando a gritos o profiriendo explicaciones a la pared cuando ella se ha alejado. Esto me enfada más todavía). A veces, cuando pierdo los estribos con él (en general sin advertir que lo he hecho hasta más tarde) y empiezo a soltarle comentarios hirientes y amenazadores (lo he llamado «marica» más de una vez simplemente diciéndole con desdén que no se porte como un marica, a pesar de no tener nunca intención de decirlo mientras lo estoy diciendo y más tarde odiarme por haberle hablado así y buscar alguna forma elegante de disculparme. En general, le hago ver que ya no estoy enfadado con él, y le digo que le voy a comprar algo caro que supongo que desea tener), gritando, probablemente (sin saber que estoy gritando y negándolo si alguien me lo señala), con los labios temblorosos, probablemente, mostrando los dientes y con el rostro hinchado o pálido vuelto hacia él, probablemente, mi hija puede llegar a ponerse entre los dos impulsivamente para protegerlo de mí, quedándose ahí para defenderlo, y hasta se echa a llorar.

—¿Qué le estás haciendo? —exclama, y las lágrimas brotan y caen de sus ojos—. ¿Por qué no lo dejas tranquilo?

No cede a la emoción con tanta facilidad cuando la riño a ella. Cuando la riño a ella, intenta (con fuerza, perversidad y orgulloso despecho) que yo no consiga hacerla llorar (para no darme la satisfacción de ver que soy capaz de afectarla ni siquiera remotamente. Le soy «absolutamente indiferente»), como si fuera lo que estoy buscando. (Muchas veces lo es). Siempre desisto tan pronto como advierto que soy capaz, reprimiendo mis propios impulsos malévolos y apartándome de ella con compasión.

(Nada se reprime en nuestra familia).

(En nuestra familia, todo se reprime).

Por otra parte, mi hija puede ser muy cruel con mi hijo cuando está con sus amigos y no siente la necesidad de exhibirlo, y en su lugar lo aparta de su lado con grosería, impidiendo especialmente que esos adolescentes agobiados y medio mudos bromeen con él o le arrojen una pelota o le presten la menor atención. Cuando está con sus amigos no quiere ni verlo. (No le gusta compartir nada). Lo aparta y lo expulsa, diciendo en tono cortante: —No le hagáis caso. No dejéis que os moleste. Y tú, vuelve a tu cuarto.

En esas ocasiones él no entiende lo que le pasa. Ahora tampoco sabe lo que le pasa. Quiere ser como todos los chicos a quienes supone, erróneamente, que queremos que se asemeje. Cree que por ahora no es la persona que los demás quieren que sea. No queremos que sea como todos. Queremos que sea como nosotros queremos (pero nosotros todavía no lo tenemos muy claro. Así pues, ¿cómo puede él

saberlo?). Queremos que sea diferente y superior. (Pero al mismo tiempo queremos que no sea demasiado diferente. Francamente, no sé qué quiero que sea. Salvo que no me dé problemas. Todavía no sabe qué se supone que deberá querer ser cuando sea adulto, salvo que ya sabe que no debe querer trabajar en una estación de servicio. Y yo no puedo orientarlo. ¿Médico? No tiene ídolos. ¿Abogado? No me gustaría. No tengo modelos para ofrecerle. ¿James Pierpont Morgan II? ¿August Belmont, Jr. III? ¿Clara Bow? Por lo menos, yo tuve gente como Joe DiMaggio, Babe Ruth, Joe Louis y Cordell Hull, a los que quería parecerme cuando fuera mayor, aunque ahora me alegro de no haber sido como ninguno de ellos. Pero sigo sin saber lo que quiero ser cuando sea mayor. Ni siquiera lo que debería querer ser. Me gustaría ser rico. En cambio, sí que sé una cosa: no quiero ser presidente de Estados Unidos. Tienen mala fama y arruinan los barrios). Así pues, él lucha de forma viril (infantil), empecinada y perpleja para parecerse a todos los que tienen su edad. Desea ser capaz de conformarse con éxito sin esfuerzo o reflexión. Quiere vestir, a los nueve años, lo que visten los otros niños de nueve o diez años (aun cuando no le guste lo que visten) y experimentar sus mismos entusiasmos y frustraciones. (En realidad, creo que ya no le interesa el béisbol y también creo que todavía no lo sabe. En una ocasión, cuando yo era muy pequeño y probablemente tenía dudas sobre si crecería en tamaño y edad —tuvo que haber una época, me parece recordar, en la que no podía creer que alguna vez sería diferente del chico solitario y aislado que era entonces— quería ser un *jockey* de gorra escarlata y blanca y participar en carreras de caballos, pese a que nunca había montado y ni siquiera me atrevía a acercarme a los animales lentos y sumisos que repartían el hielo o la leche y se caían muertos en la calle, como la gente —nunca sentí simpatía por la mujer de mi hermano cuando este murió y ahora no la veo nunca, ni sé en qué lugar de Nueva Jersey o de Long Island vive con sus dos hijos, mi sobrina y mi sobrino—, y pronto atraían a enjambres zumbadores de moscardones gordos de color azul y verde. Como *jockey* de gorra escarlata y blanca montado sobre un caballo purasangre enorme, veloz, brioso, creo que pensaba que convencería a todo el mundo de que era un hombre diminuto en lugar de un chico. Me alegro de no haber sido *jockey*. Ahora pesaría demasiado y no ganaría muchas carreras). Y esto es una desgracia en muchos sentidos (no para mí, sino para él) porque hay mucho en él que es totalmente suyo y profundamente atractivo (hay también mucho en él que si no lo tuviera estaría mejor y puede que logre quitárselo algún día, aunque por el momento dudo de que pueda quitarse nada. A estas alturas considero que todos permanecemos más

o menos iguales. En lugar de cambiar, nos salen tejidos cicatrizados o callos y durezas en el alma, que la cubren hasta que olvidamos, cuando nos es posible, lo que está debajo. Hasta que ciertas situaciones nos lo recuerdan). Además, me temo que todos nosotros (no mi hija, sino yo, mi mujer, Forgione, el mundo, e incluso esas rocas polvorientas, fantasmagóricas, y esos cráteres de la Luna que nos son ahora tan familiares y que evocan tiempos oscuros y espectros transparentes) colaboramos para destruir lo bueno que hay en él. (Hasta Derek tiene un efecto increíble sobre él y también los edificios altos. Si fuéramos piedras en lugar de gente tendríamos un efecto sobre él, tal vez el mismo. Todo tiene efecto. Para él quizá somos piedras. No sé lo que piensa de nosotros. Sé que yo no siempre pienso en mis niños como niños. Sé que recuerdo a mi padre y a otros borrosos hombres adultos de los primeros años de la infancia, y hasta a mi hermano mayor, cuando vivía y yo era pequeño, como figuras de piedra muda, capaces de realizar viajes rápidos e invisibles de un lugar a otro y de comunicar siempre ciertos presagios sombríos de cosas terribles, indefinibles, que están a punto de ocurrir). Tiene un sentido del humor alegre e imaginativo, cierta valentía y un corazón afectuoso. Hasta la sirvienta negra que tenemos en este momento y que en mi presencia camina de puntillas y rara vez se atreve a elevar la voz más allá de un murmullo vacilante, se echa a reír ante algo inesperadamente gracioso que mi hijo hace o dice y suelta: —¡Qué chico! Qué chico tienen. Es un caso.

Nosotros estamos de acuerdo (tendemos a sentirnos orgullosos y a jactarnos de la intuición y rasgos precoces de ingenio que muestra, lo que nos provoca el placer de los propietarios) y (como máquinas rígidas y de gran poder que no controlamos de verdad) actuamos automáticamente para cambiarlo, endurecerlo, ablandarlo, hacerlo más inteligente, menos sensible, mintiéndole a él y a nosotros mismos (como mentí, sabiendo que estaba mintiendo, cuando archivé a mi madre en esa residencia de ancianos repugnante que le describí a ella y a mi familia con falso entusiasmo como un lugar hermoso, moderno y confortable como un hotel nuevo) al decirle que es por su propio bien. (Y no por el nuestro).

—Pórtate bien —le insistimos—. No tengas miedo. Tú puedes. Inténtalo. Vuelve a intentarlo. Puedes ser todo lo que quieras ser. No hagas eso. No me hagas enfadar.

(Quizá sea por su propio bien).

(O quizá no lo sea).

Y hasta la niñera que tenemos para Derek en este momento, que no es amable con ninguno de nosotros (y siente especial antipatía por mi

hija, que la trata de malos modos y con actitud desafiante y nunca cede en nada), tampoco ya con Derek, según sospecho, señala periódicamente a mi hijo y lo elogia vivamente, con lo que lo abochorna; y le da abrazos torpes y posesivos que le entristecen porque ve cómo ella nos mira mal al resto, en un contraste provocativo, aunque tampoco le gusta cómo mi hijo se porta con Derek.

—Con razón no quiere jugar con él —nos ha censurado al resto de nosotros en su presencia— cuando ve cómo lo tratan ustedes. Ninguno de ustedes quiere jugar con él.

A mi hijo no le gusta la niñera de Derek, ni ser el blanco de sus despiadados elogios. (Creo que intuye que lo usa para dirigirse a nosotros). En realidad le tiene miedo, como tiene miedo de casi todas sus maestras y de la enfermera escolar, y desea, sin que se note (siempre teme mostrar antagonismo contra nadie), evitar toda ocasión de conversar con ella así como escapar de sus pellizcos, caricias y abrazos. (La encuentra odiosa).

—Échala —decido con un impulso de maldad y se lo suelto sin más a mi mujer.

Mi mujer suspira.

—No quiero tener que empezar otra vez.

—Ni siquiera lo cuida bien. No lo limpia.

—¿A quién recurro?

—Consigue a alguien joven esta vez, ¿quieres?

—¿Dónde?

—Me gustaría conseguir a alguien que quiera realmente a Derek. Sé que tú no puedes. Tampoco quieren tener la obligación de cuidarlo.

—Tal vez tendría que ocuparme yo. Tal vez debería dedicar toda mi vida a cuidarlo.

—Serías una santa.

—¿Qué quieres decir?

—Que serías una monja.

—Quizá debería ser monja.

—No, si lo piensas así. No lo dices en serio. Probablemente serías mucho peor con él que ellas.

—Que te jodan.

—Me encanta cómo dices palabrotas ahora —bromeo—. Has mejorado mucho diciendo «Que te jodan».

—Es la práctica. Tú me enseñaste.

—Estoy orgulloso.

—Solo lo digo contigo. Me resulta muy fácil decirte «Que te jodan».

—Lo dices mejor que antes.
—¿Tienes quejas?
—En este momento no.
—Pues que te jodan otra vez.
Se aparta de mí. Estamos casi desnudos. Sigo riendo.
—Lo intento —le digo tratando de atraerla hacia mí—. Y estoy intentando que colabores.
—Tal vez deberíamos pensar en internarlo en algún lugar.
—Tal vez podríamos dejar de hablar de él en este momento.
—Yo quiero internarlo.
—No.
—En un lugar donde esté mucho mejor.
—Te he dicho que no.
—Tendremos que internarlo tarde o temprano. Pensar en internarlo, quiero decir. Nunca quieres pensarlo.
—No quiero hablar de eso.
—Ahora tendremos el dinero. ¿O no?
—No lo comprendes, ¿no?
—Te lo pregunto.
—Si decido aceptar el puesto, tendré bastante dinero para hacer eso, por lo menos. No es el dinero.
—Tal vez deberías decidir aceptarlo.
—No quiero hablar de eso ahora.
—Estoy hablando del puesto.
—Tampoco quiero hablar del puesto ahora. No, no hablabas del puesto. Te mientes mucho a ti misma.
—Tenemos que hablarlo alguna vez. Debemos tomar una decisión. Piensa un poco, ¿quieres? No puedes eludirlo eternamente.
—Puedo, hasta que me muera.
—No bromees.
—Y dejártelo a ti.
—Tampoco bromees con eso.
—Y a ella. Y a él. ¡Qué ocupados estaréis!
—No tiene ninguna gracia.
—¿No quieres que me muera?
—Sabes que no soporto hablar de estas cosas.
—Todavía es muy pequeño. No quiero hablar de él ahora. Podrían oírnos los chicos.
—¿Quieres que cierre la puerta?
—Y tú eres peor que yo —le recuerdo—. Si digo sí, tú dices no. Cuando hablo de internarlo, dices que no podemos.
—Es por su propio bien.

—No es por su propio bien.

—Tal vez deberíamos internarlos a todos —dice con tono desesperanzado.

—¿Qué quieres decir?

—No sé qué quiero decir —se retracta—. A sus hermanos les da vergüenza. Se avergüenzan de él. Tal vez deberíamos internarlos a los dos y quedarnos con él.

—¿De qué serviría internarlos a ellos?

—No lo he dicho en serio. Ya lo sabes. Lo que pasa es que me siento mal. A ellos no les gusta que vengan sus amigos y lo vean. A nosotros tampoco.

—Habla por ti, si quieres. Yo me siento más cómodo con él que vosotros.

—No. Finges estar cómodo. Es pura comedia. Derek hace que todos nos sintamos incómodos. Nos obliga a hacer comedia.

—Echa a esa vieja puta.

—¿De qué serviría?

—Nos serviría a todos. Se porta fatal con todos.

—No digas esa palabra. Sabes que no me gusta.

—Por eso la digo. Deberías estar acostumbrada a estas alturas. Yo me he acostumbrado. En realidad, estoy ya acostumbrado del todo.

—Para ti es fácil.

—Sin duda.

—Te conozco. Probablemente estarás de viaje el día que la despida a ella y el día que entre la nueva.

—Sin duda.

—Ríete, si quieres. Ni siquiera estás dispuesto a entrevistarlas.

—No sé qué preguntarles.

—Después no te gustan. Nunca estás contento con las que consigo.

—Estoy simplemente contento de que consigas a alguien.

—Hasta que te acostumbras a ellas. Hasta que no las soportas más y entonces quieres que las despida.

—Consigue a una joven, ¿quieres? ¿No puedes contratar a una estudiante de psicología o algo así?

—Necesitamos a alguien que esté todo el tiempo. Tiene que hacérselo todo. Él no puede hacer nada solo. Nunca quieres hacer frente a lo desagradable.

—¿Y tú?

—¿No te sientes culpable de estar haciendo esto mientras hablamos de los chicos e incluso de Derek?

—No. ¿Por qué?

—Hasta el día que murió mi abuela querías obligarme a hacerlo.

—También quise que lo hicieras el día que murió tu padre.

—No lo digas. Ya sabes cómo me sentí.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—La tiene. No me siento bien con esto.

—¿Y yo por qué debería sentirme mal?

—Porque no está bien.

—¿Quieres que deje de hacerlo? Lo dejaré si insistes.

—En este momento siento que está mal. Me parece sucio. No sé. Me siento mal.

—¿No te gusta sentirte sucia?

—No. A ti sí.

—Te sienta muy bien.

—¿Soy ordinaria? ¿Soy a veces vulgar?

—Ahora me siento mal yo. Sí, diría que me siento sucio. Por tu culpa. Lo consigues siempre. No lo hacemos tan a menudo, cuando hablamos de los chicos o de cosas serias.

—Me siento sucia.

—Entonces, basta. No me divierte. ¿Quieres que no siga?

—Estar follando mientras hablamos de internarlo.

—Has hablado tú. Yo no. ¿Por eso te sientes sucia? ¿O yo?

—¿Me quieres?

—Lo intento. Hago todo lo que puedo. Fíjate cómo me esfuerzo por amarte.

—No hagas eso.

—¿Esto?

—Sabes a qué me refiero.

—¿A esto?

—Que te jodan otra vez.

—Cierra la puerta con llave.

—Ciérrala tú, ya que tienes tanta energía.

—Echa a la vieja puta.

—Dios mío, qué vulgar eres —dice, y lo dice en serio.

—Y tú eres irreverente —respondo—. Qué diría el nuevo pastor si te oyera. Apuesto a que le gustaría verte en este momento. ¿No estás contenta de que sea vulgar?

—No siento nada.

—Sentimientos —sostengo—. Muchos sentimientos. Siente mis sentimientos.

—No, no estoy contenta.

—¿Qué quieres?

—No lo sé. Estoy lista.

—Cerraré la puerta con llave.

—Empezaré a buscar a alguien.
—Yo diría que está mejorando mucho. ¿Tú no?
—No.
—¿No lo crees?
—No mejora. Siempre dices eso.
—Cuando no lo digo yo, lo dices tú.
—Lo sé —reconoce.
—Creo que escucha con más atención. Ahora comprende. Se mantiene más limpio.
Mi mujer agita la cabeza con vehemencia.
—No creo que ella esté haciéndole ningún bien.
—¿No lo ves?
—No. No se espera que mejore. Nunca mejorará. Es lo que nos dicen.
—En ese caso, echemos a esa vieja puta. A ninguno nos gusta. Tampoco le gustamos a ella. Me recuerda a la vieja mistress Yerger, en estado ruinoso.
—¿Quién es mistress Yerger?
—Una vieja con quien trabajaba cuando era jovencito.
—¿Se lo hiciste alguna vez?
—¡No, por favor! Era peor que mi madre.
—He dicho que estoy lista. ¿Por qué sigues haciendo eso?
—Me gusta. Y se supone que a ti también. Era todo pecho y sin tetas.
—¿Como yo?
—No como tú.
—Tengo los pechos pequeños. Siempre me lo dices.
—Son lo bastante grandes. Me gustan pequeños.
—¿Has probado otros tamaños?
—Nunca.
—¿Has cerrado la puerta?
—Sí. ¿Por qué estás tan preocupada?
—¿*Con llave*?
—Ábrete.
A veces cierro los ojos cuando le hago el amor a mi mujer, tratando de pensar en alguien mejor que mistress Yerger o esa bruja de niñera de Derek, para hacer las cosas más picantes. Intento pensar en la sonrosada y fecunda Virginia, y no puedo: es toda seda y fragancia exótica cuando empezamos, pero la imaginación me defrauda enseguida y se me marchita pronto en la mente, hasta aparecer como sería hoy si no se hubiese suicidado abriendo el gas en plena juventud (aunque dudo que ella se hubiese considerado en plena

juventud. Ja, ja), una majadera baja y rechoncha (más o menos como todas. Quisiera que todas estas partidarias de la liberación femenina se apresurasen a liberarse de una vez y se convirtieran en mejores compañeras para los sexistas como yo. Y entre ellas), una mujer charlatana hasta el hartazgo, casi diez años mayor que mi mujer (Dios mío, ¿por qué no pueden quedar algunas cosas, aparte de las piedras, como fueron siempre?) y mucho menos atractiva físicamente, con los poros dilatados, una voz aguda, áspera y exigente, vestidos escotados con sujetadores llenos de adornos y demasiadas risitas y maquillaje rojizo. Estoy mucho mejor con mi mujer, lo sé. Abro, pues, los ojos y la miro (lo cual posterga mi orgasmo hasta que lo deseo. Quisiera tener a una chica sexualmente sensacional en la ciudad que pudiera utilizar para mis fantasías eróticas en casa. Pero no la tengo. Casi todas las mujeres que consigo y que conservo son tristes en uno u otro aspecto y, además, levemente insípidas. Tiendo, pues, a utilizar a mi propia mujer en mis fantasías sexuales, aun en momentos como este, mientras le hago el amor. Así soy un marido fiel. A veces, cuando estoy acostado con una muchacha en Nueva York o en otra ciudad y me encuentro lamentando haber iniciado el asunto, cierro los ojos e imagino que estoy con mi mujer. Qué fidelidad. Mi mujer debería sentirse honrada al enterarse de que aparece en mis pensamientos en ocasiones como esta cuando estamos separados, pero no creo que se lo diga nunca. Tal vez no le gustaría tanto como a mí).

Sé que a mi hijo no le gusta que la puerta de nuestro dormitorio esté cerrada con llave (y lo decía antes de que comenzara a intuir la secreta actividad sexual detrás de ella. Creo que una vez mi hija le dijo: «Están follando»).

O cuando la niñera de Derek le tiende esos dedos retorcidos unidos a manos hinchadas para atraparlo y estrujarlo contra su corpiño mohoso y caído (tampoco me gustaría a mí. Es como la de mistress Yerger, esa delantera enorme, ajada, saliente, que no sugiere nada salvo un espacio viejo y arrugado), más de una vez, en una súplica humillada, mi hijo le ha reprochado a mi mujer, desesperado: —Es culpa tuya. ¿Por qué le dejas que me haga eso? Quiero que deje de tocarme y empujarme y apretarme así. Ella ni siquiera me gusta. ¿No puedes decirle que me deje tranquilo?

—Por favor, trate de dejarlo tranquilo —le ha dicho mi mujer a la niñera innumerables veces con finura y timidez. Ha sido inútil—. Le molesta. No le gusta que estén demasiado por él. No le haga las cosas. Prefiere hacerlas solo. Y trate de no tocarlo y abrazarlo tanto, si puede. Es un poco rarito. No le gusta que lo toquen ni lo besen. En realidad, no le gusta que lo toque ni lo bese nadie.

—Cuando lo beso yo le gusta —replica la bruja con verrugas con una voz que es más bien un cacareo—. Yo entiendo muy bien a los chicos. Me quiere. Me doy cuenta. Le gusta cómo lo acaricio y le gusta cómo huelo. Siempre estoy muy limpia, porque sé lo que sienten los chicos respecto a los olores.

A mi hijo no le gusta que lo toque ni lo abrace ni lo bese nadie, ni de dentro ni de fuera de la familia, a pesar de tener el hábito de rozarme levemente con el hombro cuando se siente próximo a mí, o de apoyarse un instante contra mi mujer (con la excepción de mi hija, con quien le gusta tocarse y luchar, quien a su vez se divierte jugando con él cuando tiene tiempo. Cuando era más pequeño, a los dos, tres, cuatro o cinco años, siempre tenía erecciones cuando mi mujer lo bañaba, le ponía talco o lo vestía, y siempre lo señalaba y lo comentaba y nos hacía preguntas a los dos con una curiosidad abierta y despreocupada. Nos informaba de que era agradable, pues sentía un cosquilleo. Nosotros, por nuestra parte, le respondíamos con inteligencia y franqueza porque no queríamos crearle inhibiciones. No nos importaba que le sucediera esto. En todo caso, nos causaba orgullo. Actualmente ya no las exhibe regocijado ante mí ni mi mujer, ni tampoco las menciona. No recuerdo si tuve erecciones a los nueve años. Creo recordar haber sentido cosquilleos furtivos y alarmantes en mi pene diminuto a una edad mucho menor, mientras estaba sentado o caminaba en el cuarto de mi madre y la veía vestirse o quitarse la ropa de calle para envolverse en uno de esos batines que siempre le caían sin forma y parecían desteñido. Recuerdo sus corsés rosados o descoloridos con las ligas colgantes y las ballenas de hueso o de celuloide que siempre se hundían o sobresalían, pero no recuerdo, en cambio, para qué servía un corsé. Sí recuerdo, sin duda, estar sentado, mudo y disimulando, en el dormitorio de ella, solo para mirar. ¿Por qué otro motivo podría haber querido estar allí, salvo por algún anhelo sexual? También recuerdo haber tenido sueños más adelante sobre lo mismo: mi madre en corsé y combinación, y yo deambulo por el dormitorio fingiendo estar haciendo algo. Mi hijo regala su dinero a otros chicos. Sé que no debería importarme), pero le tiene una aversión especial a la niñera de Derek (*a todas* las niñeras de Derek, y yo también. Y a todas nuestras sirvientas. Cuando entra en la cocina a comer algo, le gustaría poder tomarlo él mismo, como me gustaría a mí. Ninguna de las niñeras es joven y todas tienen, aparentemente, un rasgo feo particular y especial: o tienen la mandíbula prominente, o les faltan dientes, o lucen una cicatriz en la ceja o un labio infectado. Aun sin nada de esto, destacan por su fealdad), porque intuye alguna desgracia en potencia, algún peligro atroz en el hecho de que las

llamemos niñeras o enfermeras, en el hecho de que han venido a vivir con nosotros solo porque Derek tiene una lesión cerebral, que vinieron a trabajar con nosotros desde otra casa donde alguien también tenía una lesión cerebral y que, cuando una de ellas pide permiso para tomarse el día libre y no vuelve, o bien mi mujer la despide, deberá trabajar en la casa de alguien con lesión cerebral. (Estoy seguro de que no se imaginaba que hubiera tanta gente con lesiones cerebrales; tampoco yo). Ella es una agorera encubierta, una maldición, una veleta, una portadora de malas noticias (creo que él confunde causa y efecto, y que piensa que su presencia en la casa es la culpable del estado de Derek, y no al revés), y no quiere que ella lo señale como su próximo paciente. A pesar de ello, no quiere que lo olviden.

—Cuando estuviste en Puerto Rico hace tres años, ¿te sentías muy triste?

No me esperaba esa pregunta.

—Eso fue hace dos años —lo corrijo.

—Tres.

—Creo que tienes razón.

—Hace dos años tu convención fue en Florida.

—Tienes razón. No, no estaba triste. ¿Y tú?

—Yo creí que no volverías.

—¿Por eso estabas triste? Volví, ¿no? Nunca dijiste nada.

—Estaba demasiado triste. Sí, muy triste. También estaba muy enfadado contigo.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Enfadado ¿por qué?

Se encoge de hombros y repite que no lo sabe.

—¿Todavía estás enfadado conmigo?

—Me enfado cada vez que tienes que irte.

—¿Estás enfadado conmigo ahora?

—¿Tienes que volver a irte?

—¿Te enfadarás?

—¿Tendrás que irte?

—Sí.

—Supongo que no. Puede que no lo esté.

—Te extraño cuando estoy lejos.

—¿Te diviertes allí? —pregunta.

Me detengo un momento a reflexionar.

—Sí, me divierto —respondo con franqueza—. En general, sí. Trabajo mucho. Al principio. Y me preocupo más. Más tarde, en cambio, me relajo y me divierto.

—No llamas por teléfono desde las convenciones.

—Es difícil.

—Por eso no estoy seguro de si volverás. En casa te vuelves muy malo con todos antes de irte a la convención.

—No lo creo.

—Sí, es verdad. No escuchas cuando te hablamos y gritas mucho.

—No, no grito.

—Gritas.

—¿De verdad?

—Sí. Y te encierras en tu cuarto o en el sótano y hablas solo.

—No *hablo* solo —le digo, molesto, para luego sonreír—. Ensayo. Ensayo el discurso y la serie de diapositivas que debo mostrar en la convención.

—Eso es hablar solo. ¿O no?

—Quiero estar seguro de hacerlo bien y de que no olvidaré nada cuando me toque el turno.

—Yo tengo miedo cuando tengo que hablar delante de la clase.

—Yo también. Y sé que tienes miedo.

—¿Te da miedo subir la cuerda?

—Sí. Y no pienso volver a subir nunca por una, ahora que no tengo que hacerlo.

—¿Te gusta?

—¿Subir la cuerda?

—No, decir discursos.

—Creo que sí. Por lo menos me gusta que me inviten a decirlos. También me pongo nervioso, pero, en general, me gusta. Especialmente después.

—Siempre temo olvidar lo que tengo que decir. O sentirme mal y vomitar mientras estoy hablando. ¿Sabes por qué me da miedo nadar? Creo que, si alguna vez empezara a ahogarme, tendría miedo de llamar al socorrista.

—Lo llamarías.

—O temo que a alguien de mi clase o a la profesora no le guste. Eso. Lo que digo.

—Por eso practico tanto y trabajo tan duramente. Y por eso me enfado un poco cuando cualquiera de vosotros me interrumpe. Porque quiero estar seguro de recordarlo.

—¿Siempre lo recuerdas?

—En la convención no. Nunca he podido pronunciar un discurso. Mi jefe nunca me deja hablar.

—Green —afirma con certeza.

—Sí.

—A mí tampoco me gusta Green —revela, con los ojos bajos—. Porque le tienes miedo.

—No le tengo miedo.

—No te gusta.

—Sí me gusta.

—Tienes que trabajar para él.

—Eso es parte de la dificultad. Cuando la gente tiene que trabajar para otro, no siempre se lleva bien con las personas de quienes recibe órdenes. Eso no quiere decir que no me guste. Ni que le tenga miedo.

—¿Le tienes miedo?

—No. Además, me gusta más que muchos otros.

—¿Por qué tienes que trabajar en un lugar donde hay tanta gente que no te gusta?

—Porque me gusta. Tengo que trabajar.

—¿Sabes qué me da miedo? —pregunta, mirándome con interés.

—Muchas cosas.

—¿Sabes qué me da más miedo?

—Muchas más cosas.

—Hablo en serio.

—¿Qué?

—Que no vuelvas.

—Estoy sorprendido. Nunca creí que pensaras eso.

—Lo pienso.

—¿Todo el tiempo? ¿O solo en las convenciones?

—Todo el tiempo. Pero más en las convenciones. Porque te vas durante mucho tiempo.

—A veces llamo. Cuando llego allí.

—Y otras veces en que estás fuera mucho tiempo. No me importa tanto cuando te vas por un día. Empiezo a pensar que no volverás.

—Siempre he vuelto. Estoy aquí ahora, ¿no? Alguna vez tendré que morir.

—No quiero que te mueras.

—Haré lo posible.

—A veces sí.

—Sí, ¿qué?

Me siento más sorprendido que ofendido.

—Lo quiero.

—¿Que me muera?

—No estoy seguro. Cuando estoy enfadado. O cuando sueño.

—Nunca te enfadas.

—Me enfado mucho cuando te vas —insiste con mucho énfasis—. No. No quiero que te mueras. Nunca. Yo tampoco quiero morirme.

¿Estás enfadado?

—No. ¿Y tú?

—No. No creo que tuviera tanto miedo si estuviera contigo y con mamá en lugar de estar aquí. No quiero que me dejéis solo.

—No estarías solo. Estarías con mamá. No es posible tener miedo todo el tiempo de todas las cosas malas que podrían sucederle a uno.

—Yo puedo —dice con aire melancólico.

—No, no puedes —respondo sonriendo—. Ni tú, siquiera. Apuesto a que hay muchas cosas que te dan miedo, pero ni siquiera tienes tiempo para temerlas todo el tiempo.

—¡Por favor! —me dice, fingiendo miedo.

—No hablaré más —le prometo afectuosamente—. Siempre hay algo que nos pasa por la mente y nos distrae. ¿Quieres que hablemos ahora de cosas que te hacen reír? ¿Que nos divirtamos? ¿Que bromeemos?

—Muy bien —responde con una leve sonrisa.

—Empieza tú.

—¿Puede volverse agua la sangre de una persona?

—¿Cómo?

—Es lo que me dijo alguien.

—¿Y eso te hace reír?

—No. Vivo preocupado.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Hace unos meses.

—¿Por qué no me lo preguntaste entonces?

—Quería pensarlo. Me dijo que lo había leído en el diario.

—Creo que no.

—Eso me dijo uno de los chicos del colegio: que la sangre puede volverse agua y entonces la persona se muere.

—Seguramente estaba hablando de la leucemia.

—¿Qué es eso? —pregunta vivamente.

—Sabía que era un error decírtelo —replico con un chasquido de lengua—. Lo he sabido en cuanto he empezado a hablar. Es una enfermedad de la sangre. Les ocurre algo a los glóbulos blancos.

—¿Se vuelven agua?

—No. No creo. Agua no. Pero ocurre algo parecido.

—¿Se muere la gente de eso?

—A veces.

—¿Lo tienen los chicos de mi edad?

—Creo que no —miento.

—Mi amigo leyó sobre un chico al que le pasó eso. Dice que ese chico murió.

—Puede que suceda. Aunque creo que muy de vez en cuando…

—No me lo digas —me interrumpe, tapándose los oídos con otro cómico gesto de temeroso horror, que resulta a la vez histriónico y real.

—Ya te lo he dicho.

—No me cuentes más.

—Siempre haces lo mismo —le reprocho con cariño—. Me haces todas las preguntas que se te ocurren sobre algo terrible y luego, cuando termino de contestarlas todas, me dices «No me cuentes más».

—¿Estás enfadado?

—¿Tengo aspecto de estarlo? Desde luego que no.

—A veces no puedo saberlo.

—Pues claro que puedes saberlo. Siempre me dices que grito todo el tiempo. No, no estoy enfadado. Quiero que me hables de las cosas que piensas, especialmente de las que no comprendes.

—¿De verdad? Lo haré.

—De verdad. Pregunta lo que quieras.

—¿Te follas a mamá? —me pregunta—. Me has dicho que podía preguntar —señala rápidamente al ver que lo miro boquiabierto de sorpresa.

—Claro que puedes preguntar —respondo—. Sí, a veces.

—¿Por qué?

—Porque nos gusta. Es divertido. ¿Sabes lo que quiere decir?

Niega con la cabeza, inseguro.

—¿Está bien que te lo pregunte?

—Está bien que preguntes si lo hacemos. Creo que sería mejor preguntar a otra persona en qué consiste. También sería mejor, tal vez, si lo expresaras con otras palabras.

—No sé otras palabras. ¿Joder?

—Es casi lo mismo. Puedes decirlo como quieras. Aun así, me resulta raro cuando la usas conmigo. Úsala. Diría que es la correcta.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. ¿Por qué sigues preguntándome eso? ¿No sabes cuándo estoy enfadado y cuándo no?

—No siempre.

—Creía que gritaba mucho.

—No todo el tiempo. A veces no hablas. O bien hablas solo.

—No hablo solo.

—Te muerdes las uñas y ni siquiera nos escuchas a los demás.

—¿En serio? ¿Y qué te hace pensar que estoy enfadado cuando hago todo eso?

—Todos tenemos miedo.

—Eso no quiere decir que esté enfadado. A veces no estoy contento. O bien estoy concentrado. Yo también tengo derecho a no estar contento, ¿no?

—¿Mamá se enfadaría si le preguntara?

—¿Qué?

—Si te la follas.

—Solo por la palabra. Quizá no. No se lo preguntes delante de nadie.

—Sí, será mejor.

—Ya me lo has preguntado a mí. Ya te he contestado. Si le preguntas a ella, ya no sería para saber, ¿no? Sería solamente para ver si se enfada.

—¿He hecho bien? ¿En preguntarte?

—Ya me has preguntado esto tres veces. No estoy enfadado. ¿Quieres que me enfade?

—Creía que te enfadarías. Seguro que los padres de otros chicos se enfadarían.

—Quizá debería enfadarme. Soy mejor que otros padres. ¿Por eso sigues preguntándome lo mismo? ¿Estás tratando de hacerme enfadar?

Mueve la cabeza enfáticamente.

—No. No me gusta cuando estás enfadado. Lo adivino. Estás empezando a enfadarte ahora, ¿no?

—A mí tampoco me gusta. De ninguna manera. Y no estoy empezando a enfadarme.

—¿Énfasis? —me recuerda.

—Énfasis —confirmo.

—No me gusta Derek —dice casi sin pausa. Tiene una expresión preocupada, ofendida.

—No debes decir eso —le reconvengo suavemente—. Tampoco debes sentirlo.

—¿Lo sientes tú?

—No debes preguntarme eso.

—Me has dicho que podía preguntarte cualquier cosa. Esta es otra cosa en la que estoy pensando siempre.

—Es verdad que te lo he dicho. Has hecho bien en decir lo que has dicho y en preguntármelo. También ha estado bien de mi parte contestarte lo que te he dicho. Los dos lo hemos hecho bien. ¿Eres capaz de comprender esto? Espero que no te resulte demasiado complicado. No creas que estoy tratando de eludir tu pregunta.

—¿Debo decirlo o no? No lo sé.

—No sabría qué decirte —admito resignado—. Tampoco estoy seguro de que me guste Derek, quiero decir, la situación de Derek, que

esté como está, e incluso él mismo. No estoy seguro. Sin embargo, muchas veces tenemos que lidiar con situaciones que no nos gustan. Como mi trabajo. Me pasa lo mismo. No sé qué hacer con él, por ahora. Y nadie puede ayudarme.

—Derek me hace sentirme incómodo.

—A mí también.

—Me da vergüenza traer amigos a casa. Temo que se burlen de mí.

—Nosotros también, pero tratamos de no sentir vergüenza. No debemos sentirla. Ni tú tampoco. No tenemos la culpa. Es la verdad, así que fingimos no estar avergonzados. ¿Qué más?

—El dinero.

—¿Qué?

—Quieres que te diga lo que me pasa por la cabeza, ¿no?

—¿También piensas en eso?

—¿Tenemos o no?

—¿Qué quieres?

—No es eso.

—¿Qué es, entonces?

—Me compras todo lo que quiero.

—Hasta ahora.

—¿Tenemos demasiado?

—¿Para qué? No somos millonarios.

—¿Tenemos bastante?

—¿Para qué?

—Haces que sea difícil decírtelo —me acusa—. Ahora hablas en broma. Yo no.

—¿Para regalar? —bromeo otra vez, provocativo.

—Tú regalas dinero —dice a la defensiva.

—Para el cáncer y cosas por el estilo. A otras personas no. A los chicos tampoco. No doy dinero a chicos que apenas conozco, como si me quemara en las manos.

—¿Para la leucemia? —pregunta.

—Sabía que me preguntarías eso. ¿Quieres que dé?

Se encoge de hombros con aire indiferente.

—Me gustaría, creo. Pero no si lo sacas del cáncer.

—Sabía que empezarías a preocuparte por la leucemia en cuanto la mencionara. Siento haberte hablado de ella.

—No me preocupo por ella. Ni siquiera sé todavía qué es.

—¿Nunca te preocupas por cosas que no conoces?

—¿Como qué?

—¿Por qué habría de hablarte de ellas si no las conoces?

—Ahora me preocuparé. Ahora me preocuparé por las cosas de las

que hay que preocuparse —añade con una risa lúgubre.

—De eso se preocupa mucha gente.

—No te gusta que regale dinero —observa—. Te hace enfadar, ¿no?

—¿Por eso lo regalas?

—No te lo diré.

—No me lo dirás.

—¿Y…?

—Te patearé el culo —le digo jocosamente.

Estoy feliz de que estemos conversando con tanta libertad. (Me encantan los momentos en que parece disfrutar de mi compañía).

Antes regalaba su dinero (probablemente sigue haciéndolo, o volverá a hacerlo cuando empiece el buen tiempo y pase buena parte del día fuera con otros chicos), monedas de toda clase (monedas que *nosotros* le damos, o que nos coge, aunque no creo que haya empezado todavía a sacarnos monedas ni a encender fósforos. Eso vendrá con la masturbación. Así ocurrió en mi caso. Les robaba dinero a todos en la familia y secretamente prendía fuego a todo lo que podía encontrar en el botiquín que ardiera. Me reventaba las espinillas de la cara y jugueteaba con esos encendedores que tienen llamas enormes. Y me pajeaba. No queríamos que él diera el dinero. Siempre le explicaba con autoridad profesional por qué no estaba bien que diera a otros los regalos que le hacíamos y que el dinero que le dábamos era un regalo. Era como hablar con la pared. Me escuchaba respetuosamente cada vez, pero no captaba lo que le decía. Tenía el rostro inexpresivo, paciente, condescendiente. Tampoco yo sabía bien qué quería decirle ni por qué quería quitarle el hábito. Y seguía intentándolo. Eran solo unas monedas, pero a pesar de ello me lanzaba al ataque contra él, con la misma dedicación diligente con que antes me apretaba las espinillas y me sacaba de los poros filamentos amarillos diminutos que podrían haber sido pus. Creo que me parecía desagradecido). Creo que sigue regalando dinero, pues he notado que él y sus amigos, como mi hija, que por lo general no es generosa, y algunos de sus amigos más íntimos, tienden a regalarse dinero y otras cosas recíprocamente sin llevar la cuenta ni esperar devolución. *Espero* que siga haciéndolo (a pesar de haberle dicho que no lo haga) porque querría que fuera generoso. ¿Por qué, pues, lo arengaba así? Quisiera que llegara a ser uno de esos jóvenes como los que veo a menudo hoy, que aparentan desear ser buenos los unos con los otros. Hasta se prestan sus automóviles. Nosotros nunca los prestábamos. Yo querría ser uno de estos jóvenes. Querría tener una nueva oportunidad de ser joven y formar parte de esa juventud. Querría estar seguro de que son tan

felices y están tan satisfechos como creo que lo están. (Mi hija no es feliz, y tampoco mi hijo, pero puede que ella lo sea en el futuro, y que él también. Puede que todavía tengan la oportunidad). De tanto en tanto veo a un chico y a una chica (que no tiene por qué ser guapa) caminando, o sentados en público con los brazos entrelazados, en una actitud de confianza e intimidad, y por poco no me derrumbo de envidia y deseo devoradores. No, deseo, no. Envidia. Anhelo. De tanto en tanto me encuentro en una actitud algo parecida con una chica joven. Pienso, no obstante, que ella me supone un «carroza» aun cuando yo le guste (y se acueste conmigo) durante un tiempo. Y creo que tiene razón. *Soy un* carroza. Más aún, soy un *casposo*. Hasta me siento un casposo cuando estoy tratando de conquistar a alguna chica con mis habilidades habituales, sugestivas (predecibles y trilladas), y tengo peor opinión de mí mismo por ser así mientras lo estoy siendo y me veo triunfando. En realidad, no disfruto del adulterio. Ni siquiera estoy seguro de disfrutar de tener relaciones sexuales pasajeras. A veces me parece bien. A veces no hago más que gozar el instante. ¿Es que tendría que existir algo más? Antes no era así. Había mucho más ardor. Mi mujer y yo reprendíamos a mi hijo con vehemencia al enterarnos, mediante un hábil y persistente interrogatorio, de que había vuelto a regalar dinero. A veces se lo daba a algún chico que ni siquiera le gustaba o conocía especialmente, a alguien que acababa de conocer ese verano en el paseo o en la calle y que en apariencia lo necesitaba más que él. A veces era la única razón que tenía para regalarlo. También regala golosinas y caramelos y les deja a otros chicos sus juguetes, incluso los nuevos. Por algún motivo, sigue irritándome (mi mujer reacciona del mismo modo; en mi caso es una sensación de celos y rechazo) cuando vemos que permite a otro chico jugar con algo que acabamos de regalarle. (Sentimos que el objeto sigue siendo nuestro y no de él).

Hubo un tiempo en que lo observaba atentamente para establecer si seguía alguna pauta, si había categorías de personalidad o de experiencia en las que era posible encasillar a los diferentes chicos a quienes regalaba sus monedas —aunque no creo que nunca diera más de diez centavos—, pero nunca descubrí nada. Mi hijo sabía que lo estudiábamos y que hablábamos de él. Yo le decía que se lo estaba imaginando. A veces *estaba* imaginándolo mientras yo se lo decía, otras no. Sigo observándolo. (Si alguna vez mi hijo tiene la sensación de que lo espiaban, discutían sobre él y lo analizaban cuando era pequeño, no estará del todo equivocado. No será enteramente una suposición). Me siento avergonzado y tonto por la forma en que actué (y en que volveré a actuar, tal vez). Nunca fueron más que unos pocos

centavos. A pesar de ello, cuántos escándalos armamos mi mujer adulta y yo. Qué escandalizados nos sentimos por el hecho de que este niño de cinco, seis o siete años hubiese regalado una moneda de ínfimo valor que nosotros o alguien más le había dado y que no quería para sí. No le gritamos nunca. Hicimos algo peor. Le hablamos con superioridad, lo infravaloramos. Nunca nos mostramos en realidad enfadados con él, nunca deliberadamente malévolos. Fingíamos, en cambio, estarlo (lo cual debía dejarlo más perplejo aún) y levantábamos la voz a menudo (no gritando, sino con fines de énfasis) y le dirigíamos miradas que lo ponían en ridículo o que expresaban nuestra ironía e incredulidad. Muchas veces nos reíamos, hacíamos gestos jocosos y comentarios joviales y cortantes al acorralarlo en una discusión cruel y condescendiente (mientras mi hija, quien codiciaba la mayor consideración que, a su juicio, recibía su hermano, nos miraba con aire de reproche desde el rincón que había elegido para espiar, demasiado pequeña y reservada aún para atacarnos con sus objeciones injuriosas como hace ahora) diciéndole que no podía, no debía, simplemente, no tenía que regalar su dinero.

—¿Por qué?

(En realidad, ¿por qué no? ¿Quién puede decirlo? Nosotros no lo sabíamos, a pesar de que dábamos por hecho saberlo). Invariablemente éramos amigables y cordiales al esmerarnos en hacerle ver (era nuestra responsabilidad de padres, le aclarábamos), repetidamente, que lo queríamos mucho, como siempre, y que al criticarlo no queríamos castigarlo. Lo reprendíamos en términos diligentes y cordiales (atropellándolo, dos adultos contra un niño) al tratar de educarlo, y la verdad es que tratábamos de educarlo tenazmente, como maniáticos, con el fin de explicarle con toda paciencia por qué lo que hacía no era sensato ni correcto.

El problema era, sin embargo, que no podíamos explicárselo. (Ni siquiera contábamos con una explicación que tuviera sentido para nosotros. Es difícil ser persuasivos cuando la única respuesta a su «¿Por qué?» era el tonto y dogmático «*Porque sí*». Ahora pienso que fuimos peores con él de lo que fue Forgione nunca, más crueles y desmoralizadores que ningún maestro. Estoy profundamente arrepentido. A pesar de ello, sé instintivamente que volveré a actuar del mismo modo si vuelve a hacerlo y yo lo sorprendo, o por lo menos sentiré el poderoso impulso de hacerlo. Espero poder dominarme. Siento que lo que hace está mal. No sé por qué está mal. No sé por qué siento que está mal). Lo que sé también es que nunca pudimos aducir una sola razón verdadera y convincente de por qué no debía regalar sus moneditas a otros chicos cuando quería. Llegamos a advertirle

seriamente de que, no con el fin de castigarlo, sino de darle una lección, lo castigaríamos enseñándole una lección. Le suprimiríamos el dinero que le dábamos durante períodos fijos. No se lo daríamos la próxima vez que lo pidiera. O bien, en lugar de dinero para helados, refrescos o golosinas, le daríamos los helados, refrescos o golosinas, ya que considerábamos que no podía confiársele dinero. También le decíamos, con tono de jueces, que ahora tendría el dinero para comprarlos si no lo hubiera regalado a pesar de nuestras advertencias.

(—¿Lo ves? Te lo dijimos).

Me pasaba por la mente la idea caprichosa de exigirle, además, que se lo comiera todo en nuestra presencia (antes que correr el riesgo de que permitiera a alguien morder un pedazo de su chocolatina o de su barra de caramelo), pero nunca fui tan lejos. (Soy todo corazón, ja, ja).

En todas estas discusiones e inquisiciones él se ponía tan nervioso (no sabía qué hacer, ni adónde o cómo mirar. Por mucho que bromeáramos y riéramos para que se sintiera cómodo, nunca se sentía cómodo. Su tímida sonrisa siempre era forzada y vacilante mientras se esforzaba por bromear a su vez con nosotros y hacía preguntas y respondía a nuestras preguntas, en un esfuerzo profundo pero inútil, de comprender qué era exactamente lo que nosotros queríamos inculcarle con tanto empeño y por qué) que supongo que, en realidad, lo que habría querido hacer era rendirse y llorar. Cuando lo recuerdo ahora, y veo la expresión delicada, preocupada, la voz baja, cortés, es evidente (ahora) que muchas veces estuvo al borde de las lágrimas, pero no las dejó (porque nosotros no queríamos) escapar. Disimulaba muy bien (ahora lo conozco mejor). Nos dirigía aquella sonrisa de duda, por turno, mientras lo arengábamos y humillábamos amablemente y él buscaba a tientas, con el ceño fruncido, la manera de captar y aferrar lo que nosotros creíamos haberle explicado de manera tan eficaz.

—Supongamos que necesites esos cinco centavos más tarde, o mañana —le planteaba como ejemplo benévolo.

—Conseguiré otros cinco centavos.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿De quién?

—De ti.

—Yo no te los daré.

Él entrecerraba los ojos, perplejo.

—¿Por qué? —quería saber.

—Porque no.

—¿Por qué?

Me encogía de hombros.

—En ese caso me los dará mamá.

—¿Se los darás?

—Yo tampoco te los daré.

—¿Por qué? —retrocede un paso y mira a mi mujer.

—Antes has regalado una moneda, ¿no? Eso demuestra lo poco que te importaba.

Nos mira mientras lo observamos en silencio, esperando su próximo intento.

—Los conseguiré del chico al que se los di —dice—. Me los dará él.

—No los tendrá.

—No te los dará.

—Para entonces los habrá gastado. Los quería para gastárselos.

—¿Crees que todo el mundo es tan generoso?

—O no te los dará. No todo el mundo es tan generoso como tú.

—Ni tan rico.

—Ni le sobra el dinero. No somos ricos.

—¿Ves, entonces? ¿Ves?

—No te los dará.

—No tendrás dinero mañana.

Mi hijo está confundido y nos observa con la boca abierta y con una mirada penetrante, tratando todavía de sonreír y de hallarle algún sentido a toda la situación, retorciéndose en su confusión (y tirándose rápida y distraídamente del pene) mientras aguarda una clave, busca esperanzado la aparición de un haz de luz que lo ilumine todo y le confiera el carácter de una broma práctica bienintencionada.

(«No te toques el pene», siento ganas de reprenderlo, pero me abstengo).

—¿Tienes que ir al baño? —Mi mujer sí se lo pregunta en tono imperioso.

Niega con la cabeza, sorprendido, sin entender por qué se lo pregunta.

La verdad es que no puede explicarse qué le ha ocurrido. Un temblor de incertidumbre lo sacude de manera fugaz al volverse, rígido, y mirarnos a uno y a otro y verse abandonado por ambos.

—Pero ¿por qué? —pregunta quejumbroso, y su voz suena llena de pesar y resignación. (Está dispuesto a capitular, si no tiene otro remedio).

—Para —resumo con edificante y deliberada satisfacción— darte una lección.

Qué capullo era.

Qué capullo, egoísta, mezquino, obtuso, carente de toda sensibilidad. Hoy me sonrojo de vergüenza y contrición al recordar esas fatuas y tiránicas persecuciones de que hice víctima a mi hijo (y volveré a enfermar de vergüenza y contrición cuando se las inflija otra vez. ¿Cómo podré contenerme?). Por mi parte (me reconozco culpable, señor juez, pero con ciertas justificaciones), creo sinceramente que me movía un furioso deseo protector de prevenirlo contra la posibilidad de que los otros chicos se aprovecharan de él (incluso mi hija. Nunca pude soportar que se aprovecharan de él. Era como si yo mismo soportase la impotente humillación de que me engañaran, de que me tomaran por tonto. Mi propio orgullo y mi ego sangraban, heridos, al reconocerse. Era entonces cuando me sentía más furioso con él, cuando quería aplastarlo y aniquilarlo, en esos momentos en que sentía, en un ardiente brote de amargura desatada, que él permitía que lo maltrataran y acosaran los otros chicos. Así que lo maltrataba y lo acosaba yo). Lo he querido y he sufrido por él casi desde el día que nació, desde el primer momento en que noté su afición solitaria, innata, a observar con aire pensativo desde la cuna o el parque infantil (mi hija no fue así, ni tampoco Derek, que en un principio parecía un niño plácido y normal). Y también lo quería por su ingenua franqueza y por su falta de hostilidad, lo compadecía (y lo puntuaba negativamente, resentido) por sus tiernos impulsos y por sus numerosos presentimientos indefinibles y paralizantes. Lo veía perdido, lejano, pasivo frente a mí, de una manera en que me reconocía a mí mismo, como fui y como aún me siento a veces, cuando bajo la guardia y me quedo sin fuerzas. Siempre he querido que fuera inmune a los insultos y a la derrota. Por ello lo insulté y lo derroté con mis sermones empalagosos, mis indiscretas intromisiones en su nombre, mis reprimendas y observaciones fastidiosas e interminables. Nunca pude soportar verlo desgraciado (y me habría costado mucho perdonarlo, cuando lo era). Por ello lo hice más desgraciado aún (de este modo expiando parte de mi propia angustia), pero sintiéndome siempre sucio después. (La satisfacción de humillarlo nunca consigo que me dure mucho, como lo logro habitualmente cuando humillo a mi hija, y siempre que gano una discusión con mi mujer. Creo que a estas alturas ni a mi mujer ni a mí nos importa mucho que la haga feliz o infeliz. La diferencia no es tan grande, ni el efecto duradero. A estas alturas, creo que ambos hemos aprendido cómo vivir el resto de nuestras vidas juntos, con más de la mitad del camino recorrido. ¿Quién habría creído hace mucho mucho tiempo, que viviría tanto como he vivido? En cambio, mi hijo está solo empezando). Qué capullo ciego, mezquino, dominante e hipócrita fui

realmente. Él no comprendía, eso es todo, y nosotros no se lo demostrábamos, eso es todo. Más todavía, en el curso de todas esas discusiones (en general durante el verano, en el campo o en la playa, donde alquilo una casa y vamos cada año y ninguno lo pasa bien. Ninguno, salvo Derek. Quien sabe disfrutar de los placeres simples de que disfruta, incluso en casa. Como Martha, que pierde lentamente la razón en la oficina y a veces oye voces con una expresión de dicha en el rostro, e imagina juegos en algún *pícnic* lejano mientras mira por encima del carro de la máquina de escribir hacia la pared verde y desnuda a pocos centímetros. Me pregunto cómo se derrumbará definitivamente, cómo decidirá derrumbarse y de quién es responsabilidad nuestra dactilógrafa Martha: de Green, que la contrató, o de Personal, que la interrogó y la recomendó. Mía no. Por lo menos durante el verano me quedo más en la ciudad, cuando la familia está de vacaciones y tengo libertad para divertirme todo lo que puedo), mi mujer y yo estábamos sumamente encantados por la peculiar generosidad de nuestro hijo (si se la podía llamar así) y su simpatía y buen carácter (los dos nos mirábamos muy satisfechos y complacidos con nosotros mismos y, fascinados, hacíamos comentarios sobre él.

—Es extraordinario, ¿no?

—La verdad es que sí. Un amor).

Nos encantaba esa inusitada generosidad. Hablábamos con fruición de él delante de otros y nos sentíamos afortunados y superiores porque era nuestro y podíamos hablar de él. Buscábamos despertar los elogios envidiosos de otros padres, que solicitábamos, coleccionábamos, devorábamos mientras íbamos engordando nuestra autoestima con los comentarios favorables que hacían de él. (Qué capullo vanidoso, engreído, hipócrita y egoísta). Y aun entonces (e, indiscutiblemente, ahora), si nos hubiesen dado a elegir entre un chico que regalaba con liberalidad sus moneditas cuando no las necesitaba, y otro que siempre las guardaba como un avaro para su propio uso, habríamos optado precisamente por el hijo que teníamos. Nos *gustaba* lo que teníamos.

(¿Por qué, pues, intentaba cambiar a mi hijo?).

¿Por qué prohibíamos y amenazábamos e interrogábamos? (¿Por qué nos sentíamos tan indignados?). ¿Por qué no reíamos y charlábamos llenos de complacencia con él también (como lo hacíamos llenos de orgullo con nuestros amigos) cuando regalaba esas moneditas, en lugar de criticarlo y reprenderlo y arrancarle confesiones renuentes y promesas recalcitrantes? (Si fuera él, creo que me odiaría en este momento. ¿Por qué no puedo dejarlo en paz? ¿Por

qué no puedo dejar *eso* tranquilo aun ahora?).

Además, lo más despreciable de todo, sin duda, es que le dimos su monedita de cinco o diez centavos en el instante en que volvió a pedirla (en eso también tenía razón siempre, y nosotros estábamos equivocados, también siempre) y su dólar o su dólar y medio para el cine, aunque casi nunca pudimos abstenernos de darle, a la vez, una especie de sermón. (Quien no malgasta no pasa necesidad. Sabía predecir nuestro catecismo con escalofriante exactitud y muchas veces recitaba las palabras junto con nosotros, sobre todo cuando estaba presente mi hija, para que ella pudiera unirse al coro. Empiezo a percibir el estereotipo que encarno solo pensando con cuánta frecuencia pueden mi hijo y mi hija predecir y remedar mis comentarios con una precisión tan literal. ¿Será que me he vuelto un ser predecible y aburrido para ellos sin darme cuenta? Siento un dolor secreto cuando consiguen imitarme y no se lo perdono con facilidad. Olvido en lugar de perdonar. No me gusta que me pongan en ridículo). Y *sabíamos* que le daríamos el dinero la próxima vez que lo pidiera, aun en el momento en que le anunciábamos que no se lo daríamos. ¿Por qué, entonces, lo confundíamos y torturábamos (pasándolo por el rodillo) y lo obligábamos a permanecer de pie y soportar aquello? ¿Por qué le hicimos sentirse, quizá (y tal vez intencionadamente), un ser raro, diferente, una especie de monstruo?

(Por unas simples moneditas).

Para enseñarle, nos decíamos, una lección.

(¿Cuál era esa lección?).

(Nunca la encontramos. Ni siquiera la buscamos).

—¿Has aprendido la lección? —lo interrogaba yo una vez más cuando volvía a pedirme dinero.

—Sí.

—¿Cuál es la lección? —le hacía recitar.

—No debo regalar dinero.

—¿Lo regalarás?

—No.

—¿Lo prometes?

—Quiero chicle, papá.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Qué prometes?

—No regalarlo.

—¿Qué harás con él?

—Gastarlo.

—¿En qué?

—En chicle.

—¿En quién?

—En mí. Quiero chicle, papá. ¿No lo comprendes? Quiero chicle ahora.

—Si te doy más de un centavo, ¿qué harás?

—Compraré más chicle.

—Y si no te doy ningún centavo, ¿qué harás?

—No comprar chicle.

—Ayer tenías monedas de un centavo, ¿no? Si no las hubieras regalado, ahora no tendrías que pedirme más, ¿no?

—¿Y si las hubiera gastado ayer? Tendría que pedirte más hoy.

—Supongo que sí, pero… ¿Comprendes ahora por qué no debes regalar tu dinero?

—Sí.

—¿Lo comprendes de verdad?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué está mal que regales tu dinero?

—Porque… —empieza a decir y, de pronto, los ojos le brillan de expectación y no se resiste a soltar la pícara respuesta que se le ha ocurrido—, porque… —repite con una carcajada despreocupada y traviesa, y por fin se lanza—: Porque tú te enfadarás y mamá también.

Es un buen chico.

Estoy tan contento. Y no puedo menos de reírme con él, para que sepa que valía la pena arriesgarse y que no se lo haré pagar.

Mantenemos diálogos breves, socráticos, él y yo, sobre casi todos los temas (las frases se suceden ágilmente en forma de preguntas y respuestas rítmicas) y nos lo pasamos muy bien los dos. (Con mi hija sostengo polémicas y discusiones desmoralizadoras que tienden a estar sobrecargadas de acusaciones y refutaciones personales, aun cuando ella empieza a hablar, de forma objetiva y desapasionada, sobre la vida y su significado, o sus amigos, o los míos. Tiene muchas cosas que decir sobre la gente que conocemos mi mujer y yo, como si fueran asunto suyo). Yo soy Sócrates, él es el discípulo. (O así es, en apariencia, hasta que vuelvo sobre algunos de nuestros diálogos al quedarme solo, y a menudo me parece que tal vez él sea Sócrates. Sé que lo quiero. Él me quiere. Él es bueno. Yo no.

—Qué bueno eres, papá —me dice muchas veces. Me abraza mucho.

—¿Sabes, papá? Eres muy bueno a veces. —Hasta mi hija me lo dice de vez en cuando.

Puede ser, por lo tanto, que no siempre sea tan malo como creo. Me encanta que me elogie cualquiera, hasta los miembros de mi familia. Me hace sentirme importante. Me vuelvo expansivo. Nadie es bueno siempre. Todos somos buenos algunas veces). Y no es posible prever en qué dirección volarán nuestras palabras, ya que no es posible predecir de antemano qué observaciones celosamente guardadas brotarán de pronto de sus labios para verbalizarse casi sin quererlo, ni qué preocupaciones, con toda intención, al cabo de siglos de cavilación reconcentrada y especulación interior, decidirá sin mayores preámbulos sacar a relucir. (Y cuando lo decide, no hay quien lo detenga.

—¿Tuviste que follarte a mamá para tenerme a mí? —me preguntó una vez.

—Ese no es el porqué —le dije.

—El porqué ¿de qué?

—De por qué lo hicimos o por qué te tuvimos.

—Pero es *cómo* me tuvisteis, ¿no?

Se diría que la idea no le gusta).

Nunca corre riesgos innecesarios. (Yo tampoco. Salvo con las mujeres, e incluso en estos casos tiendo a jugar a lo seguro). Nunca, que yo sepa, ha participado en una pelea a puñetazos. (Tampoco intervendría yo en una, a menos que fuese cuestión de vida o muerte. La manzana no ha caído lejos del árbol). No le gusta intimidar ni

maltratar a chicos más pequeños o más débiles que él. Hace todo lo posible por evitar a alguien a quien teme, aun cuando eso signifique no participar en actividades que le atraen o renunciar a la compañía de otros chicos que le caen bien. No sabe qué hacer cuando un chico mayor, o más fuerte, e incluso más pequeño, lo empuja o le grita, o cuando una pandilla de chicos de otro barrio le quita la bicicleta o el bate de béisbol (como le ocurrió en días sucesivos en el parque en Nueva York la primera vez que fui a la convención de la compañía en Puerto Rico. Quizá es por eso por lo que no quiere que me vaya a ninguna parte en avión, aunque de todos modos esas tardes yo no habría estado para protegerlo a él y su bicicleta y su bate de béisbol de esa pandilla de chicos puertorriqueños un día y de chicos negros al siguiente, o sea que quizá no es por eso. Había allí otros padres y madres y ellos tampoco pudieron protegerlo. Todo es mucho más confuso de lo que debería ser). En cambio, es capaz de actos de gran valor y fortaleza emocional que nos dejan asombrados a mí y a mi mujer. (También nos felicitamos por ellos). Es capaz de sentarse quieto y sumiso cuando el doctor o el dentista le anuncia que le dolerá un poco y de someterse sin parpadear (aunque blanco como el papel, o bien verdoso y con manos temblorosas) a lo que sea que le hagan. Soy *yo* quien sufre por él. Soy *yo* quien me mareo y tengo que desviar la mirada, lleno de terror y náuseas, cuando veo al médico descubrirle rápidamente un brazo delgado para inocularle algo o sacarle sangre. Le veo en la cara, en el consultorio del médico o del dentista, la misma palidez enfermiza que ahora reconozco por ser la que tiene las mañanas en que debe enfrentarse más tarde con Forgione en el gimnasio, o bien presentar un trabajo oral en una de sus clases (la impresión de conjunto que me da, cuando tiene ese aspecto, es de flema. Como si todo él estuviera hecho de flema. A pesar de ello, decididamente no es *flemático*. Ja, ja). Nunca dice nada al someterse, pero yo sé que también él siente náuseas, que se le han revuelto las tripas, que nota las extremidades como tubos vacíos y que teme gritar pidiendo socorro y avergonzándonos a todos (por mi parte, me siento tan agitado al verlo así que soy capaz de gritar de dolor por él. No pude soportarlo cuando le extirparon las amígdalas y vi la pequeña costra de sangre en forma de medialuna que se había formado bajo sus fosas nasales. No estoy seguro de si era la izquierda o la derecha. Ya no tengo la mente clara respecto a esos detalles, pero eso no importa. Sentí zumbidos en la cabeza cuando lo trajeron a la habitación en la camilla y mi mujer tuvo que levantarse de un salto para tomarme del brazo y hacerme sentar, pues de lo contrario creo que me habría desmayado). Espero que no hayan de arrancarle ningún diente hasta

que tenga edad y fuerzas suficientes para soportarlo sin mi apoyo y lo aguante con mucho más valor del que tendría yo ahora si tuvieran que extraerle alguno. Me alegro mucho de que ya no parezca asustarse tanto como antes, ni siquiera ante mis gritos y mi agrio sarcasmo cuando no estoy contento o tengo jaqueca. (Recuerdo algunas de las cosas por las cuales le solía intimidar o maltratar, como regalar dinero, o tener miedo de bucear, o navegar o esquiar o patinar, y me siento triste y avergonzado uno o dos minutos. Me sorprende que haya podido perdonarme y olvidar, si en verdad me ha perdonado, ya que es posible que también él se acuerde. Creo que lo recuerda todo. Puede recordar incluso cuál de las fosas nasales era la que tenía esa costra de sangre cuando nos lo trajeron a la habitación del hospital, pero no quiero preguntárselo, para no recordarle ese trauma profundo y demoledor que sufrí cuando le extirparon las amígdalas y le arrancaron y recortaron las adenoides, de lo que tampoco estoy seguro que ninguno de los dos nos recuperemos del todo. Él también sufrió y no quería quedarse en su propio cuarto cuando lo trajimos a casa del hospital con aquel dolor de garganta tan fuerte que no le permitía hablar ni sonreír sin que le doliera. Cuando se olvidó y quiso bromear con una voz lenta y ronca e intentó sonreír, se quedó anonadado ante el agudo aguijonazo de dolor. Le hicimos volver a su cuarto. Era un cuarto bonito, con calcomanías en las paredes y una composición móvil musical colgada del centro del techo. En el hospital sintió sed al despertarse de la anestesia, pero no pudimos darle agua hasta que se disiparon los rastros del éter. Podría vomitar, nos dijeron. Entonces no se la dimos. Tenía los párpados azulados).

Doy gracias a Dios de que mi hijo ya no parezca incluirme entre esos espesos enjambres de endemoniados, traicioneros, furtivos, desalmados, sanguinarios, reptiles, trepadores, brutales e imponentes sinvergüenzas, secuestradores, fantasmas y asesinos que se infiltran en sus sueños (y en los míos), a quienes, según lo comprendo ahora, ha tenido un terror muy profundo y enervante durante toda su corta vida. (Intuía, más bien que veía, la presencia de fantasmas y malhechores malignos, nos dijo, cuando lo trajimos a casa del hospital con la garganta dolorida, pero al mismo tiempo los oía. Tendido despierto, escuchando posibles ruidos, oía los mismos crujidos y pasos que todos nosotros oíamos, pero imaginaba seres humanos que venían a llevárselo, que escalaban piedra a piedra el muro exterior de nuestro edificio de apartamentos y se dejaban caer en su dormitorio desde el techo, descendiendo a través de una abertura en el cielo hasta el alféizar de su frágil ventana de cristal. Tenían el rostro enmascarado o cubierto de sombras, en las que se arrebujaban como si fueran chales.

—¿Por qué no nos has llamado? —le preguntaba—. ¿Por qué no nos has dicho eso, en lugar de intentar venir a nuestro cuarto? Pensábamos que simplemente te sentías solo. ¿Por qué no me has llamado en lugar de quedarte allí quieto y con miedo? Yo me habría sentado junto a tu cama. O mamá.

—Me habrías dicho que me lo imaginaba todo.

—Y te lo imaginabas.

—También oigo animales. Por eso no te he llamado).

Hubo luego ese único período irreal cuando empezó a creer… ¡que yo no era realmente yo!

(Qué otra persona era yo nunca supo decírmelo).

Empezó a sospechar que yo no era realmente yo, sino alguien malvado disfrazado de mí que había entrado en casa haciéndose pasar por mí para engañarlo y llevárselo lejos de mí. (¿Estaba provocándome? Era demasiado pequeño). No fue posible probarle lo contrario. Cada refutación, cada llamada a la razón y a los hechos formaba parte del engaño. Desde luego, si hubiera estado en lo cierto yo habría dicho todo lo que dije. Solo conseguí probar que él estaba en lo cierto. Yo no podía probar que era yo.

—¿Por qué habría de querer probarlo? —le pregunté—. ¿Por qué habría de querer probarlo nadie?

—No lo sé.

—¿Por qué habría de decirte que soy yo si no lo soy?

—Para engañarme.

—¿Para qué habría de engañarte?

—Para llevarme lejos.

—¿Adónde?

—Mamá también. Para atraparme.

—¿Por qué habríamos de querer atraparte cuando te tenemos ya con nosotros de todos modos? ¿Es así o no?

—No lo sé.

—¿Crees que verdaderamente te sacamos de alguna parte y te trajimos aquí?

—No lo sé.

—Imagino que en cierto modo lo hicimos, ¿no?

—No lo sé.

Ahora, por lo menos, sabe que soy yo y está un poco más seguro respecto a eso. (O, por lo menos, comprende que no tiene importancia, porque si no soy yo, él debe adaptarse de todas maneras a quienquiera que sea yo. Lo tengo en mis garras, ahora, pase lo que pase, y debe quedarse, puesto que nadie lo rescatará hasta que sea lo bastante mayor, si sobrevive, para irse. Cuando me extirparon las amígdalas a

mí, me desperté dolorido en plena noche en una sala de hospital oscura, sin padres ni enfermeras. Todo estaba en tinieblas. No había más que tinieblas en aquel lugar tan extraño. Alcanzaba a ver siluetas. No se movía nada. Y tenía sed. ¡Dios… qué sed! Estaba atormentado por la sed. Sentí que me moriría si nadie me daba agua, pero nadie me la dio. No había nada allí, salvo las siluetas fantasmagóricas de otras camas que bien podrían estar vacías. No vino nadie hasta la mañana. La noche fue interminable. Sabía que no terminaría nunca.

—Hay que darle agua —les ladró enfadado a las enfermeras un médico con bigote castaño y entrecano—. Denle agua.

Es lo último que recuerdo. Habían olvidado darme agua).

Creo que ahora él me cree más que antes, creo que se siente un poco más cómodo con nosotros, creo que confía más en mí. (Por lo menos, sabe que soy yo, a pesar de que ninguno de los dos estamos tan seguros de quién es ese yo que ambos conocemos). Creo que confía más en mí ahora, porque no se muestra tan sumiso y falto de independencia como antes y, a veces, tiene confianza suficiente (¿en mí? ¿O en sí mismo?) como para decirme no, como para negarse a hacer o decir algo que le pido, a pesar de ser todavía sumamente cauteloso en cuanto a provocar la ira de cualquiera. No siempre me da respuestas referidas a él mismo, a las preguntas que le hago. Nunca ha mostrado su ira conmigo, ni con mi mujer y muy rara vez con mi hija. ¿Es posible? No. ¿Qué hace con la ira que siente? La ventila en sueños. Y apuesto que, además, ha acumulado bastante, como otros chicos coleccionan cómics o envoltorios de chicles. Apuesto que a veces me odia. (Yo, en su lugar, odiaría a mi padre). Reconozco que de vez en cuando me provoca, pero en general lo hace en broma, cuando estamos en buenos términos.

—Voy a darte algo —dice a un chico en mi presencia, mirándome de reojo—, pero tú no tienes que darme nada a cambio. ¿Vale?

(Contengo un bufido de indignación y admiración a la vez. No puedo creer que este pequeñajo e impertinente granuja que tengo por hijo esté a punto de hacer, de verdad, lo que intuyo que está a punto de hacer).

—¿Qué? —El otro chico no está seguro de haber comprendido.

—Voy a darte algo —repite mi hijo más despacio, asegurándose de que yo lo estoy escuchando—, pero tú no tienes que darme nada. ¿Vale? Es algo que tú quieres tener.

—¿Qué?

—¿Vale?

Con aire de duda, el otro chico asiente.

—Es algo que quieres tener.

Con el consiguiente asombro del chico, el mío le ofrece la moneda de cinco centavos que acaba de sonsacarme para comprar más chicle. No puedo creérmelo.

—Mira, papá —comienza a decir tan pronto como nos quedamos solos, con las manos sobre las caderas y la cabeza inclinada hacia un lado, el tono indignado, en una perfecta imitación de mí, y seguidamente agita el índice reiterando la mímica exagerada y se lanza a un discurso demasiado rápido como para que yo pueda interrumpirlo—. Quiero que te portes como es debido y que me escuches con el fin de no hacer ni decir nada que me avergüence porque tú no lo comprendes y yo soy quien manda y no quiero que lo hagas y te castigaré si lo haces y te castigaré si no haces lo que quiero que hagas, de modo que es mejor que no lo hagas, pues de lo contrario te pegaré y no habrá nada de televisión durante una semana, porque lo digo yo, ¿me oyes y está claro? ¡Estás riéndote! —dice de pronto con una amplia sonrisa—. Veo que estás riéndote, papá, y no quiero que finjas que no estás riéndote y hagas como que estás enfadado por lo que he hecho y luego olvides que estás fingiendo y te enfades de verdad. A veces haces eso papá, ¿no?

—¿Has terminado? —le pregunto con los brazos también en jarras —. ¡Vaya rollo interminable para un piltrafilla como tú que nunca dice esta boca es mía!

—¿Estás enfadado? —pregunta aprensivo.

—No, estoy contento. ¿Crees, sin embargo, que porque me hayas hecho reír te permitiré que te salgas con la tuya?

—Era mío.

—Era mío antes de dártelo a ti.

—Era mío después de que me lo dieras. No me avergüences en público.

—¿Vuelves a imitarme? Ni pienses que podrás seguir haciéndolo.

—Estamos en público, ¿no? No quiero que hagas nada que lleve a la gente a detenerse y escuchar.

—No estoy haciendo nada, salvo escucharte.

—Estás de pie.

—Tú también.

—Con las manos en las caderas, como un actor de televisión. Caminemos. Caminemos, te he dicho.

—Ahora eres como un actor de televisión, agitando el índice.

—Me avergüenzas delante de la gente —me acusa.

—No, no es verdad.

—Pero lo harás —predice—, ¿no?

—¿Por qué habría de avergonzarte?

—¿Vas a gritarme?
—¿Acaso estoy gritando?
—¿Vas a enfadarte?
—¿Acaso estoy enfadado?
—*Estás* avergonzándome —dice, triunfante—. Estás siendo sarcástico.
—Eres un genio —le digo con tono sarcástico—. Ni siquiera sabes lo que significa avergonzar.
—Sí, lo sé. Y sé también lo que quiere decir sarcástico. Quiere decir que haces algo que yo no quiero que hagas.
—No estoy haciendo nada que tú no quieras que haga. No estoy haciendo nada salvo estar aquí de pie, así que ¿cómo puedo estar avergonzándote?
—Estás haciéndome preguntas, ¿no? ¿Por qué estás siempre haciéndome preguntas?
—¿Y por qué tú no las contestas?
—Se lo diré a mamá —amenaza—. Le diré que has tomado *whisky*.
—No te creerá. Sabrá que es mentira.
—¿Cómo lo sabes?
—Te crecerá la nariz.
—¿Cómo lo sabes?
—A la gente que dice mentiras le crece la nariz.
—En ese caso te está creciendo *a ti* —replica—. Porque *eso* es una mentira.
—Entonces ¿por qué iba a crecerme la nariz si eso es mentira?
—¿A que te doy un puñetazo, papá? —grita lleno de frustración al sentirse burlado.
—¿Por qué te mueves tanto? Quédate quieto.
—Creo que estoy nervioso —aventura.
—¿Quieres hacer pis? ¿Por qué te tocas la pilila?
—No me gusta que me digas eso.
(Deja de tocársela. Me arrepiento de habérselo dicho).
—Ella me olerá el aliento —advierto, cambiando de tema—. No olerá a *whisky* y por eso sabrá que has mentido.
—Voy a darte una patada —dice—. Una patada en la espinilla.
—¿Por qué? —le pregunto sorprendido.
—Porque sí. Porque cada vez que te doy una patada en la espinilla o un puñetazo empiezas a luchar conmigo y nos reímos. Así que lo haré para hacerte reír a carcajadas.
—Te daré una patada en el culo.
—Le diré a mamá que has dicho una palabrota.
—¿Qué importa? Se las digo a ella.

—No le gustan. Se peleará contigo.
—Nunca peleamos.
—Os peleáis muchísimo. Te dará una bofetada.
—Nunca me pega.
—Llora.
—No, no llora.
—A veces llora.
—Hablas de más. Y observas demasiado. Te confundes bastante.
—Me gustaría conocer a alguien capaz de darte una paliza —me dice en broma.
—¿Por qué?
—Llamaré a un policía.
—¿Para qué?
—Para que te dé una paliza.
—No se lo permiten.
—Tú me pegas.
—A mí me lo permiten. Y tampoco te pego.
—Antes sí.
—No es verdad. Te aseguro que no te he pegado en toda tu vida.
—Una vez me pegaste. Cuando era muy pequeño. Lo recuerdo.
—Si lo hice, perdóname. Pero no lo creo. Ahora no te pego, ¿no?
—Estás a punto de pegarme. ¿No?
—¿Por qué?
—Ya lo sabes.
—No.
—¿Me lo prometes?
—Te lo prometo.
—¿Me prometes no pegarme?
—Te lo prometo.
—¿Me prometes de verdad no pegarme?
—Te prometo no pegarte. ¿No me crees?
—Te creo —dice.
Y entonces… ¡Paf! ¡Me da una patada en la espinilla!
Pego un salto tremendo, aullando de sorpresa, y comprendo que debo parecerle infernalmente cómico mientras salto indignado, frotándome y masajeándome la pierna dolorida. No ríe de inmediato. En lugar de reír, frunce el ceño y supongo que se pregunta si no ha ido quizá demasiado lejos y se ha metido en un lío, hasta que me ve y me oye reír y se da cuenta de que ni me duele tanto ni estoy enfadado. Y ahora el rostro se le ilumina y se vuelve radiante de alivio y, a su vez, se echa a reír, lleno de regocijo. Por mi parte exagero la comicidad de mis gestos para que siga riendo y luego atraparlo en un movimiento

traicionero. Está doblado y tiembla de hilaridad, apretándose el abdomen, tragando aire y suspirando sin poder contenerse, cuando de pronto caigo sobre él. Me lanzo sobre él mientras todavía está doblado de risa y caemos los dos al suelo. No es una lucha muy equitativa. Al principio le hago cosquillas en los costados para que siga riendo, tratando de recobrar el aliento y dejándolo indefenso. Luchamos un poco hasta que me quedo sin respiración y me detengo para permitirle que me inmovilice. Estoy sin aliento y puede ganar la lucha, si quiere. Se envalentona y se descuida. Desea saborear el triunfo. En lugar de inmovilizarme en el suelo, decide probar a torturarme con unas inútiles llaves de brazos y pies. Recobro el aliento y decido darle una lección (otra lección. El tema de esta lección, diría, es que hay que golpear sobre caliente. Lo que es en verdad repugnante de todas estas lecciones trilladas para llegar al éxito es que tarde o temprano resultan correctas). Así pues, mientras mi hijo está jugando tranquilamente con los dedos de mis manos y pies, sin saber mucho qué hacer con ellos, tenso los músculos, me preparo para el esfuerzo llenándome los pulmones de aire y en un solo movimiento breve, explosivo, lleno de traición, me zafo y caigo sobre él hasta dejarlo tendido en la arena. Da un grito de temor y, a la vez, de entusiasmo y excitación al comprobar mi nueva táctica y patea, se retuerce y me da violentos codazos. Es un chico ágil, sonriente, sano, un animalito que trata con energía de luchar y de escapar cuando caigo sobre él. (Ahora no puedo dejarle ganar. Si se lo permito, sabrá que fue solo porque se lo he permitido, con lo cual sabrá, a la vez, que ha perdido). No es ya una auténtica lucha, ahora que he recobrado el aliento y peleo de verdad. Aprovecho mi mayor volumen (en gran parte pura grasa, ja, ja) para obligarlo a quedarse quieto. Me resulta relativamente fácil tomarle las dos muñecas con una sola mano, inmovilizarle las piernas bajo la presión y el peso de las mías y poner fin a sus patadas. En unos pocos segundos todo ha terminado y se rinde. Lo tengo inmovilizado en el suelo de forma reglamentaria. Nos miramos sonrientes, con las caras separadas por pocos centímetros.

—He ganado —bromea.

—Entonces suéltame —bromeo a mi vez.

—Solo si te rindes —dice.

—Me rindo —respondo.

—Ahora te dejo levantarte —dice.

Lo suelto y nos incorporamos con lentitud, con la respiración agitada y con un sentimiento de estar muy próximos el uno del otro.

—¿Sabes una cosa, papá? —empieza a decir con una gravedad mezclada con complacencia, tratando de distraerme, adoptando una

expresión censora y sabionda, tan severa como la de un juez—. He ganado de verdad, porque me has tirado arena en los ojos y me has hecho cosquillas y eso está prohibido.

—No he hecho nada de eso —replico con viveza.

—¿No me has hecho cosquillas? ¡Mentiroso!

—Eso está permitido. Se puede hacer cosquillas.

—No te rías.

—Tú no sabes hacer cosquillas.

—Por eso no es justo.

—Es justo. Además —prosigo— no te he tirado arena.

—Te aseguro que sí.

—Y como bien sabes, por cierto, hoy es un día espléndido porque brilla el sol y la bahía está en calma y azul y hay nueve o siete planetas…

—Nueve.

—… de los cuales Mercurio es el que está más cerca del Sol y…

—Plutón.

—¿… Plutón es el que está más lejos?

—¿Te han contado el de los astronautas homosexuales? —pregunta.

—Sí, se fueron a Urano. Y si, como dicen, la semana tiene siete días y el año cincuenta y dos semanas, ¿cómo se explica que el año tenga trescientos sesenta y cinco días en lugar de trescientos sesenta y cuatro?

Hace una pausa para calcular.

—¿Cómo es eso? —pregunta—. Nunca se me ha ocurrido.

—Yo no lo sé, tampoco. Nunca he pensado en ello.

—¿Es de eso de lo que quieres hablar? —quiere saber, desconsolado.

—No. Pero si quieres acorralarme, te lo impediré. No me engañas.

—Se lo diré a mamá —vuelve a amenazarme—. Le contaré a mamá que me has tirado arena en los ojos.

—Y *yo* también le contaré —digo.

—¿En serio? —Su actitud se vuelve solemne.

—¿Qué?

—¿Vas a contarle?

—¿Qué?

—Ya lo sabes.

—¿Qué?

—Lo que he hecho.

—¿Has hecho algo? —le pregunto con despreocupada franqueza.

—Lo sabes.

—No lo recuerdo.
—Lo que he regalado.
—¿Has regalado algo?
—Papá, sabes bien que he regalado cinco centavos.
—¿Cuándo? Regalas tantas monedas.
—Hace poco. Cuando estabas aquí.
—¿Por qué?
—No querrás saberlo.
—Dime por qué. ¿Cómo lo sabes?
—Te enfadarás y empezarás a gritar o a burlarte o a reírte de mí.
—No lo haré. Te lo prometo.
—Porque he querido —responde sin más.
—Eso no es una respuesta.
—Sabía que dirías eso.
—Sabía que tú dirías eso.
—Te he dicho que no lo comprenderías.
—El chico no te la ha pedido —arguyo—. No daba crédito a sus ojos cuando le has dado la moneda. Ni creo que lo conozcas desde hace mucho. Y apuesto a que ni siquiera te gusta mucho. ¿Es verdad?
—Estás enfadándote —dice, bastante malhumorado—. Sabía que te enfadarías.
—No estoy enfadándome.
—Estás empezando a gritar, ¿no?
—Solo estoy levantando la voz.
—¿Ves?
—Estás actuando —lo acuso y le hago cosquillas— y yo sé que estás actuando, de modo que deja de hacerlo y de intentar creer que me engañas. Responde.
Sonríe, desconcertado al verse descubierto, pero a la vez está contento.
—No lo sé. No sé si me gusta o no. Lo conocí ayer.
—¿Lo ves? Soy listo. En ese caso, ¿por qué? Sabes a qué me refiero. ¿Por qué le has dado tu dinero?
—Pensarás que estoy loco.
—Puede que estés loco.
—Entonces no te lo diré.
—Ya sé que no me lo dirás.
—¿Tengo que decírtelo?
—Sí. No tienes ganas de decírmelo. Lo veo. Por lo tanto, no tienes otro remedio. Vamos.
—Quería darle algo —dice en voz muy baja—. Y eso era todo lo que tenía.

—¿Por qué querías darle algo?

—No lo sé.

Me lo dice con tanta sencillez, sinceridad e inocencia que aparece como la razón más lógica y obvia que uno pueda imaginar. Y lo comprendo. Esa franqueza es conmovedora y siento ganas de tenderle los brazos allí mismo, para luego recompensarlo con billetes de un dólar. Quiero besarlo (pero temo que se sienta incómodo si lo beso, porque estamos en público). Quiero revolverle el pelo afectuosamente. (Se lo revuelvo). Con ternura, le digo: —Sigo sin oír ninguna respuesta.

—¿Cómo? —pregunta con interés.

—Eso no explica por qué.

—Es por eso.

—No explica por qué has querido darle algo. ¿Por qué has querido darle algo?

—Creo que lo sé. Cómo me persigues, ¿eh?

—¿Por qué has querido darle algo?

—¿Tengo que decirlo?

—No. Si no quieres, no.

—Estaba contento —dice con un encogimiento de hombros, entornando los ojos por el sol, con una expresión cohibida y apenada.

—¿Ha sido así?

—Y siempre que estoy contento —declara— tengo ganas de regalar algo. No está mal, ¿no?

—Por supuesto que no. —(Vuelvo a sentir ganas de besarlo).

—¿En serio no está mal? —Apenas puede creer en su buena suerte.

—Y me alegro de que estés contento. ¿Por qué estabas contento?

—Ahora se vuelve todo un poco loco.

—Habla. No estás loco.

—Porque sabía que iba a regalarlo. —Calla un instante para reír, nervioso—. Para hacerte enfadar —reconoce—. Entonces, cuando he visto que estaba contento por eso, he tenido ganas de regalar la moneda, porque estaba feliz de tener ganas de regalar la moneda. ¿Está bien?

—Me haces reír.

—¿No estás enfadado?

—¿No ves que estás haciéndome reír? ¿Cómo puedo estar enfadado a la vez?

—Entonces te diré algo más —chilla con alborotada alegría—. A veces tengo ganas de reírme sin ninguna razón. Entonces tengo ganas de reírme por saber que tengo ganas de reírme. ¡Estás sonriendo! —grita de pronto, señalándome la cara con el dedo y lanzando una

carcajada—. ¿Por qué sonríes?

—Porque me haces gracia —exclamo—. Porque es gracioso, por eso. Tú eres gracioso, es por eso.

—¿Le contarás a mamá que he regalado dinero?

—¿Y tú? Tampoco tú puedes decírselo, si yo no se lo digo. Si se lo dices, me meterás en un lío.

—Puedes decírselo tú —decide.

—En ese caso se lo dirás tú también.

—¿He hecho bien?

—Sin duda —le aseguro—. Has hecho bien. En realidad, has hecho mucho más que bien. Ha sido un gran gesto. Y me alegro de que hayamos hablado. No siempre me hablas. —Apoyo levemente la mano en la nuca de mi hijo y echamos a andar hacia el paseo. Tengo una sensación extraña en esa mano, como si estuviera estirando un pequeño músculo del codo y el brazo para adoptar una posición desacostumbrada. La deslizo a uno de sus hombros, pero también allí siento que la posición es forzada. (Me doy cuenta de que no estoy acostumbrado a tocar a mi hijo. Tampoco estoy acostumbrado a tocar a mi hija)—. Pero supongamos… —Quiero prepararlo y protegerlo contra todo lo que es dañino en el mundo y no puedo contenerme.

Se aparta sacudiendo los hombros y frunce el ceño.

—¡Papá, sabía que ibas a decir eso!

—Y yo sabía que ibas a decir eso —río al replicarle, pero mi alegría es falsa—. ¿Qué estaba a punto de decir?

—¿Si la quiero para gastármela más tarde, o mañana? En ese caso se la pediré. Pero supongamos…

—Sigue…

—… que ya no la tiene o que se niega a devolvértela.

—No hará eso.

—En ese caso conseguiré otra moneda. ¿De quién?

—No te la daré.

—De ti. No te la daré.

—Yo no. Te lo advierto.

—Me la darás —responde sin vacilar y termina así la imitación de ambos—. Siempre dices eso. Siempre dices que no me la darás. Luego siempre me la das. ¿Por qué, entonces, dices siempre lo mismo? ¿Acaso no me la darás?

—Sí —convengo en una larga sílaba de derrota total, sucumbiendo de buena gana a la simpatía y la inteligencia de este chico—. Te la daré. Hasta puedo dártela ahora si la quieres.

Bueno, parece decirme su expresión sabia e irónica, entonces ¿a qué viene tanto alboroto?

—Sabía que me la darías —resume con aire de triunfo.

Camina a mi lado con pasos más livianos, más ágiles.

—Siempre te la daré, quiero que lo sepas. ¿Lo sabes? —Lo veo asentir con la cabeza. Veo que frunce levemente el ceño al recordar y porque está perplejo—. Ahora somos bastante colegas, ¿no? —le pregunto—. ¿Tú y yo?

—Antes te tenía miedo.

—Espero que ahora no.

—No tanto.

—No tienes por qué temerme. Nunca te haré daño. Además, siempre te daré todo lo que necesites. Lo sabes, ¿no? Solo grito mucho.

Después de un momento de profunda reflexión, se permite golpearme suavemente con un hombro, como hace a menudo con chicos que le caen bien. (Es la respuesta más amigable que podría darme). Respondo con un movimiento idéntico. Sonríe para sí.

—¡Papá, te quiero mucho! —exclama entusiasmado, y me hunde la cara contra la cadera para besarme y abrazarme—. Espero que no te mueras nunca.

(Yo también lo espero). Le paso un brazo por los hombros y, a mi vez, lo abrazo. Rápido, antes de que se avergüence e intente impedirlo, lo beso en la cabeza, rozo con los labios ese pelo sedoso y dorado. (Le robo un beso). Yo también le quiero y espero que no se muera nunca.

Tengo este temor recurrente de que morirá antes que yo. No puedo permitir que suceda. Lo quiero demasiado. Ahora lo conozco y sé que para mí es infinitamente más valioso que el secretario del Tesoro y el secretario de Defensa, que el jefe de la mayoría parlamentaria y que el jefe de la minoría. Es más importante para mí que el presidente de Estados Unidos. (Tengo más aprecio por la vida de mi hijo que por la de él). Le hago mi Juramento de Lealtad. (Nunca menciono a nadie esta herejía, por supuesto). Nunca permitiré que le hagan daño.

¿Qué *haría* yo, no obstante, para protegerlo? Creo saber lo que haría. Nada.

—No te preocupes —le he prometido muy seriamente—. Nunca permitiré que te suceda nada malo.

Tiene miedo al gobierno, al ejército, al Pentágono, a la policía. (Y yo también).

—Nunca dejaré que te hagan daño ni que se te lleven.

¿Y qué podría hacer en realidad? Nada.

De manera que no hago nada.

Puedo conspirar (esto me da tiempo) como conspiro actualmente

en mi puesto de la compañía (conspirar para sobrevivir, para mantenerme vivo hasta las cinco), pero eso es todo. Pronto, quizá, se acabará el tiempo.

¿Quién *soy* yo? Me parece que estoy empezando a descubrirlo. Soy un palo; soy una rama rota y empapada que flota con su propia gente en esta única nación que tenemos, indivisible (desgraciadamente), bajo la protección de Dios, con libertad y justicia para todos aquellos que sean lo bastante rápidos como para atraparlas primero y privar al resto de ellas. Vaya crisol de razas. Si todos en esta tierra vasta y fabulosa nuestra nos uniéramos y nos tomáramos el tiempo suficiente para intercambiar unas pocas palabras con los vecinos y compatriotas, esas palabras serían «¡Cabrón!», «¡Macarrón!», «¡Negrata!», «¡Puto blanco!», «¡Judío!», «¡Sudaca!». No me gusta la gente que manda. No me gusta Horace White, a quien cuesta tomar en serio (aunque tengo que hacerlo).

—Si alguna vez escribes un libro —me ha dicho, y muy en serio, ya que estas cosas son importantes para él—, quiero que aparezca mi nombre en él.

Horace White es un hombre pálido e insípido con muchas cualidades insignificantes. Le gusta ver su nombre en los diarios. Es delegado honorario de no sé qué lugar en la ciudad de Nueva York (a pesar de tener residencia legal en Connecticut) y lleva pegado al parachoques del coche un escudito de bronce donde aparece tal distinción. En la matrícula lleva las letras de su monograma (HOW); los números aumentan cada año para señalar su edad. (Creemos que miente acerca de su edad). Nadie ha podido nunca describir exactamente lo que hace en la compañía, salvo ser quien es, tener dinero, acciones propias y estar emparentado colateralmente por dos lados con uno o más de los fundadores y directores. Y yo estoy obligado a adularlo. Y lo hago.

Si fuera pobre, pienso que estaría dispuesto a derrocar al gobierno por la fuerza. Me alegro, en cambio, de que no todos los pobres estén intentando derrocar al gobierno, porque yo no soy pobre. No sé por qué todas las sirvientas negras no roban a sus patronas blancas (aunque me alegro de que la nuestra no robe, o, por lo menos, si lo hace no deja que nos enteremos). Si yo fuera negro *y* pobre, no creo que tuviera ninguna razón para obedecer la ley, salvo el riesgo de que me atraparan. Tal como están las cosas, sin embargo, me alegro de que la gente de color obedezca la ley (en su mayoría, por lo menos), porque tengo miedo de los negros y me he alejado de sus barrios. Tengo miedo de la pasma. Me alegro, con todo, de que haya mucha, y quisiera que hubiese más.

(No me gustan los polis).

(Salvo cuando están a mano para protegerme).

No hablo de esto con nadie, salvo con mi mujer, quien, a medida que se vuelve más solitaria, más vieja y más desilusionada, está transformándose, como su hermana, en una conservadora amargada que se opone a la felicidad. (Este año votará por los reaccionarios. Me niego a hablar de política con ella. No me importa a quién vota). Me callo y voy a la deriva, mudo, con mi propia gente. Floto.

Floto como las algas en una capa de verdín, mientras mi mujer y yo envejecemos, y mi hija se hace mayor y cada vez está más insatisfecha consigo misma y conmigo (veo a otras chicas de su edad aparentemente felices. Algunas son más bonitas. Otras actúan con mayor aplomo. Por lo menos, hacen algunas cosas que ella afirma querer hacer, incluso acostarse con alguien, aunque ella ni siquiera lo intenta. Y sacan mejores notas. ¿Qué me importan las notas que saca? Me importan. Además, tengo que fingir que me importan mucho, pues de otro modo tendré la sensación de que no me importa nada de ella) y mi hijo está creciendo torturado y perplejo, sin saber quién, además de él mismo, debe ser (o quién, si piensa como yo, es él mismo. Ir a encontrarlo. Ir a encontrarme. Perdido en algún lugar profundo de su pequeño ser está ya el niño pequeño que fue, el original y auténtico. ¿Estará? Si no es así, si no existe un pequeño yo y un pequeño él, desaparecido e irrecuperable, totalmente distinto de lo que cada uno de los dos nos hemos visto obligados a ser, si no hay el pequeño ser vagabundo, desolado, perdido que anhelo y que comenzó tanto tiempo atrás en mi historia, y que de pronto se hundió inevitablemente en algún hueco oscuro e inaccesible en un momento en que debía de estar mirando hacia otro lado, ya que no puedo identificar el momento, dejándome desorientado y solo para seguir, quiera o no, por mis propios medios… ¿Cómo diablos he llegado a este punto? Alguien me empujó. Alguien debió de lanzarme en esta dirección, y muchas otras manos debieron de tocar los controles en diferentes ocasiones, pues yo no habría elegido este camino en el mundo. Nunca se le encontró. Perdido: chico de edad desconocida, lleva mi nombre. Y no puedo seguir siempre mirando hacia atrás para verlo y preguntarle, esperanzado, adónde fue y qué quiso hacer al irse. Sería aún demasiado pequeño para saber siquiera de qué estoy hablando —era solo un niño cuando me abandonó, es más pequeño que mi propio hijo —, no digamos ya para socorrerme con la sabiduría sagaz y experimentada que necesito de él. ¿De qué les hablaré a tantas de estas caras arrugadas, rubicundas, con ojos hinchados inyectados en sangre, si Green llega a permitirme pronunciar mi discurso de tres

minutos en Puerto Rico este año? Necesitaré muchos chistes, chistes rápidos —ja, ja, ja—, unos cuantos al principio y uno excelente al final, ja, ja, y todo ello en tres minutos solamente. Sería lo mismo flotar como algas en una capa de verdín tanto tiempo como nos sostengan las mareas, y cuando dejen de sostenernos, ¿qué?) o ¿cuáles de los muchos peligros que imagina son reales y cuáles son simples fantasías horribles y fantásticas? (Ahogarse es real. Ser arrancado de la cama por un gancho desde un agujero en el cielo mientras se está dormido e indefenso no lo es). Son más que simples fantasías diurnas. Le invaden la conciencia durante la noche, en la oscuridad, cuando creemos que está dormido. Dejarle una luz encendida no supone ninguna diferencia. Nos es siempre imposible saber con certeza si está dormido o despierto. Si espiamos furtivamente para cerciorarnos, muchas veces finge estar dormido para evitar que le reprochemos que está despierto. Creo, sin ningún motivo real para creerlo, que siempre nos oye a mi mujer y a mí hacer el amor o, por lo menos, que sabe cuándo lo hemos hecho. Mi hija, por lo menos, intenta que la oigamos cuando está levantada. Hace correr el agua, pone discos o bien entra de pronto en nuestro cuarto sin pedir permiso para decidir alguna cuestión. Él no. Es un chico furtivo. Antes me apetecía revolverle el pelo a mi hija, palmearle la cabeza con afecto, o besarla en la mejilla, o rodearle un hombro con el brazo, pero al crecer empezó a alejarse de mí, primero en broma, según supuse, mientras yo siempre fingía estar ofendido. Luego empecé a comprender que no bromeaba, por lo que no tuve ya que fingir estar ofendido. Estaba verdaderamente dolido, y ahora finjo no estarlo. Algo sucedió, intuí, que me volvió horrible a sus ojos, que provocó su desaprobación y la llevó a no desperdiciar la oportunidad de mostrármelo. Hubo ocasiones en que creí que pretendía vengarse. No sé qué hice o no hice, y aún hoy no sé cómo remediarlo, ni tampoco si hay algo que debería intentar. Pronto se irá a la universidad. Me siento torpe cuando tengo que tocarla. Trata de evitarme, como si el menor contacto físico conmigo la disgustara, o bien se estremece, como si estuviera a punto de hacerle daño. ¡Nunca le he pegado! Lo máximo que he hecho alguna vez, lo máximo que hago actualmente es darle un buen empujón en el hombro cuando debo hacerlo. Lo máximo que hace mi mujer es empezar a darle bofetadas cuando riñen, pero las bofetadas son lo bastante espaciadas y débiles como para dar tiempo a mi hija a interceptarlas o esquivarlas. Mi hija es capaz de provocar en mi mujer una gran furia cada vez que se le antoja, para luego reducirla a un mar de llanto histérico y confuso. Siempre me siento perplejo momentáneamente por los súbitos accesos de alarma de mi hija.

Siempre me siento contrito e inundado de inmensa culpa y vergüenza cuando mi hija presiente de manera instintiva que voy a golpearla, o bien reacciona como si lo creyera. ¿Acaso está aguardando, tensa, ha estado aguardando, tensa, todos estos años, recibir algún tremendo golpe de nuestra parte? ¿Cree sinceramente, cuando extiendo la mano para quitarle una pestaña de la mejilla o una migaja, que tengo intención de pegarle? ¿O bien, como supongo ahora a menudo (tal vez de forma irracional), está fingiendo, simulando consciente y diabólicamente ese terror, porque sabe lo mucho que me choca y me entristece? Creo que tiene bastante astucia como para todo esto. Viene de familia. Lo heredó de mí. ¿Acaso no dejo, a veces, que mi mujer sufra sus pesadillas asfixiantes, dolorosas, sin intentar despertarla? ¿Y no me regodeo con mi posición de ventaja al mirarla y escucharla? ¿Acaso no exagero muchas veces el sufrimiento de mis propios sueños terribles y finjo estar más profundamente atrapado de lo que estoy por ellos, a fin de obligarla a esforzarse más tiempo, más afanosamente y con mayor compasión hasta conseguir despertarme? Ya no comprendo a mi hija, ni soy capaz de manejarla con eficacia ni de darle la posibilidad de que se lleve bien conmigo. Intento, pues, no intentarlo. Espero, y deseo que las cosas sigan su curso. Tampoco comprendo a mi hijo. Es demasiado pequeño para ser tan magnánimo. También regala golosinas. Lo hizo el mismo verano en que intentó regalarle galletitas a otro chico y por poco no recibió un puñetazo en la nariz como recompensa.

—Mira, te doy estas galletitas —le dijo al chico que había aparecido en nuestra casa veraniega para jugar con él, mientras estábamos todos desayunando.

El chico se tragó la primera en un santiamén. Luego miró, hambriento, la segunda galletita de chocolate que mi hijo hacía girar distraído sobre el mantel, a la vez que jugueteaba con su vaso de leche. Con un destello de sorpresa, mi hijo reconoció y tomó nota mentalmente de la mirada hambrienta.

—Toma también esta —le dice—. Tómala.

El chico se queda rígido, como ofendido, y retrocede con una expresión hostil. De pronto, para mi sorpresa, parece furioso y confundido y agita la cabeza con gran resentimiento.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—¿Por qué? ¿No la quieres? —Mi hijo la empuja hacia él sobre la mesa.

—La tenías en la boca.

—No.

—Se ha caído al suelo.

—No.

Mi hijo no sabe qué hacer y parece estar a la defensiva y disculpándose. (Se diría que está mintiendo).

—Está sucia —le acusa el otro.

—No. No miento. Entonces no te la comas.

—¿Por qué no la quieres tú?

—Porque la quieres tú. ¿No? Yo ya he comido varias.

El otro chico está furioso, demasiado agitado para atreverse a decir algo, y la cara se le pone roja mientras se queda sentado allí, lleno de odio y moviendo la cabeza con testarudez. Mi hijo palidece. El otro chico alza los puños crispados y parece dispuesto a pelear. Ocurre, no obstante, que yo estoy allí, sentado con toda mi autoridad (me parece que dispuesto a pelear también. Si él intenta golpear a mi hijo, creo que le agarraré el brazo y se lo romperé). El chico farfulla algo, ya que la ira le impide hablar, empuja la galletita rápidamente hasta que cae al suelo y sale corriendo de nuestra casa, con la boca temblorosa y los ojos bajos y al borde de las lágrimas, por la agresiva frustración que siente. De algún modo intuye que ha hecho el tonto. Mi hijo está mudo de pesar; su expresión es de incredulidad. No puede comprender qué es lo que acaba de hacer, solo por ofrecer galletas, para que le cueste un amigo y para conseguir un enemigo joven y nuevo que quiere pegarle. Mira a su alrededor, con una expresión suplicante y confusa, tratando de sonreír.

—No puedes dar las cosas tan generosamente —le explico con una sonrisa débil pero comprensiva.

—¿Por qué? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—No sé. Hace sospechar a la gente.

—No me gustan los bichos —se queja—. No me gusta este lugar. ¿Tenemos que quedarnos aquí todo el verano?

—Sí. A mí tampoco me gusta.

—Tú te vas a Nueva York.

—Tengo que ir. Me alegro de no haberte mandado a unas colonias. Me gusta que estés aquí cuando vuelvo.

—A mí no.

También fue ese el verano en que mi hijo tuvo muchos problemas (mi hijo siempre ha tenido problemas, aparentemente, lo cual nos resulta más y más cansado a mi mujer y a mí) con el campamento diurno en el que lo habíamos inscrito para estar seguros de que se divertiría y para que tuviese actividades que compartir con otros chicos durante el día. Al principio estaba muy contento y ansioso por ir. Le sorprendió y alegró muchísimo encontrarse entre tantos otros

chicos de su misma edad que podía considerar amigos. De forma ruidosa y lleno de orgullo nos los señalaba cuando se encontraba con ellos en el paseo o en la playa, o en distintos puntos del pueblo.

—Ese es mi amigo —anunciaba con júbilo—. Ese es mi amigo. Lo conozco. Lo conozco del campamento. Ese también es mi amigo. —A veces saludaba con la mano, corría a su encuentro para saludarlos, o bien se rozaban el hombro sin hablar en señal de que se reconocían—. También ese es otro amigo del campamento —repetía cada vez—. Ese también es amigo mío. Es mayor.

Le causaba inmenso placer tener tantos amigos, como si nunca hubiera pensado que sería capaz de relacionarse con tantas personas. Tenía un aspecto radiante siempre que alguno venía a casa a buscarlo e intentaba que entrara para exhibirlo.

(—Este es mi amigo —decía—. Estos son mis amigos.

Mi hija también era así cuando era pequeña y sigue siéndolo con los muchachos, aunque se muestra mucho más sutil y desdeñosa en la forma en que nos permite ver, o descubrir, que hay algún chico cuyo interés por ella quiere que advirtamos. Me pregunto qué les hicimos mi mujer y yo a nuestros hijos para convencerlos de que los creíamos incapaces de hacer amigos. Ya no estoy seguro de que hayamos hecho nada ni de que la culpa sea toda nuestra). Era como si no fuese capaz de guardarse para sí la intensa felicidad que sentía.

No duró. Terminó muy pronto en su caso. Pronto comenzaron a suceder cosas dentro del campamento que le inquietaron y al poco tiempo se resistía tanto a ir allí como ahora se resiste a ir a gimnasia y a vérselas con Forgione. Le gustaban las carreras, los juegos de adivinanzas y las comedias breves representadas dentro del local cuando llovía, pero también allí había que subir la cuerda (aunque solo los chicos mayores, según comprobamos más tarde) y había un trampolín muy visible que no le hacía ninguna gracia (a mí tampoco. Y tampoco a mi mujer. No sé lo que pensaba mi hijo porque no quise generarle aprensión preguntándole, pero sé, en cambio, lo que yo pensaba. Tenía miedo de que rebotase hasta la Luna, se golpease la cabeza y volviese a caer sobre el trampolín de espaldas y se fracturase la columna vertebral y las piernas y los brazos le quedasen paralizados; no quería que intentara saltar de ese trampolín) y con mucha antelación se sentía atormentado por la prueba de natación en aguas profundas que, según le dijeron, todos los chicos de su edad deberían aprobar antes del fin del verano, para lo que debían tomar lecciones. (Él no quería ni siquiera tomar lecciones, por los constantes rumores sobre la existencia de medusas o de arañas de mar y cangrejos). Había, asimismo, rumores de combates de boxeo y de

lucha libre. En una ocasión descubrió un par de guantes colgados de un gancho en el cobertizo y llegó a convencerse de que tendría que pelear (a pesar de que allí no había boxeo ni lucha libre. Nunca hubo nada que fuera peligroso para los chicos. Pienso que era un buen campamento diurno, dentro de lo que puede ser un buen campamento, pero muy pronto yo mismo lo detesté, porque mi hijo empezó a tener problemas). Se presentaban nuevos juegos con mucha rapidez y mi hijo no los comprendía, aunque los chicos que habían estado allí el año anterior los conocían bien, y nadie, ni los consejeros ni ninguno de sus amigos del grupo, se tomó el tiempo necesario para explicarle nada ni para mostrar tolerancia o consideración frente a sus errores cuando los cometía. Era demasiado apocado para preguntar algo más de una vez, aun en los casos en que las respuestas que recibía eran incomprensibles o incompletas. Cometía errores continuamente. Los monitores estaban demasiado ocupados flirteando. (También allí germinaba la típica concupiscencia ardorosa. Las chicas usaban camisetas de punto. Muchas no llevaban sujetador, e incluso las que tenían tetitas se veían bien. Es tanto más grato cuando se es joven, tanto más ardiente, tanto más divertido. Quisiera tener ahora ese ardor frenético en lugar de la lujuria perezosa, elaborada, que debo practicar y que a menudo requiere un enorme esfuerzo por mi parte para obtener placer). No los culpaba mucho, salvo cuando los culpaba intensamente si su negligencia afectaba a mi hijo. (Recuerdo mis propios instintos febriles, insistentes, durante dos veranos en que trabajé como monitor en un campamento instalado a orillas de un lago; en la orilla opuesta había otro campamento con monitoras. Había muchas actividades conjuntas para los dos campamentos. La verdad es que el bienestar o la adaptación de los chicos me importaban un rábano, mientras no se ahogaran, contrajeran la escarlatina o poliomielitis, o se mataran entre ellos con cuerdas o piedras. La mayor parte del tiempo en lo único en que me concentraba era en conseguir alguna chica apetecible y experimentada del pueblo o del otro campamento, dispuesta a encontrarse conmigo en el suelo del bosque y hacer que me corriera rápido. Así no tendría que hacerlo yo. Ah, siempre quería correrme. En aquella época me gustaba tanto hacérmelo yo como que me lo hicieran). Él notaba que estaba cayendo velozmente en desgracia. Cada vez sabía menos lo que tenía que hacer. Fingía cojera en el grupo de juego para que le eximieran de las actividades que no estaba del todo seguro de comprender y luego comenzó a quejarse en casa, durante el desayuno, de náuseas y dolor de garganta. (Igual que ahora en la escuela. No había principio, aparentemente, y tal vez no habría fin). Una mañana tuvo arcadas y

creímos que vomitaría lo poco que había comido, porque no quería ir. Le tomamos la temperatura, pero no tenía fiebre. Lo obligamos a ir. (Nos equivocamos al obligarlo. Ahora lo sé, y todos los que escuchan este episodio dicen que nos equivocamos. Lo que nadie ha sabido decirme nunca es qué deberíamos haber hecho).

Más tarde me acerqué secretamente al campamento para observarlo y me alegré mucho de lo que vi. Era una carrera de relevos e iba varios metros por delante, mi pequeño feliz (estaba tan orgulloso de espiarlo), llevando entre los brazos una pesada pelota que debía pasar al corredor siguiente de su equipo. Se reía. Las carcajadas resonaban claramente. Se reía tanto mientras corría que ya estaba perdiendo velocidad, y las rodillas se le doblaban y entrechocaban. Estaba casi en el suelo a causa de sus carcajadas cada vez más exageradas, y pronto lo vi trastabillando y cayendo, doblado por esos torrentes profundos y casi asfixiantes de alegría irreprimible, mientras saltaba y tropezaba y avanzaba torpemente por la arena, disminuyendo la velocidad cada vez más, con toda intención, se diría, ya que pronto lo vi hacer señas al pobre chico gordo y sin aliento del otro equipo contra el que competía para que se apresurara a alcanzarlo, para poder reírse los dos y correr el uno junto al otro, como si tuviese algo cómico que contarle antes de llegar a la meta.

Mi hijo seguía riendo (tenía la cara y los dientes y la boca relucientes) cuando entregó la pelota grande al siguiente chico de su equipo, quien, en lugar de echar a correr, se la arrojó a los pies, y entonces una pandilla hosca de chicos enfurecidos, además de algunos de esos monitores altos vestidos con camisetas blancas, cayeron sobre él como animales feroces para gritarle e insultarlo. (Muy pronto, unos cuantos estaban gritándose y empujándose entre ellos. Sentí que se me detenía el corazón y me quedé paralizado. No podía creerlo). Se había formado una turba. Mi hijo estaba consternado. No sabía qué había hecho mal. No sabía qué hacer. Estaba allí mudo, perplejo, sacudiéndose de forma grotesca, cuando un chico más grande, de espaldas anchas, con el pelo oscuro y una expresión de furia se lanzó contra él separándose de los demás, como un toro enloquecido, y lo empujó violentamente en el pecho con las dos palmas rígidas. Mi hijo trastabilló hacia atrás (otra vez se le doblaban las rodillas), blanco como el papel (Dios, pensé, va a vomitar o a desmayarse. O a llorar. Y me avergonzará), esperando, como un títere. No hizo nada. Se quedó allí. No habló ni miró en torno a él buscando ayuda. Ni siquiera levantó los brazos para defenderse o para devolver los golpes cuando el otro chico hizo ademán de golpearlo otra vez. Tampoco parecía estar a punto de huir o gritar pidiendo auxilio. (Me estremecí al

pensar que yo, en cambio, quizá vomitaría). El otro chico volvió a abalanzarse y a golpear a mi hijo en el pecho con las manos abiertas, para luego quedarse, desafiante, con los puños alzados, retando a mi hijo a devolverle el golpe. Nuevamente mi hijo retrocedió unos pasos por la fuerza del empellón, recuperó el equilibrio y se quedó esperando. No huyó, ni tampoco solicitó la ayuda ni la compasión de nadie. Esto, por lo menos, era evidente. Había desafío en su inmovilidad. Por un instante fugaz, me fascinó la dignidad y el valor que intuía yo en esa actitud de mantenerse firme y esperar el próximo empujón. No se movió para salvarse. (Yo no me muevo para salvarme). Por un segundo, hasta logré sentir orgullo. Pero no bastaba. Quería que tuviese más valor. (Yo también querría tener más valor). De pronto me oí a mí mismo gritarle que devolviese los golpes. «¡Muévete, tonto! —le supliqué para mis adentros—. ¿Por qué no te *mueves*, tonto?».

Y entonces, con una sensación de choque paralizante, devastador, que hizo que la cabeza me diera vueltas, vi que tenía los ojos enrojecidos, hinchados e inundados de lágrimas y los labios pálidos, cenicientos, temblorosos. Comprendí por qué no se movía: no podía moverse. Estaba paralizado. Había perdido todo poder y capacidad de actuar o pensar. Ni siquiera podía huir, ya que estaba aterrorizado. No se movía, porque no podía moverse. No hablaba, porque no podía hablar. No devolvía el golpe, porque no podía devolver el golpe. No gritaba ni miraba en torno a él buscando ayuda, porque no podía: no tenía ese pensamiento. Carecía de voz. Allí estaba mi pesadilla hecha realidad. Allí estaba la muerte avasalladora y la degradación cayendo una vez más sobre él, encerrada en la acción insensata y estúpida de un chico algo más fuerte (que en esta situación se alzaba con la talla de un gigante) a quien hacía poco mi hijo había querido dar dos galletitas de chocolate (era el mismo chico, o quizá no) y él no podía moverse (tampoco yo) para evitarla, ni vocalizar las palabras necesarias para llamar la atención y liberarse de mi aterradora pesadilla de toda la vida. (Estoy aquí y alguien puede cogerme, estoy ya muerto porque no puedo mover los pies, ni gritar pidiendo ayuda, y tampoco puedo hablar por mucho que quiera). Mi hijo se había quedado paralizado. Se había quedado congelado en su sitio (como yo en el mío). Estaba fosilizado, desinflado, frágil y vulnerable. Estaba ya muerto, si alguien quería matarlo. Uno de los monitores del campamento (a cámara lenta, me pareció) intervino en aquel momento para salvarlo (dos monitores, en realidad, uno era una chica grande y rubia de pechos grandes. Parece que a las chicas actualmente les crecen más los pechos y les rebotan más. También a las chicas de

más edad y a las mujeres maduras. En verano las playas están llenas de pechos. Me gustan, hasta que comienzo a verlos en tal cantidad y volumen. Antes me gustaban más), para reanudar el juego, y caí en la cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo ese tiempo y que tenía todos los músculos tensos, preparados para el ataque (y me había quedado inmovilizado por el impulso de usarlos). Comprendí que si aquel otro chico, a quien odiaba ya, hubiese atacado al mío otra vez, habría perdido el control y me habría lanzado a esa cancha de juegos infantiles, como un loco desaforado, y lo habría matado allí mismo. (O bien, en una reacción alejada de aquel impulso, habría matado a mi hijo). Si descubría que podía moverme. (Nunca sabré si también yo estaba petrificado).

Me fui una vez que reanudaron el juego.

Fui muy bueno con mi hijo el resto de ese día. (Fui tan bueno y tan comprensivo que ni le dije a él ni a mi mujer lo que había visto. Él había tenido miedo de pelear).

Al día siguiente, como más o menos yo había previsto, no quiso ir a jugar con el grupo. No lo dijo; solo dijo que no se encontraba bien, pero probablemente no le pasaría nada si le obligábamos a ir. Tenía un aspecto triste y pálido y sentí una ola de afecto por él, porque sabía (o creía saber) lo que estaba sintiendo. Al final fue. Le dijimos que tenía que ir y lo llevamos. Cuando partió con nosotros para ir al grupo de juego esa mañana (ese verano nuestra hija estaba lejos, en otro campamento donde tampoco lo estaba pasando bien, si había que creer lo que decía), tenía una expresión tan apenada y desanimada como aquella otra mañana sombría y lluviosa en que lo llevamos a que le extirparan las amígdalas y las adenoides (siempre olvido mencionar las adenoides. Ni siquiera sé qué son, salvo que están ahí, colgando, en algún punto encima de la nariz. Puede que nadie sepa qué son las adenoides. En una ocasión me sentí muy ingenioso al decirle a una chica de Ann Arbor que las adenoides eran testículos que no habían descendido) y nosotros, aturdidos por la tristeza aquella mañana oscura y pesada, tratábamos de mantener una conversación trivial con él en el taxi que yo hubiera querido que volase y estuviese ya en el hospital antes de que uno de los tres se desmayase o se muriese a causa de la tensión acumulada por lo que iba a ocurrir, como aquella conversación alegre e inocentemente vacía que yo siempre trataba de mantener con mi madre en la residencia durante aquellas visitas tediosas y nauseabundas que le hacía y que pronto dejaron de tener sentido. Habría sido igual mandarle los paquetitos de comida a su cuarto por correo o a través de una de las enfermeras y partir de inmediato (para ahorrarme con ello la horrible prueba de

verla lidiar con trozos de carne y pescado y caramelos y pastel, con esos dedos deformados y temblorosos que luego metían en la boca los pedazos grasientos y deshechos. No me dejaba que le diera yo de comer). A pesar de todo, era su hijo. Era su responsable hijo (ja, ja, al principio dispuesto a pasar como quien cumple una penitencia parte del fin de semana con ella, luego parte de un fin de semana de cada tres o cuatro, hasta que ella empezó a deteriorarse rápidamente; entonces, por alguna razón hipócrita, para absolverme, volvió a convertirse en penitencia semanal otra vez, durante cinco, diez o quince minutos), pero no un hijo especialmente agradecido. Ninguno de los dos sentía gratitud hacia el otro. No me sentía agradecido porque era mi madre (para entonces, esto se había convertido en una imposición injusta. ¿Por qué no pudo morirse sin dar la nota, como mi padre, sin causarme molestias?), y tampoco estaba ella agradecida por las visitas, ni por las noticias y las cosas para comer que le llevaba. La poca conversación que manteníamos era forzada. El silencio, lleno de ira, habría sido mejor. Ella echaba de menos a su madre.

—Ma… —gemía en pleno delirio una y otra vez hacia el final, en su sopor narcótico y agitado, con los ojos vidriosos y enrojecidos llenos de un terror que no enfocaba ningún punto y anegados de lágrimas, y aquello era casi lo único que tenía que decir, salvo lo que creo que tuvo que decirme al final.

La quiero más ahora que cuando vivía.

Mi madre tenía casi ochenta años cuando murió y ya había perdido casi del todo la memoria, pero murió llamando a su madre, como pienso que yo moriré llamando a la mía (si el Señor, en su infinita misericordia, me permite vivir tanto tiempo. Ja, ja). Buena parte del infortunio parece una cuestión de tiempos. Llegamos tarde cuando lo fuimos a buscar ese día y lo vimos, a escasa distancia de la cancha de juegos, de pie solo en la acera, sin zapatillas y sollozando en voz alta, desesperado, porque creía que no iríamos a recogerlo. (Sentí ira cuando lo vi. Nos habíamos retrasado, eso era todo. No había ocurrido nada más). La gente, tanto niños como adultos, miraba con curiosidad a mi hijo al pasar junto a él y verle llorar. Nadie le ofreció ayuda, nadie le preguntó nada. (Es increíble… hasta *yo* soy capaz de ayudar a un niño que tiene problemas si nadie más lo ayuda). No hizo nada al vernos, salvo dar gritos más agudos, retorcerse con más frenesí, en una súplica atormentada de que lo rescatáramos del extraño maleficio que lo tenía prisionero en ese lugar, lleno de terror. (Me indigné tanto con él por un instante que estuve a punto de detenerme con un gesto de desdén para no acercarme a él enseguida). Sufría convulsiones de llanto pensando que lo habíamos abandonado solo porque llegábamos

un poco tarde, que lo habíamos dejado allí deliberadamente por estar insatisfechos y disgustados con él y, en consecuencia, nunca volvería a vernos ni tendría quien lo cuidara.

Yo estaba furioso. Él sabía volver a casa. No quedaba lejos. El trayecto no era complicado. Muchas mañanas le permitíamos que nos llevara desde casa hasta el paseo donde estaba el campamento para mostrarle que podía llegar allí solo sin dificultad y, más tarde, nos conducía de regreso para demostrarse a sí mismo y a nosotros que también sabía volver. El pueblo era pequeño, tenía poco tráfico, y era imposible perderse. Si se perdía, siempre tenía la posibilidad de caminar por el paseo o pedir ayuda a alguien. También sabía esto. (Siempre insistíamos en que pidiese ayuda cuando no estuviera seguro, pero temía a los extraños e incluso a los chicos de su misma edad, y le costaba dirigirse a ellos. Cuando les hablaba, murmuraba algo ininteligible, con los ojos bajos, y fuera quien fuese el interrogado le pedía bruscamente que repitiera lo que acababa de decir.

—¿Sabes cómo ir allí? —le preguntábamos mi mujer y yo—. Sí que lo sabes. ¿Estás seguro de que no te perderás? ¿Hacia qué lado doblas aquí? ¿Lo ves como no puedes perderte? Incluso si doblaras aquí, en lugar de allá, o bien una calle más lejos, terminarías siempre en el paseo de madera o en la avenida. No tienes más que seguir a la gente o preguntarle a alguien si te pierdes. ¿Te perderás?).

A pesar de todo esto, se alejaba solo lo suficiente como para perder de vista la cancha de juegos, donde los pocos monitores que quedaban allí limpiaban lánguidamente el lugar, y ya no era capaz de proseguir. Aun cuando nos reconocía y nos veía acercarnos no se movía, como si desplazarse un milímetro de aquel lugar de tortura que ocupaba significase exponerse a un desmayo y a caer por algún precipicio invisible y desaparecer para siempre. Se quedaba inmóvil en la calle en un punto reducido, con los piececitos descalzos, como si le hubieran aplastado los diminutos huesos de los tobillos (creo que fue entonces cuando noté por primera vez que tiene los pies pronadores, con el arco casi plano y los tobillos muy cerca del suelo) y que seguir allí de pie era doloroso e insoportable. No podía moverse ni quedarse donde estaba. (No corrió a nuestro encuentro). Lloraba a gritos. Éramos la salvación, Dios, la única esperanza de su vida, pero a pesar de ello tuvimos que cubrir todo el camino hasta él para salvarlo, mientras mantenía los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes fijos en nosotros. No quería (no podía) dar ni un paso hacia nosotros para contribuir a su propio rescate y acortar su tormento. (Era digno de compasión, patético, desgarrador, y debí luchar contra olas de furia e impaciencia y contra el temor de perder el dominio y empezar a

pegarle allí mismo. Quería golpearlo. Consideraba que lo merecía y le habría pegado si hubiera sido mayor y más grande). Mi mujer apuró el paso para adelantarse a mí, pero yo la aferré del codo para que no avanzara.

—¡No corras! —susurré—. Lo asustarás.

Era a mí a quien mi hijo esperaba, mi presencia, mi protección, la que necesitaba, y no empezó a caminar hasta que me tomó torpemente de la mano y pudo aferrarla fuerte. (Entonces tuve la impresión, como la tengo ahora, de que si le hubiéramos vuelto la espalda y regresado a casa, o si, por algún motivo inevitable, no hubiéramos ido a buscarlo en todo el día, se habría quedado allí, perdido irremisiblemente en aquel punto en el cual unas fuerzas invisibles le habían hecho detenerse, un punto diminuto en la superficie de la Tierra, no mayor que las huellas de sus pies descalzos, hasta sucumbir a la intemperie, el hambre, la sed, el temor o la fatiga, o hasta que alguna señora u hombre, movido por una preocupación y curiosidad excepcionales, hubiese ido a buscar a un policía para decirle que había un niño en la acera que había estado llorando todo el día y toda la noche y corría peligro de morir de miedo, inanición o soledad. Entonces tuve la sensación, como la tengo a veces ahora, de que no habría sobrevivido sin sus padres, que nunca podrá existir sin nosotros dos para sostenerlo, y que tal vez él tiene la misma sensación. ¿Qué hará cuando hayamos muerto? ¿Qué hará Derek?).

—Si estuvieras nadando —me preguntó hace poco— y creyeras que estás a punto de hundirte, ¿llamarías al socorrista y dejarías que todo el mundo en la playa viera cómo te salvan? ¿O te ahogarías?

No sé qué haría. Sé, en cambio, que no voy a nadar más por lugares donde no hago pie.

Me daría vergüenza pedir ayuda al socorrista.

Me daría vergüenza llamar a un médico durante la noche si creyera que sufro un ataque al corazón pero no estuviera seguro.

—No debes tener miedo —le dije.

Me cogió de la mano y empezó a caminar a mi lado, cabizbajo, cada paso de sus pies desnudos parecía una prueba delicada y exploratoria. Estaba sin aliento y era como si las costillas y el esternón estuvieran a punto de quebrarse y perforarle la piel fina y transparente.

—No me encuentro bien —dijo. Las lágrimas se le secaban despacio y le dejaban rastros—. Tenía ganas de vomitar.

—Te tomaremos la temperatura. ¿Tienes ganas de vomitar?

—Creí que nunca vendríais a buscarme.

—Si de verdad estás enfermo, cuando lleguemos a casa llamaremos

al médico para que te cure, de modo que no tienes por qué preocuparte.

—Tampoco me encontraba bien esta mañana.

—No sé qué te da tanto miedo. No hubieras podido perderte al volver a casa ni aunque lo hubieras intentado.

—Sabía que creerías que todo esto es un invento.

No volvió al campamento a la mañana siguiente. No quiso ir y no lo obligamos. (Nos adoró por haberle dejado quedarse en casa). Nunca volvió.

—¿No quieres volver nunca más al campamento? —le pregunté el domingo, durante el desayuno.

—No quiere —dijo mi mujer.

No se habló más del asunto.

Ocurrió que a partir de entonces no tuvo mucho que hacer. No tenía con quién jugar, no tenía amigos. Pasaba gran parte del día en la playa con nosotros, jugando con la arena. Y sin decir nada. Quería quedarse siempre en casa. Leía libros de cuentos ilustrados y montaba maquetas de automóviles, aviones y portaaviones que nunca aspiraba a terminar ni tampoco quería conservar. No tenía interés por nada. Leía y releía cómics y miraba la televisión con expresión vacía y distraída. Se ofrecía a mi mujer para ayudarla en las tareas de la casa. (Esto la ponía nerviosa). El margen de su atención era nulo. Nunca podía concentrarse mucho tiempo en los rompecabezas que le comprábamos. Daba la impresión de que se olvidaba de todo. Vivía pegado a nosotros y nos acompañaba a todas partes, sin querer separarse. No quería ir al pueblo, pero tampoco que lo dejáramos en casa.

(—¿Tenéis que ir los dos? —nos preguntaba lúgubremente).

No quería que lo dejaran solo y siempre trataba de quedarse con uno u otro, salvo al acostarse, cuando debía irse a su cuarto en la otra parte de la casa (aun en este caso, se despertaba muy temprano, y a veces, en plena noche, para colarse sigilosamente en nuestro dormitorio y asegurarse de que seguíamos allí y además respirábamos. Luego se quedaba allí persistentemente, y hacía ruidos leves para despertarnos.

—¿Qué sucede? —le preguntaba uno de los dos con un gruñido de exasperación—. ¿Qué quieres?

—El desayuno —mentía, si había ya un poco de luz.

Era espeluznante. A veces me daba la sensación de que mi hijo no dormía nada, sino que fingía dormir, tendido en la cama, mirando la ventana y contando los minutos hasta que no soportaba más la soledad y creía que era más seguro venir a nuestro cuarto). Mostraba

siempre una expresión de disculpa abyecta, aun cuando más tarde merodeaba por la cocina y le pasaba a mi mujer distintas cosas para ayudarla a cocinar y a lavar la vajilla. (Mi mujer temía que empezara a usar los delantales y luego otras prendas suyas. ¿Qué haríamos si se convertía en un travesti? Yo también lo temía. Fingía tener muchas ganas de enseñarle a jugar al ajedrez, con el fin de distraerlo y alejarlo de mi mujer y para pasar el rato, y él fingía tener muchas ganas de aprender. En realidad, ninguno de los dos estábamos interesados y pronto dejamos de jugar, a pesar de que no se nos ocurría qué otra cosa podía hacer). Era inútil, además de cruel, insistir en que saliera a jugar. No tenía con quién jugar. No quería encontrarse ni hablar con ninguno de los chicos y chicas del campamento, tampoco que le vieran ni verlos él, ni siquiera a los que antes saludaba con alegría y señalaba como amigos con gran orgullo. Si salía a pasear con nosotros y veía a alguno que lo saludara con un gesto, sonriera, agitara el brazo o le dijera «Hola», llamándolo por su nombre, se ponía rígido y miraba en otra dirección con un empecinamiento hostil, sin responder. Muy pronto dejaron de saludarlo. Ya no eran sus amigos. Era impresionante. Como si nunca los hubiese conocido. De cualquier manera, seguía poniéndose rígido, tenso, enfurruñado, cada vez que íbamos paseando y él veía a uno de aquellos niños, como si temiera que algo desagradable estuviese a punto de ocurrir. Nunca sucedió nada. También yo estaba enfadado y muchas veces me sentí tentado de darle un golpe en el brazo y empujarlo violentamente hacia ellos y ordenarle que volviera a jugar y divertirse.

Fue un verdadero suplicio para todos.

Fue el peor verano de mi vida. No sabíamos qué hacer. Mi mujer y yo éramos todo lo que tenía y ya no estábamos tan seguros de apreciarlo tanto, aunque nunca lo dijimos. Derek era todavía un bebé de cuna. No sabíamos nada de lo que tenía. Nuestra hija había ido ese año por primera vez a unas colonias, donde también lo pasaba muy mal, a juzgar por lo que decía, porque todas las chicas habían ido otros veranos y formaban camarillas en las que ella era una extraña. Por lo menos, eso decía en sus cartas. No la creímos. Quería volver a casa. En cada carta nos decía que quería volver a casa. A veces escribía *solo* para decir que quería volver a casa. No la creímos. Algunos chicos no escriben mucho a casa. Nuestra hija escribía *demasiado*, tres, cuatro, cinco veces a la semana, y nos deprimíamos cada vez que veíamos otra carta de ella. No sabíamos si creerla o no. Sospechábamos que nos contaba esas cosas simplemente para hacernos sufrir. Incluso de pequeña tenía la astucia suficiente como para fingir crisis y desesperación solo para afligirnos y llenarnos de

indecisión y culpa. Sabía cómo herirnos. Por lo que pudimos averiguar de otros padres con hijos en el mismo campamento, no lo pasaba peor de lo habitual. Me pregunté muchas veces por qué escribía tan a menudo si no tenía otra cosa que decirnos. Tampoco me apetecía nada verla los días de visita. No la extrañaba y no tenía oportunidad de extrañarla, con esas malditas cartas. ¿Para qué ir? Entrañaba un largo viaje en automóvil en un día caluroso, un encuentro cargado de acusaciones y depresión, otro fin de semana malgastado. Aun así, cuando llegábamos allí parecía estar bien y realmente contenta de vernos. Actuaba como si nos hubiese extrañado, cosa que nunca se me ocurrió y que ni una vez, estoy seguro, había expresado en sus cartas. Bajo un olmo, donde nadie podía oírnos, le pregunté sin rodeos si quería volver con nosotros. Hasta propuse dar alguna excusa que le evitara sentirse incómoda. Mi madre estaba gravemente enferma, lo cual era verdad. Dijo que no y parecía tener muchas amigas, con las que cantó llena de entusiasmo todas las canciones del campamento. Perdió la partida. Más tarde me acusó de que yo la había obligado a decir que no, y cuando nos alejábamos de allí imaginé que le veía lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta mientras de pie en la carretera nos miraba con una expresión sombría e impasible, sin dignarse a despedirse de nosotros con la mano. Luego todas esas cartas insistentes, llorosas, perentorias, en las que insistía en volver a casa, siguieron llegando en una corriente ininterrumpida. ¿Por qué, nos preguntamos, si bien nunca llegamos a lamentarnos mutuamente en esos términos, no nos dejaba en paz, por qué no tenía el buen gusto de dejarnos tranquilos, después de haber gastado tanto dinero y hecho tantos esfuerzos por sacárnosla de encima durante ocho semanas? Escribía cartas a nuestro hijo con la palabra PERSONAL, en las cuales le suplicaba —prometiéndole recompensarle con generosidad, incluso diciéndole que sería más buena con él y más espléndida por siempre jamás— que hiciera todo lo que pudiese por convencernos de que la dejáramos volver a casa, ya que se sentía muy desgraciada lejos de nosotros, en unos momentos en que él mismo estaba tan abatido por sus propios sufrimientos que apenas le era posible reunir valor para hablarnos de nada. La mayor parte de su comunicación con nosotros se reducía a respuestas monosilábicas a nuestras preguntas, murmuradas en un susurro. Se habría dicho que a ella le encantaba estar con nosotros, que siempre había estado contenta en nuestra compañía en el pasado, lo cual no era verdad. Todos nuestros veranos han sido malos. Y la mayoría de nuestros domingos. Y siguen siéndolo. Cómo temo esos fines de semana de tres o cuatro días. Quisiera que mi mujer y yo jugáramos al tenis o bien que nos gustara salir a remar, o a

navegar, o a pescar. Pero no hacemos nada de eso. Ni siquiera me gusta la gente que lo hace. Ya no disfruto con nada. No supe cómo explicarle a mi hijo con exactitud qué demonios le ocurría a mi hija cada vez que le llegaba otra carta en la que declaraba que no era feliz y le rogaba que nos pidiera permiso para que la dejáramos volver a casa.

—¿Por qué no la dejáis? —nos preguntaba él con mucha circunspección.

—Yo no se lo impido.

No *sabía* lo que estaba ocurriendo.

—¿Quieres volver? —le dije por teléfono—. Haz la maleta y ven. Iré a buscarte ahora mismo.

—No.

Lo que sí sabía era que ella estaba incordiándome. Era muy posible que nos extrañase y no se sintiera feliz, pero también utilizaba todo eso con un frío desapego y cálculo para alterarnos y agobiarnos a todos, como creo que sigue incordiándome deliberadamente hoy, y así fue como pasamos el verano.

De algún modo pasó el tiempo; debió de pasar con suma lentitud para él. (En aquel entonces le gustaba jugar al béisbol y ser un buen jugador. Le gustaba atrapar bolas altas y batear y correr velozmente alrededor de las bases. Ahora no tenía con quién jugar). De algún modo, el tiempo siempre acaba pasando para todos (¿no es verdad? Sin nuestra ayuda y pese a todo lo que ocurre, como pasa ahora para mí cuando estoy en la compañía, como a la larga pasó para mi hija cuando era pequeña y estaba en el campamento, y como pasa ahora de forma monótona para mi mujer y para mí en casa, con la ayuda de algún trago subrepticio y vengativo de la botella de vino cada media hora más o menos, mañana y tarde, y un enérgico polvo una noche o dos a la semana si llego a casa con ganas, y como pasó para mi pobre y vieja madre cuando guardaba cama con artritis y con los miembros doloridos y acalambrados y sin habla a causa de sus derrames cerebrales y casi lo único que le quedaba durante aquel último y breve período era la conciencia de comprender desolada lo poco que le quedaba. Lo único que le quedaba era yo. A pesar de todo, se aferraba con uñas y garras, aun en aquellos estados de coma finales, se aferraba con empecinamiento y voluntad a la hermosa vida, ja, ja, pero los riñones la traicionaron en una sigilosa, insospechada traición desde abajo, hasta que al fin, ja, ja, murió, llamando a su madre, gimiendo «¡Ma! ¡Ma! ¡Ma!» en un tono monocorde pero a la vez claro y fuerte, aunque el médico me dijo que ya no sentía dolor ni tenía conciencia de lo que le ocurría. ¿Cómo lo sabía él? Entonces pude enterrarla. Por

fin pude enterrarla, aunque había muerto unos dieciséis meses antes. Tuve una madre que murió dieciséis meses antes de que la enterraran. Por lo menos, en cuanto a mí se refiere. Mi hermana vive lejos, tiene diabetes y sus propios problemas familiares y no vino al funeral. Yo no quería que viniese y le dije que no era necesario. Podía ocuparme de todo y pagar los gastos. No tenemos mucha relación. Tampoco la tenía con mi madre. Estaba enfadado con ella.

«Oye, mamá —podría haberle señalado con buenos motivos en cualquier momento durante esos dieciséis meses—. Ya estás muerta… ¿no lo sabías? Te moriste un día hace exactamente dos, cuatro, seis, ocho, diez, doce meses, ante mis propios ojos y ahora solo estás aquí. En aquella época no lo sabía, pero lo sentí y me aparté de ti con un nudo en la garganta y sollocé, o bien quise sollozar, y durante una semana te lloré en secreto, porque algo dentro de mí me decía que estabas muerta y te habías ido. Estabas muerta, pero no te habías ido. Hace un tiempo perdí a mi madre y siempre estoy recordándola y volviendo a perderla. Pero tú no eres ella. Eres alguien que está. Ahora estás simplemente aquí, arruinándome los fines de semana y costándome dinero, desanimándome y destrozándome el futuro. Te has quedado aquí. Deprimes a todo el mundo. ¿Qué quieres que haga? ¿Por qué te quedas?».

Qué horror. Qué horror, qué horror, qué horror. Nunca pude decirle esas cosas, ni siquiera para mis adentros, cuando mi madre vivía. A pesar de eso, creo que era lo que sentía. Ahora puedo decirlo. Fue el tiempo más largo que debí esperar nunca para el funeral de una persona, y ella esperó junto a mí casi todo ese tiempo. Si Dios quiere, tendré que esperar mucho más para el mío. Pronto, lo sé, tendré que empezar. Sé cómo empezaré. Tendré problemas de vejiga y próstata, eso si tengo suerte y no sufro una afección coronaria o un derrame cerebral antes. Tal vez se añada gratuitamente una operación de hernia o de hemorroides, tan solo para distraerme de mis trastornos de vejiga y de próstata, mientras me quedo aguardando a que la ley autorice el comienzo de las ceremonias de mi entierro. Al mismo tiempo, sé que querré quedarme tanto como pueda, también yo, con dolor, repugnancia, lástima y demás, aferrándome con los dedos cada vez más débiles a los difusos espejismos por encima de las sábanas y murmurando «¡Ma! ¡Ma! ¡Ma! ¡Ma!» hasta el fin, en lugar de «¡Ja, ja, ja!». Tal vez solo entonces, cuando no haya ya lugar en el cerebro para más que un solo recuerdo, o garganta y boca para más que una sola palabra, Green, White, Black, Brown, Kagle, Arthur Baron, mi cuñada, los discursos de tres minutos en Puerto Rico y la puta borracha, grosera y joven a la que ni siquiera deseaba en Detroit la semana

pasada, poniéndome en ridículo caprichosamente en una fiesta al rechazar proposiciones que ni siquiera llegué a hacerle, solo entonces esos hechos amargos y esas presencias se verán extirpadas de mi ardiente inventario de desaires y derrotas triviales que nunca he logrado absorber y anular, para quedar archivados junto conmigo en el olvido de los registros clausurados para siempre. Esa es la forma en que pondré fin al mundo. No querré irme. Tendrán que arrastrarme, retorciéndome, gimiendo, me agrada pensar ahora, mientras lucho por quedarme con mente, ojos y oídos, pero sé en el fondo que también estaré para entonces minado por un hígado o dos riñones, aunque concentre todas mis fuerzas arriba, y que perderé la batalla sin darme cuenta de que me he ido. Entregaré mi alma sin darme cuenta. La morfina me adormecerá. No quiero irme. Espero sobrevivir a todos, incluso a mis hijos, a mi mujer, a las montañas Rocosas. No creo que sobreviva. Tengo válvulas en el corazón. Tengo válvulas en el coche. Si General Motors no es capaz de crear una válvula capaz de durar más de un año, ¿qué probabilidades tiene la aleatoria naturaleza? No puedo evitar sentir lástima por mí. No puedo evitar sentir lástima por él). Sentía lástima por él entonces (siento lástima por él ahora); estaba ya allí, con el aspecto vacío, descolorido de alguien viejo y decadente, desprovisto de deseos y de entusiasmo, como una madre inválida en una residencia de ancianos que sabe que la han dejado allí para morir. Apenas hablaba. No lo pasaba bien con nada y carecía asimismo de esperanzas (¡Dios! ¡Que hubiese renunciado tan pronto!), salvo la de que aquel verano caluroso y húmedo llegase a su fin y que la escuela que temía comenzase y volviese a atraparlo en el drama ruidoso y sin fin de los conflictos y recompensas desconocidos. No tenía chispa ni espíritu. Se le veía apagado. Siempre estaba cerca de nosotros. En lugar de atrapar bolas altas y de correr por las bases en partidos con amigos, se arrastraba detrás de nosotros por el paseo o la playa y se mantenía aparte, sin apenas hablar.

(—¿Cuándo volvemos?

No quería nadar. Dondequiera que fuese con nosotros, se sentía incómodo y quería ir a otra parte, en general a casa, salvo cuando se trataba de la oscuridad del cine.

—¿Tenéis que salir otra vez esta noche?).

Y jugaba, desganado, con la arena. (No queríamos tenerlo cerca). Cuando nuestras miradas se encontraban, se estremecía y hundía el cuello como si temiera que fuera a lanzarme sobre él para pegarle con saña. Tenía el aspecto de un enfermo. (A menudo la gente nos preguntaba, para mi gran incomodidad, si se encontraba bien). Hacía cuanto se me ocurría para ayudarlo.

—¿Qué tienes ganas de hacer? —le proponía.

—¿Adónde te gustaría ir?

—¿Qué te gustaría que pasara?

—¿Quieres ir al cine? Quizá podríamos ir contigo. ¿Qué quieres ver?

—Si tienes un deseo en este momento, dímelo. ¿Qué es? Puede que se cumpla. ¿Qué deseas en este momento más que nada en el mundo?

—Nada.

—Nada.

—Nada.

—Nada.

—Por favor, basta.

Lo habría estrangulado. Lo habría golpeado. (Creo que tenía ganas de golpearlo). Todo lo que obtenía como respuesta era «nada». No hacía el menor esfuerzo por ayudarnos a que le facilitáramos las cosas. Yo no podía soportar verlo siempre tan ocioso y deprimido. Estaba siempre allí. Por la mañana al despertarnos. Aparentemente, nunca dormía. Por tarde que llegáramos de noche mi mujer y yo, estaba despierto, con la puerta del cuarto abierta, para asegurarse de que habíamos vuelto y de que éramos nosotros, y no otros, quienes habíamos entrado. No hacía ningún esfuerzo por conversar con la canguro que teníamos para él y Derek.

—¿Adónde vais? ¿Qué pensáis hacer? —nos interrogaba con insistencia cada vez que suponía que mi mujer y yo estábamos a punto de salir.

Iba con nosotros a todas partes cuando se lo permitíamos. Empezó a ponerme nervioso. (Me veía obligado a compadecerme de él demasiado a menudo. ¿Por qué me había pasado a mí? Empecé a sentir hacia él lo que siento hacia Derek actualmente. Por lo menos de Derek puedo separarme la mayor parte del tiempo, o escapar de él). No era posible escapar de mi hijo. Nos seguía a todas partes, como un síntoma público y visible de alguna repugnante enfermedad familiar que habríamos preferido mantener en secreto.

—No tengo nada que hacer —respondía cuando le decíamos que se marchara de nuestro lado y que hiciera algo.

A menudo nos sentíamos grotescos. La gente lo veía con nosotros todo el tiempo. Él tenía un nudo en la garganta. Nunca quería hablar con otros chicos solitarios que descubríamos y que tratábamos de presentarle.

—Mira, aquí está Dicky Dare. Es muy simpático y tiene casi tu misma edad. ¿No quieres jugar con él?

No quería.

—¿Por qué no?

(No quería relacionarse con otro chico que no tuviera a nadie con quien jugar. Admiraba al chico que intentó pelear con él en el campamento y deseaba que el otro le correspondiera y quisiera ser su amigo).

Cuando la gente conocida nos preguntaba, con muy buena voluntad, si le gustaría conocer a chicos con quienes jugar, teníamos que decirles que no. Nunca sabíamos decirles por qué. No podíamos explicarles que se negaba a cooperar. (Teníamos un nudo en la garganta).

—No lo soporto —se lamentaba mi mujer al borde de las lágrimas —. Parece un fantasma. Está muy triste. No puedo soportar verlo así. Me destroza.

—Yo tampoco —admitía.

Los únicos días buenos de ese verano fueron los que pasé en la ciudad, en mi oficina. Al pensarlo se me partía el corazón. Mi hijo no quería patinar, ni montar en su bicicleta. Empecé a perder los estribos con más facilidad. (Era horrible).

—Ve a jugar —le ordené lacónicamente un día en la playa, al no poder controlar ya mi mal humor.

Parpadeó.

—Bob —me advirtió mi mujer.

—¿Qué? —preguntó mi hijo.

—¿Eres sordo?

—No te he oído.

—Sí que me has oído. A jugar.

—¿Con quién?

—Hay un chico allá, junto a la señora gorda.

—Papá. Por favor.

—Debe de tener la misma edad que tú. Yo diría que tiene ganas de encontrar a alguien con quien jugar.

—Ya estoy jugando aquí.

—¿Con qué?

—Arena.

—Arena —lo imité de forma desagradable y luego señalé hacia la orilla—. Te llevaré a rastras y le diré que juegue contigo. —(Hecha la amenaza, había que cumplirla. Había un artículo en una revista femenina de ese mes en la que se aconsejaba a los padres de hijos caprichosos que mostraran mucha firmeza. Había otro artículo en otra revista femenina en el que se nos aconsejaba que nos mostráramos comprensivos e indulgentes. Ninguno de los dos me gustaba. Estaba furioso. Mi mujer trataba de advertirme con la mirada. No le hice

caso. Era una cuestión de prestigio entre ese chico triste y perplejo y yo)—. ¿Te gustaría que hiciera eso? —amenacé.

Estaba pálido.

—No podré hablar.

—Estás hablando ahora.

—Tengo un nudo en la garganta. Quiero vomitar.

—El nudo lo tendrás en la cabeza —no pude evitar decir en un alarde de ingenio—. Vamos. Ya vomitarás más tarde.

Se levantó de mala gana y se dirigió con pasos lentos e inseguros a hacer lo que le obligaba.

—¿Lo ves? —le susurré a mi mujer, temeroso y arrepentido, deseoso de una absolución inmediata—. Allí va.

—Me parece horrible.

—Lo está haciendo.

Estaba hablando con el otro chaval, un chico lánguido, de pelo rubio, que agitó la cabeza sin levantarla y le dio una respuesta larga y complicada. Los labios se le movían de forma extraña. Me sentí enfermo. La mujer gorda nos miró furiosa. Mi hijo volvió con unas rodillas que parecían doblársele de dolor y estaba casi llorando cuando nos dijo, con una voz vacilante, llena de titubeos, que el chico tartamudeaba mucho y que decía que no, que no quería jugar.

—¡Muy bien, he hecho lo que querías! —me espetó con amargura, a la vez que me dirigía una mirada rápida, penetrante y se sentaba en la arena, a buena distancia de nosotros. Los ojos le ardían de ira.

Me sentí frustrado, furioso.

Todo me salía mal, una cosa tras otra, hasta el coño de mi mujer (maldita sea).

Ese verano mi mujer tenía el coño sensible, una constante inflamación vaginal, de manera que yo (e incluso ella, hasta que yo lo intenté) no sabía si podría echar un polvo cuando volvía para pasar esos fines de semana lentos e intolerables. (Me habría ido mejor quedándome en Nueva York. Me *iba* mucho mejor. Conseguía todo lo que quería). No tenía mucho más que hacer allá en la playa que me divirtiera realmente, salvo hacerles ojitos a otras esposas y bromear de forma insinuante con las jovencitas. Por esa razón siempre perdía los estribos con él y trataba de ayudarlo. (Perdía los estribos al ver que no lo lograba. Me asaltaban muchos sentimientos deprimentes de rechazo y de impotencia frente a la imposibilidad de alegrarlo, de aliviar su pena profunda y su aislamiento, de conseguir que tuviera éxito en alguna actividad nueva). Siempre estaba ordenándole que hiciera cosas que no quería hacer y probablemente tampoco podía hacer por su físico, debido a la tensión y la rigidez que disminuían su equilibrio

y coordinación, y al nudo que tenía siempre en la garganta.

Estaba convencido de que tenía miedo al mar, y por eso lo obligaba a caminar por el agua conmigo y por poco se ahogó cuando de pronto rompió una ola enorme y nos derribó a los dos, alejándolo a él de mi alcance y empujándolo, indefenso, hacia lo hondo bajo la marea profunda, agitada, tumultuosa. Cuando por fin pudo incorporarse (mientras yo luchaba con dificultad en el agua para alcanzarlo y salvarlo), estaba sin aliento, y tenía los ojos tan apretados que los dos lados de la cara roja parecían más bien dos puños crispados de color carmesí. Se negó a abrirlos hasta que pude tomarlo de la mano y llevarlo hasta la arena. Todavía tengo visiones de este episodio.

—Sabes, papá —me dijo—, tenía miedo de abrir los ojos. No sabía dónde estaba y tenía miedo de abrir los ojos y mirar. Tenía miedo de que cuando los abriera estuviera allá lejos y por eso no quería mirar.

Me sorprendió que me hablara, que todavía confiara en mí lo suficiente como para dirigirme la palabra. (Podría haberse ahogado, o acabar muy malherido e incluso morir o quedarse paralítico. La fuerte resaca podría habérselo llevado lejos de allí en cuestión de tres o cuatro segundos. Una vez ayudé a unos socorristas a salvar a un niño de corta edad que había sido arrastrado en su bote inflable unos veinte metros en un instante. Podría no haber vuelto a ver a mi hijo con vida. Siempre he tenido miedo a la muerte por ahogamiento. Nunca me habría perdonado haberlo perdido entonces. Mi mujer nunca me lo habría permitido. Habría tenido que divorciarme de ella, dejándola con Derek, condenado desde el nacimiento, según nos dijeron, a ser un débil mental, y con mi hija, que nunca fue un gran apoyo o consuelo, de manera que tal vez no habría sido tan mala idea divorciarse incluso ahora. Pienso mucho en el divorcio y siempre lo he hecho. Aun antes de casarme ya pensaba en divorciarme. Visualizo a mi próxima mujer. Sería más joven, más bonita, tonta y sumisa. Sería rubia, baja, gordita y alegre y tendría mucho entusiasmo por darme placer, tanto en la cocina como en el dormitorio. En resumen, me resultaría imposible permanecer junto a ella más de una hora o dos a la vez y terminaría divorciándome también de ella. Me alegro de que él sobreviviera. La idea de casarme fue mía. Me encanta follarme a mi mujer. Me deja hacerlo como quiero. Nada de liberación femenina, en su caso. Mucho, en cambio, de cerdo chovinista. No me era posible echar un polvo tranquilamente, aun cuando se le pasó la inflamación, porque él siempre estaba en casa de día y seguramente se quedaba despierto de noche. Muchas veces trataba de ahuyentarlo para estar con mi mujer. Si nos encerrábamos en el dormitorio, no sabíamos si se había

quedado acampando desconsolado junto a la puerta, desde donde podía oírnos. Gran parte del tiempo yo estaba de mal humor y gruñía a todo el mundo).

A mi hijo le hice todas esas cosas monstruosas. Las encontraba muy necesarias en aquel momento. Ignoraba qué otra cosa podía hacer. No podía librarme de él y él sabía que yo tenía ganas de quitármelo de encima. Un día llegó a salir en bicicleta y se cayó contra una cerca de madera, y se lastimó tanto la rodilla que caminó cojeando una semana. Tenía además una astilla en el antebrazo que tuve que extraer con una aguja de coser (me sentí como la personificación de la maña al hacer esto. Reflexionaba sombrío, para mis adentros, si no debería tomarme las dos semanas de vacaciones que me correspondían. Mi mujer me obligó, diciendo que no podría soportar quedarse en la playa sin mí y que volvería a la ciudad. En vista de ello, me las tomé. Hubo días durante esas vacaciones en que habría pagado a la compañía el doble de lo que me daba por permitirme ir a trabajar). Ni siquiera era capaz ya de emborracharme. No podía ni achisparme un poco con mis martinis antes de comer, porque siempre estaba mi hijo cerca, escuchando y observando. (En lugar de ello sufría un intenso dolor de cabeza encima de los ojos). No podía contar chistes verdes, no podía ser obsceno, ni aun cuando teníamos visitas. No podía flirtear. Él estaba allí y podía verme. (Por lo menos mi hija, Dios bendiga su bondadoso corazón, tuvo la consideración de meterse los problemas dentro de la bolsa o la maleta para irse al campamento y sentirse desgraciada bien lejos de nosotros, limitándose a incordiarnos desde allí). Él estaba siempre ahí. (No podía hacer ni decir nada que no quisiera que él presenciara. Eran tantas las maneras en que podría molestarlo). A veces, cuando me volvía, estaba detrás y lo pisaba, lo cual nos hacía sentirnos mal a los dos y disculparnos de forma torpe e incoherente. (Quería gritarle: «¡Vete de aquí!»). No llegaba a decidir qué decirle. No sabía cómo manejar la situación. Por fin hallé la solución.

—Piérdete —le dije.

Para que comprendiera que era capaz de separarse de nosotros y hallar el camino sin perderse, lo obligué a dar un paseo solo, y, cómo no, se perdió.

—Piérdete —repetí, esta vez con más aspereza, cuando vi que no lo comprendía.

—¿Cómo?

—No tengo nada que hacer —había dicho poco antes.

—Vete a algún lado.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. A caminar.

—¿Con quién?

—Solo. Mamá y yo queremos quedarnos en la playa un rato.

—No sabré.

—Sí que sabrás.

—No volveré.

—Sí que volverás.

—¿Ahora?

—¿Cuándo, si no?

Mi mujer apartó la vista de él, impasible.

—Es mejor que vayas —le dijo con voz dura.

—Ve por la playa hasta el parque de atracciones. Luego te vuelves y regresas aquí. Sigue la orilla de la playa hasta el parque de atracciones. Luego te vuelves y sigues el mismo camino para regresar.

—Quiero quedarme aquí.

—Y yo quiero que te vayas.

—Me perderé.

—Tendrías que ser bastante inteligente para eso.

Yo estaba decidido. Se puso de pie, quitándose lentamente la arena de las manos, y partió sumiso, lleno de muda depresión, sin mirar hacia atrás. Pronto se perdió de vista detrás de las cabezas y torsos de la multitud que atestaba la orilla. El parque de atracciones se veía más lejano que nunca; la playa, más llena de gente. Temí que se perdiera. (Temí que *yo* me perdiera si tuviera que hacer lo que le había ordenado a él).

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó mi mujer con tono de reproche, arrepentida ya de su propia colaboración pasiva.

—Tú querías que lo mandara, ¿no?

Todo el tiempo estiraba el cuello para mirarlo fugazmente mientras fue posible, pero tan pronto como se perdió de vista me sentí preocupado y arrepentido.

—Es verdad —admitió mi mujer con un gesto distraído—. No lo soportaba más dando vueltas alrededor de nosotros.

—Yo tampoco.

—Siempre está con nosotros. Me da pena.

—A mí también.

—Tiene siempre un aire tan triste…

—Es una de las cosas que no puedo entender…

—¿Crees que se perderá?

—No puede perderse. Es por culpa del maldito campamento. Nada de esto habría sucedido si hubieran vigilado mejor a los chicos. Quiero que vea que puede ir de un lado a otro solo sin perderse y sin que le

pase nada terrible.

—La playa está llena de gente.

—No se perderá.

Se perdió. (Por lo menos creímos que se había perdido). Cuando transcurrieron veinticinco minutos y no había vuelto, salimos corriendo a buscarlo, presas del pánico; mi mujer, trotando por la orilla, yo avanzando con trabajo por la arena más honda en mitad de la playa y en dirección al parque de atracciones. (Pensé en pervertidos homosexuales o en otros chicos del campamento que podrían verlo, burlarse de él, atacarlo.

—¡El cielo se derrumba! —tenía ganas de gritar, lleno de horror, a los grupos de adultos junto a los que pasaba con el corazón en la boca —. ¿No han visto a un chico? Se ha perdido. Tiene aspecto preocupado).

Lo encontramos de pie junto a la orilla, a unos ciento cincuenta metros, sin avanzar como si se hubiera perdido. No estaba seguro de no haber pasado ya frente a nosotros y, por lo tanto, tampoco sabía qué dirección seguir. Tenía las mejillas pálidas, la mirada ausente y las mandíbulas muy apretadas. Se le veían los tendones del cuello y el nudo en la garganta. Los puntos de referencia a lo largo del paseo de madera, todos esos signos y estructuras familiares, no significaban nada para él.

Mi primer impulso fue matarlo.

—¿Te has perdido? —le pregunté a gritos.

—No sé —repuso, encogiéndose de hombros.

Quería matarlo. Estaba furioso e indignado al ver su incapacidad e incompetencia (quedarse allí como ese día en la calle, como si tuviera rotos todos los huesos de los tobillos. Me sentí avergonzado de él y quería renegar de él. Lamentaba que fuera hijo mío), y luego sentí amor y ganas de protegerlo, quería abrazarlo y derramar lágrimas de pesar y de profunda compasión (porque había deseado matarlo. Imagina que tienes un padre que quiere matarte. Esa es la parte que omiten en la historia de Edipo. El pobre Edipo ha sido muy vilipendiado. No quería matar a su padre. Su padre quería matarlo a él). No sé qué sentí al encontrarlo allí en esa actitud, inmensa gratitud al verlo sano y salvo y, a la vez, una desilusión intensa y deprimente por todo lo demás, una oleada terrible de emociones incontrolables, contradictorias, en las cuales las señales tampoco tenían sentido para mí. (Hoy en día no sé qué siento).

(Quisiera ser un chimpancé).

Al día siguiente, mi mujer y yo tuvimos una discusión terrible en casa, por cuestiones de dinero y de sexo que no tenían nada que ver

con él (aunque él no lo sabía). Nos enseñamos los dientes, nos dimos dentelladas verbales y nos ladramos mutuamente como un par de chacales. Mi mujer me gritó y yo le grité (nos llamamos respectivamente hijo de puta y perra y nos mandamos a la mierda) y cuando llegué, furioso, a la cocina a buscar unos cubitos de hielo para mi *whisky*, cuyo vaso casi destrocé, oí a mi hijo entrar tímidamente en el cuarto de estar y preguntarle en voz baja a mi mujer: —¿Tengo que ir a caminar otra vez? ¿Al parque de atracciones?

Dejé escapar un suspiro. Tuve ganas de llorar.

—¿Es por eso por lo que papá está triste?

Sentí que me sentía absolutamente desgraciado. Mi mujer entró en silencio en la cocina.

—¿Lo has oído? —murmuró sin vestigios de su enfado anterior. (Yo no dije nada)—. Quiere saber si debe ir a caminar otra vez. Cree que es por eso por lo que estás triste ahora.

—No es verdad —dije, titubeando.

—Has tenido que oírlo. Ve y pregúntale.

—No te creo.

—Te pones como un loco cuando estás así —se lamentó mi mujer —. No consigo hablar contigo. Nadie puede hacerlo. No escuchas y no te das cuenta. Ve a preguntarle. Ve a mirarle la cara que tiene, si no me crees.

Sabía lo que vería (y no quería verlo). Pasé junto a mi mujer sin mirarla ni tocarla y entré en el cuarto de estar. Estaba de pie, en una actitud dócil y arrepentida (como si tuviera la culpa), junto a la puerta que daba al porche, esperando mis órdenes. Tenía la piel de un tono azulado. (Haría lo que le mandase. No quería verme enfadado ni desgraciado por su culpa. Tenía los ojos muy abiertos y con una expresión grave. Nunca en mi vida, ni antes ni después, me he sentido tan enteramente cruel, ruin, depravado e inhumano. Estaba preparado para entregarse a cualquier sacrificio que yo le impusiera. Yo no lo quería ver así). Tenía una expresión grave, resignada. No hablé durante unos segundos. (No podía). Tenía un nudo en la garganta.

—Desde ahora —le dije con suavidad—, por lo menos hasta el fin del verano, no tendrás que hacer nada que no quieras hacer. Y se te permitirá hacer todo lo que quieras hacer. ¿Estás conforme? —Mi tono era tierno, lleno de arrepentimiento.

Me dirigió una mirada escéptica.

—¿Lo dices en serio?

—Te lo prometo.

—Te quiero mucho, papá —me dijo y apoyó la cabeza contra mi abdomen para abrazarme—. Eres el padre más bueno del mundo.

Soy el padre más malo del mundo.

Ayer ayudé a un ciego a cruzar la calzada y me sorprendió no sentirme repelido cuando lo tomé del brazo. (La verdad es que él me lo tomó a mí. Estaba a punto de cogérselo, cuando me dijo: —No, déjeme que le agarre yo).

Creo que haré cosas como esta con mayor frecuencia (ahora que veo que soy capaz de hacerlas).

Rompí muchas veces la promesa que le hice.

Siguió queriéndome, a pesar de ello.

Me identifico demasiado con él, creo, y recuerdo que una vez, cuando era todavía un bebé con pañales, pateando vigorosamente en su cuna portátil, agitándola peligrosamente y armando un escándalo al desparramar tarros de talco e imperdibles, mi mujer me llamó ansiosamente para mostrarme una mancha de color rojo intenso que tenía en la cabeza del pene. (Debía de ser diminuta, no podía ser de otro modo, pero en aquel momento la vimos como una ampolla gigantesca). Me doblé hacia delante, presa de un dolor agudo y penetrante en mi propio pene, en el instante en que vi esa mancha rugosa (pequeña) de un rojo intenso y me cubrí con las dos manos los genitales en un gesto reflejo de protegerlos y conservarlos. Entonces me dolió. Me duele ahora, cuando lo recuerdo. No necesito mirar para saber que no hay nada allí. Una vez, cuando era muy pequeño, sentí un fuerte escozor en la punta y vi una hormiga marrón trepando, pero no cuento ya esto porque nadie me cree. Diría que todavía quiero muchísimo esta cosita que tengo, aunque no sé por qué. ¿Qué sería sin ella? Un asexuado. Me ha llevado a lugares extraños. O bien yo la he llevado. A través de esos tejidos sensibles, finos, permeables, han pasado décadas de placeres exquisitos y a menudo intolerables, además de tres hijos grandes y perfectamente formados, gigantes en comparación con ella desde el día que nacieron, uno de ellos defectuoso. En una fábrica sería rechazado. Sufre menos de lo normal. Nosotros compensamos la diferencia. En general, diría que ya no consigo tanto placer de ella ahora, aunque diré que me gustaría conservarla un tiempo más, ja, ja. No siempre me gusta meterla y no me gusta sacarla. Quisiera que hubiese más cosas que hacer con ella. Una vez, cuando entraba en la adolescencia, le pedí a una prima menor que me la tocara y más tarde sentí terror de que se lo contara a mi madre o a mi hermano o a alguien de su familia. Me pregunto si la experiencia la traumatizó. Quizá la ayudó. Me hizo feliz. Por solo diez centavos. La veo aún como una niña llena de dudas, sin el menor asomo de malicia, curiosidad o sensualidad capaces de enriquecer su propia experiencia. Estaba aburrida y un poco perpleja. La toqué con timidez. Abusé sexualmente de una niña. De niño abusaron de mí

sexualmente. Abusan de todos. Tal vez sea por eso por lo que me preocupo tanto por mi hijo. También me preocupaba por mi hija y por el mismo motivo. Ahora tiene edad suficiente como para abusar de los niños ella misma. Desde entonces he llegado a pagar mucho más de diez centavos.

En mi madurez he cambiado la posición fetal por la del cadáver. Ahora, cuando me duermo ya no lo hago sobre un costado, con las rodillas flexionadas contra el abdomen y el pulgar cerca de la boca. Me tiendo de espaldas con las manos cruzadas en el pecho, con gran decoro, como un cadáver, con el rostro apuntando hacia el techo. Me oigo y me doy cuenta de que empiezo a roncar las noches que tengo suerte. Algo membranoso, suelto, vibra misteriosamente en el fondo de la garganta, con una profunda y deliciosa sensación de cosquilleo, hasta que me calma la satisfactoria posibilidad de que mis ronquidos fastidien a mi mujer y le impidan dormir. No soporto no poder dormirme cuando mi mujer duerme ya. A veces siento ganas de golpearla con el canto de la mano. Me gusta, en cambio, dormirme cuando ella no puede. Cuando me despierto, por el contrario, estoy casi siempre tendido sobre un costado y tengo una de las manos casi siempre entre los muslos, cerca de los genitales. Será porque quiero tenerlos conmigo tanto tiempo como pueda. Me di cuenta de que estaba envejeciendo cuando empecé a soñar que me orinaba. Me despierto con la vejiga llena y el horror pasajero, avergonzado, de que ya me he orinado en la cama. Y de que pronto se enterarán todos.

Por fin sé lo que quiero ser cuando sea mayor. Cuando sea mayor quiero ser un niño.

Quisiera tener una segunda oportunidad. Y otra. (Y después de estas, dos más. Había tantas chicas que habría podido tirarme cuando era joven y que no me tiré porque no sabía que tenía ese don y podía. No sabía lo fácil que era. Nunca se me ocurrió que ellas también querían. Ni siquiera tenía ganas. En lugar de ello, me enamoraba. Quisiera tener otra oportunidad. Ja, ja. Creo que ahora tendría ganas. Cuando sea mayor quiero ser alguien lleno de dignidad y buen gusto e importancia, que hace todo lo que hace porque quiere y que disfruta de su trabajo. Quisiera ser Shakespeare). Tal vez sea por eso por lo que me preocupo tanto por mi hijo (me identifico demasiado con él), por lo que me pongo un poco frenético y exasperado cuando lo veo vencido, cuando lo veo fracasar en algo y ni siquiera intentarlo. (¿Estoy decepcionado con él?). Mi hija insiste en que estamos decepcionados con ella. Sé que yo quería algo muy diferente para nosotros. Nunca he sido lo que quería ser, a pesar de haber obtenido todo lo que he querido, incluso los dos automóviles y los dos

televisores en color. Somos una familia con dos vehículos en un barrio residencial de clase A en Connecticut. La gente de publicidad y la Oficina del Censo de Estados Unidos elaboran estadísticas que nos incluyen dentro de la categoría de gente que goza de la vida más rica. Quería que mi hijo fuera seguro de sí mismo, aventurero, hábil, exitoso y dependiente, de manera que tal vez esté decepcionado con él en todo, salvo en esto último. Tal vez es por eso por lo que tiene miedo de que quiera llevarlo a un lugar desconocido y peligroso para dejarlo allí. Puede que sea verdad. Tengo ese mismo temor de que le ocurra algo semejante. Lo veo perdido en algún lugar, sin esperanzas de que vuelvan a encontrarlo jamás. Temo por su seguridad más de lo que temo por la mía, lo cual me sorprende.

Cuando tiene miedo, tengo miedo, a pesar de no tener miedo de lo que él teme. (Me agito cuando las cosas no le salen bien. Quisiera tener la garantía de que nunca hará nada más que me haga sufrir. No puedo devolverle los golpes).

Cuando tiembla, tiemblo. Tengo mocos cuando se resfría. Además, estornudo y se me inflama la garganta. Cuando tiene fiebre, me arden y me palpitan las sienes y los músculos y articulaciones se me ponen rígidos y doloridos. (Soy todo corazón, ¿no es verdad?).

Mi hijo se asemeja bastante a mí. También él se identifica demasiado con la gente con problemas. Esta es la razón por la que creo que regala galletitas y monedas a quienes considera que las necesitan. Sabe lo que es anhelar. (Anhela con ellos). Recuerdo cómo miraba boquiabierto, con un terror lleno de incredulidad, a la gente deformada o mutilada, a los jorobados, los enanos, la gente sin brazos o piernas o con miembros deformados. Le leía los pensamientos. No sabía qué les había ocurrido que no pudiese sucederle a él. No siempre era fácil explicárselo. (Nunca pude asegurarle de manera categórica que nunca tendría un accidente grave ni caería fatalmente enfermo). Observo cómo ahora evita mirarlos de frente. (Aparta los ojos con un leve enojo, como los aparto yo. No se debe mirarlos, ni se debe apartar la vista de ellos). Antes le ocurría que su propio brazo o pierna se le ponían rígidos por un momento, o bien sufrían un calambre.

(—¡Mira!

Me mostraba entonces el calambre muscular o el temblor de los dedos o los pies, maravillándose de este fenómeno telepático con tanta curiosidad como aprensión, cada vez que veía a algún lisiado con deformidades de piernas o brazos y me preguntaba por qué ocurrían esas cosas.

—Mira, la mía también).

—Te contaré algo más que es muy gracioso —me reveló hace poco

—. Cuando le hago cosquillas a otro, me río.

—¿Cómo es eso? —exclamo. Me parece gracioso instantes más tarde y me echo a reír.

—No lo sé —chilla, riendo a gritos—. ¿Por qué te ríes tú?

—¡Porque me hace gracia! ¿Por qué te ríes tú?

—¡Porque te veo reír! —exclama con regocijo y ríe más fuerte aún, con estallidos de alegría, apretándose los brazos contra las costillas como si estas y su espíritu no bastaran para contener tanto júbilo.

A mi hijo le gusta reír y estaría riendo y haciendo bromas con confianza todo el tiempo si en el ambiente que lo rodea no hubiera tantas personas para inhibirlo y subyugarlo. Tengo el temor constante de que algo va a sucederle. (Es el chico a quien matan a puñaladas en el parque o que sufre el linfoma de Hodgkin o un retinoblastoma. Cada vez que me entero de que ha ido a nadar. Cada vez que no está en casa. Cada vez que sé que mi hija va en coche con chicos mayores temo que me comuniquen por teléfono, o bien por medio de un policía, el terrible accidente automovilístico en el que acaba de morir. Hay veces que quisiera que le ocurriese de una vez para poder calmarme y dejar de cavilar sobre esta posibilidad. Hay veces que quisiera que se muriesen todos, para liberarme así de las tensiones afectivas que experimento a causa de la enorme preocupación que me suscitan. Nunca sufro las mismas ansiedades agudas respecto a mi mujer a pesar de saber que conduce durante el día después de haber bebido. Casi nunca pienso en su muerte. Solo en el divorcio. No me gustan los automóviles. Ni las piscinas, ni el mar).

Pienso en la muerte.

Pienso en ella todo el tiempo. Me obsesiona y mortifica. La temo. En realidad no me gusta. Aparentemente, la muerte se da en mi familia. La gente muere por su culpa, mientras yo sueño con la muerte y tejo complicadas fantasías sobre la muerte, de forma interminable e irónica. (Y creo que, Dios me ayude, todavía quiero pronunciar ese discurso de tres minutos. Y realmente anhelo que me asciendan al puesto de Kagle. Anoche, en la cama, dejé de pensar en la muerte un rato y empecé a planear uno u otro de los discursos que quizá me soliciten. Puede que no me pidan ninguno, aunque encontré frases eficaces para los dos). Anoche, en la cama, después de haber concebido mis buenas frases —¿o tal vez ha sido esta mañana, mientras una vez más emergía sano y salvo del sueño?— soñé que nuestra sirvienta me llamaba a la oficina, mientras mi mujer estaba fuera de casa bebiendo en algún lugar (o follando, ya que últimamente también sueño con esto y no me gusta nada), para decirme, arrastrando las palabras con su acento sureño y la voz grave de un

hombre de color: —Míster ______, su hijo está tendido en el suelo del salón y no respira desde hace quince segundos.

Esta fue exactamente la forma en que flotaron hacia mí las palabras en mi sueño o bien enturbiaron los momentos en que despertaba: —Míster ______, su hijo está tendido en el suelo del salón y no respira desde hace quince segundos.

(No menciona mi nombre. Un espacio, una omisión profética, un subrayado vacío. No sé cómo).

—¿Qué? —dije consternado y me volví como de hielo mientras me cosquilleaba la piel. (Estaba mudo y sin fuerzas en presencia de la tragedia inminente que por fin estaba a punto de ocurrir).

—Míster ______, su hijo está tendido en el suelo del salón y no respira desde hace quince segundos.

Yo no tenía nombre pero sabía quién era.

La oía con toda claridad por el teléfono, aunque tenía dificultad en comprender sus palabras y creerlas. Podía ver *su* cara de mujer; oscura, redonda, impasible. Le hacía repetir lo que había dicho al preguntarle una y otra vez: «¿Qué?». No se me ocurría otra cosa, excepto tratar de ganar tiempo exclamando «¿Qué?» y obligándola a repetir el mensaje. Y el mensaje de la sirvienta era siempre el mismo.

—Míster ______, su hijo está tendido en el suelo del salón y no respira desde hace quince segundos.

(El tiempo pasaba velozmente, pero seguían siendo quince segundos).

—Míster ______, su hijo está tendido en el suelo del salón y no respira desde hace quince segundos.

(Estoy seguro de que lo soñé). ¿Qué haría si ocurriese algo semejante, si estuviera sentado en mi oficina de Nueva York un día como cualquier otro, como hoy, un día igual a cualquiera de los demás y recibiera un mensaje telefónico de casa diciendo que mi hijo se ha desmayado en el salón y parece estar muriéndose? Sé exactamente lo que haría. Llamaría a la policía de Connecticut y les diría que se ocupasen *ellos*.

(—Mi hijo está tendido en el suelo del salón y no respira desde hace quince segundos —tendría que decirles, lo que sería, ni más ni menos, como en mi sueño).

Después suspiraría hondo y me compadecería mucho. Tendría que cancelar citas, cambiar planes y dirigirme deprisa a casa en un tren lento. Sería mucho más rápido tomar un taxi hasta allí, pero probablemente no se me ocurriría hasta estar ya en la estación terminal del ferrocarril, esperando a que el tren se decidiera a salir. Estaría nervioso, frenético. Al mismo tiempo, sabría ya que no había

tanta prisa, en realidad, sino que estaba fingiendo, porque todo habría acabado y preferiría llegar después de que otros se hubiesen ocupado de la emergencia y de que hubiera ya un desenlace en un sentido o en otro, puesto que, de cualquier manera, sería demasiado tarde para poder hacer algo. No querría decirle a ninguno de los colegas y personal de la oficina que me iba más temprano ese día, porque no me gustaría tener que soportar sus miradas y exclamaciones de compasión y de intenso interés. No querría responder a sus preguntas al volver a verlos. (Siempre me incomodan los cambios de planes).

Me incomodó ayer que un hombre muriera en una estación de metro cercana y que provocase una congestión de tráfico que me hizo llegar tarde a una reunión con los vendedores a la cual debía llegar temprano. Se le quedó atrapado un brazo al cerrarse las puertas cuando intentaba entrar en el vagón, pero el tren se puso en marcha y lo arrastró por el andén hasta aplastarlo contra los pilares y las paredes de piedra y metal del túnel en el cual el tren se introdujo rugiendo. Su mujer estaba ya dentro del vagón y lo vio todo sin poder hacer nada (puesto que hasta le aferró la mano y se la retuvo estúpidamente, en un esfuerzo vano e insensato por salvarlo. Apuesto a que fue como un sueño. Apuesto a que en este momento ella está diciendo: «Fue como un sueño»).

Otro hombre de mi edad fue tiroteado en el parque ayer, y nadie sabe por qué. (Los hombres de mi edad empiezan a morir de cáncer, de derrames cerebrales y de infartos). La semana pasada otro murió a balazos en el parque, y nadie sabe por qué. La semana anterior a esa, otro hombre fue asesinado a balazos en el parque, y nadie sabe por qué. Todas las semanas matan a un hombre a balazos en el parque. Nadie sabe por qué. Mataron a puñaladas a un chico en el metro. Yo nunca voy al parque. (En Jackson, Mississippi, una vez al año más o menos, tres estudiantes negros son asesinados a sangre fría por la policía del estado y todo el mundo sabe por qué, de modo que el resto no tenemos miedo). Sigo teniendo miedo hasta de las puertas. Tengo miedo de las puertas cerradas y miedo de lo que podría ver y de lo que podría aparecer por una puerta abierta. Puedo afirmar que por poco no morí de miedo por la operación de amígdalas a la que le sometieron ese día en el hospital, cuando lo trajeron los ayudantes en camilla, inconsciente, entrando por la puerta con él inmóvil y pálido, apestando aún a éter, olor que me provocó náuseas, con una costra de sangre casi negra saliéndole de forma repugnante por una de las fosas nasales. (Solo un milagro me salvó). Se me revolvió el estómago. Me dio vueltas la cabeza. La habitación empezó a dar vueltas.

—¿Qué te pasa? —me gritó mi mujer, alarmada, al verme así—.

¿Qué tienes?

(No sé qué imaginó que yo había visto o había sabido sobre nuestro hijo que ella ignoraba o qué pensó que estaba ocurriéndome que le dio tanto miedo).

Yo no podía hablar. Temí vomitar (pero no tenía suficiente salud para ello). Me zumbaban los oídos, me dolía el cráneo, el suelo se ondulaba del modo más loco y de verdad creo que me habría desmayado allí mismo (como una mujer) si ella no hubiera saltado desde la cama de mi hijo para asirme del codo clavándome sus uñas largas y puntiagudas y lanzando gritos agudos y penetrantes. Me sostuvo con firmeza y los ojos, fijos en mí, le relucían como grandes y potentes focos. Impidió que me cayese y me ayudó, como si fuera un inválido muy débil, a llegar hasta una silla. (Mi mujer es más fuerte que yo, y también mejor, pero no debo permitir que se entere nunca). Cogió una jarra de agua fría de la mesilla que había junto a la cama de mi hijo y llenó un vaso. Estaba yo bebiendo pequeños sorbos cuando entró el doctor y me preguntó si me sucedía algo. Negué con la cabeza, fingiendo estar bien.

—No tiene nada malo, ¿verdad? —dije—. Dígaselo a ella. El chico está muy bien, ¿no?

—Está perfecto —repuso sonriendo—. Se pondrá bien enseguida. Son suyas. Eran suyas. Tal vez quiera conservarlas.

Tiramos a la basura esas amígdalas antes de que mi hijo recobrara el conocimiento.

Nunca he olvidado esa amigdalectomía. (Nunca he olvidado la mía). Todavía sufro recaídas y se repiten los síntomas en los que el olor dulce y sofocante del éter que emana de mi hijo me provoca arcadas y recuerdo esa cara pálida y esa mancha de sangre seca que le profana una fosa nasal y recuerdo con un dolor inevitable cómo, una vez en casa y ya repuesto, empezó a arrastrarse, de forma obsesiva, por instinto (durante un tiempo fue como un pequeño ser vivo prehumano, pequeño y obseso), por la baja y mohosa oscuridad hasta nuestro dormitorio, una y otra vez, después de calcular el momento en que estaríamos profundamente dormidos, porque era incapaz de quedarse solo en su cuarto durante la noche. (Entonces no nos dimos cuenta de que le era materialmente imposible. Creímos que era un capricho. Creo que a mí también me resultó imposible quedarme solo en mi cuarto después de mi amigdalectomía. Creo recordar que una vez me permitieron dormir en la cama con mis padres, y no alcanzo a imaginar por qué me habrían dejado hacerlo si no era porque estaba convaleciente y aterrado). Nosotros lo echábamos. Noche tras noche, no quería ni entrar siquiera en su propio cuarto cuando le decíamos

que era hora de acostarse. Lo obligábamos. (Creo que tenía miedo de que estuviéramos tramando encerrarlo para siempre tan pronto como, por medio de engaños, lo hubiésemos obligado a entrar para poder cerrar la puerta con llave. No nos dejaba cerrar la puerta. Teníamos que dejarla siempre entreabierta, por lo menos tres centímetros). Nunca lo encerramos con llave. Nos encerrábamos nosotros, dejándolo fuera. Nos encerrábamos en nuestra habitación porque no soportábamos que llegase sigilosamente en plena noche arrastrando su colcha de colores, de la que no se separaba (y lo encontrábamos acurrucado en el suelo, contra la puerta, en el pasillo angosto y lleno de corrientes de aire. Por la mañana teníamos que contenernos de dar un grito al abrir la puerta y tropezar con él, porque al principio olvidábamos que podría estar allí. Más tarde, apenas nos atrevíamos a abrir la puerta, intuyendo que estaba detrás. A veces no estaba. Había desaparecido y aquello era igualmente terrible, hasta que lo encontrábamos). Fue una época espantosa, enervante para todos (pero sobre todo, diría, para él, aunque tendíamos a ignorarlo. Yo dormía fuera de casa todas las veces que podía. Se le pasó en una semana. A mí me llevó más tiempo). Fue una tortura (y él fue quien nos sometió a ella). Era exasperante y enloquecedor tenderme en la cama noche tras noche e intentar dormir mientras esperaba oír en cualquier momento el ruido de mi hijo tanteando el picaporte o arrastrándose por la espesa alfombra como un gusano después de entrar en nuestro cuarto, despertándonos, asustándonos, haciendo que abandonáramos el sueño para protestar débilmente por aquel tormento, o bien despertarnos contrariados por la mañana y verlo acurrucado al pie de nuestra cama o en un rincón del cuarto, con su colcha, junto a las patas de la cómoda o de una silla, los ojos legañosos y pesados por la falta de sueño, cerrados por fin de agotamiento, los labios deformados, flojos, inflamados, carnosos, el pulgar sin vida junto a la boca, como si acabara de caer de ella. (Qué época terrible fue para mí la de esa amigdalectomía. Fue peor que la mía. Tal vez nunca me recupere del todo).

—Quédate en tu cuarto —le ordenaba severamente.

—Tienes que volver a tu cuarto —trataba de persuadirlo con suavidad en las tinieblas de nuestro cuarto, cuando brotaba de mi interior alguna reserva inesperada de bondad o lástima (suplicándole, en realidad, que, por favor, nos dejara solos)—. Puedes dejar la luz encendida, si quieres. No hay nada que temer.

—No tengo miedo.

—Uno de los dos se quedará contigo.

—Pero después se irá.

—No puedo quedarme en tu cuarto toda la noche.

—Entonces ¿por qué tengo que quedarme yo?

—Es tu cuarto.

—Quiero estar en vuestro cuarto. Quiero quedarme contigo y con mamá.

—El doctor dijo que no debes quedarte. Dijo que no te iría bien.

—¿Qué doctor?

—Un doctor con el que hablamos.

—No le creo.

—¿Quieres ir a verlo?

Entonces tenía miedo a los médicos y siempre, desde entonces, los ha temido, así como a las enfermeras y a los dentistas. (Nunca quiere que le empasten ni que le arranquen un diente). Tampoco creo que se recupere nunca del todo de esa operación que sufrió. Temo que tanto él como mi hija nunca me perdonen por haber dejado que se les infectaran tanto las amígdalas que fuese necesario llevarlos al hospital para que se las extirparan (o cortaran, si acaso es eso lo que hacen. Y también las adenoides. No está enfadado conmigo por las adenoides porque todavía no sabe qué son, nadie lo sabe, aunque también se las extrajeron. Parecen ser órganos altamente especializados que crecen en el interior de la faringe y cuya única función natural es que las extirpen) y él siempre asocia a los hombres en quienes no confía (no a mí, aunque no siempre confía en mí) con el anestesista del hospital, cuyo aspecto recuerda solo vagamente.

—Me dio un enema —afirma con persistente resentimiento y vergüenza, en el curso de una de esas discusiones deshilvanadas sobre cualquier cosa que se le ocurre.

—No, no te dio un enema —vuelvo a corregirle—. Fue un anestésico. Te pusimos un enema en casa la noche anterior.

—Se parecía a Forgione.

—Era japonés. Ni siquiera conocías a Forgione entonces.

—Forgione es italiano —concede—. A Forgione no le gusto.

—Sí que le gustas.

—No, no le gusto.

—Sí que le gustas. Ahora sí.

—A mí no me gusta él.

—No tienes por qué. Haz como si te gustara.

—A miss Owens no le gusto.

—Sí que le gustas. Te pone buenas notas.

—Siempre me grita.

—No es verdad.

—Tengo miedo de que me grite si no hago bien el trabajo.

—Hazlo bien.
—Forgione dice que no sé subir la cuerda.
—¿Sabes?
—Odio a Forgione.
—No tienes por qué.
—¿Cómo es eso?
—Le caes bien.
—¿Has ido a verlo otra vez?
—¿Te gustaría que hubiera ido?
—Forgione me da miedo.
—No tienes por qué.
—¿Cómo lo sabes?
—Dice que tienes un buen físico y que corres como una liebre. Pero no te esfuerzas por aprender. También tienes que usar los pies cuando subes la cuerda. No las piernas, sino los pies.
—¿Qué es una liebre?
—Es un animal con cuatro patas que corre como tú.
—¿Me saldrán las muelas del juicio?
—Desde luego. Cuando seas mayor.
—¿Tendrán que arrancármelas?
—¿Vas a empezar a preocuparte por eso ahora?
—¿Crees que puedo evitarlo?
—Si están en mal estado…
—No te gusto.
—Sí que me gustas.
—Te vas.
—¿Adónde?
—A Puerto Rico.
—Tengo que ir.
—¿A Puerto Rico?
—¿Cuándo?
—El año pasado. Te fuiste a Puerto Rico.
—Tuve que ir.
—¿Vas a ir otra vez?
—Tengo que ir.
—¿Pronto?
—En junio.
—¿A Puerto Rico?
—Estoy en el comité. Ayudo a elegir el lugar.
—¿Es ese tu puesto nuevo?
—No lo tengo todavía.
—¿Pronunciarás un discurso?

—Espero que sí.
—Me robaron la bicicleta cuando no estabas.
—Te compré otra.
—Creí que me pegarían.
—Te la habrían robado de todos modos, aunque me hubiera quedado aquí. Habría estado en la oficina.
—No vayas.
—Tengo que ir.
—Cada vez que te vas tengo miedo de que no vuelvas.
—Ya lo sé.
—¿Cómo lo sabes?
—Me lo dijiste.
—A veces lloro.
—Volveré.
—No quiero estar solo.
—No estarías solo. Estarías con mamá.
—A mamá no le gusto.
—Sí que le gustas.
—Me grita.
—Yo también te grito.
—A ti tampoco te gusto.
—Siempre dices disparates. Y yo siempre lo lamento más tarde. No tienes por qué preocuparte. Volveré. Nunca te dejaré.
—¿Y cuando te mueras?
La pregunta me coge por sorpresa.
—¿Qué te ha hecho pensar en eso?
—No quiero que te mueras —responde con solemnidad—. Es eso lo que me ha hecho pensar.
—¿Nunca?
—No.
—Trataré de no morirme, entonces —digo riendo. (Mi risa suena forzada, hueca)—. Por hacerte un favor. Yo tampoco quiero morirme.
—Tendrás que morirte —reflexiona—. ¿O no?
—Algún día, supongo. Pero entonces quizá no te importe.
Me mira fijamente.
—¿Cómo?
—Para entonces serás mayor, si tienes suerte, y no me necesitarás ya. Sabrás cuidarte solo y no querrás que esté cerca. Hasta puede que te alegres. Por fin dejaré de gritarte.
—Eh, golfa, ven aquí —llama excitado a mi hija con una amplia sonrisa incrédula y maravillada. Los ojos le brillan—. ¿Sabes lo que acaba de decir papá? Dice que cuando se muera tal vez no nos

importe, porque todos habremos crecido y sabremos cuidarnos solos. Y hasta quizá nos alegremos.

El estado de ánimo de mi hija es hosco e indiferente (y presiento que pronto estará adormecida por las drogas, si no lo está ya).

—¿Y Derek? —pregunta ella con inspirada malicia y los ojos se le ponen brillantes y fríos. Frunzo el ceño. (Está orgullosa de su estocada).

—No pensaba en él.

—Te has olvidado de Derek.

Me he olvidado de Derek. Quisiera poder olvidarme de él más a menudo. Es difícil olvidarlo durante mucho tiempo (mientras esté con nosotros en casa, a pesar de que siempre lo intento. Cuando no está delante, en general tampoco está en mis pensamientos. Tendríamos que internarlo en algún lugar y sacarlo de casa y de nuestras mentes para siempre. Qué alivio sería. Sería doloroso. Mi hija quiere que lo saque. Mi hijo no. Es inútil consultar a más médicos). Como mi hijo, temo a los médicos, las enfermeras y los dentistas (a pesar de que finjo no temerles), y creo que siempre los he temido. Tengo miedo de que estén en lo cierto. (En el ejército, miraba fijamente la jeringa hipodérmica cuando me inyectaban las vacunas porque tenía el impulso irresistible de girar la cara. Ya no soy donante de sangre. Ya no dono sangre al banco de sangre de la compañía cuando los departamentos de Personal y de Asistencia Médica organizan equipos anualmente para sacar sangre de gente más valiente que yo, que se ofrece y recibe zumo de naranja aguado a cambio. No soy un buen ejemplo para mis subordinados). Ya estoy empatizando con las muelas del juicio de mi hijo. Nunca las ha mencionado antes (pues yo habría tenido esta sensación empática antes. Espero que no estén infectadas. ¿Cómo lo podré llevar nunca al dentista si sabe de antemano que deben arrancárselas? Puede que para entonces haya cambiado. Y puede que no. Yo no veo con placer la perspectiva de que me saquen los dientes. Rara vez tengo nuevas caries ahora, pero los viejos empastes se caen y hay que hacerse una limpieza y no me gusta que me pinchen mis blandas encías con esos instrumentos dentales duros y afilados hasta dejármelas totalmente inflamadas y ensangrentadas. No me gusta que me hagan cosquillas en el paladar cuando me pulen la parte posterior de los incisivos. Tengo miedo cuando visito al dentista dos veces al año. Necesito tratamiento de periodoncia y tengo que ir una vez a la semana). También le temo a Forgione (y no quisiera subir la cuerda delante de él. De vez en cuando también se introduce en mis sueños, junto con negros y con otros extraños que me amenazan, se desliza por el fondo entre las sombras y desaparece antes de que logre

descubrir qué está haciendo allí), a pesar de que no lo asocio con el anestesista de la operación de amígdalas (que nunca me amenazó, a pesar de haberle dado a mi hijo, con una sonrisa en los labios, un líquido anestésico que pasaba por un tubo rosado mientras nosotros mirábamos. ¿Es eso un enema? Puede que mi hijo tenga razón). No, sé que nunca olvidaré esa amigdalectomía que le practicaron, ni la mía, ni la de mi hija, ni la serie de mensajes repetitivos murmurados por los médicos que me decían a la cara que seguramente mi madre acababa de sufrir otro leve derrame cerebral u otro ataque y que al mismo tiempo padecía la degeneración propia de la artritis progresiva, de manera que a veces era difícil hacer el diagnóstico (porque todas son experiencias morbosas y repugnantes y no puedo reprimir su recuerdo), y sé que también recordaré y detestaré siempre a ese último doctor joven y próspero con el traje de rayas finas y una posición erguida exagerada (era más joven que yo y ganaba más) cuando salió a nuestra terraza (nunca lo olvidaré) tras haber examinado a Derek, aquel día primaveral (nunca se lo perdonaré), cerrándose tras él la puerta mosquitera, para decirnos, con un asomo de sonrisa torcida e inconsciente en su cara engreída e impasible (creo que siempre recordaré esa sonrisa): —Nunca hablará.

Ese cabrón.

Parecería que toda la vida he estado, como en un sándwich, entre gente que no habla. Mi madre no podía hablar al final. Mi hijo menor Derek no pudo hablar desde un principio. Mi hermana y yo no hablamos casi nunca. (Nos enviamos tarjetas de felicitación). Nunca hablo con mis primos. (Tal vez yo no hablo nunca. En sueños tengo, muchas veces, la sensación de que me cuesta hablar. Siento la lengua muerta y seca e hinchada dentro de la boca, hasta el punto de que siento que me ahogo. La superficie es áspera. No se mueve cuando yo quiero y estoy en peligro y aterrorizado porque no puedo hablar ni gritar). Quisiera no tener que dejar a mi familia para ir a Puerto *Rico*. (Me preocupo cuando tengo que irme. Me preocupo por todos. Me preocupo por lo que podría pasarles si no volviera).

Derek es bastante tratable la mayor parte del tiempo (para ser un chico que no habla) y ahora ha aprendido a controlar sus esfínteres. Ahora ya casi nunca nos crea molestias cuando lo llevamos a lugares públicos y, en general, no hace cosas raras. A pesar de ello, no superará los cinco años de edad mental y llegará a esa edad con lentitud. Se esperan, por otra parte, cambios turbulentos durante la adolescencia, con total madurez física en lo sexual. (Si vive hasta entonces. He oído decir que cierto tipo de retrasados —este es otro nombre que usamos actualmente— tienen una expectativa de vida

inferior a la media, y este es otro factor con el cual me sorprendo contando). Tiene una mirada soñadora, fija, a veces atónita, que le da un aspecto preocupado y distante, pero, aparte de esto, su rostro no tiene nada raro. (No nos avergüenza, a menos que intente hablar. Le decimos que no hable.

—Chsss… —murmuramos).

—¿Nunca hablará? —pregunta mi hijo.

—No.

—¿Lo internaréis?

—Haremos lo que sea mejor.

—¿Me internaríais a mí si no hablara?

—Tú puedes hablar.

—¿Y si no pudiera?

—Puedes.

—Pero si no pudiera. Si me sucediera algo.

—Haríamos lo que fuera mejor.

—¿Para quién? —dice mi hija con sorna.

—Para todos. No vamos a internarlo porque no pueda hablar.

—Por favor, no lo regales —ruega mi hijo, quien ni siquiera es capaz de mirarlo sin retroceder.

—En tal caso, ¿por qué no nos ayudas con él? —pregunto—. Nunca quieres jugar con él. Ninguno de los dos queréis jugar con él.

—Tú tampoco —vuelve a decir con sorna mi hija.

No replico.

Mi hijo calla.

En la familia con quien convivo hay cuatro personas a quienes temo. Tres de estas personas me temen a mí y cada una de estas tres, a su vez, teme a las otras dos. Solo un miembro de la familia no tiene miedo a los otros y ese miembro es un idiota.

NO ES VERDAD

No es verdad que los chicos retrasados (con lesiones cerebrales, debilidad mental, trastornos emocionales, autismo) sean necesariamente los favoritos de sus padres, ni que sean siempre inusitadamente hermosos y simpáticos, porque Derek, nuestro hijo menor, no es especialmente hermoso y no lo queremos nada. (Preferiríamos no pensar en él. No queremos hablar de él).

Actualmente vivimos —somos una familia acomodada— rodeados de lujos con él y su niñera en una magnífica casa colonial de madera de dos plantas con persianas blancas, que se yergue en una tierra selecta de Connecticut y en una calle serpenteante y bien asfaltada llamada Peapod Lane, que detesto. Hay rosales, cinias y crisantemos por todas partes, que también detesto. Tengo sicomoros y castaños en la cañada y el claro, y potes de goma en el garaje. Tengo un taladro eléctrico con dieciséis brocas que nunca utilizo. El césped crece bajo mis pies detrás y delante de la casa y las flores florecen cuando se espera que lo hagan. (La primavera en nuestro campo huele a antimosquitos y a estiércol de caballo). Viven en la vecindad familias con caballos como mascotas y también los odio, a ellos *y* a sus caballos. (Este es un barrio residencial de clase A de Connecticut, maldita sea, no el salvaje Oeste, y esos gilipollas tienen caballos). Odio a mi vecino y él me odia a *mí*.

Y hay mucho más que podría permitirme odiar (si fuera de esos tipos que se quejan y que se desbocan, ja, ja, o que ceden despreciablemente a los impulsos de autocompasión, ja, ja, ja). Hasta soy capaz de odiarme a mí mismo, a este Bob Slocum generoso, tolerante, simpático (con un odio amable e indulgente, desde luego), por haber seguido casado con la misma mujer, por haber abusado sexualmente de mi primita una vez un verano cuando no había madres cerca y sentirme depravado y mal conmigo mismo inmediatamente y por siempre a partir de entonces (como sabía, antes de hacerlo, que me sentiría. No disfruté de hacer aquello. Recuerdo aún la mirada ausente, distraída de esa niña. No le hice daño ni la asusté. Solo le toqué las bragas un instante entre las piernas y luego volví a tocarla. Le di diez centavos y enseguida lamenté haberlo

hecho, porque me di cuenta de que podría contárselo a alguien. Nadie dijo nada. Aún sigo pensando que lo harán. Los diez centavos dieron muy poco de sí. Era una niña tonta y sin gracia. Me pregunto qué fue de ella. Nada. Debe de seguir siendo una niña tonta y sin gracia en mis archivos. Así es como ha quedado. Las ramas de mi familia se han distanciado. Me daría de puntapiés por haber malogrado todas esas ocasiones que tuve con Virginia en la oficina durante más de seis meses y también con un par de hermanas *girl scouts* de la secundaria a quienes había conocido antes. Creía que bromeaban cuando hacían insinuaciones entre risas. Pero estaban participando en auténticas fiestas sexuales con chicos mayores de barrios más duros, que solían colarse en las fiestas de nuestro propio barrio sin estar invitados para arruinarlas. Se rumoreaba que violaban a las chicas), por haber visto a mi hermano mayor con la bragueta abierta en el suelo de esa carbonera oscura que había junto a nuestra casa de ladrillo con la hermana flaca de Billy Foster, que iba a mi clase de primaria pero no era tan lista (mi hermano mayor no era tan grande entonces), tenía pezones que se notaban pero no pechos, y a pesar de ello lo estaba haciendo (Geraldine no era tan lista como yo en geografía, historia, matemáticas, pero ya lo hacía todo con chicos tan mayores y grandes como mi hermano mayor. ¡Mientras que yo aún ni me hacía pajas!), por insultar e intimidar a mis hijos (los he visto quedarse mudos y atónitos al creer que yo estaba enfadado y he observado qué insalvable es la dificultad que tienen para hablar normalmente. El corazón les obstruye la garganta. Los veo temblando con una ansiedad tan abrumadora que deseo golpearlos por ser tan débiles. Más tarde me condeno a mí mismo y me siento más enfadado que ellos), por no respetar a mi mujer (ya no tengo ganas de tiranizarla y trato de no ligar con nadie que la conozca), por haber capitulado a menudo en el pasado con cobarde debilidad y disimulada vergüenza ante esa suegra posesiva y dominante que tuve (que me mangoneó bastante desde un comienzo, aunque yo tenía que fingir que no era así) y ante mi cuñada malhumorada y dominante (que se ha vuelto una persona amargada y desagradable y cuyo rostro empieza a resecarse y a llenarse de arrugas tan profundas como las de una uva pasa), por haber sucumbido tanto, de un modo tan desesperado y fatalista, ante la gorda e inolvidable tirana mistress Yerger, de la compañía de seguros de accidentes de automóvil, que en aquel entonces se alzaba imponente sobre mí (y quien suele volverme a la memoria ahora que estoy que echo humo por culpa de la niñera de Derek. No sé por qué a veces la llaman enfermera. No se dedica a la enfermería. Es una cuidadora. Cuida a mi hijo mentalmente retrasado) cuando se me aparecía como un

acorazado sonriente, saliendo de algún departamento cualquiera de la compañía para hacerse cargo de la sala de archivos —yo sabía, al verla, con un estremecimiento en la sangre y los huesos, con una sensación de hielo en las yemas de los dedos, que pronto me despediría, a menos que me fuera antes— y, una y otra vez, por haber sido tan torpe con mi apetitosa, exuberante Virginia allá en la oficina donde trabajaba cuando no era más que un niño tonto, tímido, apocado y estúpidamente virgen que se sentía como un huérfano y, a veces, peor que un huérfano.

Qué tonto era.

«¿Recuerdas a mistress Yerger?».

No debe de haber nadie en el mundo que tenga la menor idea de lo que estoy preguntando. Virginia lo comprendería, pero Virginia no estará donde pueda oírme el día que yo pierda la razón, caiga en la senilidad y el delirio y comience a encarar a los extraños con cuestiones de importancia fundamental y arraigada para mí:

«¿Recuerdas a mistress Yerger?».

(Recuerdo a mistress Yerger y también recuerdo que ahora Virginia está muerta, y que si no lo estuviera sería una vieja bolsa de agua aquejada de enfisema y flebitis. Qué idiota, qué flebítico mental; podría haberla poseído entonces. Estaba muy buena. Y yo estaba petrificado. ¿Qué me cohibió durante tanto tiempo y me estranguló de ese modo? No me extraña que cuando al fin me liberé me desquitara a gusto).

La compañía existe aún. (Ella no). No ha crecido. Nadie habla nunca de ella. Todo el mundo oye hablar de la mía. Y desde entonces la vida para mí ha sido casi siempre una oficina estéril tras otra, aparte de esos pocos años buenos que pasé lejos de casa en el ejército.

Qué mal me lo monté. (Era un cretino. Más de una tarde de domingo me follé a mi mujer sobre el escritorio de la oficina en la ciudad, mientras los niños habían ido a ver el espectáculo navideño del Radio City Music Hall. Lo consideraban cursi). Qué buenos pechos podría haber estado mordisqueando todos esos meses, en lugar de los sándwiches gomosos de salmón en lata y tomate o de mortadela y mostaza que me preparaba mi madre para que almorzara en la ciudad a fin de ahorrar. Por otra parte, me gustaban esos sándwiches. Ahora le lamería los labios y los grandes senos con la lengua llena de salmón y tomate. No, no lo haría. Todo sería igual. Si la tuviera ahora y fuera yo el más viejo, seguramente estaría buscando como un loco la forma de librarme de ella, de escurrirme sin dejar cicatrices y con la conciencia más o menos limpia, como me encuentro habitualmente con todas mis Pattys y Judys, Karens, Cathys y Pennys y aun con mi

jovencita esbelta, sonriente, alta, flexible Jane, esa nueva y refrescante tentación del Departamento de Arte, que sería como arcilla en mis manos. (Pero ¿cuánto tiempo puede quedarse uno hechizado por un poco de arcilla?). Dejo plantadas a las chicas con los mismos sentimientos de éxito que tengo cuando concierto las citas con ellas. (Es más fácil romper citas que mantenerlas y lleva menos tiempo. Lo que tenemos es tiempo. Lo que no tenemos es lo que hacemos con él. Por eso concierto citas). La mayoría de mis chicas han sido muy buenas conmigo. (Para eso considero que son las chicas). A pesar de ello no quiero ver a ninguna con mucha frecuencia y tampoco soporto estar demasiado tiempo con ellas. Después quieren hablar, aproximarse, y lo que yo quiero es dormir o volver a casa. Miento. (Me gusta encontrarme con chicas trabajadoras para almorzar en el apartamento de Red Parker, pues sé que tendrán que irse enseguida para volver a sus puestos). Pospongo los encuentros. Pospongo el encuentro con Jane (doy tres pasos adelante y tres atrás); doy rodeos; sé de antemano lo que no me gustará más adelante de Jane (será demasiado delgada, por supuesto. E inmadura. Se le marcarán los huesos por todas partes. ¿De qué hablaré con ella después? ¿Del amor? ¿De su pintura? Supondrá que hemos intimado. Qué horror. ¿Cómo podré no mezclar mis emociones?); me aproximo más a Jane cuando no hay ninguna posibilidad de aproximarme más. Nunca bromeo sobre la posibilidad de quedar después del trabajo, a menos de estar seguro de que será imposible. Mi locura tiene un método. Soy imprudente solo cuando estoy a salvo. Arrojo al viento toda cautela cuando no sopla ni una brisa. Sé que algún día lo lamentaré, todas estas mujeres desdeñadas, como ahora me arrepiento de Virginia e incluso de Marie Jencks. Ya las lloro a las dos.

—Házmelo como se lo hiciste a Marie —cantaba Virginia.

No se lo hice a ninguna de las dos.

Siempre lamento lo de todas ellas, dondequiera que vaya. El pesar está siempre a flor de piel. Por otro lado, estoy sano y me siento y me veo bastante bien, a pesar de haber echado barriga y de tener un poco de papada. Soy capaz de bajar de peso en un mes, si me lo propongo. Creo que fui uno de esos muchachos jóvenes y apuestos que actualmente algunas de mis amigas se jactan de seducir en las tardes o noches que se aburren o se sienten audaces. (Se jactan de seducir a maricas, negros o chicas como ellas. No me importa. Sí me importa. Pero esto me facilita librarme de ellas definitivamente cuando me da la gana. Me gusta la chica que sale con alguien más). Virginia me decía siempre que era apuesto, guapo, sexy e inteligente, y me aseguraba que podría conquistar a todas las chicas que quisiera

cuando fuera mayor.

Se equivocó.

No conquisté a *todas* las que quería. Y conquisté a algunas que no quería.

—Téngalo en sus manos, mistress Murphy —le cantaba yo desbordante de alegría, regocijándome con sus dulces elogios y con el calor afectuoso de su amistad.

Virginia entonces estaba abierta de par en par para mí y yo no lo sabía. Virginia entonces estaba abierta de par en par para mí y yo lo sabía. Esta es probablemente la razón por la que yo retrocedía con una ineptitud tan solemne cada vez que ella parecía estar yendo más allá de donde yo me sentía capaz de llegar. (Tan pronto como comprendía que podía hacer lo que quería con Virginia, perdía el poder de hacer cualquier cosa. Era incapaz de decir lo necesario. Todo se reducía a unas palabras y no supe pronunciar las indicadas). Perdía el habla (como la perdía frente a mistress Yerger —nunca creí, jamás, que pudiera decir nada capaz de hacer sonreír a mistress Yerger— y como mis hijos, creo, y mi mujer, la pierden frente a mí). No sé por qué me dio por ahí. Hoy los chavales lo hacen en todas partes, con chicas mayores y con mujeres (si cabe creer a los chavales y a las mujeres mayores). Chicas sinceras se jactan de haber seducido a jovencitos guapos o feos los fines de semana de verano en lugares de moda como Martha's Vineyard o Fire Island (árabes, griegos y eslavos de vacaciones en Europa), o de seducirlos en las calles de cualquier ciudad cuando no tienen otra cosa que hacer. Están sexualmente liberadas (dicen). No tienen prejuicios (sostienen). No son esclavas de trabas sociales ni psicológicas. Todo está permitido. ¿Por qué, entonces, sufren ansiedad, histeria, tensión y depresión? Están solas. No tienen nada que hacer.

—No tengo nada que hacer —dice mi hijo.

—Quisiera tener algo que hacer —dice mi hija.

—¿No se te ocurre nada que podamos hacer? ¿A quién podríamos visitar? —dice mi mujer.

Los domingos son mortales.

El tiempo libre es destructivo.

Las mujeres de la edad de mi mujer con matrimonios rotos traban relaciones entusiastas con hombres mucho más jóvenes, a veces muchachos, y a los maridos no les gusta nada el asunto. (Es su manera de clavarnos el puñal. Los maridos pueden vivir sin el dinero o sin los niños. En cambio, no pueden soportar que su mujer se lo monte con una polla más joven y todo el mundo se entere). Nuestras pollas son tan patéticas. (Yo tuve esa sensación pronto, y no estaba lejos de la

verdad. Sentía necesidad, pero no potencia. Sentía anhelo. Nunca la vi como un instrumento de dominación). Siempre pueden encontrar una más dura para ocasiones especiales. (Una chica siempre puede encontrar a un hombre que se la folle al menos una vez). Creo que se sienten más seguras con adolescentes y estudiantes universitarios, o con aprendices de carpintero en los lugares de veraneo que visitan y luego abandonan, tomando la iniciativa con sus uñas tensas y afiladas (salvo cuando se las muerden hasta dejárselas al ras, como cada vez hacemos más gente) para tener el control. Todos queremos tener el control. (Yo quiero tener el mío, pero Penny me hace perderlo y, a menudo, también mi mujer. Penny me reduce a un imbécil balbuciente cada vez, y me encanta). Tengo una chica que pierde el control del todo cada vez que llega al orgasmo y me odia a mí y al resto del mundo de forma amarga y feroz durante cinco o diez minutos (hasta que recobra el control), hasta que sus sentidos dispersos empiezan a reordenarse. (Entonces se chupa el pulgar). Se siente humillada, vencida, resentida, sometida. Se siente avergonzada. Se acurruca lejos de mí como un niño catatónico y no me permite mimarla, a menos que mis caricias y murmullos sean reconfortantes. Es una chica que preferiría no llegar nunca al orgasmo (salvo a solas, con el consolador o el dedo) y se resiste a responder. Preferiría provocarlos ella. Se siente el hazmerreír de cuantos puedan verla. Yo la veo. Me daría igual no tener que provocar reacciones. (En ese sentido, congeniamos. Es verdad, en cambio, que pruebo el poder que se tiene sobre otro ser humano cuando consigo hacérselo. Me siento poderoso. Nos olvidamos de nuestro carácter y nos transformamos en otras personas). Si no fuera por ese elemento llamado estatus, preferiría, en realidad, no provocarle orgasmos a nadie, excepto a mi mujer, y hay incluso un elemento de crueldad sádica (no de consideración, ni de comprensión) en eso. Algunas de ellas cambian de forma muy grotesca. *Deberían* avergonzarse. La verdad es que hay algo desilusionante, degenerado, algo alarmante y obsceno, en la forma grosera, desnuda, involuntaria en que se crispan. Es difícil no dejar de respetarlas durante un rato después del acto, a veces durante veinte años. Por lo menos, los hombres nos mostramos cachondos y bestiales desde el comienzo. Lo deseamos y, como monos lascivos, se lo hacemos saber. Muchas de ellas actualmente comienzan también así y no me siento del todo cómodo con estas mujeres (aun cuando sé que es seguro. Puede que follar no debería ser tan seguro. No lo es con esta chica que conozco, ni tampoco con mi mujer. Sufre dolores, malestar de estómago y fatiga. Con Penny es seguro. No veo a Penny tanto como antes). No me gustan las mujeres tan resueltas y

mandonas.

«Muy bien, hagámoslo —parecen ordenarnos—. Ya lo has hecho a tu manera el tiempo suficiente».

Esas zorras asertivas. En general, prefiero que sean *ellas* las que lo hagan y lo den todo. De ese modo, siento que les *he* hecho algo. Que me he salido con la mía. Muchas de ellas lo prefieren también así. Se tiran a sus jovencitos. Les debe de parecer más fácil. No tienen que desnudarse y mostrarse. No tienen que correrse o fingir que se corren. No tienen que ser «buenas». No tienen que esforzarse mucho. (Cualquiera quiere sentirse a salvo, no solo yo. Las más viejas, rencorosas, divorciadas, quieren que se las follen, insisten en ello, lo exigen. Prefiero a mis mujeres con inseguridades más leves. Me nutro con la soledad femenina sumisa como un ave de presa. Las mujeres belicosas cuyos maridos han sido mujeriegos se vengarán contigo: se sienten afrentadas si no quieres follártelas). Luego te echan.

—¿Dé qué coño podría hablarle a ese? —me dijo una vez una de ellas, refiriéndose a un chico de dieciocho años que se ligó en una tienda de discos, se llevó a casa y echó antes del amanecer.

No es sorprendente, entonces, que tantos jóvenes viriles tengan dificultades para que se les empine. (Se lo merecen). Yo también las tendría. Las tuve. Virginia estaba, sin duda, segura conmigo, porque yo no me sentía nada seguro con ella. (Evidentemente no sabía cómo controlar la situación. No tenía ni la confianza ni la competencia necesarias). Virginia, por su parte, nunca volvió a sentirse segura con el perito que la amenazó con arrojarla del coche (ni tampoco con Ben Zack, si pensamos en ello, quien trató de violarla en su automóvil a pesar de sus muletas, bastones, silla de ruedas y demás) en la calle desierta cerca del cementerio de Queens en la cual habían estacionado, a menos que ella accediera.

—Así me lo dijo —se me quejó posteriormente con un tono de protesta enfurruñada que no era típico en ella. A veces perdía el aplomo cuando aludía al incidente—. Se la sacó sin preguntar siquiera. Creí que estaba loco. Bajé la vista, y allí estaba. La verdad es que me sentí ofendida, te diré. Me pregunto qué le contaría de mí Ben Zack.

Yo no tenía la seguridad en mí mismo ni la experiencia para ir demasiado lejos en mis ensoñaciones sexuales con ella sin desanimarme de pronto (y más que eso). En un santiamén mi pobre, lamentable, diminuta erección se desvanecía en el aire. Ella me daba miedo (la idea de verla completamente desnuda me daba miedo. Nunca pude imaginarla así en mis fantasías). Pese a ser tan bonita, se me transformaba de pronto en algo tan repelente como la cabeza

cortada de la Medusa, ese nido maligno, peludo, peristáltico de innumerables áspides y serpientes que se arqueaban para morderme sin motivo alguno.

—Hagámoslo hoy hasta el final —me decía.

Y convertirme así en plomo, madera o piedra cada vez que parecía empeñada en hacer que me deslizara más lejos de lo que estaba dispuesto a avanzar (en lo que solía denominarse «*acto sexual*». Hoy lo llaman «follar»). Me sentiría deshumanizado y castrado; sentiría que todo desaparecía. El pecho me estallaría y se me detendría el corazón. Me sentiría enfermo. Con los tendones y los músculos temblando de debilidad, ansiaría desaparecer un momento, para luego volver arrastrándome y empezar todo de nuevo con ella desde una base más segura, avanzando con cautela, poco a poco. (Creo que disfrutaba simplemente con *flirtear* con ella más que con nada. Flirtear era un fin en sí mismo y sigue siéndolo muchas veces. Todavía hoy no siempre estoy seguro de querer follar). Se me iban las ganas, me quedaba como muerto. Tenía un bulto en la garganta en lugar de en los pantalones. Me quedaba sin polla y huevos, se me iban. Perdían la sensibilidad. Sentía una ausencia sin peso ni densidad. Tampoco siento peso ni densidad ahí ahora. Qué cosa extraña y humillante decir esto acerca de los propios genitales masculinos.

Son nuestro instrumento más débil.

Siento los pies dentro de los zapatos cuando me detengo a pensar atentamente en ellos y siento los huesos del muslo conectados con los del culo mientras estoy sentado en esta silla de madera. Siento esta mano y este antebrazo que tengo apoyados sobre la carpeta marrón de mi escritorio. Siento la otra mano descansando abierta sobre el muslo contra los pantalones de lana peinada, y siento la espalda arqueada y en un ángulo incómodo, la parte inferior (el sacro) con un dolor continuo pero tolerable, pero no puedo, ni aunque de ello dependan mi vida y mi dignidad, sentir nada dentro de los calzoncillos, donde se supone que están mis órganos sexuales externos (y probablemente lo estén). Todo lo que puedo sentir sin tocarlos es una sensación como de papel de lija en un punto donde los calzoncillos me aprietan un poco. Trato de provocar mentalmente algo de movimiento y no lo consigo. Sé que tenía algo ahí hace poco. Sé que me pertenecían. Considero tener derecho a poseerlos. Estoy convencido de que me veré obligado a abrirme los pantalones y mirar, si quiero estar seguro de que lo que cuelga ahí sigue colgando ahí. Me los abro. Está. Están. Qué alivio menor. ¿Dónde más podrían estar si se alejaran de mí? Ahora parece que ya los he perdido (¡me los han robado!), incluso mientras estoy *mirándolos*, como si fueran la piel desprendida de una ampolla, o una

quemadura de sol, o la envoltura de celofán de un paquete de cigarrillos vacío y arrugado, como si ya se hubiesen alejado de mí para trabajar con alguien mejor, dejando atrás esos pellejos flácidos que se burlan de mí. Hasta que rasco lentamente, froto, hago cosquillas y entonces —¡ah!— lo atrapo. *Ahora* lo tengo, ahora sé que vuelvo a tenerlo, fuerte, recto, alerta, obediente, entusiasta, leal, ambicioso. (Creo que lo contrataré ahora mismo para mi departamento de la compañía. Estos atributos potentes son sumamente estimados en las compañías y en las dependencias gubernamentales). Es por ello por lo que su estado natural es siempre tan tan pequeño, mezquino, débil, perezoso, no solo el del mío, sino el de todos, a menos que uno sea un fenómeno en una especie de zoológico humano, y aun en este caso es grande solo en comparación con otros, a menos que el fenómeno humano sea un semental adulto. Existen grandes cabezas, abdómenes y traseros, supongo, y Dios sabe que hay también pechos tremendos, enormes (si bien estoy descubriendo que pierdo el gusto por ese tipo y que ya prefiero los más menudos, mejor formados, de mi mujer, de Mary, de Betty, de Penny y de Laura, quienes quisieran tenerlos más grandes), hasta un cerebro pesa, por lo menos, de medio a un kilo, creo, pero pienso que no existe nada que pueda calificarse como un gran pene humano.

(No son las *mujeres* quienes tienen envidia del pene. Son los *hombres*).

Son partes tan fraccionarias de la construcción total que sería muy fácil olvidarlas si no pensáramos tanto en ellas. Son arrogantes y absurdas, con sus pretensiones altaneras, soberbias y egoístas. (Les permitimos hacer demasiadas cosas con impunidad). Ni siquiera son capaces de mantener esa erección señorial durante medio día a la semana. Qué arma débil, en verdad, para mantener la supremacía masculina, un canal flojo y caído de un poder universal eyaculado de vez en cuando en cucharaditas esporádicas. No me extraña que nos veamos reducidos a apretar los puños y levantar la voz en la mesa familiar.

En mi juventud, el mío respondía invariablemente cada vez que me detenía (o pensaba en detenerme) junto al escritorio de Virginia para reanudar nuestras bromas lascivas debajo del gran reloj circular de la oficina cuyo minutero fino y puntiagudo (en esa época era para mí un símbolo de una larga y fálica espada o lanza, y hoy, en cambio, de una lanceta estéril o un proctoscopio) se movía visiblemente cada sesenta segundos. Me abultaba de un modo embarazoso. (En esos tiempos tórridos y púbicos ni siquiera podía bailar con mis amigas de la escuela sin ser la víctima infortunada de una erección instantánea que

no tenía nada que ver con ellas ni conmigo. Bien podría haberme encogido de hombros y dicho: «No es mía. No puedo hacer nada». Y luego abandonar el salón de baile y dejarla flotando allí —en el aire, repudiada—, y tener que meter un poco la cintura en un intento por ocultarla. Ahora tengo que empujarla hacia delante para que vean que está ahí. Este es, según he descubierto, un truco eficaz con las mujeres maduras que te han dado a entender su disposición). Debía cubrirme con los expedientes de accidentes que nunca olvidaba llevar conmigo siempre que me acercaba al escritorio de Virginia y fingíamos estar buscando documentos mientras bromeábamos lascivamente.

—Nos encontramos fuera.

Si ella aceptaba (cuando podía siempre aceptaba), sonreía e inclinaba la cabeza en un gesto casi imperceptible. Yo salía de la oficina y llegaba al vestíbulo solo. Me latía el pulso, me sudaban las manos, y quería pasar volando junto a los ascensores y escaleras abajo hasta el rellano entre dos pisos, a pesar de saber que tendría que esperar. Virginia era más discreta que yo. Se tomaba su tiempo. A mí me consumía la impaciencia. Mientras esperaba, no podía quedarme quieto. Entonces el pene nunca me fallaba. Nunca me decepcionaba, ni a mí ni a él, cuando llegaba ella corriendo por fin, y yo empezaba a besarle torpemente la nariz, las mejillas y los labios, y nuestros dientes entrechocaban con tanta fuerza que temía que los míos se me rompieran, y la achuchaba y tocaba en distintos lugares, apretándome y frotándome contra ella tan violentamente que dolía —y ella también jadeaba, pero a la vez reía— durante los cuatro o cinco segundos o el octavo de minuto que me concedía, antes de decir:

—Viene alguien.

Eran aquellas unas citas fugaces, increíbles, de las que a veces gozábamos cada tres o cuatro horas en el rellano entre plantas de la oficina llena de la gente viva trabajando arriba, y, abajo, el almacén atiborrado, sucio, desocupado, repleto de archivos de expedientes muertos que alguna vez en el pasado tuvieron importancia para alguien o, de lo contrario, no estarían guardados allí. Ahora casi nunca los miraba ya nadie. Eran accidentes, desgracias antiguas, olvidadas dentro de carpetas desteñidas con datos de color azul o púrpura en la tapa y hojas llenas de información legal o médica de distinto género dentro. De carpeta en carpeta, todos los datos estaban obsoletos y no tenían interés. (Pronto dejé de curiosear su contenido). Eran casos finiquitados de gente que estaba archivada.

—Viene alguien —me decía siempre con una exclamación de pánico cuando decidía que me había dedicado ya bastante tiempo, y se escapaba y desaparecía, a pesar de que no venía nadie.

Entonces siempre quería obtener más de ella, allí mismo en el rellano de la escalera, cuando sabía que no podía conseguirlo. (Desde entonces he follado en lugares extraños e ilógicos, ya que a mi mujer también le da por esas aventuras, pero nunca, es triste decirlo, en una escalera. Ahora tenemos una buena escalera en nuestra casa de Connecticut, pero el dolor de espalda de mi mujer podría agravarse y yo podría astillarme una rótula). A pesar de todo, siempre me sentía satisfecho después. Y muy satisfecho conmigo mismo. Aquellas fueron mis primeras sensaciones con el cuerpo de una mujer adulta. Virginia tenía, después de todo, veintiún años, casi veintidós cuando la vi por última vez. Me apretaba contra ella desde la cabeza hasta los pies, tratando de agarrarla o achucharla por todas partes. Ahora pienso que de haber ido más despacio y haber sido menos voraz, ella me habría dado más. Una vez, en el almacén, me guio:

—Más despacio, más despacio. —La voz era acariciadora, suave—. Así mejor, cariño. Me das miedo.

Yo estaba rojo y sudado como un bebé con fiebre. Tenía ganas de tenderme de espaldas, gorgotear como un angelito y dar pataditas en el aire. Nadie me había llamado antes «cariño».

«Cariño».

(Todavía me hace efecto).

Normalmente entorpecían mis ataques desenfrenados esos malditos expedientes que llevaba conmigo, porque se me olvidaba dejarlos a un lado. Me veía obligado a ponérselos detrás de la espalda y a apoyarla a ella contra la pared mientras besaba y lamía, jadeaba y hurgaba. Casi siempre se caían al suelo y se desparramaban cuando, de pronto, ella se zafaba y se iba. Todavía recuerdo la sensación fresca y sedosa de las bragas que usaba y la impresión de asombro inefable al poder tocarlas.

—Corre, que viene alguien —repetía con un gruñido.

(Dos segundos más y me habría corrido yo).

No tenía más remedio que dejarla ir, pues de pronto se asustaba muchísimo y se ponía hecha una fiera. La locura se instalaba entre nosotros. El brillo de los ojos era penetrante y algo alucinado, mientras se bajaba la falda y se preparaba para huir, tratando a la vez de conservar la sonrisa. Pienso que mis caricias debajo de la falda la excitaban mucho más de lo que esperaba. Además, yo era demasiado bruto. (Se me habría abierto de par en par si yo hubiera sabido lo que tenía que hacer). Ahora, en cambio, está cerrada eternamente para mí, como esa gente del almacén cuyos casos se han suspendido de un modo u otro. Como yo. Y tendidas entre ellos, como manchas descascaradas en este lóbrego almacén de expedientes muertos, están

también las oportunidades que no aproveché de alcanzar la madurez sexual pronto, de follar cuando era muy joven (o lo que considerábamos joven); podría haberla poseído allí. Podría habérselo hecho sobre el escritorio, o en el suelo del almacén (me lo pidió, tácitamente, pero no supe qué decir), o en el apartamento de alguna de sus amigas, o en una habitación de hotel, cuando yo era todavía un adolescente flaco, joven, tonto, torpe, que traía los sándwiches gomosos de su mamá a la ciudad para comérselos como almuerzo casi todos los días de trabajo de la semana, mientras me quedaba absorto con la sección deportiva, los cómics y los crímenes pasionales del *Mirror* de Nueva York, que ya no existe. Todo desaparece. (El viejo orden cambia. Pero no da lugar a uno nuevo). No hay nada nuevo ni bueno bajo el sol. Todo lo que uno compra debe ser llevado a reparar, o bien cambiarse, por lo menos una vez. Todos decimos mentiras. Llamamos a esto *iniciativa*, aunque lo recuerdo con exactitud (como si temiera olvidarlo. Si te olvidara a ti, mi amado *Mirror*, ¿dónde estarías? Y todas esas horas industriosas de distracción concentrada que pasé con ese tabloide de mierda) y con el *Daily News* de Nueva York. Trabajaba por sesenta centavos de dólar la hora. Ahora gano más. Preguntad a la gente que trabaja conmigo. Preguntad a mis hijos. (Uno de ellos no contestará). Engullía dos de esos sándwiches de pan con semillas de amapola, que más tarde fueron tres. Podría haberme comido cuatro. Podría haberme perdido dentro de ese escote de Virginia, a la avanzada edad de diecisiete años, allí mismo, sobre el escritorio, entre *Daños a la Propiedad 1929* y *Daños Personales 1930*. Podría habérselo hecho tumbada o sentada en el borde, por delante o por detrás, de lado por delante o de lado por detrás, como sé hacerlo hoy con chicas esbeltas y ágiles que no tienen calambres (siempre que no aumente de peso. Y espero no perder más cabello o pronto no podré hacerlo de ningún modo con nadie, salvo con mi mujer. Solían elogiar mi pelo espeso y ondulado. Ahora están de moda los rizos y no tengo ninguno) varias veces al día, la mayoría de los días de la semana (y tenía también allí los sándwiches y el *Mirror*) con mis zapatos de cuero firmemente apoyados en el fichero de *Daños Personales 1929* para tener mayor impulso y movilidad y los codos doblados protegiendo nuestras cabezas contra un golpe en *Daños a la Propiedad 1930*. Esa imagen de los dos follando sobre ese viejo escritorio viene a menudo a mi mente. Estamos vestidos. El maquillaje se le ha ido borrando, tiene la cara floja y torcida, las ropas están siempre en desorden, desgarradas, abiertas, bajadas, levantadas, apartadas. No estamos desnudos. Es un bosquejo deformado, desfigurado, en tiza de colores y cera. Algunas de las personas de los

archivos de Daños Personales habían muerto. Costaba creer que ya en 1929 los automóviles chocaban entre sí en los archivos de Daños a la Propiedad. Hasta costaba creer que existiesen los automóviles. No, no pude. No podría haber hecho otra cosa. Hice lo que pude. Sería lo mismo. No sería diferente si fuese el mismo empleado de archivos temeroso, ignorante que todavía traía los sándwiches que le hacía su madre para almorzar. Entonces fue cuando me falló. Desapareció, se derritió, se transformó en algo inerte que retrocedió tímidamente cuando ella me propuso varias veces el paso inmediato de irnos a algún hotel —ni siquiera sabía cómo se registraba uno en un hotel. Tenía solo diecisiete años y medio— o bien ir con ella al apartamento de alguna amiga después del trabajo, cuando no era ya posible seguir bromeando y postergando las cosas, sino que había que mirarla a los ojos y decir «Sí» a esa situación desconcertante y en realidad repelente en la cual tendría que estar solo con ella, desvestirme junto a ella, sacarla y meterla antes de que se ablandara. (Sabía que se pondría blanda aun antes de sacarla). No podía hacerlo. No quería. Me daría dolor de cabeza. Todo lo que quería entonces era bromear con ella, escuchar sus historias sobre experiencias sexuales con otros y achucharla unas cuantas veces al día durante unos pocos segundos. Era demasiado joven. Perdería la audacia, la ambición, el ingenio. No tenía sentido del humor. Perdería mi voluntad de decir «*Sí*». Perdería toda el alma y la energía y me quedaría casi sin sustancia. El bulto se me subiría a la garganta, *eso* era lo que me quedaría, un bulto obstruyéndome la garganta, en lugar de en los pantalones. Perdería, en fin, el habla y no podría confesarle, siquiera, ni suplicarle: «Me temo, Virginia, que tengo que ir despacio, cariño. Déjame que te llame “cariño”. Tienes que ayudarme a saber dónde estoy».

Sentía náuseas en lugar de deseo, y una desolación inmensa, mortal. Creo que ella lo sabía y me compadecía, por lo cual yo la odiaba y deseaba que se muriera. Tom, con su caligrafía florida, afectada, se lo hacía rutinariamente a Marie Jencks, esa rubia grande, tosca, caballuna, cuando se le antojaba, tres o cuatro veces a la semana, sobre el escritorio del almacén (y a veces ella le exigía que se lo hiciera de pie contra una pared, según me contó más tarde, o contra las paredes de una esquina, donde era más fácil). Yo, en cambio, le tenía un miedo de muerte a la suave y menuda Virginia. No quería verlo. Aun hoy no me gusta realmente tener que verlo. Todavía me quedo paralizado unos instantes. Tengo que fortalecerme, prepararme (a menos que esté del todo borracho y flotando en la marea de una desbordante confianza en mí mismo que pueda arrastrarme hasta el fin sin pausa). No estaba tieso de miedo. Estaba blando de miedo (ja,

ja). Lo que ocurría era que Tom era mayor que yo y, cuando tuve su edad, también lo hice y todavía me asombra. El espectáculo. Se diferencian entre sí. No hay dos iguales. Nadie es lo mismo dos veces. Aunque llegue a vivir ciento cincuenta años (y si Dios quiere, los viviré), no creo que me acostumbre nunca al espectáculo de una muchacha desnuda, a menos que me haga médico. Todavía espío de soslayo a mi mujer. Lo más probable es que me transforme en un voyeur. Las situaciones varían. Siempre estoy tenso e incrédulo mientras se desvisten. No hay dos iguales. (¿Por qué hacen esto por mí?). Todavía hay siempre el segundo de temor, de pura curiosidad, durante el cual me quedo sin aliento al pensar en las posibilidades de lo que está a punto de revelarse y ofrecérseme. Tengo que aceptarlo, me guste o no. (Mientras adopto en todo momento una actitud de fingido desinterés y miro a lo lejos, hacia algo infinitamente más absorbente. Por ejemplo, los pantalones colgados sobre la silla, la rejilla del aire acondicionado, los calcetines de lana con las ligas pegadas a ellos, encima de los zapatos). Me pregunto si para ellas nosotros somos un espectáculo igualmente interesante. Creo que sí. Recibo elogios por la limpieza y simetría, por la flexibilidad del prepucio (que más y más chicas en años recientes ven tan novedoso como mis ligas. Ya no se ven muchos. No pienso circuncidarme a estas alturas. Dejaré de usar ligas. Quizá alguna gente me vea un poco como un judío y buena parte del tiempo pienso como un judío, pero ello es prueba de que no lo soy, si alguna vez quiero utilizar esto contra alguien como Green, que sí lo es. El mismo diablillo esquivo que se agita dentro de mí, instándome a veces a darle a Kagle un puntapié en la pierna o a mi hija en el tobillo también me provoca un deseo palpitante, delicioso, en el paladar superior, a la vez que un cosquilleo en una fosa nasal, de… —el deseo y el cosquilleo excitante unen fuerzas para exhortar: «Adelante, querido. Mira qué gusto da»—, de… —¿cómo expresarlo?— ser un antisemita). Los lunares, marcas de nacimiento, granos, cicatrices arrugadas y vello oscuro y mal cuidado, en filamentos o matas, en lugares inesperados de las mujeres, me llenan de desilusión y me dejan taciturno y lleno de repugnancia, a menos que desde el principio me domine como un espartano y me aboque a la tarea como si mi deseo fuese avasallador. (Debo obligarme a aparentar adorar, con la pasión de quien adora un fetiche, todo lo que me parece tan repugnante. De lo contrario renunciaría. No quiero herir los sentimientos de ellas ni los míos). Sueño cada vez con una perfección sedosa y soy implacable frente a los defectos. (Me siento defraudado, herido). Debo obligarme a mirar más allá de ellas, al conjunto. Algunas tienen el vello tan largo que les sale fuera del

bañador. Aparentemente no reparan en esto o no les importa. A mí me importa. No sé hacia dónde mirar. (Deben de saber que lo tienen). No es posible decir:

—Perdón, señora. Creo que se le ve el vello.

Porque podrían responder:

—¿Qué importa?

O bien:

—¿Cree que no lo sé?

O bien:

—No mire, si no le gusta.

Algo más atinado, y menos peligroso, sería:

—Perdóneme, señorita, pero… ¿sabía que se le ve el vello?

A menos que quieras conseguirla, en cuyo caso se puede utilizar cualquier expresión de mal gusto que prefieras. En general, no me gustan este tipo de mujeres (si bien he debido, en muchas ocasiones, aceptarlas con falso entusiasmo cuando resulta que la mujer a quien he perseguido y conseguido es una de ellas). No me gusta el exceso de vello facial o corporal en nadie, hombres o mujeres, aun cuando se lo hayan afeitado. Lo encuentro aberrante, infernal, repelente. (Está ahí para afrentarme). Mi mujer tiene el pelo negro. A estas alturas, no obstante, sé bien dónde lo tiene. No me llevo ninguna sorpresa de vello espeso o ensortijado. (A lo largo de mi vida he tropezado con vellos sobre los que podría disertar durante horas si fuera el tipo de hombre que vuelve de forma compulsiva a los fracasos pasados. Mistress Yerger tenía un quiste. Betty Stewart tenía un ojo estrábico, pero aun así seguí copulando semanalmente con ella durante varios meses hasta que conoció a un hombre más joven con quien creía querer casarse. A mi madre comenzaron a salirle pelos duros de color gris oscuro en la cara, cuando ya no podía quitárselos con unas pinzas. Los poros se le dilataron y volvieron ásperos. No le miraba esos pelos sino la cara, eso cuando me obligaba a mirarla a la cara. No podía decirle:

«Madre, te han salido varios pelos en la cara».

Para entonces, tal vez no me habría oído ni comprendido y tendría que haberle repetido en términos más fuertes y crudos:

«Oye, mamá. ¡Por favor! Tienes pelos en la cara».

Nunca. ¿Cómo podrías decirle eso a tu madre enferma? En el test de Rorschach que hice para obtener este trabajo, observaron que era capaz de mirar toda la imagen sin distraerme para hurgar inútilmente en detalles que no venían al caso. La probabilidad era que tendría éxito en el empleo y lo tuve). En los primeros años de nuestro matrimonio, a mi mujer no le gustaba que la viera desnuda salvo en la

bañera, no quería que la contemplara mientras se desvestía. (Aún hoy no quiere que la vea sentada en el inodoro y, por mi parte, tampoco tengo ya mucho entusiasmo por verla. Una o dos veces al año es suficiente). Ahora, en cambio, le gusta que la mire, se desnuda como una artista de *striptease*, se deja caer sobre la cama y ahí se queda como la maja desnuda de Goya. A mí me gusta y me río con ella. Me reiría más si no hubiese estado tomando traguitos todo el día y no estuviera todavía algo ebria. (Podría haberse matado cuando iba conduciendo, o bien matado a alguien. Podría estar desnudándose con el mismo entusiasmo inconsciente y embriagado delante de algún otro). Mi mujer y yo nos divertimos mucho más juntos de lo que tiendo a recordar. Tenía antes una técnica para cambiarse de ropa que nunca dejaba ver las partes inferiores de su cuerpo. Ponerse el camisón sobre las bragas o la faja, o ponerse las bragas o la faja por debajo del camisón. Se alcanzaban a percibir solo visiones fugaces. Esa bruja sin corazón, sin sentimientos. En la cama se quitaba todo, de cualquier manera, tan pronto como se lo pedía. Llegó a vestirse y desvestirse dentro del armario. No cabe sorprenderse de que no la despierte de sus pesadillas. Que se muera en ellas, o se destroce en mil pedazos ensangrentados por la ilusión de que están a punto de destrozarla. Cuando mi mujer sueña que se acerca a su cama un desconocido, ¿será el mismo con quien sueño yo?

—¿Qué soñabas?

—Ha sido horrible —me cuenta por la mañana, agitada aún—. Te estaba sucediendo algo espantoso.

—Qué disparate.

—Te lo juro.

—La gente no sueña con otra gente. Sueña sobre sí misma.

—Te sucedía algo, algo que no podía impedir y he tenido miedo.

—Estabas soñando contigo misma.

Debieron de enseñarle a vestirse y desvestirse de ese modo en algún campamento juvenil, donde los hombres podían espiar a las chicas entre las tablas de las literas, o bien la madre, o la hermana divorciada con cara de envidiosa que fue seducida cuando estaba en la universidad antes de que eso se pusiera de moda y luego se volvió frígida y malhumorada. Actualmente vive sola con sus pecas de color hígado en una casita próxima y proclama a los cuatro vientos que no querría vivir de otro modo. La creo. (También creo que nada le gustaría tanto como que yo, o bien el marido de otra mujer, se enamorara de ella. Fracasaríamos. Nos rechazaría. Le encantaría tener esa oportunidad). Creo, asimismo, que siempre querrá vivir cerca. Creo que me odia, que envidia a mi mujer y que contamina el carácter

confiado y abyecto de mi esposa con sus dosis de astuta animosidad. Destila fanatismo y pensamiento político reaccionario. No tiene hijos. El marido volvió a casarse y ahora tiene hijos. Ella tiene una tienda. Hay mucho en este mundo que ella condena. Querría que mi mujer fuese más como ella y le reprocha que no lo sea. Critica a nuestros hijos y le da consejos a mi esposa sobre cómo transformarme en un marido más sumiso.

—En tu lugar no le dejaría salirse con la suya. Es por eso por lo que eché a Don.

Se alegra de que hayan matado a John Kennedy y a Robert Kennedy y de que las mujeres de esa familia tengan los dientes torcidos. Quiere que mi mujer esté de acuerdo con ella. Quiere que yo instale una piscina. Siento la rivalidad entre nosotros. (Antes sentía rivalidad con su madre). Nunca le dije a mi mujer cuánto me dolía verla desvestirse de ese modo. (Cuántas veces la maldije y juré vengarme. La verdad es que me vengo. Nosotros, los Slocum, tenemos nuestro sentido del honor). Era cuestión de elevados principios (así como de una bajeza maligna. Me gustaba verla en posiciones sin gracia. Todavía me gusta). Nunca adivinó el efecto que me hacía (no es mezquina), pero yo era demasiado sensible y orgulloso para quejarme. (No quería suplicar. Por otra parte, ella no tenía la menor idea de lo que ocurría).

—¿Nunca sueñas que me muero? —le gusta preguntarme.

—¿Tú has soñado que yo me moría?

—Creo que sí. Creo que ocurría eso.

—Gracias.

—Yo lo sentía.

—No lo recuerdo. Mis sueños son sobre mí y tú no eres yo.

—Sueño contigo.

—Tú estás en mis sueños. ¿Quieres que te devuelva el favor? ¿Que te lo prometa?

—No lo cumplirías.

—En ese caso, ¿por qué sacar el tema?

Estoy agradecido de que no me pregunte si alguna vez sueño con ella y otro hombre, porque sueño, y también este sueño se refiere a mí. (Se corren juntos en el coito con la única intención de denigrarme). Y no me gusta. No quiero que mi mujer cometa adulterio. Tampoco creo que ella quiera cometerlo, a pesar de lo grosera y vulgar que se muestra a veces en las grandes fiestas (a pesar de creer que necesita un romance. Yo también lo quisiera. ¿Dónde se obtiene?). Lo más probable es que esté reaccionando contra el hecho de ser el tipo de mujer anticuada que no quiere ser (mientras tantas

otras mujeres quieren serlo y lo son). Tendría que estar ebria y mucho más atontada de lo que ha estado nunca (que yo sepa) y caer en manos malvadas y codiciosas. Sería necesario que se la llevasen, sin darse cuenta, a algún lugar lejano y la conquistara, sin una palabra, alguien malvado e implacable. (La conversación disiparía las probabilidades de éxito, pues ella se daría cuenta de que no soy yo). Odio a ese hombre (a todos los que alguna vez han calculado qué probabilidades tendrían con ella) y deseo matarlo, especialmente con este conocimiento previo que tengo de que seguramente ella gozaría más con él que nunca conmigo.

«Ah, cariño —le dice ella al hombre una y otra vez entre suspiros de adoración—. Nunca creí que pudiera ser así. Haré todo lo que pidas».

Después de esto no tendría verdadera necesidad de mí, salvo para pagar algunas facturas. (No le gusta rellenar cheques para cosas como primas de seguros y pagos de hipotecas). Me quedo siempre cerca, donde alcanzo a oír, en las fiestas (a menos que esté fuera solo escuchando a la mujer ebria de otro. Las prefiero más bonitas y de mejor genio que la mía), para llevármela conmigo antes de que resulte inevitable el insulto o la cita clandestina.

(—Vamos, querida. Vamos. Por aquí, querida. Aquí hay un hombre muy simpático que quiere conocerte.

—¿Quién?

—Yo.

En estos sueños míos, donde ella me deja por otro hombre, tengo la sensación de disolverme y de que no queda nada de mí, salvo los ojos y un charco de lágrimas).

El divorcio, en cambio, es una cuestión diferente. Nos *gusta* ponernos a prueba mutuamente sobre eso.

—¿Quieres el divorcio? —me pregunta.

—¿Y tú?

(He pensado en él. ¿Qué hombre felizmente casado de mi temperamento no lo ha pensado?).

—¿Qué haría yo? —reflexiona con la cara larga—. No podría encontrar a otro hombre. ¿Quién podría quererme?

—No estés tan segura.

—Soy demasiado vieja.

—Qué va. Yo soy más viejo.

—Para ti es diferente.

—Sí, podrías encontrarlo.

—Es demasiado tarde.

—No, no es tarde.

—Tienes ganas, ¿no?

—Tú has sacado el tema.

—Tú eres quien está siempre pensando en el divorcio. Lo sé. Te pones muy contento cada vez que se deshace un matrimonio. ¿Por qué no eres sincero y lo dices?

—¿Por qué no lo dices tú?

—El que no es feliz eres tú.

—¿Quién lo ha dicho?

—Sé lo que sientes.

—¿Acaso eres feliz? Siempre estás quejándote. Estás quejándote ahora.

—¿No quieres divorciarte? Si lo quieres, dímelo.

—No, no puedo.

—Sí que puedes.

—Ni siquiera puedo decirte si no lo quiero.

Casi desde la primera semana de casados nos hemos aguijoneado así sobre el tema del divorcio. (Casi desde la primera semana de nuestro matrimonio encontré estos diálogos sexualmente excitantes y siempre tengo prisa por follármela para que nos reconciliemos. Siempre cede.

—Di que lo sientes.

—Lo siento).

Querría que le dijese:

«Te quiero».

No se lo digo.

No puedo.

No debería decírselo. Es una cuestión de principios (y de hombría), además. (Se lo puedo decir fácilmente a otras chicas, si es necesario, cuando no implique que tengo que renunciar a algo. Significa que recibiré, en lugar de dar). Ni siquiera pude decirle a Virginia «Claro», cuando ello me habría dado muchísimo. En lugar de decirlo, siempre me apartaba de ella, hacia un lado, retrocediendo medrosamente con algún chiste que salvase mi dignidad, para arrastrarme fuera de su vista como un perro apaleado.

—Vayamos fuera —le decía.

O bien:

—Te espero abajo —le proponía como un pirata osado (siempre que sabía que no teníamos mucho tiempo).

Nunca, en cambio:

«Sí».

Cuando ella decía:

—Alquila un cuarto.

Y siempre, cuando volvía a aproximarme a ella lentamente, trémulo (este es el término exacto), no sabía si me permitiría estar, una vez más, al alcance de sus favores voluptuosos y arriesgados. (Me habría sentido miserable sin ellos). Siempre me aceptaba. Podría haberme destruido con un comentario único, cortante (podría habérselo contado a los otros). Y así me habría quedado para siempre destruido, sin piernas, con muñones. (Alguien habría tenido que moverme de un lugar a otro, levantarme de un punto, como una pieza de ajedrez o de damas, y dejarme caer en otro). Me quería a mí. Tom no la impresionaba en absoluto.

—Tú eres mejor —me dijo.

—Entonces ¿por qué Marie no me lo hace a mí?

—Házmelo a mí como se lo hiciste a Marie el sábado por la noche, el sábado por la noche.

Tom no tenía sentido del humor. (Lo que tenía, en cambio, era la caligrafía que yo quería y que le copié). Él se acostaba con una mujer, pero yo sabía hacer reír a Virginia. (Ja, ja). Me sentía satisfecho conmigo mismo cuando la hacía reír. (Contaba historias sobre ella a mis amigos adolescentes del barrio). Nos provocábamos, llenos de lubricidad, todo el día. Yo me excitaba (lúbricamente. «*Lúbrico*» es una palabra lúbrica). Nadie me provoca ahora. Dicen «Sí» cuando están dispuestas y están desnudas antes de que yo haya terminado de desatarme los zapatos.

—¡Ha estado muy bien! —suspiran más tarde.

—Lo necesitaba —afirman.

Como si las creyera. O me importara. Lo único en lo que pienso ahora es cuándo podré irme, o si conseguiré sacarlas del apartamento de Red Parker a tiempo para dormir una siesta antes de volver a la oficina o de tomar el tren. Son tan obtusas como mi mujer, que, en su ingenuidad y buen humor, aún trata de formular reglas permanentes para la felicidad en el matrimonio, mientras yo me pregunto cuánto tiempo más tendré que quedarme junto a ella antes de hacer las maletas y divorciarme. Esa confiada estupidez que tiene (esa total falta de conexión con mis sentimientos más profundos) es enervante.

—Me gustaría saber —dice a veces— qué estás pensando realmente.

(No, no le gustaría).

—En el discurso.

—No, quiero decir todo el tiempo.

—En mi discurso. Tendré que preparar uno muy diferente si me ascienden.

—Siempre pensamos que estás enfadado cuando te quedas tan

callado. Tratamos de adivinar qué te ocurre.

Virginia movía la cabeza hacia atrás y hacia el costado, mirándome provocativamente con una expresión experta, desafiante, una sonrisa maliciosa, los pechos opulentos (las chicas con pechos grandes también usaban sujetadores apretados entonces), elevados como piezas de artillería sobre cureñas, apuntando atrevidos hacia mí exclusivamente. *Ella* sabía lo que yo estaba pensando.

—Estas —anunciaba con orgullo— son lo que le gusta a míster Lewis de mí. —La punta de la lengua asomaba entre los bordes de los dientes deslumbrantes mientras yo la miraba—. A ti también te gustan.

—Ven afuera.

—Ven adentro.

—Me estás calentando.

—*Tú* me estás calentando. Tienes a una chica excitada y con ganas todo el día y nunca la llevas a un hotel.

—No sé cómo se hace.

—Te lo diré.

—Hazlo tú.

—Me arrestarían. Me arrestarían como si fuera una prostituta. Lo haremos juntos. Nos registraremos como míster y mistress Polvo.

Hoy, una chica de veintiún años es demasiado joven para mí, infantil, molesta. No me tiraría a una de esa edad ni por una apuesta si trabajara en la misma oficina. Toda la compañía se enteraría. (Siempre hablan de ti con las amigas. ¡Hablan con los padres!). Ni siquiera me gusta que trabaje conmigo nadie tan joven, ni tener que oír ese lenguaje estridente (con pronunciación incorrecta que delata el barrio y la clase trabajadora de donde provienen). Carecen de refinamiento. La mayoría de las que no usan sujetador tienen unos pechos caídos que se ven horribles. Casi nunca envidio a la juventud. La detesto. Los niños nunca oyen el ruido. Hacen tanto ellos. Quisiera que se callasen en público y bajaran el volumen de sus tocadiscos y de sus transistores. Mi hija tendrá pronto la edad de Virginia. Ahora parece mayor, porque es más alta, cuando se pone erguida. Quisiera que se diera cuenta de las cosas y usara algo más que un camisón cuando sale de su cuarto. Quisiera que mi mujer se lo dijese. Me resulta difícil mencionárselo a ninguna de las dos. (No creo que nunca pueda yo volver a dormir en la misma cama con un varón. Elegiría el suelo o una silla. Y esto sería igualmente sospechoso). No me da por dar palmadas en el trasero. A veces me cuesta acariciar a mi mujer. Solo quiero hacérselo de una vez y terminar pronto. O bien no quiero nada de sexo. Hay una barrera de repulsión. Es una forma de

protegerme. Sé bajarla cuando quiero. No tienen nada ahí, salvo algo que falta. Tengo pensamientos obscenos. También esto es una protección. (Otras veces quiero y mi mujer no quiere, lo cual es como recibir una bofetada en la frente, los ojos o el puente de la nariz). Virginia tenía veintiún años y era *mayor* que yo (y así deberé seguir pensando en ella y quiero pensar siempre con nostalgia y devoción románticas).

Me habría devorado, me habría enloquecido (como puede hacerlo Penny), me habría convertido de pies a cabeza en un mar de vibraciones embriagadoras y turbulentas, me habría impulsado hacia atrás, todo tembloroso, en una tormenta de infancia y demencia palpitantes, elevado hasta el techo con la sensación de atravesarlo luego, como un proyectil dirigido al cielo, con la punta ardiente de esa lengua escarlata y traviesa. Habría suplicado misericordia tan pronto como hubiese vuelto a recordar quién era y logrado hablar otra vez. (Ahora lo hago con Penny. Lo hago con mi mujer). Y ella me habría mirado afectuosamente, con la dulzura que trae la saciedad, apoyada sobre las rodillas que tendría entre las mías, satisfecha de lo bien que lo había hecho, de la forma prodigiosa en que me había complacido. Hoy me gustaría eso.

—¿No tiene celos? —tuve que preguntar—. Nos está mirando en este instante.

—Quiere dejar a su mujer y casarse conmigo. Vamos a restaurantes vacíos y bebemos y cenamos. Le gusta mi manera de besar.

—A mí también.

—A mí también. Necesité practicar mucho para que me saliera perfecto. Deberías probarme cuando estoy desnuda y tengo verdaderas ganas. No sé a qué estás esperando.

Me coloqué delante un expediente de accidentes (no fuera a ocurrir otro).

—Ven afuera.

—Veo, dijo el ciego. Algo ha pasado.

—¿Es tuyo este caso? —le pregunto descaradamente.

—Apuesto a que conozco la cura.

—¿Nos vemos?

—¿Alguna vez te has acostado con un duro problema para despertarte con la solución en la mano?

—Eres tú quien me lo complica, pero no puedo culparte.

—Sal primero. Ahora voy.

—Salgo, Virginia.

—Házmelo como él se lo hace a Marie —cantó en voz baja cuando pasé a su lado para salir al vestíbulo.

Era el Capitán Blood, el pirata de la escalera, el bucanero indomable. Llevaba prudentemente el expediente de accidentes, como un escudo de caballero. (Tenía algo que ocultar). Llevaba conmigo municiones calientes.

Siempre anhelé sacarla y pedirle que la sostuviera un momento. Nunca me atreví. Mistress Yerger tomó el mando antes de que me sintiera capaz, y poco después me fui de la compañía. Ensayaba las palabras, pero me era imposible pronunciarlas; intercambiables, se me agolpaban en la laringe y la faringe. Había gran cantidad de palabras breves con las cuales podría haber empezado:

«Quieres…».

«Toma…».

«Querrías…».

«Qué tal si…».

«No seas…».

«Yo…».

«Por favor».

Nunca pude pronunciar ninguna. No sabía qué posición adoptar. (No tenía elección). Ahora sé que no habría tenido importancia. (Ella habría accedido, o no. El hecho habría sido sacarla de pronto, murmurando cualquier cosa. «*Por favor*» habría sido perfecto). Cuánto deseaba que accediera a sostenerla. Habría estado cargada de una necesidad casi intolerable, hinchada hasta reventar de dolor, se habría lanzado rabiosa como un pariente epiléptico que yo no tardaría en repudiar sin éxito, un familiar egoísta que me avergonzara, egocéntrico, un pariente lejano en cuyo nombre tendría que disculparme. Ya nunca me pongo tan cachondo. La apatía, el tedio, el desasosiego, la distracción, la frustración amorfa, el ocio, el descontento en casa o en el trabajo: estos son hoy mis afrodisíacos. Nunca llegué tan lejos. Terminó todo antes de aprender cómo. «Lo único que se requiere es uno o dos años de especialización», dicen los carteles de reclutamiento militar. Obtuve esta especialización en las fuerzas armadas. Salí del ejército convertido en un apuesto capitán, pero Virginia había muerto. Me alegré. (Me sorprendió alegrarme, pero así fue). Traté de concertar una cita con ella desde una cabina telefónica en la estación Grand Central y fracasé. Es difícil tener éxito en estos casos, cuando la persona está muerta. Me gustaba que me contara cosas sobre el sexo. (Era como mirar una película guarra). A veces me costaba imaginar a alguien tan suave, moderado, considerado como Len Lewis siendo objeto de las provocaciones de ella en el restaurante, el cine o un automóvil.

—Se lo hago —se jactaba ella—. Lo conduzco muy despacio. Sé

cómo hacerlo.

—¿Cómo?

Su padre también se había suicidado.

—Nunca supimos por qué. Teníamos mucho dinero. Era un hombre tranquilo. Como míster Lewis.

—¿Qué te hace Lewis?

—Lo que le pido. O lo que le enseño. Todavía no sabe hasta dónde puede llegar conmigo. Le cuesta creerlo —se vanaglorió con una ancha sonrisa—. Es un hombre fácil. Tú también.

—Yo soy duro.

—Eres fácil.

—¿Lo ves?

—Veo, dijo el ciego.

—Me lo pones muy difícil.

—¿Salimos un rato?

—Corre.

—Solo puedo estar un segundo.

—Corre.

El rostro se le iluminaba con una radiante sonrisa de satisfacción cuando veía que yo tenía una erección. (Creo que me provocó más erecciones en mis doce meses en la compañía de seguros de accidentes que las que he experimentado en los veinte o treinta años transcurridos desde entonces). Quisiera tener esas mejillas suaves y redondeadas entre las manos en este momento. Se las acariciaría lánguidamente con el pulgar y el índice, estimulándola despacio, en lugar de achucharla e ir a toda velocidad. (Ahora sé cómo se hace). Sería yo quien elegiría el estado de ánimo y quien tentaría deliciosamente.

—Cúbrete —me decía.

—Vamos fuera —le suplicaba.

—No tendrás tiempo —decía riendo—. Es mejor que corras al baño de hombres.

—Vayamos allí.

—No tengo la llave.

—Te dejaré entrar.

—Nunca lo he hecho en un baño de hombres.

—Lo hiciste una vez en una canoa en la Universidad de Duke.

—También lo hice una vez en un dormitorio de estudiantes en la Universidad de Duke. Con cinco jugadores de fútbol. Me lo hicieron. Fui expulsada. El que me gustaba más me llevó allí. Me mandaron a casa. Tenía miedo de volver. Nunca supe si se lo dijeron a mi padre.

—¿Te violaron? ¿Es eso lo que ocurrió?

—No. No fue necesario. Yo no quería. Pero me obligaron. Me inmovilizaron y todos hablaban a la vez. Los conocía a todos. Pero una vez que empezamos fue divertido y dejé de preocuparme. Se lo habría contado a las otras chicas. Creo que tenía la esperanza de que nos pillaran. Creo que me gustaría volver a hacer algo semejante muy pronto. Me excita mucho.

—En este momento me excita a mí.

—Veo, dijo el ciego.

—Vayamos fuera.

—Solo un minuto.

—¿En la escalera?

A veces no me daba más que tres segundos y un tercio.

—Viene alguien —susurraba con vehemencia y se apartaba bruscamente—. Suéltame.

Debí haber adivinado, juzgando sus antecedentes estudiantiles en Duke, que estaba un poco loca y que probablemente terminaría suicidándose tarde o temprano. Hoy sé diagnosticar inclinaciones como esa en la gente (y mantengo la distancia). El amigo necesitado no es el amigo que yo necesito.

Yo envidiaba y aborrecía a esos cinco estudiantes de Duke. No pensaron mucho en ella. La trataron como una mierda. Y a ella no le importó nada. Había días en que me descubría odiándola durante mis largos y monótonos viajes en metro de ida y vuelta a casa. Había mañanas en que no podía dirigirle la palabra ni forzarme a mirarla, ya que me parecía asquerosa. (Me sentía traicionado. Era escoria, esa clase de escoria que te provoca ganas de morirte. Me alegro de no haber muerto. Me alegro de haberla sobrevivido). Sentía, sabiendo que sentía correctamente, que entre ellos y yo aún los habría preferido a ellos.

Tengo ese don de la intuición y soy capaz de hacer profecías seguras en ciertos aspectos morbosos. Sé ya, por ejemplo (como lo prevé también ella), que mi mujer morirá de cáncer (necesitará un cuarto privado y, desde luego, una enfermera particular) si no me sobrevive y no nos divorciamos por causas de ebriedad o adulterio (por su parte, por supuesto). Si estamos separados, o bien yo ya he muerto, ¿a quién le importa de qué muera ella? (Probablemente extrañaré a mi hijo de vez en cuando, durante algún tiempo, si debo irme de casa tras divorciarme. Me encanta verlo sonreír. Tendré que dejar bastantes cosas. Mis clubes de golf. ¿Cómo puedo dejar tiempo y espacio razonables para mis clubes de golf y mis zapatos de golf nuevos cuando estoy rompiendo mi atadura con casa y con la familia, presa de una furia irracional?). ¿Estaré contento cuando mi mujer se

esté muriendo de cáncer? No. ¿La compadeceré? Probablemente. (¿Me compadeceré de mí? Sin duda). ¿Seguiré compadeciéndola cuando se haya ido? Probablemente no.

Tengo una especial aptitud para vaticinar suicidios y crisis nerviosas. Los veo venir años antes. Kagle está a punto de sufrir una crisis nerviosa. Su Dios no lo salvará, aunque puede que lo salven su alcoholismo y sus putas (complementados por compuestos enriquecidos de vitamina B12 y autocompasión, mezclados con farisaicas alegaciones de malos tratos. Por lo menos, todo el mundo estará de acuerdo en que era una buena persona). Kagle no se matará. Disfrutará de su condición de agraviado con demasiada fruición como para recurrir a algo como el suicidio (gozará de sonreír con valentía, perdonando con generosidad). Tendré que librarme de él. Sonríe de una manera incorregible (y yo quiero patearle la pierna). Sé algo que él ignora, mientras Green, Black, Brown y otros lo observan con desconfianza y formulan teorías. (Lo siento. Sé que no soy sincero con ellos). Quiero que Arthur Baron advierta mis esfuerzos por ayudar a Kagle. Me darán el puesto de Kagle. Ahora es ya inevitable. Kagle acoge bien mis críticas (y no las tiene en cuenta. Es mi atención lo que se toma bien. Si le arrojara bolitas de papel mojadas con saliva estaría igualmente agradecido). Cree que soy como un padre que lo adora y se preocupa por su hijo indefenso. No se le cruza por la mente que soy el heredero ansioso, impaciente ya por suplantarlo. (Me gustaría escupirle en la cara. ¡Cómo se sorprendería!). Martha, la dactilógrafa de nuestro departamento, perderá la razón con el paso del tiempo (probablemente en mi presencia. Me libraré de ella con gran destreza y todos hablarán de mí unos cuantos días), y no me acostaré con Jane, aunque siga flirteando con ella (fluctuando y vacilando, titubeando y saturando), y me llevaré a casa el interés lascivo que despierta en mí (como helados que *se* derriten o comida china tibia) para mi mujer en Connecticut, o bien para mi vieja amiga Penelope, mi fogosa, fiel Penny, quien sigue estudiando música, cantando y bailando con empeño (mientras trabaja como camarera sirviendo cócteles en uno u otro bar) y me quiere más que a cualquiera de los hombres más jóvenes de quienes *se* enamora sucesivamente durante varios meses tres o cuatro veces al año. (Tiene motivos para quererme más. *Soy* mejor. Los otros son unos imbéciles). A mi mujer le encanta que lo hagamos en el apartamento de Red Parker en Nueva York. Y a mí también me gusta hacerlo con ella allí. Es diferente de casa. Nos unimos con todas nuestras fuerzas. Tengo ahora tristes presagios acerca de Penny, que ha cumplido treinta años sin haberse casado (y con cambios emocionales mucho más profundos de lo que sospecha) y

no es tan bonita como antes. La conozco y la quiero desde hace casi diez años. No sé qué será de mi hija. No hago predicciones firmes acerca de las adolescentes de hoy. (Los chicos, lo sé, fracasarán todos. Han fracasado ya. No creo que hayan tenido la oportunidad de triunfar). Querrá aprender a conducir antes de cumplir los dieciséis años. Más tarde querrá tener un automóvil. Mandará hacer una copia de las llaves y se apoderará de uno de los nuestros. Quisiera que fuese ya adulta y estuviese casada y viviera en Arizona, Cape Kennedy o Seattle, en el estado de Washington. Alguien mayor que ella le aconsejará que nos robe las llaves y se haga una copia. Actualmente le roba dinero a mi mujer para gastarlo con sus amigos en cerveza, vino y drogas los fines de semana. No creo que se drogue. Creo que tiene miedo de las drogas y me alegro. Me alegro de que estén ya pasando de moda en nuestra comunidad, junto con los amigos negros. También me alegro de que tema a los negros.

—Si me regalaras un coche propio, no tendría que robarte el tuyo —señalará cuando la sorprenda y estará convencida de que tiene razón.

Estoy en la oscuridad:

(Mis lúcidas visiones se mezclan).

Algo terrible y trágico le ocurrirá a mi hijo (porque no quiero que ocurra) y en cambio no le sucederá nada a Derek. La policía y las ambulancias nunca vienen a buscarlo. No veo ningún futuro para mi hijo (no se corre el velo, no veo el menor resplandor. No le veo ningún futuro) y esto es siempre un presagio que me detiene el corazón. Cuando miro hacia delante, no está ahí. Lo imagino con facilidad tal como es hoy, y tal vez como será mañana, pero no mucho más allá. Nunca es mayor, nunca está trabajando o estudiando, como médico, escritor u hombre de negocios, nunca está casado (el pobrecito ni siquiera sale nunca con ninguna chica), nunca está en la universidad, ni tan siquiera en la escuela secundaria. Nunca es adolescente, con la voz que cambia, piel llena de granos y sombras de vello sudoroso que le brotan en el labio superior y la mandíbula. Lo lloro (mi espíritu llora. ¿Adónde va?). No pasa de los nueve años. Se detiene ahí. (Aquí es donde tiene que apearse. Cada día puede ser el último para él). No tiene futuro, o bien mi capacidad de verlo en el mío ha disminuido. Veo el espacio vacío sin él con dolor. El silencio me pesa. Lo extraño. Huelo flores. Hay cenas de familia y no está presente. ¿Qué podré visualizar en el futuro si no lo visualizo a él? Golf. ¿El cáncer de mi mujer? Un hoyo en uno. ¿Y luego? Otro hoyo en uno.

«Hice un hoyo en uno», podré repetir interminablemente a la gente en los años venideros.

Cuando me alcancen la oscuridad y la vejez como la noche más negra y me marchiten más aún, hasta convertirme en algo pequeño e irreconocible, siempre podré recordar:

«Hice un hoyo en uno».

En mi lecho de muerte de la residencia de ancianos, cuando las visitas que no reconozco ya lleguen a rendirme sus respetos con regalos de golosinas demasiado dulces y con aromáticos trozos de pescado ahumado y grasiento, puede que esté todavía dentro de mi alcance recordar que hice un hoyo en uno cuando estaba en la flor de la vida —ahora estoy en la flor de la vida y todavía no lo he logrado. Es algo nuevo a lo cual conviene orientar el esfuerzo—, y puede que me haga sonreír. Un hoyo en uno es algo bueno que vale la pena atesorar.

—¿Podéis creerlo? —diré—. Una vez hice un hoyo en uno.

—Come un poco más de pescado ahumado.

—Un hoyo en uno.

No sé qué otra cosa se puede hacer con un hoyo en uno, salvo hablar de él.

—Hice un hoyo en uno.

—Come pescado.

—Hola, chicas.

—¿Sabes el del amputado sin brazos ni piernas delante de la puerta del burdel?

—Yo toqué el timbre, ¿no?

Imagino tales escenas de mí mismo en la residencia para ancianos con toda facilidad. Imagino también fácilmente a Derek delante, babeando, adulto de sexo masculino, grueso, torpe, semicalvo, con pelo oscuro y de un parecido incriminatorio con un yo secreto que llevo dentro y que no quiero que nadie más descubra. Mi cara interior. (A veces creo verlo en sueños). Apuesto a que Arthur Baron no sospecha su existencia (ni que tengo la capacidad potencial de volverme de dentro para fuera, convertido en un idiota furioso), ni que tengo un horror crónico —un horror tan agudo que es casi como un apetito exquisito— a tartamudear (o a experimentar un deseo homosexual. Puede que ya lo haya experimentado), o a que la lengua se me hinche y se me adhiera al velo del paladar, impidiéndome hablar. (No es raro que tenga terror a que me condenen detrás de puertas cerradas, sin enterarme siquiera de que ya se ha dictado sentencia. Tal vez haya ocurrido ya). En cambio, esta fértil imaginación que tengo no puede proveer ni un solo día más para mi pobre hijito. (¿En qué trabajará? ¿Qué ropa usará? Dios mío, no quiero tener que vivir sin él).

Y me ofrecerán el puesto de Kagle y lo aceptaré. En este momento, lo deseo. (A estas alturas, no me engaño más a mí mismo diciéndome que no lo quiero). Kagle es el enemigo. Me obstaculiza el camino y quiero apartarlo de él. Lo odio. La necesidad de patearlo se intensifica día tras día, la necesidad de mofarme con desprecio en su propia cara, esa cara hueca e incrédula. (Se transformaría en una calavera. Le haría consumírsele la carne en segundos). Nunca podré hacer esto. La civilización no me lo permitirá. Pero en cambio podría darle una patada en la pierna, si persiste la tentación y flaquea mi autocontrol. Le daré una patada antes de que pueda dominarme. Enseguida me resultará enteramente imposible explicarle por qué lo he hecho. Puede que quiera morirme de vergüenza (y que me sienta como un chico sorprendido en una mala acción).

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntará la gente.

Tendré que encogerme de hombros y bajar la cabeza. Solo pesaré cuarenta kilos.

—Me ha dado una patada en la pierna —se quejará Kagle a todo el mundo.

—Le ha dado una patada en la pierna.

—¿Has visto?

—Ha pateado a Kagle en la pierna.

No hay nadie más cuya pierna tenga ganas de patear, aparte del tobillo de mi hija a veces cuando estamos comiendo, y sería mucho más fácil para mí que estirar la mano y darle un cachete. Se echa hacia atrás como si ya lo hubiera hecho tan pronto como siento ganas de pegarle y levanto la voz. A mi mujer me dan ganas de darle un empujón que la haga retroceder medio metro, a fin de tener el suficiente espacio para levantar el puño y propinarle al menos dos puñetazos. Señalo con el índice a mi hijo, agitándolo. A Derek lo ahogo con una palma enorme puesta sobre la boca, para contener sus ruidos inarticulados y dejar de verle esos ojos llorosos, esa nariz, esa boca. (No lo hago para terminar con su desdicha, sino para terminar con la mía). No es más que un pequeño ser humano lamentable, patético, retrasado, pero no debo pensar tanto en él como haría si me lo permitiera, además de que detesto a su niñera, a quien pongo de patitas en la calle, a quien echo de mi casa, sosteniéndola con un brazo para evitar que se caiga al suelo y me demande. A pesar de ello se cae y me demanda. Esa mujer repugnante exuda un desagradable olor a grasa rancia, mezclada con tierra y talco perfumado. Se baña por la mañana y por la noche. Tiene el pelo de un color blanco cadavérico. Su pulcritud es reprochable. No soporto su familiaridad. No me trata con mayor solicitud de la que recibo de mi familia, a

pesar de ser una empleada asalariada.

Sé lo que es la hostilidad. (Me causa dolores de cabeza y un sueño atormentado). Mi id supura en mi ego y me vuelve agresivo y desagradable. Esta filtración está destruyendo a mis seres queridos. Ojalá pudiera desprenderse uno de los odiados por completo, agotarlos, expelerlos como la langosta de mar expele su esperma sobre la hembra y se aleja luego a las tinieblas opacas, sola y aliviada. Lo he intentado. Vuelven.

A estas alturas creo que todo es culpa de Kagle. La culpa es *de él*. Las diminutas imperfecciones que tiene me resultan intolerables. La irritabilidad hierve en mi interior como ondas de electricidad y me sierra los huesos del cráneo como un filo dentado. Puede suceder que me estremezca dentro del pellejo, sienta náuseas, sufra dolores de cabeza súbitos y penetrantes por la forma en que él se limpia un diente con la lengua, tamborilea con los dedos, pronuncia mal ciertas palabras o comete errores gramaticales como «entre tú y mí» en lugar de «entre tú y yo» y se ríe cuando lo corrijo. ¡Y yo que siento impulsos de corregirlo cada vez y debo contenerlos! Las palabras pasan como flechas por mi conciencia y se estrellan contra el hueso, el interior de mi cráneo. Puedo contenerme y no pronunciarlas, pero no contener la necesidad de querer hacerlo. Me siento furioso con él por provocar ese deseo. Se le forman burbujitas de saliva en las comisuras de los labios y sigue exhibiendo esa mancha blanca en sus labios agrietados, de lo que sea que fuere la píldora o la solución antiácida que está tomando para su dolor estomacal.

—¡Je, je! —le ha dado por decir ahora, con ojos bajos y evasivos.

—¡Je, je! —siento ganas de imitarlo burlonamente.

Detesto ahora a Andy Kagle porque ha fracasado. Quisiera golpearle la cara con la lámpara de bronce de su escritorio.

—Andy —le digo—. Quisiera golpearte con esa lámpara.

—Je, je —replica.

—Je, je —digo a mi vez.

Río amablemente cuando lo veo, comparto chistes malévolos con él sobre el vocabulario de Green o la ropa bien cortada y llamativa que usa, lo ayudo diligentemente de formas que pueda aprovechar. Esta mañana yo pesaba casi noventa kilos, dos kilos y pico menos que el lunes pasado (cuando decidí bajar de peso), y soy casi treinta centímetros más alto de lo que él podrá ser jamás.

—Je, je —quiere saber—. ¿Cómo te va con esa chica del Departamento de Arte?

—Muy bien.

—La que tiene esos pechitos menudos.

—Es tan joven que podría ser mi hija.
—¿Qué tiene de malo eso? Je, je.
—Je, je. Tengo para ti esos informes de visitas de Johnny Brown.
—Crees que no lo he advertido, ¿eh? ¿Podré participar?
—¿Te gustaría que te diera una patada en la pierna?
—¿La sana o la enferma? Je, je.
—Andy, esta vez creo que tienes que estudiarlos y hacer algunos comentarios antes de pasarlos.
—¿O callarme? Je, je.
—Je, je.
—Je, je, je. ¿Para qué sirven? Los vendedores mienten.
—Intenta pillarlos. Les darás una buena impresión a Arthur Baron y a Horace White.
No escucha.
—¿Alguna vez has probado dos contra uno?
—Dos contra uno ¿qué?
—Ahora hago eso en Las Vegas. Conozco al gerente de un hotel. Dos chicas a la vez. Volví a hacerlo la semana pasada. Deberías probarlo.
—No quiero.
—¿Y con dos negras?
—¿Qué hay de esos informes?
—Házmelos tú. Los haces mejor. ¿Qué oyes decir de mí?
—No viajes.
—¿Necesito cortarme el pelo?
—Necesitas una patada en el culo.
—Hoy te ha dado por las patadas, ¿eh?
—Je, je.
—Te voy a contar un secreto. Green está acabado. ¿Te gustaría tener su puesto?
—Chorradas.
—Te recomendaré. Le han reducido el presupuesto.
—¿Cuánto?
—No tendrás tu aumento. Yo sí. La semana pasada hice un trato con Xerox.
—Más chorradas. Siempre estás haciendo grandes tratos con Xerox y a la vez quejándote de todo el dinero que debes.
—Je, je.
Lo único que tiene es su casa de Long Island y otra en las montañas, adonde manda a la mujer y a los hijos todos los veranos. Él va a veces, algunos fines de semana. Pregunto por la familia de Kagle con tanta regularidad como Arthur Baron pregunta por la mía.

—Todos bien, Art —respondo siempre—. ¿Y la suya?

(Green nunca pregunta. No le interesa mi familia y no se digna fingir).

Más de una vez me he detenido a pensar con anhelo en la posibilidad de que se matase en un accidente de automóvil cuando va y viene de casa al trabajo, un día de suerte. Kagle es descuidado cuando conduce y casi siempre está confuso o ebrio cuando sale de la ciudad por la noche. Kagle es uno de los pocos ejecutivos de nivel medio superior en la compañía que sigue viviendo en Long Island, y esta falta de buen gusto lo ha perjudicado, junto con los pelos blancos que le salen de las fosas nasales y el vello de las orejas. Ya nadie tiene vello en las fosas nasales ni en las orejas. (Ahora le convendría ir al peluquero solo para esto). Esto es algo que no he podido abordar con él. (Tengo miedo de herirle). Ha llegado a serme difícil mirarlo cara a cara. Nota un cambio. Creo que es por ello por lo que últimamente no para de soltar sus «je, je». Lo compadezco. (No sabe qué puede hacer para remediar nada de lo que está sucediendo).

—Je, je.

—Je, je.

—Je, je, je. ¿Qué te divierte tanto?

—¿Por qué usas gabardina, por Dios? —lo reprendo en lugar de responder.

—¿Qué? —pregunta alarmado.

—Dejó de usarse hace treinta años.

—¿La gabardina?

—Cómprate algo de lana hilada.

—Ahora tengo un *blazer azul* —dice orgulloso.

—Es de punto doble.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Quedaría muy bien en el interior, en Erie, Pennsylvania, por ejemplo. ¿Tenemos cuentas importantes en Erie, Pennsylvania?

—La semana que viene me voy a Los Ángeles. Desde allí doy un saltito a Las Vegas. Dos contra uno —dice guiñándome el ojo.

—Y te queda mal. Demasiado holgada y, además, torcida.

—También yo estoy torcido, ¿sabes? —me recuerda con gravedad, con un asomo de sonrisa astuta e hipócrita, que le he visto ya con anterioridad—. Nací así, ¿sabes? No me sucedió por casualidad. Fue la voluntad de Dios. No te rías. No es cómico. No es nada cómico, te diré, haber nacido con la cadera y la pierna deformadas.

—Lo sé, Andy.

—No es motivo de risa.

—No me reía.

—Es así como Él lo dispuso.

—Aleluya —se me ocurre replicar con cinismo—. Ojalá Él hubiese pensado tanto en mí como tú sientes que pensó en ti.

Cuando Kagle recurre a su pierna o a Dios en busca de compasión y atención, todo él se *transforma* en esos repulsivos brotes de vello hirsuto en la nariz y las orejas —íntimos, obscenos, asquerosos—, y en los últimos tiempos muchas veces he deseado la muerte del pobre hombre solo por el hecho de haberme provocado tanta ira, vergüenza e indignación. Los abrigos de lana hilada no le servirán de nada. Todo va mal. También le he deseado la muerte a otras personas a quienes quiero, y que no sospechan nada, por supuestos desaires o inconvenientes que me han causado. Que se mueran todos. (Soy generoso. En realidad, no me importa cómo). Pronuncio maldiciones fatales a las vendedoras que no se dan prisa y a los desconocidos que se cruzan en mi camino y me obligan a demorarme cuando tengo prisa.

«Muérete —pienso—. Vete al otro mundo. Déjame que te pase por encima».

Puedo señalar a muchos hombres, sí, siempre son hombres, en la vida pública, a quienes quisiera ver asesinados (y ya no soporto más a los vagabundos. No les tengo lástima), aunque nunca se me ocurriría (hasta ahora) hacer este tipo de trabajo yo mismo. Creo que comprendo por qué otros golpean, patean o incendian a los vagabundos y los pordioseros. (Tenemos demasiados). Nunca lloro la muerte de presidentes de la nación (en general me alegro). Por fin reciben su merecido. Tras la muerte de Franklin Delano Roosevelt creo que fue la última vez en mi vida, si la memoria no me engaña, que pude derramar una lágrima. De vez en cuando tengo que contener los sollozos (casi siempre cuando veo películas malas), pero tengo las lágrimas guardadas en algún lugar profundo dentro de mí. Nadie consigue que broten. Qué hombre, Franklin Delano Roosevelt, fue la última vez que hubo un presidente al cual yo pudiera admirar (los otros no fueron mis presidentes), o por lo menos así lo creía yo, por ser tan crédulo. No, todo el país lloró cuando murió. Mi madre lloró.

—Un tercio de nuestra nación —dijo él— habita una mala vivienda, va mal vestida y está mal alimentada.

En este momento, merced a una tecnología mejor y a las reformas sociales y políticas humanitarias, debe de ser más de la mitad. Cuando llegue al cien por cien (para entonces los millonarios tendrán nacionalidad suiza y vivirán en Francia), resonarán las trompetas, se rasgarán los cielos y todo el mundo oirá gratuitamente la música de Haendel. Anoche volví a soñar que mi madre estaba viva, delgada por

su edad avanzada pero con una salud perfecta, muy bien vestida con un fresco traje de tela estampada y un fino jersey blanco, y que conversaba conmigo, espontáneamente y sin resentimiento, sobre algún alegre festival que se celebraba en la residencia de ancianos. Era Navidad, Pascua o Acción de Gracias. Me sonreía mucho, como cuando era pequeño. Me lo perdonaba todo. La extrañé como un huérfano al despertarme por la mañana. Tenía la sensación pegajosa, dura, de las lágrimas que se me habían secado en las mejillas, cuando, lleno de gratitud, emergí una vez más del sueño con todo mi ser, trayendo conmigo mi memoria y todas mis partes físicas sanas y salvas de dondequiera que estuve cuando no estaba aquí.

—¿Qué soñabas? —me pregunta siempre mi mujer.

—Conmigo.

—Estabas gimiendo.

—Con mi madre.

—¿Todavía?

—Tú también soñarás.

—Ya sueño con ella. Desde que empezó a tener artritis. Tiene los dedos torcidos. ¿Nunca cesarán? ¿Los sueños?

—Para mí no.

—¿Tendré yo también artritis?

—Yo también tendré artritis.

—Espero que no me dé en la columna. No me gustaría estar torcida.

—Fóllame.

—No, no tengo ganas. Los chicos están levantados.

Vuelvo a extrañar a mi madre al recordar cuánto la he extrañado al despertarme esta mañana. Extraño al huérfano. Él es yo. Pero yo no soy él. Creo que tal vez está escondido dentro de mi cabeza con todos los otros que sé que están ahí y no puedo encontrar, los que les hacen malas pasadas a mis estados de ánimo y a mi ritmo cardíaco. Tengo un universo en la cabeza. Ahí se refugian secretamente, en lugares protegidos, muchas familias. Residen civilizaciones. Las leyes físicas lo mantienen todo unido. Las leyes químicas lo mantienen todo funcionando. Yo no tengo nada que ver. Nadie lo rige. Los emisarios astutos se deslizan por callejas y arcadas, en misiones inmorales y misteriosas. Nadie es el responsable. Me encuentro infiltrado y sitiado, el desprotegido blanco de ataques traicioneros desde mi interior. Las cosas se agitan, se vuelven lentas en mi mente, como anguilas negras, y se dejan caer desde la conciencia dentro de negros pozos. Todo es de menor tamaño. No es ni tibio ni frío. No hay humedad. Las caras socarronas se dedican a sus ingratas acciones y placeres de forma

subrepticia, sin confiar en mí. Me causa dolor. Las víctimas lloran. Nadie muere. Hay una espera muda. Tomo aspirinas y tranquilizantes. Estoy infestado de figurillas fantasmagóricas (ahora las veo, ahora no), duendes y diablillos. Me arañan y me clavan alfileres. Quisiera poder sacarlos a todos de la mente, de una vez por todas, para tratar luego de identificarlos, alineados todos contra una pared, bajo el resplandor lechoso de un haz de luz cegador y preguntarles:

«Muy bien, ¿quiénes sois? ¿Qué estabais haciendo aquí? ¿Qué queréis de mí?».

No responderían. Su número sería infinito. Encontraría mil yos. (Me gusta follar con mi mujer cuando no tiene ganas. Me gusta obligarla a hacerlo cuando no quiere). Quisiera poder filmar todos mis sueños con una cámara y localizar a esos canallas culpables para matarlos. Tendría la evidencia. Me gustaría poder escuchar lo que piensan por medio de micrófonos ocultos. Me gustaría poder fotografiar los sueños *de ellos* para descubrir qué les pasa por la mente mientras se desplazan a sus anchas dentro de la mía. (La cabeza de un hombre es su castillo). No oigo voces. (A veces quisiera oírlas). No estoy loco. Sé que hay gente que habla de mí detrás de puertas cerradas, pero no me imagino oyendo lo que dicen. Ayer encontraron a un chico muerto, sexualmente mutilado, en el sótano de una casa de apartamentos. El asesino está todavía en libertad. Encontraron muerto a otro en el hueco de ventilación de otra casa de apartamentos, por donde lo habían arrojado desde arriba. Nadie sabe por qué. (Una chica. La policía todavía no sabe si la atacaron sexualmente). Otra chica falta de su casa desde hace varios días y nadie sabe por qué. La familia y los vecinos esperan noticias, en un suspense cargado de pesimismo, encendiendo a escondidas velas religiosas por su alma, ya que esperan solemnemente lo peor. Por mi parte, también creo que la asesinaron (y me pregunto por qué. Hoy, en Oklahoma, los agricultores han decidido no entregar el algodón al precio convenido, por haberse doblado el precio del algodón entre la fecha de la venta y la fecha en que se realizaron los contratos. Los compradores apelarán a la justicia. Los cuerpos de los hijos de otros son hallados todo el tiempo en huecos de ventilación o de escaleras y yo no estoy del todo seguro de qué son estos huecos). Me pregunto también qué siente respecto a mí, realmente, ese Horace White, estrecho y delgado como un junco. Es un capullo, pero tiene una gran influencia. (Detesto a ese capullo influyente que significa tanto para mí).

—Bien, bien, bien… aquí está el gran mordedor de uñas de la compañía —dice cuando entro en su oficina. Se cree muy gracioso—. ¿Cómo está hoy?

Generalmente está cortándose, limándose o lustrándose sus uñas nacaradas, sentado detrás de su enorme escritorio de nogal, cada vez que me llama para encomendarme algún trabajo nuevo o bien discutir cambios. (Llama a los cambios que quiere que yo haga «correcciones»).

—Si alguna vez escribe un libro —me ha repetido—, hágame aparecer en él. Le compraré muchos ejemplares.

También me gustaría poner un micrófono clandestino en *su* cabeza. Quisiera saber si me paseo con tanta impertinencia por sus sueños como él por los míos (como si fuera el dueño de ellos). Dudo que yo simbolice lo suficiente. Horace White se pasea por mis sueños a menudo con su cara casi sin rasgos, se queda un rato y luego se transforma en Green, más rubicundo, más grueso, quien reniega y me mira con desdén mientras se dispone a hacer algún comentario cortante, para desaparecer de inmediato, tan pronto como yo puedo desear, en el momento en que el extranjero oscuro y amenazador entra y se aproxima con un cuchillo que nunca alcanzo a ver, y me despierto en medio de alaridos de terror primitivo, o bien abandono la escena con elegancia para dar entrada a alguien como a mi suegra o mi cuñada, Forgione o mistress Yerger. O mi hija, mi hijo y/o Derek. O alguien más a quien no he invitado. Qué intervalo más agradable se produce cuando follo con mi mujer o con Penny en sueños. Me entiendo muy bien con Penny y me despierto siempre en el momento decisivo. También me entiendo bien sexualmente con mi mujer. A veces acaricio a mi mujer cuando me despierto hasta que ella se vuelve, llena de amor, y entonces se lo hago a ella de verdad. (Casi siempre es mejor en el sueño). Los sueños sobre Virginia nunca llegan al clímax. Le hurgo la blusa y le toco torpemente las ligas. Tengo tanta gente de quien ocuparme durante la noche. Mucha de ella está hecha de cera de limpiar vidrios barnizada. No existe esto. Hay monstruos sanguinarios y enanos. Cuerpos de animales muertos. Tengo a mi mujer, a mi madre, a mis hijos, a mi hermana, a mi hermano muerto e incluso a mi padre muerto de quienes preocuparme en mis sueños (a pesar de no saber cómo es. Las fotografías que dejó no son muy convincentes), todos ellos menos mi padre pidiéndome socorro de uno u otro tipo que no puedo darles porque yo mismo estoy necesitado. No me extraña que mis sueños parezcan desarrollarse en su totalidad en la atmósfera confinada y asfixiante de la capilla ardiente de un velatorio. Solo Arthur Baron proporciona un poco de solaz, pero está ocupado y nunca puede quedarse mucho tiempo y ni siquiera estoy seguro de que sea mi padre ni de por qué está tan disgustado. (No he hecho nada). Mi hijo de ojos muy abiertos, mi hijo de nueve años, se

transforma en mi hijo de ojos muy abiertos, pero incapaz de hablar, Derek. Los dos están inmóviles. Yo me quedé sin habla una vez. No sabía qué sería de mí. Ahora se me ha ocurrido una idea. No tengo más que sentarme a una cena familiar un día de fiesta con toda mi familia para que surja algo que me recuerda a mi padre muerto, o a mi hermano mayor o a mi madre muda en medio de su muerte lenta, y me vea a mí mismo ubicado como un ser sin vida en distintos escenarios, cerca de la mesa del comedor, desde el comienzo mudo (Derek) hasta el final mudo, fatal, bovino (mamá), pasiva y sumisa como una vaca, y más lejos aún, mi padre desaparecido (papá). Soy una cartilla ilustrada del paso de la vida. Tengo a mi mujer, mi hija y mi hijo como puntos de referencia. Tengo todas las edades de ellos. Ellos son yo. (Pero yo no soy ellos. Representarán las escenas para mí, con muy buena voluntad, tantas veces como quiera verlas). El cuadro es un sueño. La escena es un friso.

—Deteneos.

Ninguno de ellos se mueve. Todos se quedan sentados como muñecos de trapo. Y alcanzo a percibir lo siguiente:

—Este soy yo como era entonces.

Y:

—Así es como me sentiré cuando…

Ahora pueden moverse.

Creo saber lo que debe sentir mi mujer al estar casada con un ejecutivo mujeriego como yo, a quien poco puede importarle ella ya, a menos que padezca un cáncer o cometa adulterio. (El suicidio no sirve). Debe de ser una sensación helada. Si vuelvo los ojos a la izquierda o a la derecha, puedo introducirme en el pasado de mi madre, mi hermano, mi padre, mi hermana, para ver mi propio presente y futuro. Desplazo la mirada hacia el futuro de mis hijos y veo mi pasado. Soy lo que he sido. Incorporo a mí, desde ahora, lo que seré. Me dan datos como las señales de las carreteras. Y hay otro sueño que imagino al verme inclinado sobre el pavo asado humeante, esgrimiendo el cuchillo de trinchar con mango de cuerno, preparado para cortar, después de haber separado las alas, la primera loncha dramática de carne blanca de la pechuga, mientras todos me contemplan y esperan en silencio en sus sillas de altos respaldos, como sombras escépticas que no respiran. Son míos. Los poseo. Me pertenecen. Estoy al mando (y espero que la carne blanca sea sabrosa y la oscura, jugosa). Ahora estamos otra vez congelados y no nos movemos. (¿Visualizan la escena?). No podemos movernos. Estoy de pie frente al pavo. Ellos están sentados, rígidos.

Y tengo la extraña sensación, en esta rara pantomima en la que

todos nos convertimos momentáneamente en estatuas, de que aunque nunca los hubiese tenido, aunque nunca me hubiese casado, engendrado hijos, tenido padres, habrían estado conmigo de todos modos. Dado este círculo, ninguna parte de él podría ser diferente. Dadas estas partes, el círculo fue inevitable. Solo Derek se desvió, pero esto fue un accidente, el de otros. (Nosotros representamos nuestros papeles). Ahora él está fijo en su lugar, con el resto de nosotros. Están en mi cabeza desde que tengo cabeza (no los trajo la cigüeña) y no puedo recordarme a mí mismo sin ellos. (Me faltaría tanto de mí). Chocan contra mi cerebro y me dan dolores de cabeza. De vez en cuando me hacen reír. Están en mi plasma. Ahora podemos movernos. No se mueven. Esperan como troncos. Están sentados como restos en un ataúd, en sus sillas de respaldo alto. El pavo está cortado. Carne blanca, carne oscura, alas y muslos, patas, todo yace prolijamente alineado, como el instrumental en la bandeja del dentista o los instrumentos quirúrgicos de un otorrinolaringólogo listo para extraer amígdalas. Pero no han pasado la fuente. Hay manzanas con canela, gelatina de mora en molde y mermeladas importadas de otras variedades de moras. Es una fiesta gélida, una escena de domesticidad tallada en piedra fría y roída. Soy quien controla todo, pero no hay mucho que pueda hacer. (Puedo pasar el plato de carne a mi mujer). Mi madre está ahí, con el pelo blanco como la espuma. Mi padre está en otra parte. Se morirá. Sé que mi madre se morirá, porque ya ha muerto. (Mi padre me ofendió tanto al morirse que no quise ir al entierro. Quise darle una lección. Se la di). Mi mujer es la única esposa que podría haber tenido hasta ahora (no tuve opción) hasta que la muerte, el divorcio o el adulterio nos separe. Mis hijos son los únicos permitidos. (Los de otras personas les pertenecen a ellos). No se echaron las cartas para nosotros con sonrisas infantiles con hoyuelos, caritas pecosas, animadoras del equipo, chicos cordiales, sociables, destacados en todo. Se convirtieron en lo que eran. Si tuviera que imaginarlos mejores, no serían diferentes. No estaba dentro de mis posibilidades engendrar al chico a quien invitan a la Casa Blanca a ser fotografiado junto al presidente, por representar todo lo que hay de radiante y saludable en la vida nacional. Dentro de poco tendrán que invitar a una fuente de porcelana llena de fresones con crema. La gente ha empezado a parecer maldita. (Se teñirán más rojos los fresones con anilina sintética. La crema será adulterada y se le agregará algo más blanco. La fuente de porcelana será de goma sintética). Todos, salvo Derek, quien se sienta con nosotros (damos a las niñeras vacaciones y esperamos con toda el alma que se las tomen). Puedo imaginarlo de otro modo. No pude concebirlo de este.

Ahora podemos movernos. Puedo pasar la fuente de pavo a mi mujer y ofrecer a los otros un poco de pastel de boniato, hecho con falsos boniatos. Ya no existen los verdaderos boniatos. (Ellos también desaparecieron. No sé *qué* fue de ellos). No sé *por qué* mi padre aparece en estos sueños que tengo, en los cuales no puedo hablar ni moverme, sino quedarme quieto y oír, puesto que apenas conozco a ese hombre, salvo para volverse alguien temible como un negro u Horace White, quien, en mis sueños, revela un fondo escarlata de crueldad erótica debajo de la superficie insípida que le conozco. Horace White tiene acciones de la compañía. Me pregunto si no he olvidado un recuerdo de que mi padre me haya dado una paliza por lo menos una vez. No lo tengo. Hay semejanza en esto, acuerdo estable entre el pasado y la seguridad del futuro. Tal vez debería empezar a darles palizas a mis dos varones cada quince días, por su propio bien. Mi hija es demasiado mayor. Mi mujer no. Le gusta arañarme con los dedos de pies y manos y morderme con suavidad. A mí también. Ahora a los dos nos resulta más divertido si nos hacemos un poco de daño. Me pregunto si soy el único hombre de mediana edad en todo el mundo que aún conserva el lejano temor infantil a una violación homosexual. ¿Es por eso por lo que ese hombre invade mis sueños?

—¡Vete! —le ordeno con claridad.

Pero lo que emito son los roncos lamentos de dolor que alarman a mi mujer.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Estabas gritando.

—¿Qué decía?

—No lo sé. Hacías ruidos.

—Solo gemía. Estoy bien ya.

Mi mujer y mis hijos nunca están en peligro en estas situaciones. Ni siquiera están en casa. Estoy solo. Viene detrás de mí. No tengo a nadie a quien confiar esto, salvo el consejero religioso de la familia o mi psiquiatra. Este me ilumina mucho la cuestión cuando replica:

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque…

—Se muerde las uñas —adivina.

—… tengo miedo. Tengo sueños y pensamientos que me preocupan, aun cuando son agradables. Tengo dolores de cabeza. Estoy insatisfecho. Creo que sufro trastornos mentales. No oigo voces…

—Ah… —observa con un largo suspiro.

—… y nunca tengo alucinaciones.

—¿Cómo llamaría a esto?

—Muchas veces noto olor a excrementos.

—¿Ah, sí?

—Pero siempre descubro mierda de perro en la suela del zapato.

—Tendrá que aprender —me dice— a caminar con más cuidado.

No tengo psiquiatra (la compañía no ve con buenos ojos a los ejecutivos que no son felices) y el consejero religioso de la familia es de mi mujer. (Él, en cambio, no ve con buenos ojos a la gente que es feliz).

Sé que pronto tendré que dejar de morderme las uñas si aspiro a ascender en la compañía más allá del puesto de Kagle o a ser, algún día, cuando sea mayor, presidente de Estados Unidos, cuando el puesto esté vacante y nadie más lo quiera. Lamenté, sin duda, que mataran a John F. Kennedy, porque le dispararon en la cabeza cuando ni él ni yo lo esperábamos, y por las fotografías de las revistas y los noticiarios de actualidad. Eran horribles. (Podrían haber vendido millones de ellas como recuerdos si se les hubiese ocurrido). Pobre. Espero que a mí nunca me disparen en la cabeza. Ahora lo imagino en una escala mucho menor (está ahí, no obstante. Es él. Lo cuidaré tanto tiempo como pueda). Es necesario reducirse a una miniatura para entrar dentro de mis pensamientos y pasearse por recuerdos, peculiaridades y sueños nocturnos, haciendo a la vez cosas inadvertidamente, por iniciativa propia, cuando estoy demasiado ocupado con otros dobles y sombras para sacarlo y jugar con él. Otros se conforman con tener su rostro en las monedas de medio dólar. Yo lo tengo en la cabeza. Es limpio, pulido, apuesto, sonriente. Tiene el pelo brillante. Ahora me gusta. A la hermana de mi mujer no. El hermano menor no vivió tanto tiempo como él. Por regla general, no se aprecia el hecho de que Lyndon Baynes Johnson no tenía más que cuarenta y seis años y todavía era senador de Estados Unidos cuando tuvo el primero de sus infartos. Entonces todo parecía haber terminado para él. Nunca llegó a ser mucho desde entonces. Eisenhower mejoró después del suyo. Su golf mejoró. (También mejorará el mío). Harry Truman también murió. Sabía que se moriría. En los últimos tiempos la cabeza me duele bastante, aunque nadie me ha disparado. Tengo, además, dolores en la base del cráneo, muy cerca del comienzo de la columna vertebral. La aspirina es bastante eficaz. Los tranquilizantes de mi mujer me ayudan a dormir. Hay tres capas de tejido que me cubren el cerebro y la médula espinal y que se llaman, en conjunto, *meninges*. Me encantó enterarme de que tengo tres. No sabía si tenía una siquiera. La meningitis es, pues, una inflamación de la cabeza. La meningitis aparece a menudo en los

cuarteles. La población civil contrae encefalitis, que es una inflamación del cerebro y a menudo se confunde con la enfermedad del sueño. La gente se adormece y se queda paralizada. Es otra buena cura para el insomnio. Soy demasiado viejo ahora para preocuparme tontamente por cosas como la meningitis. Todavía no tengo dolores en el pecho. He cambiado mi temor infantil a la meningitis por temores infantiles más adultos. Ya nunca dedico un solo pensamiento a la meningitis. (Ja, ja). La meningitis mata. También matan los disparos en la cabeza. A Martin Luther King le dispararon. Varios meses después de su muerte, nuestra ágil FBI dejó de intervenirle el teléfono (y empezó a intervenir el mío). La meningitis destruye el sistema nervioso y lo deja a uno sordo, mudo, ciego, paralítico y muerto. Lo lamenté más aún cuando mataron a Bobby Kennedy, porque era más joven que John y las fotografías de su cadáver en el suelo de esa cocina de hotel resultaron todavía peores que las de su hermano. Se le veía tan débil y confuso, con los inmensos globos oculares perdidos en las órbitas y los brazos y piernas larguiruchos y desmañados. Tenía puestos los zapatos. Estaba vestido de negro para la ocasión. También él ahora está cubierto de barniz. Nunca volverá a estornudar. También lo llevo a él ahora dentro de la cabeza. Lo tengo bien protegido. Quiero albergarlo. Y ahí se quedará, hasta que me muera, o bien hasta que llegue el día en que olvide recordarlo otra vez. Estará, entonces, librado a sus propios recursos. No *sé* cómo podrá sobrevivir cuando ya no pueda cuidarlo. Ni dónde. Ocurría antes que cuando me excitaba con una muchacha sentía un calor tórrido. Ahora solo estoy excitado. Solo está la erección. La hermana de mi mujer no es partidaria de la violencia, dice, pero le gustó que mataran a los Kennedy, por ver prevalecer la cruda justicia.

—No recibieron más que su merecido —dijo—. En cierto modo, se lo buscaron.

Mi mujer sintió pena por los hijos.

Debo acordarme de no sonreír demasiado. Debo mantener una fachada. Debo recordar comportarme con una actitud servil y de evidente gratitud con la gente de la compañía y de la universidad y de los clubes de campo a los que me invitan, ya que todos esperan de mí que me muestre humilde, entusiasta, privilegiado y temeroso. Viajo menos, voy más a casa. (Me mantengo cerca de mi base de operaciones, que no es mi casa, desde luego, sino la compañía). Mi mujer está contenta de tenerme cerca, a pesar de que reñimos. Mi hija sospecha que la vigilo. Nosotros sospechamos que usa uno de nuestros coches cuando salimos en el otro —tiene amigos mayores con permiso de conducir para menores de edad— y que ha amenazado a mi hijo

con desfigurarlo o arrancarle los ojos si dice algo. (Creo que a mi vez la mataría si descubriese que ha amenazado a mi hijo con la muerte o la mutilación). Derek no puede contar nada. Me pregunto qué impresiones flotan por su mente (tiene mente, debo obligarme a recordar, además de ojos y oídos que ven y oyen) y qué sentido puede sacar de todo esto. No me interesaría poner un micrófono clandestino en su cabeza. Creo que lo que oiría serían muchos crujidos. Lo imagino recibiendo estímulos lineales en corrientes descontroladas de imágenes y sonidos, que se le introducen por un lado de la cabeza y salen al aire por el otro, como si pasaran señales de radio a través de un nabo, o bien de un instrumento de cerámica, tungsteno y cristal bien afinado, en forma de cabestrante, intrincado y altamente sensible, que hace de todo menos funcionar. No puedo considerarlo una terminal, porque nada termina en él. Veo mis propios pensamientos como circulares, esféricos, orbiculares, como una rueda que gira como el mundo, en un lecho de sedimento dentro del cual mucho de lo que olvido pensar se separa y se hunde hacia las capas inferiores de lodo y de sombra. (Llego a olvidar las cosas que quiero intentar recordar). Como un tubo de vacío, puede llegar, de pronto, a un pico de calor intenso. Como un transistor le afectan de forma visible las sacudidas y las variantes de humedad y temperatura. Tengo un hijo con un nabo en la cabeza. Creo que se produce dentro de él ruido blanco y otros tipos de interferencia y que, posiblemente, es entonces cuando tiene pataletas. (Tengo ruido blanco en mi propio cerebro que me lleva a explosiones de mal humor en casa y me hace desear que se me abra la cabeza para dejar escapar esta presión desbordante). La verdad es que tiene una cara dulce. Todos mis hijos la tienen y mi mujer es más atractiva que ninguna otra mujer de su misma edad a quien yo conozca. Me pregunto qué conexiones estructurales se encuentran sin terminar en el cerebro de Derek. ¿Es demasiado ignorante aún para captar el hecho de que es idiota y que cuando crezca será imbécil? ¿Sabe que sería lógico que me deseara la muerte y reaccionara con temor a que yo lo matase o castrase por haber abrigado él tal deseo? Es mejor que aprenda a guardar en secreto su cochino deseo hacia mi mujer. No tiene culpa. Sueño que también él está muerto y me siento inconsolable al despertarme, porque le compadezco y porque sé que estoy soñando conmigo y que no quiero del todo que se muera.

—¿Qué estabas soñando anoche? —quiere saber mi mujer mientras prepara el desayuno.

—Con Derek.

—Te reías.

—Contigo. Soñé que te acostabas con otro.

—Te reías.

—Me hacías gracia. Era un negro enorme. Me agarraste por la polla. Me encantan las chicas que me agarran la polla.

—¿Quieres que te la agarre ahora?

—Tengo que ir al trabajo. Haz cena para esta noche.

—Yo he tenido un sueño horrible.

—Estabas llorando.

—¿En tu sueño?

—En el tuyo.

—¿Por qué no me has despertado? He soñado que estaba llorando y no podía parar.

—Yo he estado muy ocupado en el mío. Tal vez haya sido el mismo. ¿Soñaste que estabas follando con un negro muy grande anoche?

—No tengo por qué. Contigo tengo suficiente.

—Sospecho que esa golfa nos *roba* uno de los coches. Cuando él empezó a decir algo anoche en la cena, ella le lanzó una mirada.

—Se lo preguntaré.

—La atraparé. Haz la cena esta noche. Me gusta tenderle trampas.

—Últimamente vienes más a casa.

—¿Y qué?

—No digo nada. Estoy contenta.

—Yo tampoco digo nada.

—Y no tienes por qué gritar.

—No estoy gritando. No veo por qué no puedo levantar la voz en casa alguna vez sin que me acuséis de gritar. Todos gritáis. Tú gritas. No sé por qué estás tan irritable.

—Eres tú quien estás irritable esta mañana. Me alegro cuando vienes a casa. Hasta llegas silbando. Tal vez estés empezando a disfrutar de estar con tu familia.

—Por supuesto.

—¿Todo va bien?

—Todo va perfectamente. E iría mejor aún si dejaras de preguntarme si todo va bien.

—Sabía que esto acabaría antes de que salieras de la cocina.

—No me extraña que quiera irme a la oficina cuanto antes.

—Si algo va mal en la oficina, quisiera que me lo dijeses.

—Todo va bien.

—¿Algo va mal? —me pregunta Green sin rodeos tan pronto como llego al trabajo.

—¿Qué?

—Acabo de hacerte una pregunta bien clara.

(Dios mío. También él está de mal humor y me ha cogido desprevenido).

—Nada.

—No me mientas.

Me mira con sus ojos húmedos y exoftálmicos y con un aire sádico e irritado y tiene el sensual rostro acalorado y perlado de sudor. Por lo general, Green no se permite sudar donde pueda ser visto. (Me pregunto si esta mañana le molesta más que de costumbre el hipertiroidismo o la próstata inflamada). Lleva un traje holgado y sin forma con grandes cuadros, de lana de camello, con solapas anchas y puntiagudas. La trama es gris con finas rayas de color violeta, y le queda bien. El resto debemos esperar a los festivales y exposiciones, aunque siempre se permiten los pantalones de tela escocesa para los fines de semana y las barbacoas, el club náutico y el club de campo. Green es una figura extravagante con un vocabulario arrollador que incomoda y mantiene alejados a los superiores de la compañía. Horace White huye de él como de una plaga. Green le hace la corte a Horace White. White huye de él en dirección a Black, quien desprecia a Green y lo vilipendia abiertamente. Green retrocede, lamiéndose las heridas.

—Black es un animal —se me ha quejado Green—. Un mono. Es inútil hablar con él.

Black es antisemita. Green espera y me mira con aire truculento sentado detrás del escritorio, como si yo tuviera la culpa de su tiroides, próstata, colitis o de Black.

—No sé a qué te refieres.

—No mientas si no sabes mentir —empieza casi antes de que yo termine, como si fuese capaz de anticiparse a mis respuestas—. Está bien mentir si no sospecho de ti. Soy tu jefe. No le mientas a nadie si no eres convincente, si quieres seguir trabajando para mí. No quiero tener trabajando para mí a gente que sea despreciada por nadie, excepto por mí.

—La puta de mi mujer.

—No digas esa palabra en mi presencia.

—Me has preguntado, ¿no?

—No soy Andy Kagle.

—No se lo diría a Andy Kagle.

—Me gusta tu mujer.

—No, no te gusta, Jack. A mí sí. ¿Qué ocurre?

—Yo he tenido cuatro mujeres y nunca me has oído decir nada poco halagador sobre ninguna de ellas, a pesar de que las he odiado a todas.

—Tampoco es que a ella le caigas tan bien.
—No me vengas con cuentos.
—Te considera un cabrón por no haberme dejado hablar en la convención.
—Deja de utilizarla.
—Vamos, vamos, Jack. Tampoco te gusta tanto.
—No me gusta nada, ya que insistes en el tema. ¿Quieres saber por qué?
—No.
—Bebe demasiado en algunas fiestas y demasiado poco en otras. Es muy estirada y poco espontánea e incomoda a los demás. Emana nubes de malestar social en todas las reuniones de la compañía, como otras personas emanan olores.
—Te he dicho que no quería que me lo dijeras.
—No es gran cosa. No es rica ni famosa ni de la alta sociedad, y no te ayudará ni a ti ni a mí.
—Me has preguntado si algo iba mal, ¿no?
—Y tú utilizas a tu mujer para evitar decírmelo.
—No es verdad. ¿Por qué estás de tan mal humor?
—¿Por qué estás tú de tan buen humor?
—No lo estoy, ahora.
—Estás ofendido, ahora —replica con una mueca burlona y un tono guasón, y supongo que también él debe de ser vulnerable al impulso repentino de imitar a quien lo molesta hasta un punto insoportable.
Se llama ecolalia.
Se llama ecolalia (repetición incontrolable e inmediata de las palabras pronunciadas por otra persona. Lo busqué en el diccionario. Ja, ja).
Ja, ja.
Ja, ja.
(Puede prolongarse eternamente).
Puede prolongarse eternamente.
—¿Acaso no debería estarlo? —pregunto.
—¿Acaso no deberías estarlo? —pregunta.
—¿Qué ocurre, Jack?
«¿Qué ocurre, Jack?», espero oírle responderme con mi propia voz, como en una pesadilla (como me oigo muchas veces replicar violentamente a mi mujer o a mi hija con sus voces cuando estoy demasiado alterado y fuera de mis casillas para pensar en una forma más madura de herir).
—¿Has estado husmeando por ahí en busca de un trabajo mejor?

—oigo que pregunta en cambio.

—¿Un trabajo mejor?

—No lo hallarás sin mi ayuda.

—¿Debería buscarlo?

—Ni siquiera sabrías dónde buscar.

—¿Qué tiene de malo el puesto que tengo aquí?

Noto que empiezo a transpirar.

—Estás sudando —comenta.

—No.

—Tienes sudor en la cara y ya te traspasa la camisa. ¿Por qué me lo niegas todo como un necio? Sabes que cuando te he preguntado antes qué iba mal no te he preguntado qué iba mal. No me refería a lo que iba mal. Me refería a lo que iba bien. Estaba siendo sarcástico. Has actuado de un modo extraordinario. Y cuando digo extraordinario no quiero decir extraordinario. Quiero decir extraño. Y tampoco quiero decir extraño. Quiero decir jovial. Últimamente te oigo silbar a menudo.

—No me he dado cuenta.

—Y no afinas bien. Debes de pensar que eres el único en la compañía que ha oído hablar de Mozart. Has estado haciéndote el simpático con mucha gente de aquí que no me gusta. Kagle, Horace White, Arthur Baron, Lester Black. Hasta Johnny Brown, aunque ganas más que él.

—Es mi obligación. Trabajo para ellos.

—¿Adularlos? Yo me encargo de toda la adulación en este departamento. Lo hago mucho mejor. Les divierte verme adularlos. Tú no les importas.

—¿Y Kagle?

—Kagle está muerto —dice con tono cortante y una sonrisa de satisfacción—. Escupe al hablar y cojea. Yo podría tener su puesto. Probablemente sí. No lo aceptaré. No me interesa vender. Vender es degradante. Venderse uno mismo es aún más degradante. He intentado venderme para conseguir una vicepresidencia y no he podido, lo cual es lo más degradante, cuando intentas venderte y fracasas. Si le cuentas a alguien que te he dicho esto, lo negaré y te despediré. La compañía no te despedirá, pero yo sí. Te lo juro. Red Parker.

—¿Qué pasa con él?

—Aléjate de él. Va de mal en peor desde que su mujer se mató en ese accidente de automóvil.

—Siento lástima por él.

—Yo no. No la quería demasiado cuando estaba viva. Bebe en

exceso y no trabaja nada. Aléjate de la gente que va de mal en peor. La compañía aprecia eso. La compañía aprecia a las ratas que saben cuándo huir del barco que se hunde. Has estado usando su apartamento últimamente.

—Para bañarme. También llevo allí a mi mujer.

—Has estado actuando como un colegial tonto y tímido con esa jovencita del Departamento de Arte.

—No, no es verdad —replico a la defensiva. (Ahora me ha picado el amor propio)—. Jack, solo bromeo. —(Siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Deben de estar tan húmedos como los de él).

—No es suficientemente bonita. Gana poco.

—Tú también flirteas.

—Tengo una fama de arrogancia y excentricidad que me protege. Tú no. Eres solo lo que haces. Yo tengo alergia. Si tengo aspecto de estar llorando, es porque soy alérgico. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Me gustaría poder decir lo mismo.

—No puedes. Por lo menos en mi presencia, puesto que yo lo digo mejor. Tampoco eres capaz de pensar con la rapidez con que pienso yo. No tienes el estilo necesario para mostrarte elocuente y locuaz como yo, de manera que ni lo intentes. Esa chica no te ayudará nada. Dedícate a las divorciadas ricas, a las mujeres de otros y a las viudas atractivas.

—No es tan fácil encontrar viudas.

—Lee las esquelas. Vuelves a sonreír.

—Eres gracioso.

—No tendrías que estar riéndote en este momento. Slocum, tienes problemas y aparentemente no te das cuenta. Te diré que no me gusta nada.

—¿Por qué tengo problemas?

—Porque trabajas para mí. Y has estado mostrándote demasiado alegre para mi puto gusto.

—Pensaba que no te gustaba esa palabra.

—No pareces temerme tanto como antes.

—En este momento tengo miedo.

—No me refiero a este momento.

—¿Por qué habría de temerte?

—Tampoco me gusta ese comentario. Me da miedo *a mí*. Lo último que puedo desear yo, Jack Green, es que alguien se sienta suficientemente seguro en su puesto conmigo como para pasearse silbando la *Misa en do menor* de Mozart. Me he fijado. No sonrías. Eres tan fácil de impresionar como el resto. Lo que me intriga es cómo conoces esa pieza.

—Conozco a una chica que…

—Yo puedo tener esas pretensiones aquí. Tú no. No quiero gente que silba trabajando para mí. Quiero borrachos, úlceras, jaquecas y presión arterial. Quiero gente que tenga miedo. Soy el jefe y se supone que debo obtener lo que quiero. ¿Sabes qué quiero?

—Trabajo competente.

—Quiero colitis espástica y agotamiento nervioso. Además has adelgazado, ¿no? Yo tengo colitis espástica. ¿Por qué tú no? Yo tomo estas pastillas. Quiero que las tomes. ¿Quieres una?

—No.

—La tomarás, si quieres seguir trabajando para mí y decir algún día un discurso en la convención. ¡Qué diablos! Quiero que la gente que trabaja bajo mis órdenes esté peor, no mejor que yo. Es por esa razón por la que te pago tan bien. Quiero verte siempre al borde. Quiero que esto sea bien visible. Quiero poder oírlo con una voz titubeante, agitada, tímida. Bob, me resultas más simpático que nunca cuando eres incapaz de pronunciar una palabra porque no sabes qué palabra debes usar. Tampoco te permitiré hablar este año en la convención. Pero no lo sabrás con seguridad, a pesar de que te lo digo ahora. No estarás seguro. Porque pienso cambiar de idea y dejarte preparar y ensayar otro discurso de tres minutos, por si acaso no vuelvo a cambiar de idea. Cambiaré de idea, sin embargo. No confíes en mí. Yo no confío en la lisonja, la lealtad ni la sociabilidad. No confío en la deferencia, el respeto ni la colaboración. Confío en el miedo. Pues bien, esta ha sido una demostración elocuente de mi capacidad de expresión y fluidez, ¿no? Nunca podrías hacer algo semejante, ¿eh?

—¿Qué ocurre, Jack? —repito con humildad, casi gimiendo, con una falta de fortaleza que me vuelve abyecto—. ¿Por qué haces esto?

—Tengo el departamento con mejores sueldos de la compañía. Te has quedado estancado aquí.

—Lo sé.

—Recibo críticas por los altos sueldos que pago.

—Lo sé.

—A menos que decida despedirte. También yo me he quedado estancado aquí. ¿Sabes? Quiero gente inferior con mentes superiores que sientan en los huesos que sus vidas terminarían si perdieran su puesto conmigo. Y quiero que esto sea verdad. *Ahora* es visible, *ahora* está saliendo afuera, donde quiero que esté. *Ahora* tienes miedo. Bien. Vamos, Bob, cálmate y métete las manos en los bolsillos. Te tiemblan.

(Lo mataría si me atreviese).

—¿Por qué quieres que tenga miedo?

—¡Trabajas para mí! Puedo despedirte, idiota. Y también pueden despedirte otras doscientas personas, de las cuales ni tú ni yo estamos siquiera enterados. ¿Lo dudas?

—No, ¡qué va!

—¿No es esta razón suficiente? Puedo intimidarte y degradarte cuando me dé la gana.

Dios mío. Me ha echado el mal de ojo. Green no *puede* despedirme pero cada célula de mi ser está convencida de que puede y estallará de pánico. (Mi mente tiene cerebro. Mis glándulas no).

No confío, entonces, en poder responderle sin tartamudear de forma vergonzosa, afeminada, como un marica. No me siento capaz de eliminar lo que me bloquea la boca, de liberar la lengua, de ablandar todos los músculos de las mejillas y los labios para intentar formular una sola palabra, hasta haber clasificado todos los sonidos posibles y elegido cuál será esa primera palabra. Y por lo menos, la que le siga, la que pueda guiarme sin dificultades hasta la siguiente. (Si mantengo corta la frase, puede que pronuncie una completa. Debo empezar con una palabra de una sílaba. Todos los sonidos posibles se me amontonan en la mente, como una mezcla desordenada de bloques con letras dentro de un aula infantil silenciosa). De lo contrario, podría salirme simplemente una jerga ininteligible, o bien un alarido. Me siento como una tostada chamuscada que arde en el tostador, y luego los poros se me abren y emanan un enorme torrente de sofocante transpiración, antes de que tenga tiempo de recordarme que ya no hace falta. Ya no *necesito* tener miedo a Jack Green. Solo debo fingirlo.

Aun así, tengo miedo.

(Creo que lo tendré siempre).

Lo odio tanto y lo deseo muerto como Kagle. Quisiera que tuviese cáncer de tiroides, próstata y colon. No tiene cáncer. Probablemente iría a visitarlo al hospital solo para verlo consumirse y sin habla. Probablemente me ingresarán en el hospital antes que a él y él no irá a visitarme. (Tal vez sí que vaya, solo porque sabrá que yo pensaré que no irá). Me gustaría poder ser como él. Lo envidio y lo idealizo aun en este momento, al verlo apartar los ojos de mí con una mirada de indiferencia estudiada que llega casi al tedio. Ni siquiera me da la satisfacción de regocijarse con el triunfo. (No soy tan importante para él. Es maravilloso). Quisiera poder hacer eso. Puede que algún día, si lo practico con regularidad (cuando no esté él cerca para observarme con desprecio por el hecho de estar intentando emularlo), seré capaz de hacer cosas semejantes con otra gente, y con la misma serenidad desdeñosa.

Green no va a despedirme ahora. Simplemente quiere fastidiarme. Es una de sus pataletas. (Tiene estática en la cabeza). Aun así, la temperatura de mi miedo sube y luego baja. A veces pienso que estoy perdiendo la razón. El miedo (y la razón que estoy perdiendo) no parece ser mío (parecen ser de él), al hervir en mi interior por momentos como un horno de fundición, y congelarme toda la piel al siguiente como un nebuloso viento invernal, alternándose sin control desde dentro y desde fuera en el pabellón caído de mi camisa entallada y hecha a medida de batista suiza celeste, la mejor tela para camisas, según me dijo Green. Es gracioso. Hoy podría haber usado una camisa más oscura o de una tela Oxford más gruesa para venir al trabajo, capaz de contener sin manchas los torrentes de sudor delator que se extienden bajo los brazos y me corren por el pecho y el abdomen desde la clavícula.

«La próxima vez ponte un jersey —casi oigo que me dice Green, quien me lee el pensamiento—. De cachemir. Un chaleco. Como el mío. Por eso llevo este», le oigo añadir, leyendo el suyo.

Es increíble el poder del mal de ojo que Green aún tiene sobre mí. Quisiera que se muriese. Pero pienso con cierta justificación que quizá pueda derrotarlo a su debido tiempo. Cuento con la edad, Arthur Baron y una colitis espástica de mi lado.

Pero no tan fácilmente como esperaba.

Quisiera dispararle en la cabeza.

Quisiera hacerle una mueca y sacarle la lengua. (Quisiera volver a comer otra vez un buen pastel de boniatos o una mazorca de maíz tierna).

—¿Quieres despedirme? —le pregunto vacilando.

—Puedo humillarte.

—Estás humillándome.

—Puedo actuar como un hijo de puta.

—¿Por qué habrías de querer despedirme?

—Sin darte siquiera ningún motivo.

—Tendrías que reemplazarme por alguien.

—Para recordarte que puedo despedirte. No eres un ciudadano libre mientras estés trabajando conmigo. A veces creo que lo olvidas.

—Ya no.

—Tampoco yo. Para hacerte sentir qué significa la verdadera subyugación. No podrías obtener un puesto mejor sin mi ayuda, y si lo consiguieras no podrías aceptarlo. Tendrías que renunciar a la pensión y a los beneficios de la compañía y empezar otra vez a preguntarte si te aprecian tanto allí como te apreciamos aquí. Pasarían tres años y no estarías seguro. Dependes de mí.

—Lo sé.

—No estoy seguro de que lo sepas siempre. Yo siempre quiero saber que lo sabes. Quiero estar siempre seguro de que sabes que tienes que arrastrarte a mis pies cada vez que te lo ordene. Eres un hombre adulto, maduro, competente, un ejecutivo de nivel medio, mediocre, ¿no es así? No tienes que quedarte ahí sudando de ese modo y aguantar todo esto, ¿o sí? Tienes que quedarte ahí y aguantarlo, ¿o no? Contéstame.

—No voy a contestar a eso.

—Por otra parte, puedo darte otro aumento grande y humillarte de esa manera.

—Lo aceptaré.

—Puedo obligarte a vestir trajes lisos y camisas y corbatas de rayas.

—Ya lo hago.

—Lo he notado —responde con aspereza—. También juegas al golf.

—Siempre he jugado al golf.

—Antes no jugabas tanto.

—Juego en el torneo de la convención todos los años.

—Con un hándicap alto. Estás allí como un chiste, junto con todos esos charlatanes borrachos de las oficinas de ventas. Y eso es otra cosa que no me gusta. Tú no perteneces al Departamento de Ventas.

—Tengo que trabajar para ellos.

—¿Preferirías pertenecer a Kagle?

—No.

—¿Por qué?

—Tú eres mejor.

—¿En qué?

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—¿Para quién trabajas, para mí o para Kagle?

—Para ti.

—¿Quién es más simpático?

—Él.

—¿Quién es mejor persona?

—Él.

—¿Cuál de los dos te gusta más?

—Tú.

—Ahora estás hablando con inteligencia. No tienes que pensar en un puesto mejor por el momento, Bob. —El ritmo se hace más lento, la voz, más suave. Es casi cordial, está casi contrito—. Verdaderamente no creo que pudieras encontrarlo fuera de esta compañía.

—No lo busco, Jack. ¿Por qué habría de buscarlo?

—Por mí.

—No eres tan malo.

—¿Ni siquiera ahora? —Alza los ojos para volver a mirarme y esboza una sonrisa.

—Haces las cosas bien.

—¿Todas las cosas?

—No todas. Algunas, Jack, las haces muy mal. Hasta me gusta cómo me estás hablando ahora. Ojalá pudiera ser tan maleducado como tú.

—Es fácil… con alguien como tú. ¿Ves qué fácil es? Con alguien como tú. —Deja escapar un suspiro entre sardónico y triste—. No pienso despedirte. No sé por qué he empezado a hablar. A veces me aterra pensar qué sería de mí si tuviera que irme de la compañía. ¿Sabes lo que está pasando con el precio de la carne?

—Está muy cara, ¿no?

—Yo tampoco lo sé. Pero me preocupa lo que podría sucederme si tuviera que estar enterado. Me han reducido el presupuesto.

—¿Cuánto?

—Por ahora no es asunto tuyo.

—Kagle dijo que lo reducirían.

—¡Kagle y tú estáis a partir un piñón!

—Podría ser útil.

—¿Eres más amigo de él que de mí?

—Él me necesita más.

—Yo no te necesito para nada.

—Tendrías que reemplazarme, ¿no?

—No. En lo que se refiere a la compañía, nadie necesita a nadie. Funciona sola. No nos necesita. Nosotros la necesitamos a ella.

—¿Debo hablar con Kagle?

—Kagle es un tonto de remate. No le conviene subestimarnos. Te daré tu aumento, si me dan el mío.

—Hablaré con él.

—Yo no te lo he pedido.

—Le haré la zancadilla.

—No me hace gracia —replica Green.

—Lo sé.

Mi sonrisa forzada se me antoja extraña, ajena a mí, como si la hubiese esbozado otro y puesto luego sobre mi cara.

—Yo creía que eras su amigo.

—Se me ha escapado —me disculpo confuso—. Ya no sé lo que me digo. Hablaré con él.

—Yo no te lo he pedido. Ni siquiera sé ni por qué me importa. Ninguno llegaremos muy lejos. Kagle cojea. Yo soy judío. Nadie sabe lo que eres tú.

—Yo no soy nada. Mi mujer es una devota congregacionalista.

—La devoción no basta. Tendría que ser famosa o muy rica. Tienes un hijo tullido o algo así del cual no hablas mucho, ¿no?

—Tiene una lesión cerebral.

—¿Grave?

—Incurable.

—No estés tan seguro. He oído decir que…

—Yo también.

—Sé de un médico…

—Fui a verlo.

—¿Por qué…?

—Basta, Jack. Hablo en serio.

—Siempre me he preguntado si tenías límites —replica Green—. Acabo de saberlo. —Parece abatido, pensativo. Green tiene problemas con sus hijos, pero ninguno como el de Derek, lo cual me confiere una buena ventaja sobre él que tal vez quiera volver a usar. (El chico resulta útil después de todo, ¿no?)—. Recibirás tu aumento —me dice al fin Green—, y probablemente yo obtendré el mío. Y este año aún puede que te deje pronunciar tu discurso.

—No te creo.

—Haces bien.

—No lo creeré hasta que lo pronuncie.

—Es parte de mi estrategia. Tú no podrías asumir mi trabajo si deciden darme a mí el de Kagle. Yo podría cogerlo. Soy mejor que él. Así podría llegar a vicepresidente.

—Kagle no.

—Kagle cojea y tiene pelos en la nariz y las orejas. Nunca llegará a ser presidente un cojo o alguien con un hijo retrasado.

—Roosevelt era cojo.

—Estoy hablando de la compañía. La compañía es más exigente que el país. Me han bajado el presupuesto. Por eso estoy irritado. Y no confío en ti. Volverán a aumentármelo, pero tendré que pelear. Tendré que arrastrarme. Es así como deberé pelear. Es la parte que odio. Es la razón por la que no te recomendaría para que me sustituyas. No estás capacitado. No sabes arrastrarte.

—Me arrastro.

—Te arrastras, pero sin gracia. Igual que cuando adulas a la gente.

—Podría aprender.

—Yo ya sé hacerlo. Mirad a Green, dice Green. Mirad a Green

arrastrarse, bromea Green. Por eso me han reducido el presupuesto. Lo reducen todos los años. Solo para ver cómo me arrastro.

Y yo lo rebajaré aún más, pues sé cuánto del trabajo costoso y de verdad urgente que hacemos no es necesario ni útil. Debo acordarme de parecer humilde y sereno y digno de confianza. Tiene razón Green. Nada de lo que hacemos tiene mayor importancia. (Solo podemos afectarnos mutuamente). Es la colmena. Somos los zánganos. Los directores se mueren y son reemplazados. Obligaré a retirarse a Ed Phelps. Debo mostrarme ingenuo y actuar con reserva. Si siento ganas de saltar de alegría, deberé saltar en el estudio de casa, o bien en el apartamento de Red Parker. Debo dejar de usar el apartamento de Red Parker. Se sabe. ¿Qué haré con Red Parker? Es más joven que Ed Phelps. Debo ser amable con todos. (Debo hacerme el tonto).

—¿Por qué diablos se *te* ve tan contento estos días? —pregunta Johnny Brown dándome uno de sus golpecitos con el puño en el brazo.

(No es difícil imaginarme ese mismo puño en la cara).

—Por ti —le digo alegremente—. Estás mandándome los informes de llamadas.

—¿Los has cotejado con las cifras de ventas?

—Esto es lo que cuenta.

—Todo es mentira podrida.

—Mientras tengan aspecto de verdad…

—No cuentes con ello —responde Johnny Brown—. Los vendedores podrían ocupar su tiempo en algo más útil que redactar mentiras como estas. Sé cómo manejarlos. Me ocuparía de que esos cabrones estuviesen fuera todo el día visitando a los clientes. Les sacaría las sillas de las oficinas. Detestan elaborar estos informes.

—Arthur Baron los quiere para Horace White y Lester Black.

—Pregúntale por qué.

—El ordenador se estropea y se pone a llorar si no recibe buenas noticias.

—Eres un caso.

Me arrastro con gracia ante Johnny Brown y consigo los informes de llamadas que necesito para Arthur Baron. Me darán un aumento. (Mi mujer y los chicos tendrán más dinero). ¿Qué será de mí si Arthur Baron sufre un derrame cerebral? (Tiene exceso de peso y fuma y no tengo ni idea sobre su presión sanguínea, sus niveles de lípidos o su colesterol en sangre. Ni siquiera sé qué son los lípidos ni cuál es su función). ¿Quién me cuidaría si muriese Arthur Baron? (¿Quién obtendría su puesto?). ¿Horace White? Detestaría tener que depender de ese avispón sin veneno para mi protección, mientras ese Green

grasiento y semita, ese Green verde de envidia, me va socavando el terreno desde abajo con su mente más ágil y su vocabulario brillante, y Johnny Brown se arremanga para darme un puñetazo en la mandíbula. Espero que no me golpee. Un golpe en la mandíbula sería la ruina para mí. Me dañaría no solo la cara, sino también la fama de hombre competente y con autoridad. Para mí sería mucho peor que la patada que pudiese recibir Kagle en la pierna. Puede entenderse que le dé una patada en la pierna a Kagle y fingir que es en broma o que se la dé estando los dos solos en la oficina. No tendría que enterarse mucha gente. En cambio, todos en la compañía se enterarían de que Johnny Brown me había dado un golpe en la mandíbula. (Quisiera ser *yo* el fuerte y valiente y que *él* fuese el débil y el cobarde. Me hace sentir medio metro más bajo de lo que soy, además de sexualmente impotente). ¿Qué les parecería a los altos ejecutivos un directivo medio al que hubiesen golpeado en la mandíbula y se sintiese sexualmente impotente? Creo que lo verían mal. Mi mujer me perdería el respeto. No querría que se enterasen los chicos, los vecinos y tampoco la niñera de Derek. Nadie con cojera, un hijo retrasado o un puñetazo en la mandíbula será nunca presidente de la compañía ni del mundo. Si alguien hubiese golpeado a Richard Nixon en la mandíbula, nunca habría llegado a ser presidente. Nadie quiere a un hombre que se deja golpear en la mandíbula. Es difícil depositar gran confianza en el intelecto de alguien que se deja golpear en la mandíbula. *A mí* no me haría ningún bien que luego despidiesen a Johnny Brown. El golpe en la mandíbula no dejaría de existir. ¿Qué haré si me pega? (¿Cómo llevaré la situación?). Ya sé lo que haré. Me caeré. Pero supongamos que, con la consiguiente sorpresa de mi parte, no me cayese. Tendría que golpearlo a mi vez. ¿Qué sería peor? Sé lo que sería peor.

Las dos cosas.

Esos súbitos episodios de desconfianza en mí mismo me dejan sin energía, voluntad o esperanza. Me ocurre cuando estoy a solas, o bien viajando en automóvil desde algún lugar con mi mujer y ella es quien conduce. (Simplemente quiero detenerme, renunciar a todo). Con frecuencia sigue a la euforia. Todo se esfuma, dejándome con la visión apática de que he descendido a mi propio nivel, que es muy bajo. A veces tengo dificultad para mantener las erecciones. No siempre las tengo ni duran igual que antes. Me preocupo. A veces se producen y, al producirse con el vigor de antes, me siento como si fuera el campeón mundial de peso pesado. Es una sensación grata. Hay veces en que no tendría miedo de follarme a cualquiera, en que no hay ni la más mínima duda de que actuaré como es necesario para ponerme a trabajar. Ni siquiera lo veo como un trabajo. Es un placer. No vacilaré

en obligar a Ed Phelps a retirarse.

—¡Vaya! —dice mi mujer, impresionada—. ¿De dónde ha salido esta energía? Vuelves a ser como un muchacho.

—¿Qué sabes *tú* de muchachos? —bromeo, algo irritado y celoso por la comparación.

—Vamos, sé más de lo que tú te crees.

—Ya lo sé.

—Eres más joven en este momento que cuando eras más joven —dice ella con una carcajada de alegría.

—Tú también.

—¿Tienes quejas?

—Por supuesto que no.

—Vamos. ¿Por qué te gusta siempre esperar?

—¿Otra vez? —pregunta Penny con una exclamación de halago y orgullo. (Se siente muy honrada y agradecida cuando la deseo)—. ¿Cómo es que tienes tanto tiempo para mí últimamente? Espera. —Ríe con la voz pastosa de una contralto sensual—. Espera, chico. Dale una oportunidad a tu pobre jovencita.

Penny tiene actualmente treinta y dos años y hace casi diez que tengo relaciones con ella. Ya no está enamorada de mí. Y yo nunca he estado enamorado de ella.

Penny y mi mujer son, diría, casi las dos únicas mujeres con quienes me siento enteramente cómodo (y también las dos mujeres que me parecen menos interesantes). Con todas las otras chicas a quienes puedo llamar (tengo una lista codificada de veintidós nombres y números telefónicos en la billetera, en la oficina y en un cajón de la mesilla de noche en el apartamento de Red Parker, y de cualquiera de ellas podría recibir un «Sí» una determinada tarde o noche) cada ocasión es como la primera vez (un esfuerzo. Un trabajo. Tengo que hacerlo bien. Me gustaba más cuando creían estar haciéndonos un favor. Lamento que hayan descubierto que ellas también pueden tener orgasmos. Me pregunto quién se lo dijo).

Sé que puedo dar una buena impresión a Arthur Baron al obligar a Ed Phelps a retirarse. Y, a diferencia de Kagle, no tengo una relación estrecha con ese hombre bondadoso y charlatán que está en la compañía desde hace más de cuarenta años y cuyas obligaciones se reducen ahora a obtener reservas de avión y de hotel, por medio del Departamento de Viajes, para cualquiera que desee utilizar sus servicios, y a ocuparse del transporte, movilidad y habitaciones para la convención. Debe verificar que se alquile el número suficiente de automóviles y se pida la cantidad suficiente de *whisky*. Su sueldo es bueno, si bien los aumentos en los últimos diez años más o menos

(desde que se volvió obsoleto, superfluo y eliminable) han sido simbólicos.

—Será otra vez en Puerto Rico, estoy seguro —repite sin cesar, y susurra—: La familia de la mujer de Lester Black tiene parte de un hotel allí. Tan pronto como se apresuren a hacerlo oficial, podré empezar. Quisiera que se decidiesen.

Me he ocultado detrás de los archivadores para evitar oír cómo me repetía esto. Podría jubilarse con una fortuna entre la pensión y los beneficios, pero no quiere irse. Yo lo obligaré. En cambio, ¿qué hacer con Red Parker, que tiene aproximadamente la misma edad que yo y no es lo bastante viejo como para jubilarse? ¿Cómo me libraré de él? La verdad es que está de capa caída desde que su mujer se mató en ese accidente automovilístico. Las chicas con quienes sale ahora no son tan bonitas como las que tenía cuando vivía su mujer. El problema es que puede no llegar al derrumbe final a tiempo como para serme útil. Muy pronto habrá que hacer el anuncio.

—¿Cómo está, Bob? —me pregunta ahora Arthur Baron cada vez que nos cruzamos en el pasillo.

—Muy bien, Art. ¿Y usted?

—Me alegro.

De otro modo, los cambios serán la nota predominante en la convención. Debo recordar mostrarme modesto, suave y cordial con todos, por el momento. A veces siento que tengo dominado a Arthur Baron. Esto es lo que se llama *delusion de grandeur*. (Él podría cambiar de idea y quedarse años con Kagle, de lo cual no surgiría ninguna consecuencia importante. O bien alguien más podría despedir a Arthur Baron y a mí también, sin avisarnos con anterioridad, y no habrían consecuencias en el conjunto de operaciones de la compañía. La compañía no se tambalearía). No es que piense seriamente en ello. Pero ¿*quién* reemplazará a Arthur Baron cuando caiga enfermo, se muera, se jubile, ascienda, o pierda capacidad y lo arrinconen? Yo no. (Tal vez sí). No creo que ellos crean que yo pueda nunca reemplazar a Arthur Baron, del mismo modo que Arthur Baron nunca podría llegar a ser Horace White cuando Horace White enferme (contraerá una enfermedad muy diferente a las que nos eliminarán a Arthur Baron, Green, Kagle y a mí, lo siento desde ahora, será algo prolongado y fatigosamente progresivo. Horace White no es el tipo de persona extrovertida y saludable que enferma y muere enseguida. Llegará crujiendo a la oficina, con muletas de aluminio y sillas de ruedas durante años antes de verse incapacitado; llegará sonriente, carcajeándose secamente, con un aspecto espantoso y aludiendo con familiaridad a los viejos tiempos, y nos oprimirá despóticamente hasta

el fin, porque será todavía accionista), muera o se jubile. (A Horace White ya lo han apartado suavemente). Horace White no puede llegar más lejos en la compañía, porque no hay nada más que pueda hacer, salvo ser Horace White. Puede ser elegido para prestigiosas comisiones del gobierno que redactan informes sobre asuntos de gran importancia para la nación que se ignoran invariablemente. (Arthur Baron y yo no podemos hacer esto). Su nombre se ve bien en los periódicos y en ciertos membretes, puesto que no es simplemente Horace White, sino Horace White III, y su mujer —la tercera, pues la primera murió de cáncer linfático y la segunda quedó lisiada en un accidente de caza— y su madre —que se acerca ahora a los noventa (como las acciones comunes de la compañía, ja, ja, después de la división reciente de dos por una)— salen muy favorecidas en las fotografías de gente que cría perros o financia bailes de caridad y grandes funciones benéficas como comedias musicales, óperas y ballets. Arthur Baron puede sobrepasar a Horace White (y también yo, en teoría), porque, en efecto, la compañía, a su modo biológicamente determinista e implacable, da más importancia a la capacidad que a la propiedad, pero él nunca podrá ser Horace White (ni tampoco yo, en la práctica). Solo otro Horace White, hermano, primo, hijo, sobrino o marido de una hermana mediocre podrían instalarse cómodamente dentro de la estructura corporativa y cumplir todos los requisitos para ser otro Horace White. (Toda compañía necesita tener uno). Es un individuo de mente tan estrecha, tan engreído, tan ingenuo y satisfecho de sí mismo (me pregunto por qué me torturan a menudo los sueños sobre él, en los que sus rasgos finos se vuelven despóticos y carnales y él parece tan perversamente fuera de su papel). Siempre se compra rompecabezas, máquinas de movimiento perpetuo y otras novedades en la librería de Brentano y envía a su secretaria a buscarnos, a mí y a otros miembros de la compañía, para mostrarnos sus juguetes (como si no pudiéramos permitirnos comprarlos si los quisiéramos. Una noche, en la convención del año pasado, se puso un llamativo *blazer* rojo de lana y nos tomó a todos por sorpresa. Le quedaba bien. Este año habrá otros blazers rojos).

—Miren esto —ordena sonriente, como si acabara de hallar por casualidad algo de gran beneficio para la humanidad—. ¿No es estupendo? Pónganse ahí y mírenlo. No se detiene nunca mientras se le hace esto. Cada uno es siempre distinto del otro.

—Es increíble —no puedo menos que responder, y además tengo que quedarme allí de pie inmóvil, hasta que se cansa de tenerme en su oficina y me manda volver a mi mesa.

Odio tener que quedarme de pie, inmóvil.

He tenido que quedarme inmóvil durante años, diría que casi toda la vida. Prácticamente cada vez que miro hacia atrás, me descubro inmóvil en algún recuerdo, esculpido, o bien tumbado como por las pinceladas de un ilustrador, o bien en forma de manchas transparentes coloreadas químicamente de azul o púrpura en el portaobjetos de un microscopio, o en el fotograma aislado de una tira de película cinematográfica en color. Aun cuando se mueve la película, veo la acción solo en movimientos fraccionados en cada imagen. A pesar de ello, tengo que haberme movido desde donde estaba hasta donde estoy ahora, a pesar de haber permanecido inmóvil. ¿Me trajeron hasta aquí? Tengo esta media hectárea en Connecticut. Creo que me trajeron. ¿Quién? Solo creo que en el ejército tuve más libertad de elección, más espacio en el cual moverme. Por lo menos, así me lo parecía. Estaba lejos de mi familia, no tenía mujer, empleo, padre, hijos. No conocía a nadie que me importase. No tenía ataduras. No tenía a nadie en ninguna parte a quien quisiese. Me acostaba con muchas mujeres. En el extranjero fui con prostitutas y también me gustó. Me divertí. Disfruté de estar lejos (por lo menos era algo que hacer. Si uno se quedaba en casa los sábados por la noche, por lo menos se quedaba en casa en el cuartel, lo cual era mejor que quedarse en la propia casa los sábados por la noche. Una noche de fin de año, cuando estaba en el ejército, no tuve ningún plan y no me importó. Hoy, en cambio, damos paseos en automóvil los fines de semana con gente que no me interesa y que no quisiera volver a ver. Un fin de semana largo será lo que hará derrumbarse a mi familia un día de estos. Me acaricio la polla. También lo hacía mucho entonces. Con frecuencia me sentía solo y quería tener a alguien a quien *pudiese* querer. Me hubiera gustado tener a alguien a quien escribir, o la foto de una chica pegada en la pared, una chica con un jersey de lana y una casta falda plisada, una novia a la que adorara y que fuera fotogénica y siempre me mandase instantáneas. Hoy todavía quisiera tenerla. Me sentía defraudado, sin privilegio. Quería ser el buen muchacho en la película de Hollywood por quien está loca la muchachita buena, el de las canciones sentimentales que todas las chicas estaban cantando por la radio. No era ese muchacho). Desde ahora sé, además, que me quedaré inmóvil otra vez cuando me hayan promovido para ocupar el puesto de Andy Kagle y lo tenga asegurado. Diré mi discurso. Tendré un trabajo nuevo e importante que hacer (conseguirme ese puesto), pero lo haré sin moverme. (Y cuando lo haya realizado y no esté ya en peligro de que me despidan, por lo menos durante un tiempo, el interés que tengo se disipará y otra vez el trabajo se me hará monótono. No querré lo que tengo y temeré

perderlo. Nunca lograré convencerme de que los pensamientos y sueños ilegales que tuve no resultan evidentes a las autoridades de la compañía, y me deslizaré lentamente hacia el temor frente a las puertas cerradas de un ejecutivo superior, detrás de las cuales pueda surgir algo pequeño como un ratón capaz de sacar a relucir mis secretos y dejarme en peores condiciones que muerto. Para que todos me vean). Todo lo que está muerto está también inmóvil, a menos que el viento le agite las plumas, la piel o el pelo. (Tengo la sensación, en este momento, de haber estado en todos los lugares adonde me fue posible ir). El espectáculo de un perro muerto en la carretera basta para revolverme el estómago y sacudirme el corazón de lástima. Me hace pensar en un chico muerto. Y nunca tuve un perro. Los chicos y los perros muertos despiertan compasión. Ninguno de los dos puede hablar. Nadie más, tampoco. Dos perros muertos en la carretera vistos con un intervalo de pocos segundos me llevan a creer que por fin estoy perdiendo la razón y que ya no me es posible separar lo que veo de lo que recuerdo, o de lo que no quiero ver. En fugaces ataques de desorientación veo a menudo en forma de siluetas, a un costado o bien detrás, a gente que no conozco bien y en quien no he pensado o a quien no he visto durante años (gente que me es totalmente extraña adquiere, durante un segundo, la identidad de chicos que recuerdo de la escuela primaria o secundaria, o de hombres que conocí poco tiempo en otros empleos, o a quienes traté, sin que ocurriera nada de particular, cuando estaba en el ejército. Una vez me dio una paliza un cadete que no sabía que yo era oficial). Siempre hay gente con quien nunca tuve mucha intimidad y a quien no quiero volver a ver. (Nunca tengo visiones fugaces irreales de la gente a quien quiero volver a ver). Los hechos reales o imaginados se me mezclan en la mente en confusa aglomeración. A veces me cuesta mucho estar seguro de si he hecho algo que tenía intención de hacer, o solo pensé en hacer, pero nunca hice. He contestado cartas dos veces. No tengo ningún sistema. Hay otras a las que no contesto, porque recuerdo que he pensado en contestarlas de inmediato y luego creo haberlo hecho sin ser así. Hay mucho que se me ocurre hacer y decir que sé que es mejor no hacer o decir. Perdería el empleo o me meterían en la cárcel. Me estoy volviendo olvidadizo. Estoy perdiendo la vista. Uso ya gafas para leer y todos los años necesito unos cristales nuevos. El tratamiento periodontal me salvará los dientes solo un tiempo. Sé que en casa me repito mucho con los chicos y con mi mujer (mis hijos me lo señalan con crueldad): pronto estaré repitiéndome en presencia de todos y en todas partes y me evitarán como a un viejo tonto y charlatán. En el sur de Luisiana me enteré hace poco (durante un viaje de negocios a

Nueva Orleans, donde, al encontrarme solo en una ciudad grande y extraña, pedí los servicios de una prostituta negra y gorda en un bar y le dije que me siguiera a mi habitación de hotel. Creí que si ella lograba abrirse camino por el vestíbulo hasta mi cuarto, yo conseguiría abrirme camino dentro de ella. Me siento muy solo en esas ciudades exóticas donde no hay nadie a quien pueda llamar por teléfono. Creo que todo el mundo está divirtiéndose. Me siento triste cuando llueve. No se me va la tristeza cuando llueve. Nunca he aprendido a entablar amistad en ciudades extrañas. Los hombres que traban conversación conmigo me dan la impresión de ser homosexuales y los eludo.

—Tengo que irme. He quedado con un amigo.

—Cuídate.

Lo único que sé hacer en ciudades extrañas es leer los diarios locales. Y ya tarde por la noche, leo muy bien en la cama. También soy muy bueno comiendo chocolatinas en la cama. Tengo la sensación, cuando estoy en ciudades desconocidas, de carecer de recursos interiores y, también, de polla. Ella tenía casi treinta años. Me dijo que era una mezcla de francesa, china y mexicana y, por lo tanto, podía hacerme cosas muy bonitas que nadie me había hecho nunca. Lo dijo bromeando a medias, con un tono ronco y tranquilo de sureña. Yo sabía que era negra. No he estado con muchas negras en este país, solo dos antes que ella, pero me bastaba para saber que ella lo era. Siempre les tuve miedo, primero por mi dignidad, ahora por mi vida.

—No me gustan —dije— las chicas francesas, chinas o mexicanas. —Estaba bromeando con ella en el bar—. Quiero una negra.

—También tengo algo de negra —rio ella con malicia.

Era simple, alegre y sin artificios, y me sentí dueño de la situación. Pidió cincuenta dólares con una gran sonrisa. Conseguí que aceptara veinte. Enseguida agregué otros diez para que mi generosidad la inspirara y para gustarle más y de verdad me hiciera cosas que nadie me había hecho nunca.

—Lo pasarás bien conmigo —me prometió.

Cuando llegué a mi cuarto ya no la deseaba y esperé que no viniera. Tenía todos los diarios de la tarde de Nueva Orleans y Baton Rouge y estaba deseando desnudarme y ponerme a leerlos. Siempre temo coger una enfermedad venérea en algún sitio y transmitírsela a mi mujer. ¿Cómo saldría yo del paso si ella descubriera que estaba infectada? Fácil. Mentiría y negaría. La negra vino. Le había dado algo al empleado de la recepción, dijo. Golpeó la puerta suavemente y entró sonriendo, y no pude menos de mirarla atentamente mientras se desvestía, para volver a interesarme por ella. No era bonita.

—Desvístete despacio —le pedí—. Quítate la ropa despacio. Y contonéate un poco.

—Vale.

No me gustan las mujeres que se desnudan con demasiada rapidez. Me da la sensación de que han estado quitándose esa ropa muchas veces al día antes de verme a mí.

—Bien.

—Vale. Hay hombres que…

—Ahora no.

—¿Qué?

—Ven. Chsss…

—Vale.

Seguía sonriendo. No tenía nada distinto que ofrecer. No hace mucho, en San Francisco, una rubia esbelta, estupenda, que parecía miembro de una familia real, me susurró la misma promesa y también ella mentía. Me obligó a darle cien dólares. Las putas en Nápoles, Roma y Niza después de la guerra me hicieron también las mismas promesas exóticas y tampoco lograron cumplirlas. Diría que, en realidad, no hay mucha variedad para los degenerados normales como yo. No tardamos mucho y pronto todo había terminado.

—¿Dónde están todos esos fantásticos trucos que me prometiste? —me burlé, y luego me alegré del comentario, pues estaba bien justificado.

Se mostró ofendida y un poco alarmada, lo cual no dejó de halagarme.

—He hecho lo que me has pedido, mi amor —se disculpó, vacilando—. ¿Sí o no?

—Tendrías que haber hecho cosas que no te hubiera pedido. No importa.

—¿No las he hecho?

—Has estado bien.

—¿Te he hecho pasar un buen rato?

—Por supuesto. Puedes irte ya, si quieres.

—Creí que me querías para toda la noche.

—Yo también —repuse con una risa forzada—. Pero ya no puedo recorrer tanta distancia. Debo de estar envejeciendo. Creí que era posible cuando estaba contigo en el bar. ¡Qué pechos tienes! Mmm. Y qué trasero más grande.

—¿Te gusta?

—Mucho. Me gusta todo grande en las mujeres pequeñas.

—Soy muy bajita. —Estaba muy contenta con mis cumplidos—. ¿Quieres algo más?

—No puedo. Creo que tengo los ojos más grandes que la polla.

Se la veía aliviada porque yo no parecía enfadado.

—Tú también la tienes muy bien —me halagó.

—Lo sé. Puedes quedarte el dinero. He disfrutado mucho.

—¿Te lo he hecho pasar bien? ¿Lo he hecho bien, de verdad?

—Como las mejores. Y te diré que he estado en París.

—¿De verdad?

—Hasta estuve en Bolonia.

—No sé dónde está.

—Allí es donde verdaderamente hacen bien las cosas.

—¿Estás seguro de que no quieres que me quede? Eres simpático. No tengo ningún compromiso.

—Tengo que coger un avión temprano.

—Podría quedarme en la otra cama hasta que me necesites. Ni siquiera ronco. Apuesto a que querrás más por la mañana —dijo riendo—. Haré lo que quieras. Lo hago todo.

—Deberías levantar más las piernas.

—Me duelen. Me dan calambres.

—La verdad es que no haces nada nuevo.

—He hecho todo lo que me has pedido, querido.

—No soy excéntrico.

—No estoy muy segura.

—Nunca sé muy bien qué quiero. —Al usar esa palabra, «excéntrico», me había sentido como un rey—. Lo que tendrías que hacer es ayudarme a saber qué quiero. No te lo digo porque esté descontento, sino porque te será útil con otros.

—No entiendo a algunos hombres.

Y no tengo fetiches concretos, aunque ciertas prendas interiores de seda me excitan y me resultan más atractivas que las partes del cuerpo que ocultan. Los pechos grandes cubiertos por sujetadores y jerséis suelen excitarme. Los pequeños hacen que me sienta romántico. Los traseros menudos de las chicas delgadas comienzan a provocar en mí miradas de aprecio. Muchos pertenecen a chicas muy jóvenes, que son algo nuevo para mí. La única mujer a quien he querido pegar alguna vez es mi mujer y, vergüenza me da decirlo, fue por cuestiones de dinero. Insinúa que le doy poco, pero no acepta más. Me sentí contento, casi generoso, mientras la miraba vestirse para partir. Tenía un aspecto cómico e ingenuo, embutida en un biquini floreado. Por un instante se me ocurrió ponerla boca abajo sobre las rodillas y azotarle ese trasero liso y musculoso, pero recordé que debía pesar mucho. Esta es la dificultad de tantas de nuestras malditas fantasías sexuales cuando son fuera de lo común: duelen. Otras veces ya he fantaseado

con dar azotes a algún culo bonito, pero nunca he encontrado uno suficientemente hermoso. Puede que no existan, fuera de las portadas de las revistas. Estoy enamorado de una página de revista en cuatro colores. Ella seguía sonriendo; la compadecí, pero de un modo protector y lejano. Me pregunto qué será de esas putas rechonchas y feas, negras o puertorriqueñas, a quienes les falta una muela cuando envejecen, quién las cuida cuando son demasiado viejas para atraer a libertinos apuestos y elegantes como yo. Sé lo que les ocurre. De todos modos me atraen cuando estoy solo en Nueva Orleans, donde todo el mundo, salvo yo, parece divertirse. A estas alturas debería saber que casi nadie mayor de cuatro años se divierte ya. Las mujeres se divierten en las bodas y en el cine. Fue un desperdicio. La rubia de San Francisco fue un desperdicio. Una vez que la tuve, ya no me pareció una aristócrata. Era solo una muchacha flaca que necesitaba tomar el sol y tener más glóbulos rojos. Me alegro de que nunca tenga que volver a ver a ninguna de las dos. Me pregunto qué es de las putas blancas y feas cuando envejecen y pierden la figura y los dientes. Se convierten en alcohólicas declaradas, con voces ásperas y masculinas, que se pelean a gritos en la acera entre ellas cuando hace mucho calor. Seguía teniendo todos mis periódicos cuando se fue mi pequeña Venus negra —gracias a Dios— y, mientras los leía, me comí tres barras de caramelo y chocolate pegajoso y me bebí dos latas de gaseosa, compradas en una máquina automática del vestíbulo principal. Esa noche me habría sentido incómodo si hubiese tenido que bajar nuevamente. Me dormí con la boca llena de trozos de caramelo y de nueces. Tuve lo que pudo haber sido el comienzo de un sueño homosexual, lo contuve a tiempo y cambié de rollo en mitad de otro sueño que apenas recordaba, en el cual era un estudiante de historia fracasado en la Universidad de Bolonia que intentaba hallar la salida entre el laberinto de edificios universitarios de piedra amarilla con tiempo suficiente como para tomar el avión y volver a casa con mi mujer. Había una actriz con cara afilada, pelo teñido de rubio y muy flaca, de quien yo trataba de escapar mientras ella seguía deslizándose junto a los muros de la acera opuesta en una persecución furtiva. Llevaba en las manos una especie de icono, de mucho menor tamaño que ella y que podría haber sido una figura humana tallada de un pene —¿heces?— o bien un ejemplar de escultura africana. Aparentemente yo era capaz de identificarlo todo y no quería nada. Por esta razón huía de ella. La cara de la mujer era la de Horace White. Al día siguiente me preocupé de forma intermitente en el avión que me llevaba a casa por el riesgo de pegarle sífilis, gonorrea o piojos de Nueva Orleans a mi mujer. En el sueño, la causa de mi fracaso en

Bolonia era que nunca había podido hallar el camino a ninguna de las aulas en todo el año, a pesar de intentarlo una y otra vez. Sentía picazón. Me rasqué. Siempre tengo picazón más tarde. Con gran astucia, le negaría a mi mujer haber tenido nunca eso y *la* acusaría de habérmelo contagiado ella a mí. Ambas declaraciones eran, desde luego, contradictorias, pero ella se sentiría intimidada por mis gritos y no podría comprender mis argumentos, de manera que yo seguiría gritándole con una indignación virtuosa y llegaría a convencerla. No existen ya las convenientes estaciones profilácticas del ejército que distribuían botellas de solución jabonosa para nuestros pecados de la carne. También han desaparecido. También lo ha hecho el pecado. La mayoría de mis restaurantes predilectos están cerrando sus puertas. Lo único que hay es crimen. Muchas veces no lo paso bien. Mis orgasmos no son tales. Otras veces hay solo este salto gigantesco y abundante. La diferencia está en mí. No tiene nada que ver con ellas. A estas alturas, casi todas hacen, más o menos, lo mismo. Nosotros también. A veces hasta baila. Otras, apenas se despierta lo suficiente como para terminar de una vez el ridículo ritual. En Italia, después de la guerra, las mujeres de Bolonia afirmaban ser las mejores de Europa y trataban de arrancarnos honorarios superiores. No eran diferentes de las muchachas de clase inferior de Nápoles y Roma. Hacían las mismas cosas. Eran intercambiables. Siguen siéndolo.

No puedo enamorarme. Esto es, probablemente, lo que mantiene mi matrimonio. Si no tuviera esta mujer, tendría otra. Marcharse da mucho trabajo. No me gusta estar solo. Red Parker necesita casarse y debería hacerlo pronto, antes de que tenga que despedirlo. Diría que ya no hay mucho más que uno pueda hacer con una polla humana, salvo lo que uno ha venido haciendo hasta ahora. Cualquier otra cosa es desagradable o dolorosa. Gran parte de la calidad de la respuesta es cuestión de azar. En el ejército, solía alquilar las chicas por hora y las utilizaba tres veces y media en esos sesenta minutos. Contratándolas así, conseguía precios ventajosos. Y aquella media vez final marcaba un último izado del estandarte antes de disponerme a partir. Obtenía aplausos incluso de las rubias de Bolonia por mis actuaciones viriles, así como por mi apostura y por mi cuerpo esbelto, firme y bronceado. En una época fui flaco y hambriento como un lobo. Tenía apetitos. Tenía todo el pelo. Tenía unos dientes fuertes. Una vez tuve amígdalas. En realidad, apenas las necesitamos. Sé que alguna vez tuve sueños con eyaculación más gratos y satisfactorios que nada de lo que experimenté posteriormente en las complicadas orgías a las que asistí en Londres, Las Vegas y Los Ángeles, y mucho menos peligrosos. A mi mujer le gustaría que la llevase a mis viajes de negocios a Los

Ángeles, Las Vegas, Chicago, San Francisco y Nueva Orleans. Sospecha que tengo relaciones con otras mujeres. Habitualmente las tengo. Considero que la nación, la compañía y la sociedad lo esperan de mí. En general, no disfruto con estas relaciones. Disfruto mucho más de los periódicos locales. Recuerdo haberme preguntado, cuando por fin conseguí hacerlo la primera vez, en el momento mismo en que lo hacía, si eso era todo. Había más, según me enteré la segunda vez, y todavía lo hay, en volumen suficiente como para que siga lanzándome a mis incontrolables pasiones todo el tiempo. Aún hoy estoy dispuesto a violar a mi mujer, pero *solo* a mi mujer, a forzarla cuando a veces no tiene ganas y yo considero que *debo* poseerla *de inmediato*. No hay, sin embargo, una relación sublime, un contacto recíproco. Como un alquimista loco, siempre supe que llevaba en mí todo el proceso mágico y el potencial, como un par de retortas hirvientes, dentro de la cabeza y las vesículas. Si alguna vez me explotaran los testículos sabría que la causa no sería una mujer. Las mezclas dentro de mí se habrían decidido por sí solas, de manera independiente, a explotar. Ni siquiera me lo consultarían.

¡*Bang*! Decidirían hacer.

Todavía los encuentro extraños, muchos de ellos más velludos que yo. Algunos recuerdan las barbas de Van Dyke y al verlos me siento tentado a darles tirones. Otros tienen patillas y me causan extrañeza momentáneamente, una vez más, como con la tarjeta número ocho del test de Rorschach. Me quedé mudo cuando apareció esa maldita tarjeta coloreada y chocante. Me quedé estupefacto. Otros lucen profusas excrecencias, vigorosas y espesas, de follaje duro, y recuerdan a Karl Marx, Sigmund Freud o Joseph Conrad. También me afectan. A veces quisiera huir. ¿Encanecerá mi mujer? No tendrá otro remedio. Yo también. Tenemos adenoides y vesículas y nunca llegamos a verlas mientras vivimos. Pienso que los buenos especialistas de garganta, nariz y oídos ya no se ensucian los dedos tratando esas cosas. La habilidad de estos médicos reside en asomar la cabeza por la puerta del cuarto de hospital, más tarde, para decirnos que todo ha ido bien. Eso es todo lo que hacen, dejando toda esa operación sangrienta, sucia y repelente a su anestesista oriental y a sus ayudantes ambiciosos. ¿Por qué iba a sentir asco él? A estas alturas ya estoy acostumbrado al aspecto de mi mujer.

—¿Cómo te ha ido en Nueva Orleans?

—Aburrido.

—Tendrías que haberme llevado.

—No había mucho que hacer.

—Yo te habría dado que hacer. Sabes muy bien que esos lugares me vuelven apasionada. ¿Qué me has traído?

—Gonorrea.

—¡Bien!

En general, mi mujer me resulta mucho mejor que la mayoría. Solo Penny sabe hacerlo con una belleza constante, entusiasta e insoportable cada vez, y me tiene suplicándole indefenso que no quiero más, con los ojos ciegos, la boca repleta de incoherencias en forma de balbuceos, risas, suspiros y espasmos. Penny conoce el blanco y se lanza a él como un águila. Sabe exactamente cuánto prolongar las cosas después de sentir que moriré destrozado si sigue. Y me alegro de que siga. Penny hace que cada vez baile como un ángel y brinque como un galgo. Comprendo, pues, por qué dueños y también culturas enteras lo han venerado siempre. Es una irónica relación de amo-servidor. Yo soy el amo. Ella me sirve, reduciéndome a un montón agitado, gimiente, de negrura caótica y regocijada y a un único nervio ardiente que corta como un cuchillo. Creo que llego a lloriquear de felicidad. No sé bien qué ruidos hago mientras espero hasta recobrar la visión y el habla. No quisiera que nadie en el mundo me viera así, en el estado de colapso que se ha dado en llamar

«éxtasis». No quisiera que me fotografiaran. Más tarde me da whisky o café caliente. Penny tiene el vello castaño, sin pelos que emigren solitarios a otros puntos y sin sorpresas o desilusiones. Yo no la llamo por teléfono muy a menudo) de que los automovilistas que conducen a gran velocidad viran fuera del camino deliberadamente para matar a las nutrias encandiladas por los faros que se detienen hipnotizadas en los arcenes de la carretera. Por la mañana, hay demasiados cuerpos muertos de animales peludos a lo largo de la carretera entre Hammong y Nueva Orleans como para contarlos. Vistos de manera fugaz, desde ciertos ángulos, tienen el aspecto de abrigados manguitos de piel. Vistos desde otros no son más que animales salvajes aplastados, con picos y garras ensangrentados. Por la mañana, supongo, los cazadores locales en busca de pieles valiosas llegan en camionetas para llevárselos. Esto es lo que se llama «cazar». (Creo que otra gente, quizá, podría desviarse para evitar matar a un animal, aunque solo sea una rana durmiendo).

(El hombre es un cazador carnívoro, rápido, seguro, rapaz, y nunca debería intentar competir con el vibrador eléctrico. Se cansa y no tiene probabilidades de ganar. Preguntad a cualquier mujer que tenga uno).

Green también tenía razón respecto a Jane.

He dejado de flirtear con Jane (¿qué *haría* con ella más tarde?) y ahora flirteo platónicamente con Laura, la secretaria de Arthur Baron (lo cual impresiona mucho más). Laura es mayor y desgraciada en su matrimonio. Está muy bien vista por todo el mundo, excepto por su marido, que es tres años menor que ella y tal vez homosexual, y las atenciones que le dedico son evidentemente amistosas y humanitarias (aunque tiene un culo gordo, de vez en cuando pienso que me gustaría ponérmela sobre las rodillas y darle una zurra. Por suerte no lo intento, porque olvido lo pesada que podría ser, y me arriesgaría a sufrir una hernia o una hernia discal. Si llegara a hacerle eso a alguien, puede que quisiera hacerlo siempre, y entonces sería un pervertido. Las chicas hablarían de mí con sus amigos en términos desfavorables. Creo sentir lo mismo a propósito del tartamudeo. Creo que podría *tener* ganas de tartamudear. Qué liberación magnífica sería de la rigurosa disciplina de toda una vida de hablar correctamente. Se me trabaría la lengua y me sentiría libre. Hasta podría dar zurras y tartamudear al mismo tiempo. Presiento que quizá no querría parar de tartamudear nunca más, una vez que empezara, y que dejaría suelta la lengua como más le gustase el resto de mi vida, y no tendría que decirle a nadie nada inteligible jamás. Perdería el empleo. Perdería mujer y amigos. Ya no tengo amigos próximos. Tengo amigos, pero no

me siento próximo a ellos. Algunos se sienten próximos a mí. Red Parker es mi amigo y no me siento próximo a él). La verdad es que no sé *cómo* me habría deshecho de Jane después de acostarnos al final de la tarde en el apartamento de Red Parker, probablemente después de haber tomado unos *cócteles*. No tiene más que veinticuatro años. No alcanzo a imaginar de qué podríamos conversar una vez que no tuviéramos ya que hablar de ir a la cama. Probablemente sea demasiado joven para comprender que no habría nada personal en el antagonismo y el rechazo que sentiría hacia ella más tarde, ni en el hecho de no querer verla o hablarle más. Me ha ocurrido esto antes. Probablemente ella llegaría a la conclusión de que tenía que ver con ella. Clavaría esos hermosos ojos azules en mí, preguntándose qué ocurrió, con una expresión perpleja y contrita. No se lo diría de manera directa. La aprecio demasiado para decir: «Nada, nada, nada, qué diablos. No has hecho *nada* malo. No tiene nada que ver contigo. No eres suficientemente importante como para que me afecte. ¿No lo ves?».

También esto la heriría en sus sentimientos.

Tendría que sobrecompensarla con elogios y consideración. Incluso podría tener que follármela otra vez, simplemente por ser un hombre tan bueno. También ha ocurrido antes. (O bien tendría que decirle que mi mujer está sometiéndose a unas pruebas de diagnóstico de cáncer, ganándome así su compasión. También he hecho esto antes). Es por eso por lo que no me gusta complicarme con chicas que trabajan en la misma oficina. Están allí. (Ojalá trabajase en otra parte. Podría utilizarla a menudo en momentos como este. Por otra parte, quizá no la conseguiría). Ella tendría que lidiar con Red Parker. (A él le he dicho ya que tengo ganas de follármela. Él me ha dicho que tiene ganas de imitarme). A veces hiere a sus mujeres. Actualmente les pega. Se meterá en un lío. Lo más divertido es que, en realidad, no quiso a su mujer mientras vivió y albergaba la esperanza de que lo echara de casa y le pidiera el divorcio. No se esperaba que muriera en un accidente de automóvil, dejándole tres hijos difíciles. Trata de tenerlos lejos, en internados. Uno u otro siempre vuelve a casa. Ya no sabe qué hacer con ellos, salvo mandarlos a internados durante el invierno y a casa de los parientes de su mujer, al campamento, o bien a viajes de grupos durante el verano. Parker tiene dinero, además, y también lo tiene la familia de su mujer. Antes tenía vínculos más importantes en la compañía. Ahora también va de putas. Una vez lo sorprendí en la cama con dos (¿dos contra uno él también? ¿Estará haciéndolo *todo* el mundo, salvo yo?), una era blanca y la otra negra.

—Ven, métete, compañero —me invitó cordialmente, apartándose

en la cama para hacerme sitio—. Me iré a comer.

Las dos muchachas desnudas se quedaron esperándome con sonrisas impasibles y flemáticas. La blanca tenía una herida en la mandíbula que parecía untada con loción de calamina.

Me fui.

He dejado de usar el apartamento de Red Parker en Nueva York y tampoco voy más a sus ruidosos cócteles *allí con* la esperanza de tener suerte entre las muchas jóvenes que él todavía consigue persuadir de que acudan. (Me ha ido muy bien, más veces de las que puedo recordar, con chicas que he conocido a través de Red. Conocí a Penny por Red y todavía la tengo. Pensar que pronto tendré que despedirlo, o bien planear algún medio más suave de deshacerme de él. Como esos edificios antiguos marcados con una X blanca en la fachada, debe ser demolido en breve. Tiene una actitud espontáneamente irrespetuosa frente a las mujeres que siempre le he envidiado. Es eficaz. Para él no significan nada. Para mí, cosas dramáticas. Es difícil mostrarse indiferente cuando se tiene relaciones por primera vez con una mujer. Las mujeres de Red, en cambio, se han vuelto mayores, ordinarias, más gruesas de cintura y mentón. Pero también él y yo hemos cambiado para peor. Las mejillas marchitas de él son, ahora, pellejos colgantes surcados de venas y tiene ampollas en los labios. Ríe a carcajadas como siempre, como si no hubiera muerto su mujer y su puesto no estuviera en peligro. Además, últimamente siempre está con el je, je, je. Kagle se lo advirtió. Tiene el apartamento decorado con mal gusto, de forma llamativa y ordinaria. Los muebles tienen manchas y requieren limpieza y un retapizado. ¿Será con alguien como él con quien decida engañarme mi mujer? Espero que no. Me gustaría que fuera, por lo menos, alguien a quien yo pudiera admirar, alguien para quien ella signifique algo más que una de tantas aventuras con mujeres casadas. Detestaría que lo hiciera con ese tipo de hombre arrogante, obstinado, maleducado y ruidoso. Ese tipo de hombre soy yo. No quisiera que pensaran que estoy casado con una de esas tantas mujeres casadas que tienen aventuras). La última vez que estuve en Nueva York llevé a mi mujer a una gran habitación de un hotel caro. A mi mujer le encanta hacerlo en hoteles de lujo. A mí también. Hay algo en mi mujer, cuando está en un hotel de lujo, que supera cualquier otra experiencia en el mundo.

—En un cuarto como este voy a follar como un caballo de carreras —se jacta, y se queda tendida como una meretriz vibrante esperando más tan pronto como yo pueda dárselo—. ¿Lo ves?

—Cabalga, caballo de carreras.

—Móntame, jockey mío.

—O te doy con la fusta.

—Haz lo que quieras, mi amor.

—Deja de hablar tanto.

—Me pones en una cama de un hotel como este y me siento capaz de follarme al mundo entero.

Me pregunto qué *sentiría* yo si mi mujer llegase a casa oliendo al semen de otro hombre. Creo que tendría una muerte súbita y sobrecogedora por dentro. (¿Me excitaría?). Me marchitaría y encogería dentro de la piel y pasaría el resto de mi vida opaca y apagada ocultando mi yo muerto y empequeñecido ahora dentro de una cabeza y un torso muchas veces mayor. Rogaría para que mi mujer y mis hijos me permitiesen guardar el secreto. (No sé bien a qué huele el semen ajeno, a menos que huela como el mío. Imagino que huele a sudor y a pelo. He advertido en mi mujer este olor de sudor y pelo muchas veces, cuando no ha tenido tiempo de lavarse y cambiarse, antes de darle mi beso indiferente en la mejilla, pero es solo sudor y pelo, creo). No adivina lo que estoy pensando cuando la observo con ojos críticos últimamente. (No me excitaría). Me colmaría de la más melancólica resignación y de un asco permanente hacia mí mismo. Ella y alguien más habrán dictado sentencia contra mí detrás de otra puerta cerrada que yo ni siquiera sabía que estaba allí, y la sentencia será irrevocable. Espero que no sea con alguien grosero y repelente como Andy Kagle o Red Parker. No quisiera ver sus manos o sus fluidos sobre ella. (Alguien como Green me vendría mejor). A veces, en el tren, cuando viajo a casa (aún me cuesta dormir en el vagón), tengo la sensación clarividente de que la sorprenderé ese mismo día, dentro de los próximos cuarenta y cinco minutos, y que será de esa manera. Por una mancha. Entrará apresuradamente en casa después que yo, la comida tardará en llegar a la mesa y allí estará, ese rastro, esa mancha, en la combinación, el vientre o la falda. Los detalles sucesivos no aparecen en orden, pero no tendrán importancia. No podré decir nada en el comedor porque estarán los chicos. Más tarde, de todos modos, tampoco podré decir nada. No querré que sepa que lo sé (y espero que no insista en contármelo. Yo tendría que *hacer* algo si ella supiera que estoy enterado, cuando, en realidad, no hay nada que quiera hacer. Hasta tendría que fingir la furia y la tristeza que experimento. No podría dejar que salieran de forma tan vulnerable. Me sería más fácil pudrirme y descomponerme en un tormento secreto el resto de mi vida, que dejarle ver con cuánta crueldad me hirió y qué fácil le resultaría volver a herirme cada vez que quisiera. No quiero que me lo haga). Nunca debo dejar que vea que me importa.

—Quiero a mi mujer, pero tú, chica…

No soy un hombre tan importante como suponen ella y mis hijos (pero no debo dejar que lo sepan). Tengo visiones horribles de mi mujer manoseada libidinosamente en los metros atestados de gente y gozando de la experiencia, a pesar de que ella ni siquiera tiene que viajar nunca en ellos. Penny sí. El verano pasado un hombre se corrió en su vestido en plena hora punta. Ella no se dio cuenta hasta que salió del tren y con los dedos que sostenían la billetera rozó la sustancia pegajosa en la parte de atrás de su cadera. Yo empecé con un disparo al azar como este y, si tengo suerte, acabaré deteriorándome como Red Parker con una X blanca pintada entre los ojos y un letrero en el pecho o la frente que rezará: PRONTA DEMOLICIÓN. DERRIBOS FORGIONE CO. (Mientras los yonquis negros, los borrachos y los vendedores de carteras, cámaras y relojes de pulsera robados pasan el rato en mis pasillos poco iluminados).

—Pensé que era eso o flema —me dijo Penny con esa risa que tiene y que a menudo me resulta chirriante—. Y nadie tosió en ningún momento. Me moría de vergüenza, imagínate qué cara más dura.

No puedo.

Extraño a mi madre, a mi hermana y a mi hermano más a menudo últimamente, y lamento que no estuviéramos más cerca los unos de los otros como familia, cuando todos estábamos todavía juntos. En las tardes cálidas de primavera y verano mi madre nos mandaba a comprar helado a granel y lo comíamos juntos en casa. A mí me mandó cuando tuve edad suficiente. Nos gustaba el de fresa más que ningún otro. Era muy bueno. A veces tomábamos el de fresa con vainilla.

No creo haber tenido ninguna experiencia homosexual importante cuando era niño. Sufrí abusos dos veces, una a manos de un chico mayor, pero no creo que esa ocasión cuente. La otra vez fue una chica mayor en la casa de apartamentos, y fingió querer luchar conmigo, aunque en realidad quería provocarme una erección y sentirla contra su cuerpo. Esto sí cuenta, porque fue una sensación agradable. Tuve suerte. Tenía muchas ganas de que volviera a hacerlo y me quedaba junto a ella, con optimismo. No volvió a hacerlo. Pobre de mí. Cuesta creer que se pueda experimentar tanta sensibilidad y a la vez ser incapaz de correrse. ¿Cómo termina? No lo recordamos. Se va apagando. Nunca hay que recordarle a Penny que levante las piernas, pues las mantiene así muchísimo tiempo sin quejarse de dolores o esfuerzo muscular. Es muy buena. Todavía toma clases de baile (lo cual tal vez es útil), además de las de canto y gimnasia. A los treinta y dos años, todavía quiere ser Shirley Temple. Durante una temporada,

la primavera pasada, tuve una muchacha bonita, un poco loca, alta, de veintiséis años, exalumna de Ann Arbor, Michigan, que conocí en una fiesta de la oficina, y que empezaba a correrse en cuanto comenzábamos y alzaba las piernas desde los pies a las caderas hacia el techo mientras duraba. Me gustaba: me gustaba su rápida respuesta y notar su culo contra mis rodillas; me hacía pensar que estaba envuelto en algo especial. Ella lanzaba gritos agudos y a veces tenía que taparle la boca. (Pronto me harté de oírla. No lo veo como algo que hacen juntas dos personas y no creo que nadie lo considere así). Se convirtió en una molestia y me cansé de ella. Tenía tiempo libre. Ella fue la que se reía de mis ligas. No pude tolerar esa insolencia grosera hacia el nombre de Slocum viniendo de una mujer insignificante y confusa como ella (se drogaba, por lo que se volvía aún más insulsa) y comencé a desairarla e ignorarla. Me aprovechaba de su ignorancia y sus actitudes provincianas. (La verdad es que no sabía nada). Le parecía hermoso.

—¿No es hermoso? —decía.

Cualquiera podía satisfacerla y cuando vino el tiempo de calor me abandonó para dedicarse a los muchachos jóvenes de la playa, menos adinerados, que jugaban a vóleibol en la arena pero tenían más tiempo para pasar con ella. Traté de reconquistarla, pero no lo conseguí. Me rechazó. (Debí enfrentarme al hecho de que *yo* también la aburría). Maduró más que yo, llegó a conocerme bien. *Esto* sí que fue degradante —por Dios—, ser rechazado por *ella*. Ella nunca había *visto* ligas de hombre, ni tan siquiera en la publicidad, y nunca había oído hablar de Camus, Copérnico o Søren Kierkegaard (las tres grandes K, ja, ja). Encontraba mis ligas divertidas y curiosas. Nunca llegó a burlarse de ellas, pero la diversión que le provocaban era ya bastante insulto. Reconozco que las ligas de hombre son cómicas. Necesitaba, a pesar de ello, encontrar alguna técnica para mantener los calcetines levantados durante las reuniones de personal importantes. Ahora he pasado a usar calcetines de tres cuartos elásticos, siempre oscuros, salvo en el verano, cuando estoy en el campo o la playa, o bien los fines de semana en el club de algún amigo. (No me haré socio de ningún club hasta que consiga el nuevo empleo y esté seguro de conservarlo). Estos calcetines también son cómicos. Los calcetines elásticos aprietan. Me los bajo hasta los tobillos siempre que puedo, para librar a las pantorrillas de esa presión áspera. Con los calcetines oscuros bajos, los tobillos me recuerdan a esos hombres taimados y huidizos que solía ver en las películas pornográficas, los individuos sin afeitar, viles, capaces de acercarse y tocar a mi mujer o a mi hija en los trenes llenos, o bien de

eyacular contra la bonita falda de Penny y tomar nota mental (tal vez incluso anotarlo con todo detalle en una pequeña libreta) de que ese día han iniciado auspiciosamente su carrera como pervertidos sexuales. Apuesto a que esta gente organiza su semana de trabajo alrededor de sus perversiones furtivas, depravadas. (También *las* tengo yo, desplazándose como fantasmas dentro de los estrechos corredores de mi mente, con esta diferencia: no son fantasmas. Los siento cuando caminan). Tratan de apoderarse de lo que no les pertenece. ¿Qué hacen durante las vacaciones? Me pregunto cómo se las arreglaban, los pobres, antes de que existiesen los autobuses y los metros. ¿Qué efecto tendrán las crecientes inversiones en el transporte en masa sobre sus actividades, sobre todo en cuanto se refiere a productividad y a la competencia? ¿Los tocarán, a su vez, las mujeres liberadas? ¿Comenzará la homosexual liberada también a palpar a mi mujer y a mi hija? Puede que alguna gente comience a viajar en metro *exclusivamente* para que la toquen. Podrán venderse billetes, aumentar las tarifas. Veo un mural panorámico. (Mi mujer piensa que tengo una mente guarra). Imaginar los vagones cargados de gente con caras sonrientes. Nadie querrá sentarse. Cada hora, una hora punta; cada hora punta, una hora de apretujarse. Sería, tal vez, la solución parcial a la crisis de energía. (Se descargaría una buena cantidad de energía). Después de todo, las probabilidades de que lo toquen a uno en el propio automóvil no son muy prometedoras, a menos que se trate de mi hija, o de uno de sus amigos adolescentes, o de un chico universitario, si bien de tanto en tanto he metido mano en coches, la última vez cuando acompañaba a casa desde una fiesta a la mujer maciza de uno de nuestros ejecutivos de corporación millonarios. Ella llevaba un perfume muy fuerte que no me gustaba y me tomó por sorpresa.

—¿Tienes que ir directamente a casa? —me preguntó inesperadamente—. ¿O no le tienes miedo a tu mala y celosa mujer?

—No, a las dos preguntas —repuse con serena fanfarronería—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—El Paraje de los Enamorados —anunció con una risita—. ¿Sabes dónde queda? —añadió—. Aquí —y al decir esto, volvió a reír y se tocó.

Era la mujer juguetona de un millonario con papada y un perfume agrio que no me gustaba y siempre había sentido respeto hacia ella (por ser la mujer de un millonario. Temía al marido). Era cuatro años mayor que yo y tenía una vivacidad espontánea y posesiva. Se burló de mi cautela apocada y la divirtieron mi ignorancia e ingenuidad.

—Tengo una reputación del tamaño del país, chico. Ah, tienes

mucho que aprender. ¿No lo sabías?

Me sentí un pueblerino.

—¿Lo sabe Bill?

—Qué me importa. Soy un espíritu liberado, chiquitín. Hago lo que quiero.

—¿Se enterará Bill cuando sepa que me dejaste en casa?

—Deja de preocuparte por tonterías —me reprendió con una risa chillona.

Sentí un escozor en la piel al pensar que en un instante me pellizcaría la mejilla o la nariz. Se le rompieron las medias en la rodilla contra el suelo del automóvil, y tuvo que guardarlas en el bolso antes de ponernos en marcha.

—No puedo llegar con las medias rotas, ¿no? Te llamaré en Nueva York. Voy todos los miércoles a visitar a mi madre.

—Tengo un apartamento.

—Nosotros tenemos uno en cooperativa.

—¿Se enterará Bill?

—Te digo que no te preocupes.

—No digas eso. Me da escalofríos.

—Por lo que veo, te dan escalofríos con facilidad.

—Eso no está bien en una mujer de tu posición.

—Tengo otras posiciones que mostrarte. Además, Bill y yo tenemos un acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo hago lo que quiero. Y si no le gusta, se va al infierno.

—Qué manera de hablar de un millonario.

—¡Chiquitín!

Cuando llamó por teléfono el miércoles, no quise verla y le dije que tenía una reunión. (Le tenía miedo a Bill, además de que no tenía ganas de ver a alguien que me llamara «chiquitín»).

—Estoy en la peluquería —me dijo el jueves de la semana siguiente.

—Te esperaba ayer —volví a mentir.

—Tendrás que tenerme cuando puedas. Almorcemos juntos.

—Imposible.

—Yo pago.

—No es eso.

—¿Me encuentras fea?

—No, te encuentro de lo más sexy.

—Y él también, chiquitín.

—¿Quién?

—El hombre a quien veré en lugar de verte a ti. No eres el único

pez en el mar, chico. Hablaremos de ti.

—¿Me conoce?

—Nos reiremos como locos.

—¿Quién es?

—Mío es el secreto, y tuyo el descubrirlo.

(Empecé a temer que me hubiese echado mal de ojo). Empecé a creer que vendría en cualquier momento a la oficina, sin anunciarse, para burlarse de mí delante de todos.

—A mí también me tienes miedo, ¿no, chiquitín? —me desafió maliciosamente la próxima vez que volvimos a vernos en una fiesta, y de hecho, mientras mi mujer y *su* marido nos observaban desde distintos puntos de la casa, llegó a pellizcarme la nariz—. ¿No es verdad, mistress Slocum?

—Ojalá me tuviese miedo a mí —repuso mi mujer a gritos.

—Llámame el miércoles —intervine lacónicamente— y te demostraré lo asustado que estoy.

—Estoy en el Plaza —me dijo cuando me llamó.

—Creo que estoy con gripe —me disculpé sorbiéndome los mocos.

—Me lo ha parecido, chiquitín —me dijo cordialmente—. Por eso me he traído la lista. Y digo en serio lo de «chiquitín». Se te ve mejor en las fiestas. Y no eres el único pez en el mar.

Me gustaría tenerla otra vez de rodillas en este mismo momento. Junto con Virginia. Lo he hecho muchas veces aquí, en el estudio, con mi mujer. Mi mujer y yo aún nos pegamos unas juergas de luna de miel de vez en cuando, desplazándonos por toda la casa y el jardín en espasmos de furor sexual. Necesitamos beber. Lo hemos hecho ya en todos los cuartos de la casa, salvo en los de los chicos y en el de la niñera de Derek. Lo hemos hecho de noche en el garaje pegado a la casa, cuando no queríamos despertar a nadie, y fuera, a oscuras, sobre el césped empapado. (Si tuviéramos piscina, creo que lo habríamos intentado allí, por lo menos una vez). Lo hemos hecho sobre los muebles de madera rústica del patio. Siento otra vez su perfume espeso (y me vuelvo para ver si está). Desde luego, el marido lo sabía. Me pregunto cómo lo soportó. Sé que me irrita en un grado intolerable —sería capaz de golpearme la cabeza con dos ladrillos— el pensar que no hace mucho me llamó «chiquitín» y me pellizcó en público alguien tan vulgar y de tan mal gusto como ella, y que mis ligas fueron objeto de tanta hilaridad estúpida por parte de esa exuniversitaria de Ann Arbor con sus pantalones y chaquetas vaqueros que nunca parecía estar limpia. No quiero que nadie tenga, ni durante un segundo, una posición de ventaja sobre mí. Quisiera tenerlas a las dos magnetizadas en una cinta de ordenador y poder volverlas a traer aquí para empezar

de nuevo. Sería lo mismo. Una me pellizcaría la nariz, la otra se reiría y me haría preguntas insolentes sobre mis ligas. La llamé dos meses más tarde para quedar y tuve que volver a llamarla para cancelar la cita. No quería verla.

—Esta vez es verdad —le expliqué—. Salgo de viaje. Te llamaré cuando vuelva.

En las dos ocasiones no mostró mayor entusiasmo, como si se le hubieran acabado las ganas de reír.

—No importa. Tienes razón. Ya no soy guapa. He perdido la belleza de la noche a la mañana.

Se separó del marido y ahora los dos se han ido a otra parte. Los chicos estaban en la universidad. La casa está vacía y nadie sabe si está en venta. Supongo que, con el paso del tiempo, mi mujer y yo tendremos que separarnos cuando los chicos vayan la universidad. Espero que no tenga que ocurrir antes, mientras esté cambiando de trabajo en la compañía y mientras mi hija esté aún en la adolescencia y la escuela secundaria y mi hijo siga paralizado de terror por Forgione y por subir cuerdas sin que quede muy claro hasta ahora si ascenderá o se caerá. Ella no tiene nada que hacer.

—No tengo nada que hacer.

No tiene nada que hacer, salvo incorporarse sin entusiasmo a los nuevos movimientos por la liberación femenina (a pesar de que todos esos debates sobre orgasmo, masturbación y homosexualidad femenina la ponen muy incómoda).

—Es solamente porque —le informo— fuiste condicionada a reaccionar así por una sociedad dominada por los hombres.

No está segura de si estoy de su parte o no.

—¿Por qué habríais de tener —pregunta con aire deprimido— todas las ventajas?

—¿Tú me ves —respondo con suavidad— como alguien que tiene todas las ventajas?

—Tienes un empleo.

—Consigue uno.

Agita la cabeza con una leve sonrisa en los labios.

—No quiero trabajar.

(Tiene sentido del humor).

—¿Quieres más dinero?

—No es el dinero. Siempre crees que se trata de dinero.

No tengo nada que hacer.

—Ten aventuras. Comete adulterio.

—¿Es eso lo que quieres?

—No es lo que quiero. Puedo darte más dinero, si eso te hace feliz.

Ahora podré dártelo.

—No es lo que quiero. No hay nada que pueda hacer.

—Curar el cáncer. El dinero no es basura, ¿sabías?

—No te enfades conmigo esta noche.

—El dinero es amor, querida, y el amor no es basura. Y no me enfado.

—¡Me siento tan mal!

—No bebas *whisky* después del vino y no te sentirás mal.

—Puede que me vaya a venir el período. Y tú tienes un aspecto más juvenil que yo. Eso no es justo.

—Tú vivirás más. Las mujeres viven más.

—Pero pareceré más vieja.

—¿Qué quieres, si has de vivir más? Por lo menos, estarás viva.

—Hablaba en broma —dice—. Ni siquiera sabes cuándo bromeo. Cada vez es más difícil hablar contigo.

Mi propio chiste sobre Freud, el dinero y la basura le pasó inadvertido y sospecho que *tendré* que dejarla por un motivo semejante un día de estos (nunca ha oído hablar de Copérnico ni de Kierkegaard, aunque puede que haya oído hablar de Camus, porque se mató en un caro automóvil deportivo), si bien no quiero separarme mientras mi hijo tenga, aparentemente, tanta necesidad de mí. (No estoy seguro de que me necesite para nada). Creo que él no lo resistiría si de pronto yo me muriera o me fuera. (No sabría qué le ha ocurrido si yo desapareciera. El deseo de mi hija de apoderarse de uno de nuestros coches puede ser un síntoma saludable, por ser un objetivo hacia el cual dirigirse). Cuando mi hijo crezca y se aleje, me alejaré de él. Mi hija también se irá y nos quedará Derek, si todavía vive con nosotros. No querría irme y dejar a mi mujer con un chico retrasado. En realidad, me *gustaría* que cargara con Derek. Ella me cargó con él. (Y ni siquiera era un chico entonces). Sin embargo, todo el mundo se pondrá de su parte, a menos que la deje por otra mujer, lo cual cambiaría todo porque sería romántico. Creo que esta vez me escaparía con una mujer. Se oye mucho eso de: —¿Por qué dejó a su mujer? Tienen un hijo retrasado, ¿no?

—Se enamoró de otra mujer y se escapó con ella.

—¡Aaah!

Pero cambiemos esto a:

—¿Por qué dejó a su mujer con el hijo retrasado?

—Ya no quería estar casado.

Y habría bastante de:

—No pensó más que en sí mismo, ¿no?

Y:

—Qué egoísta. Esa pobre mujer. Dejarla sola con un hijo retrasado solamente porque no quería seguir casado con ella. ¿Qué hará la pobre?

Imagino esos coros de oprobio resonando en los cuatro extremos de la compañía. No digo que yo la ayude mucho, en cuanto a él se refiere. No tengo la energía. Prefiero ir arrastrándome, o bien mirando para otro lado. Alguien tendrá que tomar la decisión. La tomará *ella*, sin darse cuenta de que la toma, o bien tendrán que ayudarnos los médicos con alguna indicación bien clara que no tenga nada que ver con nuestro egoísmo. (Nuestra conciencia debe quedar limpia).

—Estará mucho mejor allí, además de seguro. Hay muy buenos centros de internamiento ahora. Es lo mejor para todos. También para los hermanos. No ha sido justo para ellos. Merecen un descanso. Los dos se han portado maravillosamente. Sé que les costará renunciar a él.

O bien hará falta una enfermedad o un accidente. Mientras tanto, me siento impotente. (No tengo ni el valor necesario para abordar el tema. No tengo respuestas para las críticas que imagino que habré de oír. No quiero tener que oír el resto de mi vida las expresiones de arrepentimiento de mi mujer. Yo sería capaz de perdonarme a los pocos segundos de haberlo internado. Ella no nos perdonaría a ninguno de los dos). No soy el pilar de fortaleza que necesita. Me callo y escondo mis sentimientos y me niego implacablemente a dejar que se mezclen con los de ella. (Me niego a compartir mis penas. No quiero que participe en ellas. Son todas mías). Quisiera no tener familia. No me siento importante por saber que hay gente que depende de mí para tantas cosas. Es una carga constante y el resentimiento dentro de mí crece cada vez que tengo que esperar a que ella deje de llorar y aferrarse a mí y siga colocando los cubiertos en el lavavajillas, o bien haciendo sus ejercicios isométricos para caderas y muslos. (No soporto a las mujeres que lloran, en ninguna circunstancia, salvo en los funerales. Siento que me utilizan).

—Por amor de Dios, ¿qué pretendes de mí ahora? —le grito—. ¡También son hijos míos! ¿Esperas acaso que te compadezca?

—Necesito alguien con quien hablar. No te he pedido que me compadezcas. ¿Es que ni siquiera puedo decir lo que siento?

—Llama a tu hermana. Sabes muy bien que no soporto más los llantos. —No quiero saber qué siente. No quiero que tenga que hablar con nadie de Derek. No quiero oír hablar a nadie de sus propias dificultades. (Y me cuesta más y más compadecer a alguien, excepto a mí mismo)—. No puedo ayudarte en esto. No sé cómo ayudarte. Yo no lo dispuse así y tampoco sé qué hacer.

Y vi cómo ocurría antes que nadie. Alguien nos maldijo. Y me siento muerto, hecho de cenizas, cuando se trata de él, tengo la resistencia y el vigor de un hongo seco y de las hojas mojadas y caídas. Tengo frío. Podría haberlo predicho. Cuando los pediatras dijeron que era lento, yo vi que era torpe. Tenía las rodillas y los pies y los dedos ligeramente desviados del eje. Advertí que no era capaz de mantener la cabeza erguida mucho tiempo. Tuve una sensación de desastre respecto a él, aun antes de que naciera. (Es verdad que tuve la misma sensación respecto a los otros). Esperaba un mongólico. Habría aceptado ya de antemano un labio leporino o un paladar partido para confiar luego en la cirugía, en el caso de los tres chicos, a pesar de que ahora no alcanzo a visualizar a mi hijo o a mi hija abriéndose camino por la vida con defectos físicos de ninguna clase. Bastante han sufrido ya sin ellos. No veo cómo puede pretender mi mujer que la compadezca, cuando tengo tantos motivos para compadecerme a mí mismo. Entre otros, ella.

Quiero librarme de ella antes de que empiece a enfermar. Veo en mi futuro a una mujer enferma. Hay antecedentes elocuentes de enfermedad crónica. (Está segura de que tiene, de que va a tener o tendrá cáncer, y puede que esté en lo cierto). Sé que su salud degenerará antes que la mía. Ella es mucho mejor en eso. No quiero estar atado a ella por una enfermedad. (La suya, quiero decir). Estaré atado. Yo sufriré los embates de preavisos repentinos, como bursitis, artritis, mareos, reumatismo, diabetes, varices, náuseas, tumores, quistes, angina, pólipos, toda la maldita panoplia de la disolución física. (Puedo arreglarme sin las ajenas, pero no con las mías). Me quedaré atrapado en ese cepo. Y mis hijos adultos me mantendrán en él.

—Papá, ¿cómo se te ocurre pensar en dejarla cuando se siente tan mal? —me reprocharán.

—Decidme, ¿cómo puedo dejarla, entonces, si nunca se siente mejor?

Ellos se zafarán de todo con enorme rapidez (malditos egoístas).

—No me siento bien —se despierta mi mujer quejándose y lloriqueando con voz infantil algunas mañanas (cuando imagina que alguien quiere obtener algo de ella).

Como si me importara.

(—Te miraba mientras dormías —me dirá alguna chica cuando todavía esté enamorada de mí—. Estabas roncando.

Cuando no esté enamorada de uno, le resultará repelente y no querrá volver a verlo, a menos que se sienta sola o necesite dinero).

Mi mujer suele roncar ahora y de vez en cuando tiene mal aliento

por la mañana. Es verdad que también yo lo tengo, de manera que los dos estamos corriendo la carrera desenfrenada hacia la decrepitud. Los chicos se nos unen con sus propias quejas llorosas.

Mi hija tiene dolores de garganta y estómago. Mi hijo invoca el cansancio y las náuseas y, si lo dejáramos, dormiría a veces hasta después del mediodía. Yo echo mano de los dolores de cabeza. Mi mujer también. Puedo recurrir, además, a los dolores de pecho, puesto que todo el mundo siente gran respeto por los ataques al corazón y, como carta oculta, cuento con un hígado que puedo aprovechar en un apuro. Mi mujer puede contraatacar con amagos de cáncer, y ambos somos un ejemplo de división equitativa por las sombras del valle de la Cruz Azul, en búsqueda de beneficios médicos de cierta importancia. ¿No sería cómico que mi mujer muriera de dolores en el pecho y fuera yo quien tuviera un cáncer? Cuando mi mujer está deprimida y mi hija hace insinuaciones de suicidio, siempre puedo hundirme en mutismos densos, profundos, sepulcrales, de días de duración, y fingir además una abstracción tan total que todo lo que me dicen deba repetirse. Soy capaz de enfermar mucho más que todos ellos —en todo salvo en cuanto a la posibilidad de someterme a una histerectomía— si de verdad me empeño en ello, y con mucha más intensidad que todos ellos excepto Derek, quien empezó con ciertas desventajas congénitas que me veo incapaz de superar. (Ja, ja). Todos nos jactamos de sufrir insomnio, no siempre real. Si se aceptase lo que afirmamos, ni un miembro de esta familia ha dormido nunca una noche entera. Salvo, quizá, Derek, que verdaderamente nunca toma la decisión de quejarse. (Ja, ja). Me pregunto qué hacen con ellos en los centros de internamiento cuando llegan a la madurez sexual y descubren que tanto les da masturbarse como hacer cualquier otra cosa. Me alegro de que no sea mujer. La castración es inhumana. Así que les cortan los brazos. Me pregunto cómo se controla al personal. ¿Cómo los mantienen alejados de los chicos y chicas idiotas? Se me confunden las ideas cada vez que pienso en él. Hasta que me dicen que no pasará la edad mental de cinco años y me pregunto si, a los cinco años, la gente sabe ya limpiarse bien después de haber defecado. Por supuesto que no. Mi hijo de nueve años deja manchas en los calzoncillos y yo también. (Y todo el mundo las deja, probablemente, de modo que ¿por qué los tomamos como casos especiales?). Lo veo ahora tan hermoso, conmovedor, enternecedor, que no puedo soportar mirarlo. Lo veo luego a los treinta años, avanzando lentamente hacia los sesenta, horroroso. Me siento atontado, horrorizado, mudo. Le crece barba oscura en la cara y vello en el dorso de las manos y tiene las cejas hirsutas. ¿Se parecerá a mí? Comenzará a quedarse calvo. El

traje no le quedará bien. Nadie lo atenderá. La caspa le caerá como escamas de pescado. Imagino un color oscuro para sus chaquetas y jerséis y un tono pálido a su tez. Tiene la mandíbula floja y blanda cuando lo llevan de un lado a otro, es repulsivo, cojo, un monstruo. Seguirá siendo incapaz de hablar. No sabrá seguir una dieta, ni jugar al tenis ni al squash ni al golf. Tendrá un físico y un tono muscular deficientes. Será desmañado. La gente lo mirará con hostilidad si está en otra parte. Se olvidarán de cortarle las uñas. La gente querrá matarlo. Recordarán a otro idiota famoso y lo llamarán Benjy. No quiero ir a visitarlo. Espero no recordarlo. Espero no descubrir que mi mujer me engaña, aunque probablemente debería engañarme.

—Hazlo —le aconsejaría, si fuese la mujer de otro.

—Vale. Lo haré.

Haría maravillas con su autoestima, siempre que no tuviera demasiadas expectativas. Además, es hora de que me pague con la misma moneda. ¿No sería cómico que mi hijo fuese el que resultara ser homosexual y no yo? Sería trágico. Yo, al menos, tengo inhibiciones de acero. Sería mucho peor que trágico para mí: sería socialmente embarazoso. Suicida, marica, idiota, vástagos Slocum de las entrañas de Slocum. Y una mujer alcohólica, neurasténica y adúltera. Que Dios la bendiga; me vendría muy bien. Podría echarle la culpa por los chicos. Hasta que alguien tan astuto como yo me señale con un dedo acusador y me pregunte: —Espera un momento, colega, espera un momento. ¿Ella siempre fue así?

—No lo sé. Todo esto tarda mucho en madurar y aparecer. Habría que preguntárselo a algún historiador serio, revolucionario, evolucionado, psicológicamente agudo, a algún experto botánico de la psique: ¿era yo como soy ahora?

—Tú me volviste así.

—Tú me hiciste que te volviera así.

—Tú me hiciste que te volviera así. ¿Por qué nunca puedo hablar contigo?

—Llama a tu hermana.

—Necesito alguien que me escuche.

—Bebes demasiado.

—Es culpa tuya.

—Llama a tu hermana y quéjate.

—Odio a mi hermana. Y lo sabes bien.

—Ella sabe escucharte.

—Eres un cabrón —me dice de pronto—. Te mueres de impaciencia por dejarme, ¿no? Sé lo que estás pensando, lo adivino por la expresión.

Cada vez más a menudo últimamente me descubro examinándola por la noche en busca de manchas o de huellas de mordiscos provenientes de una actividad sexual ilícita. Me siento defraudado al no hallar nada.

—¿Qué has hecho hoy? —Probablemente soy yo quien pregunto.

—Nada.

—Compras.

—He ido a la peluquería.

—He visto a mi hermana.

—He visto a unas amigas. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—¿Y tú qué has hecho?

—Trabajar. Nada.

—¿Ha pasado algo?

—Parece que la cosa se mueve. Pero no quiero hablar de ello.

—¿Para no gafarlo?

—Eso es hablar del tema.

—Tocaré madera.

Hay ahora mañanas en que me sorprendo buscando en ella, de forma obsesiva, esas manchas o huellas con la misma suspicacia agresiva y escudriñadora, lo cual es, según reconozco, irracional, ya que ha pasado la noche en la cama conmigo. No quiero volverme loco. Quiero mantener un estricto dominio de la razón, los pensamientos y las acciones y saber siempre qué es cada cosa. No quiero perder las inhibiciones. Si las perdiera, podría empezar a agredir a la gente (extraños, amigos, seres queridos), asesinar, vomitar odio y prejuicios, arrancar ojos, abusar sexualmente de chicas adolescentes e incluso más jóvenes de esbelta figura, eyacular en el metro lleno contra la nalga gorda de alguien como mi mujer o como Penny. Los sueños son implacables. Nos atacan cuando estamos dormidos.

Podría comenzar a tartamudear.

Despertarse es un proceso tan peculiar y extraordinario que me sorprende que podamos lograrlo con éxito tantas veces mientras estamos aún medio dormidos.

Creo que podría acostumbrarme a la idea de mi mujer copulando con otros, pero nunca a la idea de los pormenores concretos, los mecanismos, el hurgar, el líquido, los gruñidos y los movimientos. Todo queda húmedo. Quedan lugares inflamados o con moretones. No puedo imaginar a mi mujer haciendo con otro las cosas que hace conmigo. ¿Ni a mi hija? (¿Le hará…? Desde luego. ¿Y ella le…? ¿Por qué no?). Todo se vuelve tan húmedo y maloliente, y a esto le llaman «*hacer el amor*». Lo hacen las bestias. No tiene relación con el *amor,*

q.v., op. cit. (Pero es mejor húmedo y maloliente, para mi gusto, que seco y perfumado. Detesto esos perfumes artificiales, de caramelo. Quiero abrazar carne humana con olores almizclados, naturales, y no una pastilla de jabón). Hasta los apretones de manos entre la gente de negocios se han vuelto húmedos y malolientes. Muéstrenme cómo un joven con la mano seca y vigorosa estrecha la de otro y tenemos a un joven poco escrupuloso que anda detrás de algo. Quisiera que mi hija dejara de olvidarse los sujetadores donde yo pueda verlos, o el camisón colgado de la puerta del cuarto de baño. Se ha desarrollado con gran rapidez y lo sabe bien. Veo cómo se viste a veces para salir y me pongo furioso. (Ahora tiene los pechos más grandes que los de mi mujer). Apenas soporto mirarla cuando se queda esperando el dinero que dice necesitar. (No hay nada que pueda yo decir que no resultara despreciativo e hiriente para su amor propio, en momentos en que, seguramente, se siente muy contenta. Me gustaría que *usara* siempre sujetadores, en lugar de dejarlos en cualquier parte. Insiste en ponerse vaqueros que no siempre parecen muy limpios. Me recuerda a Ann Arbor. Cada chica que veo ahora me recuerda a alguna otra que conocí).

—Con razón te dicen guarradas cuando pasas caminando. Te lo buscas. Si te violan te lo tendrás bien merecido.

Inmediatamente irrumpiría en un llanto histérico.

—Siempre haces lo mismo —me acusaría chillando (mientras mi hijo nos miraría desde un rincón, con una serenidad aprensiva, y yo lamentaría haberlo dicho)—. Siempre dices algo que lo echa todo a perder.

—*He hablado* con ella —interviene mi mujer, con una exasperación mezclada con hastío—. Cree que soy mala y celosa. Cree que le tengo envidia porque no tengo tetas.

—Las tienes.

Si llega a sucederle algo a mi hija un día de estos, sucederá probablemente con ese universitario graduado, ya que, según nos dijo, trabaja en un camión de la basura y le ha ofrecido enseñarle a conducir por la noche y los fines de semana si nosotros le prestamos uno de nuestros coches.

—No.

Mi mujer manifiesta su acuerdo con un gesto.

—Tienes que tener dieciséis años cumplidos.

—Ganaré tiempo si empiezo ya. Todas lo hacen. Queréis que apruebe el examen, ¿no?

Quiero que apruebe geometría, inglés, francés, historia y ciencias, no el examen de conducir. Además, quiero que tenga un promedio de

ocho, por lo menos, para que pueda entrar en una buena universidad cuando termine la escuela secundaria. (No querré tenerla aquí). No veo cómo podré llegar a conversar nunca con un yerno listo y sonriente y mucho menor que yo, que estoy seguro que se tirará a mi hija en otra parte de la casa cuando vengan a visitarnos todos los fines de semana. Mi mujer les preparará tortas y soñará con los nietos. (Es *ella* quien tiene la mente sucia). Querrán sacarnos cosas y me mentirán.

—Puede que ella no. Puede que sea distinta. Puede que cuando se case haya madurado.

—Nosotros no lo hicimos.

—¿Qué quieres decir?

Mi mujer no me comprende.

No creo que piense nunca que me la imagino follando con otro, ni que le observo el vientre, el pelo, los muslos, el cuello y la ropa de forma sistemática y belicosa, buscando manchas de semen que no sean mías. (Mi mujer tiene uno de esos vientres levemente curvados que se ven a menudo en las fotografías de chicas bonitas y con cintura baja). A menudo, cuando le inspecciono de cerca el vientre y el pelo, el antagonismo se me transforma en pasión (pasión antagónica, por supuesto, conocida también como «lujuria», y querré hacerle el amor). Si encuentro algo, tendré que abandonarla. Hay algo en mí más potente que un habitual e hipócrita doble criterio del chovinista masculino, para darme determinación y fuerzas para abandonarla. Tengo inseguridad.

He olvidado todo lo relativo a los tumores cerebrales, que ocupan el decimotercer lugar entre las causas de muerte de hombres no divorciados de mi edad residentes en Connecticut con tres hijos, dos automóviles y oportunidades de ascenso a puestos más elevados. No cabe sorprenderse de que tenga que gritar tanto en casa para hacer sentir mi identidad. (En realidad, no quiero que me teman. Quiero que me cuiden y me mimen. No obtengo de mi familia el amor y la comprensión que recibí de niño de mi madre y de ciertas maestras. Maldita sea; a veces quiero que mi mujer y mis hijos me traten como a un bebé. Tengo derecho. Necesito esa sensación de seguridad. No soy de esos padres que esperan que los hijos los cuiden en la vejez. Quiero que mis hijos me cuiden ahora). Mi mujer cree que en los últimos tiempos me gusta quedarme en casa con ella. No se da cuenta de que ardo de ganas de ir a la oficina para estar junto a Arthur Baron (con quien he empezado a intercambiar miradas en los últimos días, que creo que tienen un significado más allá de lo común).

La convención volverá a celebrarse en Puerto Rico para hacer justo

honor a la familia de la mujer de Lester Black) y Kagle estará en Toledo, Ohio. A mi mujer le costará mucho perdonarme por haber despedido a Kagle (hasta que le diga sin rodeos que se trataba de él o yo. Entonces mirará a lo lejos, por encima de mi hombro, y no querrá saber nada más). Mi mujer tiene lástima de la pierna, de la mujer y de los hijos de Kagle. Mi mujer se identifica fácilmente con todas las familias religiosas, salvo con las negras y las judías, cuya lengua extranjera («Ni siquiera es latín») y plegarias incomprensibles encuentra crudas y ofensivas. (Cree que están rezando por *nosotros*). Hasta sus fiestas caen en días diferentes. (Son gente altanera y perversa. No quiere que nuestra hija se case con uno, aunque preferiría uno de ellos a un puertorriqueño o un negro). Kagle no mejorará. Sigue yendo a la iglesia con su familia cuando está en casa los domingos, y a lugares como Toledo, por razones de trabajo, durante la semana, recurriendo a prostitutas baratas a última hora de la tarde. Sigue estando lleno de prejuicios y se niega a contratar a judíos y a follarse a negras, a menos que esté lejos, en una reunión de la compañía en una de las islas del Caribe. En esos casos, le gustan jóvenes. Las ha tenido de quince y las aceptaría de trece u once, creo, si no fuera por temor a sentirse anormal. *Tengo* que echarlo. He estado de putas con él y no le perdono ni olvido. Me acecha. Tropieza deliberadamente conmigo riéndose sin el menor decoro.

—Vamos, vamos, Bob. Deja de fingir. Te conozco. Recuerda cuando…

—Nunca ha ocurrido. Y si ha ocurrido, no lo recuerdo y tienes que pagar.

Destinaré a sus camaradas borrachos a distintas ciudades y espero que renuncien. Arthur Baron y yo no hablamos mucho de temas como este cuando nos encontramos por casualidad en los pasillos, pero considero que existe en este momento un acuerdo diplomático, revelado por sus comentarios espontáneos.

—¿Cómo está, Bob? —me detiene siempre para saludarme.

—Bien, Art, ¿y usted?

—Me alegro. Horace White me dice que usted le resulta muy simpático.

—A mí me gusta mucho Horace White, Art. Es un hombre excelente.

(Los hechos son incorrectos, pero la respuesta no).

Horace White está de acuerdo. ¿Estará de acuerdo Lester Black? Johnny Brown rezongará y expresará desacuerdo cuando se entere de que soy su superior. A Black no le importará, probablemente. Está fuera del campo de sus actividades y, de todos modos, está a punto de

jubilarse y pasa mucho tiempo fuera de la oficina, en su yate.

Hice todo lo que pude por disuadir a Kagle de que fuera a Toledo (sabiendo, desde luego, que fracasaría. Tengo la conciencia casi tranquila.

—Quédate en Nueva York, Andy. Sabes que Arthur Baron quiere que estés aquí.

—Lo coordinaré con una promoción de supermercados —responde con uno de sus guiños de conspirador—. Je, je. Ya verás).

—¿Está Kagle en Chicago, Bob?

—No, en Toledo.

—¿En Toledo? Le dijo a Laura que iba a Chicago. ¿Qué hay allí?

—Tal vez vuelva con una promoción de supermercados.

—No es su trabajo.

—Llama por teléfono a diario. Sé dónde puedo llamarlo. Me pidió que vigilara la oficina.

—Me alegro, Bob. Tendremos que esperar a hacer los preparativos para la convención. Me gustaría que este año fuera todo perfecto.

—Creo que irá bien, Art.

—Yo también. Horace White vuelve la semana que viene y los dos organizaremos las reuniones arriba. Esté preparado para hacer algunos enemigos.

—Si es necesario…

—Tendrá también unos cuantos amigos.

Tendré también unos discursos. Necesitaré a Kagle para la convención. Hará esto muy bien y se atribuirá el éxito de haber realizado los cambios personalmente, además de manifestar estar contento de haberse librado de las responsabilidades administrativas que no le agradaban y estar así disponible para hacer el tipo de trabajo que de verdad le gusta. Nadie le creerá. No importará, no obstante. Después de todo, no lo quiero junto a mí.

—¿Qué quiere hacer con Andy Kagle? —preguntará Arthur Baron.

—Creo que me gustaría que inaugurara la convención.

—Es una gran idea.

—Creo que lo hará muy bien. Sonreirá bastante sin que nadie se lo pida.

—¿Y después?

—No lo quiero conmigo.

—¿Le gustaría conservarlo como consultor o utilizarlo para tareas especiales?

—No, Art.

—Podría ser útil.

—Aquí no. Pienso que sería mala idea tenerlo aquí.

—Creo que tiene razón, Bob.

—Gracias, Art.

Desde luego, no puedo despedir a Kagle. (Si pudiera despedir a gente, despediría a Green y también a la dactilógrafa Martha, que sigue perdiendo la razón poco a poco, pero no con la rapidez que yo querría). Puedo limitarme a indicar solamente que no lo quiero a mi lado. La compañía lo trasladará a otra sección. Me gustaría que alguien la despidiera antes de que tenga que obligar a Green a hacerlo.

—Art —podría decir—. ¿Tiene un minuto?

—¿Cómo está, Bob?

—Bien, Art. ¿Y usted?

—Me alegro, Bob.

—Hay una muchacha en el departamento de Green con un serio problema mental. Está volviéndose loca. Creo que habla sola, mantiene conversaciones imaginarias. Se ríe sola. La verdad es que tenerla allí no contribuye mucho a la imagen del departamento.

—¿Está contenta? —preguntará tal vez.

—Solo cuando se ríe —replico—. Lo que ocurre es que entonces deja de escribir a máquina y su productividad se resiente.

—Dígale a Green que la despida.

Si dice esto, significará que quiere que empiece a darle instrucciones a Green y comience, de este modo, a adquirir dominio sobre su departamento.

Si dice, en cambio:

—Hablaré con Green.

Eso significa que quiere que mantengamos nuestros departamentos separados. (Y no me desmoralizará, porque tiene sus ventajas contar con el departamento de Green para echarle la culpa).

Si, con expresión solemne, pregunta:

—¿Usted qué haría?

—Probablemente le corresponda una larga baja por enfermedad —responderé—, y después el seguro de hospitalización médica se ocupará de todo, si ella quiere utilizarlo. La gente que se va por su propia voluntad, con la baja por razones de salud mental, casi nunca intenta volver.

—Buena idea, Bob. Diría que es la solución más caritativa para ella.

—Los empleos no se guardan. Podemos decírselo, si vuelve a presentarse. Una de las enfermeras puede decirle que necesita un descanso.

—¡Pero estoy feliz aquí! Sonrío y me río todo el día.

—Es por poco tiempo, querida. Nosotros… ellos… tienen que economizar.

(Baja por enfermedad es lo que tengo reservado para Red Parker).

(Creerá que estoy haciéndole un favor).

(Ya verá cuando intente volver).

(Soy tan listo que debería ser presidente).

Incluso podría volver a utilizar el apartamento de Red Parker cuando él no trabaje más en la compañía. Por un tiempo ni se le ocurrirá que no está en la compañía, sino fuera de ella, y su póliza de seguro médico redundará en grandes beneficios para mi propia salud. Ocuparán su puesto (lo archivarán), la brecha que dejó estará cerrada cuando intente reincorporarse. (Probablemente no lo intentará. Se acostumbrará a no hacer nada y a vagar de un lado a otro en unas vacaciones sin fin).

Los que se van voluntariamente con baja por enfermedad por cualquier motivo excepto el de cirugía mayor o accidentes graves casi nunca tratan de volver. No tienen ganas. (Incluso los que han estado ausentes un tiempo con hepatitis o mononucleosis tienen grandes dificultades para volver. Les falta energía). Poco después de haberse ido, alguien a quien le gusta seguir la pista de la gente (en el ejército, era nuestro oficial de relaciones públicas) aparece por casualidad para decirnos que murieron (o bien sufrieron un «episodio cerebrovascular», con lo cual sabemos que han desaparecido para siempre. Sí, para siempre, ja, ja).

«¿Te has enterado de lo de Red Parker? ¿O de lo de Andy Kagle? ¿O de lo de Jack Green?», se detendrá a comentarnos alguien como Ed Phelps, si acaso él no ha muerto también ya. Ed Phelps nos visitará mucho cuando se jubile (como Horace White, con su silla de ruedas y sus muletas de metal cuando enferme, o un chófer negro de expresión inescrutable y vestido con librea gris lo empujará dentro de la oficina en una camilla y nos saludará con una mano lánguida al pasar junto a nosotros. ¿Cómo estaré cuando tenga ochenta años, pero no dientes? No tendré dientes —el tratamiento periodontal no me conservará indefinidamente este hueso de la mandíbula que se deteriora— y los tobillos y las plantas de los pies empeorarán. Tendré la nariz obstruida y respiraré con la boca abierta. Jugaré con píldoras entre los dedos. Ya me he conocido, en hospitales y en fotografías. ¿Cómo oleré? Sé cómo oleré. Ya huelo ese olor y no me gusta), porque no tendrá otro lugar adonde ir. No me sorprendería que Ed Phelps comenzara a aparecer en las reuniones de veteranos del ejército (en mi lugar. Yo nunca acudí). Como un superviviente más. (Ya no necesitamos, en realidad, tantos supervivientes). «No estoy seguro de qué le pasó —repetirá al referirse

a Red Parker—. No sé quién se ocupará de los chicos. ¿Cuántos chicos tenía?».

Nadie lo sabrá, a nadie le importará. Con todos los demás en la compañía trato en los últimos tiempos de mantener una neutralidad inocente y, a la vez, de camaleón. Jane sabe que he dejado de flirtear con ella.

«¿Qué te pasa, chico mayor? —la oigo decirme, a punto de provocarme—. ¿Te has asustado? ¿Tienes miedo de que tu mujer mandona te descubra? ¿O quizá temes no ser suficiente hombre para una chica de mi edad?».

Jane no es una persona que diga nada de esto, ni que lo piense, pero imagino la escena de todos modos y me pregunto cómo saldré del paso. Fuera de la oficina he empezado a prepararme, con una actitud realista y diligente, para las grandes responsabilidades que me esperan. Estoy preparando discursos y jugando al golf. Ya estoy creando los discursos que necesitaré para la convención (el mío y el de Kagle) y para pronunciar en los pasillos de la compañía.

«Vamos —dice uno—. ¿A *ti* te sorprende? ¿Qué supones que sentí *yo*? Casi me muero de sorpresa».

(Eso lo escribí en un minuto).

Y me he comprado palos de golf y ropa nuevos.

Mi hija me encuentra elegante con mi nueva ropa de *sport* blanca y de colores pastel y con mis gorras con visera. (A mi hija le encanta verme elegante). Mi mujer está perpleja. Cree que he retomado el golf porque quiero flirtear con las jovencitas de los diferentes clubes donde me invitan. Ya no sé flirtear con chicas universitarias y tampoco querría flirtear con ellas, si supiera. Son demasiado jóvenes. (Y ninguna de ellas parece mandarme señales, ni a mí ni a otros de mi edad. Se las mandarán a los buenos jugadores de tenis. He decidido no flirtear en las fiestas, ni en ningún lugar donde esté mi mujer y ella pueda sentirse incómoda y, por mi parte, quisiera que *ella* dejara de flirtear en las fiestas y en cualquier otro lugar cuando se emborracha, y que dejase de incomodarme). Le daré más dinero. Tomo lecciones particulares de golf en secreto en los campos municipales, los fines de semana, y acepto las invitaciones que recibo para jugar en los clubes privados. Mi mujer no quiere retomar el golf porque sabe que no destacará y detesta ir a un club a almorzar o a cenar, por la gente con quien se encuentra. Todos están a punto de divorciarse. Todo el mundo, en todas partes, está aparentemente llegando a un fin. Compraré otra casa. Mi mujer quiere otra. A mi hija le gustará, pues es sumamente sensible con las amigas cuyas familias tienen más dinero, y no le importan nada en cambio las que tienen menos, como

el universitario del camión de basura que quiere meterla en un automóvil de noche para impartirle lecciones de conducción. (Sé muy bien qué clase de lecciones quiere impartirle. Le daría una patada en el estómago. ¿Cómo se atreve a abrigar intenciones obscenas respecto a mi exuberante hija de dieciséis años? ¿Cómo puede ella conocer a tanta gente y a la vez sentirse sola?). Tenemos que comprar una casa más grande porque la mesa de la cocina de esta es demasiado pequeña.

—¿Golf? —dice mi hijo, intrigado, entornando los ojos.

—Es un deporte.

—Ha vuelto a jugar —dice mi mujer.

Mi hijo tiene una expresión ofendida; mi mujer, irritada. No está acostumbrado a verme tan bien vestido e impaciente por irme de casa tan temprano la mañana de un domingo.

—Si no fuese a jugar al golf —le digo—, ¿hay algún lugar adonde te gustaría ir?

Agita la cabeza, pensativo.

—Puedes ir. A nadar, tal vez.

—No hace bastante calor. Mamá puede llevarte en el coche hasta el club de la playa.

—No me gusta.

—¿Tienes otra cosa que hacer?

—Ver la televisión. Vi jugar al golf en la televisión.

—Hay que meter la pelota en un hoyo.

—¿Como en el billar? —aventura, esperanzado.

—Billar de bolsillo —bromeo.

—No empieces —me advierte mi mujer.

—¿Qué es el billar de bolsillo?

—Los domingos no. Durante el desayuno no.

—El día del Señor —canturrea mi hija con fingida solemnidad.

—Te lo diré el lunes.

—Sé lo que significa —se jacta mi hija.

—Estoy seguro.

—No me digas que estás enfadándote —me dice sorprendida.

—Por supuesto que no —digo, mintiendo un poco. No me gusta que lo note.

(Y vuelvo a recordar que la noche anterior la vi en la parte posterior de un automóvil lleno de muchachos. No puedo, sencillamente, dirigirle la palabra en los últimos tiempos sin desear decirle algo ofensivo. Siempre hay una animosidad latente entre los dos. No sé por qué).

—Me levantaré de la mesa, si estás enfadado.

—No seas tonta.
—Pues yo me voy —declara mi mujer.
—Yo he quedado. Hoy no puedo hacer nada. Iré con vosotros a la iglesia la semana que viene.
—No estaremos la semana que viene.
—¿Te gusta? —pregunta mi hijo.
—¿La iglesia?
—No, el golf.
—No.
—Lo odia —le informa mi hija.
—Exacto —le digo a modo de elogio—. Incluso odio a la gente con la que juego.
—¿Por qué juegas? —Mi hijo frunce el rostro, perplejo.
—Me conviene.
—¿Para la salud?
—Para el trabajo —adivina correctamente mi hija, imitándome con cómica exactitud.
—Has vuelto a adivinar, hija —la elogio otra vez—. Me proporciona puestos mejores. Me ayuda a ganar dinero para mi querida familia.
—¿Me comprarás el coche, ahora que ganas tanto?
—Cuando baje mi hándicap de golf. Esta mesa es demasiado pequeña. No veo por qué no podemos desayunar en el comedor.
—No sabía que tomaríamos el desayuno todos al mismo tiempo. Por lo general tengo que tomarlo sola, como ocurre con todo.
—Se diría que estás amargada.
—No veo por qué tienes que jugar al golf un domingo por la mañana.
—Juego cuando me invitan.
—Vas a tomar lecciones.
—Voy cuando puedo. Ve sola, ¿quieres?
—No quiero ir sola. ¿Para qué tengo familia?
—Vas con Dios, ¿recuerdas?
—No bromees sobre eso.
—Ve con los chicos.
—Ellos tampoco van a menos que vengas tú. Siguen tu mal ejemplo.
—La acompañaréis, ¿no?
—No los obligues.
—No seas hipócrita, papá.
—Iremos el Día de la Madre.
—Y así será también el Día del Padre.

—Odiamos a la gente con la que tenemos que rezar —bromea con brillantez mi hija, y mi hijo se ríe.

—Has estado bien —la elogio, riendo a mi vez—. Me haces sentir orgulloso.

—Me encanta —dice mi mujer— cuando los tres me encontráis tan cómica. Todo eso lo han aprendido de ti. Creen que se pueden hacer chistes sobre cualquier cosa.

—Ellos pueden. —(Está empezando a arruinarme el día). Ha sido para todos un desayuno casi perfecto, salvo para mi mujer. Quisiera terminarlo de una vez e irme—. ¿Sabes?, no encuentro nada de esto en la oficina.

—Tampoco yo en la peluquería.

—Me alegro.

—No estás casado con la gente de la oficina.

—Lo he comprendido la primera vez. ¿Por qué tienes que repetirlo todo?

—La verdad es que eres odioso.

—Solo estamos bromeando, chicos. Me haces lo mismo todas las semanas.

—Sírvete unos huevos —dice ella en voz baja.

—Estás arruinándome el día.

—Y tú el mío.

—Tomaré un poco de zumo. Me haces lo mismo todas las semanas, ¿no? Cada vez que tengo un día libre.

No es verdad, pero no responde. Mantiene una expresión de silencio empecinado. Le tiembla la mano que aferra la gran jarra de zumo. Siempre bebemos zumo de naranjas frescas cuando me tomo el trabajo de exprimirlas, y lo servimos en una jarra de vidrio bien fría, en lugar de usar la de material plástico liviano y viscoso que prefieren mi mujer y la sirvienta. Los chicos están sentados, inmóviles como maniquíes idénticos en un escaparate, ocultándose dentro de sus propias caras hasta ver qué sucede. Y pensar que el día ha empezado de una forma tan prometedora. Le hice el amor anoche, cuando tuve ganas, y he evitado hacérselo esta mañana cuando no las tenía, corriendo escaleras abajo para empezar a preparar el desayuno mientras ella estaba en el cuarto de baño. (Me había enviado señales que yo no quería captar). Me costará mucho perdonarla por haberme arruinado la mañana. Hasta las naranjas frescas tienen ahora gusto a falso. Las naranjas no son tan buenas como antes. Puede que tenga algo que ver con el detergente que usamos para fregar los vasos, o bien con el agua. Las heladerías sirven ahora los granizados en vasos de papel o de plástico sucio que no se enfrían bien y quitan el sabor.

Nada queda ya en pie. Cayó el puente de Londres y lo enviaron a Arizona como atracción turística. Yo preparo jamón con huevos mejor que todos. Preparo tostadas frotadas con ajo como las hacía mi madre, igual de bien. Es fácil. Les encantan a todos. Nada es puro ya. Ni siquiera la gente. Decido recurrir a los chistes.

—Sé sincera, querida —empiezo a adularla.

—Irán si tú vas —me interrumpe con voz seca.

Mi hijo mueve la cabeza.

—Yo no —anuncia mi hija.

—Me has dicho que no los obligue.

—Me siento completamente sola en el mundo.

—¿Tendré que ir yo? —se queja mi hijo.

—Sé sincera, querida —vuelvo a empezar, rozándole el brazo. (Tendré que dejarla, aunque solo sea por haberme hecho hacer esto) —. ¿Qué preferirías, ser pobre e ir al cielo o ser rica e ir al infierno?

—No es esa la cuestión —señala mi mujer.

—Es la que yo planteo.

—¿Pobre hasta qué punto? —interviene mi hija con cautela.

—No me importa tanto el dinero como tú crees.

—A mí sí —canturrea mi hija—. Quiero tener todo el dinero posible.

—Quieres tener una casa nueva, ¿no? —le digo a mi mujer.

—¿Acaso eso es un crimen?

—No. ¿Qué preferirías, ser pobre e ir al cielo o ser rica e ir al infierno?

Sonríe, resignada.

—Ir al infierno —me dice siguiéndome la corriente.

Intuyo entonces que la tormenta ha pasado y que todavía puedo lograr zafarme de ellos sin discutir. Siento ganas de celebrarlo.

—¡Esta es mi chica! —le digo afectuosamente a mi mujer.

—De todos modos, estoy cansada —admite sin rastro de mal humor.

—Ve sola.

—No me gusta. Me quedaré en casa a leer los diarios. Veré la opereta de Gilbert y Sullivan. Divertido, ¿no?

—Me encanta el dinero —dice mi hija, muy contenta—. Creo que realmente me encanta.

—¿Toda la gente pobre —pregunta gravemente mi hijo— va al cielo?

—¿Tú crees en el cielo?

—No.

—Entonces ¿cómo puede ir allí?

—Muy gracioso —observa muy serio, frunciendo el ceño—. Si yo creyera en el cielo, ¿irían allí todos los pobres?

—No tienen la menor probabilidad.

—No. Hablo en serio.

—No tienen la menor probabilidad en el infierno. ¿Qué lugar sería el cielo si todos esos pobres estuvieran allí?

—¿Nosotros somos pobres? —quiere saber.

—No.

—Entonces ¿por qué no puedes comprarle un coche?

—¡Este es mi chico!

—Puedo comprárselo. Que aprenda a conducir antes.

—Tengo casi dieciséis años.

—Cuando los cumplas, hablaremos. Tengo el dinero, de modo que no te preocupes porque seamos pobres. Además, pronto tendré más.

—Adoro el dinero —se jacta mi hija con tono desafiante—. Más que ninguna otra cosa en el mundo. Lo adoro más que los helados.

—Alguien, hija mía, podría pensar que eso no tiene ninguna gracia.

—No me importa. Lo adoro más que la última cucharada de helado en el plato.

—El dinero habla, ¿no es así, señorita?

—Desde luego.

—¿Cómo?

—Porque el dinero, joven, lo es todo.

—¿Y la salud? —pregunta mi mujer.

—No la compra el dinero. Es por eso por lo que tú no debes regalar tus monedas.

—No las regalaré más.

—Yo no lo regalaría jamás —dice mi hija con aire virtuoso.

—Ni creo, hija mía, que lo hayas regalado nunca. Je, je. El dinero es lo que mueve el mundo, joven. El dinero, en fin, hace la historia.

—¿Cómo es eso?

—Tú estudias historia, ¿no?

—Lo llamamos estudios sociales.

—El dinero hace los estudios sociales. Sin dinero, no habría estudios sociales.

—¿Cómo es eso?

—Lo que quiere decir papá —explica mi hija— es que el amor al dinero y la búsqueda de oro y riquezas en el pasado fueron lo que provocó la mayoría de los hechos que vemos hoy en todos nuestros libros de historia. ¿No, papá?

—Enteramente correcto, mi querida hija. Otra vez has acertado.

Me alegro de que estés aprendiendo algo más en la escuela que el billar de bolsillo y liar cigarrillos, o andar desnuda por la casa.

Me quedo más atónito que ella cuando la veo ahogar una exclamación y ponerse pálida. (No sé por qué lo he dicho en este momento, lo juro. No sé de dónde me surgieron esas palabras). La voz de ella es una súplica muy queda.

—¿Tenías que decir eso?

—No. No tenía por qué —murmuro.

—Sí tenías por qué —me acusa—. Siempre tienes razones, ¿no?

—Perdóname.

—Siempre lo fastidias todo. Se lo fastidias todo a todos. ¿No es verdad, mamá?

Mi mujer parece estar a punto de llorar.

—Ha sido una broma, ya lo sabes —digo.

—¿Quieres que me vaya?

—No, los dos bromeábamos. De todos modos, te he dicho ya antes que no andes por casa sin bata.

—¿Puedo levantarme de la mesa?

—No, quédate, me iré yo. —(Me siento inepto, torpe)—. ¿No podemos ser amigos otra vez? De cualquier manera, tengo que irme. Je, je.

Ella también está arruinándome el día (a pesar de ser mi culpa. Y ni siquiera son las diez). Ese pulpo de aversión ya estaba en la cama entre mi mujer y yo cuando me ha despertado con lánguidos murmullos y se ha acurrucado contra mí, esa barrera carnosa, viscosa, muscular, vascular, de repugnancia sexual que noto a veces (cuando ella toma la iniciativa. Puede que prefiera ser yo quien la desee). La he esquivado con agilidad. Antes de que mi mujer se diera cuenta de nada, estaba abajo en la cocina cortando naranjas, preparando café y cascando huevos. No sé de dónde proviene, ni por qué surge (y tampoco quiero descubrirlo). Se diría que tiene su origen en el cerebro, el corazón y el intestino delgado en un ataque combinado. (Sé que los hombres con ataques de corazón los utilizan para evitar tener relaciones sexuales con sus mujeres, aunque no con sus amantes, a menos que empiecen a cansarse de ellas. Yo preparo café y casco huevos. Tengo un sentimiento de inmensa satisfacción cada vez que me entero de que alguien ha abandonado a su mujer. Se lo merecen, las muy zorras. Ayer, en una charcutería oí a una mujer contarle a otra que un hombre al que yo no conocía había abandonado a su esposa, y me puse de buen humor. Más tarde me siento deprimido, marginado, y lleno de autocompasión.

—¿Por qué estás tan contento? —oí decir a mi mujer cuando volví

al coche.

—Por el precio de las alcachofas —respondo, o mejor aún—: Un hombre ha abandonado a su mujer).

El muro de aversión volvía a estar en mi cabeza y en mi pecho cuando me desperté (y no se disipó) y no quería que me tocara ni tener que tocarla yo. (No tiene nada que ver con ella). Temí que me desharía en fragmentos enmohecidos y resecos donde me apretara. Era como masa, o masilla blanda, y en los lugares donde me apretara con las manos o las rodillas me quedarían hendiduras deformes. Me quedaría así. Es invisible e implacable. Es pesado. Vive, pero está muerto. Yo vivo, pero estoy muerto. Hay una parálisis granulosa. Es hueca y espesa. No tiene aire, cuesta tomar aliento, porque provoca dolor de cabeza, náuseas, o bien reminiscencias enfermizas de olores desagradables y enmohecidos. No tiene gracia. No tengo voluntad para superarlo. No puedo confesárselo.

—No me encuentro bien —digo—. Creo que es el estómago.

—¿No te duele el pecho?

—Creo que no.

—Trabajas demasiado. Nunca nos tomamos unas verdaderas vacaciones.

—Tú te vas todos los veranos.

—No es lo mismo que unas vacaciones. ¿Por qué no podemos irnos los dos solos a México? Nunca he estado allí.

Preferiría rendirme y yacer dócilmente allí, como un esclavo. Preferiría sucumbir. Preferiría quedarme inmóvil y esperar a que ceda y se aleje hacia algún lugar, como los demonios que después de aparecer vuelven a alguna guarida subterránea dentro de las glándulas que libran combate en mi interior o intentan abrirme camino a través de algún orificio mediante movimientos de batracio de los pies. Vuelvo a ser un anfibio sin cola. Tengo verrugas, pero son pequeñas, porque soy pequeño. Me veo luchando trabajosamente por deslizarme, la cabeza primero, como un nadador blanco o un hombre rana en miniatura hecho de goma negra, y los dolores dispersos en las sienes se filtran y se vuelven palpitantes al llegar a la región posterior del occipital. Tal vez no podría volver si alguna vez me abriese camino a través del hueco que me presiona la espalda. ¿Hacia dónde? Quizá no habría un aquí al cual volver cuando estuviera allí. Me he arrastrado a través de la aversión antes y ha desaparecido sin hacerme daño, como si ni siquiera estuviese allí. Imagino conversaciones. Quisiera no tener que experimentarla nunca.

—Vamos, dime —le digo a mi hija—. Je, je, je. Habla. ¿Te drogas o haces guarradas con otros chicos y chicas? Sabré comprenderte.

—Si realmente comprendes —me reprocha mi hija con una voz tranquila y monótona—, comprenderás que no tendrías que preguntarme nada si yo quisiera que supieras.

—Muy inteligente. Estoy orgulloso de ti.

—¿Es esencial ser inteligente? ¿Estarías orgulloso si no fuera inteligente?

—Por supuesto.

—¿De qué?

Puede que fuera por eso por lo que el padre de ella se suicidó (ella le arruinaba el día). Probablemente fue un hombre modesto e introvertido, no más alto que Len Lewis, quien mandó a la niña de sus ojos a una excelente universidad del sur, de la cual la expulsaron más tarde por follarse a todo el equipo de fútbol en masa y en formación.

—En masa y en formación —me contó una vez alegremente, los ojos brillantes—. Me obligaron —prosiguió, radiante y llena de orgullo (de tal modo que nunca estuve seguro de si era verdad o no. Ella sabía que me gustaba oírla hablar de sus experiencias guarras. Me impulsaba a interrogarla sobre ellas una fascinación irresistible y ambivalente. La violación fascina)—. Al principio me inmovilizaron, pero después empezó a gustarme. Quería demostrarle de lo que era capaz.

—¿No tuviste miedo?

—No. La verdad es que estaba loca por ese quarterback. Era muy presuntuoso. Una vez lo hicimos en una canoa. ¿Alguna vez lo has hecho en una canoa?

—¿No te enfadaste?

—Por supuesto que no. Él sí. Se enfadó conmigo. Nunca creyó que me gustaría, pero se lo demostré. Era el chico más popular de la universidad y lo tuve un tiempo. Creo que era la única judía allí. Después de eso no quiso verme más.

—Demuéstrame de qué eres capaz.

—Apuesto a que te desmayarías.

—Apuesto a que no.

—Apuesto a que en Duke aún lo recuerdan. Deberían levantarme una estatua. Esa temporada los hice ganar.

No me agradaba del todo oírla hablar así de esas cosas (hubiera querido ver, por lo menos, un rastro de arrepentimiento), y se lo habría reprochado y la habría reprendido severamente de haber tenido el derecho y los medios. Le habría dado unos bofetones. (Tenía celos). Mi mujer y yo lo intentamos en una canoa después de casarnos, pero a ella le dio vergüenza de pronto y me obligó a remar hasta una isla.

Reconozco que estaba un poco loca y que corría el riesgo de matarse, una vez que se le disipara esa euforia desbordante. (No sabía cómo vivir sin ella). Comprendo, asimismo, que era depresiva y que mucha de su exuberancia era forzada. Creo que Penny podría matarse sin hacer mayor escándalo dentro de unos años, a menos que le suceda pronto algo que la absorba y sea duradero; yo no puedo hacer nada. Sabe que no me casaría con ella si se muriera mi mujer o me divorciara. Ya no me siento próximo a ella. Voy y vengo, ja, ja, y creo que probablemente mi mujer se matará, también, cuando los chicos crezcan y yo la haya dejado. Tal vez Derek la ayude a seguir viviendo, si para entonces no lo hemos internado. (En ese sentido, el chico me sería quizá útil. Será un adulto, no obstante, no un chico). Me gustaría que pudiésemos hacerlo pronto. (No lo querré cuando sea mayor). Cuando me vaya no miraré hacia atrás ni un instante. Ni siquiera querré que tengan mi número de teléfono. Me gustaría vivir en otra ciudad. Salvo mi hijo, aunque ni siquiera él. Cambiará. No estoy seguro de cuánto tiempo más quiero que me hable. Si alguna vez estoy en el hospital, no querré que ninguno de ellos me visite y aumente mi desesperación. (Se lo he dicho. Salvo mi hijo. Tal vez lo extrañe y me preocupe que esté preocupándose demasiado por mí. Estaré tendido allí, agonizando, o bien recuperándome, con un tubo dentro de la nariz, como un preso político torturado, y ellos pretenderán que *yo* les haga sentirse mejor. No querré que venga mi hermana. No podré evitar que venga a visitarme. Mi pequeña secretaria mandará una de esas tarjetas que desean una pronta mejoría. Y tendré que agradecérsela). Debí comprender ya entonces que estaba loca, cuando me contó lo de ese partido de fútbol que ella jugó en Duke, además de aquellos cambios emotivos repentinos y esa hosquedad que mostraba a los pocos minutos de estar acariciándonos como dos osos vestidos contra la pared de un rellano de la escalera entre dos pisos o en el almacén de abajo, y también por el terror frenético que la acometía sin aviso y la invadía como una tormenta. Nos encontramos tantas veces allí. Quería sacármela y que me la sostuviera en la mano. Durante meses elaboré diferentes estrategias: —Hay algo que quiero hacer. Déjame, por favor —le decía con voz ahogada muchas veces, en el metro repleto en que viajábamos entre la oficina y mi casa. (Nunca tenía muy claro qué era mi casa y qué la oficina. Muchas veces me sentí más en mi casa en la oficina)—. Quiero ponértela en la mano.

(Tenía el corazón encogido y era incapaz de bromear).

Las cosas siempre se precipitaban y era imposible entablar negociaciones. Nos encontrábamos en el rellano y nos lanzábamos al ataque sin decir ni una palabra. No era posible hacer tratos ni yo

podía llevar a cabo estratagemas sutiles, aparte de poner los malditos expedientes detrás de su culo o espalda para evitar que se cayeran al suelo. Y entonces: —Viene alguien.

Y otra vez era tarde. Se apartaba bruscamente de mis brazos con pequeños gruñidos y quejidos de gata, que parecían surgirle de la mente en lugar de la garganta, y se libraba de mí como si yo pretendiera aprisionarla. (Lo que no era el caso). Con perplejidad y sonrojo, el pecho palpitante, la respiración afanosa, silbando por la boca y la nariz, me miraba con una expresión ultrajada y salvaje, como si yo fuera alguien desconocido que tratase de engañarla, como si no supiera cómo había llegado a ese punto conmigo. Era pánico u orgasmo. (O ambos). Creo que temía el inicio de la avalancha hacia el orgasmo en la escalera, e incluso en el almacén de abajo. Creo que quería una cama o un coche. (Conocí a una estudiante que se los provocaba, según me contó, contra el poste de la cama en su cuarto, antes de tener edad suficiente como para irse de casa. Ahora conozco otras chicas con vibradores y fantasías de violación). Ella no tenía por qué resistírseme tanto. Yo era un cordero. Los ojos se le volvían penetrantes y condenatorios; el rostro, acusador; la boca, llena de veneno. Odiaba con irracionalidad frenética. Me habría cosido a puñaladas. (Era una cara que yo hoy rechazaría. Si era así como la afectaba, hoy no la querría). Me quería pasivo (como el poste de la cama o el vibrador). No parecía darse cuenta de que le estaba tocando por debajo de la falda hasta pasado un rato. Entonces era como si la hubiese herido un rayo. Se veía engañada, seducida, violada. Esa parte de sus bragas está aún presente en mi memoria como algo liso y a la vez arrugado cuando me paso el pulgar por las yemas de los dedos. (Ahora me divierte).

—Viene alguien —exclamaba, al borde de las lágrimas, con un susurro suplicante, desesperado, haciéndome muecas crueles, deseando aplastar y matar, arreglándose la ropa uno o dos segundos para luego echar a correr. En el espejo de la pequeña polvera que siempre llevaba consigo se examinaba y se retocaba la boca con el lápiz de labios, a la vez que desaparecía en esa huida desesperada.

Siempre olvido que no tenía más que veintiún años.

Yo no iba a hacerle ningún daño. Yo no tenía más que diecisiete años y la adoraba. No había más sonrisas para mí hasta que volvía a ocupar su silla giratoria detrás del escritorio, bajo el gran reloj blanco y negro que nunca se paraba de la Western Union, una reina del sexo, alegre, serena, sofisticada y experta. (La compañía Western Union ha reducido considerablemente sus servicios de telegramas y gana dinero con otras cosas). Creo que yo sentía celos y rencor hacia esos

jugadores de Duke enormes y primitivos que podían tener relaciones con ella en presencia de los otros de esa manera (hacer el amor, *q.v., op. cit., ibidibididi*) y sentían tanto desprecio por ella después (mientras que yo sentía tanto amor. Aquello era peor que la crueldad. ¿Se daban cuenta de lo malos que eran conmigo?).

Estaba chiflada. A veces usaba faja y también bragas y aún no he podido descubrir la razón. Era una muchacha bonita, baja, un poco gordita, con medias de seda y faldas lisas y ceñidas, y creo que todavía estoy enamorado de ella (y contento de que haya muerto, porque de otro modo no estaría enamorado y, por lo tanto, no tendría a nadie). Se buscaba problemas: la violación en el almacén fue idea suya. (Uso el término «violación» con un sentido amplio, para atenuar el temor que me inspira. La violación me intriga y me excita un poco, de una manera siniestra, que además me enferma. También muchas chicas que he conocido sienten cierta excitación frente al fenómeno y la han sentido desde la adolescencia. Las historias de violaciones en los diarios me hipnotizan, siempre que no impliquen a niños o sadismo. Disfruto con esas historias con los ojos fijos en los párrafos impresos después de haber interrumpido la lectura. Las historias de orgías son tan deliciosas como los informes sobre el ganado. ¿Qué puede resultar extraño una vez que todo está permitido? Nunca he sentido deseos de violar. Siempre los he sentido de acariciar, de seguir con la mano los contornos de la carne y la ropa de mujeres desconocidas. Las chicas que me sorprendo contemplando son cada vez más jóvenes y algún día temo que querré hacer lo que temo que tal vez quiera hacer). Ella fue la causa de todo y nos estimuló a los tres. Ni siquiera le gustaba uno de los otros dos. Me dijo que era feo, tonto y grosero.

—Podría hacerlo con los tres a la vez. Os lo pasaríais bomba. Os demostraría de lo que soy capaz —nos desafiaba con impertinencia y con una sonrisa calculadora—. Si no fuerais tan miedosos.

Era la hora del almuerzo. Los otros dos no tenían miedo cuando se levantó con los brazos arqueados, rígidos, insensibles, para empezar a besarme (para ellos. Recuerdo codos como hierros en ele), exhibiéndose (para ellos. Yo sabía adónde quería ir. Fue una comedia horrible, tonta, corrupta por su parte —me usaba como el poste de la cama o un accesorio teatral, para actuar *ante ellos*—, indigna de ella, un procedimiento sin emoción, casi malvado, acelerado para la ocasión como una vieja película, que se convirtió en una parodia grotesca de movimientos entremezclados, veloces, torpes. Una lengua de mármol, inhumana, me golpeaba la boca, y los dedos que me arañaban salvajemente la cabeza y el cuello eran quebradizos y helados. Hundía su cara contra la mía. Tal vez esto fuese un

espectáculo para ellos. Le agarré un pecho porque no sabía qué otra cosa se pretendía de mí), y luego se acercaron a ella desde atrás y los costados, y hurgaron bajo la falda con docenas de manos e infinidad de dedos autómatas, antes de que ella comprendiera lo que ocurría. Le toquetearon los botones, los broches, los elásticos. Por un instante la tuvieron casi arrodillada. Ella logró levantarse.

—Me habéis roto las medias.

Tenía el rostro aterrorizado. Ellos seguían bromeando implacablemente, con sonrisas duras, murmurando comentarios casi ininteligibles para mantener la comedia de que no era más que una broma pesada que nadie debía tomar a mal. (Aprendí para el futuro, al observarlos, cómo ejecutar variantes de la misma pantomima). Vi fugazmente carne pálida y ropa interior clara. No le vi el coño ni la mata de vello. Miré y tuve una desilusión (a pesar de que no quería mirar). La imaginé enorme, espesa, rizada. La imagino hoy. El tipo fuerte y tosco que a ella no le gustaba soltó un instante una mano para intentar bajarse la cremallera; me estremecí y traté de cerrar los ojos y no mirar. No quería verle el rabo fuera. Ahora pienso que debía de tenerlo blando. Sabía que sería largo. Habíamos orinado juntos en el cuarto de baño de hombres. (No quería que *ella* tuviese que verlo. Delante de mí no). ¿Dónde estaba la pasión? ¿Por qué lo estábamos haciendo todos? Ni siquiera había allí un verdadero impulso sexual… pero volvió a agarrarla cuando ella estuvo a punto de soltarse.

—No.

Los pies se desplazaban por el suelo y los tacones golpeaban las patas de las sillas y la parte baja de los archivadores.

—Sí.

—Vamos.

Una serie de gritos débiles y gemidos brotaban de ella mientras luchaba con todas sus fuerzas por no caer y por mantener la sonrisa. Todos, aparentemente, salvo yo, intentaban sonreír. Las imágenes desfilaban y se inmovilizaban, volviendo a superponerse como dobles exposiciones. Visiones fugaces de ligas, muslos, prendas estiradas de color claro, una mano masculina con vello negro y crespo sobre los nudillos que se deslizaba buscando una cremallera, y que luego cubría el bajo vientre de ella mientras le levantaba el dobladillo de la falda con el meñique.

—Soltadme. En serio. ¡Por favor!

—Oh, oh.

—Allá voy, Virginia.

—Tendrás que hacerlo.

—Lo has dicho.

—Ya lo sabes.
—No te soltaré hasta que lo hagas.
—No. No quiero. Basta. Por favor.
—No.
—No.
—No. No hasta que lo hagas. Tienes que hacerlo con uno de nosotros.
—¿Hacer qué?
—Ya sabes.
—Cualquier cosa.
—Uno solamente.
—¿Cuál?
—Elige tú.
—¿Uno solo?
—Entonces yo. Has dicho que podías hacerlo con todos, Ginny. Pruébalo. ¿Por qué no?
—Mientes.
—Ya lo verás.
—¿Y dónde está ese buen rato?
—Sé buena.
—Sé muy buena.
—La vida es corta, recuerda.
—Es la naturaleza humana, después de todo.
—Cuando un chico tiene a la chica contra la pared.
—Basta. Lo estropearéis.
—¿Nunca se te ha ocurrido ganar dinero con esto?
—Uno solo, entonces —dijo ella, con aire de duda. Las aletas de la nariz y los labios blancos se le agitaban y movían con un aire escéptico y amenazador—. Recordadlo.
—Uno solo.
—Lo digo en serio. Gritaré. Llamaré a la policía.
—Tonterías. No hará falta.
—Elige.
Me eligió a mí.
—Él.
Me miró con ojos lastimeros como pidiéndome ayuda. Pensé que se me iban a doblar las rodillas.
—¿Él?
—Ayúdame —me dijo.
Las manos me empujaron hacia ella.
—¡Dejad que se vaya! —grité.
—Te quiere a ti.

—Nosotros miraremos.
—Salid —pidió ella—. Mientras estéis aquí, no.
—No, señor. Queremos estar seguros.
—La función es gratuita.
—Puede que tengamos que enseñarle.
—Cerrarás la puerta con llave.

Seguían tocándola con manos libidinosas, tomando cosas que no les pertenecían.

—Soltadla —grité con una voz amenazadora que seguramente se quebró y tembló de cobardía, una voz sin esperanzas, llena de resignación—. Lo digo en serio.

(Yo era su héroe).

Tenía los puños crispados de furia adolescente (y el corazón me latía con una perplejidad también de adolescente). Podrían haberme pegado con toda facilidad, cualquiera de ellos (haberme tomado de un brazo para retorcérmelo y romperlo por la articulación). Por poco me desmayo del susto. Me miraron con extrañeza y desdén. Ella se soltó. Apenas reparé en que se había ido. Al oír el ruido de la puerta que se cerraba, aflojé los puños y esperé. No quería pelear. No quería que me pegaran. No creo que hubiera luchado para defenderme (prefería entregarme. Era como mi hijo en el campamento. No creo haber querido nunca pelear con nadie, excepto con mi mujer, mi hija, mi hijo y las niñeras de Derek). Y me quedé esperando a que me golpearan.

—Qué imbécil —me dijeron (y me alegré al ver que no pensaban pegarme. Me dejaban en libertad)—. Podríamos habérselo hecho.

—La conseguiremos sin él.

Esta idea impactó de manera patética en mi espíritu. No se me permitía sentirme su héroe por mucho tiempo. Cuando volví arriba estaba otra vez detrás de su escritorio, charlando con los otros dos sobre lo ocurrido, flirteando descaradamente con ellos, en especial con el tosco, grosero y musculoso que no le gustaba (arreglándose la carrera de la media con esmalte de uñas incoloro, irguiendo los senos para él como siempre hacía para mí, ladeando la cabeza y tentándolos con esa sonrisa carmesí y atrevida. Era un italiano ordinario, moreno, como Forgione, y sentí que otra vez me empujaba a un lado, como antes en el almacén. La odié en ese momento. Había herido mis sentimientos. Tuve la sensación de que a partir de entonces ella preferiría acostarse con él mucho más que conmigo, siempre que tuviera la paciencia de hacerse el interesante y esperar. «Estoy boca arriba, con él encima», era la canción obscena que siempre me cantaba, y ahora se la cantaba a él a pesar de gustarle más yo). Sentí

el aguijón de los celos. (¿Para qué servía que yo le gustara, si prefería follar con gente que no le gustaba?).

—Has tenido celos —me dijo—. ¿No?

Debía de estar mirándola con ojos de cordero degollado y con todo el dolor de mi corazón asomando en la cara. Nunca he sabido manejar los celos (quisiera que alguien me enseñase). Me dejan debilitado y soy incapaz de pensar en las palabras apropiadas. Tampoco puedo bromear. Se me llenan los ojos de lágrimas y siento ganas de llorar. (Marie Jencks siempre me acusaba de que la miraba con ojos de cordero degollado. Probablemente era así, sobre todo cuando me enteré de lo que hacía con Tom en el almacén. Yo también quería que me abrazara. No me gustaba sentirme excluido. Sigo mirando a las chicas atractivas y, cuando ellas me miran, aparto los ojos. Hoy les hago cosquillas en el mentón a las mujeres vulgares y prepotentes de veintiocho años, como Marie Jencks, y paso de ellas con una falsedad desganada. Hoy en día, las mujeres de veintiocho años no tratan de mandarme. Las niñeras de Derek sí). Otros hombres enloquecen de celos y tienen accesos de furia hercúleos. Yo derramo lágrimas.

Nunca sentí celos de ella y Len Lewis. (Consideraba que él debería tener celos de mí).

—Quiere dejar a su mujer —me confió refiriéndose a Lewis—. Antes él pensaba que yo era demasiado joven. Ahora, en cambio, le he demostrado que soy lo bastante mayor. Me gusta porque es muy tímido. Me gustan los hombres mayores. Ya no me gustan los jugadores de fútbol americano. O a lo mejor sí. Ahora puedo enseñarles unas cuantas cosas.

—Enséñame a mí.

—Consigue un cuarto.

—No tengo dinero.

—Yo colaboraré.

—¿Adónde vas con Len?

Iban a comer a restaurantes vacíos una vez a la semana, a veces dos, y luego se sentaban un rato en el automóvil de él y se acariciaban. Él vivía muy lejos, en Queens, y tenía que volver temprano. No bebía. Ella estaba enseñándole todo.

—Le gusta. Le hago sentirse joven.

—¿Cómo?

—Lo beso muy despacio, con suavidad, así… en toda la cara y mucho rato. Después lo beso más fuerte y más rápido. Respiro como si estuviera agitada. Cree que no puedo controlarme. Me encanta hacerle esto. Dice que nadie le ha besado nunca como le beso yo.

—Seguro que tiene razón.

—Seguro que a ti nadie te ha besado así tampoco.

—Bésame ahora.

—Su mujer no sabría cómo hacerlo. Él nunca ha tenido una novia moderna. Le meto las manos debajo de la camisa y le acaricio el pecho. Tiene un vello suave y rizado. Como un gatito. Nadie le ha hecho nunca eso. Tiene cincuenta y cinco años. Le hago cosquillas con la lengua. Pronto le permitiré que me los toque.

—Ven afuera.

—No sabe que se lo permitiré si me lo pide. Le digo cosas guarras. Le encanta. A ti también. ¿No te gustan mis pezones? Si no tuvieras tanta prisa, verías cómo se me ponen de puntiagudos y duros. A mí también me gusta decir guarradas. Me encanta decir cosas como pezones, puntiagudos, duros. Y lengua.

Ya estaba empalmado.

—Ven afuera.

—¡Eh, hola, cariño! —saludó pícaramente mirándome la bragueta —. Me alegro de volver a verte.

Con una mano tomé un expediente y deslicé la otra en un bolsillo. Me ruboricé de placer.

Ella sonrió, orgullosa de su habilidad, abriendo mucho los ojos con sorpresa fingida y frunciendo los labios hasta formar un círculo rosado de admiración y asombro. Sé lo que quería insinuar con ese círculo abierto (posteriormente lo he visto en los rostros bellísimos de las modelos en las mejores revistas de moda). Nunca creí que las chicas hicieran esas cosas (a pesar de haberlas visto en las tiras cómicas). Ahora sé que las hacen y me alegro. Me gustan más que los helados. (Diría que soy anaclítico, cuando no sádico agresivo. Cuando suena el teléfono en casa, quiero que conteste otro). Ya no se consiguen buenos helados. (Todo empeora, o bien está a punto de desaparecer. Han desaparecido revistas femeninas tradicionales como el *Women's Home Companion*, y también el *Saturday Evening Post, Look* y *Life*, y puede que muy pronto también el *Time* nos abandone. Las universidades están en bancarrota. Los restaurantes que me gustan están cerrando). Tienen gusto a goma y tiza. Virginia era uno de melocotón y fresas con crema, con toques de color en esas mejillas redondeadas y suaves. A menudo se perfilaba el carmín apretando los labios. Tenía unas piernas suaves que brillaban con las medias de seda tirante, e incluso sus pies, un poco anchos, me parecían apetecibles, dulces como la mantequilla, encerrados dentro de los zapatos negros brillantes con tacones altos y finos. Las mujeres llevaban zapatos de salón negros brillantes con tacones altos y finos cuando yo era un muchacho, y los hombres flacos y con cara de malvados no iban afeitados y llevaban

calcetines negros y flojos en las películas guarras que veía. (Penny y las otras chicas me obligaban a quitarme los calcetines, simplemente por esa razón. Mi mujer nunca ha visto esas películas y no me pide que me los quite. Cuando estoy con ella suelo dejármelos, como broma. Soy el hombre malvado y flaco de una película guarra. Mi mujer no tiene la menor idea de que ella es la actriz principal en la película obscena que imagino. A pesar de ello, puede ser, sin que yo lo sepa, la actriz principal de su propia película).

Las películas guarras han mejorado, según me cuentan. La pornografía y el armamento son dos áreas en las que hemos mejorado. El resto ha empeorado. El mundo está perdiendo el impulso. Ya no es posible conseguir buen pan, ni en los buenos restaurantes (sirven panecillos industriales), y hay menos restaurantes buenos. Los melones no maduran y las uvas son ácidas. Echan mucho azúcar en las barras de caramelo y de chocolate porque es más barato que la leche. La mantequilla tiene el gusto del papel con que la envuelven. La crema batida viene en envase de aerosol y ni es batida ni es crema. La gente la sirve, la gente la come. Doscientos cincuenta millones de estadounidenses con cierta educación se irán a la tumba sin saber la diferencia. (Cómo me gustaría volver a probar una buena *charlotte russe*). En esto consiste el paraíso, en no saber nunca la diferencia. Hasta las pastelerías de lujo usan hoy un sustitutivo de la crema batida que tiene más aspecto de crema batida que la crema batida misma. Conserva la consistencia y el color durante más tiempo, no se acidifica y cuesta mucho menos, de manera que da ganancias mayores.

—Sabe a mierda.

Sabe a mierda. A nadie le importa, excepto a mí. De un océano luminoso al otro, la nación está llenándose de escombros, desperdicios y neumáticos viejos. Las llanuras frutícolas están cubiertas de insecticidas y fertilizantes químicos. Hasta resulta difícil obtener estiércol de caballo auténtico en nuestros días. Le agregan conservantes. Ya no se encuentran peces en los lagos y los ríos. Hay que pescarlos en latas. Las ciudades mueren. El petróleo se vierte. El dinero habla. Dios escucha. Dios es bondadoso, un verdadero miembro del equipo. «América la Hermosa» no es hermosa. Todo terminó el día que el hombre blanco pisó por primera vez esta tierra para habitarla. Los Fúcares eran buena gente mientras vivían en Alemania. Entonces mandaron aquí a sus madres. Los moteles expoliados, los coches desechados, los tugurios de comida rápida crecen como las olas de dorado grano. Los rostros de los ricos y los pobres envejecen desde el nacimiento hasta adquirir las mismas líneas abigarradas, desecadas, de

mezquindad y descontento. Las mujeres se asemejan a los maridos. Dios no tenía ordenador. Tuvo que utilizar la arcilla, difícil de trabajar, y una costilla humana, un poco más fácil. Dios era justo y más o menos ambicioso, pero de un modo rudimentario. Tuvo que utilizar un diluvio una vez (no pensó en la niebla tóxica ni en el gas nervioso), fuego y granizo. La gente entre los ricos y los pobres destila aprensión. No saben adónde pertenecen. Oigo a América cantando: «¡A la mierda todos!».

El halcón peregrino está casi extinguido (muerto por el DDT. Las cáscaras de los huevos que ponía la hembra se volvieron demasiado finas para soportar la incubación sin resquebrajarse). También desaparece la salchicha. Pronto no quedarán más ballenas. Mi mujer y yo tendremos, simplemente, que pasar sin ellas. La excelente salchicha tradicional está rellena de agua, entrañas y cereal (el mismo cereal que suprimen del pan y los bollos para reemplazarlo por productos sintéticos y aditivos). La clásica tarta de manzana de mamá la venden congelada. Mamá se convirtió en una empresa hace varios años. No hay papá. Ella se suicidó con gas.

—Se suicidó con gas —me contó ella refiriéndose a su padre, cuando me atreví a preguntárselo—. El resto de la familia estábamos en el campo, pasando el verano. Él estaba solo, en el coche, en el garaje. No lo olvidaré nunca. No quise ir a su funeral. Alguien me había dicho que estaba todo rojo. Mi madre me obligó. Siempre la odié por la forma en que lo trataba. «Mira lo que me ha hecho», estuvo lloriqueando toda la semana ante quienquiera que estuviese dispuesto a escucharla. No me gusta hablar de ella.

También ella se mató con gas, en la cocina de la casa de su madre en Nueva Jersey, lo que fue una falta total de consideración por su parte, ya que para entonces había formas mucho mejores de matarse. Ya había bolsas de plástico. (Anoche mi mujer tuvo otra de sus pesadillas. No la desperté. Después, después de todos los gemidos ahogados y los estremecimientos convulsivos, empezó a roncar bajito y la desperté, para decirle que estaba roncando y quejarme de que no me dejaba dormir. Se disculpó, humilde y con voz somnolienta y a la vez irritada, y se volvió de costado mientras yo le *mi*raba el trasero. Por mi parte, sonreí y dormí bien). Ella ya no trabajaba en la oficina cuando la llamé por teléfono durante mi primer permiso, después de haber vuelto con el ejército del extranjero. Me lo dijo Ben Zack. Ya no estaba en la oficina. (Yo tampoco. Ben Zack no sabía quién era yo. El vejete aún debe de estar preguntándoselo). Ella ya no estaba en nómina. Quienquiera que estuviera en la centralita nunca había oído hablar de ella (*y* tampoco de mí, probablemente) y me puso en

contacto con Ben Zack, quien *figuraba* aún en la nómina del personal del Departamento de Daños Personales como ayudante de Len Lewis, quien también estaba aún allí.

—¿Virginia Markowitz? —dijo Ben Zack con tono de sorpresa y confusión—. Ah, sí. ¿No lo sabía?

—¿Qué?

No le dije quién era, pero sentía como si estuviera viéndome. Le dije que era un antiguo amigo de la Universidad de Duke, jugador de fútbol americano, y que quería ponerme en contacto con ella. Esto último era la pura verdad. Y yo era oficial. Tenía insignias y quería que ella las viera. Quería cuadrarme muy erguido ante ella con mi uniforme y mi cara bronceada y exclamar: —¡Mira, Virginia Markowitz, mira! Ya soy mayor. Tengo veintidós años, y ahora voy de sobrado y tengo muchas y buenas erecciones. Déjame que te lo demuestre.

Pero ella no estaba allí.

(No estaba empleada ya en la compañía, porque había muerto, quiero decir).

—No, no —exclamó Ben Zack con paciencia y buen humor, como si estuviera encantado de tener a alguien con quien hablar de Virginia —. Ya no trabaja aquí. Murió, ¿sabe? Pobrecita. Se mató hace más o menos un año y medio.

—¿Estaba enferma?

—Nadie sabe por qué lo hizo.

—¿Cómo?

—Con gas.

—¿Se puso toda roja? —me sentí tentado de preguntar en una explosión de cáustica amargura cuando volví a llamar a centralita y pedí hablar con ella.

—Lo lamento, pero no lo sé —lo imaginé diciendo con el tono de grave cortesía que estaba adoptando—. No pude ir al entierro. No me desplazo con facilidad, ¿sabe?

—Entonces se ha quedado sin trabajo, ¿no? —pensé en comentar con irreverencia.

(Y no estoy seguro de si lo dije o no. A veces pienso decir algo y después no estoy seguro de haberlo dicho. Aun en las conversaciones que, estoy seguro, son imaginarias, no siempre estoy seguro de recordar lo que imaginé).

—Ya no trabaja aquí, si es eso lo que quiere decir —me habría replicado agriamente—. No estoy seguro de comprenderle bien.

Ella se había quedado sin trabajo, era uno de los desempleados; la habían despedido por suicidarse y probablemente tendría dificultad en

conseguir una mejor posición (en su nueva condición y por el hecho de no tener referencias) salvo en uno de los archivadores del almacén de abajo donde yo hubiera querido follármela cuando estaba «vivita y coleando» (apuesto a que habría coleado hasta sufrir calambres), debí habérselo hecho allí, sobre el escritorio, de haber sabido cómo. Si había en ese escritorio lugar suficiente para la titánica Marie Jencks y Tom, lo habría habido también para gente menuda como nosotros dos.

Ese era el momento de haberlo hecho. (Si yo hubiese querido). Nos hacíamos caricias lascivas todo el día, salpicadas de frases con doble sentido y de fragmentos de canciones obscenas que conocíamos.

«Pedí la número uno. Después del desayuno. La-la, la-la, la-la, la-la, la-la».

Me ruborizaba mucho y sentía burbujear olas de felicidad, gozo y calor. Nunca he sentido tanto placer intimando con alguien como con ella. Ella sonreía y enrojecía de regocijo a su vez, y se le formaban hoyuelos. Siempre fue amable conmigo, aun cuando estaba con el período (ojalá con mi mujer fuera igual) o cuando imaginaba que la cara se le llenaba de granos o espinillas. (No le ocurría).

—Mira lo que ella me hizo.

Se mató antes de los veinticinco años, con gas, como su padre (y tal vez el padre del padre, aunque no me lo dijo, abandonándome sin avisarme con dos semanas de antelación), dejándome otra vez desamparado en una cabina telefónica de la terminal ferroviaria. Después de un instante de conmoción total, descubrí que volvía a sentirme como un expósito, abandonado sin compasión en una sucia cabina telefónica de la estación Grand Central (a través de las lágrimas, vi los titulares y las fotografías de portada de las ediciones del día siguiente del *Daily News* y del *Mirror,* que también ha desaparecido. Ah, llorad por el halcón peregrino y el *Mirror* de Nueva York: «ENCUENTRAN OFICIAL DEL EJÉRCITO ABANDONADO EN UNA CABINA TELEFÓNICA DE GRAND CENTRAL. *No hay pistas de su identidad*»), con mi bronceado del sol del Mediterráneo (que empezaba a ponerse amarillo) y mi elegante uniforme militar (pantalones de gabardina rosada, impecablemente limpiados en seco, chaquetilla reglamentaria color oliva, con cintas de mis condecoraciones sobre el bolsillo de la pechera, o sobre ambos bolsillos… olvido detalles como este. Me fue bien en el servicio militar. Era un triunfador de veintidós años), con un teléfono negro y maloliente en la mano que me anunciaba su muerte. Todo olía mal. Yo mismo creí oler bajo las axilas, en el cuello, en los pies.

Y entonces se purificó el aire (brisa, ráfaga de aire puro) y me sentí contento, contento, Dios mío, *contento* de que hubiese desaparecido y

de que nunca volviera a verla. (No tendría que acostarme con ella). Y contento de ser yo quien vivía aún.

Nunca caí en la cuenta de la inmensa tensión oculta que sufría (los chistes que se me agolpaban en los labios para ocultarla o atenuarla) hasta que vi cómo me corría el sudor en torrentes por la mano que sostenía el teléfono. Estaba libre de mis obligaciones. No tenía que saludar, ni hacer bromas sociales (ni esperar que ella me recordara y quisiera verme. Habría estado casada, comprometida, sido novia de alguien, y yo no le habría creído nada. Yo habría pensado, en cambio, que ella no tenía ya el menor interés en un empleado de archivos de diecisiete años como yo, y que además salía con hombres casados y gángsteres). Ella era un desafío, y no tenía que afrontarlo. Tampoco tenía que concertar una cita, aparecer demasiado temprano, beber sorbos de *whisky*, inspeccionarla (mientras ella me inspeccionaba), hablar con circunloquios para ver si seguía siendo la misma, llevarla a un dormitorio, desvestirnos (hasta quedar los dos desnudos) y, por fin, meterme con ella debajo de las sábanas y mirarlo de frente de una vez por todas. No tenía la menor idea de lo que encontraría, ni de qué aspecto tendría ella. (Y seguía teniendo miedo). Incluso entonces no lo deseaba con ella. (Y tampoco quería ver. Todo lo que quería era ponérsela en la mano para que me llevara por todas partes, como una mascota). Habría preferido tomar leche malteada. Tengo antojos de ciertos alimentos. Tengo debilidad por los productos lácteos y nunca me ha gustado el béisbol. Podría haber manejado la situación con un arrogante despliegue de aplomo y técnica, pero en realidad me sentí contento de no tener que hacerlo (había muerto, qué diablos, y además tenía casi veintiséis años). Me tomé un espeso chocolate con leche en un vaso grande y helado en un mostrador de la estación y llamé a otra chica que estaba loca por mí la última vez que estuve en Nueva York, pero se había trasladado al oeste para casarse con un metalúrgico de una fábrica de aviones que ganaba un buen sueldo. Llamé a otra chica con quien había tenido relaciones una vez, un año antes, que no recordó mi nombre y sonó tan absurda, con su desconfianza dura y fría, que me eché a reír y no hice mayores esfuerzos por refrescarle la memoria. (Estaba dándose aires). No tenía a nadie más a quien llamar, ni amigos cercanos. Antes de finalizar la semana volví a la base aérea, unos días antes de la fecha en que tenía que regresar. Me sentía más en casa en el ejército que en mi propia casa. (Me siento más en casa en la oficina que en mi propia casa, donde no me siento como en mi casa. Me llevo mejor con la gente). No creo que me haya divertido nunca durante las vacaciones (no estoy seguro de haberme divertido nunca en ninguna parte). Siempre deseo

que terminen. Tenemos demasiados días de fiesta. Los cumpleaños y aniversarios se suceden demasiado a menudo. Siempre estoy comprando regalos o extendiendo cheques. Los años son demasiado cortos, los días, demasiado largos. Volví a llamar a Ben Zack antes de regresar, fingiendo ser otra persona. (Lo hice dos veces más. No pude contenerme).

«Pedí la número dos. Se desnudó veloz».

—Qué raro —dijo él.

Le pregunté con inocencia por Virginia, como si no se lo hubiese preguntado antes. Le dije que era un excampeón de boxeo del campeonato universitario y que era de la Universidad de Duke.

—Realmente es muy raro —dijo.

Llamar de nuevo a Ben Zack era una estratagema maligna, una broma. No tenía ganas de hacer bromas. Tuve la sensación de estar cometiendo, más bien, un crimen deliberado, destructivo, un acto despreciable de perversión y obscenidad. Me parecía excitante, pero, a la vez, degradante. Era lo mismo que sentía en aquella época en que llamaba a los hospitales para preguntar por el estado de alguien; estas eran mis palabras textuales: «Llamo para preguntar por el estado de…» gente que sabía acababa de morir. «Lo lamento, Mr. _______ ya no figura como paciente», me decían.

Siempre temía que me descubrieran (siempre me he sentido al borde de un inminente descubrimiento por parte del público.

—Mira, allí está, es ese. Eso es lo que es en realidad —gritará alguien, una mujer, un hombre, señalándome entre la multitud en algún lugar abierto, y todos los demás asentirán, se mostrarán de acuerdo y todo terminará para mí.

Me sorprende aún que no pudiesen leerme el pensamiento por teléfono, que no pudiesen ver el sudor viscoso que me cubría).

Hay que llamar rápidamente. Una vez terminada la autopsia, cuando están en manos de la empresa de pompas fúnebres, no te informan de nada. Dicen solo: —No tenemos registrado a ningún paciente con ese nombre.

Sería capaz de escribir un manual. (Creo saber lo que es una compulsión morbosa). Tuve que prepararme para hablar con Ben Zack, a pesar de no haberme dado a conocer la primera vez. (No quería que supiese quién era). Tuve que desfigurar la voz. Estaba seguro de que Ben Zack descubriría el engaño, me trataría muy mal desde su silla de ruedas, exigiría saber qué clase de broma demencial estaba haciéndole (nunca me sentí del todo cómodo con los teléfonos ni con los bancos. Toda la vida he sentido este temor fundamental de que me castigue por teléfono alguien que no sabe quién soy).

—Qué raro —dijo Ben Zack—. No llego a comprenderlo. Alguien me llamó para preguntar por ella hace más o menos una semana. Y luego otra persona ayer. Y ahora usted. Supongo que todos los muchachos deben de estar volviendo de la guerra.

—¿Puede decirme dónde puedo encontrarla?

—Me temo que será imposible —volvió a informarme con el mismo tono ceremonioso, una octava más bajo, lúgubre—. No trabaja aquí, ¿sabe? Porque murió, ¿sabe? Solo sé que se suicidó hace un tiempo.

—¿Cómo?

—Con gas.

—El padre también lo hizo con gas. ¿No?

—¿Lo hizo con gas?

—Y ella, ¿se puso toda roja?

—Lamento ignorarlo. No pude asistir al funeral. La verdad es que no me desplazo con facilidad. Tengo que conducir un automóvil especial.

—Entonces se ha quedado sin trabajo, ¿no?

—Ya no trabaja aquí, si es eso lo que quiere decir —dijo secamente, con tono preocupado—. Todos me lo preguntan y la verdad es que no lo comprendo.

Creyó que era otra persona. (Pienso que probablemente tenía razón). Le dije que era un excampeón de lucha de la Universidad de Duke. (Pero ¿alguien distinto de quién? Sin nombre llegué y sin nombre me voy. No soy tan solo Bob Slocum porque mis padres decidieran llamarme así. Si existe tal persona, no sé quién es. Ni siquiera siento que mi nombre sea mío y no digamos ya mi escritura. Ni siquiera sé quién no soy. Quizá le pregunte a Ben Zack la próxima vez que le llame por teléfono).

Seguí llamando a Ben Zack después de aquello.

«Pedí la número tres. Quería ir con un inglés».

—¿Quién habla? No lo comprendo.

—¿No lo sabe?

—No.

—Entonces debo de ser otra persona —dije y colgué el teléfono.

Sigue pensando que soy otra persona. (Y yo sigo pensando que está en lo cierto. La silla de ruedas y las muletas que le doy a Horace White las saco de él). Es el único que queda. Len Lewis se jubiló hace años. (Es mi ficha personal de expedientes muertos. Tuvo parálisis infantil cuando era adolescente y ya entonces iba y venía en una silla de ruedas. Conducía un automóvil especial y tenía un permiso de la policía que le permitía estacionar en cualquier parte. Era una persona

discapacitada. Tenía un impulso sexual de animal y frecuentaba los prostíbulos). A veces le digo que fui campeón universitario de levantamiento de pesas en la Universidad de Duke y que en una época estuve comprometido con ella. A veces le digo que soy otro. Es fácil entablar conversación con él. (Tengo la sensación de que cuando no hablo con él, no habla nadie. Se ha vuelto locuaz con los años. Toda la vida se preparó para trabajar en el Departamento de Daños Personales y se quedará allí hasta que la silla de ruedas deje de rodar, o hasta que el departamento de policía le quite su permiso especial de estacionamiento. Entonces tendrá que aparcar en otro sitio. Sin permiso, no se permite aparcar). Len Lewis se fue hace mucho tiempo, después de una gripe de la cual nunca consiguió recuperarse del todo.

—Nunca volvió a ser el mismo.

Sabía que Len había muerto antes de que él me lo dijera. Tenía cincuenta y cinco años cuando yo estaba allí, y de eso hace treinta años.

—Y luego falleció su mujer, un mes después que él. Es raro, realmente raro, la forma en que la gente recuerda y sigue llamando después de tantos años. Lamento no recordarlo a usted, pero dice que trabajó muy poco tiempo aquí, ¿no?

Len Lewis nunca dejó a su mujer. En realidad, no quería dejarla. Virginia tampoco quería. Era demasiado viejo. Ella era demasiado joven. Y después, ella también murió. Y yo, en cambio, estaba vivo, dentro de una cabina telefónica. Llamé a Len Lewis una vez poco después de casarme porque me sentía muy solo y deprimido (y no sabía el motivo. Ah, ese *cafard* detestable. Tuve que cumplir treinta años antes de que supiera cómo calificar siquiera esa pena difusa, sin causa, que se ocultaba en algún lugar dentro de mí como un ladrón escurridizo que no es posible acorralar y exorcizar).

—¿No quiere venir y saludarnos? —me invitó él con su tono reticente y suave—. Todavía quedamos unos pocos.

—Quiero contactar con Virginia —dije—. Creo que quisiera mantener contacto con Virginia Markowitz, siempre y cuando sea posible.

—Se suicidó con gas…

—Qué horror.

—… en la cocina de la casa de su madre. Yo la quería mucho. Y ella lo quería mucho a usted.

(El lugar de la mujer es la cocina. El lugar del hombre es el garaje. Si sorprendo a mi mujer y la dejo, no será por celos. Será por despecho. Si ella me deja, sería abrumador para mí. Me volveré un hombre nervioso. Puede que no sea capaz de mirar a los ojos a nadie.

Me faltaría confianza en mí mismo y perdería mi empleo).

Llamé por teléfono a Ben Zack a última hora de la tarde, hace un mes, cuando sentí que no podía soportar ni una vez más volver junto a mi mujer y mis hijos a mi casa con un amplio terreno en Connecticut, aunque mi vida dependiera de ello. La verdad es que sé cómo es una compulsión morbosa. Hongos, erosión, enfermedad. Gusto a franela en la boca. Olor a asbestos en el cerebro. Una roca. Un corazón deprimido, silencio, miembros tensos, invasión avasalladora desde dentro, subversión gradual y presión opaca en las sienes y en la base del cráneo. Empieza como un capricho fugaz, como una idea ligera, frívola, pero que no se va. Se queda. Se adhiere. Se agranda en espacio e intensidad como una forma inhumana, sombría, desde el lugar dentro de uno donde habita, desde ese abismo de tinieblas. Invade, se extiende por todo el ser, como lava, como una nube persistente de miasmas, presencia vil, dominante, implacable, intocable, misteriosa, que se disfraza de forma traicionera con la propia personalidad, como un doble agente. Es aniquiladora, enfermiza. No presagia alegría y asume el control, de manera tal que lo mismo da bajar la cabeza y los ojos y entregarse. Tanto da entregarse desde el principio y robar ese dinero, encender esa cerilla, (masturbarse), comer ese kilo entero de helado, marcar ese número, o volver a hurgar en ese cajón o ese armario prohibidos para tocar las cosas que ni debemos saber que están allí. Tanto da partir en cualquier dirección donde se encuentre la locura y llevar a cabo esa cosa inmoral, desagradable e insensata que no se desea hacer y que, como se sabe de antemano, dejará solo depresión y desmoralización. Correr melancólicamente como un prisionero de guerra exhausto y realizar el triste hecho de una vez por todas. Tengo momentos, cuando estoy ocioso, en que me resulta físicamente imposible mantenerme erguido un segundo más, o estar sentado sin encorvarme. Pasan. En una época robaba monedas a mi hermana y a mi madre. No podía parar. Ni siquiera quería el dinero. Creo que quería, sencillamente, quitarles algo. Estaba hipnotizado. Estaba atormentado. Quería gritar pidiendo socorro. No tenía más que considerar un instante la posibilidad de sacar otra moneda de uno o cinco centavos de un monedero de raso en el bolso de mi madre o de mi hermana para que todo terminara para mí. Tenía que hacerlo. Me poseía la necesidad de hacerlo. Caminaba lentamente hacia casa, entre la nieve, varios kilómetros si hacía falta, para conseguirlas. Tenía que obtenerlas. También les robaba monedas de diez y veinticinco centavos. No disfrutaba al robarlas, ni durante el acto ni después. Me sentía muy mal. Ni tampoco disfrutaba con las cosas que compraba o hacía con el dinero. Me jugaba buena parte de él en las máquinas de

millón de la tienda de chuches de la esquina (y sentía cierta tranquilidad de espíritu una vez que lo había perdido). No me sentía en paz en ningún sentido, salvo el de salir impune, puesto que era un desafío, y recobrarme luego. Al cabo de un tiempo, esos impulsos cesaron y dejé de robar monedas. (Lo mismo ocurrió con la masturbación, que abandoné al cabo de quince o veinte años).

Ayer volví a llamar a Ben Zack.

Ella seguía no estando.

«Pedí la número cuatro. Dijo que era un antro».

—Aunque la recuerdo bien, sin duda, sin duda. No sabe lo que le sucedió, ¿no?

Le dije a Ben Zack que mi nombre era Horace White. No creía recordarme.

«Pedí la número cinco».

Pregunté por mistress Yerger y me alegré cuando me dijo que tampoco creía recordarla.

«Contigo lo haría de un brinco».

—Era aquella mujer rubia y grande que se encargaba del almacén de archivos y dijo que nos despediría de inmediato a todos si no nos portábamos como era debido.

—Tal vez no estuvo mucho tiempo, Horace —se disculpó Ben Zack —. Hace tanto tiempo de todo eso. Alguien llamó hace una semana para preguntar por Virginia Markowitz. ¿No le parece raro? ¿No es raro que todavía haya gente que llame para preguntar por ella después de tantos años?

Pregunté por Tom.

—Tom ¿qué?

—Thumb.

—¿Thumb?

—Johnson. Trabajaba también en el almacén cuando Virginia y míster Lewis y usted estaban allí. Se fue para incorporarse al ejército.

—No está aquí. Ya no queda casi nadie.

Tom el Terrible, por supuesto, el Tom que me enseñó la caligrafía que tengo hasta ahora y pudo acostarse cuanto quiso con Marie Jencks, como yo hubiera deseado hacerlo y sabía que no podía. Ni siquiera con Virginia, quien en realidad no me daba miedo (solo eso).

Pregunté por mí.

Tampoco estaba.

(Nunca había preguntado por mí).

Me entristeció oír que no estaba.

—Aunque estoy bastante seguro de por quién preguntas, Horace —dijo—. Era ese chico guapo y bien educado, con buen sentido del

humor, ¿no? No, tampoco sé qué fue de él.

Yo tampoco. (No me siento ni remotamente conectado con él).

Me habría agradado saber que seguía trabajando en el almacén como chico guapo y bien educado con buen sentido del humor (por lo menos sabría dónde está esa parte de mí, mientras escarbo por todas partes buscando las otras), haciendo chistes, mientras traía y llevaba expedientes junto al escritorio de Virginia, canturreando «Tómela en sus manos, mistress Murphy», o bien acalorándome y sonrojándome de alegría (tenía todo lo que quería en la vida) mientras silbaba:

Johnny, ven y hazme cosquillas.
Ya sabes dónde.
Debajo de la enagua,
hallarás un monte.

Si no me las haces
en el buen lugar,

me subo la enagua
y te voy a orinar.

Teníamos otras canciones guarras que nos encantaban.

Ahora habría sido capaz de encontrar el lugar y deseaba tener la oportunidad de probarlo. Quisiera tenerla de espaldas en este momento (y ser yo el de más edad. Tiene veintiún años. Yo, veintiocho). Tendría algo más que huesos. No le tendría miedo. (No creo que le tuviera miedo). Muchas de las de ahora son puro hueso. (Obtengo moretones, en lugar de éxtasis. Quizá tendría miedo aún de Marie Jencks. Estaba enamorado de su tamaño y de su belleza llamativa. Cuando me enteré de lo de ella y Tom, le tuve miedo. El pelo rubio me pareció frío y quebradizo, la piel, áspera, y con frecuencia soñaba con las cosas que le crecían en los pliegues profundos de los muslos, como pinzas de crustáceo, cubiertas de algas oscuras, y con moluscos como langostas crudas, si en verdad eran de ella. La sonrisa pintarrajeada y rectangular de carmín chillón en la cara que tenían más arriba era la suya, y las pinzas avanzaban para asirme, aprisionarme, consumirme. Pobre Tom. Muchas veces temía por él, dentro de esa selva cavernosa y áspera que me fascinaba y repelía a la vez. Tal vez fue eso lo que le ocurrió. Lo envidiaba). Virginia, por lo menos, era blanda y bondadosa. Cada vez más a menudo desearía haber podido mantener vínculos más estrechos con mi hermana y su familia y con la mujer de mi hermano y sus hijos, e incluso con su segundo marido. Volvió a casarse y tuvo, por lo menos, otro hijo. Me envió una tarjeta. Son sobrinos y sobrinas a quienes podría llegar a agradarles una visita mía de cinco minutos. Algunas personas no sienten antipatía por sus tíos. Quisiera formar parte del gran círculo familiar y disfrutar de él. Me gustaría integrarme en él. Quisiera creer en Dios. Cuando era pequeño, en casa, me gustaban las nueces peladas y las pasas, y cuando abría las nueces las mezclaba bien con las pasas en un plato antes de empezar a comerlas. Muchas veces mi madre nos mandaba a comprar helados, en primavera y verano. En otoño comíamos excelentes *charlotte russes*. Jugaba a la peonza. Recuerdo las caras de los basureros.

Me alteró tanto oír decir a Ben Zack que yo no estaba en el almacén de archivos, que salí temprano del trabajo y me fui a beber solo al apartamento de Red Parker. Empecé a hacer llamadas telefónicas.

Empecé llamando a una azafata que conocía, pero no estaba en Nueva York. Su compañera de piso tenía una cita. Intenté contactar con una modelo a quien había conocido en una fiesta de fotógrafos la semana anterior, quien me dijo que estaba desesperada por encontrar

algún trabajo temporal, pero no recordaba su apellido, ni si era en realidad modelo, de modo que no pude hallarla en la guía telefónica, ni obtener el número utilizando lo que creía que era su dirección cuando llamé a información. (Las compañías telefónicas informan cada vez más por medio de contestadores que no son más eficientes que las personas). Llamé a una actriz que conocía desde hacía años y respondió el contestador. Llamé a una mujer que, según sabía, estaba divorciada de alguien a quien conozco. El hijo me informó de que se había ido en coche a la playa, a vender su casa de veraneo. Llamé a una muchacha semiprofesional que conozco y siempre se alegra de conseguir una comida gratis y cincuenta dólares, pero tenía ya un compromiso (por lo menos, eso dijo) y salía al día siguiente de viaje para pasar una semana en las Barbados con un hombre mucho mayor que yo y con mucho más dinero. (Para entonces debería de haberme ido a casa a acostarme con mi mujer; lo pensé. Habría sido algo seguro, a menos que estuviese ebria otra vez, después de un día de libaciones periódicas. El vino le da dolor de cabeza. El *whisky* le revuelve el estómago. Tengo mis problemas.

«No me siento bien —la imaginé quejándose—. ¿No lo comprendes?»).

En vista de esta posibilidad, llamé a una viuda con dos hijos internados en un colegio, pero tenía una voz de condenada a muerte. Me dijo con un tono lúgubre y monótono que estaba intentando vivir sin nadie de aquí en adelante, en lugar de seguir perdiendo el tiempo con hombres como yo, que no tenían intención de casarse con ella nunca. (Además, el sexo no le proporcionaba placer). No la llevaba a ninguna parte. Llamé a Jane. Había salido. (Sentí alivio). Su amiga era, aparentemente, más joven que mi hija, y más tonta que mi secretaria y me pareció chillona y desengañada, como si le hubiese interrumpido la rutina de ponerse grandes rulos rosados en el pelo. No le di mi nombre. (Me habría dado vergüenza).

—Te he molestado. Perdona.

—Creí que era otra persona.

—¿Estabas muy ocupada?

—Estaba haciendo algo.

—¿Estabas poniéndote rulos rosados grandes?

—Es asunto mío y no tienes más que venir a averiguarlo.

Llamé a Penny, quien acababa de volver de una de sus clases de canto y ejercicios y me suplicó que le diera una hora y media para bañarse y ordenar el apartamento. Llegue allí en cincuenta minutos. Estaba aún húmeda y perfumada después del baño.

—Por favor, mi amor —me rogó suavemente. Le había abierto la

bata—. Despacio. Sigo asustándome cada vez que te veo empezar tan deprisa.

Penny tiene un cuerpo de alabastro y nunca deja de asombrarme su belleza vigorosa cuando vuelvo a verlo. Supongo que lo miro arrobado y suspiro de deseo. Y voracidad. Se le ruboriza el cuello pálido. Me corrí tres veces con ella (y creo que me habría corrido cuatro. Era como estar otra vez en el ejército), y volví al apartamento de Red Parker con los diarios antes de medianoche. (Fue un éxito total).

En realidad, no me gusta pasar la noche con nadie salvo con mi mujer, ni siquiera con Penny. (Es una de las razones por las que nunca llevo conmigo a ninguna chica cuando salgo de viaje, y me sorprende que haya hombres que las lleven). Diría que estoy acostumbrado a mi mujer. Me gusta despertarme a su lado. Me gusta más que despertarme solo. *Tuve* que usar nuevamente el apartamento de Red Parker, porque no tenía otro lugar adonde ir. No quería ir a casa. Tal vez tenga que alquilar un pequeño apartamento propio. Tendré que mentirle a mi mujer. Le mentí a Penny, quien estaba convencida de que tomaría el último tren a Connecticut. Le provoqué un orgasmo la segunda vez (cuando pude tomarme el tiempo suficiente para actuar como a ella le gusta, científicamente: es mucho trabajo) y eso es todo lo que pide. Tenía el cuello y la cara arrebatados. La tercera vuelta fue para mí exclusivamente. Después me preparó café e insinuó que podía quedarme toda la noche. (Me sentía tan cómodo que tuve ganas de aceptar). Alguien como la amazona Marie Jencks me habría succionado de nuevo en el útero con una sola contracción sifónica y luego me habría lanzado en una trayectoria plana hacia las esponjosas y rojas catacumbas de un testículo perteneciente a un hombre que viaja en los vagones del metro buscando un trasero exuberante contra el que aplastarme. Eso es lo que yo llamo desmembramiento. Eso es regresión. (No estaba tan mal vivir en el escroto del viejo, que yo recuerde. Era cálido y húmedo, y había mucha compañía. Me lo pasé en grande).

(Esa fue una buena).

Tal vez quiera a mi mujer. Creo que me habría vuelto ciego y mudo y transformado de pies a cabeza en una forma flácida de cemento blando o de papel *maché* empapado si alguna vez me hubieran forzado a unirme con Marie. (Era tan grande y dominante).

«Pedí la número seis».

Pregunté por Marie Jencks.

—Ah, sí —recordó de inmediato Ben Zack—. Siempre recordaré a Marie.

«Aquí está el semen, ya lo veis».

—El marido falleció de un ataque al corazón cuando era muy joven. En aquella época no existía la cirugía cardiovascular. Poco después Marie volvió a casarse y se trasladó con su marido a Florida en pleno boom inmobiliario.

No estaba, a la sazón, preparado para Marie Jencks. No estaba preparado para Virginia. Mi mujer tiene pezones oscuros, tan hermosos como cualesquiera que haya visto en las películas o fotografías, y vello también oscuro en el cual puedo apoyar la cabeza con toda comodidad. Me siento seguro con Penny. (Me pregunto por qué siempre pienso en Penny en último lugar). No creo ni creí nunca que la vagina humana tuviese dientes. Tengo este hijo idiota a quien no quiero y con quien no sé qué hacer. Me pertenece. Mi pequeño Derek. (Ni sabe, siquiera, qué es). Es pequeño, enternecedor. Es insoportable. (Es una carga difícil de soportar). ¿Qué amenaza será para mí más adelante? ¿Qué le harán? ¿Quién lo cuidará si yo no lo cuido? ¿Cómo sobrevivirá? ¿Qué será del pobrecito si no se muere pronto?

NO HAY NADA QUE HACER

Tengo que librarme de él. No hay nada que hacer. (Es tan dulce. Quienes lo conocen nos comentan lo dulce que es. Ellos son muy dulces al hacer el comentario).

Tengo que librarme de él y no sé cómo. Y no puedo preguntárselo a nadie. No puedo mencionárselo a nadie ni aunque quiera, ni a mi mujer, quien también quiere librarse de él (pero no se atreve a decírmelo). Sobre todo no puedo mencionárselo a mi mujer. Nos culpamos el uno al otro por él, cuando no nos culpabilizamos a nosotros mismos, y esta es otra cosa que todavía no hemos podido decirnos.

—La culpa es tuya, no mía.

Tenemos que tratar de fingir que nadie tuvo la culpa, que fue un giro circunstancial de la naturaleza, una casualidad. Todos queremos librarnos de él, pero solo mi hija tiene la suficiente franqueza como para decirlo (y por ello uno u otro de nosotros la tratamos como una descastada).

—¿Tiene que quedarse siempre con nosotros? —se queja de mal humor.

—¿A ti qué te importa? —Mi tono es un latigazo. Es como si hubiese dicho esto solamente para herirme—. Pronto estarás en la universidad.

(Sería capaz de quedarse en casa con el solo fin de torturarme. A veces siento que, si no fuera por Derek, nunca discutiríamos. Sé que es mentira).

No parece mío. Puede que sea de mi mujer. No hay casos de idiocia en mi familia, que yo sepa (ni en la de ella). Mi mujer me ha suplicado que no use esa palabra (tal vez sea por ello que la uso. Cada vez que la pronuncio es como si la golpeara).

—¿Cómo quieres que lo describa? —pregunto con un aire altanero, de tolerancia infinita—. ¿Crees que lo ayudaría si lo llamara genio?

—No tienes corazón —se estremece, pálida y al borde de las lágrimas—. Es una mezquindad. Me asusto cuando te veo tan frío.

Es infame la forma en que logro olvidarme de él durante largos períodos aun cuando lo tengo cerca. (Lo borro y trato de no pensar en

él). Pienso en mí mismo como el padre de dos hijos. Una dice:

—¿Qué harías si te trajera a casa un novio negro? ¿Si quisiera casarme con él?

El otro pregunta:

—¿Qué harías conmigo si no pudiera hablar?

—El caso es que puedes —he respondido.

—¿Si me cayera de la cuerda un día, en el gimnasio, cuando intento subirla y me lastimara la cabeza y míster Forgione tuviera que traerme a casa en brazos y además no pudiese volver a hablar nunca más?

—Yo también tenía miedo de subir la cuerda y caerme —trato de explicarle para tranquilizarlo—. Y también de nadar desnudo en la piscina de la escuela secundaria.

—Nunca he dicho nada sobre nadar desnudo en una piscina —señala con firmeza (como si al no haber arraigado aún en él ese temor, yo acabara de implantárselo)—. ¿He dicho algo de eso? —pregunta.

Me siento incómodo.

—Supongamos que mandase hacer un juego de llaves extra cuando me diesen el permiso de conducir —dice mi hija— y usara tu coche cuando no estás. No podrías impedírmelo, ¿no? ¿Qué harías? ¿Me harías arrestar?

El tercero no me dice absolutamente nada.

Sostengo conversaciones que no parecen ser mías.

Siento como si flotara (no tuviera piernas). Sin piernas, me desplazo con dolores de cabeza que no parecen ser míos (sobre pies que son míos. Los puentes me duelen y me dan la impresión de derrumbarse. Tengo un espolón en el talón, los dedos de en medio aplastados, los otros, torcidos de tal modo que a menudo requieren vendas adhesivas y compresas para callosidades, la carne dolorida debajo de cada uno de estos dedos se me agrieta o inflama si no me cambio mucho los calcetines y los zapatos, las plantas se me resecan y me arden cuando hace frío, el tejido entre el cuarto y el quinto dedo se me lacera y descama y tengo que ponerme mucho talco. No hay límite a los males que podría enumerar). No siempre me siento seguro conectado con las piernas ni con el propio pasado. La cuerda de la continuidad tiene cortes. No es gruesa ni resistente. Vacila y se afina, se corta en ciertos puntos, hasta mostrar hilachas flojas y gastadas que se rompen. Mucho de lo que recuerdo sobre mí mismo parecería no pertenecerme. Se diría que faltan segmentos monumentales de mi historia. Existen abismos profundos dentro de los cuales pueden haber caído grandes trozos de mí. No siempre sé dónde estoy en este momento. Estoy en la oficina y creo que estoy en casa. Me siento en

mi estudio y creo estar en la oficina, despidiendo a Johnny Brown u obligando a Ed Phelps a jubilarse, y vestido con la ropa interior de Penny o de otra mujer, estoy quitándomela, o bien estoy en un banco, vestíbulo de hotel u oficina de la policía buscando en uno de los bolsillos algún documento probatorio o de identificación que me exigen. Es posible que ya esté hablando solo sin darme cuenta de ello. Qué degradante. Nadie me lo ha dicho, pero no creo hacerlo cuando estoy con alguien que podría comentarlo. Creo que hablo solo cuando imagino estar solo. Puede que ya esté senil y que la gente sea demasiado bondadosa para decírmelo. La gente, no obstante, no es buena, y me lo diría. (Puede que muchos me lo hayan dicho y esté ya demasiado senil para recordarlo. Ja, ja).

—¿Qué? ¿Has dicho algo? —me ha dicho uno u otro miembro de la familia, cuando yo, suponiéndome solo y lejos de las miradas, en mi estudio o en otro cuarto de la casa, estaba sumido en mis pensamientos.

—¿Qué? Nada —replico, sorprendido y avergonzado—. Solo estaba pensando.

O bien:

—Estaba leyendo el periódico.

(Probablemente estaba sumergido en mis pensamientos, imaginando cómo orquestar réplicas rítmicas y polisílabas a las estocadas de Green sin tropezar con una sola vocal o consonante).

—Anoche te reíste dormido otra vez —me dice mi mujer.

Y no sé si está jugando conmigo o no.

Es el tipo de mentira que yo podría contarle, si se me hubiese ocurrido primero. Nunca logro recordar de qué me reía cuando ella me dice que me río dormido. Me gustaría. Me vendría muy bien soltar una gran carcajada los días que tengo estos fuertes dolores de cabeza que son como si no fueran míos.

Siento escalofríos de terror a menudo cuando estoy ocioso. Normalmente no duermo bien (a pesar de que mi mujer dice lo contrario). Me entristezco y no puedo salir de mi tristeza. *Ella* es la que decide cuándo dejarme (hablo conmigo mismo o bien creo que puedo llegar a hacerlo). Me deprimo y no sé por qué. Lloro la pérdida de algo y no sé qué es; (sin piernas) camino con mis temores, dolores de cabeza y tristezas, todo ello inflándose y agitándose dentro de mí, a pesar de parecer que no me pertenecen. ¿Es esto esquizofrenia, o simplemente la conformación esquizoide normal, natural, típica, saludable, lógica y universal? (Podría alegar enajenación transitoria. Lo denominarían muerte piadosa. Se presentaría testimonio jurado de que se cometió el acto para no verlo sufrir más. La verdad es que no

sufre).

Sostengo estas conversaciones perfectamente controladas con Arthur Baron sobre Andy Kagle, y con Andy Kagle sobre Arthur Baron, y me encuentro ante el interrogante, en medio de la conversación misma, de qué coño estoy haciendo yo en ella. (¿Soy realmente yo quien estoy allí hablando y escuchando?). Luego me alejo de ellos, flotando unos pocos metros para observar y escuchar a hurtadillas y empiezo a imaginar que estoy contemplando una función pornográfica de marionetas de trapo, en la cual alguien a quien reconozco por asemejarse vagamente a mí es uno de los actores, y tengo tan poca idea de por qué estoy participando en este espectáculo, aun en calidad de espectador, como la que tengo en cuanto a esas extrañas melancolías, tensiones e impresiones áridas de desolación que me asaltan a su antojo cuando estoy ocioso.

—No tengo nada que hacer —lloriqueo, a mi vez, cuando estoy ocioso.

Tengo demasiado tiempo libre. Muchas veces sucede lo mismo con el sexo. Me gusta intentar salir de nuestros cuerpos para observarme. Enceguezco. Me permito ser borrado, para luego resucitar con tanta lentitud que tardo un tiempo en recordar quién creo que soy y reasumir mi papel con eficacia. (Todo me resulta tan tonto que en realidad no puedo ser yo). Antes tenía la capacidad de observarme a mí mismo en todo el proceso. También esto era agradable. ¿Soy ya un demente, en medio de lo que imagino ser la flor de la edad? O quizá sea algún otro, el que Ben Zack sigue declarando que soy.

Me siento raro.

—Te veo raro —me dice mi mujer, tratando con cautela de hacerme hablar.

—No, no estoy raro.

—Extraño.

—*Tú* estás extraña.

—Tienes esa expresión extraña que nunca llego a descifrar.

—¿Por qué no te da risa?

—Pareces deprimido.

—No estoy deprimido.

—¿Pasa algo?

—No.

—Me encantaría saber qué estás pensando en realidad —aventura con una sonrisa que acompaña su ceño fruncido.

No, no te encantaría.

(Estoy pensando en la muerte y en el divorcio).

Hoy, a la hora del almuerzo, se ha caído muerto un hombre en el

vestíbulo del edificio de nuestras oficinas, mientras se acercaba hacia mí. Era un hombre de cierta edad, corpulento, grande, con el pelo blanco y rizado y un traje de franela gris rayada y llevaba un delgado paraguas negro, muy bien plegado, y una cartera de cuero marrón en la otra mano. Presentaba un aspecto tan majestuoso y atractivo como para ser, por lo menos, presidente de la General Motors, hasta que dio con el rostro en el suelo. Era demasiado viejo para ser yo.

No creo sentirme hoy diferente de lo que me sentía en otros tiempos. Es ella quien parece estar cambiando. Se pone inquieta de forma más visible cuando yo guardo silencio, por creer que estoy enfadado o insatisfecho. (¿Estoy silencioso más a menudo? Me tiene miedo). Se pone muy alterada cuando me ve contento. (Imagina que tengo secretos. Los tengo). Me alegro de tener el golf en el cual refugiarme ahora. Quiero lograr un hoyo en uno algún día, para poder hablar de ello interminablemente. No quiero ir al cine ni al teatro, lo cual hace inferir a mi mujer que ya no la quiero. Ni siquiera me apetece ir a fiestas. Vemos a la misma gente. Quisiera tener un solo amigo interesante. Mi mujer también está aburrida. A ella le gusta la variedad y el movimiento, y preferiría combinar a su alrededor distintas variedades de aburrimiento. Yo, en cambio, estoy contento con el que tengo. (Si mato a mi mujer, ¿quién se ocupará de los chicos? Si mato a mis hijos, mi mujer puede cuidarse a sí misma. El hombre de familia prudente debe hacer planes por anticipado, con el fin de proporcionar bienestar a sus seres queridos). Llego casi a desear que mi mujer *se decidiera* de una vez a cometer adulterio, para así yo poder conseguir el divorcio.

(No estoy seguro de poder hacerlo sin su ayuda).

Mi mujer está actualmente en la etapa en que tal vez *debería* cometer adulterio, y lo haría si tuviera más carácter. Le haría muchísimo bien. Recuerdo la primera vez que yo cometí adulterio. (No me hizo mucho bien).

«Ahora estoy cometiendo adulterio», pensé.

No fue muy diferente a la primera vez que me acosté con mi mujer después de casarnos.

«Ahora me acuesto con mi mujer», pensé.

Significaría mucho más para ella (creo), porque yo fui al matrimonio sabiendo que cometería adulterio a la primera oportunidad que se me presentara (cometer adulterio era un objetivo. Era, en realidad, una de las razones *para* casarse) mientras que ella no (y probablemente no ha llegado a pensar en ello todavía. Es posible que sea yo quien piense en esto por los dos). Ni siquiera renuncié a acostarme con la chica con quien había tenido relaciones regulares

hasta unos meses después. Aquellos dos primeros años me acosté con cuatro o cinco chicas más, por lo menos una vez, simplemente para ver si era capaz de hacerlo.

Creo que podría llegar a querer de verdad matar a mi mujer, a pesar de todo lo dicho, si ella lo hiciera con alguien a quien conozco de la compañía. Mi mujer tiene marcas rojas en la cintura y en el busto cuando se quita la ropa, y bolsas flácidas en los lados y la parte inferior de las nalgas, y no me gustaría que nadie de la compañía con quien trato se enterase. (Quiero que la vean solamente en sus mejores momentos. Sin esas marcas rojas).

Mi mujer no es tan descarada y depravada como la mayoría de las chicas y mujeres con quienes uno se encuentra actualmente (y no quisiera que ninguno de los hombres con quienes trabajo se enterasen tampoco de *eso*. No quiero que nadie de mis conocidos en la compañía pueda hablar con otro conocido para contarle que mi mujer tiene marcas rojas en el cuerpo y no es, quizá, la amante más imaginativa del mundo), si bien esto me gusta en ella y no la querría de otro modo, y le pago su virtud y modestia con frecuentes despliegues de afecto y estima, además de atenciones. (La acompañaré a la iglesia).

Cuando está sobria, mi mujer es una dama (y me hace sentir orgulloso). Especialmente cuando recibimos visitas. Recibe invitados muy bien. (Una vez el año pasado tuvimos a comer a Arthur Baron y su mujer y estuvo soberbia. Todo el mundo lo pasó bien). Ya no recibimos visitas con tanta frecuencia, a causa de Derek. (Provoca tensión. Tenemos que fingir lo contrario). En un tiempo lo quería, cuando aún creía que era normal. Lo quería y nos divertíamos. Bromeaba con él. Lo llamaba Dirk, Kiddo, Topador, Dinky Boy, Dinky Dare. Hasta que descubrí lo que era. Ahora el apelativo es siempre formal. Derek. (Tú, idiota).

(¿Por qué no nos deja en paz?).

Mi mujer está más feliz que nunca cuando yo estoy sereno y me muestro bondadoso y responde a mis actitudes consideradas con una viva gratitud y con una alegría llena de asombro. Es tan fácil hacer feliz a mi mujer que en realidad es un crimen que no la hagamos feliz más a menudo. (Es más bonita aún cuando se siente contenta, porque se le ilumina el rostro. No lo oculta). Yo hago el esfuerzo. Cuando puedo. (No siempre es fácil quererlo). Obligo a los chicos a que vengan a la iglesia con nosotros cuando voy yo y, en general, nos divertimos muchísimo. (No siempre es fácil querer ser complaciente y hacerla feliz cuando estoy pensando en la muerte, el asesinato, el adulterio y el divorcio).

Me siento tenso, mal, lúgubre, apático, deprimido (y ella dice que

estoy raro). Sufro conflictos interiores desgarradores, que me roen, me cortan, me destrozan y me desmenuzan implacablemente el interior como instrumentos de hueso, de piedra, de vidrio o de hierro oxidado y gastado, que hacen una carnicería de su propia masa muscular irreductible, y también ella se siente así (aunque se niegue a reconocerlo) en casi todos los lugares adonde vamos actualmente, salvo a la iglesia, lo cual es, quizá, la razón por la cual anhela tanto ir. (El mundo no funciona, eso es todo. Es una idea pasada de moda).

Mi mujer es ahora una alegre congregacionalista (cuando no está emborrachándose y mostrándose grosera en las fiestas, o follando conmigo en el suelo, o sobre la encimera de madera de la cocina, o bien fuera, de noche, en los muebles de madera rústica del patio). Mi mujer es ahora una congregacionalista devota y alegre, debido a que el edificio es muy aireado y a que los feligreses son más amigables que los metodistas, bautistas, presbiterianos y episcopales con quienes ha entablado relación desde que nos mudamos de la ciudad a Connecticut.

—Los episcopales —me ha dicho— son los que te hacen callar chistándote en el cine.

Yo me reí.

(Mi mujer muchas veces es capaz de hacerme reír). Hace pasteles para ventas de caridad. Hasta llega a abstenerse de beber durante el día, bastantes horas antes de las reuniones en la iglesia, y tiende a mostrarse más reservada en la cama. (Casi siempre puedo determinar cuándo se prepara una actividad especial en la iglesia, por la disminución paulatina de su impulso sexual).

Soy republicano, registrado en el partido (aunque siempre voto por los demócratas, como un traidor), y creo estar más cerca de Dios que ella.

—El Señor es mi pastor y nada me falta —afirma el nuevo párroco, que lleva con nosotros más o menos un año y al que parece faltarle bastante más de lo que tiene en cuanto a contactos sociales e influencia en la comunidad. (Me impresiona como un hombre que tiene el ojo puesto en un cargo mejor en una industria en expansión).

Ningún republicano oficialmente inscrito en el partido iría tan lejos. Estaremos muy dispuestos a dejar que el Señor sea nuestro pastor, pero siempre nos faltará de todo, por muchas cosas que tengamos ya. Si no lo conseguimos despediremos al Señor, lo jubilaremos o lo apartaremos a un lado.

Suelo permitir a mi mujer conducir el coche hasta la iglesia algunos domingos, cuando me siento especialmente bueno y caritativo (los chicos intercambian señas ambiguas y desdeñosas durante el

servicio religioso, pero las intercambian de forma disimulada, porque no quieren hacer sentir incómoda a mi mujer), y después a menudo siento ganas de retorcerle el cuello por haberme llevado y arruinado así todo el día. (Podría haber dormido hasta tarde, o llamado por teléfono para que me invitasen a jugar al golf. Después de todo, ¿cuántos años con domingos me quedan? ¿Treinta? ¿Dos?).

—Ese nuevo pastor que tenéis —diría en voz alta al volver a casa, deteniéndome para asegurarme la complicidad de los dos chicos sentados detrás en nuestro coche descapotable— es como una patada en el culo.

Los chicos se adelantan en el borde del asiento, encantados.

Mi mujer frunce los labios con una sonrisa algo torcida y opta por fingir que está silbando. Hará falta algo más que las provocaciones de rigor esta hermosa y soleada mañana para estropear el estado de euforia que tiene debido a haber aparecido en la iglesia con su marido y sus hijos. En momentos como este, nos sentimos de pronto muy unidos. (Estos momentos no duran). Mi mujer llegó a abrigar la esperanza, no hace mucho, de poder entrar un día en la iglesia acompañada por Derek sin el menor asomo de vergüenza. No tardé ni un segundo en quitárselo de la cabeza.

—¿Qué opinas, papá? —pregunta mi hija, para ayudarme un poco, al ver que mi mujer intenta mantenerse en silencio.

—La verdad es que no creo —me reprende mi mujer con amabilidad, siguiéndonos el juego en una actitud de condescendencia plácida— que debas decir esas cosas delante de los chicos.

—¿Qué? —le digo con fingida inocencia.

—Como si no lo supieras.

—¿Pastor?

—No.

—¿Qué, entonces?

—Lo sabes bien.

—No tengo la menor idea.

—¿Qué? —quiere saber mi hijo, y a la vez se agita en el asiento, lleno de expectativa al pensar que estamos a punto de acorralarla los tres.

—Burro —exclama mi mujer con tono de triunfo, eludiendo ágilmente la red.

—No vale. Papá no ha dicho «burro».

—Lo sé, cariño.

—Ha dicho «culo» —afirma mi hija.

—Lo sé, cariño. Es un depravado.

—Estoy de acuerdo —asiento de inmediato—. Además habla un

inglés terrible. Te diré entonces que no creo que sea saludable llevar a los chicos a la iglesia a escuchar a un pastor depravado.

—¡No me refería a él!

—Tiene un vocabulario pretencioso y una sintaxis bastante floja.

—Estoy hablando de ti. No estoy hablando del lenguaje del pastor. Estoy hablando del tuyo.

—Bueno, he dicho la verdad.

—¿Y tu lenguaje?

—Muy bien —admito, cediendo con un gesto de generosa tolerancia—. Cambiaré de tema. ¿Qué opinas del recto en su conjunto?

—¡Eso es de peor gusto aún!

—No lo entiendo.

—¿No lo entiendes?

—Yo ahora sí.

—Es un chiste de mierda, ¿no?

—Creía que habíamos acordado —dice mi mujer con esa cortesía afectada que a veces me saca de quicio— tratar de no discutir más delante de los chicos.

—¡Aaamén! —interviene mi hija con sarcasmo a la vez que aplaude.

—Ese es el tipo de comentario —replico sin perder el buen humor, ya que no quiero irritarla— que no lleva más que a la discusión. Muy bien, me rindo. Cedo. Ese pastor que tenéis *no* es una patada en el culo.

Los chicos estallan en una explosión de risa.

—Nómbrame un médico —dice mi mujer cuando puede hacerse oír — que diga que es saludable usar semejante lenguaje en presencia de tu propio hijo e hija.

—Nómbrame uno que diga que no lo es.

—Creí que estabais de acuerdo —interviene mi hija cínicamente— en no pelear más delante de nosotros.

—No estamos peleando —responde mi mujer maquinalmente.

—Ya lo sé —comenta mi hija con desdén—. Estáis *conversando*.

—Con *énfasis* —acota mi hijo con un tono de burla amistoso.

Todos sonreímos, salvo mi mujer, que se muerde el labio con un aire distraído y melancólico. Está muy incómoda.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto en voz baja.

—Va a venir a casa —dice de pronto, algo confusa.

—¿Quién?

—El pastor.

—¿Cuándo?



Estamos conmocionados.

—Hoy.

—¿Hoy?

—Lo he invitado a almorzar.

—¡Estás loca!

—¡Yo me voy!

—No quiero que venga.

—¡Y *yo* —anuncia mi mujer con un grito expansivo de autosatisfacción regodeándose a la vez que nos mira a cada uno por turno— me lo he inventado todo! ¿Creéis —prosigue en uno de sus poco frecuentes vuelos de júbilo— que yo estaría dispuesta a exponer a un clérigo respetable a la compañía de un montón de idiotas como vosotros?

—¡Mamá, mamá! —mi hija la abraza desde atrás—. Mamá, mamá, mamá. La adoro cuando bromea así. ¿Tú no, papá?

—Y yo también.

Pero no dura, no puede durar un sábado, o domingo, o un día de fiesta, a menos que todos nosotros hayamos hecho planes, porque Derek nos espera en casa.

Todavía está ahí. Cada día crece.

—¿No puede llevarlo ella a alguna parte? —objeta mi hija—. Siempre está en casa.

Y también está en casa su niñera gritona, fea, gorda, con su pelo blanco recién lavado y su repelente olor a talco de baño, la mujer que yo querría que mi mujer despidiera de una vez por todas, aunque nosotros tuviéramos que encargarnos de cuidarlo un tiempo. (Podría hacernos bien). Y podemos despedir, asimismo, a la asistenta. (No me siento como en mi casa cuando anda rondando de aquí para allá de puntillas).

—Consigue una alemana, por amor de Dios —le dije a mi mujer—. Importa una danesa.

—¿Dónde quieres que la encuentre?

—¿Cómo diablos puedo saberlo? Otra gente las consigue.

—Me da vergüenza cuando vienen mis amigos.

(A nosotros también).

—No hay por qué —le digo a mi hija con dulzura.

—Sabía que dirías eso —dice hosca, con aire de reproche—. Sabía que no lo comprenderías.

—Debería darte vergüenza decir cosas como esa —la reprende mi mujer.

—Déjala.

—Debería sentirse contenta por no haber nacido así.

—Está contenta.

—Siempre te pones de su parte —me acusa mi mujer—. Los médicos dicen que no debes hacerlo.

—Ella piensa que me pongo de la tuya.

—¿Por qué tiene que traerlo siempre adonde estamos nosotros? —se queja mi hija—. ¿Por qué no lo tiene en su cuarto cuando vienen aquí mis amigos?

(Nosotros querríamos que también lo mantuviera lejos de nuestra vista cuando vienen los nuestros y se lo hemos dicho. A pesar de ello, lo exhibe y le habla en voz muy alta y lo señala a nuestros invitados, para que lo admiren, o bien para torturarnos a nosotros).

—No tendría por qué molestarte tanto —le digo.

—A ti también te molesta.

—No es para tanto.

—Nos hace sentirnos incómodos.

(A mí también).

—No tendrías por qué —le digo—. Ninguno de nosotros tuvo la culpa. Podría haberle sucedido a cualquier familia.

Pero sucedió en la mía.

—Tenemos otro chico más —me he visto obligado a confesar, una y otra vez, en la conversación social común con gente a quien apenas conozco— que tiene una ligera lesión cerebral. Es congénita —añado—. Es retrasado.

—Nosotros también tenemos un hijo retrasado o con un serio trastorno emocional. —Ciertas parejas que estaban enteradas de nuestra situación me han buscado para revelarme esto (como si tuviéramos todos algo que compartir).

Se trata de un club al que no quiero pertenecer, pues encuentro repelentes a estos padres con espíritu de grupo. (La intimidad que parecen tener entre ellos me pone la carne de gallina y siento impulsos de quitármelos de encima, como si fueran moscas. Detesto las camarillas de cualquier género. Me siento encajonado y me dan claustrofobia. O bien me siento fuera. Tampoco me gusta sentirme encajonado).

Vi lo que le sucedía a Derek mucho antes que los demás (me encajonó) y no le dije nada a nadie. (Más tarde, cuando otros empezaron a notar cosas y a hacer observaciones vacilantes, aprensivas, yo lo negaba todo con *énfasis*. No quería que fuera verdad. Tuve presagios de pesadilla, vi cómo las realidades se acumulaban frente a mí, en fases ya bien trazadas. Todavía las veo. Sentía que, si nadie hablaba de ello, no llegaría a convertirse en realidad. Me equivoqué). Derek se sentó tarde, se puso de pie tarde, caminó tarde,

corrió tarde. Incluso para los ojos embelesados de un padre, tenía una mala coordinación. Lo veíamos como un cachorro torpe y encantador o como un potrillo cuando trastabillaba, tropezaba y se caía. Ahora no hay armonía en sus movimientos. No hace ningún esfuerzo por separar bien las mandíbulas cuando intenta hablar. Aparentemente no asocia la boca con la palabra. Se diría que tiene una contractura cuando trata de hablar. (Se le estiran y se le abultan los tendones cada vez que lo intenta y yo quisiera que no lo intentase más). Es capaz, en cambio, de abrir la boca bien grande cuando come, o ríe, o simplemente quiere hacer ruido. Aunque no sé qué motivos tiene para reír, salvo cuando, jugando, le ofrezco objetos y luego se los retiro de pronto, en cuyo caso lo más probable es que llore sin cesar.

(Ni siquiera es posible realizar juegos normales de niños con él ya. Me siento una mierda cuando quiero jugar con él y llora. Me alejo, arrastrándome de humillación. Me siento furioso conmigo mismo y con él. Lo menos que podría hacer, diría yo, es tener la decencia de reírse cuando trato de jugar con él).

—¿Tener a Derek por hermano —quiere saber mi hija, con un tono que es a la vez exigente y abyecto— me hará más difícil encontrar marido?

—No, por supuesto que no —mentimos.

—¿Por qué? —le dice mi mujer con agresividad. Le choca y se siente afrentada por la franqueza sin rodeos de la pregunta. (Y ahora soy *yo* quien tengo que proteger a mi hijita contra ella).

—Déjala en paz —le digo en voz baja.

Mi hija se dirige a mí, buscando la verdad.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—¿Estás pensando en casarte? —formulo esta pregunta de forma amistosa.

—¿Ves cómo trata de no contestarme?

—Debería darte vergüenza —le dice mi mujer— por tener siquiera esos pensamientos.

—Déjala tranquila —repito.

—¿Creerá la gente que mis propios hijos saldrán como él? —insiste mi hija.

Mi mujer contiene el aliento.

—¡Qué cosa tan horrible has dicho! —le reprocha con viveza—. Es tu hermano.

—Es por eso mismo por lo que me preocupo. ¿No puedo preguntar?

—Déjala tranquila, por Dios —grito y me vuelvo bruscamente hacia mi mujer para mirarla con odio—. Yo me preocupo por lo

mismo.

—Es ella quien debería sentirse avergonzada.

—Y también te preocupas por ello. Por amor de Dios, deja de culparla por el chico.

—Deja de culparme a mí. Siempre te pones de su parte. Los médicos dijeron que no debes hacerlo.

—No me pongo de su parte.

—No hay por qué avergonzarse de él.

—Si no hay por qué avergonzarse de él, ¿por qué estamos siempre avergonzados?

—No lo estamos.

—Sí lo estamos.

—Siempre estás culpándome por él.

—No es verdad. Ni lo pienso.

—No me grites —dice mi mujer inesperadamente, con un aire de calma indignada y una finura que resulta absolutamente increíble.

Me alejo de ella, disgustado.

—¡Dios mío! —murmuro—. Me das risa.

—Y tampoco blasfemes —dice, reaccionando maquinalmente—. Ya te lo he dicho. En especial, delante de los chicos. Creo que te divierte humillarme. Estoy segura.

No puedo creer lo que oigo. Y vuelvo a encontrarme preguntándome qué diablos hago casado con una mujer como esta. Aun si no tuviera otro motivo para divorciarme, el hijo idiota que me dio sería suficiente.

Quiero el divorcio.

Necesito el divorcio. Lo ansío. Lo anhelo. Rezo para obtenerlo.

Los divorcios parecen un imposible. Dan mucho trabajo. Cuesta creer que se registren tantos. Es como para destrozarle a uno el corazón de envidia, como para llenarle los ojos de lágrimas de anhelo y sentimiento. Mucha gente menos capaz que yo consigue pasar airosamente por el proceso del divorcio sin cambiar de ritmo, en cambio yo no soy capaz de dar un paso.

Quiero el divorcio.

Siempre lo he querido. Sueño con él. Toda mi vida he querido divorciarme. Incluso antes de haberme casado deseaba divorciarme. No creo que haya habido un período mayor de seis meses en todos los años de mi matrimonio, un período que llegase a seis semanas, en que no haya querido terminarlo con un divorcio. Nunca he estado seguro de querer casarme. Siempre he sabido, en cambio, que quería divorciarme.

—Si no funciona —me repetía siempre para tranquilizarme, hasta

el mismo día de la boda—, siempre puedo divorciarme.

No siempre se puede obtener el divorcio.

No sé cómo se hace.

Puede que atribuya demasiada importancia a una camisa.

Tendré los calzoncillos en el lavadero de casa. ¿Me permitirá que vaya a buscarlos? ¿O bien los quemará o los esconderá? ¿Me dirá que mi hijo está mal cuando no sea verdad? ¿Que no puede vivir sin mí cuando puede? Sé que me dirá que ha pensado en matarse. Los obstáculos se me aparecen como insalvables. Durante el verano me ponen en naftalina la ropa de invierno. Durante el invierno, mis trajes de verano están colgados en alguna otra parte y mis zapatillas de deporte, guardadas en algún lugar. ¿Cómo podré juntar todas estas cosas? Necesitaré semanas. No tengo tiempo de obtener el divorcio. Hay tanto que embalar (ella no me ayudará), tanto que conversar. (¿Cómo se consigue llegar al final?). Habrá peleas, discusiones, más peleas. (¿No terminará nunca?). Los extractos bancarios estarán ya en el correo. Se esperará la llegada de una carta, cualquier día de estos, y un traje rayado que me gusta acabará de mandarse a la tintorería. Habrá libros que guardar en cajas de cartón del supermercado, cuanto más pequeñas, más livianas, y cuanto más livianas, mejor. No es sorprendente que siga encontrando razones para postergar la acción. El bienestar de los chicos (el bien que les ha hecho a todos que hayamos estado juntos tanto tiempo), el dinero, la oficina, la salud de mi mujer, compromisos como una cena para la semana próxima o ir al teatro con otro matrimonio que deberán ser suspendidos. Ninguno de los dos querremos llamar por teléfono; mejor que sigamos casados. Es tanto más fácil dejar correr las cosas hasta que cambie de estado de ánimo y me engañe a mí mismo pensando que nunca querré, en realidad, abandonarla.

Es que no sé cómo se hace.

Los débiles lo hacen. ¿Me mandará ella mi correspondencia? ¿O tendré que llamar por teléfono y hablar con ella de eso y de otras cosas? Imagino que debe de ayudar el que sea tu mujer la que se enamore de otro y te pida el divorcio. Lo que pasa es que la mía carece de la menor iniciativa en ese sentido, y nunca llegará a tomar una decisión. Y seguiría teniendo que embalarlo todo yo. Tengo estantes con libros de la época en que fui a la universidad, además de los apuntes manuscritos con que llenaba los márgenes. Probablemente, nunca volveré a verlos. A pesar de ello, querría llevármelos conmigo. Tendría que encontrar un apartamento, amueblarlo, prepararme mi propia comida o bien comer fuera, conseguirme unas cuantas amigas que fuera capaz de soportar y, tarde o temprano, casarme con una de

ellas, con el fin de poder volver a pensar con alegría en otro divorcio.

Quisiera poder alquilar por horas a alguien que experimentase en mi lugar ese fatigoso proceso, desde el principio hasta el fin, incluidos los accesos rituales de culpa, preocupación y remordimiento, sin los cuales la conciencia nunca puede volver a sentirse antisépticamente pura.

Recuerdo una promesa. Cuando Derek cumpliera cinco años, me prometí, me iría de casa. ¡Qué ironía! (Todo lo que hice fue follarla una vez, y ahora tengo que cargar con el chico). Él no tiene la culpa. Aun sin él, seguiría sin poder irme. Y aunque él fuera normal, tendría ganas de irme. Siempre las tendré.

Lo anhelo.

Tengo sueños en que me divorcio. Quiero irme de mi casa, pero no puedo. Aun cuando me lo permitan. (Siempre me lo permiten. Yo no me voy. No quiero que me lo permitan). No puedo llegar a ninguna parte. Quiero hablar, pero no puedo. La gente me deja mensajes y no puedo comunicarme con ellos. Tengo que examinarme y no estoy preparado. Durante todo el semestre no he podido encontrar el camino al aula que me corresponde. Las clases han proseguido sin mí. Termina el semestre. Tengo dificultades para encontrar el camino a la sala donde tendrán lugar los exámenes. Cada edificio al cual entro no es el que corresponde. El tiempo pasa. Fracasaré.

Ni sabría, siquiera, cómo empezar si tuviera que comenzar poniendo cara seria. No creo que pudiera hacer todas esas declaraciones superfluas y pomposas sin evitar reírme. Creo que hasta podría soltar una carcajada. Creo que un hombre como yo tendría que perder los estribos y llegar al paroxismo de la emoción para lograr hacerlo, volverse loco, totalmente furioso durante una hora o dos, sin pensar para nada en la correspondencia, los chicos, los libros, la ropa interior y los trajes a rayas. El hombre puede vivir sin un traje a rayas, si es necesario. Solo requeriría la furia suficiente como para juntar una maleta pequeña, un talonario de cheques, un pasaporte y tarjetas de crédito. Aun entonces, no habría garantía.

En mi caso no.

Supongamos, por ejemplo, que uno de los chicos, incluido Derek (quizá, en especial, Derek), viniera a la puerta para mirarme mientras hago la maleta. ¿Cómo seguiría adelante?

O supongamos que mi mujer, a quien hace tantos años que conozco, entrase simplemente en el cuarto cuando estuviese terminando de hacerla y me dijera:

«No te vayas, por favor».

No creo que pudiera irme (probablemente la extrañaría). Quiere que

le diga que la quiero. No se lo digo. La razón es que sé que ella quiere que se lo diga. Es una ventaja que tengo aún sobre ella y a la cual todavía puedo aferrarme.

Antes me obligaba a decírselo. Se diría que es algo tonto y molesto para un ser racional tener que decirlo, especialmente cuando es verdad. Podría tener sentido, a veces, cuando es mentira. Ahora no puede obligarme a que se lo diga, y tengo mi venganza. Ya no me pide que se lo diga. Y entre nosotros existe ahora esta constante lucha subterránea sobre una cosa trivial y nebulosa que no amaina y ha durado casi tanto tiempo como el que hace que nos conocemos.

«Te quiero».

Qué palabras extrañas para decir. (Se vuelven más flexibles cuando se le permite a uno agregar una o dos más antes, o después, para redondear la frase con algunos adornos de humor o de sarcasmo que perviertan el significado. Algo así como:

«Caramba, chica, la verdad es que te quiero mucho cuando _______».

Complete la oración anterior con quince palabras o menos).

No le he dicho a mi mujer que la quiero, creo, desde poco después de haberme propuesto Arthur Baron el puesto de Andy Kagle, y aquella última vez fue de noche, en la cama y con un significado sexual (que no es al que ella se refiere. Mi mujer no sabe aún que será el puesto de Andy Kagle el que tendré). A mi mujer le corroe el amor propio, le destroza el orgullo y la vanidad que no le diga:

«Te quiero».

Me encanta. Algo que tengo contra ella. No tiene nada que ver con el amor. Tiene más que ver con el odio. Acaparamos almohadas. Ahora tenemos almohadas grandes, esponjosas, mullidas, y me roba las mías cuando me duermo. Además, duerme mejor que yo, lo cual me provoca tanta ira que apenas puedo dormir y después sostiene que ha estado despierta toda la noche, con ardor de estómago, dolor de cabeza y preocupaciones humanitarias por el bienestar del prójimo. (Soy yo quien he estado despierto. Ella se niega a quedarse en su parte de la casa, como prefieren hacerlo mi hija y mi hijo. No contesta el teléfono, a pesar de que la mayoría de las llamadas son para ella. Cuando una llamada es para mí, espera hasta que haya estado hablando medio minuto para levantar el auricular de otro aparato de la casa y decir sin aliento: «¿Hola?». Nos hemos quedado sin bombillas). Ella quiere salvar la cara en esta guerra a muerte, y yo quiero salvar la mía. Hay una victoria que no puede negarme. Estoy en ventaja, porque no me importa que nunca me lo diga (aunque podría empezar a importarme si sintiera que no me lo dice).

Quiere que se lo diga en estos términos, exactamente:

«Te quiero».

Preferiría decírselo siguiendo métodos indirectos propios.

—¡Mamá, mamá! —exclamó mi hija en el coche, apretándola en un abrazo—. Te quiero tanto cuando bromeas como ahora.

—Yo también —añadí oportunamente.

Ahí estaba. Pero no basta. No da el resultado esperado.

(Lo dije en serio cuando lo dije).

También se lo he dicho como ella quiere que se lo diga y volveré a decírselo, pero me niego a decírselo cuando ella me obliga. Me empecino. Tengo mi masculinidad y mi amor propio que proteger contra este ataque indecente. Me resisto.

Llamémosle despecho. Llamémosle despecho mezquino.

Llamémosle, asimismo, despecho sensual y satisfactorio.

—¿Estaría aquí si no te quisiera? —le he respondido.

—En tal caso, ¿por qué no me lo dices nunca?

—Te quiero… ya está. Te lo he dicho.

—Nunca me lo dices.

—Acabo de decírtelo.

—Pero he tenido que pedírtelo… No, no sonrías, no digas nada, no hagas bromas —se lamenta (en el instante en que estoy a punto de hacer una broma a propósito)—. Pienso que espero demasiado.

Mi mujer no solamente *quiere* que le diga:

«Te quiero».

¡Quiere que *yo quiera* decírselo!

—Te quiero.

—¿Me quieres?

—Te lo he dicho, ¿no?

—He tenido que preguntártelo. Siempre tengo que pedirte que me lo digas.

Y tal vez podría consentir en dejarla que me obligue a decírselo, siguiendo los impulsos cálidos y bondadosos de mi corazón, si no supiera que hay una lucha entre nosotros que no quiero perder. Podría llegar a un acuerdo con ella, de todos modos, si me consiguiera las almohadas que me gustan y dejase de roncar o respirar ruidosamente y con esa indiferencia y esa satisfacción apacible y nasal, mientras yo sigo aún despierto, tratando de dormirme.

—¡Compra más almohadas, por favor! Tenemos más coches y televisores que almohadas.

Tenemos cuatro almohadas para nuestra cama de tamaño extragrande (lo cual no deja de ser irónico. Podríamos desplazarnos por esta cama durante años sin entrar en contacto nunca, si no

quisiéramos. No dormimos abrazados). Y siempre he querido que compre por lo menos cuatro más, si no cinco. Se olvida. Quiero tener bastantes, lo que quiere decir, por lo menos, una o dos más que ella. (Cuando compramos bombillas, las guardamos donde no podemos encontrarlas cuando necesitamos una. Nos quedamos sin papel higiénico. A las mujeres se les acaban las compresas. Al mundo se le están acabando las buenas asistentas y las planchadoras de profesión, los zapateros remendones y los sastres. Empiezan a caerse las ruedas de ese giroscopio de juguete. No ha soportado la prueba del tiempo. No consigo una asistenta que recuerde poner toallas limpias en los cuartos de baño después de retirar las sucias. No consigo que mi mujer sirva la comida puntualmente, a menos que tengamos invitados). Es muy importante para mí dónde duermo en relación con ella. Necesito más almohadas debajo de la cabeza que ella, para poder estar a mayor altura. Duermo casi contra el cabezal, para que ella esté más abajo que yo. Es muy importante para mí que mi mujer parezca ser pequeña. No es pequeña. Tenemos casi la misma altura, a menos que se quite los zapatos. Esto era incómodo antes, cuando bailábamos, y sigue siéndolo cuando queremos besarnos (la frente y la nariz chocan) y todavía no puedo caminar con el brazo rodeándole los hombros sin sufrir dolores en los tendones. Aparentemente, mi mujer no me va bien. Quiero que la cara de mi mujer esté a la altura de mi hombro, o bien debajo, cuando dormimos, hacemos el amor, caminamos o comemos. No quiero verla frente a frente, en mi mismo nivel. (Cuando estamos en público, por el contrario, me alegro de que sea tan erguida y elegante. Tiene una excelente figura cuando va vestida de fiesta y me da una impresión deslumbrante cuando no está ebria y grosera). Está empezando a hacer chasquear el chicle otra vez cuando está sentada a mi lado en el coche o en el cine. Vuelve al chicle cuando intenta dejar la bebida. Me saca de quicio, me enloquece de rabia contenida ciertas noches con solo verla y oírla profundamente dormida, como una niña inocente mientras yo estoy tendido, despierto como una lechuza, enzarzado en una lucha inútil contra la preocupación, las ofensas, los rencores y la sobrexcitación. (Hay noches, después de haber bebido en exceso o de pensar demasiado en cosas de la oficina, en que durante horas no consigo desterrar de la mente, ni aun controlar la velocidad de esa fuga libre de ideas desconectadas que corren vertiginosamente a través del cerebro. Nunca pienso en nada bueno). Siento ganas de darle puñetazos. Siento ganas de echarle ácido sulfúrico. Es allí, en las tinieblas del sueño, cuando nadie nos mira, ni siquiera nosotros mismos, cuando surge nuestro verdadero espíritu rudimentario. Como embriones replegados

y ciegos, libramos la batalla asesina en los campos de nuestros edredones acolchados y esquinas de almohadas. Los golpes de rodilla y cadera son las armas que usamos. Los quejumbrosos gruñidos y lamentos son las maldiciones y los gritos de batalla. (Somos bebés, aunque probablemente no sentimos todo esto cuando éramos bebés). Me enfurece que ni sepa siquiera que estoy despierto. Me siento martirizado por su abandono. (Algunas noches yo puedo dormir y ella no. Registro de pronto el hecho de que se levanta repetidas veces de la cama en un estado de agitación y vuelvo a dormirme más plácidamente aún al saberlo). Estoy en el torbellino de un insomnio trágico, con ella tendida a pocos centímetros de mí, en un dulce sopor de serenidad y olvido del mundo. ¿Cómo se *atreve* a mostrar tan poca sensibilidad frente a mi desesperación y congoja, en especial cuando es probable que la culpa sea suya? Me dan ganas de sacudirla con violencia hasta despertarla.

«¡Levántate, maldita, vamos! ¿Por qué tienes que poder dormir tú cuando yo no puedo? Y tú tienes toda la culpa».

No sabría de qué estoy hablando y podría creer que he enloquecido.

«¿Me quieres?», me preguntaría, quizá.

Ya no me lo pregunta nunca. Sabe que estamos empeñados en una lucha y tiene demasiado orgullo como para izar la bandera blanca de la derrota ignominiosa. (Me alegro de que no me lo pregunte. Tendría que hacerle concesiones. Quisiera que esto hubiese terminado).

Creo saber cómo terminará, cómo conseguiré sacar a ambos de este punto muerto y resolver el conflicto de forma satisfactoria para ambos: junto a su lecho de muerte.

«No te mueras —podré decir entonces—. Te quiero».

Me quedaré con mi honor. Ella se tranquilizará. Yo tendré ciento ocho años. Ella será unos pocos años menor. Tendré que comenzar a hacerme las compras en los supermercados y almacenes, para asegurarme de que haya café y zumos de fruta en casa. Tendré que vender esta casa y mudarme a un apartamento. (Y entonces la extrañaré).

Hace años que no pregunta. La edad y el amor propio, pienso, le habrán ahogado la pregunta cada vez que haya querido hacerla:

«¿Todavía me quieres?».

Aun así, lo tiene en la cabeza. Lo imagino como una escultura verbal. Lanza el anzuelo, hace insinuaciones. Me niego a darle el gusto. O bien cree que no la quiero más y teme que si me preguntara:

«¿Me quieres?».

Yo respondería:

«No».

En este punto habría que hacer algo. (Y yo no sabría qué). Me alegro de que no lo pregunte, aunque muchas veces siento que está a punto de hacerlo. Sería algo que me disminuiría, tener que encarar la cuestión. No quiero tener disputas con ella por esto. No sé cómo le contestaría hoy si me preguntara:

«¿Me quieres?».

¿Sin responder con ambigüedad, de forma evasiva? No querría mentir, ni tampoco decir la verdad (cualesquiera que fuesen mis sentimientos). Si me lo preguntara mientras nos destrozamos mutuamente en el acto sexual, la respuesta sería fácil.

«Vuélvete y verás».

Pero esto no sería lo que ella quiere, y los dos lo sabríamos. Estoy, pues, tan contento de que no pregunte, me siento tan agradecido y tan en deuda con ella a veces, que me dan ganas de abrir los brazos en un gesto de alivio y decir:

«¡Te quiero!».

Y una vez cometido ese error, es posible que nunca pudiera obtener el divorcio. (Creo comprender ahora por qué me llevo tan bien con las mujeres cuando quiero y por qué tengo tantas dificultades en llevarme bien con mis hijos. Trato a mis amantes como niñas y pretendo de mis chicos que se porten como adultos). Arthur Baron no querría esto de mí.

—¿Y bien? —ha preguntado alguna vez. La sonrisa que mostraba era más ancha que nunca y su expresión, más cordial aún que de costumbre.

—La verdad es que no tengo opción —concedo con una sonrisa—. ¿Verdad?

—La tiene.

—En realidad, no. Quiero el puesto de Kagle.

—Magnífico, Bob. Felicidades.

—Gracias, Art.

—Se lo diremos al comenzar la semana próxima. Usted lo conoce bastante bien. ¿Cómo diría usted que reaccionará?

—Mal. Pero hará todo lo posible por disimular. Puede que solicite ser él quien me lo diga.

—Se lo concederemos.

—Querrá atribuirse el mérito. Puede llegar a querer que le permitan hacer el anuncio.

—Esto facilitará las cosas. Tendrá usted que poner bastantes asuntos en orden.

—He preparado una lista.

—Probablemente le agregaré algo, Bob.

—No tengo inconveniente, Art. —Río con despreocupación (antes de hacer mi amable comentario) e inclino la cabeza en un gesto de humildad—. No soy de esos ejecutivos que reciben mal las sugerencias de sus superiores.

—Ja, ja. Nunca lo había pensado, Bob. Usted dirigirá la convención.

—He empezado a hacer planes. Creo que sé cómo llevarla.

—Hay algo más que he sabido sobre Andy Kagle, Bob —me dice Arthur Baron—. Va de putas por la tarde.

—Lo he acompañado.

—Pero ahora no lo hará más, ¿no?

—Ya lo he dejado.

—Me parece excelente, Bob. Estaba seguro de que lo dejaría. Hablando del asunto —añade, apretándome el codo y con una leve risa y un guiño conspirador—, son mucho mejores por la noche.

—Ja, ja.

Casi imperceptiblemente, mi relación con Arthur Baron se ha alterado y ha tomado una dirección hacia una familiaridad más estrecha. En una actitud perspicaz, discreta, diplomática, me abstengo de comentarios que revelen que he advertido el cambio para mejor. Hasta ahora he tenido el don, este don de lacayo, de poder descifrar lo que esperan de mí Arthur Baron y otros de mis superiores (Green es mi superior, pero no mejor. Kagle no es ni superior ni mejor), y también el talento sutil, teatral, de hacerles ver que están recibiendo lo que esperan. (Tengo el temor del lacayo de perder el favor de mis amos y de que me echen de mi puesto por haber revelado una ansiedad exagerada, de perro faldero, de agradar. En mi propio departamento, Holloway ha vuelto a actuar así, deteniendo a la gente, siguiendo sus pasos, halagando de forma agresiva, llamando la atención, exigiendo elogios o pidiendo consejos benévolos. Muy pronto sufrirá otra crisis. Las sufre una y otra vez. No sé por qué se toman el trabajo de volver. No se puede confiar en Holloway para ninguna tarea de gran responsabilidad. Carece del agudo genio para el servilismo que poseo yo). Sé que Arthur Baron no quiere que volvamos a invitarlo a casa. Mi mujer no lo sabe.

—Estoy segura de que ella lleva la cuenta —suele repetir, preocupada—. Nos han invitado dos veces después de que vinieran aquí. Tres, si cuentas el cóctel en honor a Horace White. Nunca esperé que me invitaran a ese cóctel.

—Él tampoco.

—Me sentiría muy incómoda si nos encontramos con ellos.

—Sin duda.

—Me alegro. Me gustaría ofrecerles una bonita cena pronto. Me alegro de no tener que celebrarla.

Arthur Baron vive no muy lejos de nosotros, en una casa mucho mejor y en un sector de Connecticut también mucho mejor que el mío, a pesar de que la zona de Connecticut donde vivimos nosotros dista mucho de ser mala. Él tiene más terreno. (Yo tengo media manzana, él dos). La mayoría de la gente a mi alrededor tiene, según parece, más dinero que yo. El lugar donde vivo actualmente es muy apropiado, y cuando obtenga el aumento y me mude, una vez más iré a un lugar donde me rodeará gente que gana más dinero que yo. Esto es lo que se llama «*movilidad ascendent*e», fuerza considerable en la vida urbana estadounidense contemporánea, y existe junto con la «*movilidad descendente*», fuerza considerable, también, en la vida urbana estadounidense contemporánea. Estas fuerzas mantienen las cosas activas. Nos elevamos y caemos como discos voladores, si llegamos a despegar del suelo, o bien como la pelota de béisbol que sale volando alta, salvo que nos levantamos más despacio y caemos más rápido. Yo estoy en el vuelo ascendente y Kagle en el vuelo descendente. Kagle se desplaza con mayor rapidez. Solo en Estados Unidos es posible hacer las dos cosas a la vez. Basta observarme a mí. Me levanto como un cóndor, al mismo tiempo que caigo en mil pedazos. Puede que ocurra lo mismo en Rusia, pero no vivo allí. Todos los ríos del mundo, sin excepción, fluyen de norte a sur para desembocar en el mar. Excepto aquellos que no fluyen así, y las leyes de la conservación de la energía y la materia establecen de forma implacable e imparcial que la energía y la materia no pueden (*sic*) ser creadas ni (*sic*) destruidas.

Mucho tiene que ver conmigo. El dentista que me raspa un diente en su alvéolo me duele más que el cáncer de mi mujer cuando lo tenga, si lo tiene alguna vez. Me salen callos siempre en el mismo punto del dedo meñique del pie derecho, con independencia del calzado que use.

Arthur Baron nos ha invitado a comer en su casa media docena de veces en los últimos dos años y medio (y nunca sirve bastante comida. Cuando llegamos a casa tenemos hambre). Y nosotros lo hemos invitado a casa una sola vez. Nos divertimos. En general, suele tener como invitados solo a otra persona más de la compañía, a quien puedo o no haber conocido antes, y tres parejas más muy simpáticas con actividades que no tienen nada que ver con las nuestras. Hay lugar para doce personas, exactamente, en su mesa. Las veladas son tranquilas y terminan antes de medianoche. El tema de Derek no ha surgido nunca en su casa y nos inclinamos a creer que podríamos

abordarlo muy de paso si llegara a aparecer. Nunca se menciona nada desagradable, ni tampoco se habla de las desgracias de nadie. El hecho de que no sirvan comida suficiente es una característica que nos cuesta aceptar, porque nos gustan tanto Arthur Baron como su mujer y también ir a casa de ellos, a pesar de sentirnos a la vez incómodos allí. Ella es una mujer sencilla con quien nos sentimos casi a gusto.

Invitamos a Arthur Baron y a su mujer a comer en casa hace aproximadamente un año. (El tiempo vuela). Servimos demasiada comida. La gente tiende a comer demasiado en nuestra casa. Nos gusta ofrecer a nuestros invitados una selección de carnes y postres. También nos gusta mostrarles que somos personas de buen apetito y que nos agrada invitar con gran generosidad. Mi mujer se preocupó durante un tiempo de que pudiesen tomarlo como una crítica.

—Hazlo a tu manera, querida —la animé—. No como lo harían otros.

La cena fue estupenda. La intuición me dijo que era el momento de invitarlo. (Una vez invitamos a Green. Me dijo que no quería venir a casa a comer y sentimos alivio. Hay en Green una franqueza insultante que después resulta grata). Con gran sensatez, creo, no organicé la velada alrededor de Arthur Baron. (Aun sin él habríamos ofrecido esa cena).

—¡Hola, Bob!

—Hola, Art. Pensamos invitar a algunos amigos a comer dentro de tres o cuatro sábados. Creemos que sería agradable si usted y Lucille pudiesen venir.

—Me encantaría, Bob. Hablaré con Lucille.

—Muy bien, Art.

Antes de mediodía, ese mismo día, su mujer llamó por teléfono a la mía para anunciar que estaban libres el fin de semana y encantados además de que hubiésemos pensado en invitarlos.

Se quedaron hasta tarde, y comieron y bebieron más de lo que hubiéramos imaginado. (Todavía sigo pensando con cierta perplejidad en la poca comida que preparan cuando reciben. Pienso que ellos también deben de sentir hambre a la hora en que nosotros llegamos a casa). Preparé excelentes martinis que todo el mundo saboreó y desde el principio el ambiente fue cordial. Me veía como un gran caballero mientras mezclaba bebidas y las servía. Me vi fugazmente en el espejo. Era *todo* un caballero. Mostraba una sonrisa de caballero. (Soy vanidoso como un pavo real). No había invitado a nadie de la compañía. Había un abogado especializado en derechos de autor, un guionista de televisión, un profesor adjunto de finanzas, un experto en informática, el propietario de una pequeña empresa de relaciones

públicas y un simpático especialista en arbitrajes, miembro de una conocida firma de inversiones, sobre cuyo trabajo nadie sabía nada y, por lo tanto, nos inspiró mucha curiosidad (durante un rato). Todas las mujeres eran bonitas y vivaces. La conversación se mantuvo animada. Se oyeron muchas risas todo el tiempo. Mi mujer reveló secretos de cocina cuando se los pidieron. Los Baron fueron prácticamente los últimos en marcharse.

—Gracias, Bob. Lo hemos pasado muy bien.

—Gracias, Art. Nos alegramos de que hayáis podido venir.

Mi mujer y yo estábamos radiantes y encantados de nuestro éxito e hicimos el amor esa noche. La verdad era que había sido una noche perfecta, pero estaba en el aire, y mi agudo sexto sentido sigue diciéndome que todavía está presente, la certeza de que no volveríamos a invitarlo en mucho tiempo, a pesar de haber estado mucho más que bien haberlo invitado en esa ocasión. Mi mujer, congregacionalista y miembro activo de esta iglesia, no lo comprende, sencillamente. Recibe instrucciones de un pastor de la iglesia en materia de obligaciones y hospitalidad. Sin embargo, en calidad de republicano oficialmente afiliado al partido, sé más que ella sobre protocolo.

—¿Por qué no? —quiere saber. Hay un deje de ansiedad en su insistencia—. ¿No te llevas bien con él?

—Nos llevamos a partir un piñón.

—¿Crees que no querrán venir?

—No es el momento.

—No sé qué quieres decir.

—Está en el ambiente. Ofrece una cena sin ellos, si quieres organizarla.

Mi mujer vacila. La presencia de Derek en casa nos pesa y cambia el estado de las cosas. (El entusiasmo se esfuma rápidamente y se transforma en apatía y en deseos abortados. Los planes a largo plazo para actividades felices se vuelven tétricos mientras contemplamos su realización. En este punto, ella no tiene nada que hacer). También tenemos que lidiar con mi hija cuando no tiene plan esa noche y decide quedarse en casa para observarnos. O se mezcla con nuestros invitados con mayor confianza de lo que desearíamos, o bien cruza el salón en silencio, con una cara de hosco desagrado que todos pueden ver, respondiendo con un saludo frío y apenas perceptible a los presentes que la conocen (y volviendo a pasar con la misma actitud una hora más tarde y, de manera sucesiva, cada hora en punto, hasta que mi mujer murmura: «La mato si vuelve a pasar», y va a decírselo). Muy pronto llegará el momento en que tendré que ordenarle

severamente que no aparezca para nada cuando tenemos visitas, como hacemos con Derek. (Tampoco me gusta que haya niños cuando voy a las casas de los demás). Derek crea problemas que perturban la relación con nuestros otros dos hijos, por la atención que hemos debido concentrar en él y las grandes sumas de dinero que nos cuesta. (Pronto tendré que empezar a ahorrar para su futuro).

—¿Cómo están los chicos? —se siente obligada a preguntar la gente siempre que viene a casa, o bien cuando vamos a su casa.

Es una pregunta que he aprendido a temer.

—Bien, todos muy bien —me siento obligado a responder con demasiado entusiasmo (con el fin de apartarme del tema lo más rápidamente posible)—. ¿Y los vuestros?

Derek nos pesa asimismo fuera de casa, porque mi mujer y yo seguimos albergando un terror especial a llegar una noche a una alegre fiesta en casa de amigos y coincidir con alguno de los veintitantos médicos y psiquiatras a quienes hemos consultado en el pasado y que están enterados de todo lo que se refiere a él y a nosotros. Todavía no ha ocurrido. Preferimos las fiestas grandes y ruidosas, donde es imposible mantener conversaciones íntimas. En cambio, estamos en guardia en las reuniones más reducidas y formales en las que, en cualquier momento, la conversación pueda tomar un giro imprevisible y volverse contra nosotros. En esas circunstancias tenemos que reaccionar con rapidez para cambiar de tema, o bien sacrificarnos unos pocos minutos hablando en términos vagos de algo de lo que no queremos hablar. (Debemos admitir el hecho de inmediato. Admitirlo puede ser beneficioso para otras familias. No lo es para nosotros. De pronto, *todo el mundo* en el salón se muestra incómodo). Aun en las fiestas grandes, alguien que se siente más próximo a mí que yo a él me ha llevado aparte para preguntarme confidencialmente, con una voz baja y llena de curiosidad:

—Y vuestro hijo menor… ¿Cómo está?

—Bien, muy bien —digo—. Mucho mejor de lo que esperábamos.

A estas alturas, mi mujer y yo estamos hartos, hasta la coronilla, de psicólogos, psiquiatras, neurólogos, neurocirujanos, foniatras, asistentes sociales psiquiátricos y de todos aquellos especialistas a los que hemos consultado y que puedo estar omitiendo en esta lista, por su incapacidad de ayudarnos y sus nobles y condescendientes perogrulladas en el sentido de que no tenemos la culpa, de que no debemos sentirnos culpables y de que no tenemos nada de que avergonzarnos. Estoy convencido de que todos los médicos jóvenes se esfuerzan por tener un aspecto hosco y antipático, y que todos los viejos lo consiguen.

«¡Capullo! —he querido gritarles como un animal—. ¡Capullo! ¡Capullo! ¡Capullo! ¡Capullo! ¡Capullo! ¡Capullo!», he querido gritarles a todos como una lechuza aulladora (sea lo que sea esto, e incluyo a los dos a quienes fui a consultar secretamente para mí). ¿Por qué no pueden comprender estos necios cortitos que *queremos* sentirnos culpables, que *debemos* sentirnos culpables, para poder hacer las cosas que tenemos que hacer?

Sin inmutarse, nos responderían con serenidad que al gritarles encuentro una manera de liberarme de la culpa y la repetición es «*perseverancia*».

Y estarían en lo cierto.

Y también se equivocarían.

Podría contar muchas historias. Un extraño no creería en la cantidad de opiniones contradictorias que los diferentes médicos nos dieron, ni en los juicios críticos que hicieron unos de otros, pero nosotros les creímos. Les creímos a todos, a los buenos y a los malos. Y también no les creímos (no teníamos otra) y no teníamos otra que buscar más especialistas, como suplicantes erráticos.

—Es orgánico.

—Es funcional.

—Es en gran parte orgánico, pero con complicaciones funcionales.

—No es sordo, pero probablemente no es capaz de oír.

—Por lo menos, está vivo.

—El pronóstico es bueno.

—¿Para qué?

—El pronóstico es malo.

—No sería posible aventurar un pronóstico por ahora.

Ni uno de ellos tuvo nunca la franqueza, el valor, el sentido común, el carácter, de decir:

—Dios… la verdad es que no lo sé.

La cosa comenzó con:

—Exagera usted.

Y pasó a:

—Nunca hablará.

—Probablemente no pasará de la edad mental de cinco años, si la alcanza. La coordinación y el control musculares nunca serán buenos. Exigirá una paciencia enorme.

Los odiamos a todos, a los que se equivocaron y a los que no. Al cabo de un tiempo, no había ninguna diferencia. La causa no importaba. El pronóstico era absoluto. La causa *sí* importaba. Era orgánica (cerámica. Los transistores están ahí). Lo que pasa es que no funcionan como los demás. (La radio no funciona como el televisor).

No había un mal funcionamiento. Funcionaba como lo construyeron (funcionaba perfectamente, desde este punto de vista). La arquitectura está terminada. No es posible cambiar los circuitos. Nada está roto. No pueden encontrar nada para arreglarlo.

—¿Por qué no pueden operarlo? —me preguntó mi mujer.

—No sabrían dónde cortar y coser.

Él es un simulacro.

—Ojalá no lo hubiéramos tenido —se lamentaba antes mi mujer—. Estaría mucho mejor si no hubiera nacido.

—Matemos al pobre niño —solía bromear yo con tono ligero, cuando creía que él era rebelde por naturaleza (acostumbraba a llevar tres instantáneas de mis hijos en la billetera. Ahora no llevo ninguna), antes de que empezara a adivinar que tenía algo muy malo.

Ya no lo digo.

(Pobrecito, mi pillín defectuoso. No hay nadie que esté de tu parte).

Es un producto de mi imaginación. Juro por Dios que lo imaginé hasta crearlo.

Sí que nos sentimos culpables. Nos culpamos a nosotros mismos. Lamentamos tenerlo. Lamentamos que la gente sepa que lo tenemos. Sentimos que hay bastante de que avergonzarnos. Lo tenemos.

Siento la cabeza como una caldera.

Siento la mente como una metrópolis independiente, repleta de destellos, sombras y siluetas, con seres diminutos y acicalados enanos, de día y de noche. Mis días son más lúcidos. Nunca imagino a Derek en peligro. Solo pienso en mi hijo o en mí mismo.

Tengo el melodrama en el coco, los culebrones televisivos, las típicas leyendas de niños perdidos que intentan desesperados alcanzarse a sí mismos, o a otra persona, el día antes. Miran fijamente. Están demasiado tristes para moverse. Están demasiado inmóviles para llorar. Hay historias vagas de mí mismo que requieren ser traducidas y transcritas para ser inteligibles. Hay dolor, hay mucho dolor líquido. Nunca se atenúa. Se acumula. En contraste con la energía, no se disipa. Siempre queda en su totalidad. Hay siempre más que antes. Siempre hay bastante, cerca de la superficie, como para alimentar un acceso de furia o saturar un recuerdo. Cosas mínimas, apenas advertidas —un sonido, un olor, un sabor, el envoltorio arrugado de un caramelo—, todo ello es capaz de desencadenar vibraciones palpitantes en nuestro interior. Es mío. Tengo más que suficiente para compartir con todas las personas que conozco. Tengo suficiente como para toda una vida, y un día de estos, pronto, cuando tenga cincuenta años, sesenta, setenta, ochenta o noventa, oiré a alguien hablar

inadvertidamente de «cumpleaños», «hermano», «padre», «madre», «hermana», «hijo», «chico», «perrito», «salchicha» o «piruleta» y los ojos se me llenarán de lágrimas y palpitaré por dentro al recordar las tragedias lejanas, sin solución, en que participé y que ahora se representan una vez más en las tinieblas detrás de cortinas descorridas. Eso pasará. Ya me está pasando. «Salchicha». Me invade una nostalgia aguda. «Carrusel». Siento ganas de llorar. «Algodón de azúcar». Se me destroza el corazón. Siento que no puedo seguir adelante.

Quiero conservar mis sueños.

«*Patines con ruedas de acero*». Me derrito.

Quiero conservar mis sueños, incluso los malos, porque sin ellos puede que no tuviera nada en toda la noche.

Extraño a mi padre, me dijeron. Como si no lo supiera.

(Yo también extraño a mi hijo ahora. Está distanciándose de mí. Hace los deberes en su cuarto, sin mi ayuda, y ya no me explica lo que le ocurre en la escuela. No sé si se siente más o menos desgraciado). No me dijeron nada que no supiera ya. No podían ayudarme. Dijeron que yo era perfectamente normal, ¡lo más lamentable que me hayan dicho nunca! Con el tiempo y con mucho tratamiento, podría remediarse tal condición. Me envidiaban la vida sexual. (Yo también). La pena era, decidimos de común acuerdo, que no disfruto ya de ella.

(La compañía tiene una posición muy firme frente a la psicoterapia para ejecutivos, porque implica infelicidad, y la infelicidad es una vergonzosa enfermedad social para la cual no hay excusa ni perdón. El cáncer, la anemia perniciosa o la diabetes están bien, incluso los enfermos de esclerosis múltiple y de párkinson pueden continuar ascendiendo en la compañía, hasta que no les permiten seguir más. La infelicidad, en cambio, es fatal. Si mi hija o mi hijo llegaran a suicidarse, se les perdonaría, porque los chicos suelen hacer esas cosas y, además, son así. Pero si mi mujer se arrojara por la ventana sin haber tenido un historial previo de trastornos psiquiátricos, si lo hiciera solamente por sentirse desgraciada, mis probabilidades de ascender concluirían. Me iría a la ruina).

Tengo acrimonia, me dijeron (lo cual también es normal. Tengo más dolor que acrimonia. Mi mente es un depósito de dolor, una reserva inmensa, invisible, de pesares tan profundos como la edad que tengo, esperando a que los saquen y que la memoria los haga correr. Puedo descargar acrimonia. Solo puedo experimentar el dolor).

Hay veces que me atacan desde el interior una acritud y animosidad tales hacia la gente que me gusta y que ha sufrido serias tragedias personales o fracasos en el trabajo que si algo (o alguien) en

mi interior llegase a expresar las palabras infames que me vienen a la mente, me desterrarían y me vilipendiarían, sin ninguna posibilidad de absolución ni disculpa. (Las tragedias de la gente que no está próxima a mí me conmueven vagamente, si es que llegan a conmoverme).

«¡Me alegro! ¡Te lo mereces!», siento ganas de decir con desdén.

(Tengo ganas de escupir).

Me temo que a veces podría llegar a escupir. (Me he sentado a mesas con hombres a quienes conozco desde hace mucho tiempo y me han dado ganas de acariciarles la mano).

No soy yo quien quiere patear a Kagle en la pantorrilla. Siempre se me están creando nuevos personajes en la cabeza, lo quiera o no, personajes que se convierten en intrusos permanentes tan pronto como reparo en su presencia. Con frecuencia tenemos propósitos encontrados. Ellos disponen de tiempo. Disponen de tiempo para trabajar sin interrupción en lo que sea que hayan venido a hacer y luego se alejan con perfecto dominio de sí mismos, hacia tinieblas que nunca he podido penetrar. Surgen y desaparecen en enjambres a través de un laberinto cuyos túneles nunca he visto. Tengo un pequeño cementerio allí dispuesto en líneas diagonales con hileras ordenadas de tumbas idénticas, imagen que tal vez me dejó alguna fotografía, o bien la imagen reducida de algo que vi en la realidad hace mucho tiempo. Tal vez haya gente enterrada allí. De vez en cuando vuelan por mi mente asombrosos pensamientos tridimensionales, fantasías, o bien series de nuevos viejos recuerdos, semejantes a bandadas de gorriones que desaparecen en huecos subterráneos y sombríos. Puedo llamarlos cuando quiero si recuerdo hacer el esfuerzo necesario, pero acuden solamente de uno en uno. El hombre que quiere obligarme a que patee a Kagle en la pierna es un individuo mundano y tranquilo, con calcetines de seda negros y traje gris a rayas. Tiene más o menos mi edad y el pelo blanco prolijamente cortado. Es pequeño, desde luego, puesto que tiene que caber dentro de mí. (Todos esos ogros siniestros y gigantescos que me han amenazado toda la vida en mis pesadillas han sido pequeños. Lo que sucede es que yo soy tanto más pequeño que ellos). El hombre sabe, aparentemente, cómo desplazarse por los pasillos de piedra de mi cerebro mucho mejor que yo, puesto que aparece en diferentes situaciones, a menudo leyendo un diario, con una pierna apoyada de manera cómoda sobre la rodilla de la otra, esperando con calma. Cree tener mucho más tiempo que yo. (Se equivoca). Creo que hay una sauna, porque muchos de los ocupantes más prósperos y cultos de mis pensamientos parecen ser del tipo a quien le gusta chamuscarse a sus

anchas después de haber jugado al *squash*. Sospecho que en algún lugar muy secreto existe un refugio para homosexuales. Por todas partes hay comercios pequeños en los cuales intercambian objetos de contrabando unos hombres sucios y sin afeitar que saben lo que se hacen. Los hombres sucios y sin afeitar se exhiben en mi presencia y en la de chicos de ambos sexos y salen impunes. Todos los crímenes resultan impunes.

Son viles todos estos seres humanos malos, sórdidos, diminutos que habitan en mi cerebro, como dedos vivientes con rostros y almas. Algunos usan sombrero. La gente sufre. Yo sufro. Los chicos vagabundean. Las mujeres lloran. Las madres yacen en *su* lecho de muerte. Tengo miedo —he tenido miedo— de que pueda levantarse un griterío o llantos o gemidos en cualquier instante dentro de mis oídos, a los cuales puedan hacer eco otras voces torturadas de mi interior y que nunca cesen de gritar. No sabría entonces si todo era producto de mi imaginación. No tendría importancia. Yo lo oiría. Se mueven los enanitos, y los siento moverse. Y los viejos sucios y cínicos, con muletas afiladas y barbas puntiagudas, pasan con un resplandor avieso en los ojos crueles e inescrupulosos. Causan dolor. Ugolino se come una cabeza: la mía (ese hijo de puta).

Nadie quiere ayudarme. (Solo la hermana de mi mujer se aproxima lo suficiente a ese delicado nervio de la verdad que queremos desatascar, pero su aspecto es cínico, sus móviles, mezquinos, y siento ganas de golpearla).

—Dad al niño —nos ordena, o poco menos, con una satisfacción provocativa en su tono áspero, irritante, atacando, aprovechando su ventaja hasta el punto de que tenemos que unirnos para resistir su acometida y obligarla a retroceder.

—¡Me alegro! ¡Te lo mereces! —es lo que le oigo decir, dando dentelladas crueles en nuestra dirección, con una voz y unas palabras que son las mías—. Me alegro de que pasara. Ja, ja. Me alegro de que te haya pasado a ti, porque te conozco, en lugar de a gente que no conozco y vive lejos.

Quiero golpearla, porque siento que ve dentro de mí y me roba los pensamientos, obligándome a repudiarlos.

Queremos librarnos de él. Queremos regalarlo. Y necesitamos gente en posiciones de respeto y autoridad que nos lo digan. No tenemos el valor de hacerlo solos. ¿Qué pensará de nosotros la gente que conocemos?

Insensibles.

Inhumanos.

Queremos regalarlo y tenemos miedo.

(Otra gente en Connecticut, Nueva York, Long Island y Nueva Jersey tiene intención de quedarse con sus hijos. ¿Por qué?).

—No esperéis —nos ha advertido invariablemente la hermana de mi mujer, casi desde el primer día en que dejamos de tener la menor duda (lo que ocurrió demasiado pronto)—. Hacedlo enseguida. No seáis hipócritas. Cuanto más esperéis, peor será para todos.

Esa sugerencia fue monstruosa. (La hipocresía era más fácil).

—No vuelvas a decirlo —salta mi mujer dirigiéndose a su hermana esa última vez—. No quiero oírte nunca más decirnos cosas así. Si vuelves a decirlas no te dejaré entrar en esta casa. Lo digo en serio.

—Se acabó —le grito más tarde a mi mujer—. No quiero volver a oírla hablar de él nunca más. Ni tampoco de mis otros hijos. Si habla la echaré. Si no se lo dices tú, se lo diré yo.

—Se lo he dicho. Me has oído. ¿Crees que ha sido fácil?

—Reaccionáis así simplemente porque sabéis que tengo razón —repuso aquella vez *su* hermana en tono de superioridad moral.

—Ella solo quería ayudarnos —prosigue mi mujer, disculpándose—. Ahora lamento haberle gritado.

—No, no quería ayudarnos. ¿Tú crees que quería ayudarnos? Ojalá se mudase a Arizona con tu madre.

—Tiene la tienda aquí.

Mi cuñada es como un forro raído, gastado, del carácter de mi mujer, quien nunca ha podido mirarlo sin retroceder de inmediato con remordimiento. Es otro reverso de mi carácter (que a menudo puedo mostrar en casa a mi propia familia y ante mí mismo en forma de fantasías diurnas con un sentimiento de júbilo vengativo) como también lo es Derek, en mi deseo esporádico de ser mudo e impotente otra vez y totalmente dependiente de padres y hermanos y hermanas mayores. (Salvo que yo no querría que me mandasen a una residencia). Todos los que me rodean ahora me recuerdan a mí. Hasta Kagle me recuerda a mí. (Green no. Admiro a Green. Arthur Baron no. Creo que no me identifico con tanta facilidad con gente mejor que yo, o con cualidades más atractivas que las mías. Solo me identifico con gente peor que yo). Arthur Baron nunca menciona a Derek. Kagle lo hace y lo odio por esto. (Lo hubiera matado cuando apareció por sorpresa en casa el domingo para decirme, en un tono cargado de afectación e hipocresía, que era la voluntad de Dios. También quise golpearlo a él). Cuando alguien me habla de él estoy que me subo por las paredes (y quiero matarlos), aunque al mismo tiempo espero que de pronto todo el mundo se una para decirme al unísono:

«Dad al niño».

Esto no va a pasar.

No tengo que sondear a los miembros de mi familia para saber qué queremos. Hasta mi hijo, mi hijo rubio, simpático, generoso, sensible, que se siente anonadado por todas las alternativas, no dice la verdad cuando suplica:

—No.

Quiere decir:

«Por favor».

«Pero, por favor, lleváoslo tan rápido que el ojo no alcance a verlo ni la mente a registrar ni recordar nada».

Kagle llamó por teléfono desde la estación de servicio con la mentira de que pasaba por ahí y le gustaría saludar a la familia. Tenía un aspecto desencajado. Tenía ojeras de insomnio y solo consiguió esbozar una sonrisa nerviosa.

—Uno oye cosas —me confió—. Esta vez estoy de verdad preocupado. ¿Ha dicho alguien algo sobre mí?

—He oído que otra vez has estado en Toledo.

—Ni siquiera me hablan de la próxima convención. Para esta fecha por lo general me han dado ya un tema.

—Puede que no *lo* tengan.

—Tengo que ver a Horace White. Verlo a él y a Arthur Baron. Nunca tengo nada que ver con Horace White.

—Puede que se le hayan ocurrido algunas ideas.

—Dos contra uno —bromea Kagle con un guiño, tan pronto como mi mujer vuelve a entrar en casa.

—¿Negras?

No capta la ironía.

—Para mí no. Menos en Toledo. Tengo buenos contactos allí. Deberías acompañarme alguna vez. Te cuidaré mucho.

—¿Crees que debería pedirle que se quedara a comer? —pregunta mi mujer.

—No.

—Lo veo tan triste.

—Quiere dar una vuelta en coche.

—Ni siquiera me importa —dice Kagle pasándose el dorso de la mano por la boca, secándose los labios—. De todos modos, empiezo a cansarme de hacer siempre lo mismo. ¿Dónde están los chicos? Quisiera saludarlos antes de irme.

—Fuera, jugando.

—¿Y el más pequeño? ¿El que tiene la lesión cerebral?

—Está descansando. Tiene que descansar mucho.

—Te diré que no debes culparte por ese chico —me comenta Kagle, a la vez que sube con dificultad a su automóvil—. Yo no me

culpo por mi pierna. Fue la voluntad de Dios.

—Sin duda, Andy —replico con una sonrisa desagradable, apretando los dientes—. Y tú no te preocupes por tu puesto. Si lo pierdes, será la voluntad de Dios.

—Je, je —ríe sardónico.

—Je, je.

—¿Por qué no le has dejado quedarse? —pregunta mi mujer.

—Porque no quería que se quedase.

Es la voluntad de Dios.

Tengo ya el puesto de Kagle.

—Hoy has estado con Andy Kagle —dice mi mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Caminas cojeando. ¿Está peor su pierna?

—No. ¿Por qué?

—Cojea más que nunca. Y tú casi te tambaleas.

Me enderezo abandonando la postura típica en Kagle y me apoyo con mi característica desgana contra el poste de la escalera que lleva al piso superior.

—No. Está igual.

Me mira de reojo. Ha estado bebiendo vino otra vez, mientras ayudaba a la asistenta a preparar la comida. Los ojos vidriosos se le ven tensos y pacientes. (No puedo mirarlos). Intuye algo y avanza con cautela y una curiosidad ambigua.

—En ese caso has pasado bastante tiempo con él.

—Tengo su puesto.

—¿En serio?

—Hoy me han ascendido.

—¿A qué?

—Al puesto de Kagle.

—¿De Kagle?

—Por fin ha salido.

—¿Era ese el puesto?

—Felicítame.

—¿Sabías que era su puesto?

—No.

—Sí que lo sabías.

—Tenía un presentimiento.

—¿Qué le ha pasado a él?

—Nada.

—¿Qué le pasará? No tenía buen aspecto.

—Lo han despedido.

—Dios mío.

—Lo he despedido hoy. Todavía no lo sabe. Aunque creo que lo sabe.

—¿Tú lo has despedido?

—¡No he tenido más remedio, maldita sea! No lo despedirán. Lo trasladarán a otra parte, hasta que se vaya o se jubile. No puedo mantenerlo conmigo. No podría darle órdenes, después de haber sido él mi superior. Es un hombre que nos avergüenza. Es descuidado. Criticará mi trabajo.

—Tiene dos hijos.

—Yo también.

—¡Tienes tres!

—¿Y?

—Otra vez has olvidado a Derek.

—¿Y?

—Siempre te olvidas de Derek.

—¿Y?

—¿No sabes decir otra cosa? —Está ebria y desafiante.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Soy mejor que tú —me dice.

—Quieres una casa nueva, ¿no? Te gustaba la idea de que consiguiera un puesto mejor, ¿no?

—Antes no lo creía —prosigue—. Pero soy mejor. Siempre crees que eres mejor que yo. Pero te equivocas. Soy yo mejor.

—¿Ah, sí? Y serías mejor todavía si dejaras de darle a la botella por las tardes.

—Tu madre tenía razón.

—Deja en paz a mi madre.

—No sirves para nada.

—Te he dicho que la dejes en paz.

—Nunca he creído que yo fuese mejor.

—Siempre estás incordiándome por dinero, ¿no?

—No, no es verdad.

—No poco.

—Y tampoco te incordian ellos. No te incordiamos tanto por el dinero.

—Y tú te preguntas por qué no te digo que te quiero, ¿no?

—Nunca he creído que fuera buena en nada. —Hay en ella un desprecio sin disimulo, sereno, medido, que nunca le había visto antes —. Y tú no ayudas mucho.

—Kagle no está enfadado conmigo. ¿Por qué tú sí?

—¿No está enfadado?

—No. En realidad, fue él quien me sugirió que lo reemplazara.

—No, no es verdad —dice, torciendo el labio con desdén y con un movimiento despreciativo de la cabeza—. Lo sabías desde hace meses. Él acaba de descubrirlo.

—En esto estás mejorando.

—Me has enseñado tú.

—Por lo menos has ganado algo.

—Pero ahora sé que soy mejor que tú, ¿la ves?

—Lo ves. Se dice lo ves.

—Chiquitín.

—¿Qué has dicho?

—Chiquitín.

—¿De dónde has sacado eso?

—De ti. Lo dices cuando duermes.

—Me voy arriba. No aguanto más.

—Chiquitín, ¿no piensas comer?

—No cuentes conmigo. Lo celebraré arriba, solo. Tengo que empezar a trabajar en mi discurso.

—¿Qué discurso?

—El discurso importante que tendré que pronunciar para inaugurar la convención. Ahora soy el jefe del departamento. Puede que eso no signifique mucho en casa, pero allí significa bastante. Dirijo toda la función. Puedo hacer lo que quiera.

—¿Puedes hacer que le devuelvan el puesto a Andy Kagle?

—Vete a la mierda —le digo.

—No sirves para nada, ¿eh?

—Te lo dije. Te lo advertí. No quiero que vuelvas a decirme eso nunca.

—Diré lo que se me antoje —me grita furiosa—. No te tengo miedo.

—Sí, me lo dices muy a menudo —le recuerdo—, hasta que se te pasa la borrachera. Entonces descubres que me tienes miedo.

Se derrumba.

—¡Hijo de puta! —Las lágrimas brotan de inmediato y le corren por las mejillas—. Has ganado otra discusión, ¿no?

No siento que haya ganado. Siento que he perdido mientras subo las escaleras lleno de fatiga. Ha sido un día demoledor en la oficina. Las reuniones han tenido lugar a las cinco de la tarde para permitir que los rumores se filtraran y difundieran por la compañía durante la noche. Kagle se queda hasta más tarde que el resto de nosotros para confirmarlos con aire de satisfacción.

—Quiero que sepas que yo he tenido mucho que ver con esto —me dice—. He luchado por ti con Arthur Baron cuando me pidió que le

recomendase a alguien que, a mi juicio, fuese enteramente capaz de manejar la cosa. Estaban pensando en alguien como Johnny Brown, o uno de los gerentes de filial. Yo les dije que tú sabes más del asunto que cualquiera de ellos. Ahora tendré libertad para ocuparme del trabajo de mediador que tanto me gusta. No tengas miedo de nada. Estaré a tu disposición para ayudarte todo lo posible.

No, no lo estará.

—Gracias, Andy. ¿Qué tienes ahí?

—Es una máquina de movimiento perpetuo que me regaló Horace White. Apuesto a que no eres capaz de ver cómo funciona, a menos que sepas dónde está oculta la batería.

(Las baterías se gastan. Él tendrá unos diez días después de la convención y luego tendrá que tomar la baja unas semanas e irse. O se jubilará. Tengo un plan).

—¿Y yo? —Johnny Brown me bloquea el camino con una actitud escéptica de intensa agresividad, con las musculosas mandíbulas apretadas y dispuestas para el combate (y me pregunto si no tendrá la conmiseración de poner fin al suspense dándome el puñetazo en la barbilla de una vez por todas)—. Cuando me lo dijeron me llevé tal sorpresa que una simple brisa podría haberme derribado.

—Oí las buenas noticias que están cantando los pajaritos —gorjea suavemente Ed Phelps a mi oído a modo de felicitación.

Evito a Green. No veo a Red. Me siento tenso y agotado durante el viaje a casa en tren. Me vendría bien tomarme un tranquilizante de mi mujer. Incluso antes de entrar en casa me invade la autocompasión y no sé por qué. Voy al cuarto de baño en busca de un tranquilizante antes de encerrarme en el estudio.

«¿Qué le pasa a papá?», espero que estén murmurando los chicos abajo, presa de gran consternación, y con ellos, la niñera de Derek, e incluso que Derek sea capaz de percibir de alguna manera que estoy arriba, en mi estudio, con la puerta cerrada.

«No se encuentra bien», espero que responda mi mujer con aguda preocupación.

Me gustaría pensar que la puerta cerrada de mi estudio o de la oficina provoca el mismo efecto de aprensión y rechazo en otros que el de las puertas cerradas de cierta gente sigue provocando en mí. (Para mí sigue siendo una afrenta que mi hija tenga siempre cerrada la puerta de su cuarto cuando está en él. Ahora también hace lo mismo mi hijo).

Me arrepiento de haberle dicho a mi mujer lo que creo que me dijo mi madre antes de morir. (Y lamento haber dicho «chiquitín» en sueños. Ahora también tendrá *eso* contra mí). No sé por qué razón creí

alguna vez que podía confiar en ella. (El hombre debe tomar la resolución de no revelar nunca nada personal a su mujer). Ni siquiera estaba muy seguro de que mi madre lo hubiese dicho. Las pocas veces que fui a verla a la residencia al final nunca estuve seguro de que me reconociese más de un instante, ni que se percatara de mi presencia cuando me sentaba junto a su cama durante los doce, y más tarde, diez minutos que permanecía allí en silencio. Dejé de llevarle regalos, carne condimentada y pescado y golosinas muy dulces. No podía comer. Ya no le contaba chismes. No oía. Yo tampoco sabía, la mayoría de las veces, si veía a nadie sentado a su lado cuando me clavaba los ojos.

—No sirves para nada —me dijo. No le oí la voz. Fue más el formar las palabras con los labios y el leve susurro de la respiración. Me sorprendí y me incliné hacia delante, sobre la cavidad de su boca, hasta que no pude ya mirarla a los ojos y le pedí que repitiera lo que había dicho—. Eso, que no sirves para nada.

Creo que esas fueron las últimas palabras que le *oí* decirme. Aunque llegue a vivir ciento noventa años, no volveré a oír nada más de ella. Aunque el mundo llegue a durar tres mil millones de años, no habrá otras palabras.

Vaya últimas palabras para que una madre moribunda le diga a su hijo, ¿no? Un hijo adulto con mujer e hijos. Me compadecí más a mí que a ella cuando la oí. De todos modos, estaba muriéndose.

Yo, en cambio, debía seguir adelante.

No sé qué me hizo suponer que era seguro confiar en mi mujer. Pasó mucho tiempo antes de que se lo contara. Me sentía tan triste. El mundo era como una lata oxidada. Solíamos acurrucarnos dentro de un neumático viejo para intentar rodar calle abajo. Nunca lo conseguimos. Hacíamos carros con las ruedas de acero de los patines. Era más fácil caminar. Mamá me levantó cuando me caí, y me dio un beso donde me dolía para curarme.

Nunca debí contárselo a esa zorra. Las zorras recuerdan cosas como esa.

Los forros del cerebro. (Cómo me duelen los forros del cerebro). Los forros de mi cerebro son tres y reciben el nombre colectivo de «*meninges*». Lo recubren por fuera. El más profundo se llama «*piamáter*». Es una membrana delicada, fibrosa, altamente vascular (atestada de venas y capilares, me imagino). Siento presión sobre ella desde dentro. Hay cosas que burbujean y la empujan, como si estuvieran a punto de explotar. A veces me recuerda una fondue de queso. La piamáter, reforzada por las otras dos capas, la aracnoides y la duramáter, se resiste denodadamente contra esa presión expansiva

de mi cerebro y la rechaza. A veces hay dolor. El nombre «piamáter» deriva de una traducción imperfecta al latín de ciertas palabras árabes que significaban (ja, ja) «*tierna madre*».

MI HIJO HA DEJADO DE HABLARME

Mi hijo ha dejado de hablarme y no creo que pueda soportarlo. (Se diría que no me quiere). Ha dejado de confiar en mí.

Hay veces que me rechaza y siento ganas de llorar. Recuerdo su rechazo y se me parte el corazón. ¿Por qué habría de querer no hablarme más? Quiero ser su mejor amigo. ¿No sabe que probablemente lo quiero más que a nadie en el mundo? Antes tenía sueños, según decía, en los que aparecía cerrada la puerta de nuestro dormitorio y no podía entrar a vernos. Ahora soy yo quien sueño que la puerta de su cuarto está cerrada y no puedo entrar a verlo.

Se va a la cama sin siquiera darme las buenas noches y cierra la puerta de su habitación.

La cabeza me da vueltas, las emociones se me derrumban girando vertiginosamente. Ya no se me acerca en busca de información, como solía hacer antes, y no sé ya cómo saber en qué está pensando, quiénes son sus amigos, qué deportes le gustan más, qué problemas tiene en la escuela o con sus deberes. Siempre espero tener noticias de Forgione. Actúa conmigo como si estuviera enfadado. Es imposible arrancarle una palabra más de lo que quiere contar sin ofenderlo, o averiguar subrepticiamente algo sobre él preguntando a otros. (Me pregunto si cree que lo espiamos).

—Hoy he subido la cuerda en la escuela —anuncia cuando llega para cenar ya tarde después de oscurecer, con los ojos brillantes y alegres y las mejillas y los labios teñidos de un color saludable y hermoso por el ejercicio y el entusiasmo—. He llegado casi hasta arriba. Qué rabia… Apuesto a que podría haber tocado el techo si me hubiese atrevido a soltar una mano para tocarlo.

—¿Has tocado ya el techo? —le pregunto.

—¿Por qué me preguntas siempre lo mismo? —me dice, impulsivo y resentido a la vez, y se va a su cuarto.

Está alejándose de mí y yo no quiero que lo haga. Está dejándome fuera. Veo cerradas las puertas que dan a él y pienso en las puertas cerradas de la compañía y, con temor, recuerdo todas esas puertas cerradas de armarios y alacenas que tenía que abrir todas las mañanas y todas las noches en nuestro apartamento de la ciudad, con las

trampas preparadas ocultas detrás de ellas con las que esperábamos atrapar o matar a los ratones. Aquellos no eran los buenos viejos tiempos.

—¿Recuerdas —le digo con nostalgia a mi mujer— los ratones que había en la ciudad? ¿Cuando los tuvimos en casa?

—No eran ratones —dice ella—. Eran cucarachas.

—También las teníamos.

—Nunca tuvimos ratones.

—¿Y que yo temía tener que matarlos con una revista enrollada?

—Y tenías miedo de matarlas. No te gustaba pisarlas. No te gustaba cómo se aplastaban. Tenía que hacerlo yo, casi siempre, con una zapatilla. Tampoco me gustaba a mí.

Puede que se equivoque.

La memoria tiende a fallarme en los últimos tiempos, al mezclarse íntimamente con la imaginación, y tengo que hacer esfuerzos para agitarlas hasta que se separan. Recuerdo haberme despertado, cuando era niño, aullando por algún sueño en el que la cama hervía de cucarachas y yo las veía correr y desaparecer en todos los rincones del cuarto, minutos después de haberse encendido las luces y de despertarme. Era mi hermano, que había entrado a tranquilizarme (el mismo que una vez me arrojó un trozo de carbón), y se sentó, lleno de afecto, a mi lado hasta que dejé de temblar. Ahora no tengo hermano mayor. Uno de mis hijos, no recuerdo cuál, tuvo hace años una pesadilla sobre peces que lo mordían en la cama y al instante recordé que yo había tenido el mismo sueño.

—Había peces en mi cama —sollozaba yo, tiritando—. Nadando encima de las mantas.

—Ya no están aquí —me reconfortó mi hermano con gran paciencia—. Mira bien y verás.

—Tampoco estaban antes —exclamé, llorando aún—. Pero yo los he visto.

Veo cosas que no están. Antes me quedaba despierto, con el oído atento a la gente que vendría a robarme. Tenía miedo a la oscuridad. Oía gemidos y sollozos drogados procedentes de otro sitio del apartamento. Cuando salía de mi cuarto, dejaba de oírlos. Cuando volvía, comenzaban otra vez y continuaban a intervalos irregulares, hasta que el sueño se apoderaba de mí. Mi hijo tenía antes miedo a la oscuridad, pero ya no. (No estoy seguro de que no lo quisiera más cuando tenía miedo. Creo que estaba más contento con él cuando me necesitaba más). Ahora está fuera de casa hasta después del anochecer, a veces hasta que empiezo a preocuparme, y no nos dice dónde ha estado, ni con quién, a menos que se lo preguntemos. No

quiero que me deje fuera.

—Este año, durante la semana de puertas abiertas —empiezo a conspirar con mi mujer—, intentaré hablar sin que se entere con Forgione y el director, para averiguar todo lo que pueda sobre él.

—Él no quiere que vayas este año. Y no quiere que yo me quede más de una hora.

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—Me lo ha dicho a mí.

Y mi hija nos cogió el coche con una de sus amigas, diciéndole a mi mujer que tenía mi permiso para usarlo, y pretextando ante mí que mi mujer no lo había entendido. Se echó a llorar cuando la acorralamos entre los dos. Dijo que siempre la perseguíamos. Dijo que yo era más bueno con mi hijo que con ella. Dijo que no veía el día de graduarse en la escuela secundaria para irse a la universidad, tan solo para alejarse de nosotros. Dijo que sabía perfectamente que no queríamos que viviera con nosotros.

—Si me comprarais un coche —dijo entre sollozos—, no tendría que mentirle a nadie.

Sospecho que tendré que comprárselo, tarde o temprano (por mí, más que por ella). Terminará por agotarme. Me alegro de que esté aumentando el precio de la gasolina, ya que de este modo los pobres obreros no la tendrán y habrá más que suficiente para gente como mi hija y yo.

—Por lo menos, ya no ve más a ese muchacho —dice mi mujer—. Y no se droga.

—¿Te piensas que la creo?

—Va en coche con sus amigos. Vuelve a casa temprano. Ya no sale tanto los fines de semana. ¿No lo has notado? —Baja la cabeza, desanimada, vacilando, con tristeza—. Me gustaría que saliera más. No tiene nada que hacer.

Me siento bloqueado en una lucha sin esperanzas. Los pronósticos resultan ser verdad. Últimamente estoy mejor en la oficina que en casa. Me siento más seguro, más que cuando estoy en casa (no me siento seguro en casa. Siento que las cosas se escapan inexorablemente de control. Las cosas no están fuera de control en la compañía), si puedo concentrar toda la atención en la oficina, donde es posible distinguir bien las tareas, donde las obligaciones son concretas y definidas. Sé lo que debo hacer. Por el momento, debo mostrarme cordial y próximo con todos los de aquí, aun con los que pueden no estar aquí mañana, y frío y lejano con todos los que están bajo mis órdenes en las oficinas destacadas fuera de Nueva York. Nadie debe sentirse seguro. Todo el mundo debe mantenerse en suspenso en

cuanto a las nuevas decisiones que pueden surgir de las reuniones celebradas detrás de puertas cerradas y en las cuales ahora participo yo. (Soy un poder en la sombra). Los planes para la convención avanzan con gran rapidez y eficiencia porque ninguno de los encargados de ejecutarlos se siente seguro. Me contemplan con envidia, esperanza, temor, ambición, suspicacia y desilusión. Mi pequeña secretaria me felicita y espera seguirme a mi nuevo puesto. No la llevaré conmigo. Le digo que es demasiado valiosa donde está. Tendré mayores garantías con la secretaria de Kagle, quien es más persuasiva cuando miente y más hábil para ocultar lo mal hecho. En el departamento donde he trabajado hasta ahora tengo a Schwoll el listo y a Holloway el débil, a un tipo joven y brillante que no se quedará y a un empleado viejo y rutinario que no se irá, además de a tres subordinados que hacen lo que se les manda con bastante diligencia. A todos ellos los abandono con gusto el día de mi traslado. Mi oficina nueva, pero transitoria, carece de ventanas y está frente a la de Kagle. A Kagle le han dicho Arthur Baron y Horace White que se le permitirá permanecer en su espaciosa oficina de ejecutivo tanto tiempo como desee. (No le han dicho qué poco tiempo le permitirán quedarse). Green tendrá que reemplazarme. Me pregunto con quién. Aún no he decidido cómo tratar a Green. (Todavía no me teme tanto como considero que debería temerme).

—¿Se te ha ocurrido alguien a quien recomendar para que ocupe tu puesto? —me pregunta con bastante amabilidad el día de mi mudanza, pero con un deje en el tono que me pone en guardia—. Me gustaría alguien mejor que tú —añade con una leve malicia en el instante en que asiento.

—Tendrás que pagarle mucho más —bromeo.

—Tendré el mayor gusto —replica—. Valdrá más.

Green aún no me tiene nada de miedo, y durante un tiempo tendré que tratarlo con servilismo.

—¿Qué opinas de Kagle? —me pregunta con sorna—. ¿Crees que sería suficientemente bueno para ocupar tu puesto?

—No lo querría. Temo que lo tomaría como un gran descenso.

—No del lugar donde tienes intención de ponerlo.

—¿Proyectos especiales?

—¿Para ti?

—Por supuesto.

—Después de haber trabajado para ti, lo tomaría como un gran ascenso.

—Jack —le suplico con tono conciliatorio—, se supone que ahora debes tenerme miedo. Por lo menos un poco.

—Sabías esto cuando te amenacé la última vez, ¿verdad?

—No podía divulgarlo.

—Y, de todos modos, me tenías miedo.

—No tenía miedo.

—Puede que carezca de juicio, pero tengo ojos en la cara. No puedo haberme equivocado tanto.

—Entonces me habías echado mal de ojo.

—Sudabas mucho. Y también ahora me tienes miedo. En este mismo instante.

Sonrío, sumiso.

—El mal de ojo sigue estando.

—Y siempre estará.

—No estoy seguro. No tendré que ir solo contigo a las reuniones. Podré criticarte a los demás. Podré vetar tus proyectos y rechazar tu trabajo.

—¿Lo harías?

—Preferiría no hacerlo. Preferiría contar con tu ayuda. No me hagas parecer tonto.

—Es difícil resistirse, con alguien como tú.

—Lo sé. Tienes la tentación en este momento. Corre a buscar la cara de otro si quieres que te aplasten. Prueba con Lester Black. No tardará mucho.

Green no puede evitar que un rubor de ira le asome a las mejillas.

—Si lo hiciera —replica furioso—, probablemente te encontraría a ti ungiéndole las mejillas.

Y por un instante soy yo quien tiene más aplomo.

—Estás empezando —lo amonesto suavemente.

—Es difícil no empezar.

—Y ahora otra vez.

—Resulta cada vez más difícil. ¿Cómo piensas tratarme?

—Con deferencia. Mejor que te trataba Kagle. Con temor, todavía no quiero pelearme contigo, al menos este año. Seré muy bueno delante de todos, siempre que no me pongas en ridículo por serlo.

—¿Serás bueno? Esto me humilla desde ahora mismo.

—Eso me encantará —digo afablemente—. Ahora estoy sonriendo porque sé que es verdad. No porque disfrute desde ahora, Jack. El cambio ha sido grande. Ya no trabajo para ti. Ahora debes temerme a mí —le recuerdo—. Lo sabes bien.

—Me temo que no.

¡Y Green todavía me tiene echado el mal de ojo! Puedo pisotearlo, escupirle en el ojo, provocarle una crisis nerviosa, enviarlo, aferrándose las tripas, a una cama de hospital con su colitis espástica.

Soy más joven, más fuerte, más alto y tengo mejor salud que él y puedo darle un puñetazo en la mandíbula con la misma facilidad con que Johnny Brown puede dármelo a mí… todavía me tiene echado el mal de ojo. Sigo teniéndole miedo y otra vez estoy transpirando copiosamente debajo de los brazos. No me extraña que cada vez tenga más visiones y experiencias extrañas. (Algunas me estimulan la imaginación. Otras no).

Anteayer entré en una cafetería a comer un sándwich de rosbif jugoso con pan austríaco y creí ver a mi peluquero trabajando detrás del mostrador.

—¿Qué hace usted en una cafetería? —le pregunté.

—No soy su peluquero —repuso.

Temí estar perdiendo la razón.

Hace una semana miré por la ventanilla de un autobús y vi a Jack Green pidiendo limosna bajo la lluvia, vestido con una larga gabardina empapada y calzado con zapatos rotos. Era una cabeza más alto que antes, delgado, pálido y demacrado. No era él. Pero fue a él a quien vi.

Tuve miedo de estar perdiendo la razón.

Ayer miré por la ventanilla de un autobús y creí ver a Charles Chaplin paseando por la avenida y creí reconocerlo. No era Charles Chaplin y no lo conocía.

Es posible que la memoria esté empezando a fallarme. Tengo dificultad con los nombres y con el orden correcto de las cifras de números de teléfono que durante mucho tiempo me han sido familiares. Los pares de cifras de otros números se entrometen en los que quiero recordar. Después de tantos años, no siempre estoy seguro de si el setenta y siete está en la primera mitad del número de Penny y el ochenta y siete en la segunda, o al revés. No sé cada vez si el número de teléfono de Red Parker es dos-ocho-cero-dos, o dos-cero-ocho-dos. Sé, en cambio, que Penny está embarazada otra vez y que yo no he sido. Le he dado dinero para que aborte. Insistirá en devolverme el dinero cuando ahorre lo suficiente de la mensualidad que recibe de sus padres en Wilmington. Antes ocurría siempre que cada camarera de bar con quien tropezaba había pasado por un divorcio y tenía dos hijos que vivían fuera de la ciudad con la abuela materna. Ahora siempre han tenido dos abortos. Las estudiantes universitarias, las modelos, las secretarias, las azafatas y las estudiantes de arte escénico han tenido uno. Las estudiantes posgraduadas pueden haber tenido dos, según la especialidad que estudien. Jane se ha ido, junto con todo el Departamento de Arte. (No era rentable).

—Llámame —le pedí—. Tan pronto como estés instalada. O antes.

Me llamó. Cuando lo hizo, le dije que estaba ocupado y que volvería a llamarla. No la llamé. A veces, cuando estoy dormido, trato de despertarme y no puedo. El sueño me tiene prisionero y este es mi sueño.

Estoy tratando de poner en orden mis asuntos. He escrito una lista.

—Oye —le dije un día a mi mujer con un tono sereno pero firme—, pronto tendremos que sentarnos y pensar seriamente en Derek. No podremos tenerlo siempre con nosotros, ¿sabes?

—No quiero hablar de esto.

Yo tampoco.

Creo que me he metido en un lío terrible. Creo que he cometido un crimen. Las víctimas siempre han sido niños.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunto a mi hijo con una sonrisa calculadora y una voz que intento que suene lo más neutral posible.

—No. No estoy enfadado.

Un destello de no sé qué le ha cruzado el rostro. La pregunta le molesta. Casi tengo miedo de proseguir.

—Ya no hablas mucho conmigo.

—Sí que hablo —dice, encogiéndose de hombros. Se agita incómodo, con una actitud abatida que le nubla los rasgos. No quiere mirarme.

—No tanto como antes. Siempre estás en tu cuarto.

Vuelve a encogerse de hombros.

—Me gusta estar allí.

—No te gusta que te haga preguntas, ¿verdad?

—A veces no.

—¿Qué haces en tu cuarto?

—Leo. Miro la televisión. Hago los deberes. Pienso.

—¿Solo?

—Me gusta.

—Antes no lo hacías.

—Ahora sí.

—¿Siempre puedes hacer todos los deberes sin mi ayuda?

—No siempre.

—¿Qué haces, entonces?

—No importa que estén mal.

—Podrían estar mejor si siempre estuvieran correctos, ¿no?

—A los maestros no les importa. ¿Puedo irme ya?

—¿Adónde?

Sonríe como disculpándose, saboreando de antemano el humor de

la respuesta.

—A mi cuarto.

—Por supuesto —accedo de buen humor, con una espontaneidad que es falsa—. Solo quería estar seguro de que no estabas enfadado conmigo.

—Tú te quedas mucho tiempo en tu cuarto —dice al detenerse junto a la escalera para argumentar su defensa—. Mamá se queda en el suyo. No crees que me pasa nada raro, ¿verdad?

—Pero yo siempre te dejo entrar en el mío.

Ah, Dios… Este es mi chico: sensible, franco, despierto, no más grande, se diría, que cuando era pequeño. Y aquí también yo, peleando con él, al borde de las lágrimas (y con un nudo en la garganta), como un pretendiente rechazado, discutiendo egoístamente con él como lo haría con mi mujer o con mi hija.

¿Cómo moriré? Quiero contar las formas. (No, no las contaré). Ya he pasado antes por ese ejercicio juvenil y no quiero perder el tiempo. Ninguna forma es buena. No consigo quitarme de la cabeza la imagen de ese hombre vigoroso, próspero, grande, bien parecido, que cayó muerto en el vestíbulo principal del edificio de mi oficina hace unas pocas semanas cuando estábamos casi a punto de cruzarnos. Lo vi con toda claridad cuando cayó hacia delante. Aun en el instante en que se dobló para caer exánime, su aspecto era el epítome de la indestructibilidad radiante, hasta que dio con la cara en el suelo con un golpe seco cuyo impacto le hizo sangrar por la boca. Seguí andando sin cambiar de paso. Fingí no ver nada. Cuando volví de almorzar, no estaba ya allí. Se lo habían llevado. Me sentí defraudado. Alguien había deformado la realidad en beneficio del orden. (Ahora tengo las cosas organizadas muy ordenadamente arriba). Todavía me sorprendo buscando al hombre en el lugar donde cayó. Esta mañana, cuando iba al trabajo, vi a un vagabundo tendido inconsciente sobre los escalones de la catedral de San Patricio, y los escalones de piedra se veían manchados con algo que podría haber sido orina o *whisky*. La policía estaba allí y controlaba la situación. No les hacía falta mi ayuda.

Fue una suerte que no les hiciera falta.

¡Ay, ay, ay, ay de mí! Mi mujer se siente otra vez desgraciada. Hemos llegado a un acuerdo razonable: yo no tengo toda la culpa y poco puedo hacer para mejorar la situación (aunque siga negándome a decirle que la quiero y ella, por su parte, se cuide muy bien de pedírmelo). Ella no le importa a nadie.

—Quisiera tener una profesión fascinante.

—Todavía hay tiempo.

Levanta los ojos para observarme fijamente.

—No.

—Claro que sí.

Acepta el hecho de que Kagle estaba condenado a salir de la compañía, por mucho o poco que yo hiciera, y que, si yo no lo hubiera reemplazado, nunca me habrían permitido acceder a otro puesto.

—Conseguirías un ama de llaves, ¿no? —pregunta con un aire soñador—. E internarías a Derek en una residencia. O bien mandarías a los chicos a internados y te mudarías a Nueva York.

—¿Si qué?

—Si yo me suicidara o me muriera de cáncer o, simplemente, me fuera a vivir sola o con otro hombre.

—¿Estás pensando en alguna de estas posibilidades? —le pregunto con una indulgencia reconfortante.

—Y yo no te culparía por eso. No le importo a nadie.

—Yo tampoco —tengo que confesarle con aire confidencial—, salvo a ti y a los chicos. Ni siquiera a Derek.

—Me conformaría con eso. No, no me mientas —añade con dignidad y una sonrisa leve y llena de nostalgia—. No te creería.

Mi mujer cree que ya no le importa a nadie y probablemente tenga razón.

El tormento es excesivo, aun para ella. Tengo que decir un discurso. Mi hijo morirá, seguramente, sin mí (o yo sin él. Creo haber sentido siempre algo de eso hacia él). ¡Ah, Dios mío! Sufrimos el tormento mucho antes de saber siquiera qué es el sufrimiento. Nos lo endosan aun antes de que podamos ver. Tenemos tanto miedo dentro. Nací, me contaron, con la cara abollada y moretones rojos y azulados en los hombros y los brazos, causados por los fórceps, pero no recibí ni un solo mensaje de dolor, porque no tenía aún un sistema nervioso capaz de registrarlos. Sabía, en cambio, lo que era la soledad. Tenía ya miedo a la oscuridad. O a la luz. De haber sabido qué era el frío y la escarcha también les habría tenido miedo. (¿Tememos lo que no podemos ver o bien lo que veremos cuando veamos?). Tenía miedo de abrir los ojos y que siguiera estando oscuro. (Fue así en el hospital, la noche que me extirparon las amígdalas). Tengo miedo de que me ocurra eso ahora. Y de que no venga nadie. Temor, pérdida de afecto, pérdida del ser amado. Separación. No queremos irnos, no queremos que ellos se vayan, no vemos la hora de que partan, anhelamos que vuelvan. Aparentemente, hay conflicto. Yo tenía necesidad de un pezón que me socorriera y de unos brazos que me cogieran. No sabía de nombres. Me encantaba el alimento que me nutría (era todo lo que sabía) y los brazos que me sostenían y me achuchaban y me volvían

sobre mí mismo y me daban a entender, por lo menos en aquel tiempo, que no estaba solo y que alguien más sabía que estaba allí. Sin ellos, habría estado solo. Aún hoy tengo miedo de la oscuridad. Tengo pesadillas en camas extrañas y en la mía propia. Tengo apariciones que aguardan para salir de debajo de mi cama. Tengo espíritus encerrados en los armarios de *mi* dormitorio. Tengo tanta ansiedad como un niño de cuatro años. Tengo miedo de la luz. Tengo miedo de abrir los ojos un día de estos y descubrir que reina aún la oscuridad. Y no acudirá nadie. (Me desperté sin amígdalas ni adenoides mil veces, esa noche en el hospital, y siempre estaba oscuro y creí que nunca habría luz otra vez. Y nadie acudió). ¿Qué podré esperar del futuro si un buen día llega la mañana y no hay luz? ¿Cómo seré cuando esté senil? ¿Abusaré sexualmente de los niños, me ventosearé, defecaré en el suelo de la sala de estar, diré «negro asqueroso», insultaré a los judíos? A veces insulto a los negros. Se me escapa. Podría insultar a Green, creo saber exactamente cómo lidiar con Green.

—Jack —podría empezar con un aire de jovialidad que lo desarme —. Creo que me gustaría contratar a un judío. ¿Sabes de alguien? Quisiera uno muy inteligente.

—Me temo que eso será imposible —respondería, quizá, con la misma amabilidad fingida.

—¿No queda ya ninguno inteligente? —seguiría yo, provocándolo.

—Sí que los hay —replicaría—. Pero uno inteligente no trabajará para ti. Y si piensas contratar a uno que no sea inteligente, lo mismo da quedarse con un protestante. Para ti, tienen mejor aspecto.

Una vez más descubriría que todavía no soy capaz de lidiar con él. Apuesto a que soy probablemente una de las pocas personas en todo el mundo que sé (no «sabe») que *lívido* significa «azul morado» y *abuhado*, «pálido». No es que me haya servido de mucho este tipo de conocimiento. (Green también podría estar entre los que lo saben, pero le ha servido aún menos que a mí). La tez de mi hijo otra vez está pálida, y los ojos, azules y profundos. Quisiera poder mirar muy dentro de ellos y ver lo que le pasa por la mente.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta, incómodo.

—No te miro.

—Me mirabas fijamente.

—Perdóname. Estaba pensando. —Está claro que no quiere hablar —. Y si tú me preguntaras en qué estoy pensando, ¿sabes qué diría?

—¿Qué? —me pregunta, por cortesía.

—Estaba pensando en cuándo me preguntarías por qué te miraba así.

Sonríe con un leve bufido de apreciación, como señal de haber

captado mi agudeza, y se va a su cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

No quiero que se vaya. Me falla la memoria, tengo la vejiga floja, se me hunden los arcos de los pies, no tengo amígdalas ni adenoides, se me pudre la mandíbula y ahora mi hijo quiere deshacerse de mí y dejarme atrás por razones que se niega a darme. ¿Qué me quedará? Mi trabajo. Cuando tenga cincuenta y cinco años, no tendré nada más que esperar, salvo ocupar el puesto de Arthur Baron y llegar a los sesenta y cinco. Cuando tenga sesenta y cinco, no tendré nada más que esperar, salvo llegar a los setenta y cinco, o bien morir antes de alcanzarlos. Y cuando tenga setenta y cinco, no tendré nada más que esperar, salvo morir antes de los ochenta y cinco, o bien recibir cuidados geriátricos en una residencia para ancianos. Habrá que aplicarme enemas. (¿Tendré que llevar calzoncillos de doble capa e impermeables, confeccionados especialmente para caballeros incontinentes?). Tendré incontinencia. No quiero vivir más allá de los ochenta y cinco y no quiero morir antes de los ciento ochenta y seis años.

Ah, padre, ¿por qué me has hecho esto?

Quiero que vuelva.

También quiero que vuelva mi hijo.

No quiero perderlo.

Quiero.

—¡Algo ha pasado! —le grita, excitado, un chico de unos catorce años a un amigo y se adelanta corriendo a mirar.

Está formándose un grupo de curiosos en el centro comercial. Un automovilista ha perdido el control del vehículo y este se ha subido a la acera. Se ha destrozado un escaparate. Mi hijo yace en el suelo. (No ha sido decapitado). Grita de terror y de horror, tiene las piernas y los brazos retorcidos como si estuvieran rotos y le brotan torrentes de sangre de agujeros en la cara y la cabeza, y caen sobre una mano desde la manga. Alcanza a verme, se sorprende y me tiende un brazo. Está aterrorizado. Yo también.

—¡Papá!

Se muere. De pronto hay en su rostro terror, una impresión patética más terrible que nada que yo haya podido imaginar jamás. No puedo soportarlo. Él no puede soportarlo. Me abraza. Me mira, suplicante, pidiendo ayuda. Lanza gritos penetrantes. No puedo soportar verlo sufrir con tanto dolor y susto. Tengo que hacer algo. Lo abrazo hasta hundirle la cara más profundamente en el hueco de mi hombro. Lo abrazo fuertemente con los dos brazos. Lo aprieto bien fuerte.

—La muerte —dice el médico— se produjo por asfixia. El chico

fue asfixiado. Tenía heridas cortantes superficiales en el cráneo y la cara, un hematoma en la cadera y un corte más profundo en el brazo. Eso era todo. Hasta el páncreas estaba intacto.

Las enfermeras y los policías se muestran muy considerados conmigo al verme llorar. Aguardan en un silencio respetuoso.

—¿Le gustaría estar solo? —murmura uno de ellos.

Tengo miedo de estar solo. Preferiría que estuviesen todos conmigo ahora, para verme llorar por este dolor y esta vergüenza agobiantes. Lloro largo rato. Cuando siento que puedo hablar, por fin, levanto lentamente los ojos y digo:

—No se lo digan a mi mujer.

NADIE SABE LO QUE HE HECHO

Nadie sabe lo que he hecho. Todo el mundo está impresionado por el valor con que he logrado pasar a ocupar el puesto de Kagle y llevar adelante la tarea de organizar la convención. Nadie comprende que seguir adelante con valor fue la cosa más fácil para mí.

Por fin digo mi discurso. Es un éxito rotundo (y a nadie le importa. Luego me entero de que nadie recuerda de qué trataba. Había albergado la esperanza de que alguno de los otros ejecutivos, al elogiarme, propusiera hacer copias para que Relaciones Públicas las distribuyera entre los jefes de otras divisiones de la compañía, las publicaciones especializadas y las cámaras de comercio locales. Nadie lo propone). Por iniciativa de Arthur Baron, mi discurso fue corto. Hablé exactamente tres minutos. Kagle, que inauguró la convención, me presentó en términos hiperbólicos con un discurso que duró quince. Green habló durante veintisiete minutos, acaparando todo el tiempo que le había asignado yo a su departamento. Se mostró brillante y fatigoso.

—Me ha gustado tu discurso, Jack —lo felicité.

—¿Quieres una copia? —repuso—. Lo hice fotocopiar.

—Estaba a punto de pedírtela.

—No olvides mencionarme si alguna vez haces citas de él. Estoy pensando en publicarlo.

Los ojos de Green ya están buscando por encima de mi hombro presas más importantes. (Sigo sin ser lo bastante importante para él… por este año). Me deja para dedicarse a Horace White, quien lo deja para dedicarse a Lester Black, quien está escuchando con atención los chismes malévolos sobre mí que le cuenta Johnny Brown, con quien tendré que hablar pronto en términos inequívocos y a quien temo. La gente está, en apariencia, deslumbrada por la rapidez y competencia con que parezco estar haciéndome cargo de todo.

De forma sistemática, estoy poniendo en orden mis asuntos. Voy tachándolos de la lista.

Le he dicho a mi mujer que la quiero.

Hemos decidido quedarnos con Derek un tiempo más (puede que mejore. Puede que aún estén equivocados. Día tras día descubren

cosas nuevas) y he encontrado para él una niñera que tal vez sea la indicada (las dos que la precedieron no quisieron quedarse y esta huele a sudor).

Le he regalado un coche a mi hija. Se diría que le ha mejorado el humor. (Le he comprado a mi mujer un nuevo descapotable que le encanta, la he mandado a comprar los muebles que necesitamos para la casa nueva. No es la ocupación que deseaba mi mujer, pero habrá que comprarlos. Mi mujer se niega a tomarse vacaciones sin mí. Ahora somos una familia con tres coches). Mi hija me promete aprobar sus cursos de secundaria este año y nos dice que quiere ir a la universidad. (Es posible que diga la verdad).

He hecho jubilar a Ed Phelps y he despedido a Red Parker. (Red Parker no lo sabe, todavía. Me manda los más cálidos saludos desde la isla de St. Thomas cada vez que vuela allí con alguna amiga). Ahora recibo informes sobre llamadas por futuras ventas todos los viernes y, además, son exactas.

—Bien, al fin una buena noticia —concedió a regañadientes Brown cuando volvimos a la oficina—. Ahora podemos dejar de perder el tiempo con esos disparatados informes de llamadas.

Me preparé para lo peor, me puse de pie y me enfrenté directamente.

—No, te equivocas. Los querré ver todos sobre mi escritorio al terminar la jornada todos los viernes.

—Eres un tocacojones.

—No te permito que me llames tocacojones.

Nuestras miradas se quedaron fijas. Estaban llenas de odio. Vi cómo se le crispaban esos grandes puños y temblé para mis adentros. Creí que estaba a punto de darme un puñetazo en la mandíbula allí *mismo*… hasta que de pronto advertí que estaba palideciendo, *él* también, y seguro que con mayor rapidez que yo. También él tenía miedo. Se estaba disolviendo: la boca y la fuerte mandíbula se sacudían en levísimos temblores como larvas. Toda su hostil valentía se desvanecía, y lo vi alejarse hacia un lugar de donde supe que nunca habría de volver.

«¡Johnny! —quise gritarle—. ¡Johnny Brown! ¿Adónde vas?».

—De acuerdo —murmuró con la mirada baja.

Pero ya se había ido, transmutado como por arte de magia en un ser obsequioso, servil y ansioso por aferrarse a un trabajo que ya no podría realizar. He dispuesto que lo trasladen a otra división de la compañía y que lo reemplace un italiano graduado en una escuela de administración de empresas que quiere prosperar en la vida y me tiene miedo.

Juego más al golf (¡Baaang!). Estoy volviéndome bastante bueno.

Kagle ya no está en nómina, cuenta con su pensión y reparto de beneficios, y tiene un contrato de dos años en calidad de consultor a media jornada a quien nadie consultará nada.

A pesar de todo, todavía no he conseguido contratar a un judío. Somos empleadores y publicitarios que ofrecemos igualdad de oportunidades y no sé dónde encontrarlo. (Green halló uno para reemplazarme y le paga más de lo que me pagaba a mí. Espero que no sea un trepa).

Martha, la dactilógrafa, se ha ido. (En cada oficina donde he trabajado ha habido siempre, por lo menos, una persona que estaba perdiendo lentamente la razón. Ahora espero ver cuánto tiempo le llevará a la Oficina de Personal y Providencias mandarnos a la próxima).

Se ha incorporado a la compañía, proveniente de un alto cargo en el gobierno, un hombre llamado Gray, que quedará muy bien ubicado, como todo gris, entre Black y White. No nos quedan colores primarios, según creo, aunque es probable que haya algunos rojos, ja, ja, ja, muchos de nosotros nos las vemos negras, ja, ja, ja, y todos ya amarilleamos.

Cada vez que tengo una deposición intestinal realmente buena, mi hemorroide solitaria empieza a sangrar. Tal vez convendría buscarle una compañera.

Ahora que he asumido mis responsabilidades, oigo, de verdad, voces. Oigo: —Es usted un buen administrador, Slocum.

—Ha hecho un buen trabajo, Slocum.

—Me ha gustado la forma en que ha ocupado el cargo y ha dominado la situación.

—La verdad es que tiene el departamento bullendo de actividad, Slocum.

—Qué bien se las ha arreglado para sacar a Kagle, ¿eh, Slocum? Ja, ja.

—Nunca los había visto trabajar tanto, Slocum.

—Me gusta cómo controla la situación.

—Me alegro de verlo tan bien integrado en el cargo.

(Estoy adaptándome).

—¿Quién es?

—Slocum.

—Quiero presentarle a Bob Slocum —me presentan ahora Arthur Baron y Horace White—. Es uno de nuestros mejores hombres.

Alterno con un tipo de gente de nivel mucho más alto en casa de Baron, actualmente, cuando nos invita a comer. Juego al golf con

gente de mayor categoría. (¡Baang!). He jugado dos veces en el club de Round Hill, invitado por Horace White, una vez con su distinguida hermana y con el marido de esta. Me hizo ojitos. (Baang). Tengo un problema con mi swing. He jugado en el club Burning Tree de Washington como invitado de un cliente, y oí a un alto funcionario del gabinete contar un chiste trillado sin ninguna gracia. Me reí. (Baang). Me reí como un loco.

—Se llama Slocum. Bob Slocum.

—Vaya a verme la próxima vez que venga a Washington.

He jugado en White Sulphur Springs, en West Virginia, como representante de la compañía en una conferencia del ramo de nivel nacional. Puede que algún día, si sigue mejorando mi juego y mi trabajo, pueda llegar a jugar en St. Andrews en Escocia. (Baaang). Extraño a mi hijo. Martha, la dactilógrafa, enloqueció en el momento más oportuno, de tal manera que pude manejar el asunto con tino. Me hice cargo de la situación como un verdadero maestro de ceremonias.

—Llamen a Servicio Médico —ordené con una autoridad casi musical—. Llamen a Personal. Llamen a Seguridad. Llamen a Viajes y díganles que alquilen una limusina con chófer ahora mismo.

Martha está sentada en su silla de dactilógrafa como una terca estatua y se niega a moverse y a hablar. Hace oídos sordos a las súplicas, aparta violentamente las manos que intentan ayudarla, muestra síntomas de estar a punto de gritar. Espero, cerca, con una expresión serena. Su mirada se vuelve aturdida y aterrada cuando se le acerca mucho alguien. Las enfermeras del Servicio Médico no tardan mucho en llegar.

—¿Cómo está, querida? —le pregunta la mayor con tono tranquilizador.

Tenemos ya un público bastante numeroso y yo soy el supervisor. Martha se levanta dócilmente, sonriendo, con un asomo de satisfacción diabólica, alcanzo a advertir, ante la atención cautelosa que ha conseguido obtener de tanta gente que se muestra solícita y alarmada.

—Vamos, vamos, querida.

—Venga con nosotros, querida.

—Muy bien, querida.

—Coja su bolso, querida. Y su libro.

—¿Quiere descansar, querida?

—¿Tiene una compañera de piso, querida? ¿Alguien a quien podamos llamar?

—¿Quiere tumbarse, querida, mientras esperamos el automóvil que hemos pedido?

—Así, muy bien, querida.

—Adiós, Martha.

—Adiós, querida Martha.

—Hasta pronto, querida.

—¿No se olvida de nada?

—No se preocupe, querida. Se lo mandaremos.

—Sean cuidadosos con ella —les recomiendo—. Es una chica estupenda.

Oigo aplausos una vez que ha partido por la forma en que he manejado la situación.

Nadie se ha sentido incómodo.

Todos parecen estar satisfechos por la forma en que he tomado el mando.



JOSEPH HELLER (Nueva York, 1923 - East Hampton, 1999) sirvió como piloto de un bombardero B-52 durante la Segunda Guerra Mundial. Su experiencia inspiró años después su primera novela, *Trampa 22*, que fue finalista del National Book Award y ha formado parte de las listas como mejor novela de la Modern Library, la New York Public Library, la American Library Association, *Time, Newsweek, The Observer* y *The Guardian*. A este libro le siguieron *Algo ha pasado, Dios sabe, Figúrate, La hora del recuerdo* (continuación de *Trampa 22*) y *Retrato del artista adolescente, viejo*.

Notas

[1] También pero mucho antes, como en la obra maestra de Ellis, hacia el final de la novela Heller deja entreabierta para el lector la posibilidad de que todo lo que nos cuenta Slocum (narrador poco confiable si alguna vez lo hubo, al que se le añaden progresivamente maniobras de desdoblamiento típicas de la esquizofrenia o la psicosis, llegando a alucinar a su psiquiatra y a las supuestas conversaciones que tiene con su entorno) sea producto de su imaginación, de la frustración por sus deseos nunca concedidos, o de una lenta pero sin pausa entrada en el delirio. < <

[2] Para espanto de los Heller, a los que «La Cosa» —como se refería el autor a su novela *in progress*— no les causaba mucha gracia por cómo influyó en el comportamiento de su creador durante su larga escritura y mucha menos gracia les causó al ser terminada y editada. < <

[3] Pasado como piloto de combate en la Segunda Guerra Mundial, presente en un lugar que se parece un poco demasiado a las oficinas de Time Incorporated donde trabajó Heller. < <

[4] En verdad, lo de Bob Slocum en *Algo ha pasado* es como una versión mega-ultra-maxi-expandida del «espíritu» del inmóvil pero tan movilizador Bartleby de Herman Melville. < <

[5] ¿Se me permitirá aquí, tan lejos de los demás mencionados, añadir que *Algo ha pasado* —algo de su «mecanismo» entre confesional y al mismo tiempo pecador— marcó/influyó también a mis tres *Partes* (*Inventada, Soñada* y *Recordada*) en las que, también, todo orbita alrededor de *algo* que pasó pero que mejor no mencionar? Gracias por sí o por no. < <

[6] Y, me temo, seguramente hoy tan «cancelable» vía tuit por el típico *comment-lector* siempre listo para indignarse por no sentirse «identificado». < <

[7] Aun así, Heller desconfiaba del humor como recurso novelesco: «Intento ser serio pero no dejan de ocurrírseme bromas. Lo que me perturba. Porque a mí lo gracioso se me aparece con mucha facilidad, y yo desconfío mucho de lo que me resulta fácil. En cualquier caso, jamás pensé que *Trampa 22* era un libro gracioso hasta que vi a alguien riéndose mientras lo leía», dijo. < <

[8] Luego de *Algo ha pasado*, Joseph Heller publicó muy buenos libros. A saber y sin contar obras de teatro y ocasionales trabajos para el cine: la farsa política en Washington D.C. y su Casa Blanca —cruce de *Trampa 22* con *Algo ha pasado*— *Tan bueno como el oro* (1972), la sátira bíblica *Dios sabe* (1984), la crónica de una enfermedad terrible y paralizante padecida y reída *No Laughing Matter* (1986, en coautoría con Speed Vogel), el muy original y anticipatorio de algo que hoy es común y polimorfo perverso meta-ensayo-novelesco pictórico/filosófico *Figúrate* (1988), la oportunista pero aun así con tramos deslumbrantes secuela de *Trampa 22* que es *Closing Time/La hora del recuerdo* (1994), la *memoir* de juventud *Now and Then: From Coney Island to Here* (1998) y, póstumos, la experimental *Retrato del adolescente, viejo* (2000) y la recopilación de textos breves *Catch As Catch Can: The Collected Stories and Other Writings* (2003). Pero nada de lo que vino después (ni antes) tiene la compacta y expansiva potencia de *Algo ha pasado*. Y es así que hoy abundan sobre ella las reconsideraciones críticas casi pidiendo perdón con títulos como «Lo que se nos pasó: una mirada a la novela olvidada de Joseph Heller» o «*Algo ha pasado*: el mejor libro que nunca has leído». < <

[9] Otra vez, como con *Trampa 22*, Robert «Bob» Gottlieb —Heller dejaría Simon & Schuster para irse con él a Knopf, más adelante abandonaría a Gottlieb para regresar a Simon & Schuster con adelanto millonario por *Tan bueno como el oro* y, otro contrato, volver a Knopf y a Gottlieb con *Dios sabe*— fue el encargado de acompañar de cerca el proceso de escritura y participar activa y creativamente en el ensamblado de un manuscrito que, en su primera versión, llegó a tener 940 páginas. En su *memoir* como profesional titulada *Avid Reader: A Life* (Farrar, Straus and Giroux, 2016), Gottlieb cuenta una anécdota que merece ser reproducida aquí. Recuerda Gottlieb que, editando *Algo ha pasado* («A la que consideré y sigo considerando como el mejor libro de Joe y, además, una de las mejores novelas de su tiempo»), sólo le puso un pero: «“Un último detalle, Joe: el nombre de tu personaje es Bill Slocum, pero no me suena bien. No me parece que sea un Bill”, le dije. Joe me preguntó cuál pensaba yo que era su nombre. “Bob. Es un Bob”, le respondí. Y entonces fue uno de los pocos momentos en que vi a Joe desconcertado: “Él *era* un Bob. Pero lo cambié a Bill porque pensé que podría llegar a enojarte el que llevase tu mismo nombre”. Le dije que no tenía que preocuparse por eso, que su Bob nada tenía que ver conmigo. Y así Bill volvió a ser Bob… ¿Cómo pudo haber sucedido algo así? No lo sé. Supongo que nuestras convulsionadas y neuróticas y judías mentes neoyorquinas funcionan del mismo modo… Mi relación con Joe fue lo más cerca que jamás estuve de sentir como editor una absoluta identificación con un escritor». Y detalle pertinente: antes de ser un Bob y un Bill y de nuevo un Bob, Bob fue, antes que nada y nadie, un Joe. < <

[10] Hipocondría, temor a envejecer, excesos de todo tipo e infidelidades surtidas —durante la escritura de *Algo ha pasado*— son enumeradas en la excelente *Just One Catch: A Biography of Joseph Heller* de Tracy Daugherty (St. Martin's Press, 2011). < <

[11] Leer también acerca de todo esto en la tan divertida como impiadosa (hija de su padre, después de todo) *memoir* familiar de Erica Heller titulada *Yossarian Slept Here: When Joseph Heller Was Dad, The Apthorp Was Home, and Life Was a Catch-22* (Simon & Schuster, 2011). Allí, Erica Heller recuerda también su espanto cuando su padre le dio a leer el manuscrito terminado para saber qué pensaba ella. Erica cuenta que su padre le entregó las pruebas de la novela y que ella demoró unos cuantos días en comenzar la lectura. Erica ya había sido testigo del efecto demoledor que le había producido a su madre leerla y quien, enseguida, se negó a seguir leyendo más allá de las primeras páginas consciente de que, con *Algo ha pasado*, también comenzaba a dejar de pasar su matrimonio ardiendo a fuego lento a lo largo de los últimos trece años en los que Heller se encerraba a escribir. Para sorpresa de Erica, *Algo ha pasado* contenía conversaciones, palabra por palabra, que ella había tenido con su padre. Y la dinámica entre los dos personajes le resultaba más que familiar. «¿Es jugar limpio, en el nombre de la literatura, escribir sobre alguien sin decírselo? No estoy segura de ello y sigo sin estarlo. Leyendo las pruebas de imprenta del libro de papá no podía creer el que semejante registro íntimo de nuestra vida fuese a ser publicado, y me sentí como si hubiese sido literalmente demolida. ¿Cuánto había de verdad en lo que había escrito? ¿Cómo podría llegar a saber cuánto de lo que *no* había pasado en verdad *sí* había pasado por el hecho de que mi padre pensara *así*, aunque no lo hiciese en voz alta?». Erica, entonces de trece años, adolescente e indignada, increpó a su padre con un «¿Cómo pudiste escribir acerca de mí de este modo?». La respuesta de Papá Joseph fue tan calma como feroz: «¿Qué te hace pensar que eres lo suficientemente interesante como para que yo me ponga a escribir sobre ti?». En cualquier caso y en perspectiva, Erica concluye diagnosticando: «El libro era 569 páginas hilarantes, pero mordaz y cáusticamente envueltas en la más latente y lista para estallar de las furias. También era formidable, deprimente y, muchos lo dicen (incluyendo al propio autor), es el mejor libro de Papá». Años más tarde de la publicación de la novela, en una entrevista de 1998 en *The Observer*, preguntado acerca del desprecio que siente Slocum por su joven hija, Heller comentaría: «No me llevo bien con los niños, tampoco con los jóvenes: con ellos nunca hay motivos para tener una buena conversación». Ah… < <

[12] Todas las citas a continuación salen de *Conversations with Joseph Heller*, Adam J. Sorkin, ed. (University of Mississippi Press, 1993). < <

[13] El propio Heller señaló a *Los embajadores* de Henry James como influencia lateral pero influencia al fin. También, en *Algo ha pasado*, Heller reconoció las presencias de Fiodor Dostoievski, Samuel Beckett y John Hawkes. < <

[14] La desconsolada irritación de John Cheever estaba más que justificada. Por esos días Cheever —luego de publicar en 1967 *Bullet Park*, esa suerte de hermana mayor y, aun en su desconsuelo, más bien lírica y más Dr. Jekyll que la Mr. Hyde *Algo ha pasado*, también adelantada a su tiempo pero incomprendida por sus contemporáneos — luchaba a muerte y adicciones con *Falconer*: novela con otro tipo de prisionero que acabaría significando su renacer como autor de éxito y de prestigio. Posteriormente, la publicación póstuma de los *Diarios* de Cheever reveló a un hombre hasta entonces desconocido y desesperado y cruel que, en más de un tramo, sonaba demasiado parecido a Bob Slocum en lo que hacía a su familia y alrededores y sí mismo. Y tiene su gracia y su acierto el que el diseño/ilustración de portada de esta edición de *Algo ha pasado* (adaptación del de la edición inglesa) evoque más a un personaje de Cheever en los años ‘50s que a uno de Heller a finales de los ‘60s y principios de los ‘70s reconociendo un mismo linaje, una genética similar que no puede sino ser cada vez más «degenerada» con el paso del tiempo y la permanencia del desencanto a medida que pasan más y más y más cosas. < <

[15] Kurt Vonnegut (también excombatiente, desarticulador de novelas, explorador de la jungla de los escritorios con *La pianola* y autor de *Matadero Cinco*, esa suerte de hermana siamesa pero separada de *Trampa 22* a la hora de bombardear todo criterio establecido en cuanto al modo en que se podía escribir sobre la Segunda Guerra Mundial como «última guerra buena» y cuyo despegado/desapegado espacio-temporal Billy Pilgrim tiene más de un punto en común con Bob Slocum) firmó la reseña de *Algo ha pasado* en el suplemento de libros de *The New York Times* el 6 de octubre de 1974. La pieza en cuestión merece ser leída al completo en https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/books/98/02/15/home/heller-something.html?_r=1&oref=slogin o —revisada por el autor a la alza— en la recopilación de ensayos y reflexiones *Palm Sunday* (1981) para incluso, con la perspectiva de los años, reconocerle una nueva virtud: la de suerte de náufrago mensaje en botella para que los jóvenes apreciasen la novela como «una especie de escalofriante sumario de lo que mi generación de nebulosos e inteligentes hombres blancos experimentaron en un determinado momento, y lo que nosotros, dentro de la jaula de esa experiencia, hicimos con y de nuestras vidas». Extracto a continuación algunos de sus conceptos: «Mr. Heller es un humorista de primera clase que, intencionalmente, arruina sus propios chistes con la infelicidad de los personajes que los padecen… ¿Es bueno este libro? Sí. Y está espléndidamente ensamblado e hipnótico en su lectura. Es tan claro y de bordes tan duros como los de un diamante. La concentración y la paciencia de Mr. Heller son tan evidentes en cada una de las páginas que sólo puedo decir que *Algo ha pasado* es precisamente eso que en principio se propuso hacer. Y el libro está siendo promocionado bajo conceptos falsos, lo que me parece bien. He visto recientemente los avisos para su difusión en Inglaterra donde se afirma que hemos vivido muy ansiosos por la llegada de un nuevo libro de Heller porque queríamos seguir riendo con él. No me parece un mal argumento de ventas para conseguir que la gente acabe leyendo uno de los libros más infelices jamás escritos… No dejamos de leer este libro muy largo, aunque no contenga ascensos y caídas en su pasión y lenguaje, porque aun así está estructurado como un thriller. Y el misterio que nos seduce es este: ¿cuál de todas las posibles tragedias acabará sucediendo como consecuencia de semejante infelicidad? La que escoge el autor es una de las buenas. Diré entonces que he aquí la más memorable y por lo tanto más

permanente variación sobre un tema muy familiar, y que dice de muy mala manera aquello que todas las anteriores variaciones, con el más desesperado de los sentimentalismos, jamás se atrevieron a afirmar: que muchas vidas, juzgadas bajo los estándares de las personas que las viven, simplemente no son dignas de ser vividas… *Algo ha pasado* es un libro de humor negro al que se le ha extirpado el humor». < <